ALBERTO CALIANI
EL PUÑO DEL EMPERADOR

El puño del emperador

Alberto Caliani

A Marta y María, mis dos supernovas

1

El diablo habría huido de allí.

Tamura, no.

El campo de batalla presentaba un aspecto desolador. Los cadáveres yacían desperdigados en el mismo lugar donde habían sido abatidos. El silencio reinaba en el bosque, con los árboles deshojados clamando al cielo y los arbustos espinosos mojados por la lluvia. Ni siquiera el viento se atrevía a silbar.

Faltaban dos horas para que la noche terminara de pintar un escenario aún más macabro. Las ramas de las hayas semejaban garras monstruosas, y la neblina que gravitaba sobre la hojarasca arrastraba olor a muerte, sangre y cenizas.

La mujer saltó del caballo con la misma facilidad con la que una patricia bajaría el escalón de un palacio. Sus botas, por fuera de los pantalones de cuero negro, desaparecieron bajo la bruma reptante. Avanzó unos pasos hacia el suelo tapizado de muertos, con la mano en la espada que llevaba colgada del cinturón; su arsenal lo completaban varias dagas repartidas por todo el cuerpo, un arco y un carcaj.

Los cadáveres le dedicaron miradas acuosas de mudo reproche. Tamura se agachó junto a ellos. Los sombreros puntiagudos, tatuajes en brazos y rostro, las cabelleras largas de las mujeres... Cerca de ella, un magnífico caballo con la garganta cercenada completaba la escena.

No tuvo duda: eran sármatas, como ella.

Caminó entre los caídos en busca de algún enemigo muerto. Comprobó, con tristeza, que además de adultos y caballos también había niños y bebés asesinados. No le extrañó encontrar mujeres. Una sármata debía matar, al menos, a un guerrero enemigo para poder yacer con un hombre. La flecha de una mujer mata igual que la de un hombre. Pero los niños...

¿Qué clase de monstruo asesina a un bebé?

Los cadáveres no llevaban armadura, ni vio cascos por el suelo, ni

los caballos iban acorazados. Contó tres carretas quemadas, con restos de aperos de labranza y utensilios para cocinar. Todo apuntaba a que era un clan familiar en busca de un lugar para asentarse. Un clan sorprendido por un ataque desproporcionado y letal. Tamura no fue capaz de adivinar a qué tribu pertenecían. Podrían ser yacigios, como ella, o alanos, o roxolanos... En los últimos tiempos, las tribus se desplazaban por todo el territorio.

Buscó señales que le ayudaran a identificar a los atacantes. Sabía que los romanos habían reforzado su presencia a ese lado del *limes*. Cruzar la frontera hacia el oeste y atreverse a asediar Aquilea había sido una mala idea de los marcomanos. La ciudad había resistido, y Roma tenía ahora la excusa perfecta para reunir un ejército sin precedentes y demostrar al mundo que con el Imperio no se juega.

Ni un trozo de capa roja, ni un *gladius* perdido, ni un pilo clavado en la tierra, ni un casco extraviado detrás de un matorral. Tamura examinó el cuerpo de una mujer que abrazaba el cadáver de su bebé. La madre presentaba un orificio en el cuello del diámetro de un dedo. Una herida de flecha. Pero ¿dónde estaba la flecha? ¿Se habían tomado la molestia de arrancarla?

Aquello no le cuadraba.

Siguió caminando entre los muertos hasta que un objeto llamó su atención. Apoyado en un carro volcado, había un estandarte con un capricornio. En otras circunstancias, se habría echado a reír: la tela era un trapo y el carnero parecía pintado por un niño. Tamura conocía los estandartes romanos; hasta había robado alguno para la colección del rey Banadaspo, y eran auténticas obras de arte. Obras de arte que los legionarios defendían con su vida y no abandonaban jamás en el campo de batalla.

Aquello era una burda falsificación. Una prueba incriminatoria dejada a propósito para confundir a cualquiera que no estuviera familiarizado con la parafernalia romana.

Tamura amarró el estandarte en los aperos de su caballo y se dispuso a honrar a los caídos. Amasó un montículo de tierra con las manos, recogió la espada de un sármata cercano y atravesó el montecillo, dejándola clavada en el suelo. Repitió el ritual con cada

espada que encontró. Cuando clavó la última, contempló el campo de batalla desde el bosque.

Ahora sí que recordaba a un cementerio.

Ahora sí que los árboles parecían clamar al cielo.

Tamura no tenía tiempo para dar sepultura a sus coterráneos, pero sí para dejar aquella muestra de respeto a los dioses.

Las tinieblas empezaban a devorar la luz del día cuando Tamura oyó un sonido en la lejanía. Zambil, su caballo, pifió, nervioso. Ella lo aplacó con una caricia, se agachó y acercó la oreja al suelo.

Jinetes.

Por el sonido de los cascos, más de cuatro. Puede que diez.

Tamura se encaramó sobre Zambil de un brinco. No tenía estribos, solo una silla basta fabricada en cuero y tela sobre una sudadera de lana. La mujer espoleó al caballo con el talón de la bota y este giró sobre sí mismo, para desaparecer como un fantasma entre los árboles pelados.

Los jinetes que se acercaban eran más de cuatro.

Si solo hubieran sido cuatro, ahora estarían muertos.

Ocho jinetes detuvieron sus monturas ante al vertedero de carne. Aunque iban ataviados con diferentes piezas de armadura romana, su aspecto no era tan imponente como el de los legionarios. Eran tropas auxiliares, soldados de segunda reclutados entre los mismos pueblos que ahora se rebelaban contra Roma.

Gayo Mamerco, el suboficial al mando, era el único romano de la patrulla de reconocimiento. Los demás eran jóvenes dacios, cuya fidelidad se medía en sestercios y su eficacia en combate, en bajas o retiradas. Gayo sorteó el amasijo de cuerpos a base de tirones de riendas. A su espalda, sus hombres comenzaron a murmurar en dacio.

—En latín —les reprendió Gayo, dedicándoles un gesto amenazador con el pilo—. ¿Qué andáis rumiando?

—Son sármatas, *domine* —informó uno de ellos—. Esas espadas clavadas en la tierra son una señal de respeto a sus dioses.

—Una espada clavada en la tierra también puede significar otra

cosa... —murmuró uno de los soldados. Lo hizo tan bajo que Gayo no pudo oírlo.

El suboficial recorrió los árboles con la mirada mientras tranquilizaba a su caballo. Necesitaba silencio absoluto para comprobar que el único ruido del bosque era el de su respiración. Gayo no temía a los muertos, pero sí a los fantasmas de carne y hueso que podrían ocultarse entre el follaje. Decidió desmontar. Al igual que Tamura, se arrodilló para examinar los cuerpos. Sus soldados mantuvieron la posición, con los arcos listos.

Gayo no distinguía demasiado bien unos bárbaros de otros, pero no le quedaba otro remedio que confiar en el criterio de sus soldados. Le extrañó ver hombres y mujeres junto a niños y bebés. Se fijó en las carretas saqueadas. Eran grandes, muy distintas a carruajes de guerra. El romano reconstruyó la escena en su cabeza, y lo que visualizó fue una pequeña caravana tomada por sorpresa por una fuerza muy superior. Por las heridas de las flechas y la disposición de los cuerpos, el ataque se produjo por el flanco derecho.

Giró la cabeza hacia esa zona, donde estaban sus hombres. Detrás de ellos, la arboleda era frondosa. Arqueros emboscados, casi con total seguridad. Los asaltantes reducirían al grupo con flechas para luego acabar con los supervivientes cuerpo a cuerpo.

Si hubo bajas entre los atacantes, los habían retirado del campo de batalla. Al igual que Tamura, Gayo concluyó que aquella carnicería no era obra del ejército romano. Si es que se podía llamar romano al ejército de esos días, compuesto en su mayoría por extranjeros reclutados a la fuerza o engatusados con la promesa de fama y fortuna. Lejos quedaron los días de las legiones conquistadoras. Las de ahora, mucho más mestizas que las de antaño, se limitaban a conservar lo que las antiguas habían ganado.

El ruido de un cuerpo al caer sobre la hojarasca arrancó a Gayo de sus reflexiones. Por el rabillo del ojo, vio huir al caballo de uno de sus arqueros. Un segundo después, otro de los jinetes recibió un flechazo mortal.

—¡Nos atacan! —gritó uno ellos.

Los dacios descabalgaron, protegiéndose tras sus monturas. Con los

arcos a punto, buscaban al enemigo entre el follaje. Por mucho que se esforzaron, no vieron nada contra lo que disparar. Una nueva flecha, esta por un flanco, abatió a un tercer soldado. Los dacios entraron en pánico.

Gayo se encontraba entre sus hombres y los atacantes. Su mente funcionó a toda prisa, dudando entre ordenar retirada o instar a sus soldados a avanzar hacia la espesura. Si le identificaban como suboficial, la siguiente flecha llevaría escrito su nombre. La caída del cuarto soldado le aclaró las ideas.

«Tengo que informar de esto en el campamento.»

Impulsado por esa excusa, Gayo hizo girar a su caballo y pisoteó la alfombra de cadáveres al galope. Una flecha se clavó en su espalda mientras se alejaba. Su rostro se crispó de dolor, pero sabía que la herida, en la zona del omoplato izquierdo, no le mataría.

Gayo abandonó a sus hombres. Trató de convencerse de que no eran más que una panda de bárbaros traidores a su patria. Se lo merecían.

Con el alma ungida por el calmante de la mentira, Gayo Mamerco cabalgó rumbo a su campamento. En el claro solo quedaban cuatro soldados vivos.

Tamura apuntó una vez más, pero lo pensó mejor. Se colgó el arco a la espalda y examinó el terreno desde su escondite en la espesura. El sol se apagaba. Descabalgó y espantó a Zambil. Los dacios llamaban a Gayo a gritos.

Se sentían desamparados.

La mujer desenvainó la espada y comenzó a flanquearlos.

Al fin y al cabo, solo eran cuatro.

2

Carnuntum era un pedazo de Roma a orillas del Danubio.

Como muchas otras ciudades del Imperio, nació como un campamento de legionarios. Poco a poco, se fueron adosando edificaciones civiles y militares alrededor de la empalizada de madera. Aquella aldea creció como un ser vivo, expandiéndose y solidificándose hasta convertirse en la capital de Panonia y en el centro de operaciones de la Decimocuarta Legión, la Gémina.

Cuando el emperador Marco Aurelio Antonino Augusto cruzó sus puertas en otoño de 171 después de Cristo, ya era una ciudad fortificada que habría hecho babear de envidia a más de un arquitecto romano.

Los alrededores eran un hervidero de legionarios. El emperador tuvo que atravesar dos campamentos desde el muelle en el que desembarcó antes de llegar a Carnuntum. Diez legiones instaladas alrededor de la capital formaban un océano multicolor de tiendas, estandartes, banderas, carruajes y empalizadas.

Marco Aurelio hizo el recorrido escoltado por la Guardia Pretoriana, soldados de élite con brazos de roca y mirada de acero. Portaba armadura completa y casco emplumado. Sabía que el pueblo se refería a él como sabio y filósofo, y era raro que el pueblo se equivocara. De hecho, le agradaba que se reconociera su condición de gobernante justo e inteligente; pero ahora, desfilando entre decenas de miles de legionarios, Marco Aurelio necesitaba mostrar su lado más castrense.

Alrededor de Carnuntum se reunían ciento veinte mil hombres desplazados hasta Panonia con una sola misión: castigar a las tribus bárbaras que lanzaban incursiones en el lado romano del *limes*. Una coalición de marcomanos, cuados, vándalos y sármatas que Roma llamaba, simplemente, la alianza marcomana.

Marco Aurelio, erguido en su montura, se prodigaba en saludos a

la multitud que lo aclamaba. Junto a él cabalgaba un hombre ataviado con una armadura *musculata* que imitaba pectorales y abdominales de titán. Su rostro de nariz recta y mentón prominente presagiaba tempestad eterna. Tenía ojos de lobo, siempre entrecerrados, siempre alerta. Era el legado Jano Convector, mano derecha de Marco Aurelio, su más fiel lugarteniente. Su lealtad ciega al césar y su ferocidad en combate le valieron el apodo Puño del Emperador. Otros, menos amables, se referían a él como el «general sin legión». Lo hacían a sus espaldas. Hacía falta mucho valor y mucho vino para decírselo a la cara.

Porque la gran frustración de Jano Convector era no comandar una legión.

Cada vez que atravesaban un campamento, este estallaba en un clamor. La moral de las legiones se elevaba con sus estandartes, las espadas brillaban, las lanzas arañaban el cielo y las gargantas clamaban muerte a los germanos.

La comitiva llegó a la puerta de Carnuntum que daba al Danubio. Los legionarios que la custodiaban vitorearon al emperador desde el adarve de la muralla de piedra. La población civil era un puro rugido, entusiasmada no solo por la llegada de Marco Aurelio, sino también por la protección y el beneficio que les proporcionaba la presencia de las legiones: taberneros, mercaderes, dueños de casas de baños, rameras... todos veían engordar sus bolsas cuando la legión estaba ociosa.

Las calles de Carnuntum eran como las de cualquier ciudad romana. Las residencias, construidas en piedra rosácea, estaban compuestas por edificios con tejados a dos aguas alrededor de patios decorados con flores y buen gusto; el mármol brillaba en las propiedades más lujosas. Los puestos ambulantes se alternaban con establecimientos regentados por comerciantes pudientes, y las tabernas rebosaban actividad. A pesar de la omnipresente amenaza bárbara, la colonia había prosperado a través de los años.

Acompañados de su escolta personal, Lucio Renato y Cato Merino esperaban al emperador en la entrada de la residencia que habían reservado para él y su Guardia Pretoriana. Ataviados con las túnicas

más lujosas y las sonrisas más radiantes, los magistrados de la ciudad alzaron a la vez la mano derecha extendida.

—Ave, césar —dijo el mayor de los dos—. Soy Lucio Renato. —A continuación presentó a su acompañante, un hombre rubio, diez o doce años más joven que él—. Y él es Cato Merino. Como gobernadores de Carnuntum, te damos la bienvenida. Es un honor albergarte entre estos muros.

—Confiamos en que esté todo a tu gusto —intervino Cato, con un timbre de voz algo afeminado.

Marco Aurelio les dedicó una sonrisa cansada.

—Estoy seguro de que lo estará —dijo.

Jano descabalgó para ayudar a Marco Aurelio a desmontar. El emperador rechazó el gesto con un ademán y lo hizo sin asistencia alguna. Tenía cincuenta años, y a pesar de estar muy delgado y de tener una salud delicada, podía hacerlo solo. Y más delante del comité de bienvenida.

—Me encantaría conversar con vosotros, pero no he podido descansar bien en el barco —se excusó Marco Aurelio—. Esta noche, cuando esté recuperado del viaje, compartiremos una magnífica cena y nos pondremos al día de los últimos acontecimientos.

—Como desees, césar —aceptó Lucio.

—Será un honor —corroboró Cato, con su voz aflautada—. Si quieres que te mostremos el palacio...

Jano despachó a los magistrados.

—El emperador necesita descansar —dijo, con voz decidida—. Esta noche habrá tiempo para todo. Adiós.

Los magistrados cruzaron una mirada fugaz y abandonaron el patio exterior, murmurando entre ellos. Como políticos que eran, no estaban acostumbrados a la aspereza militar de Jano. El legado sabía que producía ese efecto intimidador en los demás, pero le daba igual. Marco Aurelio le palmeó la espalda.

—Por esto te mantengo a mi lado, y por esto sé que nunca te dedicarás a la política.

El legado acompañó al emperador y a su guardia al interior del recinto. Lo primero que encontraron tras cruzar la entrada fue un

patio extenso que precedía a lo que llamaban el palacio imperial, un edificio de tres pisos de altura al que se accedía mediante una breve escalinata. En un extremo del patio estaban las caballerizas, una construcción amplia y baja hecha de madera. Al pie del edificio principal encontraron una docena de esclavos, arrodillados y con la cabeza gacha; delante de ellos había un hombre mayor, que parecía gozar de un estatus superior al resto. Macrinio Vindex, el prefecto de la Guardia Pretoriana, disolvió el comité de bienvenida.

—El emperador os da las gracias —dijo Vindex, espantándolos con palmadas que sonaban como latigazos—. Registrad cada palmo del edificio —ordenó a sus guardias.

Macrinio Vindex lideraba la guardia personal de Marco Aurelio desde hacía algo menos de dos años. Su rostro lucía cicatrices horrendas, recuerdos de la guerra contra los partos. Vindex mantenía una buena amistad con Marco Aurelio, y el emperador lo quería como a un hijo. Cuando eres emperador de Roma, la traición te sobrevuela como buitres a un venado muerto, y Vindex era alguien de fiar.

Mientras la Guardia Pretoriana registraba el interior del palacio, el Puño del Emperador condujo su caballo a las cuadras. Se despidió de su fiel Sagita con una caricia y un abrazo. A Marco Aurelio lo apreciaba, lo admiraba y le sería leal hasta la muerte; a Sagita, lo adoraba. De hecho, era el único ser en este mundo al que Jano Convector amaba de verdad.

—Mañana daremos otro paseo —prometió, besándole el hocico.

Contempló el palacio que sería su hogar durante los próximos meses o años. Los dos pisos superiores estaban plagados de ventanas y balcones, con una barandilla común que rodeaba todos los testeros. En su interior, una escalera central de mármol ascendía a los pisos superiores. Detrás de esta se abría el acceso al atrio interior, que daba a las cuatro alas del palacio. El patio lo presidía un estanque en su zona central y unas galerías laterales flanqueadas por árboles frutales. Bajo el suelo, unos sótanos tan extensos como el propio edificio fueron acondicionados por los magistrados como sala de guerra, almacén y mazmorra. Un muro de ladrillo de doce pies de altura rodeaba el complejo, aislándolo del resto de la ciudad.

Cuando los pretorianos dieron por finalizado el registro, Vindex se acercó a Marco Aurelio, que estaba acompañado por Jano. El informe del prefecto fue breve y conciso.

—La residencia es segura.

—Pues entremos —dijo el césar—. Necesito echarme un rato.

El emperador subió los seis peldaños que le separaban de la entrada principal, seguido por Jano y Vindex. Nada más entrar se dieron de bruces con el que parecía el jefe de los esclavos.

—*Domine*, mi nombre es Kostas —se presentó, con la mirada clavada en el piso—. Soy el esclavo más antiguo del magistrado Lucio Renato, y estoy aquí para servirte.

—Gracias —contestó Jano por Marco Aurelio—. El emperador lo aprecia. Ahora, condúcenos a sus aposentos.

Kostas, que rondaría los sesenta, compuso un leve gesto de dolor al levantarse. Encabezó la marcha escaleras arriba, seguido del emperador, Jano y Vindex. Su bamboleante forma de caminar le echaba años encima. Los condujo hasta una estancia grande al fondo del ala este del segundo piso. Detrás de la puerta encontraron una sala presidida por un escritorio rodeado de sillas, estantes, arcones y triclinios. A la izquierda, una puerta cubierta con cortinas daba a la alcoba. El mobiliario y los enseres estaban fabricados con materiales nobles. Era evidente que los magistrados no habían escatimado en gastos.

—Espero que todo sea de tu agrado —dijo Kostas.

—Todo está perfecto, Kostas —aprobó Marco Aurelio—. Acepta este regalo de tu emperador.

Kostas no tuvo tiempo de rechazar el presente. Cuando abrió la mano, descubrió dos áureos sobre la palma. Toda una fortuna para un esclavo. El pobre fue incapaz de pronunciar un agradecimiento.

—Disfruta de tu regalo —lo despidió Marco Aurelio—, y cierra la puerta al salir.

Kostas, con la mano aún cerrada sobre sus monedas, obedeció. Marco Aurelio dedicó unos instantes a explorar sus aposentos, abriendo cajones vacíos y puertas cercanas. Jano aprovechó para salir al balcón. Daba al lateral del patio, mucho menos extenso que la

explanada frente a la fachada principal. A su espalda, Vindex anunciaba su marcha.

—Marco, con tu permiso, voy a acomodar a la guardia.

—Claro, ve. ¿Vendrás esta noche a la cena con los magistrados?

Vindex resopló. Los políticos le aburrían.

—Si no hay más remedio...

—Vamos a tener un trato muy cercano con esos magistrados —explicó Marco Aurelio—, son la máxima autoridad en Carnuntum.

—Cuando tú no estás —le recordó Vindex, con un guiño.

Justo cuando el prefecto abrió la puerta, un hombre entrado en años, más bien bajo, entró en la oficina de Marco Aurelio. Sin ser gordo, lucía una barriga abultada. Sus mofletes caídos y la expresión pacífica de su boca le otorgaban un aire bondadoso.

—Emperador —saludó desde la puerta—, Jano...

Marco Aurelio le dio la bienvenida.

—Eudor, me alegro de verte. ¿Y mis libros?

—Están descargando tus baúles ahora mismo.

—¿Puedes decirles a los esclavos que suban ya mis artes de escritura? Me gustaría escribir un rato, después de descansar. El viaje por el río ha sido poco inspirador.

Eudor de Atenas sonrió. Conocía bien al emperador y sabía que estaba impaciente por retomar sus escritos. Además de médico y compañero cercano de Galeno, el griego era maestro en filosofía e historia antigua. Junto con otros mentores, Eudor introdujo a Marco Aurelio en las enseñanzas de los estoicos, a los que ambos admiraban.

—Marco Aurelio, Marco Aurelio... —canturreó Eudor, con toda la ironía que era capaz de expresar—. ¿Aún no te has enterado de que estás aquí para hacer la guerra? ¿Qué clase de general eres?

—El peor de Roma, pero tengo a mi mando a los mejores.

—A propósito, ¿cuándo te reúnes con tus legados?

—Mañana. Pero voy a escuchar, más que a hablar. Tengo fe ciega en mis generales, Eudor. Te aseguro que les quitaremos a esos bárbaros las ganas de salir de sus bosques, donde malviven como animales. O los domesticamos o los exterminamos.

—La famosa paz romana —recitó el médico.

—Tú lo has dicho, mi querido Eudor. Paz romana o muerte.

3

Ictis tenía un pacto con el Cíclope. O eso creía él.

Porque era imposible tener un pacto con el Cíclope.

Ictis, delgado y de baja estatura, de brazos nervudos, dueño de una nariz privilegiada que había sobrevivido de milagro a incontables puñetazos y patadas. Ictis, poseedor de un cuello siempre tenso que había escapado a más sogas de las que podía recordar. Ictis, señor de una lengua capaz de convencer a tres incautos para que le siguieran a través de un bosque esculpido por Plutón. Si el averno tuviera jardines, aquel paraje sería uno de ellos. Pero entre sus árboles desnudos, Ictis se sentía como en casa.

Después de dos días y medio siguiendo a quien afirmaba ser el mejor rastreador de Panonia, los romanos a los que había engatusado no hablaban de otra cosa que no fuera matarle. No se fiaban de Ictis, y hacían bien.

Ictis coincidió con ellos en una taberna, a varias millas de Vindobona. Los dos más mayores, Aes y Ramix, eran legionarios licenciados que se denominaban a sí mismos buscadores de tesoros, un eufemismo para no decir que eran saqueadores de campos de batalla. Un joven alto y fornido llamado Merilio guardaba sus espaldas. Después de varias jarras de vino y de un reñido intercambio de anécdotas de tiempos pasados (la mayoría de ellas más falsas que un sestercio de madera), Ictis les reveló la existencia del Cíclope, al que describió como un ser solitario, exiliado en una cueva donde escondía un tesoro acumulado a lo largo de muchos años. Ictis aprovechó que estaban borrachos para instarlos a partir. Al amanecer, lejos del punto de partida y con una resaca de muerte, la lengua embustera del rastreador les aseguró que ya no había vuelta atrás.

Ictis se conocía aquel bosque de memoria. Su atuendo bailaba entre la pena y la risa: sobre sus ropajes andrajosos llevaba una piel peluda rematada con la cabeza disecada de un perro que le cubría la

cabeza y los hombros hasta media espalda. Él afirmaba que pertenecía a un moloso, un gigantesco mastín de guerra que un legionario azuzó contra él, años atrás, después de perder a los dados. Según Ictis, el combate entre él y la fiera fue tan épico que el legionario le regaló la piel del perro como trofeo.

Por supuesto, eso nunca pasó.

—¿Falta mucho para llegar? —gruñó Ramix, que hacía años que no echaba de menos las interminables marchas de la legión—. Nos dijiste que el cubil del Cíclope estaba a día y medio de camino y ya llevamos más de dos días andando sin parar.

—¿Te habría parecido buena idea atravesar el campamento cuado que nos cerraba el paso en el valle? —se defendió Ictis, sin dejar de caminar—. Roma está en guerra con ellos, no lo olvides. Si nos hubieran cogido nos habrían dado de comer a sus perros, y seguro que nos mantendrían con vida para que pudiéramos presenciar el festín que se daban con nuestras piernas.

Ramix refunfuñó, pero siguió caminando. Avanzaron un buen trecho, hasta que el terreno se quebró en un descenso complicado, horadado por torrentes secos, matojos espinosos y raíces a medio descubrir. Ictis brincó de raíz en raíz y de roca en roca con agilidad caprina. Una vez abajo, se dirigió a sus compañeros de viaje.

—Venga, sin miedo; el terreno es más seguro de lo que aparenta.

Los romanos intercambiaron miradas de desconfianza.

—Tú primero —pidió Aes a Merilio.

El joven maldijo en voz baja y afrontó el descenso, apoyándose en el astil de la lanza. Colocó el pie izquierdo en una raíz, saltó hacia un montón de hojarasca y resbaló pendiente abajo, acompañado de una avalancha de piedras, hojas, barro y blasfemias. Ictis se acercó para ayudarle a ponerse de pie.

—¿Ves cómo no ha sido tan difícil? —dijo, tendiéndole la mano.

Merilio la rechazó de un doloroso palmetazo.

—Métete la mano donde te quepa —espetó, mientras se levantaba —. Espero que esto merezca la pena y no sea una maldita trampa.

A Ictis se le desorbitaron los ojos, ofendido.

—Merilio, ¿hasta cuándo vas a desconfiar de mí? Si mis

intenciones fueran perversas, podría haberos rebanado el cuello mientras dormíais...

—Te quitamos la daga la primera noche, antes de irnos a dormir —le recordó Ramix, que bajaba la pendiente ayudado de manos y pies, con bastante mejor fortuna que Merilio—. No me explico cómo nos convenciste para que te acompañáramos en esta locura. El vino nos jugó una mala pasada. —Una vez abajo, Ramix señaló a Ictis con la lanza—. ¿Por qué no le has robado el oro al Cíclope antes, si sabes desde hace tiempo que lo tiene y vive solo?

Ictis se irguió y adoptó una expresión solemne.

—Puedo ser el mejor rastreador de Panonia, pero yo solo no me atrevería contra el Cíclope, no soy un guerrero —explicó, ajustando la cabeza de perro sobre la suya—. No soy diestro ni con el arco ni con la lanza. Además, confío en vosotros, Ramix, no me preguntes por qué —añadió.

—No será un cíclope de verdad, ¿no? —preguntó Merilio, que andaba mejor de músculos que de entendederas.

—No seas idiota —le gritó Ramix, golpeándole el pecho con el dorso de la mano—. Todo el mundo sabe que los cíclopes no existen.

—Ramix tiene razón —corroboró Ictis—. El Cíclope es fuerte, muy fuerte... pero entre los cuatro podremos con él. Miraos, sois una partida de caza fabulosa.

Aes, que iba armado con un arco, decidió iniciar el descenso deslizándose pendiente abajo sobre sus posaderas. Al llegar abajo, también se encaró con Ictis.

—¿Sabes qué, vándalo? Como todo esto sea un cuento, te despellejaré, pondré tu piel encima de la de ese perro de mierda que llevas en la cabeza y te clavaré en el primer huerto que encuentre, de espantapájaros.

—¡Eh, eh, tranquilidad! —exclamó Ictis, mostrando las palmas de las manos en gesto de paz—. Y no te equivoques, no soy vándalo. Al menos, ya no. Ahora soy ciudadano romano, como vosotros.

—Y una polla —escupió Merilio, que andaba rebuscando en su morral—. Espero que este viaje no se alargue mucho, ya nos queda poca carne seca.

—¿Ese es el problema, la comida? —preguntó Ictis, con los brazos abiertos—. Puedo localizar una presa en un momento. Esperad un segundo, os lo demostraré...

Ictis se agachó y recorrió unos metros a cuatro patas. Palpó el suelo, se puso en cuclillas y agarró una masa de excrementos que ocupaba media mano.

—¿Veis? Es de un venado. —Para desmayo de sus compañeros, rompió la mierda en dos y la mordió—. Es fresca, no hace ni media hora que pasó por aquí —dedujo, hablando con la boca llena—. Las huellas siguen por ahí. —Señaló un punto a su derecha—. ¿Lo localizo y lo cazáis?

—Dioses, qué asco —logró pronunciar Ramix, entre arcadas—. Eres el ser más repulsivo que he conocido jamás.

Aes le hizo un gesto a Merilio con la ceja. Este desenfundó la espada y colocó la punta bajo la barbilla de Ictis, que ni siquiera tuvo tiempo de incorporarse. El explorador bizqueó al mirar la hoja. Aes se acuclilló a su lado y habló en voz baja. Su tono era tranquilo, pero amenazador.

—Basta de tonterías. ¿Cuánto falta para llegar a la guarida del Cíclope?

—Ya casi hemos llegado —balbuceó el rastreador, cuya nuez subía y bajaba al ritmo del miedo—. Está a unas tres millas de aquí.

—Más te vale —dijo Aes—, o te arrancaré esa lengua embustera de comemierda.

—De acuerdo, de acuerdo —repuso Ictis.

—Venga, camina —ordenó Merilio, que rubricó la orden con un pinchazo que arrancó a Ictis un quejido de dolor.

El terreno delante de ellos no era mucho mejor del que acababan de bajar. La ladera descendía entre árboles retorcidos, matorrales espinosos y hojarasca mojada que resbalaba como si estuviera regada con aceite. Ictis avanzaba como si paseara por la vía magna, pero los demás tropezaban y se deslizaban cuesta abajo, jurando sin parar y atesorando una generosa colección de arañazos y moratones. Después de un buen rato de atravesar una espesura siniestra, Ictis los detuvo con un gesto de la mano.

—Esperad —susurró.

Habían llegado. Aunque aún no estuviera a la vista, la guarida del Cíclope se encontraba en la hondonada que se extendía detrás de los matorrales que tenía frente a él. Ictis cerró los ojos y se concentró en los olores del bosque, hasta localizar el que buscaba. Giró la cabeza hacia la brisa que lo arrastraba. Su oído se transformó en el de un lobo. Oía las ráfagas de aire, cada crujido de las hojas, el cimbrear de las ramas...

La respiración agitada de los tres hombres detrás de él.

Y el bronco aliento que acompañaba el hedor que despedía el Cíclope.

No estaba en su guarida. Estaba fuera, acechando.

—Seguidme, muy despacio —susurró Ictis.

El Cíclope se acercaba, pero solo él podía oírlo. Ictis avanzó hasta dejar atrás los matorrales y llegar a un claro de unos cuarenta pasos de diámetro. El bosque se cernía a su alrededor como una bestia multiforme y torturada. Al pie de una colina pedregosa, se abría una caverna que semejaba la boca de un anciano decrépito en su último estertor.

Pero lo más terrorífico era el suelo.

Huesos. Muchos huesos.

«Acuérdate de nuestro trato, Cíclope», rezaba frenético Ictis, que sudaba como si estuviera en unas termas. «Acuérdate de mí.»

—¿Qué cojones es esto? —gruñó Ramix, contemplando el osario con ojos desencajados—. ¿Dónde coño nos has traído?

Había osamentas de bestias y hombres, incluso algún que otro esqueleto completo. Algunos conservaban parte de sus ropajes, desgarrados y descoloridos por el paso de las estaciones. Había cascos oxidados y piezas de armadura. Un poco más allá, vieron un cadáver reciente devorado hasta los huesos. Un enjambre de moscas se elevó en el aire, adoptando la forma corpórea del hedor nauseabundo que flotaba en aquel claro de muerte.

«Acuérdate, Cíclope. Soy tu amigo...»

De repente, para sorpresa de Aes, Ramix y Merilio, Ictis cayó fulminado al suelo.

—¡Qué! —exclamó Aes, acercándose al cuerpo inerte del vándalo; le propinó una patada, pero no reaccionó—. Levanta, ¿qué broma es esta?

Ninguno de ellos vio al Cíclope saltar sobre Merilio y degollarlo de un golpe. De la arteria cercenada brotó una fuente roja, entre jirones de carne desgarrada. Ramix, asustado, retrocedió tres pasos, tropezó con los restos de un ciervo y cayó de espaldas al suelo. Para su desgracia, la lanza se le escapó de la mano al caer. El Cíclope clavó su único ojo en él y cargó como un ariete.

Aes tensó el arco, apuntó y disparó antes de que fuera demasiado tarde. La flecha rebotó en la armadura metálica que cubría la voluminosa anatomía del Cíclope. A Ramix, en cuclillas, le faltó tiempo para recuperar la lanza. Las tres púas afiladas que remataban el casco de aquella mole lo ensartaron. No tardó ni tres segundos en morir.

La segunda flecha de Aes no llegó a salir del carcaj. Ictis le agarró los tobillos, rodó sobre sí mismo y lo hizo caer al suelo. El Cíclope pasó por encima del rastreador, que volvió a quedarse inmóvil, sin respirar. La sangre de Aes le salpicó como si alguien le hubiera tirado una jarra de vino a la cara.

«Respeta nuestro trato, Cíclope», repetía Ictis para sus adentros, con los ojos muy cerrados. Olía al monstruo a dos palmos de su cara. Olía la sangre. Oía sus gruñidos mientras devoraba a Aes. «Para ti la carne, Cíclope... para mí el botín.»

Después de unos minutos eternos, el Cíclope arrastró el cadáver de Aes hasta su cueva. Ictis maldijo a los dioses: la bolsa de Aes había pasado a engrosar el tesoro del Cíclope. El vándalo no tuvo más remedio que conformarse con las de los otros dos. Cuando la hondonada quedó en silencio, Ictis se incorporó.

Arrancó la bolsa de monedas del cinturón de Merilio sin hacer ruido, la sopesó y torció el gesto: había obtenido mejores botines en el pasado. A continuación, se dirigió al cadáver destripado de Ramix. Su bolsa era algo más abultada que la de Merilio, pero ni punto de comparación con la que el Cíclope se había llevado junto con el cuerpo de Aes. Como compensación, Ictis también se llevó la lanza de

Ramix. No es que supiera usarla, pero seguro que podría sacar un buen precio por ella.

El explorador se echó al hombro el morral con la comida y un par de pellejos de agua. Una vez equipado para el viaje de vuelta, se volvió hacia la cueva del Cíclope.

—Gracias por respetar nuestro pacto, viejo amigo. Hasta el año que viene. —Dio unos pasos hacia la vereda por la que habían llegado y echó la vista atrás por última vez—. Para la próxima, hazme un favor: llévate al más pobre.

Ictis se ajustó la piel del perro y emprendió el camino de regreso a la civilización. Mientras rodeaba los barrancos por los que había descendido, se dijo que aún no iría a Vindobona, y eso que hacía tiempo que tenía ganas de conocer la ciudad. Según decían, las legiones se reunían alrededor de Carnuntum. Con el dinero que acababa de reunir, podría comprar ropajes nuevos, comer caliente y dormir bajo techo durante tres o cuatro meses.

Enseguida rechazó ese pensamiento. Se conocía demasiado bien.

Comería una vez hasta hartarse. Bebería hasta perder la sensatez y se jugaría hasta el último sestercio, como hacía una y otra vez, sin poder evitarlo. Lo peor es que tendría que esperar a que pasara el invierno para conducir a algún otro incauto hasta el Cíclope.

Tendría que buscarse la vida hasta que pasara el invierno.

Y cuando se derritiera la nieve, rezaría para que el Cíclope respetara el pacto que no tenía con él.

4

Los dos generales que llegaron al palacio imperial de Carnuntum lo hicieron sin escolta, envueltos en un halo de invulnerabilidad. Sus corazas, metálicas y brillantes, reflejaban el entorno como si fueran espejos. Sus cascos lucían esmeraldas incrustadas, sus escarcelas eran de cuero blanco y las capas, rojo sangre con bordados de oro. Ambos portaban espadas enjoyadas, vestidas con fundas de madera noble y remates de plata.

Pero había algo que resplandecía más que su atuendo.

Su reputación.

El más alto era Tiberio Claudio Pompeyano, gobernador de Panonia Inferior y yerno del emperador. Le acompañaba Publio Helvio Pertinax, legado de la Primera Legión, Adiutrix, puede que el general más famoso del Imperio por haber liberado las provincias de Recia y Nórico de los invasores bárbaros.

El año anterior, Bellomarius, un caudillo marcomano, logró reunir una fuerza lo bastante grande para derrotar a veinte mil legionarios romanos cerca de Carnuntum. Enardecidos por la victoria, una marea de jinetes se abrió paso a través de las ciudades de Scarbantia, Sabaria, Poetovio, Celeia, Emona... No se detuvieron hasta llegar a los muros de Aquilea, al norte de Italia. El ataque a la ciudad fue la gota que acabó con la paciencia de Marco Aurelio. Los invasores habían llegado demasiado lejos, en el sentido más literal de la expresión.

Y también cometieron un grave error.

Mientras Aquilea resistía el asedio, Marco Aurelio tuvo tiempo para reunir un ejército de veinte mil hombres para expulsar a los invasores. Al tiempo que avanzaba por el suroeste desde Roma, otra fuerza, esta liderada por Tiberio Claudio Pompeyano, se dirigió a Aquilea desde el noreste para cortar la retirada a las huestes de Bellomarius.

Publio Helvio Pertinax formó parte de ese ejército constituido por

cuatro legiones. Los bárbaros, conscientes de su inferioridad, saquearon Aquilea a toda prisa y se retiraron a sus campamentos de Recia y Nórico, donde se dispersaron para escapar de los romanos. Aquella maniobra evasiva frustró sobremanera al emperador y a sus generales, que no podían soportar la idea de que Bellomarius saliera indemne de una afrenta tan grave.

Pero lo que más indignó a Marco Aurelio y acrecentó su odio a los bárbaros fue el mensaje que recibió de los mandatarios germanos, que culpaban de la invasión a unos rebeldes que, aseguraban, ya habían sido castigados por sus felonías. Aquella desfachatez propició que Marco Aurelio decidiera darles un escarmiento.

La fase inicial del castigo fue enviar a la Primera Legión a liberar Recia y Nórico, algo que Pertinax hizo con gran eficacia. Pero Bellomarius seguía libre, y eso el emperador no estaba dispuesto a tolerarlo. Por ello Marco Aurelio decidió reunir diez legiones en Carnuntum. Su objetivo: acabar con Bellomarius e impedir que una invasión como la de Aquilea volviera a repetirse.

El centurión de guardia condujo a Tiberio y Pertinax hasta el segundo piso, donde se encontraban los aposentos de Marco Aurelio. Pertinax sonrió al identificar a una figura pequeña y barriguda al final del pasillo, que parecía comentar algo con los pretorianos apostados en la puerta del emperador.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —exclamó el general, yendo a su encuentro—. El gran Eudor de Atenas. Por los dioses, qué alegría verte.

Ambos se palmearon los hombros, para luego abrazarse.

—Mi joven Pertinax —dijo el médico; al igual que su antiguo alumno, estaba feliz de verlo—. Bueno, ya no tan joven. ¿Cuántos tienes ya?

—Cumplí cuarenta y cinco en agosto, me hago viejo. —Pertinax le presentó a su acompañante—. ¿Conoces a Tiberio Claudio Pompeyano?

—Asistí a su boda con Lucila —recordó Eudor, refiriéndose a la hija de Marco Aurelio, que se casó con Tiberio tras la muerte de su esposo, el emperador Lucio Vero—. Es un orgullo conocer al legado de

Panonia Inferior.

—Aquí solo soy un general más —repuso Tiberio, con humildad.

Eudor se volvió de nuevo hacia su antiguo alumno.

—Felicidades por tu campaña en Recia y Nórico —dijo—. También oí que rechazaste a los marcomanos en Brigetio.

—Sí. Esos cabrones están por todas partes.

—¿Y cómo te fue en el Senado de Roma? —quiso saber Eudor—. ¿Te sirvieron de algo mis enseñanzas?

Pertinax puso los ojos en blanco y miró a su alrededor, comprobando que no había soldados ni civiles cerca.

—Menos mal que estalló la guerra y tuve que venir para acá —rezongó—. Prefiero pelear con los marcomanos que bregar con los senadores. Me odian, Eudor, seguro que hacen sacrificios a los dioses para que una flecha germana me deje clavado aquí. Ya sabes cómo funciona esto: sonrisas visibles y dagas ocultas. A todo esto, ¿y Marco Aurelio? ¿Sigue escribiendo esas memorias suyas? —preguntó Pertinax.

—Ya lo creo —dijo Eudor, elevando las cejas—. Sus meditaciones, las llama. Guarda dos copias en Roma y lleva una con él a todas partes. Ese maldito arcón pesa más que el del tesoro —rio—. Está deseando organizar las expediciones de castigo para volver a enfrascarse en ellas.

—Lo cierto es que Roma está en deuda contigo y con el resto de sus mentores —sentenció Tiberio—. habéis formado a un emperador inteligente, culto, justo y benévolo.

Eudor torció el gesto.

—Hay algo con lo que no es tan benévolo —advirtió—. El asedio a Aquilea instauró en su alma un odio hacia los bárbaros impropio de él. Todo lo entiende, todo lo tolera, todo lo perdona... menos a las tribus germanas.

A Pertinax le extrañó aquel hecho. Conocía bien a su amigo y le costaba imaginarlo odiando a alguien. Marco Aurelio podía ser implacable, pero siempre dentro de los límites de la justicia y la piedad.

—¿Tan fuerte es la aversión que siente hacia ellos? —preguntó.

—Es como si su mente hubiera dibujado una idea distorsionada de ese pueblo; los ve como monstruos irracionales, sin sentimientos. Si por él fuera, los crucificaría a todos sin juicio previo.

—Estoy seguro de que obrará con justicia cuando llegue la hora de la verdad —apostó Tiberio, que conocía la forma de actuar de su suegro—. Lo de Aquilea nos indignó a todos; y más nos indignó no poder aplastarlos del todo en Recia y Nórico. Esos zorros saben cómo desaparecer cuando las cosas se ponen feas.

—Para eso estamos aquí, para darles el golpe de gracia —alardeó Pertinax, que cambió de tema—. ¿Han llegado los demás generales?

—Sois los primeros —respondió Eudor, que giró la cabeza al oír abrirse las puertas de la oficina—. Ahí sale el tribuno con el que despachaba. Entremos —dijo, impidiendo que se cerraran.

El tribuno Marco Bassaeo Rufo saludó a los generales y pasó de largo. Los cuatro guardias de la puerta se cuadraron ante ellos. Marco Aurelio estaba sentado frente a una mesa llena de rollos de papiro en blanco, tinteros, cálamos y velas apagadas. A su izquierda, un balcón abierto dejaba entrar la luz diurna a raudales. Detrás del emperador, una estantería de compartimentos romboides, a rebosar de pergaminos, ocupaba casi toda la pared. Dos estandartes la flanqueaban: el escorpión de la Guardia Pretoriana y el capricornio de la legión residente en Carnuntum, la Decimocuarta Gémina. Marco Aurelio estaba inmerso en sus escritos, y eso que no hacía ni veinte segundos que el tribuno había salido por la puerta. Eudor atrajo su atención llamando dos veces con los nudillos.

—Marco Aurelio, tienes visita.

El emperador levantó la vista, esbozó una sonrisa sincera y se levantó a la vez que devolvía el cálamo al tintero. Se acercó a los generales y los abrazó. Eudor se quedó un poco atrás, disfrutando del encuentro.

—Qué alegría veros —dijo—. Por Júpiter, oléis a victoria.

—Y ojalá sigamos oliendo así cuando esto acabe —repuso Pertinax, riendo—. Mis legionarios se mueren de ganas de patear culos bárbaros, y eso que muchos de ellos son germanos.

—Quien cata el modo de vida romano es romano de por vida —

sentenció Marco Aurelio—. Los marcomanos de Bellomarius son tan salvajes que no pueden entender el progreso que les ofrecemos. —Se volvió hacia Tiberio y lo agarró con suavidad por los hombros—. Tiberio, Tiberio... No te veía desde la boda.

—Solo nos queda tiempo para la guerra, Marco —dijo el general.

Pertinax se colocó entre ambos y abrió las manos, como si no entendiera nada.

—Espera, espera... ¿no llamas a tu suegro *padre*? ¿Qué desfachatez es esta?

Marco Aurelio y Tiberio se echaron a reír. Eudor sacudió la cabeza desde su posición, junto a la entrada. Él los veía aún como jovenzuelos picándose entre ellos con chanzas.

—Según mis cálculos, tendría que haber engendrado a este zoquete con tres años —exclamó el emperador—. Si algún día osa llamarme padre delante de alguien, le enviaré a Egipto para que se le terminen de tostar los sesos.

Tiberio dio dos pasos atrás para examinar al emperador de arriba abajo. Entre ellos no solo existía un vínculo familiar por su matrimonio con Lucila, también compartían una antigua amistad y una lealtad a prueba de maremotos políticos.

—Te veo muy bien, amigo —observó Tiberio—. Hasta pareces más joven.

—Los cuidados de Eudor —respondió Marco Aurelio—. Entre Galeno y él, o me matan, o me hacen inmortal.

—¿Sabes cuándo llegarán los demás generales? —preguntó Pertinax.

—Tienen que estar al caer —respondió el emperador.

Pertinax se acercó a una mesa baja y se sirvió una copa de vino de una jarra que había en ella.

—Los bárbaros llevan años desarrollando una red de espionaje mucho más sofisticada de lo que creemos —comentó—. Me gustaría ver la cara de los caudillos cuando reciban el informe de sus espías y conozcan el despliegue que tenemos ahí fuera. Si yo estuviera en su lugar, me rendiría sin pensarlo.

—La rendición es una posibilidad que tenemos que contemplar —

apuntó Tiberio—. ¿Cómo gestionarías una rendición sin lucha, Marco?

El emperador le dedicó una sonrisa enigmática.

—¿Me permites que te lea algo que escribí hace unos días?

—Adelante.

Marco Aurelio rebuscó en uno de los compartimentos romboidales de la estantería, sacó un papiro y lo desenrolló.

—Perseguir lo imposible es propio de locos; pero es imposible que los necios dejen de hacer necedades.

Pertinax levantó la copa hacia Marco Aurelio, sin estar demasiado seguro de haber entendido bien lo que acababa de escuchar. A pesar de haber recibido una educación parecida a la de su amigo, el general acabó siendo un hombre de armas sencillo, mundano, con la espiritualidad justa para dedicar un sacrificio a los dioses y permitirse alguna que otra superstición antes de cada batalla. Entender o no al sabio le daba igual. Quería a Marco Aurelio como si fuera de su propia sangre, y eso le bastaba. Tiberio, en cambio, se quedó unos instantes interrogando al emperador con la mirada. Viendo que este seguía con los ojos clavados en él, sin pronunciar palabra, decidió preguntarle.

—¿Qué has querido decir con esa reflexión, Marco?

El emperador enrolló el papiro muy despacio, recreándose en el gesto.

—Lo que quiero decir, querido yerno, es que los bárbaros no se rendirán sin luchar.

Una voz sonora interrumpió la reunión. En la puerta, descubrieron el rostro adusto de Jano Convector.

—Los demás generales han llegado.

5

El Bastión de Banadaspo era lo más parecido a una ciudad que pudiera encontrarse en territorio yacigio. Estaba ubicado a más de doscientas cincuenta millas del *limes*, a orillas del río Tisza, rodeado por una empalizada de troncos que imitaba, en cierto modo, a los castros romanos. En sus torres de madera, centinelas armados vigilaban con celo los alrededores. Al estar tan lejos de la frontera, los habitantes del Bastión vivían su día a día con cierta tranquilidad, a pesar de que corrían tiempos extraños por todas partes.

Tamura llegó al trote desde el oeste, con su cabello negro ondeando como un estandarte de batalla. Zambil, su caballo tordo apizarrado, casi azul, iba cargado con cuatro alforjas donde la guerrera llevaba sus enseres para acampar, su equipo personal y el botín que a veces obtenía durante sus viajes.

Uno de los centinelas reconoció a Tamura a un cuarto de milla de distancia. El soldado, un joven que aún no había cumplido los diecisiete, sintió un cosquilleo en el estómago cuando anunció su nombre a gritos.

—¡Tamura de los Cuarenta! ¡Viene Tamura de los Cuarenta!

Un grupo grande de niños persiguió al caballo en cuanto cruzó las murallas del asentamiento. Los hombres y mujeres que la veían pasar la saludaban por su nombre y alzaban las armas en señal de camaradería. Junto a las casas había cercados repletos de ovejas y vacas, caballos atados a postes, y carros que parecían listos para partir en cualquier momento.

Tamura detuvo el caballo frente a la casa del rey. La residencia de Banadaspo era como el resto de las chozas del Bastión, aunque mucho más grande. Estaba edificada sobre una base de piedras sobre la que se alzaban muros fabricados con troncos. La cubierta la formaba un tejado irregular que habría hecho que un arquitecto griego o romano se echara a la bebida para olvidarlo. Lo importante era que protegía el

interior de la lluvia, y para Banadaspo —y para la inmensa mayoría de los sármatas—, el lujo superfluo era cosa de débiles.

Una adolescente bajita y pelirroja, vestida con una cota de escamas de metal y trozos de hueso, salió a recibir a Tamura. La guerrera bajó del caballo y le dedicó una sonrisa que iluminó su rostro hasta el punto de hacerla parecer una persona distinta.

—Me alegro de verte, Valia —la saludó Tamura, palmeándole el hombro—. ¿Sigues con tu entrenamiento como espía guerrera?

—Soy la mejor de mi grupo —contestó Valia, que rondaría los quince años—. Banadaspo ya me deja hacer guardia en palacio.

—¿Y qué tal con el arco?

—Se me da bien. Últimamente soy yo la que caza para el rey.

Tamura lo aprobó con un alzamiento de ceja.

—Ya veo... ¿Y hombres? ¿Has matado alguno?

—No hay nadie a quien matar —refunfuñó Valia, con fastidio—. La cosa se ha vuelto muy aburrida desde que dejamos de hostigar a los romanos.

—Entre tú y yo: tienes razón. Seguro que vendrán días mejores.

La cría sonrió.

—Me gustaría llegar a ser como tú —confesó Valia, que sentía una profunda admiración por Tamura—. Ser espía del rey, además de una guerrera temible. Seguro que tus enemigos se cagan encima cuando te ven.

Tamura no pudo evitar reírse.

—Dale de beber a Zambil, anda —le pidió a Valia, pasándole las riendas del caballo—. Y si quieres ser como yo, ya sabes: entrena mucho con las armas y estudia latín y griego hasta hablarlo como uno de ellos.

—Ya casi domino la lengua de los romanos. —Lo dijo en un latín mejor que el de muchos legionarios—. El griego, un poco menos.

—De todos modos, sigue practicando. —Tamura señaló la puerta de la residencia del rey—. ¿Está Banadaspo?

—Sí. Entré hace un rato y estaba adormilado. —Valia se acercó el pulgar a la boca, simulando beber—. Últimamente le da demasiado al vino, se aburre mucho. Como todos nosotros —añadió.

Tamura sacó el falso estandarte romano de los arreos de Zambil y dejó que Valia se lo llevara al abrevadero. La espía la miró mientras se alejaba. Quería mucho a aquella pequeñaja, más de lo que nadie pudiera imaginar. Le recordaba tanto a ella... Pero Tamura no guardaba buenos recuerdos de su adolescencia. A los dieciséis, ya asesinaba romanos y guerreros de tribus rivales, y empleaba el poco tiempo libre que le quedaba en estudiar todo aquello que pudiera serle útil para hacerse pasar por una ciudadana romana de clase alta.

Abrió las puertas del salón. Las paredes, forradas de pieles y tapices para aislar el interior del frío, exhibían trofeos de caza y alguno que otro de guerra, como un par de estandartes romanos que aún conservaban manchas de sangre. Estandartes muy diferentes a la burda imitación que había recogido días atrás. Unos bancos de madera adosados a las paredes servían de asiento para asambleas y audiencias. Al fondo, repantigado en su trono de haya y con la cabeza apoyada en el puño, dormitaba Banadaspo.

El rey yacigio tenía unos treinta y cinco años, era fuerte y de facciones hermosas, a pesar de las cicatrices que surcaban su rostro. Para un sármata, las heridas de guerra eran los mejores tatuajes, los más legítimos. Como el resto de su pueblo, el rey también tenía brazos, piernas, pecho y cuello tatuados. Tamura, como espía guerrera, los tenía prohibidos, ya que le imposibilitarían hacerse pasar por una patricia romana en caso de que la misión lo requiriera. La estancia, provista de candelabros y braseros, hacía brillar la piel del rey con reflejos anaranjados. Banadaspo abrió un ojo cuando Tamura iba por mitad de la sala. No había hecho ruido, pero su sexto sentido lo sacó de su adormecimiento. Al llegar frente al trono, la mujer se arrodilló.

—Levanta, Tamura de los Cuarenta —dijo Banadaspo, posando la mano en la mesa que tenía junto al trono; sobre ella había una vasija de vino, fruta y un cuenco que contenía cecina de vaca—. Bebamos juntos para celebrar tu regreso. —El rey reparó en el estandarte que traía la mujer y lo señaló con cara de preocupación—. ¿Qué es eso? Te dije que no atacaras a los romanos.

La exploradora le pasó el estandarte.

—Hay órdenes que son difíciles de obedecer —gruñó Tamura, mientras llenaba la jarra del rey y se servía otra para ella—. ¿No notas nada raro en esa cosa?

Banadaspo manipuló el estandarte como si lo acabaran de sacar de una letrina. Notó la diferencia en cuanto lo comparó con los que había detrás de él.

—Dime que han crucificado a quien ha fabricado esta mierda...

—Hace dos semanas, a varias millas al este de Intercisa, encontré los restos de una caravana sármata. Todos muertos, ni un solo superviviente; los habían rematado a todos. No estoy segura de a qué tribu pertenecían. —Tamura dio un sorbo al vino y miró al rey a los ojos; Banadaspo vio en ellos una mezcla de rabia y tristeza—. Había niños y bebés entre los muertos. Por los carros, la indumentaria y las armas que portaban, no iban preparados para la guerra; más bien se trataba de un clan familiar en busca de un lugar donde asentarse. El ataque los pilló por sorpresa, y fue desproporcionado y devastador.

—¿Quién es capaz de asesinar a un bebé? —Banadaspo no pudo disimular su horror; lo normal era respetar la vida de los niños, aunque fuera para adoptarlos y convertirlos en guerreros. Muchos niños arrancados de los brazos de sus madres después de una batalla habían sido criados como sármatas sin saber que no lo eran—. ¿Tienes idea de quiénes lo hicieron?

—No dejaron ni una flecha, ni una pieza de armadura, ni cualquier otra cosa que pudiera servirme de pista... aparte de esa falsificación. Los que la dejaron querían que la encontraran —afirmó.

El rey arrojó el estandarte al suelo.

—¿Para qué querrían dejar esta mierda en un campo de batalla?

Tamura lo tenía muy claro.

—Quien dejó ese estandarte quería culpar a los romanos del ataque. Justo había terminado de honrar a los muertos cuando oí caballos a lo lejos. Me alejé de allí, pero me hervía la sangre y regresé. Encontré una patrulla romana en el claro, examinando los cadáveres. Parecían tan sorprendidos como yo.

Banadaspo adivinó lo que sucedió después. Conocía demasiado bien a Tamura.

—Los mataste, ¿verdad?

—Necesitaba sangre, Banadaspo. Tú no viste a esos niños...

—Pero no crees que lo hicieran los romanos...

—En ese momento, me dio igual si eran culpables o no —reconoció Tamura—. Eran romanos... —Agachó la cabeza—. Lo lamento, Banadaspo.

El rey golpeó el reposabrazos del trono con el puño. Si bien el gesto era de disgusto, la expresión de su rostro no reflejaba furia. Al menos, no demasiada.

—Tamura, no nos conviene llamar la atención de los romanos.

—Tranquilo, murieron sin saber quién los mató —aseguró ella.

Banadaspo se puso a pasear por el salón. Se le veía preocupado.

—Emisarios del rey Zántico han informado de ataques parecidos en su región —comentó Banadaspo, refiriéndose al otro rey de los yacigios, bastante más joven y mucho más belicoso que él—. Zántico afirma que los que atacan a los nuestros son romanos, pero esta prueba y tu testimonio me hacen dudar —reconoció, señalando el estandarte falso.

—Los romanos son el enemigo, no Zántico —sentenció Tamura, en un tono que al rey le sonó insolente. Aun así, se lo pasó por alto.

—Estoy en una posición difícil —comenzó a decir el rey—. Los yacigios no apoyamos la campaña de Bellomarius cuando cometió la locura de atacar al Imperio. Hemos combatido contra los romanos durante mucho tiempo, y si hay algo que he aprendido de ellos es que, si no se les molesta, te dejan en paz. No te equivoques —advirtió; a pesar de que Tamura lo escuchaba en silencio, la mirada de la mujer hablaba por sí sola—, no me gustan los romanos, pero no podemos permitirnos más pérdidas. Tenemos que ser fuertes, permanecer unidos, y seguir creciendo para aplastarlos si algún día quieren ampliar sus fronteras a costa de nuestros territorios. Solo de esa forma podremos acabar con Roma, pero no hoy.

—Sabes que muchos de los nuestros cuestionan tu liderazgo por eso, ¿verdad?

—Claro que lo sé, y Zántico se aprovecha de ello. Ese mozalbete no me perdona no haber firmado una alianza con los marcomanos. ¿Para

qué? Mira lo que le ha sucedido a Bellomarius: al final ha tenido que huir con el rabo entre las piernas. Por fortuna, Zántico no se embarcó en una campaña militar por su cuenta, eso nos habría llevado al desastre. Al menos, por ahora, los yacigios seguimos unidos. —Banadaspo hizo una pausa para dar un trago al vino—. Pero hay otra mala noticia procedente de nuestros espías en el oeste. Una que podría afectarnos.

Tamura observó a Banadaspo. Cada vez que veía a su rey, este le parecía más viejo. Soportar la responsabilidad de cuidar de cincuenta mil almas estaba acabando con su juventud.

—Por culpa del imbécil de Bellomarius, un ejército como nunca hemos visto antes se reúne alrededor de Carnuntum. Se rumorea que son diez legiones completas, con maquinaria de guerra y una flota atracada en el río.

Tamura detuvo la jarra a mitad de camino de la boca.

—¿Diez legiones? Eso son más de cien mil soldados —calculó.

—Por ahora no sabemos qué pretenden. Puede que solo estén aquí para represaliar a Bellomarius, pero me asusta que después de derrotarlo decidan ampliar el *limes* y vengan a por nosotros.

—¿Qué harías, en ese caso?

—Lo mejor sería actuar antes de que eso suceda. Los ánimos de Roma están encendidos, y el emperador querrá demostrar al mundo que es una insensatez atacarle en su territorio. —Banadaspo hizo una pausa—. Lo ideal sería enviar ahora un emisario a Carnuntum, alguien al que no le corten la lengua en cuanto empiece a hablar. Alguien preparado, resolutivo... que hable latín a la perfección y que pueda pasar por uno de ellos.

—¿No tienes a nadie desplegado en Carnuntum que pueda tantear el terreno para una conversación de paz? —preguntó Tamura, que veía la flecha apuntada entre sus ojos.

Banadaspo negó con la cabeza.

—Ni son tan habilidosos, ni están lo bastante preparados para enterarse de qué se cuece en las esferas más altas. Conoces a algunos de ellos, y conoces sus límites.

Sus miradas se enfrentaron durante unos segundos de interminable

silencio que Tamura quebrantó dando en el clavo.

—Quieres que yo me encargue, ¿verdad?

El rey se plantó frente a Tamura. La conocía desde niña. Él mismo había supervisado su entrenamiento y confiaba más en ella que en sí mismo. Qué demonios, en cualquier otro momento, le habría cedido la corona sin dudarlo. Pero si lo hacía, la paz con Roma sería innegociable.

—No me queda otro remedio —dijo Banadaspo, apoyando una mano paternal en el hombro de Tamura—. Solo tú eres capaz de llegar a donde yo quiero llegar. Necesito que te infiltres en la ciudad y te ganes la confianza de alguien capaz de hacerle llegar al emperador una oferta de paz en mi nombre.

—¿Y qué pasa con las demás tribus? —quiso saber Tamura. Los sármatas eran un pueblo guerrero, y le preocupaba que una petición de paz fuera mal vista por los otros reyes—. Ya sabes que Zántico estará en tu contra. ¿Y los demás?

—No soy nadie para interferir en las decisiones de los alanos y los roxolanos. Si sus reyes quieren guerra, allá ellos, pero que no me pidan ayuda ahora. Expulsaremos a los romanos de nuestras tierras cuando estemos preparados, Tamura, te lo prometo... pero después del desgaste que hemos sufrido en guerras pasadas, sería una locura enfrentarnos al ejército que se está reuniendo en Carnuntum. Si me das a elegir, prefiero enfrentarme a los míos.

El desprecio de Tamura se clavó en Banadaspo convertido en mirada de acero. Cualquiera que los hubiera visto en ese momento, habría dudado de quién era el rey y quién el súbdito.

—¿Serías capaz de enzarzarte en una guerra civil por ganarte la paz romana? Banadaspo, sabes que te debo agradecimiento y lealtad, pero ambas cosas tienen un límite.

—Soy responsable de cincuenta mil yacigios —le recordó el rey—. Si mi cabeza tiene que rodar porque unos idiotas quieren suicidarse, que ruede. Y si tiene que ser tu espada la que la separe de mi cuerpo, que así sea. Pero mientras yo esté vivo, y mientras siga siendo tu rey, mantendré vivos a los míos para luchar cuando de verdad podamos ganar.

La espía acabó su jarra de vino y la dejó sobre la mesa. Sabía lo que el rey esperaba de ella. Aunque no compartiera sus ideas de paz, cumpliría sus órdenes como siempre las había cumplido. Se arrodilló ante Banadaspo de forma fugaz y salió a buscar a Valia. La encontró cerca de los establos, acariciando a Zambil.

—¿Hay algún caballo que me pueda llevar? —preguntó Tamura.

—¿Y Zambil? —preguntó Valia, extrañada.

—No me sirve para la misión que me ha encomendado Banadaspo. —Tamura señaló a Valia con un índice amenazador—. Sabes que quiero horrores a ese caballo —le recordó—. Prométeme que lo montarás dos veces al día y que lo cuidarás mejor que si fuera un hijo parido por ti.

—¿Y qué pasará con él si no vuelves? —se atrevió a preguntar la joven.

—Si no vuelvo, será tuyo —prometió Tamura—. También te puedes quedar con todas las cosas que hay en mi choza. No te harás rica —advirtió.

—Qué honor, soy la heredera de Tamura de los Cuarenta —recitó, bromeando.

—No me des por muerta todavía —rio Tamura, marcando un puñetazo leve bajo las costillas de Valia—. Por ahora, es solo un préstamo. Como vuelva y no lo encuentre mejor de lo que te lo dejo, no tendrás praderas para correr ni arboledas donde esconderte.

—Lo cuidaré bien, te lo juro. Vamos a la cuadra, te prestaré a Rindar. Es algo viejo, pero aún galopa con brío y sabría regresar solo al Bastión, aunque lo abandonaras en la Galia. Es un caballo muy sabio —añadió, lo que arrancó una sonrisa a Tamura.

Recogieron al viejo Rindar de su cuadra. Si bien cargaba con más de quince años sobre su grupa, era evidente que había sido un magnífico caballo de guerra. Tamura se familiarizó muy pronto con él. Después de pertrecharlo con sus alforjas, se despidió de Valia con un fuerte abrazo. Poco después, Tamura entraba a su choza tras muchos meses de ausencia.

La encontró vacía y polvorienta, como siempre. Se preguntó si algún día llegaría a pasar más de cuatro días seguidos entre sus

paredes. Algo melancólica, se aseó en una palangana de cobre que contenía agua desde solo los dioses sabían cuándo, y abrió un arcón de madera en el que empezó a rebuscar con brío.

Eligió cuatro vestidos largos, los dobló con cuidado y los metió en una de las alforjas. También introdujo joyas, un peine, perfumes, afeites y un espejo de mano. No olvidó la bolsa llena de sestercios que Banadaspo le había dado para ocasiones como aquella.

Tamura abandonó el Bastión a lomos de Rindar. Aún tardaría algunos días en llegar a Carnuntum. Mientras cabalgaba no dejaba de darle vueltas a las palabras que había pronunciado su rey.

«Si tiene que ser tu espada la que me separe la cabeza del cuerpo, que así sea.»

Tamura rezó para que eso nunca tuviera que suceder.

6

La sala de guerra sería el sueño de cualquier niño.

En el centro había una mesa con un mapa gigante poblado por cientos de figuras de madera armadas con lanzas, espadas y escudos. Algunas montaban a caballo, muchas otras iban a pie, y unas pocas enarbolaban estandartes de colores representados con todo detalle.

Pero en la sala de guerra no se jugaba. Al menos no a inocentes juegos infantiles. En aquel subterráneo se jugaba con la vida y con la muerte. Y las apuestas corrían altas.

El sótano donde la habían dispuesto ocupaba gran parte de la planta total del palacio imperial de Carnuntum. Varios ventanucos dejaban entrar algo de luz del exterior, pero la mayor parte de la iluminación provenía de una generosa ostentación de candelabros, braseros y antorchas adosadas a la pared. El ambiente era solemne y tétrico a la vez. Sobre el mapa que representaba Germania flotaba el destino de decenas de miles de hombres, mujeres y niños.

Los legados de las diez legiones rodeaban la mesa, algunos acompañados de sus tribunos de confianza. Marco Aurelio se apoyaba con las dos manos sobre el mapa, flanqueado por Jano Convector, Tiberio y Pertinax, a la espera de que los generales terminaran de intercambiar saludos y chascarrillos. La algarabía era normal, ya que muchos de ellos no se veían desde hacía meses o años, y otros ni siquiera se conocían entre ellos. Cuando el emperador consideró que habían tenido tiempo prudencial para ponerse al día, carraspeó, captando la atención de sus generales.

Al contemplarlos en posición de firmes, con los cascos relucientes bajo el brazo, las armas impecables y los rostros decididos, sintió una oleada de orgullo. Consideró bien gastado hasta el último sestercio invertido en la campaña. El coste de aquella operación de castigo había salido de sus arcas personales, ya que el tesoro imperial había quedado muy mermado tras la guerra contra los partos. Hasta tuvo

que vender sus propios muebles. Roma ya no era aquella marea imparable con hambre de conquistas, pero Marco Aurelio se juró a sí mismo conservar cada palmo del Imperio construido por sus predecesores. A Roma todavía le quedaban muchas bocas que callar y muchos cuellos que pisar.

—Generales —comenzó a decir—, hoy es un día de gloria. Como si fuéramos dioses, hoy decidiremos la suerte de muchos. Hoy aseguraremos la tranquilidad de los nuestros, y el terror y la sangre a nuestros enemigos. —Clavó una mirada firme en todos y cada uno de sus legados; Jano sintió un escalofrío. Cada vez que veía a Marco Aurelio ejercer como general, se le ponía la piel de gallina—. Todos me conocéis, al igual que yo os conozco a vosotros. Nunca os he defraudado, como confío con toda mi alma en que vosotros no me decepcionaréis. Todo el mundo sabe que no soy el mejor militar del Imperio, pero yo sé que vosotros lo sois, y que sois leales a Roma. Juntos, devolveremos a esos bárbaros a sus bosques, y eso si somos piadosos —recalcó—. Porque, aunque yo me considere un hombre justo, no permitiré que el ataque a nuestras ciudades y el asedio a Aquilea quede impune ante los ojos del pueblo ni ante los ojos de los dioses. Es de justicia tomar represalias. Es de justicia no aceptar las súplicas de hombres que son más monstruos que hombres.

La sala de guerra estalló en un clamor. Marco Aurelio sonrió para sus adentros. Sus ejércitos estaban motivados, y la moral, alta. A su lado, Pertinax le dedicó una mirada de aprobación. Junto a él, Jano tragaba saliva por la emoción y contemplaba con envidia a los legados con legiones a su mando. Lo que él daría por estar al frente de una de ellas...

El emperador alzó la mano, pidiendo silencio.

—Todos conocéis al legado de la Primera Legión, Publio Helvio Pertinax. —Un murmullo de afirmación reverberó en la sala unos segundos—. Él conoce a los bárbaros mejor que nadie y los ha expulsado de nuestros territorios. He decidido que sea él, junto con el general Tiberio Claudio Pompeyano, quienes comanden el grueso de esta campaña. —Marco Aurelio le cedió la palabra—. Pertinax...

El general desenvainó el *gladius* y lo usó como un puntero para

señalar un área del mapa cercana al *limes*.

—Después de escapar de nuestras fuerzas en Aquilea, el ejército de Bellomarius se escondió en Recia y Nórico. Ese ejército estaba compuesto, principalmente, por una alianza de marcomanos, vándalos de diferentes tribus y cuados. Nadie conoce el aspecto de Bellomarius. Puede que esté vivo, puede que no. Pero restos de ese ejército sigue entero, tal vez buscando la unión con otras tribus. Mi ejército los encontrará y los aplastará de una vez por todas —aseguró—. La alianza germana se resquebraja: los cuados tienen las pelotas arrugadas por el miedo, y hasta han enviado emisarios para echarle la culpa de la invasión a los marcomanos. ¡Incluso han pedido al emperador que sea él mismo quien designe a su nuevo rey!

Los generales estallaron en carcajadas. De la forma en que lo explicaba Pertinax, aquello resultaba hasta gracioso. Era como si las matanzas, los secuestros y las violaciones cometidas durante la incursión bárbara no tuvieran importancia. Pertinax siguió hablando.

—Os preguntaréis: ¿por qué, si todo parece tan fácil, el césar ha reunido un ejército formado por diez legiones? —La punta del *gladius* señaló la línea de la frontera—. El *limes* es un territorio inmenso. No podemos volver a dejar un hueco para que una horda lo traspase a hurtadillas. Reforzaremos las ciudades fronterizas y desplegaremos fuerzas por todo el Danubio. Instalaremos campamentos aquí, aquí y aquí —dijo, señalando puntos entre emplazamientos ya existentes, justo al lado del territorio de los cuados—. Al norte de esta región está Marcomania, y al sur, el territorio de los sármatas yacigios. Si bien estos llevan tiempo sin mostrar hostilidades, es la fuerza enemiga más temible de todas. Su caballería acorazada es imparable.

Un legado calvo, con cejas espesas, alzó la mano para intervenir. Pertinax lo reconoció: Fidio Nemesio Octavio, general de la Duodécima Legión, Atronadora.

—¿Por qué no aplastamos a los sármatas ahora que tenemos un ejército descomunal ahí afuera? Su total eliminación serviría de ejemplo al resto de los pueblos bárbaros.

En la sala de guerra se dejaron oír murmullos de aprobación. Marco Aurelio los acalló con un ademán e instó a Pertinax a proseguir

con su discurso.

—Pronto llegará el invierno, y con él las nevadas —continuó el general—. Los ríos y los lagos se congelan. Para nosotros, ese frío extremo supone un grave problema. Sin embargo, para esos sármatas, el invierno es su aliado; están acostumbrados a él, y sus caballos galopan sobre el hielo con la misma facilidad con la que nuestros infantes marchan por un prado de hierba fresca. Olvidaos de las tácticas convencionales —advirtió Pertinax, señalando a los presentes con la espada—. No esperéis planicies abiertas donde formar vuestras legiones según los manuales de estrategia. Tendremos que pelear en bosques oscuros, zonas pantanosas, caminos embarrados y desfiladeros propicios para una emboscada. Un territorio hostil que el enemigo conoce a la perfección y que no dudará en aprovechar. Lo común será recibir ataques de pequeños contingentes de jinetes durante las largas marchas que tendréis que hacer. Trescientos caballos al galope, un par de lluvias de flechas y vuestros atacantes desaparecerán como fantasmas en la niebla, dejando un centenar de muertos entre vuestras filas. Así, poco a poco, irán debilitando vuestras fuerzas. Atacarán el bagaje por la retaguardia, os robarán las provisiones por la noche, incendiarán las tiendas... harán cualquier cosa para desmoralizarlos, hasta que el frío acabe el trabajo por ellos. Es por eso por lo que tenéis que desplegar a vuestros exploradores y levantar campamentos amurallados cada vez que os detengáis. Dividid vuestras legiones en *vexillationes*, de forma que puedan maniobrar mejor en terrenos angostos. Usadlas al completo solo si el enemigo reúne una fuerza lo bastante grande para pelear en campo abierto.

Pertinax se tomó un respiro para examinar los rostros de los demás legados. No vio signos de preocupación en ellos, a pesar del aciago escenario que acababa de describir. La determinación de aquellos generales era imparable. A pesar de los siglos transcurridos, Roma seguía siendo Roma, la fuerza militar más poderosa del mundo. Nadie podía alzarse contra ella sin pagarlo.

—Tened en cuenta lo que os he dicho, y no os pillarán por sorpresa. —Pertinax volvió a señalar el mapa con la espada—. Mi plan es el siguiente: que un ejército formado por al menos tres legiones

controle el territorio de los cuados para que no nos molesten mientras atacamos el noroeste. Marcomania es nuestra prioridad: allí se esconde el ejército de Bellomarius. De momento, olvidaos de los sármatas yacigios. Si no nos atacan, les dejaremos vivir... por ahora.

El tono burlón de Pertinax hizo que la sala de guerra volviera a llenarse de risas y chanzas.

—Mañana decidiremos qué legiones participarán en cada frente —intervino Marco Aurelio, que empezaba a sentirse indispuesto y deseaba dar por finalizada la asamblea; el estado de salud del emperador era algo delicado: cuando no le molestaba el estómago, sufría afecciones respiratorias. Según Galeno, su médico personal, no era nada importante, pero el césar necesitaba ciertos cuidados—. Os adelanto que estaré con vosotros en el frente cuanto me sea posible. Nunca se sabe cuándo puede necesitarse un filósofo en la batalla.

Los generales rieron de buena gana. A Jano le complació saber que Marco Aurelio iría al frente. Al menos, el Puño del Emperador podría pelear contra los marcomanos, si es que el emperador le dejaba asumir ese riesgo. Cualquier cosa le parecía mejor que holgazanear en Carnuntum.

Pertinax y Tiberio repasaron el plan de ataque una vez más, sin que nadie mostrara el menor signo de oposición. Durante el tiempo que duró la reunión, Marco Aurelio disimuló su malestar con una sonrisa forzada que mantuvo hasta disolver el consejo. Cuando solo quedaron en la sala de guerra él, Jano, Pertinax y Tiberio, este último se dirigió al emperador.

—¿Qué te pasa, Marco? No te veo bien...

—No es nada grave, Tiberio, no te preocupes. Hoy no he tomado la triaca. Jano, ¿puedes avisar a Eudor, a ver si la tiene preparada?

—A tus órdenes, césar.

—Espera, Jano, te acompaño —dijo Pertinax, que se dirigió al emperador para pedirle permiso—. Me gustaría charlar un rato con Eudor, ¿puedo?

—Ve, ya te llamaré si te necesito.

Jano y Pertinax desaparecieron escaleras arriba. Marco Aurelio y Tiberio las subieron detrás de ellos. No había nadie por los

alrededores que pudiera oírlos.

—¿Qué te ha parecido el consejo, Marco? —preguntó Tiberio—. ¿Cómo has visto a tus legados?

—No puedo estar más orgulloso de ellos.

—Tenemos que partir cuanto antes —recomendó Tiberio—. Los cuados me preocupan menos que los marcomanos, podemos usar legiones menos preparadas contra ellos. Yo marcharía hacia Marcomania siguiendo el río Morava, para peinar el norte. Pertinax y yo estamos seguros de que lo que queda del ejército de Bellomarius se oculta allí. Si ese cabrón estuviera vivo y lo humillamos delante de su pueblo, los marcomanos dejarán de ser un problema.

—¿Cuánto tiempo necesitas para preparar tus tropas?

—La Primera Adiutrix y la Segunda Itálica están listas. En tres o cuatro días nos podríamos poner en movimiento... si lo ordenas.

Marco Aurelio se detuvo en un descansillo; sonrió a su yerno y este le devolvió la sonrisa. Las arrugas de expresión de sus rostros eran profundas, añejas, pero derrochaban confianza. No eran jóvenes, pero aún conservaban el ímpetu de cuando tenían veinte años.

—Considera la orden dada —dijo Marco Aurelio—. Y dile a Pertinax que esta vez no pienso perderme la diversión: os acompañaré en esta batalla.

7

El alba despuntó entre nubes oscuras y fanfarrias.

La Primera Legión Adiutrix, la Segunda Itálica y dos *vexillationes* de la Guardia Pretoriana de Marco Aurelio emprendían el camino hacia la guerra.

El sol de la mañana aprovechaba los pocos huecos entre los nimbos para realzar las siluetas de lanzas y estandartes. Pegasos, lobas, escorpiones... cada unidad lucía su enseña. Todas bien enarboladas, para que el pueblo las viera. Infantes, jinetes, carruajes y máquinas de guerra desfilaban rumbo a los barcos o a los puentes flotantes que los llevarían al otro lado del Danubio.

El plan consistía en cruzar el *limes* hacia el norte, atravesar territorio naristio y arrasar Marcomania. La tribu que no aceptara las condiciones de victoria estaría condenada a la aniquilación.

Carnuntum despedía a las legiones entre vítores. Pero esa mañana no todo el mundo estaba borracho de victoria. De hecho, había alguien que había pasado dos noches en vela, rebozado en su propia ira, a pesar de que fue el hombre más feliz del universo por un instante más fugaz que un parpadeo.

Ese alguien era Jano Convector, que ahora cabalgaba junto a Marco Aurelio.

Dos noches antes, en la sala de guerra, Jano ayudaba a Marco Aurelio a mover las miniaturas de madera que representaban las legiones de Pertinax y Tiberio. El emperador cogió con dos dedos la que correspondía al legado de la Decimocuarta Gémina, la suya, y se la enseñó a su lugarteniente.

—Jano, ¿sabes a quién representa esta figurita? —preguntó.

—Eres tú, césar —respondió—, ¿quién va a ser?

—Te equivocas, amigo. Eres tú.

El joven se quedó perplejo, sin saber qué decir.

—¿Yo?

—Sí, tú. Desde hoy, eres el legado de la Decimocuarta. Mañana haré oficial el nombramiento.

Marco Aurelio acababa de despojar a Jano Convector del doloroso título de «general sin legión». Jano trató de articular unas palabras de agradecimiento, pero fracasó en el intento. Durante un segundo, se imaginó encabritando a Sagita, su caballo, al frente de sus cohortes, bajo un cielo tormentoso donde los pilos refulgían con luz propia y los escudos rojos reflejaban el resplandor de los relámpagos. Los estandartes se elevaban junto a los gritos de guerra, y el enemigo temblaba de pavor frente a ellos.

Jano quiso decir muchas cosas, pero acabó cayendo de rodillas ante Marco Aurelio, musitando una serie de gracias en un bucle que parecía eterno.

—En pie, general Convector. El legado de la Decimocuarta no se arrodilla ni delante del emperador —bromeó.

Jano se incorporó. Intentó que las lágrimas se limitaran a dar brillo a sus ojos, sin llegar a derramarse. Un legado tampoco llora.

—Gracias, césar —consiguió articular; las siguientes palabras brotaron sin poder disimular su entusiasmo—. ¿Partiré contigo hacia el norte o me enviarás a otra región a luchar contra los bárbaros?

—De eso se encargarán otras legiones —respondió Marco Aurelio, como si le hiciera un favor—. Tu labor, al mando de la Decimocuarta, será defender Carnuntum de un eventual ataque bárbaro; aparte de ser mis ojos, mis oídos y mi boca aquí, por supuesto. Me llevo a Vindex conmigo, pero no me fío demasiado del resto de la Guardia Pretoriana. Tu palabra prevalecerá sobre la de ellos, será como si yo hablase por tu boca, y así se lo haré saber al segundo pretor Marco Bassaeo Rufo y a los magistrados de la ciudad. Tendrás el poder absoluto —resumió el emperador—. Y no pongas esa cara, amigo Jano: eres digno del honor que te otorgo, lo harás mejor que yo mismo.

Era evidente que el emperador no supo interpretar la expresión del joven. Porque no era de alegría, ni de nerviosismo ante la responsabilidad del cargo, ni mucho menos de agradecimiento.

La cara de Jano Convector era la alegoría de la decepción. Se

sentía como si le acabaran de regalar el mejor corcel de guerra del mundo, para luego romperle las piernas con un pilo delante de sus narices.

—Colabora con los magistrados y mantén a la guardia bajo control, Jano —le recordó el emperador—. Ahora, vete a dormir para que tus legionarios te vean fresco y en forma. Que tengas felices sueños.

Jano fue incapaz de cumplir la orden de Marco Aurelio. No pudo conciliar el sueño esa noche, ni la siguiente, y esa mañana avanzaba a lomos de Sagita con rostro circunspecto, acompañando al emperador en su partida. Recorrió el camino en silencio, entre legionarios que desfilaban cargados con sus pertrechos de campaña, emocionados ante la idea de dar un escarmiento ejemplar a los bárbaros.

—Regresa a la ciudad, Jano —le pidió Marco Aurelio cuando se encontraban a medio camino del muelle donde abordaría el barco en el que cruzaría el Danubio—, y tómate tiempo para divertirte. Estoy seguro de que la ciudad estará tranquila: el enemigo estará demasiado ocupado, huyendo de nuestras legiones.

—¿No puedes dejar otra legión en Carnuntum, césar? —preguntó Jano, en un último intento por cambiar su suerte—. Daría cualquier cosa por combatir a tu lado. Nadie te protegerá como yo —afirmó.

—Ya sabes que no combato en primera línea, Jano, no soy bueno en eso. Además, mira a tu alrededor. —Marco Aurelio abarcó con un gesto a las legiones que avanzaban a ambos lados de la vía—. ¿Crees que alguien osaría acercarse a mí?

—Hasta Eudor va contigo al frente —le reprochó.

—Eudor es el único capaz de prepararme la triaca, y sabes que la necesito. —Marco Aurelio decidió dar por terminada la charla—. Vuelve a la ciudad, Jano, y haz todo lo que yo haría para mantener el orden y la moral alta. Que los dioses te propicien buena fortuna.

Tras ese último deseo, Marco Aurelio hizo que su caballo acelerara un poco el paso, dejando a su lugarteniente atrás. Jano se dio por vencido. Justo en ese momento, apareció Vindex por detrás, también a caballo. El prefecto pretoriano portaba su mejor armadura y una capa de un rojo insultante.

—No he tenido ocasión de felicitarte por tu ascenso, Jano —dijo

Vindex; su sonrisa se deformaba por las cicatrices que le cruzaban el rostro—. Y alegra esa cara, general. Muchos querrían estar en tu lugar.

Jano se despidió con un movimiento de cabeza que en realidad no quería decir nada. Tiró de las riendas de Sagita y salió de las filas formadas por los legionarios. Ni siquiera dedicó una última mirada al emperador.

«Tómate tiempo para divertirte», le había dicho el césar.

Regresó a la ciudad al paso, con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo, delante de él. A pesar de su frustración, no quería culpar a Marco Aurelio de su desdicha. El emperador era el hombre más inteligente que conocía, pero, en ocasiones, los sabios no saben leer el corazón de los que aman.

Porque Jano estaba convencido de que el emperador le quería tanto o más de lo que Jano le quería a él. Aunque a veces... a veces ese amor al emperador le había hecho cometer actos atroces.

Optó por hacer caso a Marco Aurelio y salir a dar una vuelta de incógnito por el barrio de las tabernas. Antes se pasó por el palacio para comprobar que todo estaba en orden. Dio algunas instrucciones rutinarias a Marco Bassaeo Rufo, que las recibió con expresión indiferente. No se caían ni bien ni mal, pero, al menos, el tribuno era lo bastante disciplinado para acatar sus órdenes.

Mientras se aseaba en sus aposentos, Jano decidió que se tomaría su acuartelamiento en Carnuntum como unas vacaciones, hasta que Marco Aurelio regresara victorioso de su campaña contra los marcomanos.

Poco se imaginaba el Puño del Emperador que las cosas se complicarían en las próximas semanas.

Mucho.

8

El trabajo del barquero terminaba en invierno, cuando el Danubio se congelaba.

Los vientos de guerra cortaban el aire, arrastrando con ellos el temor y la incertidumbre. El barquero tenía familia y un invierno incierto por delante, por lo que estaba decidido a aprovechar hasta el último hueco de su pequeña embarcación. Si eso significaba tener que aguantar las protestas de los viajeros que ya habían pagado su tarifa, las aguantaría. Peor era no poder dormir por los sollozos de hambre de sus hijos.

El Danubio era un hervidero de navíos de guerra, y los puentes de barcas desplegados por los romanos solo podían usarlos sus tropas. Durante esos días, cualquier civil que quisiera cruzar el río no tenía más remedio que pagar al barquero o buscar algún pescador que tuviera a bien llevarlos.

—¿Cuándo salimos? —preguntó un hombre con varios conejos muertos alrededor del cuello; su mujer, al lado, cargaba con cuatro gallinas vivas que, de vez en cuando, se unían a las quejas de los pasajeros con un molesto cloqueo—. Es casi mediodía, al final llegaremos cuando las puertas de la ciudad estén cerradas —auguró.

—O cuando no quede nadie a quien vender nuestra mercancía —se lamentó un anciano que abrazaba el saco que transportaba como si contuviera el mismísimo tesoro imperial.

—Enseguida zarparemos —prometió el barquero—. Creo que ahí vienen dos pasajeros más.

Las catorce personas que se apelotonaban a bordo de la embarcación verbalizaron su impaciencia en un puré de quejas, maldiciones e insultos. El barquero entrecerró los ojos y distinguió a dos hombres que se aproximaban a pie por la pista de tierra.

—¡Que se den prisa, coño! —gritó un joven malcarado que luchaba contra su impaciencia tamborileando con los dedos sobre la tabla de

borda. Su esposa, encinta de ocho meses, trataba de calmarlo acariciándole el brazo con energía.

Los caminantes llegaron trotando al muelle. Uno de ellos era un hombre de unos veintitantos, gordo en exceso y con las mejillas sonrojadas a punto de entrar en erupción, que jadeaba como jabalí herido. Apoyó las manos en las rodillas a medio flexionar e hizo un gesto de no poder hablar.

El segundo viajero era algo mayor que él, menudo, muy delgado, y embadurnado con tanto polvo y barro que parecía como si se hubiera rebozado en ellos a cosa hecha. Sus ropas estaban desgarradas en algunos puntos, y las botas, despellejadas en puntera y talones. Lo más llamativo de su atuendo era una cabeza de perro roñosa que llevaba a modo de sombrero. Portaba una lanza larga, aunque no tenía aspecto de soldado. El tipo se acomodó su tocado hasta comprobar que los colmillos del can estaban centrados sobre sus cejas y esbozó una sonrisa llena de sarro.

—Gracias, amable barquero —dijo Ictis—. Este pobre hombre ha corrido tanto que no puede ni hablar —añadió señalando al gordo, que parecía al borde de la apoplejía—. En su nombre y en el mío propio, agradezco que nos hayas esperado.

El barquero echó un vistazo a su barca —un cascarón ajado y cochambroso—, frunció el ceño ante lo que consideró ironía y escupió.

—Diez sestercios cada uno, pico de oro.

El resto del pasaje disfrutó en silencio: el barquero les cobraba a los recién llegados más del doble que a ellos. El hombre del perro en la cabeza abrió mucho los ojos, indignado.

—¿Diez sestercios por cruzar media milla de agua? Por los dioses, si hasta Caronte cobra menos por su viaje a través de la laguna Estigia...

El barquero hizo amago de quitar el cabo que mantenía el bote amarrado a tierra sin siquiera contestarle. El hombre gordo alzó la mano hacia él y consiguió recuperar el aliento justo para hablar.

—¡Un momento, un momento! —Volvió a tomar aire—. Pagaré mi pasaje.

Los dedos regordetes trastearon debajo de la prominente barriga,

como si tañera un instrumento invisible. En tres segundos, las mejillas de aquel desgraciado pasaron del rojo ígneo a un gris ceniza.

—¡Mi bolsa! —gritó desencajado, sin dejar de aporrearse el cuerpo; dejó su morral en el suelo, lo abrió y rebuscó en él—. ¡He perdido la bolsa! ¿Cómo ha podido pasar? La tenía hace una hora o así...

—Es tu problema —sentenció el barquero, que acababa de deshacer el nudo que mantenía la barca atada al pantalán—. No hay dinero, no hay viaje.

—Espera, espera, espera —intervino Ictis, abriendo mucho los brazos—. No irás a dejar a este pobre desdichado en tierra, encima que ha sufrido la desventura de perder su pecunio. Eso haría llorar a los dioses.

—Deja de liarme, rufián —le advirtió el barquero, amenazador—. Si quieres cruzar el río, tendrás que pagar. Y ahora son quince sestercios.

Ictis agachó la cabeza, fingiendo pensar, mientras el hombre gordo clamaba a los dioses y levantaba la vista al cielo, al borde del llanto. Como suele pasar en estos casos, el cielo no le hizo caso. Volvió la cabeza hacia el camino e incluso hizo amago de volver sobre sus pasos para buscar la bolsa, pero no se atrevía a alejarse demasiado por miedo a perder el barco, a pesar de que haría falta un milagro para que el barquero le dejara embarcar.

Pero, por una vez, el milagro aconteció.

—Hagamos un trato —propuso Ictis de repente, tendiéndole la lanza al barquero—. Observa esta formidable arma. La consiguió el padre de mi abuelo durante la campaña de África, donde peleó codo a codo con el emperador Augusto y le salvó la vida en más de una ocasión, en más de dos y en más de tres. Por la maravillosa factura del astil y la hoja, es probable que perteneciera a un príncipe nubio, o tal vez a un rey; un rey de piel más negra que el alma oscura de aquel que no conoce la caridad... y estoy seguro de que tú no perteneces a esa vil casta.

El barquero arrugó la nariz, pero cogió la lanza y la sopesó. Lo cierto es que el arma de Ramix era de buena calidad. La paciencia a bordo se evaporaba por momentos. El joven que tamborileaba la

borda con los dedos se puso de pie de un salto, hecho un energúmeno.

—¿Queréis aclararos ya, hijos de puta? ¡Zarpemos de una vez!

El barquero se volvió hacia él y lo mandó callar, apuntándole con la lanza. La esposa del indignado colocó una mano en su vientre abultado y tiró de la manga de su marido para que se sentara. Los demás pasajeros se revolvían en sus asientos —los más afortunados; los que iban en el suelo o sentados en la borda apenas podían moverse — y mascullaban entre ellos, desesperados.

—Podría servirme para cazar en invierno —barruntó el barquero —, y es bonita.

—También podrías sacar un buen precio por ella —apuntó Ictis—. Mucho más de los treinta sestercios que nos pides.

El barquero claudicó.

—A bordo, rufianes, antes de que me arrepienta.

El gordo miraba a Ictis y al barquero sin enterarse demasiado bien de lo que sucedía. Bastante tenía con recrearse en su desgracia. Cuando el hombre con el perro en la cabeza le hizo una seña para que embarcara, no lo dudó. El pasaje volvió a protestar cuando el gordo hizo sitio a su oronda mole a base de encajonarse entre unos y otros. Ictis, en cambio, apenas ocupó espacio; se sentó justo en la zona de la borda que el joven enfadado había estado golpeando con los dedos, cerca del gordo, que acunaba su escuchimizado morral de viaje como si fuera su primogénito enfermo. Los ánimos de los pasajeros se calmaron cuando el barquero desplegó la pequeña vela y la barca partió hacia la orilla opuesta del Danubio.

—De nada —dijo Ictis al gordo, llevándose dos dedos a los dientes del perro disecado. El desconocido pareció despertar de una pesadilla.

—Es cierto, gracias, muchas gracias por compadecerte de mí. No sé cómo pagártelo...

—No te preocupes de eso ahora. Soy Ictis.

—¿Solo Ictis?

—Solo Ictis. De los bosques —improvisó, solo porque le sonó bien.

—Filemón Voulgaris, de Naxos —se presentó, y ambos se agarraron la parte superior de los brazos.

—¿Griego?

—Sí, aunque crecí en Dacia. ¿Me ha parecido ver que cambiabas nuestros pasajes por tu lanza?

—Sí, no te preocupes. Me apaño fatal con las lanzas. —Ictis acercó la boca al oído de su nuevo amigo—. No te creas el cuento que le he contado a ese... La lanza la encontré en el camino, junto a un explorador muerto.

—Ah, me quedo más tranquilo.

—¿Vas a Carnuntum?

—Sí. Voy a trabajar en la taberna de un amigo de mi padre, Ludovico Corocotta.

—No lo conozco, y si es tabernero, ya me extraña —rumió Ictis, acariciándose la barbilla. Necesitaba un afeitado—. Debo de conocerlos a todos, desde Potaissa a Ovilava. Menos los de Vindobona. Es la única ciudad que me falta por visitar. Dicen que las tabernas son magníficas, y las vistas, preciosas. Algún día iré —dijo, con aire soñador.

—Es normal que no conozcas a Ludovico, acaba de establecerse en Carnuntum. Dicen que su local es el mejor del *limes*, El Faro del Norte.

—Habrá que ir a probar sus vinos.

—Y sus guisos —puntualizó—. Es descendiente de un poderosísimo guerrero cántabro.

—¿Cántabro? ¿Qué tribu es esa?

—Una hispana —explicó Filemón de forma somera—. Ludovico me ha contratado para que le lleve las cuentas y regente su casa de huéspedes. Soy contable, y además hablo varias lenguas.

—Solo con verte, supe que eras alguien de amplia sesera. ¿Y dices que ese Ludovico tiene una casa de huéspedes?

—Sí. —Filemón se puso un dedo en la frente, como si acabara de tener una idea genial—. Oye, le pediré que te hospede por unos días, a cuenta de mi salario.

—No puedo aceptarlo, de ninguna manera —rechazó Ictis.

—Insisto, no se hable más —zanjó Filemón—. Es lo menos que puedo hacer por ti, después de haberme salvado de pasar una noche a la intemperie, sin dinero... podría haber muerto.

Ictis mostró su sonrisa amarillenta a Filemón.

—¿Sabes? Creo que tú y yo vamos a ser muy buenos amigos en nuestra nueva vida en Carnuntum.

—Brindaremos por ello en El Faro del Norte —prometió Filemón, eufórico.

Ictis asintió. El barco cruzaba las aguas del Danubio con lentitud, con la imponente flota romana al fondo. Desde el centro del río podían verse los campamentos de las legiones que aún no habían partido a la batalla. Ictis olía dinero en el ambiente, y tenía que ingeniárselas para que ese dinero acabara en su bolsa. En invierno era imposible ir a por el tesoro del Cíclope, así que tenía que explorar otras alternativas. Aunque, para ser el primer día, le había ido bien: se había agenciado una buena bolsa de sestercios y, además, había conseguido que la víctima estuviera en deuda con él.

Ictis se dijo que en Carnuntum le iba a ir de maravilla.

9

Kaelo Servio llevaba dos semanas sin dormir, pero no tenía sueño.

Desde que su suboficial, Gayo Mamerco, regresó herido al campamento e informó de una letal emboscada sármata contra sus jinetes, Kaelo no había dejado de darle vueltas a la cabeza. Sentía rabia y miedo. Rabia porque los sármatas yacigios habían roto el pacto que tenían con él, y miedo porque, si sus mandos se enteraban de que andaba conspirando con el enemigo, no mostrarían piedad.

El bosque le resultó a Kaelo tan amenazador como la primera vez que lo visitó, cinco meses atrás. Mientras avanzaba al paso por el sendero, imaginaba enemigos y monstruos invisibles, hasta que distinguió la hoguera junto a la que le esperaba el hombre con el que se había citado. No estaba solo, había dos personas más con él. El decurión descabalgó y se acercó al fuego que calentaba al trío. El más joven hizo una seña a los otros dos y se marcharon, desapareciendo entre las sombras del bosque. Una vez estuvieron solos, el hombre invitó a Kaelo a sentarse.

—Saludos, decurión Kaelo —exclamó con una voz tan alegre que parecía fingida. Le tendió un pellejo de vino—. Siéntate y bebe conmigo, es de la mejor calidad, que es lo que tú te mereces.

—No me apetece, Zántico —dijo el romano sin disimular su enfado —. ¿Por qué has roto nuestro pacto?

Zántico se quedó como una estatua de sal, con el brazo extendido y el pellejo de vino en la mano. El rostro del segundo rey yacigio adoptó una expresión que mezclaba sorpresa e incredulidad al mismo tiempo. Zántico compartía la jefatura de las tribus yacigias con Banadaspo, aunque tenían puntos de vista muy diferentes sobre cómo tratar con Roma.

—¿De qué coño me estás hablando?

—Tus hombres han atacado a los míos. ¿Por qué?

—¿Que mis hombres qué...? —El joven sacudió la cabeza como si

acabara de emerger del río e insistió—. Siéntate y explícame qué ha pasado.

—Hace dos semanas envié una patrulla de reconocimiento a la frontera del territorio cuado —dijo el decurión después de dar un trago al vino y componer un gesto agrio; si para el rey era vino bueno, cómo sería el malo—. Encontraron una caravana masacrada. Carretas quemadas, caballos, hombres, mujeres y niños muertos. Ni una pista sobre los atacantes: ni un arma, ni una flecha, nada...

—Lo hicieron mis hombres, seguro —reconoció Zántico—. Recuerdo que recibí el informe: una caravana de roxolanos. Y respecto a lo que mencionas de las pruebas, siempre las quitamos. Borramos cualquier pista que implique a los sármatas y dejamos alguna que apunte a los romanos. Eso sí, hay que ser muy idiota para no darse cuenta de que las pruebas que dejamos son falsas. Si nos facilitarais algunas armas romanas, o piezas de armadura, o un estandarte viejo que dejar como prueba, todo sería más creíble.

—Mírame bien, Zántico —rezongó Kaelo—. Soy decurión de una turma auxiliar de dacios a los que el Imperio alimenta de sobra. Apenas recibimos equipo y nos avituallamos como podemos. No voy a darte los pocos pertrechos que tenemos para tus planes locos. —El rostro de Kaelo adoptó una expresión grave—. Además, esta vez has ido demasiado lejos, Zántico. ¿Mujeres y niños? ¿Es necesario matar a mujeres y niños?

El rey se encogió de hombros.

—Cuando pretendes que tu pueblo odie a muerte a los romanos y se alce en armas contra ellos, hay que alimentar ese odio como se alimenta a una manada de lobos famélicos. Y no te preocupes por nuestras mujeres, son más eficaces que muchos hombres... y los niños no son más que hombres a medio criar. No sé por qué te espanta tanto que mueran unos cuantos...

Kaelo sacudió la cabeza, reacio a dar crédito a lo que acababa de oír.

—No tienes corazón —sentenció.

—Ni tú, honor, traidor a Roma.

—Yo nunca mataría a un niño, por los dioses —escupió, indignado.

—Deja a los dioses en paz —rio Zántico—. Mírate, eres un puto chiste: piensas que eres alguien por haber obtenido la ciudadanía romana, pero no eres más que un traidor para tus congéneres marcomanos, que te consideran un ser despreciable; y para los romanos eres un marcomano arrepentido y de poco fiar, un ciudadano de segunda al que envían a la frontera, al mando de unos dacios de mierda de aún más baja estofa que él, para que lo asesinen otros bárbaros. ¿Y luego te pones digno? —Zántico rebuscó en un zurrón que había junto a él y sacó una bolsa de dinero que lanzó al decurión , una idéntica a las que le había dado en cada una de sus reuniones anteriores; Kaelo la atrapó al vuelo—. Eres basura, Kaelo, y aun sabiéndolo te atreves a juzgarme. Has traicionado a tu pueblo y al pueblo que te acoge. ¿Qué te impide traicionarme a mí?

—Y eso me lo dice un *mataniños* que deja que sus hombres asesinen a los míos —contraatacó Kaelo.

Zántico puso los ojos en blanco, hastiado de la conversación.

—Otra vez con que mis hombres mataron a los tuyos...

—Tus arqueros los emboscaron mientras examinaban los cadáveres que dejasteis en el campo de batalla. Solo uno de ellos logró escapar; con una flecha en la espalda, eso sí. Tuvo suerte de seguir vivo.

—Mi gente no se queda en el mismo sitio después de un ataque —comentó Zántico, extrañado—. ¿Cómo puedes estar seguro de que fueron sármatas quienes mataron a tus jinetes?

—He traído la flecha que le sacamos a Gayo.

—¿Ves? Eso es interesante, enséñamela.

Kaelo fue hasta su caballo y regresó con la flecha. Aún conservaba sangre de Gayo en la punta. Se la entregó a Zántico y este soltó una risotada que dejó perplejo al decurión .

—Por todos los cobolios —exclamó el rey yacigio—. No fueron mis hombres, idiota. A los tuyos los asesinó una mujer.

Kaelo se quedó perplejo. Pensó que se trataba de una broma.

—¿Una mujer? No entiendo...

—Tamura de los Cuarenta —silabeó Zántico, que acercó la flecha a Kaelo para que pudiera verla más de cerca—. ¿Ves estas tres rayas en el astil? Es la firma de ese demonio con tetas.

El decurión volvió a sentarse. Se sentía confundido.

—¿Tamura de los Cuarenta? ¿Quién es esa Tamura de los Cuarenta?

—Una agente de Banadaspo, fuerte como cinco hombres y lista como la zorra que es... y un grave problema para ti y para mí, lamento decirlo.

—¿Una sola mujer es un problema?

—Lástima que los muertos no hablen —se lamentó Zántico—. Tus soldados asesinados te lo contarían mejor que yo.

Kaelo empezó a ponerse aún más nervioso de lo que había estado hasta ahora. Por primera vez desde que hizo el trato con el segundo rey yacigio, se planteó si una bolsa de sestercios al mes compensaba tantos disgustos.

—¿Tan peligrosa es?

—Ni te lo imaginas —rio Zántico; en cierto modo, disfrutaba asustando al decurión —. No fue un grupo de arqueros quien mató a los tuyos, lo hizo ella sola.

—Cuando volvimos al lugar de la emboscada, solo tres de ellos habían muerto por herida de flecha —recordó Kaelo—. Los cuatro restantes cayeron por espada. No creo que una mujer sola se enfrente a cuatro hombres...

Zántico esbozó una sonrisa burlona. A la luz de la hoguera, la sombra de las cejas proyectada sobre la frente le daba un aire diabólico.

—¿Sabes por qué la llaman De los Cuarenta? Una noche, Tamura se infiltró en un campamento romano. Nadie la vio entrar. Nadie la vio salir. Pero antes del amanecer, había degollado a cuarenta hombres, entre otros, al legado. Se supo que era ella porque dejó su marca a las puertas del fortín. A Tamura le gusta firmar sus obras —apuntó.

Kaelo abrió mucho la boca.

—La matanza del castro de la Quinta Legión —recordó Kaelo, que había oído la historia en más de una ocasión—. Creí que solo se trataba de una leyenda más. Ahora que lo dices, he oído cuentos del Fantasma Sármata. Así lo llamamos nosotros...

—Una pregunta, Kaelo: cuando regresasteis al lugar de la emboscada, ¿encontrasteis espadas clavadas en montículos de tierra?

El decurión alzó las cejas, sorprendido.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Tamura, siempre que puede, honra a los caídos como hacemos los sármatas: clavando una espada en un montículo de tierra.

—Como los cristianos con la cruz —reflexionó el decurión.

—Parecido, sí. Y también es la marca que deja Tamura después de un ataque.

—¿Tenemos motivos para estar nerviosos?

Zántico asintió.

—Es muy lista... e invisible. Una mala combinación, desde luego. Podría estar espiándonos aquí, ahora mismo, y no la detectaríamos.

El decurión no pudo evitar mirar a su alrededor. Aquellos bosques eran perfectos para ser observados desde las sombras.

—Hay algo que me preocupa —dijo Zántico, después de reflexionar un rato—. Si Tamura encontró el estandarte falso que dejamos como prueba en el lugar del ataque, sabrá que no es auténtico. Y si Banadaspo sospecha que estoy detrás de esos ataques, pondrá a los yacigios a su mando en mi contra, y puede que también a roxolanos y alanos. Roma pasará a ser un problema secundario y habrá guerra entre nuestras tribus.

—¿Y qué vas a hacer?

—No puedo seguir con esta estrategia —reconoció—. Por ahora, detendré los ataques contra mi propio pueblo. Me hacía sentir mal, no creas —afirmó con un gesto histriónico—. Ya se me ocurrirá algo. La razón de ser de esos ataques era aumentar el odio de los yacigios hacia Roma... pero tal vez exista otro camino, en sentido contrario: alimentar el odio de Roma hacia los yacigios hasta que no les quede más opción que venir a por nosotros... ¡y les estaremos esperando! —exclamó, con los ojos desorbitados; el rey dio la reunión por finiquitada—. Ahora vete, te espera un largo camino de vuelta.

—¿Nos veremos aquí el último viernes del mes que viene?

—Como siempre. Seguro que para entonces habré tenido alguna idea.

Kaelo subió a su caballo y desapareció por donde había venido. Los dos hombres que despidió Zántico cuando llegó el decurión surgieron de la oscuridad y se sentaron junto al rey.

—¿Lo habéis oído todo?

Asintieron.

—¿Se os ocurre algo?

—Diría que la opción de presionar a Roma para que cargue contra nosotros es peligrosa —apuntó el más anciano de los tres.

—Estoy a punto de firmar una alianza que nos fortalecerá tanto que las legiones nos parecerán una broma —aseguró Zántico—, pero es muy pronto para contaros más. Confiad en mí.

El segundo hombre, que rondaría los sesenta, se rascó el mentón.

—Si lo que quieres es enfurecer a Roma, sé cómo hacerlo —murmuró, con aire reflexivo—. Necesitaría la persona idónea para ello... y creo que la tengo. Tendría que ver cómo la convenzo...

Zántico abrió los brazos a la noche y sonrió.

—Habla, Dadagos... Soy todo oídos.

10

Los alrededores de Carnuntum hervían de actividad. Poco a poco, las legiones se preparaban para desplazarse a las zonas de guerra a las que habían sido asignadas. Hombres y bestias cargaban los materiales para la construcción de campamentos, recopilaban armamento y reunían víveres. Las tiendas se vaciaban y los carruajes se cargaban hasta límites inverosímiles. Los centuriones aullaban órdenes y los legionarios sudaban. Más atrás, comerciantes, peleteros, talabarteros, herreros, meretrices y demás profesionales que acompañaban a las legiones reunían sus aperos.

El crepúsculo ensombrecía las murallas de la ciudad. Las antorchas y braseros comenzaban a reemplazar la luz del sol moribundo, mientras grupos de ciudadanos se afanaban en llegar a las puertas de Carnuntum antes de que la guardia las cerrara. Entre ellos estaba Lidia, que caminaba con la mirada fija en el suelo para no tener que cruzarla con ninguna otra. Recibió el doble de empujones que de disculpas, pero ella no se quejó. Algunos legionarios la piropearon al pasar, y un jovenzuelo le agarró una nalga, para después reírse en su cara y entrar corriendo a la ciudad.

Lidia tuvo que tragar con todo eso.

Vestía y caminaba con elegancia, a pesar de cargar con dos morrales de tela donde llevaba sus pertenencias. Su túnica larga estaba ceñida por una cuerda que daba varias vueltas a su cintura, adornada con un broche dorado. Un moño alto y bien peinado realzaba su porte, a pesar de que caminaba casi encogida. Por fin, sin más complicaciones que la lluvia de cumplidos y el vendaval de obscenidades, llegó a la puerta de Carnuntum.

El suboficial que la controlaba era un centurión joven, de aspecto serio. Lidia reconoció su rango por el emplumado del casco, que iba de izquierda a derecha. A su lado, un par de legionarios revisaban carretillas de mercancía y abrían morrales de viajeros que pretendían

entrar en la plaza. Entretanto, el centurión leía los documentos de aquellos que los tenían o escuchaba las explicaciones de quienes carecían de ellos. Por fin le llegó el turno a Lidia.

El centurión leyó la tablilla que le entregó, y dos legionarios le revisaron el equipaje. Los ojos del suboficial se cruzaron con los suyos, y ella los apartó con timidez.

—¿Viajas sola, Lidia?

—Sí, desde Dalmacia —respondió ella, apocada.

El oficial soltó un silbido de admiración.

—Desde Dalmacia... Eso queda lejos.

—No he tenido elección, no me queda nadie allí. Mi esposo falleció hace cuatro meses a causa de la peste.

—¿Y por qué has venido a Carnuntum? Corren malos tiempos...

—Tengo familia aquí —contestó ella, escueta.

El centurión le devolvió la tablilla.

—¿Dónde vive tu familia? Mi turno termina pronto, podría acompañarte. Ciertas zonas de Carnuntum no son seguras cuando se pone el sol —advirtió.

Lidia rechazó la oferta de la manera más cortés que se le ocurrió.

—Mi prima y su esposo me esperan aquí cerca —mintió—, te lo agradezco.

—¿Seguro? Conmigo no te sucederá nada.

—Muchas gracias, pero no, de verdad. Estaré bien.

El centurión hizo un gesto de decepción.

—De acuerdo, pasa. Y ten cuidado, eres demasiado hermosa para esta ciudad.

Lidia agradeció el cumplido con un tímido cabeceo y caminó con pasos rápidos por el cardo máximo. Su destino estaba al otro lado de la ciudad, cerca de la zona de tabernas. Había anochecido, y si bien las calles principales estaban concurridas y bien iluminadas, algunas transversales semejaban guaridas de lobos. Y Lidia estaba segura de que esas guaridas ocultaban manadas.

Mantuvo el paso por la vía principal hasta que no tuvo más remedio que internarse en los callejones más lóbregos. Los sonidos que la acompañaban eran poco tranquilizadores: cánticos de borrachos en

la lejanía, sonido de vasijas rotas, gritos de mujer, risas atronadoras...

Conforme se internaba por el barrio de las tabernas y los lupanares, empezó a cruzarse con grupos de hombres que la observaban con miradas turbias. Oyó una pelea descomunal dentro de una cantina cercana, y solo la distrajo una mujer que le ofreció sus servicios entre risas ebrias y pechos al aire. Lidia aceleró el paso hasta llegar a un callejón solitario y oscuro donde se sintió algo más a salvo. Apoyó la espalda contra la pared y elevó la vista hacia la parte superior de los edificios. Su destino era una *insula* de cuatro pisos de altura dedicada a viviendas de alquiler. Si miraba de vez en cuando por encima de las casas bajas, acabaría dando con ella.

Lidia buscó unos instantes de tranquilidad entre las sombras de la callejuela. Se planteó esconderse en algún recoveco y esperar al día siguiente, pero la paz duró poco. Dos hombres, en evidente estado de embriaguez, aparecieron de repente por la bocacalle.

Vestían con túnicas y no portaban armas a la vista, pero bien podrían ser legionarios fuera de servicio. Ambos venían discutiendo por memeces, en un galimatías etílico que nadie, aparte de ellos, entendía. Lidia trató de fundirse con las sombras, pero sus morrales abultaban demasiado. Para colmo, un perro peludo, negro y grande, apareció detrás de ella y la saludó con dos ladridos. No fueron ladridos agresivos, pero llamaron la atención de los borrachos y estos se fijaron en Lidia.

—Pero mira qué tenemos aquí —canturreó uno de ellos, acercándose con paso tambaleante; era un tipo de mediana edad, con una barba espesa y más encías que dientes. Era como un híbrido entre caballo y mono—. Pero si es un hermoso pajarillo...

Su compañero, gordo como un odre a punto de reventar, se aproximó a Lidia. Tenía espumillas amarillentas en las comisuras de los labios. Al hablar, movía su jarra de vino con tal ímpetu que salpicaba gotas a diestro y siniestro.

—¿Cuánto nos cobras por chuparnos la polla, preciosidad? —Sacó una bolsa que llevaba colgada por dentro de la túnica—. Tengo dinero, ¿ves? Te pagaré bien...

—No soy una prostituta —dijo Lidia, intentando mantener la calma

—. Dejadme en paz.

El perro ladró dos veces más y meneó la cola. El cruce de equino y simio dio dos pasos hacia él y le lanzó una patada tan torpe que ni siquiera lo asustó. Sin darse por ofendido, el animal se limitó a sentarse sobre sus cuartos traseros en una esquina apartada del callejón.

—Que le den por culo al perro —maldijo el gordo de las babas—. Si estás sola a estas horas, por estas calles, es que eres puta. Entonces, ¿qué? ¿Nos la chuparás cobrando o lo harás gratis? Tú eliges.

De repente, una voz que no era la de los borrachos resonó en el callejón.

—Dejadla en paz, u os las veréis conmigo.

Los borrachos se volvieron hacia la advertencia. Allí, al contraluz, distinguieron una figura acorazada con un casco emplumado. Lidia supo quién era en el acto.

—¿Quién coño eres tú? —quiso saber el simio—. Lárgate, estamos con una amiga...

—Esa mujer no es vuestra amiga, y ya os ha dicho que no es una puta —dijo el centurión, que desenfundó a medias el *gladius*—. Ahora, largaos, que no os lo tenga que repetir.

Los borrachos cruzaron una mirada, masculllaron algo, y se marcharon por la misma bocacalle por la que habían aparecido. Aquella mujer, por muy apetecible que fuera, no se merecía que uno se la jugara con un centurión. El perro, aún sentado, seguía la escena sin perder detalle, como un espectador ensimismado con una obra de teatro. Tenía hambre, y existía la posibilidad de que alguno de esos humanos tan gritones tuviera comida. El centurión se acercó a Lidia.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomándose la libertad de levantarle la cabeza por la barbilla para forzarla a que lo mirara—. No les ha dado tiempo a hacerte daño, ¿verdad? Por suerte he llegado a tiempo.

—Sí, sí, muchas gracias —respondió ella, recogiendo los morrales —. Ya me marcho.

—¿Por qué me engañaste antes? —inquirió el romano, de sopetón.

—¿Te engañé? No entiendo...

—Claro que me engañaste. Me dijiste que te esperaban unos

familiares cerca de la puerta pretoria y te encuentro aquí, vagando por las peores calles de Carnuntum. —Hizo una breve pausa y mostró los dientes, en una expresión muy distinta a la que había tenido hasta ahora—. No sé qué pensar...

—No quise molestarte —aseguró Lidia, forzando una sonrisa—. Muchas gracias de nuevo, pero tengo que irme...

El centurión la agarró del brazo. Ella le lanzó una mirada que mezclaba súplica y reproche.

—No tan deprisa —dijo el centurión—. Está muy feo mentir a un centurión, ¿sabes? Podría llevarte al cuerpo de guardia e interrogarte toda la noche. No sé si podré contener a mis hombres, llevan mucho tiempo sin recibir el cariño de alguien que no sea una zorra maloliente...

—Déjame, por favor. Solo quiero seguir mi camino...

La presa del centurión se hizo más fuerte. Lidia frunció los labios, pero no emitió ni un sonido de queja. El perro, aún sentado, contemplaba la escena con la boca abierta y la lengua fuera.

—Mírate, Lidia, necesitas protección. En Carnuntum, la vida puede ser muy peligrosa, no te puedes hacer una idea... —El centurión se metió la mano en el calzón de cuero y empezó a jugar con sus genitales; la caricia tuvo un efecto rápido, y el pene comenzó a ponerse enhiesto—. Conmigo estarás segura, te lo prometo. Una viuda sola viviendo en esta zona de la ciudad... —Movió la cabeza en un gesto de negación y atrajo la mano de la mujer a su entrepierna; ella notó la erección—. ¿No sería mejor que disfrutáramos juntos? No te arrepentirás, soy muy generoso...

La lengua del centurión recorrió la mejilla de Lidia. Esta cerró los ojos. La punta húmeda se recreó en sus labios, mientras que la otra mano del hombre obligaba a la de la mujer a agarrar el falo por fuera del pantalón.

Lidia tenía que hacer algo para escapar de aquello.

—Espera, espera, espera —dijo ella muy deprisa, apoyando una mano sobre la coraza del centurión; la otra aún agarraba la verga, cada vez más tiesa—. De acuerdo, haré lo que quieras, pero no me hagas daño, por favor.

El aliento del centurión se agitó. Tenía a la viuda donde él quería, y eso elevaba su excitación. Su jadeo aumentó más cuando ella le desabrochó el calzón y liberó su pene. El soldado se dio cuenta de que el rostro de Lidia había cambiado. A pesar de estar en penumbras, descubrió otra faceta de la mujer que le hizo excitarse aún más. Su expresión era la de la más zorra de entre las zorras. Al final, no se había equivocado con ella.

Lidia le acarició la polla con lentitud agónica, haciéndola crecer cada vez más. El perro, que observaba todos los movimientos con infinita atención, gimió, reculó un par de pasos y volvió a sentarse sobre sus cuartos traseros. Ella mordió de forma leve el labio inferior del centurión, que aprovechó para meter la mano en su túnica y acariciarle el pecho con brusca pasión.

—Con calma, centurión —susurró ella—. Como has dicho, disfrutemos de esto juntos. Voy a darte el mejor de los placeres, el que más os gusta a los hombres...

Sin dejar de estimular el miembro, Lidia se arrodilló en el infecto callejón, junto a sus dos morrales. Se metió el glande en la boca con dulzura. Hacía mucho que no tenía un buen miembro a su disposición, y aquel no estaba nada mal. Lo lamió un par de veces y empezó a sentirse excitada. De hecho, estuvo a punto de dejarse llevar.

Pero Lidia no estaba ahí para entregarse a un centurión.

Cuando era imposible que aquella polla se pusiera más dura, ella ejecutó un movimiento ascendente con la mano derecha.

Un movimiento amplio y vertiginoso.

La daga amputó el pene con un corte tan limpio que el centurión apenas notó dolor. Tampoco le dio tiempo a gritar, ya que el mismo movimiento le había cercenado la garganta, abriéndole una terrible boca roja en el cuello. La sangre brotó a borbotones, pero Lidia la esquivó con una velocidad sorprendente.

El centurión cayó de rodillas, con una mano en la garganta y otra en la entrepierna. Dedicó una mirada confundida a Lidia antes de desplomarse de bruces sobre el empedrado, donde lo encontrarían a la mañana siguiente en un charco formado por hasta la última gota de su sangre.

Lidia miró el miembro que aún sujetaba en la mano, y luego vio al perro por el rabillo del ojo. Sin pensar mucho en lo que hacía, se lo arrojó. Este lo cogió al vuelo y comenzó a comérselo de forma compulsiva. El sonido que hacía la carne al ser masticada era repugnante.

—Espero que lo disfrutes. La verdad es que no estaba nada mal.

La mujer recogió sus pertenencias y abandonó el callejón. No paró de buscar el edificio de cuatro pisos por encima de los tejados mientras caminaba. Esta vez no lo hizo como una viuda asustada. Esta vez llevaba la daga en la mano, decidida a usarla contra el primero que le dirigiera la palabra, aunque fuera para desearle buenas noches. Lidia estaba enfadada. Furiosa.

Por fin llegó a una plaza presidida por un edificio tan descomunal como horroroso. Un cartel de madera rezaba: PLAZA DE LA CONCORDIA. Las líneas de la *insula* eran tan rectas y austeras que parecía diseñada por un niño. Contó los pisos: cuatro. Había luz en algunas ventanas, y el portal estaba abierto. Lidia entró en un cubículo al lado de las escaleras que conducían a los pisos superiores. Dentro encontró a una mujer de pelo blanco sentada ante unos papiros y una jarra de algo que podía ser vino. Tendría unos cuarenta y cinco años, aunque las canas que formaban su voluminosa melena hacían que aparentara más. Al ver a la viuda, la mujer expelió una risa seca y se levantó. Era delgada y muy alta, al menos le sacaba cuatro dedos a Lidia.

—Que los cobolios me arrastren a sus dominios por los pelos de mis partes —juró, esbozando una media sonrisa—. Menuda cara traes, Tamura.

—No uses ese nombre, Maiôsara —advirtió la mujer, a pesar de que estaban solas en la oficina—. Aquí soy Lidia Veturia, viuda de Patricio Dei Lucrii. ¿Entendido?

Maiôsara se echó a reír.

—Así te llamaré —prometió—. Bienvenida a Carnuntum, Lidia.

11

La pelvis bombea. Las caderas se mueven. La cama arde.

Arriba, Jano Convector. Debajo, Nilda, una diosa germana de pago. Cabellera rubia y ojos muy azules, ocultos por unos párpados cerrados por el placer.

El cuerpo de Jano embiste a la joven, pero su mente embiste una puerta cerrada.

Una puerta que acabó saltando de sus goznes dos años atrás.

Los oídos de Jano oyen los jadeos de la joven, pero su mente viaja en el tiempo sin que pueda evitarlo.

Y la realidad de la habitación de la posada desaparece.

Ya no hay diosa rubia, ni Jano penetrándola con la suma de la fuerza de su deseo más la fuerza del alcohol. Frente a Jano hay ahora siete personas atrincheradas en los aposentos del senador Tito Quinto Estatilio. Uno es el propio senador, escondido detrás de su lecho, lloriqueando. Seis hombres armados con espadas lo protegen.

El *gladius* de Jano gotea sangre en el suelo. Ha matado a ocho personas antes de derribar la puerta del dormitorio. Los seis que protegen al traidor le apuntan con armas temblorosas. Tienen miedo.

Saben que son seis contra uno, pero también saben que van a morir.

Entre ellos está el egipcio.

Jano Convector estudia sus rostros. En ellos lee un epitafio. Al tomar aire para iniciar su ataque, huele la mierda que escapa de las entrañas del senador.

Marco Aurelio le ha dado una orden entre lágrimas.

«Venga a mi hermano. Venga a Lucio Vero.»

Y Jano nunca cuestiona una orden del emperador.

Avanza hacia el primer sicario, un hispano que empuña una falcata. La tantea con el *gladius* para provocar el ataque. El hispano muerde el anzuelo y lanza una estocada a fondo. Mientras lo hace,

otro de los guardias trata de golpear a Jano por la derecha. Pan comido para el general, que agarra la mano que empuña la falcata a la vez que esquiva el ataque. De un tajo, amputa la mano del hispano a la altura de la muñeca. Con una segunda puñalada, atraviesa el riñón del segundo atacante, que agoniza hasta morir en un rincón.

Los otros cuatro contemplan la escena aterrorizados. El hispano aúlla como un poseso, agarrándose el muñón con la mano. Jano lo silencia de un tajo en la garganta. Sus aullidos cesan de golpe, y él recupera la posición de combate, con la espada por delante.

El senador insta a los cuatro sicarios que le quedan para que ataquen a la vez. A pesar del chaparrón de golpes, Jano mantiene la guardia intacta. Aprovechando un hueco entre tanta hoja afilada, el general propina una patada en el pecho a uno de los atacantes, vaciando sus pulmones de aire y lanzándolo contra sus compañeros. Uno de ellos cae junto al senador, que a estas alturas ya preferiría estar muerto.

Jano se beneficia de la confusión para apoyar el pie en una banqueta tapizada y saltar al otro lado de la habitación. Agarra un candelabro con la izquierda y ve, con morbosa alegría, cómo el egipcio flaco de barba picuda avanza hacia él con una espada curva.

El general bloquea la hoja entre los brazos del candelabro, gira la muñeca con brusquedad y deja el arma del egipcio apuntando a la pared cercana. Otro hombre se lanza sobre él, pero Jano lo esquiva y aprovecha el mismo movimiento para rajar al egipcio desde el hombro hasta la parte inferior del costado. El egipcio, que ha dejado caer su espada, se tambalea hasta quedar apoyado sobre un aparador de bronce. El dolor le impide respirar.

Jano recibe un corte profundo en el brazo. El esbirro que le atacó mientras despachaba al egipcio ha aprovechado su oportunidad. Tragándose el dolor, el general se enfrenta a dos espadas a la vez, y el hombre que recibió la patada en el pecho empieza a incorporarse al fondo de la habitación.

El legado detiene un ataque con el brazal metálico que lleva en el antebrazo izquierdo, y clava a fondo el *gladius* en el vientre de uno de sus atacantes. Gira la muñeca y convierte la herida en un agujero que

vomita sangre, tripas y mierda. Jano recibe otro corte, este en el muslo. Duele, pero es un precio barato que pagar. El que le ha herido traza un arco desesperado con la espada. Jano evita la decapitación gracias a sus reflejos y se lanza contra él.

La punta del *gladius* sobresale varios centímetros por la nuca de su adversario, que muere en el acto. Solo quedan dos enemigos: el egipcio, que no hace otra cosa que mirarse la herida que le cruza el torso, y el hombre al que propinó la patada en el pecho, que se le acerca con más valor que pericia. Sin resuello, apenas puede mantener el equilibrio.

Un segundo después está muerto.

Al senador solo le queda el egipcio, cuyo destino está escrito en los ojos de Jano Convector. Tito Quinto se arrodilla y le suplica clemencia, naufragando en un torrente de lágrimas. Jano no se conmueve. Le manda callar, apuntándole con el *gladius*.

El egipcio tiende una mano implorante hacia el general. Los cinco dedos muy abiertos, como si le mostrara un cinco. Jano le amputa del meñique al índice de un solo golpe. Sobre el mármol del suelo, debajo del egipcio, hay un charco de sangre que se extiende como una maldición. Jano sujeta al egipcio por la cabeza y le corta una oreja con lentitud inhumana.

Luego la otra...

Los alaridos del egipcio retumban por todo el palacio. El timbre de los gritos se vuelve nasal cuando la nariz es rebanada despacio, muy despacio... Jano sabe cómo mantenerlo vivo mientras lo corta en pedazos muy pequeños.

El olor de la sangre se mezcla con el de las heces líquidas del senador. Y cuando el egipcio exhala su último suspiro, Tito Quinto sabe que le espera algo aún peor.

Y en ese momento, Jano eyacula.

El orgasmo lo sacude como una tempestad. Cuando abre los ojos, una vez satisfecho su deseo, ya no ve sangre, ni cuerpos, ni los aposentos del senador al que Marco Aurelio culpó de la muerte de su hermano, Lucio Vero. Solo ve el rostro hermoso de Nilda y el dormitorio de la posada.

Jano Convector había vuelto a la realidad.

El general se separó de la joven y se quedó un rato sentado en el borde de la cama, jadeante. Buscó la jarra de vino y llenó un cáliz de bronce. Se lo bebió de un trago tan largo que a punto estuvo de atragantarse. Miró al exterior por la ventana. Aún no había amanecido. No tenía claro cuánto tiempo llevaba bebiendo en compañía de aquella rubia. Tal vez un día entero. La prostituta se puso de rodillas en la cama y lo abrazó por detrás.

—Casi me matas, Jano Convector —ronroneó; a pesar de ser germana, no tenía acento al hablar latín—. Tienes el ímpetu de un titán. ¿Es por eso por lo que te llaman el Puño del Emperador?

El legado giró la cabeza hacia Nilda en un movimiento reflejo. Ella no pareció intimidada. El general frunció el ceño, incómodo.

—¿Quién te ha dicho que soy el Puño del Emperador?

—Tú mismo, después de la quinta copa de vino.

—Tengo que aprender a beber sin irme de la lengua —gruñó Jano; puede que para ponerse a prueba, le dio otro sorbo al cáliz de vino—. Es un apodo que me gané por algo que hice una vez...

—¿Y no me lo puedes contar? —pidió ella, impostando la voz de una niña pequeña.

Jano bebió otro sorbo de vino y miró la habitación. Ni siquiera sabía dónde estaba. Lo único que sabía es que estaba borracho, con una joven hermosa y que no había razón alguna para no contarle la verdad acerca del origen de su sobrenombre.

Al día siguiente, ni se acordaría de que lo había hecho.

—Muchos creen que me gané el apodo en la guerra contra los partos —comenzó a decir, arrastrando las palabras al hablar—, pero no fue por eso. Aunque allí tuve ocasión de demostrar mi valía como combatiente —recordó, con cierta nostalgia—. Me gusta la guerra. Me gusta liderar tropas. Me gusta quitarles la vida a los enemigos del Imperio. —Contempló a la joven desde arriba, fingió una mirada feroz y la señaló con un índice intimidador—. Me gusta matar a tu gente.

—Mi gente ya no es mi gente —dijo ella—. Soy ciudadana romana. Sigue contándome.

—¿Oíste hablar del emperador Lucio Vero?

—Claro, fue emperador junto a Marco Aurelio. Oí que murió.

—Hace dos años —confirmó Jano y dio otro trago—. Marco Aurelio y él regresaban con sus legiones a Roma después de una batalla. Yo viajaba con ellos. Una mañana, un emisario procedente de Altinum salió a nuestro encuentro para comunicarnos que el senador Tito Quinto Estatilio invitaba a los emperadores a un banquete en su residencia. A Marco no le entusiasmó la oferta, pero Lucio Vero nunca decía que no a una fiesta, o a una cena animada. Acabamos desviándonos hacia Altinum.

»La cena transcurrió con normalidad, pero Marco Aurelio estuvo tenso todo el tiempo. Me confesó que le inquietaba un sirviente del senador, un egipcio muy delgado, de cejas pobladas y barba picuda. Me confesó que le recordaba a un brujo.

Jano se echó a reír. Meneó la cabeza y se sirvió otra copa de vino. Conforme los recuerdos acudían a su mente, más descabellados le parecían.

—Sigue —le instó Nilda.

—Cuando estaban hartos de comer y de beber, el senador ordenó al egipcio traer un ánfora de vino griego. Lucio Vero estaba ya muy borracho, pero aplaudió la oferta. Marco Aurelio, sin embargo, la rechazó. El emperador come poco y apenas bebe —apuntó.

—¿Y tú? —quiso saber Nilda—. ¿Bebiste?

—No suelo beber —respondió él, tajante.

—Te reservas para momentos como este. Haces bien.

—Todos los presentes bebieron el vino —recordó Jano—, incluso el senador y el propio egipcio. A la mañana siguiente, Lucio Vero cayó enfermo. Hervía de fiebre, deliraba. Marco Aurelio se volvió loco. —Su voz, además de ebria, sonó vacía; sin el influjo del vino, jamás habría contado lo que estaba contando, y menos a una desconocida—. El césar es un hombre razonable, con mucho temple... pero aquella mañana...

Se quedó callado hasta que Nilda le dio dos toques en el brazo.

—¿Qué pasó aquella mañana?

—Nunca había visto llorar al emperador —dijo Jano, como en sueños.

Desde su posición, tumbada sobre sus piernas, Nilda apreció cómo la mirada del general se perdía en el espejo que había en la pared, frente a él. Parecía ido. La joven no se atrevió a insistir más. Si él no hubiera seguido hablando, lo habría dejado estar. Habría sacado otro tema de conversación, o le hubiera dado más vino, o le habría atraído hacia ella y le habría hecho el amor otra vez.

Pero Jano continuó hablando.

—Marco Aurelio estaba seguro de que el egipcio nos había envenenado por orden del senador. Me lo dijo fuera de sí, entre lágrimas. Traté de convencerlo de que no había pruebas, de que el senador y el propio egipcio habían bebido del ánfora de vino griego. Pero él habló de antídotos, de una conspiración para acabar con el Imperio...

Jano apuró su copa hasta el fondo. Le tembló la mano al rellenarla.

—Marco Aurelio me obligó a mirar a Lucio Vero. He visto cadáveres con mejor aspecto. Luego me agarró de las hombreras y me rogó, llorando, que vengara a su hermano.

Una pausa.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Nilda.

—Obedecí. Nunca sabré si el senador era culpable o inocente, yo solo sé que cumplí las órdenes del emperador sin preguntar. —Otra pausa—. Perseguí al senador y a sus criados por todo el palacio, asesinándolos uno a uno. Al final, los acorralé en sus aposentos y los maté a todos.

Jano se mordió la lengua para añadir que lo hizo con suma crueldad.

—Cuando llegaron los legionarios acampados fuera del palacio, yo ya había terminado el trabajo. Sacamos a los emperadores de allí e incendiamos la residencia. Ardió hasta los cimientos. Lucio Vero murió al día siguiente —concluyó.

—El implacable Puño del Emperador —susurró Nilda.

—De ahí viene —dijo, sin dejar de mirar al frente—. De ese fatídico día.

Nilda sintió el miembro de Jano en la parte trasera de la cadera. El pene del general estaba tan alicaído como su ánimo. La joven germana

se incorporó y lo empujó con dulzura hasta tumbarlo de espaldas.

—Eres leal a tu emperador, Jano Convector, no te atormentes. —Le besó en la frente—. Que los dioses te bendigan.

Y la meretriz de cabello de oro acarició el pelo del Puño del Emperador hasta que se quedó dormido.

12

El Faro del Norte era taberna, mesón, posada, lupanar...

Y mucho más que todo eso.

Constaba de cuatro edificios, de tres plantas cada uno, que formaban un gigantesco cuadrado alrededor de un atrio. Estaba apartado del barrio de las tabernas, cerca del anfiteatro, por lo que el ambiente no era tan peligroso ni tan sórdido como el de la mayoría de los locales de la ciudad.

El edificio principal, destinado a taberna y mesón, lucía carteles y dibujos de suculentos platos de comida, frutas de todo tipo y copas a rebosar de vino. El interior estaba decorado con muebles de madera noble, candelabros de plata y bronce, y tapices de primera calidad.

En las plantas superiores de la taberna de El Faro del Norte, además de comer y beber, se celebraban partidas de dados. Había ocasiones en las que las apuestas corrían tan altas que solo los más adinerados podían participar en ellas. Más de una fortuna, una esposa o una vida se perdieron por una mala tirada.

En la planta baja, una puerta conducía al enorme patio que solía hervir de actividad cuando la lluvia no aguaba la fiesta. Había mesas y triclinios dispuestos alrededor del pozo que lo presidía. Allí, mujeres vestidas con túnicas de gasa servían vino y engatusaban a los clientes con sus encantos, obedeciendo la consigna de su amo: «Toda bolsa que entre llena, debe salir vacía».

La zona más concurrida de ese patio era el despacho de vino. Un mostrador grande, de piedra, donde se servían caldos de muchas procedencias distintas y se despachaba agua caliente. Detrás del mostrador, adosados a la pared, había grandes recipientes de barro que contenían aceitunas, jamón, legumbres, cecina y salazones que los taberneros incluían con el vino para alimentar la sed de los parroquianos.

Los dos edificios laterales, gemelos, albergaban la casa de

huéspedes. Los tres pisos de cada uno de ellos estaban divididos en habitaciones. En las últimas semanas, muchos de los comerciantes atraídos por el movimiento de las legiones de Marco Aurelio se habían hospedado allí con sus familias, al igual que los oficiales cuya paga pudiera permitirles pernoctar fuera del campamento en compañía de sus esposas e hijos.

Por último, el edificio del fondo de la plaza era el lupanar. Una pasarela de madera, cerrada por un túnel de enredaderas, unía el primer piso del burdel con el primer piso de la taberna, cruzando el patio por un lateral. Aquella era una forma ingeniosa de salvaguardar la privacidad de los clientes: las enredaderas impedían ver quién salía del mesón para ir a fornicar con una prostituta. Aunque, para los menos tímidos, el burdel tenía una entrada principal que abría sus puertas a un mundo de placer. Una estatua del dios Príapo, con un falo descomunal, recibía a los clientes. En esa zona del negocio había habitaciones de todo tipo y tamaño: termas con piscinas de agua caliente, salas enormes repletas de cojines y camastros para celebrar orgías y cuartos privados para los más discretos. Los cubiles más baratos estaban dispuestos en fila, con un colchón de lana en el suelo y una cortina en lugar de puerta; quienes pagaban las tarifas más altas disfrutaban de cama cómoda, bacín para lavarse y una puerta cerrada con llave.

Pero en El Faro del Norte se traficaba con algo más que con comida, bebida, descanso y sexo.

Información.

El dueño de El Faro del Norte se hacía llamar Ludovico Corocotta, aunque en el pasado había tenido tantos nombres como problemas con la justicia. Afirmaba ser descendiente del legendario Corocotta, un héroe íbero que acabó siendo un grano en el culo para el ejército romano durante las guerras cántabras de Augusto. Fueron tantos los dolores de cabeza que causó Corocotta a las legiones romanas, que el emperador puso precio a su cabeza: doscientos mil sestercios. Para sorpresa de Augusto, fue el propio Corocotta quien se presentó en el campamento para cobrar la recompensa. Aquello le resultó tan gracioso al emperador, que departió con él durante horas, le pagó los

doscientos mil y lo dejó marchar.

Era indudable que el Corocotta original, además de ser un héroe y un formidable guerrero, poseía un encanto peculiar. Y su supuesto descendiente, si es que en realidad lo era, lo poseía también.

Ludovico Corocotta, cincuenta y tres años. Estatura media, tripa de ganar mucho y moverse poco. Brazos con la fuerza justa para tumbar de una bofetada a un borracho impertinente. Cabeza redonda, afeitada, gobernada por una boca tendente a esbozar sonrisas desquiciadas y por unos ojos que no acompañaban a la boca en esas perturbadoras sonrisas. Pero lo más inquietante era que los ojos de Ludovico eran de distinto color: el derecho, marrón oscuro; el izquierdo, azul claro, casi gris perla.

Muchos niños se echaban a llorar al verlo. A Ludovico, aquello le hacía feliz.

Nadie conocía el pasado de Ludovico, porque Ludovico tenía muchos. La mayoría falsos, como su ascendencia heroica. Puede que fuera cierto que era cántabro o astur. Lo único que era irrebatible era el hecho de que aquel posadero movía impresionantes cantidades de dinero, tenía a su servicio un ejército de sicarios, criados, esclavos y fulanas, y que su red de influencia se extendía por medio Imperio romano.

Aunque no todo eran jardines floridos para Ludovico. También lo había pasado mal. De hecho, corría el rumor de que el origen de su fortuna procedía de una millonaria estafa perpetrada hacía veinticinco años al senador Cneo Papirio Eliano, gobernador de la provincia de Britania. Según se decía, Ludovico se había hecho pasar por un afamado constructor de barcos, y había conseguido un encargo de quince mercantes para Papirio. Consciente de que su heterocromía era un rasgo que le hacía inconfundible, se presentó con un parche en el ojo para hacerse pasar por tuerto. Fue lo bastante embaucador para convencer al senador de que le pagara la mitad del pedido por adelantado, como provisión de materiales. Por su parte, Papirio fue lo bastante ingenuo para dejarse convencer. Ludovico y sus secuaces huyeron de Britania en un barco cargado de áureos, borrachos como cubas, celebrando el golpe a los cuatro vientos. Cuando Papirio

informó a Roma de la estafa, y Roma puso precio a la cabeza de Ludovico, este ya estaba demasiado lejos.

Y para colmo, la descripción que corría por todo el Imperio era la de un tipo con cabellera negra y un parche en el ojo.

Ludovico fue prudente. Nunca regresó a Britania, ni volvió a pisar Roma ni se acercó a ninguna región cercana a la capital. Pasó años mercadeando con esclavos en Egipto, una corta temporada dedicado al contrabando en Siria y varios años regentando un lupanar en Grecia, donde prosperó hasta aburrirse. Pero la llegada de algunos legados a los que había conocido décadas atrás le hizo izar velas y mudarse a Panonia. No había llegado donde había llegado para que alguien lo identificara como el criminal que era. Decidió que Carnuntum sería un buen lugar para afincarse, y la suerte, de propina, le trajo legiones para llenar sus arcas.

Ludovico tenía por costumbre pasear entre las mesas de su establecimiento para prodigar un trato afable a sus clientes. Le gustaba hacerlos sentir como en casa: cuando lo hacían, más gastaban, más se confiaban y más información regalaban. La memoria de Ludovico era prodigiosa: podía quedarse con una cara y aprenderse de memoria un nombre a la primera. Saludaba a sus clientes con voz cantarina, propinaba palmadas en el hombro y agasajaba con cumplidos a pleno pulmón. Contaba chistes y chascarrillos e invitaba siempre a la tercera ronda. Se dirigía al legionario como centurión, como tribuno a los centuriones y como legado a los tribunos. Cuando hablaba con civiles, no olvidaba de preceder el nombre con algún adjetivo adulador, como «noble», «honorable» o «ilustre».

Apenas llevaba un mes en Carnuntum y ya era toda una personalidad.

Pero no había que dejarse llevar por las apariencias: Ludovico Corocotta era un lobo con piel de cordero. Su sonrisa desquiciada escondía colmillos afilados; su mirada bicolor podía leer detrás de un rostro encendido por el vino y sus orejas eran capaces de oír hasta los secretos jamás pronunciados.

Esa mañana Ludovico se hallaba detrás del mostrador, supervisando la venta de vino, cuando vio la silueta siempre jadeante

de Filemón Voulgaris. El contable apareció por la puerta que daba al patio correteando y mirando hacia atrás, como si tuviera prisa. Le hizo unos gestos a Ludovico para que se alejara del despacho de bebidas, que estaba bastante concurrido. Cuando estuvo seguro de que nadie los oía, el griego le habló al oído.

—Nilda me ha dicho que te quedes con la cara del militar que va a bajar por las escaleras de la taberna —le contó, entre resuellos—. Ahora mismo está cruzando la pasarela. No tiene pérdida, lleva una coraza *musculata* y un casco que brilla como un espejo.

Ludovico correteó hasta al pie de las escaleras y fingió revisar un candelabro próximo al pasamanos. El oficial no tardó en aparecer; por el uniforme, se trataba de un general. El dueño de El Faro del Norte esperó a que plantara el pie en el último escalón y le cerró el paso con una de sus sonrisas desvencijadas.

—Espero que hayas disfrutado de nuestros servicios, mi señor —clamó, entusiasta—. Confío en que todo haya estado de tu agrado. Permíteme que me presente, soy Ludovico Corocotta, propietario de este humilde establecimiento. ¿Cuál es tu nombre, para poder darte un trato preferencial la próxima vez que me regales el honor de tu augusta presencia?

—Mi nombre no es asunto tuyo —silabeó Jano—. Aparta.

Ludovico no era propenso a asustarse, pero vio el abismo estigio en los ojos del general. Se echó a un lado y le dejó pasar. Sintió con alivio la brisa levantada por la capa escarlata al alejarse de él.

Filemón corrió al lado de su patrón y juntos contemplaron cómo el legado abandonaba El Faro del Norte por la puerta principal. En cuanto desapareció de la vista, Ludovico se encaró con el contable.

—¿Para qué querías que me acercara a ese tipo? —le recriminó, enfadado—. Casi me lo hago encima.

—No te dije que lo pararas, solo que te quedaras con su cara —se defendió Filemón—. Se llama Jano Convector, legado de la Decimocuarta Legión, mano derecha de Marco Aurelio, máxima autoridad actual en Carnuntum. Los magistrados acatan sus órdenes sin rechistar. Cuando habla, es como si lo hiciera el mismísimo emperador.

—Pues estamos en manos de un gran diplomático —dijo Ludovico, con la vista aún fija en la puerta por la que acababa de marcharse Jano.

—Habla con Nilda. Me ha dicho que ese Convector ha estado dos días dándole al vino, y al parecer se le soltó la lengua más de la cuenta. —Filemón convirtió su voz en un susurro—. No es que relatara nada de vital importancia: una anécdota algo escabrosa sobre el emperador Marco Aurelio, pero como tú bien dices...

Ludovico terminó la frase por él.

—La información es el mejor de los peculios.

Dicho esto, Ludovico Corocotta se dirigió al lupanar, impaciente por hablar con Nilda. Filemón decidió regresar a la hospedería, donde tenía su pequeño despacho, desde el que gestionaba las cuentas del negocio. Justo cuando iba a atravesar la misma puerta que había cruzado su patrón un momento antes, una pequeña figura chocó con él de frente y le hizo trastabillar. El hombre con el perro en la cabeza corrigió la posición de su tocado y agarró al contable por los brazos, mientras miraba hacia atrás.

—Filemón, si preguntan por mí dos tracios gordos bien vestidos, diles que no me has visto. —Ictis soltó a Filemón, frenó en seco antes de llegar a la escalera y se volvió para decir una última cosa—. Es más, diles que me he enrolado en la Itálica, y que no recuerdas en cuál de ellas fue.

Ictis desapareció como una exhalación por la puerta principal, dejando a Filemón con la boca abierta y un dedo levantado. El contable se quedó en esa posición ridícula un par de segundos y luego se encogió de hombros.

—Iba a preguntarle si ya tenía dinero para pagar la habitación —pronunció en voz alta—. Después de tres semanas, creo que mi deuda con él está saldada...

Filemón elevó los ojos al cielo, como si les preguntara a los dioses qué había hecho él para merecer aquello. Ictis solo le había traído problemas desde que llegaron, aunque lo cierto era que Ludovico no parecía demasiado molesto con su presencia en El Faro del Norte.

«Es uno de esos idiotas que acaban siendo útiles, Filemón», le

había dicho el patrón. «Y es de sabios conservar aquello que podamos utilizar.»

El contable masculló algo ininteligible en griego y se dirigió a su oficina. Allí se sentía a salvo, rodeado de papiros con pedidos por hacer y cuentas que cuadrar.

Noche.

La vivienda de alquiler en la que Maiôsara alojó a Lidia estaba en la tercera planta de la *insula*. Constaba de dos habitáculos pequeños: el primero era un dormitorio, con una cama con colchón de plumas, un cofre de madera, un bacín, un espejo de mala factura y un orinal de cerámica para sus necesidades, ya que las *lavatrinas* se encontraban en la planta baja. En un hueco, debajo de la escalera, había unos recipientes grandes para que los vecinos vaciaran sus tinajas de desechos. La cruda realidad era que muchos de ellos se limitaban a arrojarlos por la ventana sin previo aviso, por lo que el peligro de lluvia negra en las calles adyacentes era serio.

La segunda estancia era una cocina compuesta por un pequeño hogar de leña que servía tanto para cocinar como para calentarse, una despensa y una mesa tosca de madera con un par de sillas. Justo en esa habitación, sentadas en esos asientos, estaban Maiôsara y Lidia.

Maiôsara no siempre había sido la gerente de la *insula*. Aunque la propiedad estuviera inscrita a su nombre en el registro, no le pertenecía. Los beneficios de las rentas iban a las arcas del rey Banadaspo, transportados de forma periódica al Bastión por sus espías yacigios. El joven rey se había interesado en los negocios modernos —y legales— de la civilización romana, y obtener moneda imperial le venía bien para aprovisionarse, encargar armas y armaduras de la máxima calidad e importar bienes difíciles de conseguir para su pueblo, ahora que intentaba apartarse de la guerra y el pillaje. Maiôsara era un gran testaferro, además de buena gestora. Atrás quedaron sus años de guerra contra Roma. En aquellos tiempos, Maiôsara no fue muy diferente de lo que ahora era Tamura, aunque la mujer de la hirsuta cabellera nívea nunca alcanzó el estatus de

leyenda del Fantasma Sármata.

Lidia le explicó a Maiôsara la voluntad del rey yacigio de hacerle llegar una oferta de paz a Marco Aurelio. El plan de Lidia era ganarse la confianza de alguien capaz de transmitir dicho mensaje al emperador, o incluso a facilitarle una entrevista con él. Era una tarea peligrosa, teniendo en cuenta la consabida fobia que Marco Aurelio tenía a bárbaros en general y a sármatas en particular. Un mal paso podría costarle la misión y la vida. Maiôsara se rascó el mentón, pensativa.

—El emperador está en el norte —informó—, así que tenemos tiempo. Lo que tú quieres saber es si conozco a alguien entre los representantes romanos que pueda hacer llegar ese mensaje a Marco Aurelio, ¿verdad? —Lidia asintió—. ¿Cómo piensas acercarte a tu objetivo?

—Aún no lo sé, pero haré lo que haga falta.

Maiôsara se tomó un rato para reflexionar.

—Me vienen a la cabeza los magistrados de la ciudad. Me llevo bien con ellos. Gobiernan en forma de duunviro; no son muy competentes, pero sí buenas personas. El más mayor, Lucio Renato, está casado con una mujer bastante más joven que él. El otro se llama Cato Merino, y también está casado con una hembra muy atractiva... pero me parece que es marica. Podrías hacerte pasar por mercader de joyas —improvisó— y ofrecerles tus mercancías para sus esposas. O para el marica, seguro que le encantan...

—No entiendo de joyas, pero soy una gran cuentista. ¿Tenemos joyas?

—Habría que comprarlas. ¿Tienes dinero?

—No creo que suficiente para invertirlo en joyas.

Maiôsara terminó desechando la idea.

—He dicho una tontería, ni siquiera sé dónde conseguirlas.

—Pensemos otra cosa.

Las dos mujeres estuvieron un buen rato sumidas en sus cábalas. Maiôsara rompió el silencio después de un rato.

—¿Sabes tejer?

—No.

—¿Hacer peinados bonitos?

—Solo este moño —respondió, señalándose la cabeza—, y lo odio.

—¿Qué sabes hacer, aparte de matar gente?

—Rematarla.

—No me extraña —rezongó Maiôsara—. A mí me costó más aprender a gestionar este edificio que a rebanar pescuezos.

Lidia y Maiôsara guardaron un tiempo de silencio en el que solo se oyeron las voces de los vecinos, un bebé llorando y las risotadas escandalosas de unos borrachos en la calle.

—Hay otra cosa en la que soy muy buena —dijo Lidia, al fin—, aparte de en degollar romanos.

—Sorpréndeme.

—Soy tan buena en el lecho como en la guerra.

Maiôsara torció el gesto. Aquello le parecía traspasar los límites del amor propio.

—¿Serías capaz de llegar a eso? Quizá sea lo más fácil, pero a la vez lo más difícil...

—Como te dije antes, haré lo que haga falta. ¿Crees que podría llegar a convertirme en la amante de uno de esos magistrados?

—De Cato, ni lo sueñes. Apuesto a que, si te desnudas delante de él, se pone tu vestido antes de que te dé tiempo a abrir las piernas.

—¿Y el otro?

—Lucio Renato no se complicará la vida con una mujer. Si vieras a su esposa... Es una joven hermosísima.

—Eso no me impresiona —repuso Lidia—. Pero hay otro factor que debemos tener en cuenta: ¿crees que los magistrados podrían hacerme llegar hasta Marco Aurelio?

—No lo sé —confesó Maiôsara—. Puede que ni lo conozcan.

—¿Conoces a algún militar importante?

—Apenas a un par de *vigiles* a los que le daría reparo hablar con los centinelas del palacio de Marco Aurelio. Necesitamos a alguien más importante... ¡Espera! —A Maiôsara le vino a la mente un nombre—. Ludovico Corocotta, el dueño de El Faro del Norte. Uno de nuestros espías me dijo que allí se trafica con información y que el tipo es de fiar. Podemos preguntarle si sabe de alguien que pueda servirnos.

Lidia arrugó la nariz. El plan le parecía peligroso.

—No me gusta la idea de implicar a terceros, podríamos comprometer la misión.

—Ludovico guardará el secreto si le untamos bien, y antes dijiste que tenías dinero. En cuanto nos conozca, se dará cuenta de que si nos traiciona le sacaremos los cojones por la boca.

—Ni te imaginas lo que me relajaría hacerlo —bromeó Lidia, con los ojos en blanco.

Las sármatas se echaron a reír. Aunque se conocían desde hacía mucho, nunca habían mantenido una relación estrecha entre ellas. Ni siquiera compartieron una misión juntas. Cuando la risa de Maiôsara se calmó para transformarse en sonrisa, esta cogió con suavidad la mano de Lidia, dedicándole una mirada que la espía interpretó como maternal.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Tamu... Lidia?

—Tú dirás.

—¿Me prometes que tu respuesta será sincera?

—No me gusta prometer nada. Y no siempre cumplo mis promesas.

La mano de Maiôsara apretó un poco más la de Lidia.

—¿Te gusta tu misión?

—Es una misión más.

—Lo que quiero decir es... ¿estás de acuerdo con el mensaje de paz de Banadaspo a Marco Aurelio?

La boca de Lidia no respondió. El centelleo de odio que se reflejó durante un instante en sus pupilas, sí. Maiôsara dio un último apretón a Lidia, le soltó la mano y se puso de pie.

—Ya me has contestado, y tu respuesta coincide con la mía. Ponte guapa, viuda, vamos a tomarnos una copa a la mejor taberna de la ciudad.

13

El sonido de una trompeta de guerra espantó a los pájaros.

La batalla tendría lugar en una pradera extensa, después de un amanecer gris que presagiaba lluvia. Las botas de los legionarios sentían el barro que el rocío había formado bajo la hierba. En el centro, una *vexillatio* compuesta de dos mil infantes formados en veinticinco centurias. A su izquierda, ciento treinta y dos jinetes controlaban a sus caballos, nerviosos ante el combate inminente. Entre estos y los legionarios, ochenta arqueros con sus armas a medio tensar aguardaban la orden de disparo.

En las centurias se oía el aliento agitado de hombres conscientes de que podían morir en la siguiente hora. Soldados que sudaban a pesar del frío, hombro con hombro, filas separadas por escudos. Pilos y *gladius* listos para teñirse de rojo.

Los silbatos ordenaron avanzar.

Marco Aurelio contempló el despliegue desde lo alto de una colina, al frente de la otra mitad de la Segunda Legión, acompañado por Tiberio Claudio Pompeyano y su prefecto de la Guardia Pretoriana, Macrinio Vindex. Publio Helvio Pertinax encabezaba el escuadrón de caballería, a la vez que impartía órdenes que corrían a toda velocidad por el campo de batalla. Al senador y general le gustaba estar en primera línea de combate. Lo llevaba en la sangre.

Frente a la formación romana, a dos estadios de distancia, al abrigo de una arboleda, novecientos naristios golpeaban sus escudos con espadas y hachas, produciendo un ruido atronador. Se habían agrupado en tres filas de trescientos hombres cada una. Los que no llevaban casco lucían el típico nudo suevo en la cabellera. Según sus costumbres, aquel nudo les hacía parecer más fieros. Un escuadrón de caballería, compuesto por un centenar de arqueros a caballo, aguardaba la orden para atacar a la legión. Esta continuaba avanzando a su encuentro paso a paso, sin prisa.

La caballería de Pertinax se mantenía a la izquierda de la formación romana, seguida por los auxiliares arqueros. Ambas unidades avanzaban con lentitud, a la espera de que algún jefe naristio se pusiera lo bastante nervioso para precipitar un ataque poco coordinado. Cuando ambas fuerzas se encontraban a poco más de un estadio de distancia, el general gritó una orden.

—¡Táctica de Cannas!

Las cuatro cohortes centrales se desplazaron de forma lateral, de manera que quedaron una junta a otra y de este modo dejaron debilitado a propósito el centro de la formación. Pertinax sabía que esa maniobra de provocación tenía muchas posibilidades de desencadenar un ataque enemigo.

No se equivocó.

Los naristios cargaron.

—¡Arqueros! —gritó Pertinax.

Los *sagitarii* tensaron los arcos y los elevaron al cielo, aguardando la orden de disparo. Los jinetes bárbaros precedieron a la infantería, que corría a toda velocidad al encuentro de la legión, aullando como posesos. La caballería germana se desvió para trotar en paralelo a las primeras líneas de las cohortes centrales. Pertinax se esperaba la maniobra: los bárbaros no iban a suicidarse cargando contra los escudos. Su objetivo era ponerse a tiro de flecha y disparar contra la formación.

Una vez más, el sonido de un silbato lanzó una orden.

Testudo.

Los escudos de la primera línea y de las filas exteriores se clavaron en el suelo, rodeando por completo a los legionarios; los que quedaban dentro de ese perímetro colocaron los suyos por encima de la cabeza. Las lanzas pesadas brotaron entre los escudos exteriores y formaron así un gigantesco puercoespín para mantener alejada a la caballería enemiga.

—¡Ahora! —gritó Pertinax.

Pareció que el general daba la orden a ambos ejércitos. Dos nubes de flechas se cruzaron en el aire. La procedente de los arqueros romanos apenas abatió a tres jinetes enemigos; la mayor parte de la de

los naristios se clavó o rebotó en los escudos alzados. Solo uno de los proyectiles atravesó el pie de un legionario que no había sido lo bastante prudente para protegerse de forma correcta. El herido fue reemplazado al instante por un hombre ileso.

Los jinetes naristios pasaron frente a las cohortes del ala derecha, tensaron de nuevo sus arcos y lanzaron otra andanada de flechas tan inútil como la anterior. La formación de tortuga convertía a los legionarios en un objetivo invulnerable.

Pertinax ordenó cargar a la caballería. Liderando el ataque, sus jinetes pasaron al galope por la retaguardia de la infantería enemiga. Las espadas abatieron a los guerreros más rezagados; otros fueron empalados por las lanzas. Los naristios, sorprendidos por el fugaz ataque por detrás, trataban de esquivar los golpes como podían, debilitando la fuerza principal de ataque.

Pero el objetivo de la caballería romana no era la retaguardia de la infantería. Tras esa pasada —que tuvo más efecto desmoralizador que real—, Pertinax siguió su camino hacia los arqueros a caballo.

Mientras tanto, la primera línea de los bárbaros estaba a punto de impactar contra las cohortes centrales.

—¡Aguantad! —ordenaron los centuriones bajo el techo de escudos.

Los legionarios clavaron pies en tierra, se apoyaron los unos en los otros y los pilos escondieron las puntas dentro de la tortuga. Los naristios aullaban a pleno pulmón, tratando de intimidar a los defensores. No todos vestían armaduras: muchos iban cubiertos con pieles, y otros iban medio desnudos, como si el frío del incipiente invierno no les afectara. Lo cierto es que estaban medio acabados. Llevaban varios días huyendo de los romanos, y estos los habían acorralado cuando se encontraban al borde del agotamiento.

Las cohortes del centro se prepararon para la embestida.

Entretanto, los jinetes naristios trataban de reagruparse al tiempo que la caballería de Pertinax galopaba hacia ellos en formación de punta de flecha. Los germanos, sabedores de su inferioridad numérica y su mala posición, dieron media vuelta y se dirigieron a la arboleda. Pero cometieron un error.

Pasar demasiado cerca de las formaciones romanas.

Como si una sola mente los controlara, los escudos de las cohortes del ala derecha se abrieron a la vez.

Los pilos volaron hacia los jinetes. Varios caballos cayeron heridos o muertos, provocando que los que iban detrás tropezaran con ellos. Los naristios espolearon sus monturas, agacharon la postura para galopar lo más rápido posible y esquivaron como pudieron las lanzas voladoras y a sus compañeros caídos. Pertinax vio cómo la caballería enemiga se dispersaba, abriéndose en arco para dificultar su persecución. El general sonrió.

Huían en desbandada.

Pertinax decidió perseguirlos un poco más, para terminar de dispersarlos del todo y dejar que la infantería acabara su trabajo.

En el centro de la formación romana, los bárbaros chocaron con las cohortes en formación de testudo. Los naristios golpeaban los escudos con todas sus fuerzas, pero estos resistían. Los pilos se asomaban cuando los escudos se abrían, herían al enemigo y volvían a ocultarse, solo para volver a brotar de aquel caparazón hecho de madera, cobre y cuero para repetir la maniobra. Los guerreros más furiosos se encaramaban sobre la formación, solo para resultar heridos por las espadas que surgían entre las rendijas que dejaban las defensas. Bajo estos, los legionarios recibían la llovizna de sangre como un buen presagio. A veces, estas aperturas permitían al enemigo introducir su hoja y herir a un legionario, pero estos aguantaban hasta ser reemplazados por otro hombre ileso, deseoso de verter sangre germana.

Las cohortes que flanqueaban a los naristios comenzaron a cerrarse sobre ellos. Antes de que pudieran darse cuenta, los bárbaros estaban rodeados por un círculo de pilos. Algunos empezaron a soltar las armas y a mostrar sus manos desnudas, pidiendo clemencia mientras se arrodillaban. Los legionarios aceptaban su rendición. No lo hacían por piedad, sino por conveniencia.

A pesar de considerarlos unos salvajes a medio domesticar, el Imperio los necesitaba como nuevos ciudadanos romanos.

Antes de que las cohortes cerraran por completo su cerco mortal

sobre ellos, los seiscientos cincuenta y tres naristios que aún respiraban habían arrojado las armas al suelo y se habían rendido ante Roma.

Todo iba bien hasta ahora.

Demasiado bien.

Y cuando las cosas van demasiado bien, hay que tener prudencia.

Dos horas más tarde, en la tienda de Marco Aurelio, los generales celebraban la victoria. Pertinax y Tiberio estaban exultantes y sedientos, por no decir borrachos, sobre todo el primero, que no paraba de fanfarronear a voces, soltar risotadas y rememorar los detalles de su triunfo. Marco Aurelio, sentado junto a Eudor de Atenas y el prefecto de la Guardia Pretoriana, Macrinio Vindex, comía pasas y nueces. Era raro que el emperador bebiera, y en las raras ocasiones en las que lo hacía, se mostraba moderado con el vino.

—Por ahora no nos puede ir mejor —celebró Tiberio, alzando la copa de cobre hacia Pertinax y luego hacia Marco Aurelio, que le correspondió con un leve cabeceo de aprobación—. ¡Por Júpiter! —exclamó—. Esos naristios se han rendido ante nosotros tres veces.

—No debemos confiarnos —le recordó Marco Aurelio—. Hasta ahora, solo hemos encontrado grupos dispersos. Desconocemos si han formado un ejército en el interior y nos esperan para emboscarnos.

—Nuestros exploradores no nos fallarán —apostó Pertinax, inspirado por el vino más que por la certeza—. Hemos sufrido pocas bajas durante esta expedición. Estos imbéciles están decepcionados y hechos trizas, y se les escapa la moral por los agujeros de las botas. Luchan lo justo para no sentirse unos cobardes y se rinden ante nosotros con alegría contenida, culpando a Bellomarius de su desgracia. —El general se dirigió al emperador—. Marco, has demostrado una vez más sabiduría, al cambiar de opinión y permitir vivir a esos bárbaros. En cuanto les ofreces perdón, paz y tierras, se vuelven más romanos que nosotros.

—Eso no es nuevo, solo hay que mirar nuestras legiones, Pertinax —rio Marco Aurelio—. ¿Cuántos de tus legionarios son romanos de

verdad?

Pertinax no tuvo más remedio que darle la razón.

—La verdad es que muy pocos: hispanos, britanos, galos, germanos...

Tiberio los miró, sin dar crédito a lo que oía.

—No me digáis que os habéis olvidado de que soy sirio...

La tienda imperial estalló en carcajadas. Tiberio era un claro ejemplo de cómo cualquier ciudadano al amparo de Roma podía ser tan romano como el que lo era de nacimiento. No solo era sirio, también nació pobre. Y a los cuarenta y dos años, un sirio pobre consiguió ser legado de Panonia Inferior y yerno del emperador.

—¿Veis? —rio Marco Aurelio—. Puede que el próximo emperador de Roma esté entre esos bárbaros que hemos vencido hoy...

Eudor intervino.

—Me pregunto dónde estará Bellomarius. Huevos para ser emperador no le faltarían.

—Demasiado insensato —apuntó Vindex—. Hay que ser muy estúpido y muy osado para llamar a las puertas de Aquilea. Me gustaría echármelo a la cara.

—Nadie conoce el aspecto de ese cabrón —dijo Pertinax, repantigándose sobre el respaldo de cuero de una de las sillas curul que había en la tienda—, podría estar en cualquier parte. Tal vez esté muerto, o puede que se haya refugiado en su territorio, al norte. Imposible saberlo.

Vindex se dirigió a Marco Aurelio.

—Emperador, ¿puedo pedirte un favor?

—Eres mi prefecto y te quiero como a un hijo, por supuesto que sí.

—¿Podría cabalgar con mis cohortes junto a Pertinax en la próxima batalla? —El rostro de Vindex se iluminó como si tuviera el sol en su interior—. Nada me haría más feliz que luchar al lado del más grande y valeroso de los legados del Imperio.

Pertinax se levantó, abrió los brazos de par en par y caminó hacia Vindex con paso tambaleante. Abrazó al joven pretoriano por el cuello y lo sacudió de un lado a otro, en un alarde de exaltación de la amistad que casi acaba con sus cervicales.

—Te juro que nada me gustaría más que decapitar bárbaros contigo, mi joven león. —La mirada ebria de Pertinax se posó en Marco Aurelio—. ¿Y tú qué dices, césar? ¿Vas a dejar que este jabato haga lo que tiene que hacer un soldado o lo vas a mantener pegado a tus faldas, como a Jano Convector?

A pesar de que le dolió, Marco Aurelio recibió la puya sin mostrar ninguna emoción. Como buen estoico, la asimiló y la disolvió en su interior. A veces, muy pocas veces, se había dejado llevar por las emociones y el resultado había sido pésimo y las consecuencias, terribles. Sopesó los pros y los contras de arriesgar la vida de su querido Macrinio Vindex. El joven ya había sufrido heridas serias durante la guerra contra los partos, debido a que su furia lo inducía a cometer errores en el combate cuerpo a cuerpo. De todos modos, aquella campaña, por ahora, no resultaba demasiado difícil.

Aunque el comentario de Pertinax fue hiriente, Marco Aurelio se dijo que no le faltaba razón. Él mismo había escrito, en sus meditaciones, que aprendió de Catulo que no debía dar poca importancia a la queja de un amigo, aunque fuera infundada. El emperador reconoció que no cumplía este principio con Jano. El general se había convertido en alguien taciturno y reservado por su culpa. Pero Marco Aurelio lo necesitaba a su lado, o en el lugar donde el propio emperador querría estar y no podía. De forma egoísta, Marco Aurelio no se atrevía a prescindir de Convector.

El emperador contempló el brillo entusiasta del rostro desfigurado de Vindex. Era joven, valiente, y puede que ya hubiera aprendido de sus errores, así que decidió aplicar la sabia enseñanza de Catulo.

—Mi querido Vindex, si tu deseo es acompañar al loco de Pertinax en la próxima batalla, que así sea —concedió.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Vindex. Se cuadró ante Marco Aurelio y se golpeó el pecho con el puño, para después extender la mano derecha hacia él.

—Muchas gracias, césar. Te serviré todavía mejor en el frente que como escolta.

Marco Aurelio se levantó y posó su mano en el hombro del prefecto. De repente, recordó algo.

—Casi se me olvida. Tengo una gran noticia que daros —dijo—. Lo había reservado como una sorpresa, pero no voy a seguir guardándomela: he mandado una escolta de mis pretorianos a Vindobona. Van a recoger a Arnufis, a quien mandé traer desde Roma. Sus artes ocultas serán de gran ayuda en nuestra batalla contra los bárbaros.

Eudor frunció el ceño. Hasta el último músculo de su rostro pareció entrar en cólera.

—¡No puedo creer que hayas mandado llamar a ese farsante! —exclamó. El emperador obsequió al médico con una sonrisa burlona; conocía la aversión que su viejo profesor profesaba hacia Arnufis—. En serio, Marco Aurelio, no me explico cómo un hombre tan sabio y cabal como tú puede confiar en las mentiras de ese charlatán egipcio.

—Mi querido Eudor, si Arnufis es un charlatán, ¿qué más te da que nos apoye en la batalla? —Marco Aurelio disfrutaba al ver Eudor fuera de sus casillas—. Lo peor que puede pasar es que sus sortilegios y hechizos sean vanos, pero su presencia inspira a las tropas y les infunde valor.

—Tonterías.

—Pero ¿qué te pasa, Eudor? ¿Acaso no crees en los dioses? —le pinchó Pertinax.

—Claro que creo en los dioses —se defendió—, pero no en ese falsario de Arnufis.

Marco Aurelio tenía que morderse los carrillos por dentro para no estallar en carcajadas. Tiberio, que se lo pasaba en grande al ver al griego en ebullición, aportó su granito de arena para aumentar su enfado.

—Oí que Arnufis desató una tormenta de fuego sobre las tropas de Bellomarius durante el asedio a Aquilea. Marco, es una gran noticia saber que contaremos con su magia.

Eudor estalló.

—Una tormenta de mentiras, eso es lo que desató —exclamó, poniéndose de pie—. Puedes hacer lo que quieras, Marco Aurelio, eres el emperador. Pero me indigna comprobar que después de todo lo que te he enseñado y de todo lo que has leído, aún te dejes embaucar por

los engaños de un impostor como Arnufis. —Se dirigió a la salida, echando humo por las orejas—. Estaré en mi tienda.

Transcurridos unos segundos de su desaparición, todos se echaron a reír menos Vindex. Este seguía con la mirada perdida en la puerta por la que acababa de salir Eudor. Era poco habitual ver a Marco Aurelio reírse tanto. Lo normal en él era no mostrar algo más que una leve sonrisa bondadosa, pacífica y sabia.

—Cómo te gusta hacer rabiar al viejo Eudor —le recriminó Pertinax al emperador, en tono de broma—. Sabes dónde clavar la aguja: es nombrar a Arnufis y le entran los siete males, como dicen los cristianos.

Tiberio trató de ponerse serio.

—¿De verdad hiciste llamar a Arnufis desde Roma, Marco?

—Qué va —respondió el emperador—. Arnufis se enteró en Vindobona de que yo estaba en el norte con las legiones y aprovechó una caravana de suministros para viajar hasta aquí. Sé que viene de camino por uno de nuestros correos.

—Que tiemblen los bárbaros —canturreó Pertinax, levantándose de la silla para rellenar su copa de vino—. Con Arnufis a nuestro lado, la victoria está asegurada —bromeó.

Macrinio Vindex, que había estado muy atento a la conversación, intervino.

—Pero, césar, ¿es verdad que ese tal Arnufis tiene poderes?

Marco Aurelio, Tiberio y Pertinax se echaron a reír de nuevo.

—Claro que no, mi joven Vindex —dijo el emperador—. Arnufis es un tipo peculiar, que me entretiene con sus historias y anécdotas, nada más. Es buen conversador, incluso puedes aprender algo de él, siempre y cuando no te lo creas todo.

—Pero es mago, ¿no? —preguntó Vindex.

—Eso dice él —respondió Marco Aurelio.

—A mí lo que más gracia me hace son los rabos que se pinta en los ojos —rezongó Pertinax—. Y sus rituales son todo un espectáculo... cómico.

Tiberio se asomó al exterior de la tienda. Los dos centinelas se cuadraron al ver su cabeza; él los mandó descansar y regresó al

interior.

—No hay luz en la tienda de Eudor —informó—. Seguro que el viejo anda por ahí furioso, pateando piedras.

—Luego iré a decirle que estaba de broma —dijo Marco Aurelio—. La verdad es que ver a Eudor encendido como una tea me divierte horrores.

—Y pensar que ahí fuera te ven como a un sabio... —se burló Pertinax.

Marco Aurelio asintió y guardó silencio unos segundos.

—Un sabio que es sabio porque sabe que no lo es —reconoció.

Vindex se sentó en un rincón, pensativo. Aunque no lo hubiera manifestado en voz alta, sentía curiosidad por ese tal Arnufis. Pensó que tal vez le haría una visita cuando llegara al campamento.

Las puertas de Carnuntum estaban tranquilas. La mayor parte de las legiones habían partido hacia sus destinos, más allá del *limes*; muchos de los barcos atracados en los muelles del Danubio también habían zarpado, y por el puente de barcas que unía las dos orillas cada vez transitaba menos gente. Quienes tenían que llegar a Carnuntum, ya habían llegado, y quienes tenían que marcharse de la ciudad ya lo habían hecho.

Diciembre tocaba a la puerta, trayendo el frío, la nieve y la dureza del invierno. Esa mañana, dos jinetes llegaron al trote desde el sur. Ambos vestían viejas piezas de armadura que parecían saqueadas de varios campos de batalla distintos, capas de piel de lobo que les daban aspecto de bárbaros y tanto polvo y barro en sus atuendos y monturas que harían pensar a cualquiera que se habían rebozado en una porqueriza.

Uno de los jinetes se identificó en el control de entrada.

—Soy el decurión Kaelo Servio, de las tropas auxiliares de caballería. Él es Gayo Mamerco. Venimos de Intercisa con información confidencial para el emperador. Es muy importante —apostilló.

—El emperador no está —informó el centurión a cargo de la puerta —. Partió hacia Marcomania hace semanas.

—¿Quién está al mando?

—El legado Jano Convector. ¿Sabes llegar a palacio?

—Me las apañaré —respondió, y espoleó su caballo.

Kaelo y Gayo cabalgaron por el cardo máximo hasta el foro, donde preguntaron por la residencia imperial. Tras un par de indicaciones acertadas, no les costó encontrarlo. En cuanto llegaron a las puertas del recinto, descabalgaron para identificarse ante la Guardia Pretoriana.

Poco después, subieron al mismo despacho que había ocupado Marco Aurelio durante su estancia en Carnuntum, acompañados por dos guardias. Uno de ellos llamó a la puerta.

—Adelante —contestó Jano.

—Ave, legado —saludó el pretoriano—. El decurión Kaelo Servio solicita hablar contigo.

Jano levantó la vista de los documentos que revisaba y se enfrentó al saludo marcial de los recién llegados. Parecían venir de la guerra. El general despachó a los guardias, cerró la puerta y se quedó a solas con los auxiliares.

—Hablad —les dijo.

—Traemos noticias del *limes*, general —informó Kaelo—, y no son buenas.

14

Después de reunirse con Ludovico Corocotta, Lidia sabía qué hacer.

Y no iba a ser fácil.

El propietario de El Faro del Norte las había recibido, a ella y a Maiôsara, en un despacho sombrío, en los sótanos del mesón. La estancia parecía el templo de un dios oscuro, con muchas velas encendidas y tenebrosa al mismo tiempo. Era como si Ludovico se hubiera tomado la molestia de crear una atmósfera opresiva colocando las lámparas en los rincones más recónditos y en las hornacinas más alejadas de la mesa en la que apoyaba los codos, con la expresión de alguien que presta atención infinita a sus invitados.

En cuanto las mujeres le preguntaron si conocían a alguien capaz de hacer llegar un mensaje al emperador, a Ludovico se le iluminaron los ojos. Le sorprendió descubrir lo pronto que iba a rentabilizar la información obtenida por Nilda, a la que hizo participar en la reunión con las sármatas.

El trato fue rápido, eficaz e innegociable.

Ni Ludovico ni Nilda hicieron preguntas sobre el mensaje. Les daba igual. Eran profesionales. Información a cambio de dinero.

El dueño de El Faro del Norte calculó el precio en un instante. No demasiado barato, para que fuera rentable. No demasiado caro, para que no dudaran en regresar si volvían a necesitar sus servicios.

Había que cuidar a la clientela.

El trato se cerró por ochocientos sestercios para Ludovico; doscientos cincuenta para Nilda, como gratificación.

Media hora después, Lidia y Maiôsara abandonaron el sótano con un arsenal de información sobre Jano Convector. Quince minutos más tarde, ambas estaban de regreso en la cocina de Lidia, haciendo un resumen de los datos obtenidos tras la entrevista.

Jano Convector, legado de la Decimocuarta Legión Gémina, mano derecha de Marco Aurelio. Máxima autoridad en Carnuntum durante

la ausencia del emperador. Soltero, fuerte, serio y con mal carácter hasta la segunda copa. Apodado el Puño del Emperador. Nilda aseguró que el vino le soltaba la lengua y los demonios.

Falto de cariño y buen amante. Nilda dibujó una sonrisa lasciva en su hermoso rostro cuando realizó este apunte. «Lo pasaríais bien con él», añadió.

También relató cómo Marco Aurelio le ordenó asesinar a los sospechosos del envenenamiento de Lucio Vero. «Por la forma en la que lo narró, todo apunta a que eran inocentes», apostó Nilda.

La prostituta afirmó que los remordimientos le comían por dentro.

Lidia y Maiôsara lo interpretaron como una grieta en la coraza.

Por último, Ludovico Corocotta les hizo una recomendación al despedirse: «Tened cuidado con él, señoras... tiene la mirada de alguien capaz de cualquier cosa cuando se enoja».

—Al parecer, ya tienes tu objetivo —dijo Maiôsara después de recapitular todo lo hablado en el sótano de El Faro del Norte—, y aparenta ser un hueso duro de roer. ¿Cómo piensas acercarte a él?

—Tengo tiempo para pensar una estrategia —reflexionó Lidia—. El emperador tardará en regresar, así que podré observarle. Me toca hacer el trabajo que más odio: vigilar durante horas y horas.

—Espero que Jano Convector salga a la calle. Como sea de esos oficiales que se pasan el día con el culo pegado a la silla acabarás ahorcándote con esa cuerda que llevas de cinturón. ¿No te podías haber comprado un cinturón normal y corriente?

—Ya sabes por qué llevo esa cuerda —dijo Lidia, alzando una ceja.

—Lo difícil será llamar su atención. No es cuestión de tropezarte con él, abrir mucho los ojos y exclamar: «¡Oh, eres el hombre de mi vida! ¡Fóllame y entrega este mensaje a tu emperador!».

—Puede que funcionara —bromeó Lidia—. Ya se me ocurrirá algo, y será algo bueno, no lo dudes.

La espía se levantó y se asomó a la ventana. Desde ella contempló los tejados a dos aguas que coronaban la mayoría de las casas de Carnuntum. Abajo, en la calle, la luz de antorchas y braseros rasgaban las tinieblas de la noche. De repente, junto a uno de los fuegos, reconoció una figura negra que se veía pequeña desde el tercer piso.

Lidia habría jurado que la miraba.

Supo que no se equivocaba cuando oyó dos ladridos.

—Por el *kurgan* de mi bisabuelo —exclamó, echándose a reír—. Espérame un momento, ahora vuelvo.

—¿Adónde vas a estas horas? —preguntó Maiôsara, extrañada, al ver que Lidia cogía de la despensa un par de trozos de carne seca y llenaba un cuenco con agua.

—Acabo de ver a un amigo. Solo será un momento.

Jano Convector se dirigió al cuerpo de guardia de la puerta principal de Carnuntum. El tribuno pretoriano Marco Bassaeo Rufo le acompañaba. Detrás de ellos, varios guardias trataban de seguirles el paso casi a la carrera.

Al entrar en el barracón anejo a la muralla de piedra, hasta el último de los guardias se puso en pie de un brinco y se cuadró. El centurión de guardia dejó a su *optio* en la puerta y saludó a los mandos recién llegados.

—Ave, legado. A tus órdenes.

Jano fue al grano.

—El tribuno Rufo me ha informado de la muerte de un centurión en el barrio de las tabernas, hace unos días —dijo—. ¿Dónde está el cadáver?

—Lo enterraron ayer en el cementerio a las afueras de la ciudad, general. Con honores militares —añadió—. Ahora descansa en paz, bajo su *estela*.

—¿Cómo murió?

—Fue degollado, general... pero también le hicieron algo horrible.

La mirada de Jano le taladró los ojos.

—¿Qué le hicieron?

—Le cortaron... le amputaron el miembro, señor.

Rufo dio un paso al frente y se encaró con el oficial.

—¿Por qué no se me informó de ese detalle?

—No lo sé —titubeó el centurión—. Yo no estaba de guardia ese día, solo sé lo que he oído por aquí. Le encontraron con la garganta

abierta y el calzón bajado... y le faltaba el falo, que no apareció por ningún lado.

—¿Algún testigo? —preguntó Jano.

—Según tengo entendido, no había nadie en el callejón cuando se cometió el asesinato —dijo el centurión—. La guardia preguntó en las tabernas cercanas, pero no consiguió sacar nada en claro.

Jano Convector le hizo una seña a Rufo y ambos salieron del barracón de la guardia. Se alejaron por el cardo máximo hasta estar lo bastante lejos para que nadie más pudiera oírlos.

—¿Crees que podría ser ella? —preguntó Jano.

—Por ahora no tenemos ninguna prueba, general —advirtió Rufo, que intuía que Jano trataba de relacionar el crimen del centurión con la información recibida de los auxiliares de Intercisa—. Podría haber sido cualquiera...

—Este asesinato me resulta extraño. ¿Qué hacía el centurión con el calzón a medio bajar?

—Pues no lo sé. ¿Mear?

—¿Mear, en mitad del callejón? —El legado siguió dándole vueltas a lo poco que sabía del asesinato—. ¿Y lo de la polla? ¿Tú le cortarías la polla a alguien antes o después de matarlo?

—La verdad es que he matado a unos cuantos, y nunca me ha dado por cortarles la polla —reconoció el tribuno, algo irritado.

—Cuando Kaelo me habló de los métodos de esa tal Tamura, me vino a la mente el asesinato del centurión. ¿Y si esa mujer lo sedujo para mutilarlo cuando más vulnerable se encontraba?

—Todo esto me parece muy extraño, pero insisto: no hay pruebas.

—Kaelo afirma que a Tamura le gusta sembrar el terror, y nada causa más terror que la crueldad extrema, gratuita, al azar... Algo que dé la sensación de que podría tocarle a cualquiera y que provoque que nadie se sienta seguro.

—Las tabernas siguen llenas —objetó Rufo—, no creo que el asesinato de ese centurión haya causado terror. Mucha gente los odia por sistema. De todas formas, general, ¿no crees que te estás precipitando? No tenemos pruebas suficientes para relacionar a esa asesina sármata con este crimen.

Jano se esforzó en pensar con calma. Rufo tenía razón. Recordó la masacre de Altinum, resultado funesto de un berrinche de alguien con poder. Y Jano tenía poder para evitar un error que podría acabar en desastre.

Lo cierto era que la información que Kaelo Servio había traído sobre esa tal Tamura había encendido todas las almenaras de alerta de su mente.

Tamura, el Fantasma Sármata. El verdugo de la Quinta Legión.

—Te haré caso y no sacaré conclusiones hasta tener pruebas —aceptó Jano—. Volvamos dentro.

Regresaron al cuerpo de guardia. Los soldados volvieron a cuadrarse y el centurión volvió a saludar.

—Localiza a los que se hicieron cargo del cuerpo del centurión y envíamelos a palacio —ordenó Jano—. Corre la voz entre los civiles de que Jano Convector ofrece la cantidad de cien denarios de plata a cualquiera que le proporcione información veraz y útil del asesinato. Que tus hombres interroguen a todo aquel que estuviera la noche del crimen en el barrio.

—A tus órdenes, general.

Jano dejó al centurión impartiendo instrucciones nerviosas entre su guardia. Una vez fuera del barracón, el legado se dirigió a Rufo.

—Pásate con tus hombres por el barrio de las tabernas, a ver qué averiguáis. Me fío más de vosotros que de estos *vigiles*. En cualquier otra ciudad se dedicarían a apagar fuegos, no a mantener el orden.

—Haré lo que pueda, general —prometió Rufo—. ¿Vas a palacio?

—Voy a poner a los magistrados al tanto de los últimos acontecimientos. Si esa Tamura está en la ciudad, tienen que saberlo.

Marco Bassaeo Rufo no lo tenía tan claro. A pesar de provenir de un ambiente rural y poco cultivado, el tribuno veía que el legado estaba llegando a conclusiones precipitadas. Y las conclusiones precipitadas nunca traían nada bueno.

—¿Y si están equivocados, general? Esos auxiliares basan su informe en un par de ataques a patrullas al otro lado del *limes*. Cualquier tribu podría haberlos emboscado, no una mujer, en solitario.

—La mayoría de los auxiliares de Intercisa son dacios, pero también hay algunos sármatas entre ellos, y estos juran que los ataques llevan la firma de esa tal Tamura.

—No creo que una mujer sola sea capaz de crear tanto caos.

Jano no daba su brazo a torcer.

—Kaelo Servio asegura que la firma del asesino que degolló a cuarenta legionarios de la Quinta es la misma que aparece en el lugar de las emboscadas: espadas clavadas en montículos de tierra y flechas con tres líneas pintadas de rojo.

—¿Se encontró algo semejante en el callejón donde asesinaron al centurión?

A Jano le descolocó la pregunta de Rufo.

—No lo sé. Los únicos que podrían confirmarlo son los posibles testigos del crimen. Podríamos volver al cuerpo de guardia para que el centurión pregunte a los que interrogue.

—Mejor no, general —objetó Rufo, prudente—. Si mencionamos esos símbolos antes de los interrogatorios, todos jurarán por su padre y por su madre que los vieron, si eso les vale para ganar cien denarios.

—Tienes razón —reconoció Jano—, mejor no decir nada. Me voy a informar a los magistrados.

—Y yo a recorrer tabernas. Nos vemos en palacio, general.

Un *vigil* condujo a Jano hasta la residencia de Lucio Renato, donde los magistrados despachaban los asuntos municipales. Recorrieron la mayor parte del camino por el cardo máximo, hasta que algo al final de la vía llamó la atención del legado. Era la primera vez que paseaba por allí a la luz del día. Lo había hecho de noche, la vez que visitó El Faro del Norte, y era evidente que la oscuridad había ocultado aquella mole de su vista.

—General, es por esta calle...

—Lo sé, lo sé. —El legado señaló la majestuosa construcción que se elevaba al final de la calle—. ¿Cómo es que no he visto eso antes? —se preguntó en voz alta.

Frente a él, cerrando la vía principal, se alzaba un descomunal

anfiteatro construido en piedra y madera. Sus muros se elevaban unos treinta y cinco pies del suelo. Sus puertas, formadas por arcadas de medio punto, estaban adornadas en sus laterales por estatuas de piedra blanca que representaban dioses y héroes de leyenda. Los mástiles de madera que sostenían los *velarios* despuntaban de la estructura como lanzas en un formidable campo de batalla. Jano calculó que sus gradas podrían albergar a más de diez mil personas.

—Nada que envidiar a los de Roma, ¿verdad, señor? —oyó que decía el legionario a su espalda, orgulloso. Por su acento y altura, seguro que provenía de alguna tribu germánica—. Nunca he estado en la capital, pero a todo aquel que visita Carnuntum y lo descubre, lo impresiona.

—Y que lo digas... Es magnífico.

El guardia señaló otro edificio próximo, un recinto amurallado que quedaba empequeñecido por la grandiosidad del anfiteatro.

—Ese es el *ludus*, general. Los miércoles por la tarde, la escuela de gladiadores abre al público y se pueden presenciar los entrenamientos gratis. De ese modo, la gente se familiariza con los gladiadores y toma partido por su favorito cuando se celebran los juegos de verdad.

—Lo tendré en cuenta —dijo Jano, agradecido—. Sigamos.

El legado se reunió con Lucio Renato y Cato Merino en la residencia particular del primero. Lo hicieron en la misma sala donde los magistrados recibían a los ciudadanos para escuchar sus peticiones. Lucio despidió a los guardias, cerró la puerta por dentro y se quedó a solas con el general y con Cato. Jano no se anduvo con rodeos.

—Traigo noticias del sureste, de Intercisa. Noticias de una amenaza que podría llegar hasta Carnuntum.

Cato se envaró.

—¿Un peligro? —La voz del magistrado le resultó estridente y algo desagradable a Jano—. ¿Acaso los bárbaros amenazan con atacar la ciudad?

—No se trata de eso. ¿Habéis oído hablar del Fantasma Sármata?

Lucio y Cato entrecruzaron miradas interrogativas. Ninguno de los dos tenía ni idea de a qué se refería Jano.

—¿Habéis oído hablar de los cuarenta degollados del castro de la Quinta Legión?

—Ahora que lo dices, algo he oído, sí —recordó Lucio—. Hace años de eso, ¿verdad?

Cato miró de reojo a su compañero. A él no le sonaba aquella historia. Jano decidió refrescarles la memoria.

—El campamento de la Quinta fue asaltado por un solo sármata que logró rebanarles el cuello a cuarenta legionarios mientras dormían. Nadie lo oyó, nadie lo vio. A la mañana siguiente, el Fantasma dejó su firma: uno de los *gladius* de sus víctimas clavado en un montículo de tierra. En las últimas semanas, un par de patrullas romanas han sido atacadas por el mismo asesino... mejor dicho, asesina.

—¿Asesina? —preguntó Cato, extrañado—. ¿Es una mujer?

—El decurión de una turma de jinetes auxiliares ha traído un mensaje para el emperador, que yo he recibido en su ausencia —comenzó a explicar Jano—. Hay indicios de que el Fantasma Sármata ha estado emboscando a nuestras patrullas en el *limes*. Esa mujer deja su firma después de cada ataque: una espada clavada en un montículo de tierra. También pinta tres líneas rojas en sus flechas. Se han encontrado ambas pruebas en los lugares donde se han producido los ataques. Su nombre es Tamura.

—¿Y qué tienen que ver esos asaltos con nosotros? —preguntó Lucio—. Intercisa queda lejos...

—Kaelo Servio, el portador del informe, afirma que uno de los sármatas yacigios bajo su mando asegura que esa tal Tamura es el brazo armado del rey Banadaspo. Y que el sueño del rey Banadaspo, desde hace mucho tiempo, es llevar el terror a Roma.

—Pues que lo lleve a Roma —dijo Cato con su voz chillona.

Jano le clavó una mirada de acero.

—Carnuntum es lo más cercano a Roma que tiene Banadaspo. Si sospecha que el emperador se aloja en la ciudad, no te quepa la menor duda de que nos convertiremos en su objetivo.

—Pero el emperador ahora mismo no está —protestó Cato, que parecía querer disolver el problema con argumentos infantiles.

—¿Y por qué no tomamos la iniciativa y atacamos a ese Banadaspo? —opinó Lucio Renato—. Tenemos desplegadas legiones de sobra para hacerlo.

—No puedo decidirlo yo —objetó Jano—. Los planes de Marco Aurelio no contemplan atacar a los sármatas, al menos por ahora. Solo el emperador podría tomar esa determinación.

El legado iba a hablarles del centurión asesinado y de la posibilidad de que fuera la primera acción de Tamura en Carnuntum, pero decidió que ya había inquietado bastante a los magistrados.

—Magistrados, no es mi intención asustaros, pero será mejor que toméis precauciones. Existe la posibilidad de que una asesina capaz de infiltrarse en uno de nuestros campamentos y degollar a cuarenta hombres llegue hasta aquí. Carnuntum, con sus callejones y recovecos, es un escenario idóneo para que campe a sus anchas. Puede que esa Tamura nunca llegue a pisar la ciudad, puede que ni siquiera exista...

—Pero tenemos que estar preparados —interrumpió Lucio—, ¿verdad?

—Tenemos que estar preparados —corroboró Jano.

15

Todas las cabezas se giraron hacia la mujer que acababa de irrumpir en El Faro del Norte. No fueron pocas, y ninguna lo hizo por su belleza. De hecho, hubo quien pensó que había entrado un rinoceronte desbocado en la sala.

La mujer daba unas zancadas tan largas y potentes que uno de sus pechos, enorme, se había salido de la túnica de lana y botaba, desnudo, a cada paso. Su cabello rizado y rojo semejaba una llamarada de ira sobre su cara encendida, a punto de deflagrar y de reducir el local a cenizas. Los puños, apretados, mostraban unos nudillos tan blancos que presagiaban tempestad.

Se paró en seco, como un dragón en busca de una presa que incinerar. La localizó al fondo de la sala, sentada a la mesa con tres parroquianos más.

La cabeza de perro sarnoso que llevaba a modo de tocado lo hacía inconfundible.

El saludo de la mujer a Ictis fue sonoro, aunque no pronunció una sola palabra.

El explorador cayó de espaldas, sorprendido por el guantazo recibido desde atrás. Sus compañeros de juego se pusieron de pie de un brinco, sobresaltados. Dos de las cuatro copas de vino que había sobre la mesa se volcaron. Lo único que no se movió fueron los dados. La mujer se dirigió a Ictis a gritos.

—¡Cabrón! ¡Hijo de puta! ¡Te has follado a mi marido!

Ictis permaneció sentado en el suelo, con la cabeza del moloso formando un ángulo imposible con la suya. Se había quedado paralizado, con la mano en la mejilla, comprobando con incredulidad el calor que irradiaba la zona afectada por la bofetada. Se dijo que las entrañas del Vesubio estarían más frescas que su oreja.

—*Domina*, me confundes con otro —juró Ictis desde su posición, protegiéndose los testículos con la otra mano, por si a la esposa

afrentada le daba por patearlos. Al hablar, lanzaba miradas a sus efímeros compañeros de juego en busca de apoyo y complicidad. Ninguno de ellos hizo el menor esfuerzo por defenderlo—. ¿Acaso parezco alguien capaz de ir sodomizando esposos respetables, como a bien seguro es el tuyo?

—Tienes pinta de haberte follado hasta esa mierda de perro que tienes en la cabeza antes de despellejarlo —gritó ella, a la vez que trataba de pisar los pies de Ictis sin éxito, ya que este esquivaba cada intento, componiendo entre los dos una suerte de baile ridículo; los tres jugadores recogieron las monedas que había sobre la mesa y abandonaron al explorador a su suerte sin siquiera despedirse.

Ictis reculó como pudo, arrastrando el trasero y evitando los pisotones, hasta que logró agarrar el pie de la mujer y lo levantó con todas sus fuerzas, haciéndola caer de espaldas. Ictis aprovechó el respiro para ponerse de pie, coger un candelabro cercano y blandirlo ante aquel espíritu vengador encarnado en forma de hembra.

—Cálmate, *domina*, y hablemos como personas civilizadas —rogó él, sin bajar el candelabro ni un momento. La cara aún le ardía—. ¿Puedo saber quién es tu esposo?

La mujer se incorporó del todo e inhaló el aire con tal fuerza que los presentes pensaron que iba a lanzar un grito que derribaría los muros de la taberna. En lugar de eso, se echó a llorar, desconsolada.

—Mi marido, hijo de puta —pronunció ella, entre hipidos entrecortados—, mi marido me pide ahora hacer conmigo lo mismo que hizo contigo...

Para sorpresa de la clientela de El Faro del Norte, Ictis no solo bajó el candelabro, sino que lo dejó en su sitio y corrió a consolar a la mujer, cuyo pecho desnudo aún se balanceaba al ritmo de sus sollozos. A esas alturas, Ludovico Corocotta ya había llegado al lugar donde se producía la extraña escena, acompañado de dos de sus hombres armados con palos. Ictis, abrazado a la mujer con expresión compungida, le hizo una seña con la mano para que se retirara.

Tenía la situación bajo control.

—Mi querida señora, no llores más, que me rompes el alma. —Ictis hablaba muy despacio, con los ojos cerrados; parecía la alegoría del

arrepentimiento—. ¿Quién es tu marido?

—Gudrun, el vidriero. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Ictis la ayudó a sentarse en una silla cercana. Él ocupó otra frente a ella. Claro que se acordaba de Gudrun.

—¿Cuál es tu nombre, mi benemérita patricia?

—Ulfrida —logró hipar.

—Recuerdo a tu marido, Ulfrida —reconoció Ictis, con voz de pésame—. Un buen hombre —apuntó—. Lo que hice no fue nada personal, ni mucho menos para hacerte daño a ti, que eres una divinidad. —Al decir esto, se atrevió a acariciar el pecho desnudo de la esposa de Gudrun—. Lo que pasó es que perdió todo el dinero a los dados, y se empeñó en seguir jugando... y mira que le aconsejé varias veces que lo dejara y se marchara a casa.

Ulfrida elevó la vista y clavó una mirada furiosa en Ictis. Este se amedrentó, pensando que de nuevo era blanco de sus iras. Respiró tranquilo en cuanto se dio cuenta de que no era así.

—¿Le dijiste a mi Gudrun que se fuera y él siguió jugando?

—Siento decir que así fue, no pude hacer nada para impedirlo. No me hizo el menor caso.

Ella apretó los dientes en una mueca feroz.

—Es como un niño. Un niño idiota. —Miró a Ictis con los ojos empañados por las lágrimas—. ¿Y por qué te follaste a un niño idiota?

—Gudrun no paraba de perder, y no le quedaba dinero —explicó, tomándose un descanso en la caricia del seno para alinear los colmillos del perro con sus cejas; una vez recolocado el tocado, siguió acariciando el pecho de Ulfrida, insistiendo en dibujar círculos con el pulgar en el pezón, cada vez más erecto—. Contrajo una deuda conmigo, ya sabes cómo funciona eso. Yo estaba caliente, tenía que follarme a alguien esa noche, así que me lo follé a él a cambio de condonarle la deuda y que esta no afectara a tu casa.

Lo contó como quien da las condolencias a un familiar. Ludovico, que observaba la escena desde un lugar apartado, no podía dar crédito a lo que estaba presenciando.

—Pero no sigamos hablando de esto aquí —propuso Ictis, levantándose a la vez que ayudaba a la mujerona a incorporarse; como

muestra de recato, le cubrió el pecho desnudo con la túnica—. Permíteme que te siga consolando en mis dependencias personales. Te compensaré por el disgusto.

Ante la estupefacción de toda la sala, tomó a la germana de la mano y desapareció por la puerta que daba al patio. Ludovico no pudo evitar verbalizar su pensamiento.

—Me lo cuentan y no me lo creo.

Dos horas después, una vez que Ulfrida abandonó El Faro del Norte tan bien follada como su esposo, Ludovico decidió que había llegado la hora de tener una conversación seria con el hombre del perro en la cabeza.

A veces, Roma trataba bien a los suyos.

Otras veces, no.

Lo cierto es que dependía mucho de quién se atribuyera el privilegio de hablar en nombre de Roma. Y en ocasiones, los romanos que enarbolaban ese nombre ni siquiera se merecían el privilegio de ser romanos.

El *optio custodiarum* Serio Lolio estaba convencido de que uno era más romano cuanto peor tratara al inferior. Nació pobre, creció mediocre y llegó a los treinta y siete años peor de lo que había crecido. Su única afición era flagelar reos cuando procedía, arrojar delincuentes a las mazmorras y olvidarse de ellos, torturarlos o presenciar ahorcamientos, decapitaciones y crucifixiones.

La vida de Serio Lolio era tan vomitiva como su aspecto físico, siempre sucio, maloliente, con el uniforme harapiento y con un eterno rascar de unas vergüenzas inflamadas por la gonorrea. Sus subordinados lo odiaban tanto como sus superiores.

Pero ese era un gran día para Serio. La suerte le había tocado con su vara, regalándole la declaración del único testigo previo al asesinato del centurión. Serio llegó a las puertas del despacho de Jano Convector a mediodía. Lo hizo conduciendo al testigo a empujones y bofetadas. Los pretorianos que se cruzaban con él en los pasillos fruncían la nariz a causa del olor a podredumbre y alcohol que

desprendía. El civil objeto de sus abusos no era otro que el cruce barbudo entre simio y caballo que molestó a Lidia la noche de su llegada a Carnuntum. El *optio* abrió la puerta del despacho de Jano sin llamar. El general percibió el hedor de Serio desde detrás de la mesa. Lo conocía de vista y de oídas, y sabía lo mal que caía al resto de la guardia. Jano también lo despreciaba, y eso que no había cruzado jamás una palabra con él. Serio empujó al ciudadano con todas sus fuerzas, haciéndolo trastabillar hasta la mesa del general.

—Legado —anunció Serio en un tono arrogante que dañaba al oído —, este engendro afirma ser el último en haber visto al centurión con vida.

Jano se puso de pie.

—¿Hacía falta traerlo a golpes? —preguntó al *optio*.

—Es un rufián, señor, un borracho putero.

—Que sea la última vez que lo tocas —advirtió el general—. ¿Cuál es tu nombre, ciudadano?

—Aicardo Lucio, *domine*.

—Es un germano, general —intervino Serio, con desprecio—. Ciudadano de segunda.

—No hay ciudadanos romanos de segunda —le corrigió Jano; su paciencia rozaba el límite—. Si vuelves a abrir la boca, te tiro por el balcón, ¿entendido?

Serio masculló algo por lo bajo y guardó silencio a regañadientes. Ya le daría una buena somanta de palos al barbudo en cuanto nadie lo viera. Lo aborrecía sin motivo alguno. Serio odiaba a todo el mundo, al igual que el mundo lo detestaba a él.

Jano se dirigió al testigo. Este mantenía la cabeza gacha, esperando, sin duda, más castigo. El legado observó un par de moratones en su cara. El *optio* le había zurrado.

—Aicardo Lucio —comenzó a decir Jano—, cuéntame todo desde el principio.

El testigo comenzó a hablar con voz queda.

—Aquella noche, iba con un amigo por el barrio de las tabernas...

—¿Nombre de tu amigo? —le interrumpió el legado.

Aicardo palideció.

—No lo recuerdo, señor, lo juro. Lo conocí esa noche...

Serio avanzó hasta colocarse detrás de Aicardo y le propinó un golpe de revés en la cabeza, haciéndolo caer de bruces sobre el escritorio.

Jano ni siquiera fue consciente de lo que hizo a continuación.

A pesar del asco que le daba, agarró a Serio por el cuello. Le propinó uno, dos, tres puñetazos en la nariz, hasta que esta se convirtió en un bulto de carne machacada de la que brotó una catarata de sangre. Las piernas del *optio* flaquearon, pero no le permitió caer. Le hundió el pulgar y el índice en los ganglios debajo de la mandíbula y lo arrastró hasta el balcón con una sola mano. Abrió las puertas y lo sacó al exterior. Sin dejar de apretarle el cuello, lo agarró de las piernas y lo hizo bascular por encima de la barandilla.

Serio cayó al patio exterior de cabeza. Unos guardias pretorianos que pasaban por allí pegaron un brinco, sobresaltados al oír el golpe. El cuerpo del *optio* quedó tirado, como el de un muñeco de trapo, con el cuello roto y la lengua asomando por su boca rodeada de llagas.

—Echadlo a los cerdos —ordenó Jano a los guardias—, pero lavadlo antes, no vayan a enfermar. —Se recompuso la coraza, se limpió la sangre de los nudillos en la capa y regresó junto a Aicardo, que temblaba como si estuviera en medio de un terremoto—. Tranquilo, Aicardo Lucio, has venido aquí a colaborar con la justicia, no a que te maltraten. ¿Qué recuerdas de esa noche?

El testigo trató de no tartamudear.

—Ese hombre y yo estuvimos bebiendo por varias tabernas del barrio. Nos encontramos con una mujer en una callejuela, la confundimos con una prostituta y le preguntamos su precio. —Por supuesto, Aicardo no iba a contarle al legado que cuando ella les dijo que no lo era siguieron molestándola; por su parte, Jano encontró interesante que hubiera una mujer en la historia—. Cuando ya nos despedíamos de ella, después de haber aclarado el malentendido, apareció el centurión y nos amenazó de muy malos modos. Yo creo que pensó que la estábamos importunando. Nos asustamos y nos fuimos.

—Esa mujer, ¿en qué idioma hablaba?

—En latín.

—¿Lo hablaba con acento? Dacio, vándalo, sármata...

—No te sabría decir, señor. Desde luego, su latín era mejor que el mío.

Jano sabía que era difícil encontrar acentos puros romanos en los tiempos que corrían, y más en Panonia, extremo oriental del Imperio. La mezcolanza era tal que el latín cada vez era menos latín y más una amalgama de lenguas. Pensó que algún día el latín, como idioma, desaparecería y daría paso a lenguas híbridas. La grandiosidad del Imperio se cobraba un alto precio en pérdida de identidad.

—¿Qué aspecto tenía esa mujer?

Aicardo trató de hacer memoria, pero sus recuerdos, empapados por el vino, no eran demasiado precisos.

—Era joven, hermosa, bien vestida, ni alta ni baja... —De repente, se acordó de algo—. Recuerdo que llevaba dos morrales grandes, como si acabara de llegar de viaje. Es posible que fuera nueva en la ciudad, parecía asustada.

Aquel último detalle no se ajustaba a las sospechas de Jano. No se imaginaba al Fantasma Sármata asustándose ante dos borrachos para luego degollar a un centurión armado que la duplicaba en tamaño. Lo más probable es que aquella mujer no tuviera nada que ver con su muerte.

—¿Sabes qué sucedió después de que os marcharais entre la mujer y el centurión?

—El *optio* al que has tirado por el balcón me dijo que apareció asesinado, pero yo no sé nada de eso, lo juro. Cuando nos fuimos, el centurión hablaba con la mujer.

—¿No oísteis nada después? Una discusión, gritos...

—Nada.

—¿El hombre que te acompañaba podría añadir algo más?

—No lo creo. De hecho, no he vuelto a verlo. Era un tipo muy gordo —recordó—. Me dijo que estaba de paso. Ya estábamos borrachos cuando nos conocimos, y él se quedó dormido en la siguiente taberna en la que paramos. Yo me bebí la última y me fui a mi casa.

Jano asintió y se dio la vuelta. Aicardo vio cómo abría un pequeño cofre que reposaba sobre un mueble cercano a unas estanterías llenas de rollos de pergamino. El general puso en la mano de Aicardo diez denarios de plata, a pesar de que la información que había aportado no había sido de gran ayuda.

—Por las molestias y los golpes —dijo—. Si recuerdas algo más, ven a verme.

—Gracias, señor —respondió Aicardo, sobrecogido. Sus ojos se desviaron un segundo al balcón por el que el legado había arrojado al *optio*.

Jano Convector ordenó que acompañaran al germano a la salida. Antes de volver a cerrar la puerta, vio a Marco Bassaeo Rufo dirigiéndose hacia el despacho por el corredor. Cerró la puerta en cuanto entró.

—Acabo de ver a Serio —dijo Rufo—. ¿Qué coño ha pasado?

—Ni una lágrima por él —advirtió Jano con una mueca de asco, masticando cada sílaba—. Era uno de esos hijos de puta que piensan que representar al Imperio es abusar de los débiles. Si conseguimos que el pueblo nos odie, estamos acabados, y ese cerdo maloliente disfrutaba haciéndose odiar.

—¿Y no habría bastado con flagelarlo?

Jano se volvió hacia el tribuno con los ojos desencajados. Rufo no se amilanó. Ambas mandíbulas parecieron retarse durante un interminable instante.

—¿Estás cuestionando mis decisiones, tribuno? —susurró el general.

Rufo mantuvo su desafío un par de segundos. Luego retrocedió dos pasos y mostró las palmas abiertas a Jano, en señal de paz. A pesar de haber reculado, no había temor en sus ojos. Ni siquiera respeto. Marco Bassaeo Rufo solo seguía las reglas del juego de la jerarquía militar.

—Jamás se me ocurriría, general —dijo, en un tono que hasta sonó amable—. Pero piensa en lo que has dicho: si ese *optio* provocaba el odio hacia nosotros por su comportamiento, ¿qué pensarán tus soldados de ti, si tiras a tus suboficiales por la ventana?

Jano notó un temblor en el labio inferior. Sintió la ira hirviendo en

lo más profundo de sus tripas, pero se obligó a controlarla. Respiró hondo y observó el aspecto serio de Rufo, que cortaba la respiración entre sus tropas. Si alguien como Rufo era capaz de controlar las riendas de su cólera, ¿por qué a él le resultaba tan difícil hacerlo? La masacre de Altinum volvió a azotarlo como una tortura recurrente. Jano Convector tenía poder, y el poder, desatado, puede ser muy peligroso. Tenía que aprender a dominar su ira. Más aún cuando actuaba en representación de un hombre cabal, templado y sabio.

Y de nuevo le asaltó el recuerdo de Altinum, cuando ese hombre cabal, templado y serio dejó de serlo por un instante y lo empujó a desencadenar una furia que costó muchas vidas.

Una furia que lo convirtió en el maldito Puño del Emperador.

—General... —dijo Rufo, rompiendo el silencio incómodo que se había instalado entre ellos.

—¿Qué?

—Estoy de tu lado, ¿de acuerdo?

El legado no contestó. Se limitó a dejarse caer en la silla que presidía la mesa e interrogó a Rufo con la mirada. Entre dos hombres parcos en palabras, los silencios dicen más que mil discursos.

—He interrogado a los *vigiles* que se hicieron cargo del cuerpo del centurión asesinado —comenzó a decir el tribuno—. Cuentan que había dos charcos de sangre en el suelo: el primero, más pequeño, brotó de su miembro y llegó más allá de donde tenía los pies una vez caído. El vigil lo describió como si hubiera meado un chorro enorme de sangre, pero sin tener ya polla; el segundo charco, mucho más grande, procedía de la herida del cuello. Un corte profundo, de aquí a aquí. —Rufo colocó el pulgar casi debajo de la oreja izquierda y recorrió con él la mandíbula inferior hasta la derecha—. Un tajo limpio, ejecutado desde abajo.

Jano apoyó el codo sobre la mesa y el mentón, en la mano abierta. Con la mano libre, empezó a ensayar arcos ascendentes, como si empuñara un arma invisible y tratara de recrear la puñalada que había acabado con la vida del centurión.

—Dices que la sangre del miembro llegó lejos...

—Eso dice el guardia. Si quieres, puedo mandarlo llamar...

—No, no hace falta —rehusó Jano, que seguía absorto en sus propias elucubraciones; tras un buen rato de silencio, miró a Rufo fijamente—. El centurión estaba vivo cuando le cortaron el miembro, y lo tenía erecto —concluyó.

—¿Qué?

—El testigo que acaba de salir de aquí afirma que el centurión se quedó hablando con una mujer. Justo después, fue asesinado. Cabe la posibilidad de que la mujer se marchara y que al centurión lo matara alguien que llegó después... Pero si su miembro sangró tanto y la sangre llegó tan lejos, es porque estaba erecto. Creo que esa mujer lo excitó antes de cortárselo.

Rufo no conseguía entender el propósito de aquella extraña maniobra.

—¿Para qué ponérsela dura si lo iba a degollar luego?

—Muy fácil, para conseguir que se confiase y pillarlo por sorpresa. Dices que el corte se hizo desde abajo. La mujer se arrodilla, se la pone tiesa... y cuando más confiado está, le corta la polla y luego el cuello. Desde abajo.

El tribuno no lo veía tan claro como el general, pero tampoco era alguien que pensara en otras cosas que no fueran proteger al emperador o matar a un enemigo.

—¿Crees que podría ser esa Tamura? —preguntó Rufo, no demasiado convencido.

Jano torció el gesto. Tampoco él estaba seguro.

—Es difícil saberlo —reconoció—. Si es verdad que es una guerrera tan formidable como dicen, no le habría hecho falta esa pantomima para asesinarlo. Lo habría degollado, sin más. El testigo dice que la mujer era tímida, y que parecía asustada. Pero, ojo, nunca te fíes de una mujer asustada.

—O sea, que seguimos igual, no tenemos nada en claro.

El legado se negó a darse por vencido.

—Que tus hombres pregunten en los lupanares cercanos, por si alguna fulana supiera algo sobre esa mujer —ordenó—. Si no es Tamura, todo quedará en este asesinato, pero si lo es, tarde o temprano volverá a atacar. Debemos tener los ojos muy abiertos —

advirtió.

—¿Y si ese Fantasma Sármata no es más que eso, general? Un fantasma, un cuento sármata para asustarnos...

Jano no contestó. Rufo tampoco esperaba una respuesta. El general se limitó a levantarse. El tribuno le dedicó un saludo militar, dio media vuelta y abandonó el despacho. Estaban dando palos de ciego y ambos lo sabían.

El Puño del Emperador vagabundeó por la estancia hasta que se asomó al mismo balcón por el que había arrojado a Serio Lolio. El cuerpo ya no estaba. Se preguntó si sus hombres habrían alimentado con él a los cerdos, como había ordenado, o habrían interpretado su frase como una expresión retórica. Decidió que le daba igual.

En ese momento, mientras contemplaba la luz del mediodía, lo que más preocupaba a Jano Convector era él mismo.

Paseó la vista por los tejados de Carnuntum.

Nunca sospechó que su mirada se cruzó durante un breve lapso con la de un fantasma.

Un fantasma sármata.

Cuando la mirada de Jano Convector se cruzó sin saberlo con la de Tamura, esta se agachó detrás de la barandilla de la terraza desde la que espiaba la residencia imperial desde primera hora de la mañana. La casa, de tres pisos, se encontraba justo enfrente de la oficina del legado. Parecía deshabitada. Tamura se había colado por el tejado, y se había ocultado para vigilar el edificio donde su objetivo pasaba la mayor parte del tiempo.

La espía había sustituido los vestidos de Lidia por un sencillo y cómodo atuendo de tela oscura que le había procurado Maiôsara, con pantalones de lana y botas de cuero. Lidia había quedado guardada en el mismo baúl donde había doblado su disfraz de viuda romana.

Ahora era Tamura la que estaba al acecho, con el rostro tapado con una tela negra que solo dejaba al descubierto los ojos y una capucha en la cabeza. Unos ojos que se habían abierto como platos al ver cómo un hombre con uniforme de alto mando romano arrojaba a otro

soldado al patio exterior con la misma facilidad con la que habría vaciado el orinal.

Algo dentro de ella le dijo que aquella furia hecha hombre era Jano Convector y entendió por qué le llamaban el Puño del Emperador.

Ludovico Corocotta no la había engañado, el general iba a ser un hueso duro de roer. Tamura no lo habría imaginado así ni en sus peores sueños.

La sármata se prometió no perderlo de vista. Sería invisible, su sombra.

Y Tamura sabía ser la sombra más invisible.

16

El invierno estaba próximo, y con él las nieves y un Danubio sobre el que se podría caminar.

Habían pasado dos semanas desde que Jano Convector y Marco Bassaeo Rufo dieran por concluida su investigación sobre la muerte del centurión. Nadie había visto ni oído nada más. Ni una sola pista de la mujer del callejón. Podría ser cualquiera y podría no ser nadie.

Tampoco se produjeron más muertes sin resolver, aparte de algún que otro apuñalamiento entre borrachos o altercados en las tabernas. Nada que no fuera levantar un cadáver o dos y arrestar a los culpables. Lo normal.

Pero ni rastro del Fantasma Sármata.

En el este, en un claro repleto de mugre y osamentas, el Cíclope sintió el frío y se refugió en su cueva, junto a hombres muertos y sus espíritus furiosos.

Rodeado de sus tesoros, se echó a dormir.

En El Faro del Norte, Ictis se acordó del Cíclope. También del dinero que guardaba en su cubil. Tiró tres veces el par de dados. A la segunda le salieron dos seises. Para sus adentros, le dedicó el triunfo al Cíclope.

Recogió los sestercios de la mesa, se mesó la piel del moloso y sugirió otra ronda al trío de perdedores.

Eran tan perdedores que aceptaron.

En su despacho, Ludovico Corocotta probaba el ingenioso sistema de escuchas que había mandado instalar a escondidas en algunas mesas de la taberna. Un sistema de trompetillas ocultas conectadas a tubos de cobre que hacían que el sonido llegara con claridad a su guarida subterránea. Los extremos de los tubos estaban numerados. Si se cocía algo interesante en la mesa doce, solo tenía que elegir el tubo doce y aplicar la oreja.

Aquello valía hasta el último sestercio que había pagado al

ingeniero que lo diseñó.

Kaelo Servio y Gayo Mamerco volvieron a la rutina de patrullar el *limes*. El último viernes del mes, Kaelo volvió a reunirse con Zántico donde siempre. El decurión no asistió solo a esa reunión. Un ingeniero griego lo acompañó. Kaelo hizo el viaje de regreso al campamento solo. El ingeniero se quedó con el rey yacigio. Tenían negocios que tratar. Dos bolsas de sestercios, en lugar de una sola, colgaban por dentro de la coraza de Kaelo Servio.

En el Bastión, Banadaspo se servía otra jarra de vino. Había visto cómo muchos de los suyos se marchaban. Algunos muy queridos por él.

Su mente no paraba de gritarle que acabarían uniéndose a otro rey.

A otro menos pacífico y práctico que él.

Banadaspo se bebió el vino de un trago y rellenó la copa.

En el norte, las legiones de Marco Aurelio golpeaban cada asentamiento naristio o marcomano que encontraban. Macrinio Vindex sobrevivió ileso a su primera batalla junto a Pertinax. Si la guerra seguía yendo tal y como había empezado, acabaría siendo un paseo para las legiones.

Para disgusto de Eudor, el mago egipcio Arnufis se unió a la corte de Marco Aurelio. Por suerte para el griego, Arnufis tampoco lo podía ver, por lo que les fue fácil evitarse.

Tamura se aburría. Pasaba días enteros vigilando el palacio, pero Jano apenas abandonaba su despacho, más que para salir a montar a caballo, y entonces le era imposible seguirlo. Las raras veces que salía a pie, caminaba rodeado de una escolta y se limitaba a ir a casa de los magistrados.

En un par de ocasiones Lidia había pasado por delante de Jano Convector y se había dejado ver. En una de ellas incluso se atrevió a dedicarle una sonrisa, acompañada de una sugerente caída de ojos.

Pero los ojos de Jano Convector miraban más hacia dentro que hacia fuera. Tres semanas después, Lidia no tenía ni idea de cómo establecer contacto con él.

Eso sí, había hecho un nuevo amigo en la ciudad. Uno peludo, grandote, negro, de cuatro patas y que le pedía comida todas las

noches con un concierto de ladridos.

Habían sido dos semanas demasiado tranquilas.

Y los fríos dedos del invierno acariciaban las murallas de Carnuntum.

17

Los vigías de las torres del castro de la Segunda Legión Itálica divisaron la bandera blanca poco después del amanecer. No hacía ni cuatro días que habían levantado el campamento en un promontorio que dominaba una extensión de hierba que pronto se cubriría de blanco. Al noreste, a unos seis estadios, se elevaba una colina suave. Por allí aparecieron los dos jinetes de aspecto germano que la portaban.

Llovía. La bandera, a pesar de estar empapada, ondeaba.

Los legionarios apostados en la empalizada exterior se protegieron con los escudos y colocaron las lanzas en posición defensiva. Los arqueros apuntaron a los recién llegados. Estos, cabalgando al paso, llegaron hasta la puerta principal del campamento. El centurión de guardia salió a recibirles. El aspecto del suboficial no era muy distinto del de los jinetes.

Era cuado, tan suevo como ellos.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntó el centurión en su idioma.

—Traemos un mensaje de nuestro rey para vuestro jefe —dijo el que portaba la bandera blanca, un guerrero alto, de mirada severa, con cabellos largos y barba trenzada.

—Yo hablo latín —apuntó el otro cuado, menos corpulento que el portador de la bandera. Sus ojos azules brillaban con luz propia.

El centurión y seis legionarios los escoltaron a punta de pilo a través de la vía pretoria. Quienes los veían pasar observaban a los extranjeros con recelo, especulando sobre los posibles motivos de su presencia en el campamento. El mago Arnufis asomó la cabeza fuera de su tienda, arrugó la nariz al paso de los bárbaros, les lanzó una maldición por lo bajo y volvió a sus asuntos de plantas, piedras y sortilegios. La comitiva llegó finalmente a la plaza formada por las tiendas que albergaban el cuartel general, el templo y los aposentos

del emperador y los legados.

—Esperad aquí —ordenó el centurión, que desapareció en la tienda imperial para reaparecer casi al instante—. Entrad, el emperador os recibirá.

Los cuados tuvieron que agacharse para pasar al interior de la carpa. Esta era amplia, y estaba amueblada como si de una casa lujosa se tratara. Cuatro braseros y muchas lámparas de aceite la iluminaban, además de unos ventanucos que dejaban entrar la luz diurna. Respaldado por varios estandartes de las legiones, encontraron a un hombre de rostro adusto sentado en una silla curul, flanqueado por dos oficiales que permanecían de pie. Los suevos comprobaron que ambos lucían el *cincticulus*, una banda escarlata alrededor de la coraza, a la altura de la cintura, que los identificaba como comandantes de las legiones. El que estaba sentado no llevaba coraza, pero la capa de lana sobre los hombros dejaba entrever una túnica de color púrpura con bordados de oro. Los emisarios no necesitaron presentación.

—Poderoso y augusto emperador Marco Aurelio —dijo el de los ojos azules en un latín con acento germano; dejando aparte ese detalle, lo hablaba con absoluta corrección—, traemos una oferta de nuestro rey, Ariogeso. Un día, no hace tanto tiempo, los suevos cuados fuimos amigos de Roma. Nuestro antiguo rey, Furcio, firmó un tratado de paz con tu predecesor, Antonino Pío. Ariogeso quiere revalidar dicho tratado, para que vuelva a reinar la paz entre nuestros pueblos.

—¿Ariogeso? —repitió Marco Aurelio, fingiendo bucear en su memoria—. No reconozco como rey a ningún Ariogeso. ¿Es ese el nombre de quien permitió a Bellomarius cruzar su territorio y proporcionó guerreros cuados a su ejército invasor?

—Los marcomanos son un pueblo opresor, césar —se excusó el emisario, tratando de mostrar desolación en el rostro—. Obligan a las tribus vecinas a hacer su voluntad, so pena de ser atacados por sus fuerzas. Nosotros mismos sufrimos su acoso. Si esta oferta de paz de Ariogeso llegara a sus oídos, nuestro pueblo sufriría las consecuencias.

Marco Aurelio apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Tiberio Claudio Pompeyano y Publio Helvio Pertinax asistían a la reunión en silencio. Marco Aurelio sabía que Pertinax se estaba mordiendo la

lengua. Ninguno de ellos se fiaba de los cuados. Marco Aurelio aparentó reflexionar sobre la oferta.

—¿Y dices que ese rey tuyo, Ariogeso, quiere reafirmar el tratado que Antonino Pío mantenía con Furcio?

—Así es, augusto emperador —corroboró el emisario.

—Entonces, sabrá que ese tratado me permite elegir al nuevo rey cuado, del mismo modo que Antonino Pío puso a Furcio en el trono. —Marco Aurelio mostró las manos abiertas en un gesto de satisfacción —. Pues no se hable más, puedes comunicar a Ariogeso que aceptaré el tratado, siempre y cuando sea yo quien elija al nuevo rey cuado. — El emperador bajó la voz y adoptó un tono cínico—. Y, por supuesto, él no será el elegido.

El emisario más alto, que llevaba la bandera blanca mojada bajo el brazo, frunció el ceño y habló a su compañero en voz baja. Al parecer, algo había entendido. Ambos departieron en su idioma unos segundos; por la expresión de su cara, el más alto estaba disgustado. Pertinax susurró a Marco Aurelio al oído si quería que les ordenara guardar silencio hasta que trajeran un intérprete, pero el emperador rechazó la idea con un gesto. La conversación era elocuente, aunque las palabras no se entendieran. Por fin, el que hablaba latín volvió a dirigirse a Marco Aurelio.

—Me temo que Ariogeso no aceptará esa condición, pero, a cambio, está dispuesto a devolver cincuenta mil prisioneros romanos. Muchos de ellos fueron capturados por el ejército de Bellomarius — explicó, como si ese detalle les confiriera un valor añadido—. Como muestra de buena voluntad, hemos traído medio millar para que puedan regresar a sus casas. Esta misma tarde podrían estar aquí, en tu campamento. Necesitamos que entiendas que este gesto podría acarrearnos represalias de los marcomanos —apuntó.

Pertinax intervino.

—¿Sigue vivo Bellomarius?

—Así es, pero nadie conoce su paradero —respondió el emisario, tratando de curarse en salud—. Corren tiempos aciagos... para todos —dijo, enigmático.

Marco Aurelio se levantó de la silla y se arrebujó en la capa. Había

perdido peso en las últimas semanas, y cada vez se encontraba más sensible al frío.

—Envía a tu... —señaló al portador de la bandera blanca— lo que sea, y que traiga a los prisioneros. Mientras tanto, disfruta de nuestra hospitalidad. Volveremos a hablar cuando hayamos recibido a los liberados.

El emisario aceptó con una leve inclinación de la cabeza y se dirigió de nuevo a su compañero en su lengua. Este pareció enfadarse otra vez; discutieron un rato, hasta que el otro se marchó de la tienda, renegando. Pertinax salió detrás de él y dio instrucciones para que lo dejaran ir en busca de los cautivos. Los legionarios llevaron al bárbaro de ojos azules a una tienda cercana, donde pusieron comida y bebida a su disposición.

Alrededor de las cinco de la tarde, una multitud de quinientas almas comenzó a despuntar por encima de la colina cercana, rumbo al campamento. La mayoría de ellos llevaban trapos blancos alrededor de la cabeza o del tronco. Casi todos eran hombres. Dos cohortes en formación de combate fueron a recibirlos con las armas en ristre, por si se trataba de una emboscada. Pronto se dieron cuenta de que no lo era. En cuanto los recién llegados vieron a los legionarios, se echaron a llorar y a lamentarse en latín. La alegría y la tristeza se mezclaban, y los liberados abrazaban a los legionarios con los rostros sucios surcados por regueros de lágrimas.

Tiberio Claudio Pompeyano salió a su encuentro a caballo. El espectáculo que vio lo dejó desolado.

Ni siquiera los vítores de los cautivos, al reconocerle como comandante de la legión, le proporcionaron un mínimo de alegría.

Ariogeso había devuelto a Roma un ejército de muertos vivientes.

Una multitud temblorosa y confundida, formada por ancianos esqueléticos vestidos con harapos y tiritando de frío; hombres tullidos, muchos de ellos con miembros de menos, algunos con muñones infectados, que temían caer al suelo a cada paso que daban; adultos y niños tosiendo, ardiendo de fiebre, contaminados por el polvo de las minas en las que habían trabajado hasta la extenuación; mujeres tan violadas que habían perdido el alma en miradas al infinito...

Tiberio enrojeció de ira, hizo girar a su caballo y regresó a informar a Marco Aurelio. El emperador decidió comprobar por sí mismo el estado de los prisioneros. Cuando llegó donde se encontraban, vio a la mayoría de ellos bebiendo con desesperación de las *vangas* de los legionarios. Otros soldados daban de comer a los más famélicos, que alargaban las manos hacia los alimentos con ojos desorbitados por el hambre. Algunos de los liberados estaban tan débiles que se habían dejado caer sobre la hierba, a la espera de que alguna alma caritativa los recogiera.

Marco Aurelio soportó aquel espectáculo lamentable unos pocos segundos. Espoleó su montura y atravesó la vía pretoria al galope. Los legionarios que se cruzaron en su camino tuvieron que apartarse para no ser arrollados.

Nunca lo habían visto tan furioso.

El emperador descabalgó de un salto y se dirigió a la tienda donde el emisario de Ariogeso esperaba. Apartó a los centinelas de la puerta de un empujón, a pesar de que no interferían su paso, y desató los nudos que cerraban la carpa a tirones. En cuanto cruzó la entrada, se lanzó sobre el hombre de los ojos azules, que estaba medio dormido en una silla. A pesar ser mucho más delgado que el cuado, le agarró del cabello, tiró de la cabeza hacia atrás y le puso la punta del *pugio* en el cuello.

—Da gracias a que tienes que entregarle un mensaje a tu rey, o te despellejaría sin dudarlo, aquí y ahora. —Marco Aurelio pronunció las palabras muy despacio, con los dientes apretados, a dos dedos de la nariz del emisario. Este miraba la hoja del puñal, incrédulo. Tenía entendido que el emperador era un filósofo, alguien sabio y paciente, pero aquella mirada asesina decía lo contrario—. Primero, dale las gracias por los moribundos torturados que me ha devuelto, pero dile que su gesto no me basta, así que declino su oferta de paz. Segundo, para Roma no es un rey, sino un bandido al que hay que castigar. Comunícale que enviaré mensajeros a los cuatro puntos cardinales, ofreciendo una recompensa de cien mil sestercios por él, si me lo traen vivo; cincuenta mil por su cabeza. ¿Has entendido bien?

Marco Aurelio apretó el *pugio* hasta que una gota de sangre resbaló

por el cuello del suevo. Detrás del emperador estaban los centinelas de la puerta con las lanzas apuntando al emisario, Tiberio con el *gladius* desenfundado y tres legionarios que habían irrumpido en la tienda atraídos por las voces del césar. El cuado estaba pálido como la nieve, con sus ojos azul océano desorbitados por el horror.

—Escoltadlo hasta la puerta —ordenó Marco Aurelio, que dio media vuelta y abandonó la tienda.

Tiberio Claudio Pompeyano lanzó un suspiro de alivio. Siempre le impresionaba la ira del emperador. Las raras veces en las que se enfadaba, se mostraba imprevisible.

Por suerte, ese día, se tragó los demonios que otros no eran capaces de engullir.

Jano Convector disfrutaba de Sagita, como mínimo, dos veces al día. La primera, cuando lo cepillaba y le daba de comer; la segunda, cuando galopaba sobre él por los alrededores de Carnuntum.

Era lo único que lo animaba. Su caballo.

Cuando salía a montar, Lidia se frustraba. Ojalá hubiera tenido a Zambil con ella, aunque una señora romana montando al estilo salvaje de los sármatas habría dado mucho que hablar a los transeúntes. Pero a pesar de la impotencia que sentía cuando veía a su objetivo desaparecer al trote, había algo en él que le complacía: el vínculo que mantenía con su caballo.

La yacigia podía sentirlo desde lejos, olerlo en el aire. El equino del legado era magnífico, y ambos se amaban. No era comparable a las monturas sármatas, eso por descontado... pero, así y todo, era un corcel formidable.

La relación del general con su caballo no solo le complacía.

La hacía sonreír.

—No te hagas ilusiones, mujer —le espetó un centinela del palacio cuando la vio seguir la trayectoria de Jano con una sonrisa en los labios—. Nuestro legado tiene tan malas pulgas que hasta las putas salen corriendo en estampida cuando aparece por el lupanar.

Los compañeros de la guardia rieron la grosería del pretoriano.

Lidia fingió que se escandalizaba; agachó la cabeza y se alejó de las risas. Habría dado cualquier cosa por poder comportarse como Tamura en ese momento y darles su merecido a esos imbéciles.

Los había contado y eran justo cuatro.

Decidió ir al foro para entretenerse un rato. Con Jano Convector fuera de los muros, poco tenía que hacer, aparte de conversar con Maiôsara o pasear por la ciudad. Le gustaba el foro, a pesar de que, como decía Maiôsara, estaba lleno de romanos. Bueno, romanos... por llamarlos de alguna forma. Muy pocos habitantes de Carnuntum había pisado alguna vez Roma. La población era tan mestiza que, cuando se autodenominaban romanos, a Lidia le sonaba a chiste.

Pero el foro era divertido. En los soportales que lo rodeaban abundaban los comercios y puestos ambulantes donde se podía encontrar todo lo que uno pudiera imaginar. A veces se interpretaban espectáculos de teatro callejero, otras veces poetas declamaban sus odas, o el *praeco*, el pregonero, daba las últimas noticias que cubrían desde la ciudad al frente.

Según lo que relataba, a las legiones les estaba yendo bien al otro lado del *limes*. Lidia tenía que hacer un esfuerzo para que no se le notara la contrariedad en la cara.

De repente, un alboroto de niños llamó la atención a su espalda. Giró la cabeza hacia el sonido y vio cómo un pequeño contubernio de críos perseguía algo o a alguien esgrimiendo palos. Cuando descubrió el objetivo del juego cruel de la pequeña manada, se arremangó la falda y corrió directa hacia ellos.

—¡No! —gritó—. ¡Dejadlo en paz!

El perro corría que se las pelaba entre la gente, y los niños le arrojaban los palos con una intención muy distinta a la de jugar. Lidia alcanzó al mayor de ellos, un zagal de unos once años al que agarró de la muñeca sin miramiento alguno. El crío soltó un quejido de dolor a la vez que la rama que llevaba en la mano.

—Di a tus amigos que dejen a ese perro en paz.

—¿Qué pasa con ese perro, *domina*? —preguntó el chaval, tratando sin éxito de zafarse de la garra de Lidia—. ¿Acaso es tuyo?

—Es mío —afirmó ella, con ojos de fuego.

—¿Cómo se llama? —la retó el rapaz.

Lidia dudó unos instantes.

—Uteljarab —dijo, masticando las sílabas.

El resto de la caterva había dejado de perseguir al perro y presenciaba, con cierto temor, cómo aquella mujer mantenía sujeto a su primo mayor —y líder absoluto de la pandilla— por la muñeca. Como buena horda, se desarmó al ver a su jefe cautivo. Lidia se volvió hacia ellos.

—Ahora, dejad tranquilo a mi perro —ordenó, a la vez que soltaba al chaval.

Los críos se agruparon en un corrillo durante un segundo, como si dudaran. Luego dedicaron una mirada rencorosa y un gesto obsceno a Lidia y huyeron por una callejuela. Ella buscó al perro con la vista y lo encontró sentado junto a la rueda de un carro. Tenía la misma postura y expresión con la que lo conoció la primera noche en Carnuntum. Lo que más le gustaba a Lidia era que el can, con la lengua fuera, parecía sonreír.

—Tú, ven —lo llamó.

El perro la entendió a la primera. Corrió hacia ella y se le subió encima, apoyando las patas en los hombros. De pie, era casi tan grande como Lidia. Esta se echó a reír, se lo quitó de encima y le ordenó que se sentara, señalando con el índice hacia arriba. Para su sorpresa, el perro la obedeció.

—Su puta madre... —murmuró en sármata.

Lidia se desenrolló la cuerda que llevaba de ceñidor. En sus manos, aquello era un arma tan letal como una espada. Había entrenado las técnicas de lazo sármata desde pequeña: era capaz de lanzarlo a treinta pasos y estrangular a un enemigo al galope. Una mujer romana con una daga al cinto podría resultar llamativo, pero nadie se fijaba en una cuerda enrollada a la cintura. Lidia pasó el lazo por la cabeza del perro, que se dejó hacer.

—¿Tienes hambre?

Lidia se habría desmayado si el perro le hubiese contestado. Por suerte, no lo hizo. Era listo y parecía entrenado, pero solo era un perro. Puede que su amo hubiera muerto y él se hubiera quedado en

la calle, sobreviviendo como podía.

—Esta noche no dormirás al raso... si Maiôsara no nos mata antes.

Lidia recorrió el cardo máximo con el perro sujeto por la cuerda. El animal se veía feliz; era evidente que estaba acostumbrado a caminar junto a humanos. Encontraron a Maiôsara en la puerta de la *insula*. La antigua espía guerrera observó el animal, que la saludó con un enérgico meneo de cola.

—¿Se puede saber qué coño es esto?

—Es mi amigo —dijo Lidia, como si eso fuera lo más normal del mundo—. Al que le bajo comida todas las noches.

Maiôsara puso los ojos en blanco.

—Y yo que pensaba que te habías echado un amante...

—Siento decepcionarte.

—Como se mee y se cague dentro de la casa, va fuera —amenazó Maiôsara.

—Los hijos de los sirios del segundo se mean y se cagan en el descansillo —gruñó Lidia—. Tranquila, mantendré la casa limpia.

Lidia comenzó a subir las escaleras. El perro iba detrás de ella, feliz. Antes de que desaparecieran en el primer descansillo, Maiôsara le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Uteljarab —respondió Lidia.

La mandíbula de Maiôsara casi se descuelga de su cara.

—Pero... Pero ¿cómo le pones a un perro comepollas?

Lidia se asomó por el hueco de la escalera y se colocó el índice en los labios, mandándola callar.

—Es una larga historia.

Y se esfumó escaleras arriba.

18

Los bárbaros aprendieron mucho de Roma, pero no para imitarla, sino para destruirla.

Y Pyrrhos formaba parte de ese plan.

El ingeniero griego llevaba varios días en un campamento desplegado cerca del río Granus, en territorio cuado, rodeado de lo que él consideraba una horda de brutos. El aburrimiento era difícil de disimular. Recogió una florecilla del suelo y la olió. Nada. El único aroma que obturaba sus fosas nasales era el de hoguera, caballo, mierda y sudor.

Pyrrhos se encontraba sentado en una tienda que no era más que una tela tensa entre la tierra y dos palos, lo justo para proteger —y mal— a un par de personas de la lluvia. A su alrededor, guerreros cuados y yacigios entrenaban contra muñecos fabricados con tela, cuerda y paja. Las mujeres guisaban en calderos y los niños gritaban a pleno pulmón mientras jugaban, persiguiéndose unos a otros y salpicando barro en sus correrías. El ganado paseaba a sus anchas y se cagaba peligrosamente cerca del griego, que se veía obligado a encoger las piernas para esquivar las heces.

El único consuelo que le quedaba a Pyrrhos era ver entrenar a los guerreros suevos medio desnudos. A veces tenía que disimular su excitación cuando los veía simular peleas entre ellos, con las barbas rubias y cabelleras largas. Una noche que bebió de más, se planteó seducir a alguno de esos jóvenes. Enseguida rechazó la idea. No conocía las costumbres de los bárbaros, e igual perdía los huevos en el intento.

Calculó la hora mirando al cielo. En dos o tres horas anochecería, y Zántico le había dicho que no se alejara mucho de donde estaba, ya que tendrían una reunión con el rey cuado Ariogeso esa misma tarde. Mientras esperaba, se preguntó si había sido buena idea aceptar la proposición de Kaelo Servio. «Ganarás una fortuna con los cuados y

los sármatas», le había dicho el decurión con ojos centelleantes de avaricia, «están locos por derrochar el oro que saquean».

Por ahora, Pyrrhos no había visto ni una maldita moneda de cobre.

Zántico apareció entre unos árboles, acompañado de varios de sus hombres. En cuanto vio a Pyrrhos, abrió mucho los brazos y sonrió como si las comisuras de los labios se le fueran a rasgar.

—Pyrrhos —lo saludó el rey yacigio—. Me acaban de decir que Ariogeso está llegando al campamento. Cuéntale a él lo mismo que me contaste a mí y cerraremos este negocio con grandes beneficios para ambas partes. —Antes de que el ingeniero pudiera abrir la boca, Zántico hizo un gesto de espera con la mano abierta—. Oigo cascos de caballo... ahí viene.

Dos jinetes detuvieron sus monturas junto a Zántico y el griego. Los cuados que pululaban por los alrededores los saludaron con respeto y siguieron con lo suyo. Uno de los recién llegados era un hombre rubio con los ojos más azules que Pyrrhos hubiera visto jamás. El otro era más alto, con cabellera larga y barba trenzada. Sacó una bandera blanca arrugada de entre los arneses de su caballo y la arrojó a una hoguera cercana. La tela prendió en el acto.

—Ariogeso, qué alegría verte —celebró Zántico, abrazándolo.

—¿Qué tal se han llevado tus hombres y los míos? —preguntó el rey cuado, respondiendo al abrazo—. ¿Ha corrido sangre?

—Ha corrido vino —contestó Zántico, que soltó un silbido y contempló a Ariogeso con una mirada de sincera admiración—. Hay que tenerlos muy bien puestos para meterse en el cubil del lobo, amigo mío.

—Marco Aurelio engaña en persona —advirtió Ariogeso—. Flaco, con una capa por encima, parecía un puto anciano envuelto en una manta... Pero pregúntale a Berigastio. —El rey señaló al joven de los ojos azules y este agachó la cabeza, avergonzado—. Cuando el césar vio a los prisioneros que le devolví, casi lo degüella de la rabia. Me gustaría haber visto la cara que puso.

—La de un demonio —recordó Berigastio, que aún lucía el pinchazo en la nuez.

—¿Nadie sospechó quién eras? —preguntó Zántico al rey cuado.

—En ningún momento —afirmó Ariogeso—. De todos modos, yo no abrí el pico. Fue Berigastio quien habló todo el tiempo.

—¿Y cómo fue la entrevista?

Ariogeso señaló la bandera blanca que ardía en la hoguera.

—¿Ves eso? No solo rechazó mi oferta, también ha puesto precio a mi cabeza. Pero no se lo digas a nadie, cualquiera de estos hijos de perra vendería a su madre por la mitad de lo que paga Marco Aurelio.

Zántico se encogió de hombros.

—Al final será verdad que Marco Aurelio es sabio. Aceptar una oferta de paz tuya sería una gran estupidez.

—Me halagas, Zántico —dijo Ariogeso, con ironía—. Habríamos ganado algún tiempo, eso sí. He estado en uno de sus campamentos. Atacar a los romanos con nuestras fuerzas actuales sería un suicidio. Tenemos que reunir más jinetes. Tribus enteras, y elegir muy bien el lugar para emboscarlos. —El rey cuado cambió de tema—. Veo que está aquí el invitado del que me hablaste.

—Sí. Seamos educados y hablemos en latín a partir de ahora. —Zántico se volvió hacia Pyrrhos—. Ariogeso, con la sabiduría de este hombre derrotaremos al Imperio.

El rey cuado lo estudió con ojo crítico. Pyrrhos no le impresionó en absoluto, le pareció un hombre repelente y amanerado, y eso que el griego aún no había abierto la boca

—Pyrrhos es ingeniero militar —explicó Zántico—. Sabe construir máquinas de guerra como las que usan los romanos.

—Mucho mejores que las de los romanos —aseguró Pyrrhos, elevando la nariz.

Ariogeso miró al griego con un nuevo interés.

—¿Qué tipo de máquinas?

—Catapultas, balistas, onagros, *scorpios*... Incluso armas de las que no habéis oído hablar jamás. Tengo un diseño en mente que podría ser devastador.

—¿Y cómo vas a construirlas? —quiso saber Ariogeso—. ¿Tú solo? Aquí nadie sabe nada de fabricar máquinas...

Pyrrhos abarcó el bosque con un gesto de la mano.

—Solo necesito brazos que sepan manejar un hacha, alguien que

hable latín o griego y gente que sepa cumplir instrucciones sencillas. Tenéis hierro, ¿no?

—Tenemos minas en nuestro territorio y carros para transportarlo.

—¿Y dinero? ¿Tenéis dinero suficiente para pagar los materiales y mis servicios?

—Zántico y yo tenemos oro para enterrarte en él —alardeó el cuado.

El rey sármata se echó a reír.

—Los romanos no esperan que los ataquemos con máquinas. Cuando se protejan con sus escudos, los aplastaremos con piedras, como si fueran cucarachas.

Pyrrhos clavó una mirada prepotente en Zántico, acompañada de una media sonrisa enigmática.

—¿Piedras? —rio el ingeniero—. Si contratáis mis servicios, lloverá algo mucho peor que piedras sobre sus legiones.

Los reyes cruzaron miradas halagüeñas. Ariogeso puso una mano sobre el hombro del griego.

—Amigo Pyrrhos, soy todo oídos.

Lidia paseaba por los alrededores del palacio imperial. Era temprano, por la mañana. Llevaba a Uteljarab sujeto por una correa que le había encargado a un guarnicionero tracio que regentaba un taller en el foro. Su cuerda con el nudo corredizo volvía a rodear su cintura, como un ceñidor.

El perro le hacía compañía en sus paseos como Lidia. Por las noches, cuando espiaba desde los tejados, lo dejaba con Maiôsara, a la que cada vez le caía mejor. Uteljarab era muy inteligente y cariñoso, y una vez espulgado, lavado y saciado, hasta hermoso. Si no fuera porque era negro como el carbón parecería bárbaro, con sus barbas y bigotes hirsutos. Era grande, pero alegre, y los chiquillos que se acercaban a acariciarlo lo hacían con esa osadía envuelta en temor que tanto excita a los niños.

La vida estaba siendo tan tranquila para Lidia que a veces temía que Tamura se oxidara en algún rincón de su alma.

Cuando se sentía así, recorría Carnuntum de noche, saltando por tejados y azoteas, como un gato que finge cazar presas invisibles. Si no había luz en el despacho de Jano Convector, aprovechaba para recorrer la ciudad por encima de las calles, solo para entretenerse y mantenerse en forma. Jugaba a no ser vista, y muy pocos llegaron a vislumbrar su sombra recortada en la luna llena. Sus idas y venidas habían dibujado en su mente un mapa de los tejados de Carnuntum que le permitía viajar por ellos tan rápido como transitando por sus vías.

Sus acercamientos a palacio bajo la identidad de Lidia eran siempre desde un ángulo en el que los centinelas no pudieran verla. Las raras veces en las que Jano salía a pie, le seguía a una distancia prudencial, pero nunca se había atrevido a acercarse a él.

Le faltaba una excusa convincente para hacerlo.

Hasta que Uteljarab hizo el trabajo por ella.

Lidia se sentó en un banco para dar de beber al perro en un cuenco de barro que había llenado en una fuente cercana. De repente, vio unas botas de cuero justo delante de ella. Al levantar la vista su corazón se detuvo en seco, solo para volver a desbocarse como una cuadriga en llamas.

Jano Convector estaba frente a ella.

Nunca lo había tenido tan cerca. Al ver su uniforme tan próximo, su instinto le aulló dentro de su cabeza que lo apuñalara. Qué cojones, era un general romano. Lidia silenció a Tamura y se levantó, para enseguida agachar la cabeza ante el legado, sumisa.

—Buenos días, *domina* —la saludó Jano—. Tienes un perro magnífico.

Como si entendiera sus palabras, Uteljarab sacó dos palmos de lengua y se restregó con el calzón de Jano. Lidia tiró de la correa.

—¡Uteljarab, no molestes al legado!

—No me molesta, tranquila —la excusó Jano, que entrecerró los ojos, intrigado—. ¿Cómo sabes que soy legado?

—Por el *cincticulus* escarlata —respondió ella—. Mi esposo me enseñó muchas cosas del ejército, *domine*. Era mercader, pero le encantaba todo lo relacionado con las legiones.

—Hablas de él en pasado —observó Jano.

—Murió. Soy viuda.

Jano compuso una mueca triste y se agachó para acariciar a Uteljarab. Este le obsequió con unos cuantos lametones que él aceptó de buena gana. No solo era la primera vez que Lidia veía de cerca a su objetivo, también era la primera vez que lo veía sonreír. El general agarró con cariño los bigotes del perro, que cabeceó a un lado y a otro, encantado.

—¿Cómo dijiste que se llama el perro?

—Uteljarab —respondió, rezando para que él no entendiera sármata.

—Un nombre extraño... Pero suena bien. Uteljarab —repitió, muy despacio. Lidia tuvo que morderse los carrillos al oír al legado silabear muy serio la palabra «comepollas».

—Se lo puso mi hija —improvisó Lidia.

—¿Tu hija?

—También murió —volvió a improvisar, adoptando un tono lúgubre—. Viajábamos con mi esposo cuando nos atacaron unos bárbaros. Yo sobreviví porque me dieron por muerta. Una caravana de mercaderes me recogió dos días después.

Lidia se sorprendió a sí misma de la cantidad de mentiras que se le ocurrían sin parar. Al final, iba a resultar ser una maestra del engaño, además de una formidable espía guerrera.

—Lo siento mucho —se compadeció Jano.

El legado se disponía a marcharse. Lidia se dijo que no tendría mejor oportunidad que aquella, así que no lo dejó irse.

—A veces te he visto a lomos de tu caballo, *domine* —soltó, de sopetón.

—Ah, ¿sí? —A Jano le sorprendió el comentario. Nunca había visto antes a aquella mujer. O si la había visto, no se había fijado en ella.

—Es magnífico —dijo Lidia, refiriéndose a Sagita—. Yo solía montar, aunque sé que no es habitual en una mujer —rio, fingiendo estar avergonzada.

—Hay mujeres que montan a caballo —comentó Jano, que hacía rabiar a Uteljarab agarrándolo de la mandíbula superior; el perro le

gruñía y le mordisqueaba la mano, jugando—. Deberías ver cómo montan las mujeres sármatas.

El corazón de Lidia dio tres vueltas de campana. Forzó una sonrisa tan gélida como el sudor que brotaba de su nuca.

—Nunca he oído hablar de ellas —repuso, sin saber si el legado lo había dicho con segundas. Si su disfraz fallaba, estaba muerta. Confiaba en su latín, pero era posible que Jano Convector tuviera una intuición especial.

—Los sármatas son unos jinetes magníficos —siguió explicando él —, los mejores entre los germanos. Tenemos mucho que aprender de ellos, y de cómo se convierten en uno solo con sus caballos.

El orgullo que sintió Lidia al oír esas palabras frenó un poco el galope de sus latidos. Le halagó saber que el Puño del Emperador admiraba a su pueblo. Esbozó una sonrisa —esta vez franca— y volvió a centrarse en su misión.

—Lo cierto es que echo de menos cabalgar —dejó caer, intentando parecer tímida y agradable en todo momento, todo lo opuesto a su verdadera naturaleza. No podía permitirse ni un fallo si quería ganarse la confianza de su objetivo—. Ojalá algún día pueda volver a hacerlo.

—¿No tienes caballo?

—Ya no. —Lidia maldijo para sus adentros; había dejado al viejo Rindar, el caballo que le prestó Valia, en el último puesto de avanzada yacigio al otro lado del Danubio, donde acampaban los espías que mantenían conectado el Bastión con Carnuntum.

—¿Te gustaría conocer a Sagita?

Los ojos de Lidia refulgieron. Para Jano fue una mirada de agradecimiento e ilusión; para ella, el reflejo involuntario al saber que había dado otro paso más en su misión.

Iba a entrar con Jano Convector en la residencia imperial.

—Me encantaría. —Lidia señaló a Uteljarab—. ¿Puede venir?

—Estáis los dos invitados —respondió él, con inusitada amabilidad.

—Vamos a conocer a un amigo, Uteljarab —le dijo al perro.

Este ladró dos veces y siguió a los dos humanos hasta una puerta grande vigilada por hombres con pinchos largos.

Algo le decía que no iba a ser la última vez que jugara con ese humano tan simpático.

19

Todo había ido demasiado rápido.

Lidia se sentó en el lecho y contempló a Jano medio cubierto por la sábana. Los dos estaban desnudos sobre el lecho del general, ambos cuerpos señalados por cicatrices. Había más en el de Lidia que en el de Jano, aunque las del legado eran de fácil justificación: casi todas procedían de la guerra con los partos. Cuando él preguntó a Lidia por las suyas, esta le recordó el ataque de los bárbaros. La espía creyó intuir cierto escepticismo en su expresión. Cualquiera familiarizado con cicatrices sabe ver la edad de cada una, y las que cruzaban el cuerpo de Lidia no eran producto de una sola batalla.

Aun así, Jano no abundó más en el tema. Puede que se le pasara por la cabeza que su esposo la maltrató en vida; o, al contrario, quizá la liberara de una vida de esclavitud, quién sabe...

O también cabía la posibilidad de que Lidia le gustase tanto que no quisiera ahondar en nada que pudiera enturbiar la relación que comenzaba a forjarse entre ellos.

Todo empezó el mismo día que Jano la llevó a ver a Sagita. Como Lidia ya había podido apreciar en la distancia, el corcel del legado resultó ser un ejemplar magnífico. Hablaron de caballos durante horas, y Jano la invitó a comer fruta y a tomar una copa de vino al interior de palacio. Uteljarab los acompañó en todo momento, y el general le procuró un hueso grande de ternera que aún conservaba generosos trozos de carne adheridos. El perro se entretuvo con él durante horas, feliz. Lidia se dio cuenta enseguida de que aquella versión amable de Jano no estaba al alcance de todo el mundo.

Era evidente que Lidia era especial para el Puño del Emperador.

A Lidia, aquello le encantó.

A Tamura, sin embargo, no.

Tamura comenzó a perder la lucha interna que entablaba contra Lidia al segundo día, cuando Jano la invitó a cabalgar. Le prestó a

Pravum, un bayo rojo joven que derrochaba energía por los cuatro costados. También le facilitó un calzón de cuero que, aunque le quedaba algo grande, le sirvió para montar con comodidad.

Cabalgaron juntos con Uteljarab detrás de ellos, disfrutando como un loco. Lidia tuvo que refrenar a Tamura para no exhibir demasiada destreza en el arte de la equitación delante del general. Mientras trotaban por los alrededores de Carnuntum, donde se desplegaba el campamento de la Decimocuarta, Lidia era feliz.

Y por la luz que desprendía la cara de Jano, el general también lo era.

Tal vez hubiera encontrado lo que buscaba.

Esa tarde volvieron a compartir conversación y vino sobre unos triclinios en el patio interior, fuera de la vista de la Guardia Pretoriana. Solo Kostas, el esclavo más veterano, tenía permiso para entrar y salir del atrio para atender las necesidades del legado y su invitada. Lidia estuvo pendiente del consumo de vino de Jano, pero este bebió con prudencia. A pesar de que no entró en temas demasiado relevantes, su charla le pareció a Lidia sincera e interesante.

La de Lidia, en cambio, navegaba siempre en un mar de mentiras. Mentiras que tendría que afrontar cuando llegara el momento de revelar que era emisaria del rey de los yacigios y portadora de un mensaje para el emperador. Lidia no quería ni pensar en cómo se tomaría Jano el engaño.

Al menos, el mensaje que traía era de paz.

El tercer día que Lidia pasó con Jano fue igual de agradable que los anteriores: cabalgaron por los alrededores de la ciudad a lomos de Sagita y Pravum, escoltados siempre por Uteljarab, al que Jano llamaba simplemente Utel. A Lidia le aliviaba la abreviatura, ya que apenas podía contener la risa cada vez que el legado pronunciaba el nombre completo del perro.

Y lo que estaba claro que acabaría pasando, sucedió el cuarto día.

El primer beso se lo robó Jano a Lidia cuando ambos montaban a caballo. El segundo lo evitó Lidia en el atrio, mientras bebían recostados en los triclinios, en una maniobra tan fingida como

recatada, con sonrojo incluido. El tercero significó la derrota de Lidia, que no fue más que el triunfo de Tamura, que en su interior rugió de triunfo.

El objetivo estaba a su merced.

Cuando se encerraron en los aposentos del general, Lidia luchó por refrenarse y no dar rienda suelta a su deseo, pero perdió de forma estrepitosa contra Tamura. En un instante se desencadenó una lucha de titanes sobre el lecho, lamiendo cada cicatriz, besando cada zona del cuerpo sin pudor, frotándose como bestias en celo. Gruñendo, arañando...

Disfrutaron de todo tipo de juegos un buen rato, antes de que las piernas de Lidia se abrieran para recibir a Jano. A este le sorprendió ver cómo aquella mujer era capaz de moverlo sobre ella, dirigiendo la situación con una fuerza descomunal para su tamaño y una maestría apabullante. El legado apenas fue capaz de sacar su miembro a tiempo para no eyacular dentro de ella.

Era evidente que a Jano le había impresionado el tono muscular de Lidia, pero tampoco comentó nada al respecto. La mujer tenía las carnes casi tan duras como las de un hombre, pero también un rostro, unos pechos y unas caderas que despertaban la virilidad en un segundo.

Lidia lo contemplaba mientras dormía.

Le acarició el torso desnudo con el índice. Afuera, Uteljarab rascaba la puerta. Lidia se levantó de la cama y le abrió. El perro la saludó con una mirada rápida y se enroscó junto a un brasero encendido para dormir un rato.

Lidia regresó al lecho y se arrodilló junto a Jano. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no yacía con un hombre de ese modo. Sintiendo...

Tamura le agarró el corazón desde dentro y la hizo regresar al mundo real. Jano Convector era un objetivo. Un instrumento para conseguir un fin.

Enamorarse no entraba en los planes de la espía.

Ni ahora, ni nunca. Ni de Jano, ni de ningún otro hombre.

El enmascarado dejó entrar esa noche al Cobol en Carnuntum, silencioso y dispuesto a verter sangre.

No lo hizo por la puerta ni escaló ningún muro.

El Cobol entró por donde nadie pudiera verlo, invisible, letal.

Por el más oscuro de los inframundos.

—Recuerda —dijo el enmascarado—. Ya no eres hombre, ni mujer. Ahora eres el Cobol, templo de los cobolios, nacidos del fuego de las entrañas del bosque para sembrar terror entre nuestros enemigos.

—¿Quién eres? —preguntó el Cobol, arrastrando las palabras al hablar.

—Para ti soy el Amo. Tienes que obedecerme, siempre.

—¿Dónde está el abuelo?

—Está bien, y cuidará siempre de ti, pero ahora tienes una misión que cumplir. Sígueme, te llevaré a tu escondite.

—Necesito más sangre de los cobolios...

—A su tiempo, no te faltará. Ahora, sígueme —insistió.

La sangre de los cobolios. Aquella poción tenía la capacidad de abrir las puertas de su alma y dejar entrar al Cobol. «Cada vez que la bebas, será el Cobol el que actúe, no tú. Deja que use tu cuerpo. Permítele ayudarnos.»

Esas fueron las palabras del hechicero.

«Y nunca cuestiones sus actos, por muy atroces que te parezcan.»

«Porque escapan a tu comprensión.»

Sin miedo. Sin remordimientos. Sin piedad. Con una crueldad desmesurada.

Así fue como el Cobol actuó la noche siguiente.

Siguiendo al Amo, se internó en las tinieblas hediondas.

Sus ojos veían colores, destellos, señales en las paredes cubiertas de musgo.

A través de los ojos del Cobol.

20

Arnufis nunca perdía el tiempo.

Marco Aurelio le había facilitado una tienda en el campamento, y el egipcio la rentabilizaba a golpe de conjuro. Porque había otro motivo, aparte de la amistad que mantenía con el césar, para acoplarse a las legiones en mitad de una expedición.

El dinero.

Arnufis había montado su gabinete de magia en el campamento de la Segunda Legión Itálica. Como buen perro viejo que era, sabía que un ejército precisa de cualquier ayuda extra durante una campaña, por muy bien que esta vaya. Cuando un hombre escucha el susurro de las parcas, necesita el consuelo de los dioses. Y Arnufis era un maestro en esa clase de alivios.

Marco Aurelio no creía en su magia. Los rituales, invocaciones y remedios del hechicero le parecían tan inútiles como la saliva para apagar un incendio. Sin embargo, le permitía ejercer su oficio en el campamento. Los hechizos de Arnufis ayudaban a mantener la moral alta a los legionarios más supersticiosos. Si salían de la tienda del egipcio convencidos de que la diosa Sejmet los había imbuido con un escudo invisible que los protegería de las flechas germanas, bendito fuera Arnufis.

Aquella jornada había sido muy ajetreada para el hechicero, con una larga cola de clientes que atender y unas arcas a tres cuartos de llenarse. Estaba a punto de irse a dormir cuando una voz le pidió entrar desde el exterior. Era tarde, y el egipcio se encontraba agotado.

—Está cerrado —gritó el mago, molesto—. No será tan urgente para que no pueda atenderte mañana...

—Arnufis, abre —rogó la voz en un susurro—, soy Macrinio Vindex.

Arnufis alzó las cejas, sorprendido por la visita. ¿Qué querría el prefecto de la Guardia Pretoriana a esas horas? Dispuesto a salir de

dudas, lo dejó entrar. Vindex lo hizo muy rápido y cerró detrás de él. Daba la impresión de que había ido a ver al mago a escondidas.

Arnufis invitó a Vindex a acomodarse en un triclinio. El prefecto se quitó el casco emplumado y dejó al descubierto las cicatrices de su rostro. El egipcio las había visto antes, pero a la luz de las lámparas de aceite impresionaban aún más.

—Tú dirás, Vindex —dijo Arnufis.

—Nuestros exploradores han localizado una aldea germana a medio día de camino —comenzó a decir el prefecto—. Está oculta en un valle rodeado de bosques por todas partes. He reunido un *vexillatio* compuesto de dos cohortes de infantería y un grupo de caballería que yo mismo comandaré.

—¿Cuántos hombres en total? —quiso saber Arnufis.

—Mil hombres.

—Aquí hay dos legiones acampadas, ¿por qué limitarse a mil hombres?

—Una unidad más grande se manejaría con dificultad por esas selvas y sería visible desde muy lejos —explicó Vindex—. No quiero que esos bárbaros salgan corriendo, quiero sorprenderlos y derrotarlos. —Hizo una pausa de varios segundos y añadió—. Y esta vez quiero hacerlo en persona.

Arnufis entendió el deseo del joven: quería apuntarse el mérito ante del césar. El egipcio trató de hacerse una idea de cómo sería una aldea de bárbaros. Nunca había visitado ninguna. Imaginó a mujeres atareadas en sus quehaceres cotidianos, con niños enganchados de sus pechos; maridos arando la tierra, puede que pescando en un río cercano; centinelas mal equipados, con armas oxidadas, aterrorizados ante un millar de legionarios armados hasta los dientes. Visualizó chozas en llamas, críos llorando y un muro de escudos pintados de rojo arrasando el lugar en una orgía de destrucción.

En su mente estaba todo muy claro. Conocía cómo funcionaban las legiones romanas, así que vaticinó el resultado de la batalla antes de comenzar el ritual de Heka, la misteriosa magia egipcia.

Arnufis se dirigió al altar instalado al fondo de la tienda, lleno de velas encendidas y figuritas de arcilla que personificaban a diferentes

deidades. Escogió una que representaba a una mujer tensando un arco: Net, diosa de la sabiduría y la estrategia. La colocó en un lugar preferente del ara, puso unas hierbas de un saquillo cercano en una especie de lámpara de barro y las prendió.

De la lámpara comenzó a brotar un humo azulado. Vindex, desde el triclinio, observaba cómo la espalda del hechicero se arqueaba para mecerse de un lado a otro, mientras entonaba unos cánticos lúgubres con una voz impostada que no parecía suya. Si Eudor hubiera estado presente, habría sacado al prefecto de allí a pescozones.

Pero Eudor no estaba. Solo un Vindex fascinado por la magia.

El ritual se prolongó durante unos minutos que a Vindex le parecieron eternos. Por fin, el egipcio se le acercó con paso titubeante, como si hubiera recorrido varias leguas a la carrera. Se tiznó los dedos con las cenizas de las hierbas incineradas y marcó la frente del prefecto con unos símbolos desconocidos.

—Vencerás —auguró Arnufis, con expresión ida; los rabillos pintados de los ojos le otorgaban una mirada especial—. Es el designio de la diosa Net.

Vindex asintió con movimientos mecánicos y sacó una bolsa de dinero para pagar los servicios de Arnufis. Este le sujetó la mano.

—Marco Aurelio te quiere como a un hijo, y no seré yo quien cobre una moneda al hijo del césar. Ve en paz y destruye a tus enemigos.

El prefecto le dedicó una sonrisa de agradecimiento al tiempo que volvía a guardar la bolsa. Abandonó la tienda en silencio, dejando al hechicero a solas.

Esa fue la última vez que Arnufis vio a Macrinio Vindex.

El horror cayó sobre Carnuntum al mismo tiempo que las primeras nieves.

Esa noche, Lidia dormía a pierna suelta junto a Jano. Los esclavos y la Guardia Pretoriana se habían acostumbrado a verla entrar y salir de palacio, con o sin el legado. Las habladurías corrían como vino en una orgía, y ya había quien se refería a ella como la concubina del general.

Siempre a sus espaldas. Siempre entre cuchicheos.

Jano abrió los ojos antes de que llamaran a la puerta de sus aposentos. El sonido de las botas a la carrera sobresaltó a la pareja. El general alargó la mano y sacó el *gladius* de la funda, esperaba cualquier cosa. No sería la primera vez que la Guardia Pretoriana asesinaba a un superior, y él podía ser un buen candidato después de haber arrojado a un *optio* por el balcón. Lidia, metida en su papel, fingió despertarse poco a poco.

—¡Jano! ¡Jano, despierta!

Aquella voz no era de un asesino, sino de Marco Bassaeo Rufo al borde de un ataque de nervios. Uteljarab se acercó a la puerta a olisquear, pero estaba tranquilo. Lidia tapó su desnudez con las sábanas, impaciente por saber qué demonios pasaba. Jano saltó del lecho y ni se molestó en vestirse. Tampoco soltó la espada. Cuando abrió la puerta, la imagen que dio ante el tribuno era perturbadora.

—¿Qué pasa? —preguntó el legado.

—Vístete, general —dijo Rufo, apartando al perro con el pie; Uteljarab estaba oliéndole los calzones—. Los *vigiles* han encontrado un cadáver en un callejón cercano a la calle de los curtidores. —Miró hacia el interior y vio a Lidia en el lecho; no quiso entrar en detalles delante de ella—. Es... me han dicho que es algo horrible —susurró.

—¿Han tocado algo? —quiso saber Jano.

—Nada, han cerrado los accesos al lugar del crimen y han dejado todo como estaba, como ordenaste. Dicen... dicen que esta vez hay cosas raras —añadió.

—Espérame, vamos juntos.

—Abrígate, general —le recomendó Rufo—. Está nevando.

Jano devolvió el *gladius* a la funda y empezó a vestirse a toda prisa. Lidia brincó del lecho y le imitó. Había oído la conversación que había tenido lugar en la puerta, susurros incluidos. Se preguntó si a Jano le molestaría que ella mostrase curiosidad.

Se arriesgó.

—¿Han matado a alguien?

—Sí, tengo que ir a la calle de los curtidores —dijo Jano mientras se deslizaba la túnica de lana por la cabeza—. Hace poco asesinaron a

un centurión de forma cruel en el barrio de las tabernas: le amputaron el miembro antes de degollarlo. Desde entonces, di orden de que se me informara personalmente de cada crimen extraño que se produjera en la ciudad. Apuñalamientos entre borrachos hay muchos —explicó —, ataques como el del centurión, no.

El tiempo se detuvo durante un segundo para Lidia. Así que el asesinato de aquel hijo de puta había tenido consecuencias. No sabía si alegrarse o asustarse.

—¿Se sabe quién lo hizo? —inquirió.

—No, aunque sospechamos de alguien —respondió Jano, abrochándose el cinturón.

—¿Puedo ir contigo? —pidió Lidia; se preguntaba de quién sospecharía Jano.

—No —respondió el general, tajante—. La escena será desagradable.

—No será peor que cuando mataron a mi esposo y a mi hija.

Jano no dio su brazo a torcer.

—Son asuntos oficiales.

—No quiero quedarme aquí, Jano... y es demasiado tarde para regresar sola a casa.

—Ordenaré que te escolten.

—No me fío de los guardias —objetó Lidia, en un intento desesperado por acompañar al general—. Para ellos solo soy una cualquiera que te visita. Si hay un asesino suelto en la ciudad, solo me sentiré segura a tu lado.

Jano maldijo para sus adentros. Señaló una gruesa capa de lana que reposaba sobre un triclinio cercano.

—Échate eso por encima. Y no hables.

Lidia celebró la derrota del legado arrebujándose en la prenda. Ordenó a Uteljarab tumbarse con un gesto, y este obedeció. Rufo le dedicó a Lidia una mirada de reprobación. Estaba claro que desaprobaba la presencia de la concubina de Jano en un asunto como aquel. De todos modos, Rufo no manifestó su desacuerdo ante su superior. Ya tendría tiempo de reírse cuando la viera vomitar en la escena del crimen.

Porque los *vigiles* habían avanzado al tribuno lo que se iba a encontrar.

—Jano —dijo Rufo al legado en voz baja—. Me han dicho que la víctima es un niño. Un niño pequeño...

El general giró la cabeza hacia el pretoriano sin dejar de caminar con pasos rápidos. Los cuatro guardias de la puerta saludaron al trío al pasar.

—¿Un niño pequeño? —preguntó Jano, incrédulo. No sabía por qué, pero había imaginado que la víctima sería un oficial, o al menos alguien perteneciente al ejército.

—El hijo único de Ático Acilio Pudente, el *magister* del gremio de bataneros.

No tardaron en llegar a los aledaños del escenario del crimen, donde miembros de los *vigiles* impedían el paso a cualquiera que intentara acceder a la callejuela. Al reconocer al legado y al tribuno, los soldados se abrieron para dejarlos pasar. Lidia los siguió sin que nadie la detuviera.

Cerca de allí se oían unos alaridos que desgarraban el aire helado de la noche. Se trataba de la madre de la víctima, a la que los *vigiles* no dejaban cruzar el perímetro. Otra voz, la del padre, amenazaba de forma vana a los guardias, que mantenían sus pilos cruzados frente a ellos.

Jano, Rufo y Lidia encontraron a un centurión de los *vigiles* sentado en un banco de piedra. Había vomitado en una esquina, y el olor de la cena a medio digerir inundaba el área donde estaba. El suboficial se levantó y ejecutó un saludo marcial.

—Ave, general. Disculpa por el vómito, no he podido resistirlo.

El centurión dobló la esquina y se detuvo para dejar pasar a los recién llegados. El espectáculo siniestro que encontraron los dejó sin habla.

Habían improvisado una especie de altar en el suelo, con una docena de cirios encendidos al abrigo de una cornisa que impedía que la nieve los apagara. La luz de las velas iluminaba de forma tétrica un sacrificio abominable.

Clavado en la pared con los brazos extendidos, crucificado sin cruz,

colgaba el cuerpo inerte de un niño. Lidia calculó que no tendría ni tres años. Era varón, y por la expresión de su rostro parecía dormir con placidez.

Pero era imposible que durmiera.

Su tronco estaba abierto de par en par, con trozos de madera encajados de forma horizontal entre el esternón y las costillas para mantenerlo abierto, como si lo hubieran colgado para desecarlo a merced de la brisa marina. Los pequeños órganos, expuestos, apestaban a muchos pasos de distancia. El corazón, diminuto, colgaba sobre uno de los palos.

—Por Júpiter —logró articular Rufo antes de darse la vuelta y vomitar en el callejón al ritmo de violentas arcadas.

Jano reprimió la náusea como pudo. Lidia retrocedió unos pasos, resistiéndose a creer lo que veían. Había contemplado muchas atrocidades. Había perpetrado otras muchas. Pero nunca había visto una muestra tan repugnante de macabra crueldad.

Pero había algo más que un pequeño cadáver y unas velas. Algo que tanto Jano como Lidia vieron pintado con la sangre del infante en la pared.

Era un dibujo.

El dibujo de un semicírculo con algo que parecía una cruz clavada en él. Un bosquejo burdo de una espada hincada en un montículo de tierra que para Jano y Lidia tenía significado.

El legado mostró los dientes a la noche, en silencio. Lo último que hubiera deseado era ver ese símbolo maldito entre los muros de Carnuntum.

Lidia no se atrevió a mostrar los dientes, aunque ganas no le faltaron.

Quienquiera que fuera el autor de aquella infamia, quería incriminar a su pueblo.

21

Jano deseó que Marco Aurelio estuviera allí.

Sabía que el emperador solía encargarse en persona de juicios y crímenes, a veces empalmando el día con la noche y la noche con el amanecer. Si estuviera en Carnuntum, sabría lo que hacer. Marco Aurelio era un hombre sabio, reflexivo, analítico...

Jano no era más que un guerrero frustrado.

El Puño del Emperador observó a Lidia con disimulo desde la silla frente a la mesa del escritorio. Se encontraba asomada al mismo balcón por el que Jano había arrojado al *optio* unos días atrás. Uteljarab estaba sentado a su lado, con la vista igual de perdida en la nevada que su dueña. Lidia había dejado solo al general. Tenía que darle tiempo para asumir el horror de la noche anterior.

Lo cierto era que el legado tenía mucho que agradecerle.

Para sorpresa de Jano y Rufo, Lidia resultó de gran ayuda en la escena del crimen. Mientras ellos se indignaban ante la crueldad del asesino y se recreaban en los castigos que le aplicarían cuando dieran con él, Lidia enfocó su atención en detalles importantes que los oficiales pasaron por alto.

No encontraron sangre en el callejón, por lo que dedujo que el asesino había matado al pequeño en otro lugar y había desplegado su altar grotesco donde pudieran encontrarlo.

También apuntó que la expresión del niño era de paz. Ni un ápice de sufrimiento. Cabía la posibilidad de que el asesino lo drogara antes de matarlo.

Aquel ritual no era sármata, ni nada parecido a algo que hubiera visto antes. Aquello estaba preparado para causar terror. Lidia no vio prudente opinar que el símbolo sármata había sido dibujado con la intención de culpar a su pueblo del crimen. Lo cierto es que ella carecía de pruebas para saber con certeza que aquella monstruosidad no había sido perpetrada por un compatriota, pero se resistía a

aceptarlo.

Otro detalle que Lidia consideró importante fue que la víctima era hijo del *magister* de la cofradía de bataneros, que incluía tejedores, curtidores y peleteros. Era un objetivo demasiado relevante para haber sido elegido al azar.

Lidia también tuvo un papel importante al dar consuelo a la madre, desgarrada por la tragedia. Como era lógico, no se le permitió contemplar lo que el asesino había hecho con su pequeño. En ese momento de dolor extremo, la presencia de otra mujer fue vital para la esposa de Ático.

Rufo se ocupó de dar instrucciones a los *vigiles* para que cortaran las calles adyacentes. Jano y Lidia, mientras tanto, fueron a inspeccionar el *domus* del *magister*, a dos calles del lugar donde había aparecido el niño muerto.

En la casa se toparon con un misterio que no tenía explicación: no encontraron puertas o ventanas forzadas. Toda la vivienda estaba atrancada desde dentro, y unas rejas cerraban el compluvio del techo.

Tampoco encontraron señales de una intrusión por el atrio, ni por fuera ni por dentro de la casa. Si alguien hubiera trepado por el muro, habría marcas de calzado en las paredes policromadas. Sin embargo, no había ni un solo arañazo en la pintura que pudiera levantar la mínima sospecha. Era como si el asesino se hubiera materializado dentro de la casa y hubiera desaparecido por arte de magia. Ni siquiera encontraron pisadas frescas en el suelo.

El amanecer sorprendió a Jano y Lidia con muchas preguntas y pocas respuestas. Nadie se explicaba cómo el asesino podía haberse llevado al pequeño del dormitorio de sus padres sin que estos oyeran nada.

Jano salió al balcón para estar junto a Lidia. Necesitaba su compañía. La nieve caía sobre Carnuntum, dibujando finos trazos blancos sobre un fondo gris. Uteljarab lamió la mano del general y este le acarició la cabeza. Lidia y Jano se miraron de soslayo, y ambos se obsequiaron una sonrisa cansada. No habían pegado ojo en toda la noche. Lidia sintió un deseo casi irrefrenable de acariciar a Jano, de abrazarlo.

Tamura tiró de las riendas y no se lo permitió.

—¿En qué piensas? —le preguntó a Jano.

El legado giró la cabeza y Lidia leyó admiración en sus ojos.

—Estaba pensando en que no solo eres una mujer hermosa. Eres tan inteligente como un físico o un filósofo, mucho más que cualquier hombre que haya conocido. —El general pareció pensarlo dos veces—. Bueno, salvo Marco Aurelio o Eudor, claro. Ellos son muy sabios.

—¿Eudor?

La sonrisa de Jano afloró al recordar a Eudor. A pesar de no tener demasiado trato con él, lo apreciaba.

—Puede que algún día lo conozcas. Fue mentor del emperador y del general Pertinax. Un cascarrabias adorable.

Lidia cambió de tema.

—Lo de anoche fue horrible. ¿Qué clase de persona hace algo así?

—Creo que sé quién ha sido —dijo Jano, para sorpresa de Lidia—. Es una asesina.

Lidia disimuló un respingo.

Jano había dicho «asesina», en femenino.

—¿Una asesina? —Lidia intentó que su pregunta sonara lo más despreocupada posible, aunque su corazón había comenzado a redoblar como un tambor de guerra—. ¿Cómo sabes que es una mujer?

—Se llama Tamura —silabeó Jano—, el Fantasma Sármata.

Lidia estuvo a punto de no poder disimular la sorpresa. Sabía que Tamura era conocida entre los sármatas, pero nunca imaginó que su fama hubiera llegado al bando romano. El Fantasma Sármata. ¿Así era como la llamaban? Sintió una mezcla de emociones divergentes: por un lado, decepción y miedo, ya que tarde o temprano tendría que revelar a Jano —y al mismísimo emperador— que era mensajera del rey yacigio. Si el dedo acusador de Roma señalaba a su pueblo como autor del crimen, adiós a su misión. Por otro lado, sintió un orgullo sin parangón. Los romanos la temían, y eso la hizo feliz. Aunque había una incógnita más importante que resolver.

—¿Quién es esa... Tamura?

—Una guerrera yacigia. —Era evidente que la información que

manejaba Jano era correcta—. Un demonio capaz de infiltrarse en un campamento romano y degollar a cuarenta legionarios mientras duermen. Alguien que sabe moverse entre las sombras y asesinar sin dejar rastro...

Lidia atendía a Jano sin atreverse siquiera a respirar.

—Ha acabado con varias de nuestras patrullas al este de Intercisa —prosiguió el legado—. Oí el testimonio del único superviviente de una de sus emboscadas. Vino con su decurión para advertirnos de que los yacigios agregados a su turma están convencidos de que Tamura atacaría Carnuntum. A esa mujer le gusta firmar sus hazañas, y lo hace con el símbolo que encontramos ayer pintado en la pared: una espada clavada en un montículo de tierra. También marca sus flechas con tres líneas rojas.

Lidia contuvo el desconcierto y la respiración. La mayor parte de la información que manejaba Jano era cierta. A veces había dejado un *gladius* clavado en la tierra como homenaje a sus compatriotas caídos, no como una forma de burlarse del enemigo, sino por motivos religiosos. También pintaba tres líneas rojas en sus flechas cuando terminaba de peinar las plumas y afilar las puntas. Esa marca tampoco tenía un significado especial para ella.

Pero ¿cómo sabían los romanos el detalle de las marcas de la flecha? Alguien cercano a ella —o a los yacigios— tendría que haberles proporcionado ese dato. Dato que, por otra parte, ni siquiera muchos sármatas conocían.

Y también la culpaban de haber acabado con varias patrullas, cuando ella solo había atacado a aquellos dacios, más por rabia que por otra cosa.

Mentiras mezcladas con verdades, el peor de los venenos.

—El decurión nos advirtió que estuviésemos preparados —siguió rumiando Jano—. Pero la encontraré, y ya se me ocurrirá algo peor para ella que lo que le hizo al hijo del *magister*.

A Tamura le habría gustado reírse en la cara del legado y apuñalarlo hasta la muerte. Por suerte, Lidia tomó el control y enfocó la situación de forma más amable.

—No deberías precipitarte, tendrás que investigar más.

Jano se volvió hacia ella. Lidia quiso ver trazas de timidez en su mirada, como si le avergonzara lo que iba a pedirle a continuación.

—¿Me ayudarás? Has demostrado que eres mejor que yo en esto.

—Por supuesto —aceptó—. Si me dejas, haremos esto juntos.

Él tomó su mano y la besó, para luego volver a perderse en los tejados de Carnuntum.

—¿Vas a hacer algo para evitar que lo de anoche se repita? —preguntó Lidia.

—A partir de hoy, habrá dos legionarios en la entrada de cada calle. Dispondré un contubernio en cada plaza; también soldados en balcones y terrazas, y no solo movilizaré a los pocos *vigiles* que quedan en Carnuntum. Media legión ocupará la ciudad y será relevada por la otra mitad al día siguiente. Además, nadie podrá salir de su casa después de la puesta de sol.

Lidia asintió. Por suerte, sus correrías nocturnas por los tejados de Carnuntum quedaron atrás. Pero aún le quedaba algo por hacer.

Conseguir una coartada.

Si el asesino volvía a atacar, no podía permitir que alguien la señalara como autora de los crímenes si algún día llegaba a descubrirse su verdadera identidad.

—¿Puedo quedarme contigo hasta que todo esto pase? —le pidió a Jano—. Si permanecemos juntos, podremos ir de inmediato al lugar del crimen si el asesino vuelve a actuar.

El legado lo pensó durante un rato, pero al final aceptó.

—¿Te acompaño a recoger tus cosas? Me vendría bien un paseo.

—Con una condición: no entres en la *insula*.

—¿Por qué?

—Mi casera es muy chismosa.

—Entiendo. Esperaré fuera.

Lidia besó a Jano en la mejilla. Se sintió aliviada.

Podría tener una conversación privada con Maiôsara antes de mudarse a la residencia imperial.

—¡Que me arranquen las tetas! —exclamó Maiôsara—. Una cosa es

acostarte con tu objetivo, otra convertirte en su concubina y otra peor irte a vivir con él. ¿Y qué es eso de que han asesinado a un niño y han dejado el símbolo de la espada en la tierra?

—No estoy segura, pero todo apunta a que alguien intenta culpar a nuestro pueblo de esa muerte —dijo Lidia al tiempo que empaquetaba sus cosas—. Lo más sabio es convertirme en la sombra del legado. Si el asesinato se repite quiero estar con él, en lugar de en su lista de sospechosos. Presiento que hay guardias pretorianos a los que no les gusta mi presencia en palacio, entre ellos Rufo, el tribuno.

Maiôsara empezó a dar vueltas por la habitación. Tamura, la magnífica Tamura de los Cuarenta, mudándose a los aposentos del Puño del Emperador. Durmiendo con el enemigo, colaborando con él...

—Jamás pensé que te implicarías tanto con tu objetivo, y menos tratándose del lugarteniente del mismísimo Marco Aurelio.

—¿Quién mejor que Jano Convector para llegar hasta él? Como verás, estoy cumpliendo esta misión a la perfección.

—Solo los dioses saben cuándo regresará Marco Aurelio del frente. ¿Qué harás mientras tanto? ¿Pasar el día y la noche con el que puede que sea el hombre más peligroso de Carnuntum? ¿Seis meses, o tal vez un año, acostándote y despertándote a su lado?

—No es tan peligroso —respondió Lidia—. Conmigo es atento y generoso.

Maiôsara detuvo su deambular en seco. Se acercó a Lidia y le agarró la muñeca, forzándola a que dejara de empaquetar los vestidos.

—¿Te estás oyendo, Tamura? ¿Acaso no oyes lo que estás diciendo?

—Ya te he dicho que no me llames Tamura en Carnuntum —le advirtió Lidia.

Maiôsara no se amilanó.

—Por supuesto que te llamo Tamura, porque quiero hablar con ella, no con una idiota enamorada que parece que ha olvidado quién es en realidad.

Lidia se deshizo de la presa de Maiôsara con violencia.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo? ¡No estoy enamorada!

Maiôsara se apartó y le dedicó una mirada que mezclaba pena y decepción.

—Puede que todavía no, pero acabarás enamorándote. Antes me has contado, con una sonrisa de oreja a oreja, que cabalgas con él a diario, que adora a tu perro, que te trata con dulzura... —Maiôsara agarró el hombro de Lidia; aquella mano aún transmitía mucha fuerza. A pesar de su edad, la sármata todavía sería una rival más que digna —. Hablas de él como una jovencita enamorada. Tu personaje de indefensa viuda romana te está devorando —afirmó—. Mírate. Mira tus cicatrices y recuerda cada herida. En tu vida solo has conocido el dolor y la sangre, eres una hija de la guerra. Y ahora, el primer hombre que te trata bien y te folla sin violarte echa abajo tus defensas como si su polla fuera un ariete.

—Eso no es así —se defendió Lidia, cada vez más irritada.

—En el fondo te entiendo. Ni siquiera recibiste amor cuando engendraste a tu hija...

Lidia apretó la túnica que estaba metiendo en el saco como si estrujara un corazón recién extirpado. Tuvo que respirar muy hondo para no abalanzarse contra Maiôsara. Aquello le pareció muy sucio.

—No vuelvas a hablar de mi hija. —Lidia silabeó la frase muy despacio sin dejar de mirar el fondo del morral; Maiôsara se dio cuenta de que había ido demasiado lejos—. Ni se te ocurra volver a mencionarla.

Lidia alzó la vista y desafió la mirada arrepentida de Maiôsara con una de ira que la amedrentó. Maiôsara sabía cosas de aquella hija perdida que Tamura ignoraba, cosas que en su día juró no compartir con nadie. Aquel desliz había sido un error lamentable para ella y doloroso para su amiga.

—Perdóname, Lidia. Solo quiero que entiendas que me preocupas tú y tu misión. —Maiôsara cambió de tema, deseando que la nube de oscuridad que se había instalado en la habitación se disipara—. Azariôn ha traído noticias del Bastión. Banadaspo está preocupado, un grupo de guerreros ha abandonado el fuerte, y aunque ellos juran que le siguen siendo leales, sospecha que el motivo de su marcha es por su intención de conseguir la paz con Roma. A nuestro pueblo le gusta la

guerra y odia al Imperio, eso es un hecho.

—Ni siquiera a mí me gusta la política de Banadaspo —reconoció Lidia—, pero cuando hablé con él me dijo que ya llegaría el día en que podríamos derrotar a Roma. Tiene razón: no podemos enzarzarnos en una guerra abocada a la derrota.

—Es una postura fácil de explicar, pero difícil de entender —sentenció Maiôsara—. Según dicen, Zántico se mueve entre Marcomania y territorio cuado. Si consigue pactar una alianza con alguno de esos pueblos, no tardará en enviar sus espías a Carnuntum.

—¿Pueden ser ellos los que asesinaron al hijo del *magister*?

—¿Y pintar la espada en la tierra en la pared? Hay que ser muy estúpido para dejar una pista así después de cometer una atrocidad como la de anoche. Zántico no querría echarse a las legiones encima de esa manera.

—¿Y si quiere culparme a mí de esos crímenes?

—¿A Tamura? ¿Para qué? No lo entiendo...

—Unos auxiliares romanos vinieron hasta Carnuntum para contarle un cuento a Jano sobre unos ataques a unas patrullas en el *limes*. Unos ataques de los que me hacen responsable con todo lujo de detalles. ¿Sabes que los romanos me llaman el Fantasma Sármata?

Maiôsara soltó una carcajada.

—¿El Fantasma Sármata?

—Desde que asalté aquel castro de la Quinta Legión, el de los cuarenta.

—Así que no solo eres célebre entre los nuestros... ¿Y dices que Jano sospecha de Tamura?

—Por desgracia, sí. Quien sea que está detrás del asesinato de ese niño quiere sembrar el terror entre los romanos haciéndoles creer que estoy cometiendo atrocidades y firmándolas. O puede que su objetivo sea pintar a los sármatas como unos monstruos para que las legiones marchen contra nosotros... La verdad es que no estoy segura de nada, todo son conjeturas. Lo único que sé es que ayudaré a Jano a detener al asesino.

—Lo que te faltaba, trabajar codo con codo con Roma.

—Tengo que mantener limpia la reputación de los sármatas para

cuando llegue la hora de pedirle la paz al emperador. Si no de todos los sármatas, al menos de los yacigios leales a Banadaspo.

—Esto es una locura. Si Jano averigua quién eres en realidad...

Lidia dejó escapar una risa sorda.

—Será un momento delicado —reconoció.

—Esto es una locura. Una puta locura.

—Otra cosa —recordó Lidia—. No salgas después del anochecer. La legión va a controlar las calles, y no quiero que te detengan.

—Se avecinan tiempos difíciles —vaticinó Maiôsara.

—Lo sé.

La mujer agarró la mano de Lidia, esta vez con cariño.

—Ten mucho cuidado. Y un último consejo: no te fíes de nadie. Absolutamente de nadie —recalcó.

22

Al diablo le gusta ocultarse detrás de las cosas que parecen fáciles.

El bosque impedía a la *vexillatio* de Macrinio Vindex maniobrar en formación. Los legionarios avanzaban más o menos alineados, pero los desniveles del terreno, los árboles y los matorrales les impedían mantenerse unidos.

Y esa unidad era lo que convertía a las legiones romanas en una fuerza invencible.

El comandante Vindex acompañaba a los infantes a lomos de su caballo. Veintinueve jinetes le seguían. Cabalgaban al paso, tratando de hacer el menor ruido posible y sin rebasar en ningún momento a las centurias dobles que formaban la primera cohorte.

El prefecto había recreado más de una vez en su mente el ataque a la aldea germana, sobre todo después de recibir los buenos augurios de Arnufis. La imponente presencia de las dos cohortes intimidaría a los habitantes del asentamiento. Con un poco de suerte, los aldeanos se rendirían nada más verlos. Luego vendría lo de siempre: tratado de paz, promesa de tierras y un nuevo contingente de ciudadanos para engrosar las filas del Imperio.

El prefecto regresaría al castro con un nuevo triunfo para el emperador Marco Aurelio y, esta vez, todo el mérito sería suyo.

El claro donde se alzaba la aldea comenzó a dibujarse frente a los legionarios. Por mucho que hubieran tratado de evitar llamar la atención, Vindex estaba seguro de que sus habitantes eran conscientes de la presencia de la *vexillatio* desde hacía horas. Un millar de hombres avanzando a través del bosque no pasa desapercibido. Conforme se aproximaban al asentamiento, descubrieron que este era más grande de lo que los exploradores habían calculado desde sus puestos de observación. Estaba compuesto por varias cabañas grandes fabricadas con troncos y vigas de madera y cubiertas por tejados de paja. Para sorpresa de Vindex, solo la rodeaba una empalizada baja

que ofrecía una protección nula, con una puerta abierta de par en par que parecía darles la bienvenida.

Ni un alma a la vista.

—Alto —ordenó Vindex.

Los *signiferi* clavaron los estandartes en tierra, los *cornicen* interpretaron la orden con sus cuernos y la infantería se detuvo en seco. Las cinco centurias que componían la primera cohorte formaron como buenamente pudieron, ya que la arboleda invadía el claro en sus extremos. La aldea parecía desierta, aunque el humo de algunas hogueras y el balido de unas cabras en un corral cercano indicaran lo contrario. Vindex llamó a su segundo al mando, el tribuno Marco Genaro. Este maniobró su caballo para situarse junto al comandante.

—¿Qué opinas? —le preguntó Vindex en voz baja. A pesar de que todo estaba tranquilo, había algo siniestro en aquella aldea.

Genaro exploró los alrededores con la vista. No vio nada extraño.

—Si hubieran querido atacarnos, lo habrían hecho en el bosque.

—¿Crees que habrán huido? —El tono de Vindex arrastraba decepción.

—Si lo han hecho, ha sido hace poco. Aún hay fuegos encendidos...

—Ordenaré entrar a la primera cohorte —decidió el prefecto.

Se volvió hacia el *cornicen*, que se encontraba de pie, junto a su caballo. El encargado de transmitir las órdenes con el *cornu* llevaba una piel de lobo sobre el casco que era una versión épica y elegante del perro muerto del que tanto presumía Ictis. La sucesión de notas hizo que los estandartes se alzaran y que las centurias cruzaran la empalizada abierta.

La primera cohorte tomó la explanada que hacía las veces de plaza de la aldea. Vindex dejó fuera a la caballería, con Marco Genaro al frente, y se abrió paso entre la infantería hasta el interior del asentamiento. Estudió los rostros de los legionarios. La mayoría eran veteranos, supervivientes de varias batallas, curtidos en combate. Un centurión cruzó una mirada tensa con el prefecto. Lo que Vindex leyó en sus ojos fue lo mismo que él sentía en su interior.

Aquella tranquilidad era el presagio de una tormenta.

Una tormenta de fuego, porque la tempestad que azotó a la

primera cohorte estaba compuesta por cientos de flechas impregnadas en aceite ardiendo.

La primera andanada alcanzó a la infantería por el flanco. Algunos proyectiles consiguieron atravesar el metal de las lorigas o impactar en zonas vitales, causando bajas instantáneas, pero la mayor parte de ellos acabó clavada en brazos, piernas, manos y pies.

El concierto de gritos de dolor comenzó justo antes de que cayera un segundo chaparrón de flechas incendiarias. Vindex, que había resultado ileso de milagro, vio cómo el *cornicen* se revolcaba en el suelo, con una flecha ardiente atravesándole la mejilla de lado a lado. Los escudos alzados detuvieron muchas de las saetas, aunque otras muchas remataron a los heridos por la primera ronda. Pero la peor parada fue la caballería de Vindex. Casi todos los animales fueron abatidos o se encabritaban aterrados por el fuego.

Y los romanos aún no habían visto ni a un solo enemigo.

Los gritos de guerra llegaron a sus oídos un segundo después.

Vindex ordenó formación de testudo a gritos, pero era difícil obedecer la orden con legionarios convertidos en antorchas humanas revolcándose en el suelo. Los que aún conservaban algo de calma cortaban los astiles de las flechas clavadas en sus escudos a golpe de espada. El aceite en llamas chorreaba por la madera, la incendiaba y acababa prendiendo las botas de cuero. La segunda cohorte, aún en el bosque, permanecía intacta.

Pero por poco tiempo.

Una horda de jinetes acorazados comenzó a descender por ambas colinas, a izquierda y derecha. Lo hacían a galope, en tropel, como una estampida de caballos salvajes. Los legionarios se prepararon para la carga levantando los escudos, apoyando los pilos en el suelo y elevándolos cuarenta y cinco grados frente a ellos. El centurión más próximo a la caballería enemiga se asomó un poco por encima de su escudo.

—¿Qué coño llevan en la mano? —se preguntó en voz alta.

Salió de dudas en cuanto los jinetes empezaron a girar las hondas por encima de sus cabezas. Las centurias ejecutaron la tortuga a toda prisa, aunque con el entorno boscoso resultaba difícil. Los proyectiles

volaron hacia ellos, y casi todos impactaron en los escudos elevados. Para sorpresa de los legionarios, oyeron el sonido inconfundible de vajilla al romperse.

Pronto comprobaron que en realidad eran vasijas lo que se estrellaba contra los escudos. Lo siguiente que notaron fue cómo una sustancia oleosa resbalaba por estos, impregnando sus cuerpos y ropajes. Adivinaron el horror que se avecinaba justo antes de recibir la lluvia de flechas incendiarias.

Las centurias que formaban la zona exterior de la segunda cohorte ardieron como rastrojos. Los escudos incendiados propagaron el fuego por matorrales y árboles, encerrando a los soldados que ocupaban la zona interior dentro de un círculo mortal.

La desbandada fue general. Los legionarios que no ardían esquivaban como podían a sus compañeros incendiados, saltando por encima de ellos o rodeándolos a toda prisa. Algunos empujaban a los más desdichados con sus escudos o los apartaban a patadas. Los jinetes germanos cabalgaban en círculos a su alrededor. Esgrimían lanzas, espadas y hachas, cerrando el paso a los pocos que lograban escapar del gigantesco aro de fuego.

En la aldea, las cosas no iban mejor para la primera cohorte.

En la lejanía los gritos crecieron hasta alzarse en un estruendo cada vez más próximo. De los veintinueve jinetes de Vindex, solo él y cuatro más aún cabalgaban. Marco Genaro había logrado cruzar la empalizada de la aldea y cojeaba al lado del prefecto, apoyado en su pilo y con la *spatha* en la diestra. No lo había alcanzado ninguna flecha, pero su caballo había sido abatido por un tiro certero y le había aplastado la pierna en la caída. Dos legionarios lo habían liberado, pero el tribuno tenía la rodilla tan hinchada y dolorida que cada paso se convertía en un tormento.

Los bárbaros se acercaban a la aldea, tensando arcos y disparando sobre las centurias. Los proyectiles ya no eran incendiarios, pero al ser disparados tan de cerca, penetraban las zonas más vulnerables de las corazas romanas.

—¡A formar, a formar! —aulló Vindex, aunque la orden fuera difícil de cumplir.

Las edificaciones que ardían detrás de los legionarios amenazaban con derrumbarse sobre ellos. Los germanos habían sacrificado la aldea, que ardía como una gigantesca pira. Las cabras acabaron rompiendo los cercados debilitados por el fuego y corrían entre los hombres, aterrorizadas y embistiendo a diestro y siniestro. Vindex echó un vistazo al bosque donde estaba la segunda cohorte y la vio convertida en una hoguera que hedía a carne quemada.

En la aldea, los legionarios que aún podían combatir formaron una muralla de escudos, sin importar a qué centuria pertenecían o a qué suboficial obedecían. Lo hicieron como pudieron, para tratar de detener a aquella jauría que se les echaba encima blandiendo espadas y hachas. Las primeras líneas romanas arrojaron sus lanzas, y una decena de bárbaros cayó atravesada por estas.

No se detuvieron.

Era una horda desenfrenada.

Los pilos apuntaron hacia el enemigo para contener la carga.

Entonces, las flechas llegaron por detrás.

Un grupo de arqueros se protegía detrás de los edificios en llamas y disparaba a la retaguardia romana, que cada vez tenía más dificultades para evitar el fuego que les rodeaba por todas partes. Los legionarios hincaron la rodilla en tierra para parapetarse tras los escudos, pero habían sufrido demasiadas bajas para componer una formación eficaz. Los tiradores enemigos aprovecharon cada hueco entre sus defensas para colar sus proyectiles.

La primera cohorte sufrió una nueva ronda de bajas. Quienes habían perdido los escudos por culpa del fuego recogían los de sus compañeros caídos y los elevaban, mientras los germanos los animaban a rendirse, gritándoles en latín. Los suboficiales descargaron los bastones de mando sobre las espaldas de los legionarios que arrojaban las armas y se rendían.

El caos se adueñó de la *vexillatio* de Vindex.

La infantería germana arremetió contra el muro de escudos y lanzas, despreciando las temibles puntas de hierro. Algunos de ellos, los de mayor envergadura y fortaleza, agarraban los pilos con las dos manos y los inmovilizaban, facilitando que sus compañeros saltaran

contra la barrera de escudos y los destrozaran a hachazos. Las puntas de los *gladii* surgían tras las protecciones de madera y apuñalaban a los más incautos, pero estos parecían insensibles al dolor cuando las heridas no eran mortales.

Vindex y sus cuatro jinetes aprovecharon que la horda estaba enfocada en quebrar la barrera de escudos para apuñalar por la espalda a los que trepaban por encima de sus compañeros. Los gritos que exigían rendición se elevaban por encima del fragor de la batalla. Cada vez eran más los legionarios que arrojaban las espadas al suelo. Algunos centuriones y *optiones* fueron asesinados por sus propios hombres, antes de que estos soltaran las armas y se dirigieran hacia los bárbaros con los brazos en alto y las manos abiertas.

Y cuando parecía que la cosa no podía empeorar, Vindex vio al gigante.

La horda germana detuvo su ataque y se abrió para dejarlo pasar. Las tropas bárbaras lo aclamaban como a un dios. Caminaba con pasos lentos, con una descomunal hacha de doble hoja apoyada en el hombro. Los hombres a su alrededor, ya altos de por sí, le llegaban por el pecho. Su rostro de nariz quebrada estaba cruzado en diagonal por una cicatriz púrpura que le daba un aspecto aún más temible. Llevaba el cabello recogido en unas trenzas largas, con el típico nudo germano al lado derecho de la cabeza. Vestía una cota de malla vieja y oxidada, con unas hombreras gruesas de piel de lobo que le hacían todavía más grande.

Pero lo más aterrador eran sus ojos. Unos ojos desquiciados que parecían haber adquirido un objetivo.

Vindex.

Los germanos que rodeaban al prefecto se apartaron de él, como si supieran que pertenecía al gigante. Vindex forzó un giro a su caballo para enfrentarse al formidable guerrero que se dirigía hacia él con una lentitud estudiada. El coloso no parpadeaba. A su izquierda, Vindex captó por el rabillo del ojo cómo el último de sus jinetes era derribado del caballo por tres guerreros que lo agarraban con las manos desnudas.

Ya no usaban armas, ahora buscaban prisioneros.

Vindex apretó los dientes, espoleó su montura y se lanzó al galope contra el guerrero del hacha a dos manos. El tiempo pareció detenerse cuando el gigante describió un arco con su arma a la vez que se apartaba de la trayectoria del caballo. Fue tal el golpe que descargó en el cuello del animal que la cabeza del equino quedó sujeta al cuerpo por una tira de carne. La bestia hincó las rodillas en tierra e hizo que Vindex diera una voltereta en el aire y cayera de espaldas frente a varios germanos, que retrocedieron sin atacarle.

Aquello se había convertido en un combate singular.

Vindex dio gracias a los dioses por no haber soltado la *spatha* en la caída. Rodó sobre sí mismo y se incorporó. Despreció el dolor de la espalda y se concentró en el combate. El gigante lo miraba impasible, con el hacha de nuevo apoyada en el hombro, como un leñador que elige el próximo árbol que talar. Los ojos, muy abiertos, seguían clavados en el prefecto. Para su sorpresa, el monstruo se dirigió a él en latín.

—Bonitas cicatrices, las de tu rostro —silabeó, con una voz profunda y carente de emoción; su duro acento germano hacía que las palabras sonaran aún más terroríficas—. Sé quién eres, Macrinio Vindex. Y tú, ¿sabes quién soy?

—Un bárbaro de mierda que va a morir —gruñó el prefecto, que se lanzó a la carrera contra el gigante.

Este volvió a apartarse con un movimiento como el que había usado para esquivar la embestida del caballo, para luego propinar una patada en el culo a Vindex que le hizo caer tras un ridículo trastabillo. Los espectadores germanos estallaron en carcajadas.

El prefecto, humillado, hervía de vergüenza. Para colmo, a su alrededor, ya no había ni un solo legionario combatiendo.

Había sido derrotado en su primera operación en solitario.

Vindex se levantó y lo estudió con la *spatha* adelantada. La envergadura de aquel bárbaro era inmensa, al igual que la del hacha que manejaba como si pesara como una simple *dolabra*. El prefecto buscó una lanza por los alrededores, pero no encontró ninguna. El coloso parecía no tener prisa, como si le diera igual que Vindex consiguiera un arco con un carcaj a rebosar de flechas. Se sentía

invulnerable.

Desolado, Vindex contempló cómo varios bárbaros mantenían inmovilizado a su tribuno y lo obligaban a presenciar el duelo. Marco Genaro sangraba por una brecha en la frente y por la nariz. Los dientes, manchados de rojo, se dejaban entrever a través de unos labios temblorosos.

—Me entristece que no sepas quién soy, Macrinio Vindex —se lamentó el gigante, que avanzaba hacia él con pasos lentos y el hacha sobre el hombro.

Vindex tenía que ser más rápido que aquella mole de carne y músculos. Cuando creyó tenerlo a tiro de estocada, se lanzó a fondo hacia su bajo vientre. El gigante ejecutó un giro vertiginoso de muñeca y el hacha desvió la puñalada con tal fuerza que el prefecto casi pierde el equilibrio. Una nueva patada lo sentó en el suelo.

—Nos subestimas, Vindex, piensas que somos unos salvajes. ¿Creías que podrías conquistar esta aldea con un puñado de hombres hartos de lamerle el culo a tu emperador? ¿Pretendías regalársela para recibir unas caricias en el lomo?

El prefecto se levantó de nuevo y trató de recomponerse. Tenía miedo y se sentía avergonzado. Lo último que deseaba era morir como el juguete de un bárbaro. Los germanos obligaban a los legionarios a contemplar la humillación de su comandante entre risas y burlas.

—Creías que esta aldea sería un objetivo fácil, ¿verdad? ¿Qué esperabas encontrar aquí? ¿Acaso un grupo de recolectores y a sus esposas e hijos temblando de miedo? —El coloso levantó el hacha—. Mira a tu alrededor, Macrinio Vindex. Contempla mi ejército.

Respondiendo al alzamiento del arma, muchos más hombres de los que habían participado en la batalla aparecieron sobre las colinas. Jinetes e infantería. Allá donde mirara Vindex, más allá del fuego y el humo de los incendios, veía soldados marcomanos reuniéndose en torno a la aldea en llamas.

—¿Aún no has adivinado quién soy?

Vindex aulló de rabia y se lanzó en un último ataque desesperado. Esta vez, el golpe del hacha rompió la hoja de la *spatha*, que salió despedida de su mano. Con un rugido, el prefecto sacó el *pugio* de la

funda que colgaba en el lado izquierdo del cinturón y trató de alcanzar a su enemigo. Este lo apartó con un golpe de plano del hacha, que de paso convirtió en astillas los nudillos de Vindex, que lanzó un grito de dolor e hincó la rodilla en tierra, agotado.

—Permíteme que te diga mi nombre, porque mi rostro es lo último que contemplarás en vida, Macrinio Vindex.

Este alzó la cabeza en un último gesto de orgullo.

Quería que sus legionarios lo recordaran así.

Y el gigante pronunció las últimas palabras que Vindex oyó antes de partir hacia el Eliseo.

—Soy Bellomarius.

La cabeza del prefecto, aún con el casco emplumado, rodó hasta los pies de los espectadores. Bellomarius apoyó de nuevo el hacha sobre el hombro y caminó hasta Marco Genaro.

—Adivino que eres el segundo al mando —dijo, mientras sus hombres forzaban al tribuno a mirarle a la cara—. Vas a llevarle un regalo de mi parte al emperador.

Bellomarius levantó la mano y uno de sus hombres metió la cabeza de Vindex en un cesto.

—También le dirás que Bellomarius le espera.

23

—Mesa ocho —dijo Ictis—. Un tribuno y dos centuriones, todos de la Pretoriana.

Ludovico trotó hasta el tubo correspondiente y aplicó la oreja. A punto estuvo de meterse la boquilla de cobre hasta los sesos. Una vez cumplida su misión, Ictis se despidió con un gesto y correteó de vuelta escaleras arriba, a la sala de El Faro del Norte, dejando que su patrón cotilleara a gusto en su despacho del sótano.

El negocio había caído en picado desde que asesinaran al hijo del *magister* la semana anterior. Deambular por las calles de Carnuntum al anochecer se había vuelto una experiencia insufrible. Había controles en cada esquina, y los legionarios que paraban a los ciudadanos pagaban con ellos su enfado y aburrimiento. El destino de cualquiera que les protestara era el calabozo. Con suerte, salía al cabo de unas horas solo con moretones y sin ningún hueso roto. Los más desafortunados regresaban a casa dos días después, con heridas de flagelo en espalda y posaderas.

Había que pensarlo dos veces antes de salir de casa. En Carnuntum, la diversión se había acabado. Y Ludovico Corocotta vivía de la diversión.

Las voces de los tres pretorianos le llegaron nítidas. Una vez más, bendijo al ingeniero que instaló aquel artefacto de espionaje en la taberna. Ludovico pilló la conversación a medias, pero no tardó en coger el hilo.

—Los esclavos ni se enteraron de la intrusión —relataba alguien con una voz tan profunda que reverberaba a través del tubo de cobre —. Tampoco se encontró ni una pista en el *domus*, ni una huella... Ningún rastro —insistió.

—¿Y no habrá sido alguno de ellos? —aventuró una voz cascada, de alguien de mayor edad.

—El *magister* pone la mano en el fuego por sus esclavos —

respondió el de la voz profunda—. Además, están tan afectados como sus amos.

—¿Y se sabe dónde destriparon al niño?

—Aún no. Pero no fue donde apareció, allí no había sangre.

—Pero, Rufo, ¿no se podrían registrar todas y cada una de las casas y negocios de la ciudad? Tenemos hombres para hacerlo...

Ludovico memorizó el nombre de Rufo. Rufo, el de la voz profunda. Apostó consigo mismo que era el tribuno.

—Convector no quiere —respondió Rufo—, opina que cundiría el pánico aún más.

El general Convector acababa de salir a la palestra. El Puño del Emperador. Así que llevaba la investigación en persona... Ludovico aguzó más el oído.

—¿Y quién es esa mujer que le acompaña a todas partes, Rufo? —preguntó una voz aguda que hasta ahora no había hablado. Al menos, desde que la oreja de Ludovico se hubiera incorporado a la conversación—. ¿De dónde demonios ha salido?

—Es una viuda —refunfuñó Rufo; por el tono que empleó, la señora no gozaba de su aprecio—. Lo tiene hechizado, no se separa de ella ni un segundo, es como su sombra. Aunque he de reconocer que es lista y valiente —añadió—. Cuando llegamos donde estaba el niño destripado, no solo no se asustó, sino que se fijó en detalles que ni Jano ni yo percibimos. Una mujer muy extraña, no me fío de ella. Y tiene un perro enorme y peludo que me mira como si fuera una persona —añadió con expresión de asco.

—Yo la he visto un par de veces con él —comentó la voz cascada —. Es hermosa, tiene algo especial... ¿Cómo se llama?

—Lidia —contestó Rufo; una palmada en la mesa hizo que Ludovico pegara un respingo y soltara un juramento para sus adentros —. Echemos unos dados, estoy harto de este tema; en palacio no hablamos de otra cosa. ¡Eh, tres jarras de vino más! —gritó—. Y vosotros, poned las monedas sobre la mesa. Ya.

—Espero desplumarte, como la última vez —dijo la voz aguda.

—Tendrás que emborracharme mucho —le retó Rufo.

—Aquí van mis sestercios —anunció la voz cascada—. ¿Quién

tiene los dados?

Ludovico perdió el interés después de que la conversación se convirtiera en la típica partida. De todos modos, había oído suficiente para atar algunos cabos.

Se sentó en su escritorio y perdió la vista en la estancia iluminada por el millar de velas. Si su instinto no le engañaba, aquella mujer podría ser la que vino con la del pelo blanco a buscar información sobre Jano Convector. Si estaba en lo cierto, la muy zorra había conseguido cazar al legado, a pesar de ser un tipo arisco y atormentado. Puede que Rufo tuviera razón y lo hubiera hechizado...

A Ludovico no le quitaba el sueño la atrocidad del crimen, pero sí sus consecuencias. Había sacrificado dos corderos a los dioses para que la justicia diera con el asesino y todo volviera a la normalidad. Mientras los legionarios controlaran las noches de Carnuntum, la ruina gravitaría sobre su negocio.

Y Ludovico había invertido en El Faro del Norte una fortuna que no estaba dispuesto a perder.

Dos gritos hicieron añicos la paz de la madrugada.

El primero fue el que despertó al magistrado Lucio Renato y a Bruna, su joven esposa. Esta abandonó la cama de un brinco y corrió a la cuna donde descansaba Hilaria, su hija de año y medio. Respiró aliviada al verla dormir, pero no pudo evitar cogerla y estrecharla entre sus brazos. La pequeña, molesta, se despertó y empezó a lloriquear.

—Tú también has oído ese grito, ¿verdad, Lucio? —preguntó Bruna, que mecía a la niña para calmarla.

—Habrá sido en la calle, Bruna —trató de tranquilizarla el magistrado, aunque ella ya iba hacia la puerta con la pequeña en brazos—. ¿Adónde vas?

—A la habitación de Claudio.

—Espera, voy contigo...

Lucio no pudo impedir que abriera la puerta de la estancia donde su hijo de cuatro años dormía en compañía de Mucia, su nodriza. El

magistrado solo vio la espalda de su esposa y los pucheros de Hilaria cuando Bruna profirió el segundo grito de la noche. Un grito tan desgarrador que despertó al resto de los esclavos y alertó a los *vigiles* que custodiaban la entrada de la residencia del magistrado.

A pesar de lo que había encontrado dentro, la esposa de Lucio irrumpió en la habitación gritando el nombre de su hijo a pleno pulmón.

—¡Claudio! ¡Claudio!

Cuando Lucio Renato entró en la estancia, descubrió lo que había hecho gritar a su esposa: Mucia yacía en el suelo, sobre un charco de sangre, con los ojos fijos en el techo y una daga enterrada en el cuello hasta la empuñadura. Detrás de ella, el lecho de Claudio estaba vacío, con la ropa de cama hecha un revoltijo.

Bruna buscó a su hijo por la estancia, repitiendo su nombre en una aterradora letanía. Lucio la ayudó en la búsqueda unos instantes, para luego correr hacia el atrio por si el secuestrador aún estuviera dentro de la casa. Su carrera se detuvo justo en el corredor que conectaba el atrio con el peristilo. Allí se tropezó con el autor del primer grito, el que lo había arrancado del sueño, sentado en el suelo sobre un charco rojo. Lucio se arrodilló a su lado.

—¡Jabari! Estás herido, ¿qué ha pasado?

—Una lamia, *domine* —logró articular el esclavo, que trataba de contener como podía la hemorragia que brotaba de un tajo en el vientre—. Una lamia se ha llevado a Claudio. —Jabari señaló hacia el peristilo—. Por allí...

Ignorando el peligro, Lucio salió al jardín mientras llamaba a su hijo a gritos. Los esclavos, la mayor parte de ellos a medio vestir, empezaban a aparecer, algunos armados con utensilios de cocina; otros, con candelabros. El magistrado oyó, como en sueños, a alguien que vociferaba pidiendo un médico. Los dos centinelas de la puerta entraron en la residencia con los pilos en ristre. Jabari les señaló el mismo camino que había tomado el magistrado.

—Al peristilo —balbuceó, al borde del desmayo—. Una lamia, una lamia...

Cuando los centinelas llegaron al jardín, encontraron a Lucio

Renato revisando las estancias que lo rodeaban: los cubículos del servicio, la exedra, la cocina, la *lavatrina*... Los soldados se unieron a la búsqueda, pero ni rastro de la supuesta lamia ni del niño. Tampoco encontraron signos de que alguien hubiera escalado los muros. Además, eran demasiado altos para hacerlo sin ayuda.

El monstruo y el pequeño Claudio se habían esfumado.

En las calles, las voces de alerta de los legionarios que vigilaban la ciudad se propagaron hasta el palacio imperial. Unos minutos después, Jano y Lidia corrían hacia la residencia del magistrado, dispuestos a enfrentarse al horror una vez más.

Solo en los aposentos del legado, Uteljarab aulló. Su aullido sonó a mal presagio.

En su casa, Lucio Renato cayó de rodillas sobre la nieve que cubría el peristilo, abatido por la impotencia y el dolor.

El grito que profirió fue el más escalofriante de la noche.

24

Mil ojos protegían la ciudad, pero ninguno había visto nada. A excepción de legionarios y *vigiles*, por las vías de Carnuntum no transitaba un alma.

Jano y Lidia encontraron una actividad apabullante en la residencia de Lucio. Había dos médicos ejerciendo su oficio: el primero preparaba unas hierbas para Bruna, que se había desmayado. Un segundo físico cosía la herida de Jabari en el triclinio de la casa. El esclavo había tenido suerte, y el corte no era tan profundo como se creía en principio. En el atrio, Lucio Renato deambulaba de un lado a otro, desesperado, ignorando a los centinelas que trataban de calmarlo. Cuando Lucio vio a Jano, se lanzó hacia él y lo agarró por los hombros. Lloraba como un crío.

—Mi pequeño Claudio —balbuceó—. Ese monstruo se ha llevado a mi pequeño Claudio. ¡Le va a hacer lo mismo que al hijo de Ático! ¡Tenemos que ir a buscarlo!

El legado ordenó salir a los *vigiles* e intentó serenar al magistrado.

—Tranquilízate, magistrado, tengo a media legión en la calle. Es imposible que ese asesino escape. Vamos a atraparlo —aseguró.

—Entró y salió como un fantasma —dijo Lucio, entre lágrimas—. No es una persona, es un demonio.

Lidia dio un paso al frente e intervino.

—¿Puedes enseñarme la habitación de donde se llevaron a tu hijo, *domine*? —pidió.

Lucio se la quedó mirando como quien contempla un mono con dos cabezas. Si bien era verdad que había oído rumores sobre la misteriosa concubina de Jano Convector, era la primera vez que la veía de cerca.

—¿Quién es, Jano? —inquirió.

—Se llama Lidia, y está aquí para ayudarte —respondió—. Es capaz de ver cosas que nosotros no vemos.

Lucio pareció confundido por las palabras del legado.

—¿Un augur? —le preguntó a Jano.

—Así es, *domine* —respondió Lidia, anticipándose a la contestación del general; este apenas pudo disimular su sorpresa ante la disparatada afirmación de la mujer—. Me gustaría ver el cubículo de tu pequeño.

—Sí, claro, sígueme —asintió, secándose las lágrimas con el brazo —. Nunca había visto una mujer augur, no sabía ni que existían...

En cuanto Lucio pasó por delante de ellos para conducirles a la habitación de Claudio, Jano le propinó un codazo a Lidia sin que el magistrado se diera cuenta.

—¿Estás loca? —la reprendió Jano en un susurro; el rostro del legado era una mezcla de desasosiego y rabia—. ¿Qué es eso de que eres un augur?

Lidia ni se dignó a mirarle.

—Una pequeña mentira que nos ahorrará muchas explicaciones. Sígueme la corriente y todo será más fácil.

Lucio les hizo un gesto para que entraran en el dormitorio de Claudio. Nadie había tocado el cuerpo de Mucia, tal y como ordenaron los *vigiles*. Lidia se arrodilló junto a ella, sin importarle que se le manchara la túnica de sangre. Acercó la cara al mango del cuchillo que tenía clavado en el cuello y lo examinó con atención, sin tocarlo. Mientras lo hacía, oyó a Lucio comentarle a Jano en voz baja:

—¿Es una buena augur, general?

—Magnífica. —Jano no sabía cómo disimular el apuro que estaba pasando—. La mejor de toda Panonia.

—Entonces, ¿trabaja para ti?

—Sí —contestó Lidia, levantándose—. Soy su augur personal.

Lucio Renato sintió cierto reparo al darse cuenta de que la adivina lo había oído, a pesar de que había tratado de hablar bajo. Jano se sentía incómodo con aquella patraña. Engañar a alguien que acababa de perder un hijo le parecía cruel, por muy fútil que fuera la mentira.

—¿Has averiguado algo? —le planteó Jano.

—Por ahora no —mintió Lidia. Para su disgusto, no tenía duda de que era una daga arrojadiza sármata. Ella misma solía llevar varias

repartidas por el cuerpo cuando vestía su atuendo de combate.

Calculó la distancia entre el cadáver y la puerta: unos ocho pasos. Si el puñal había sido arrojado desde la entrada, el asesino era capaz de lanzar un cuchillo y clavarlo hasta el mango con una precisión letal desde una distancia considerable.

Se enfrentaban a alguien diestro y fuerte.

—¿Alguien vio algo? —interrogó Jano al magistrado—. ¿Algún testigo?

—Jabari, mi esclavo. Recibió un corte muy feo en el vientre.

—¿Puede hablar?

—El médico le cosía la herida cuando llegasteis.

Se dirigieron al triclinio, donde se encontraba el esclavo. El físico había terminado su trabajo. Jabari reposaba boca arriba, con el vientre vendado y cubierto por una manta de lana. Lidia admiró las pinturas polícromas que adornaban las paredes, incluso más hermosas que las que decoraban las salas del palacio imperial. La estancia estaba caldeada por un sistema de hipocausto que hacía prescindibles las gruesas prendas de abrigo que vestían Jano y Lidia sobre sus túnicas. Lidia nunca había visitado un lugar tan lujoso.

—¿Cómo está? —preguntó Lucio al médico, que en ese momento se lavaba las manos en una palangana de agua caliente.

—Está débil, pero se pondrá bien —afirmó—. Ha tenido suerte, el corte no tocó ningún órgano vital.

—¿Puede hablar? —quiso saber Jano.

Jabari respondió por el médico.

—Puedo hablar, *domine*.

Era evidente que no solo podía. Quería hacerlo.

—Sed breves —aconsejó el físico, que se despidió deseándole a Lucio el mejor desenlace posible para el horror que estaba viviendo.

Jano acercó el mismo taburete que había usado el médico al triclinio donde yacía el esclavo.

—Soy Jano Convector, general de la Decimocuarta Legión y gobernador de Carnuntum en ausencia del emperador. Cuéntamelo todo.

—No sé de dónde salió, *domine*. La sorprendí en el pasillo, justo

cuando iba a entrar en el cubículo del pequeño *domine* Claudio...

Jano pidió silencio alzando la mano.

—Has dicho que *la* sorprendiste. ¿Era una mujer?

—Una lamia, domine, estoy seguro.

El legado cruzó una mirada escéptica con Lidia. Le costaba creer que fueran víctimas de los ataques de una criatura con cuerpo de serpiente y tronco y brazos de mujer.

—¿Qué te hace pensar que era una lamia, Jabari? —preguntó Jano.

—No caminaba como nosotros —explicó el esclavo—. Se deslizaba por el suelo, como una serpiente, y en lugar de piernas tenía una cola gruesa, de reptil...

—Y el rostro, ¿cómo era? —inquirió Lidia.

—De mujer —respondió Jabari, sin titubear; se incorporó sobre el codo y su rostro reflejó una punzada de dolor—. Era joven, hermosa, y tenía el cabello de fuego, como si la cabeza le ardiera. Sin embargo, olía muy mal, como si llevara muerta mucho tiempo. Estaba muy asustado, pero aun así traté de detenerla, no quería que le hiciera daño al pequeño *domine*. La sujeté del brazo y entonces me atacó. Debí de desmayarme, porque no me acuerdo de lo que sucedió después. Lo siguiente que recuerdo es a mi amo en el pasillo. La lamia ya se había llevado al *domine* Claudio.

Rompió a llorar.

—No fue culpa tuya, Jabari —lo consoló Lucio, que se volvió hacia Jano—. Dejémosle descansar.

El legado asintió y los tres salieron del triclinio, dejando que los otros esclavos atendieran al herido. Lucio se echó a llorar, abatido.

—Mi niño, por Júpiter... mi pequeño...

—No llores a tu hijo aún —dijo Jano, tratando de animarle—. Ahí fuera hay más de mil legionarios controlando las vías. —A continuación, se dirigió a Lidia—. ¿Has oído al esclavo? Asegura que es una mujer.

Lidia sabía por dónde iba.

Tamura.

—También ha dicho que se movía como una serpiente —recordó

ella—, que se deslizaba por el suelo y que tenía cola en vez de piernas. Ese detalle me parece extraño... —se dirigió al dueño de la casa, que se cubría el rostro con las manos—. ¿Podemos ir al peristilo, *domine*?

—Ve donde quieras, augur —respondió Lucio, invitándola a internarse en su propiedad con gestos amables—, cualquier cosa con tal de que adivines dónde está mi hijo. Si necesitas algo que te ayude en tus auspicios...

Aquella suplantación ponía enfermo a Jano. A pesar de ello, guardó silencio y no desenmascaró a Lidia en ningún momento. Tal vez ella tuviera razón, y esa impostura le facilitara las cosas ante terceros. Pensándolo mejor, ojalá corriera la voz de que era una adivina: así se aplacarían los rumores sobre su concubinato. Carnuntum se aburría, y nada mejor que un cotilleo para cebar tertulias y reunir corrillos. Al fin y al cabo, el Puño del Emperador era el personaje más importante de la ciudad.

Salieron al peristilo. Las columnas sostenían un soportal que daba acceso a varias estancias de servicio. Lidia inspeccionó el suelo nevado. Si bien había caído más nieve desde que la supuesta lamia entrara, aún se conservaba un rastro que iba desde la zona ajardinada hasta el corredor donde había apuñalado a Jabari. Lidia llamó a Jano. Detrás de él, Lucio Renato se había sentado en un banco para terminar de hundirse en la desesperación.

—Fíjate en esto. —Lidia señaló el suelo, donde todavía podía apreciarse un surco que pronto quedaría cubierto por la nieve—. Es como si algo se hubiera arrastrado por aquí.

—No irás a creer la versión del esclavo... no creo en monstruos.

—Yo tampoco creo que sea una lamia —coincidió Lidia—, pero esto es extraño. Puede que el asesino arrastrara un bulto...

—La asesina —corrigió Jano—. Ya no tengo ninguna duda de quién se trata.

Lidia respiró hondo, pero encontró arriesgado discutir con Jano sobre ese punto. Lo cierto es que las pistas apuntaban hacia una asesina sármata: la daga, el sigilo extremo, la eficacia... Ni ella misma podía descartar la posibilidad de que se tratara de una compatriota. Tamura era la mejor de todas, pero no era la única espía guerrera de

las tribus. Tanto yacigios como roxolanos, aorsos y siraces tenían agentes capaces de proezas similares a las suyas. Y el esclavo no dudaba de que la asesina era una mujer.

Jano trató de seguir la huella, pero esta se difuminaba hasta desaparecer en el soportal. Levantó la vista y estudió la parte superior del peristilo. Si alguien hubiera trepado desde fuera, tendría que haber pisado el tejado nevado que daba al jardín, y allí no había huella alguna. La nieve se veía gruesa e intacta.

—No entró por el tejado —concluyó Jano—. Es como si se hubiera materializado aquí mismo. ¿Podría haber entrado por una ventana exterior?

Lucio levantó la vista.

—La residencia no tiene ventanas a la calle —explicó—. Todas dan al atrio o al peristilo.

—Descartadas las ventanas —dijo Jano, decepcionado; volvió a recorrer los tejados con la mirada—. Es imposible que esa mujer haya huido cargando con el niño, con la cantidad de tropas que hay desplegadas en la calle. Espérame aquí, Lidia, voy a ver si veo algo fuera.

Ella lo agarró por la capa de piel.

—Eh, voy contigo.

—Puede ser peligroso.

—Todo es peligroso en esta ciudad. Voy contigo —insistió.

Jano desenfundó el *pugio* que llevaba en el cinto y se lo ofreció.

—¿Sabes usar esto?

Lidia cogió el puñal y lo sopesó. Tuvo que morderse los carrillos para no echarse a reír. Estaba segura de que podría vencer al legado con el cuchillo si este la atacara con la espada.

—He matado algún que otro pollo antes —dijo.

—No te separes de mí.

Jano echó de menos a Lucio en el banco donde había estado llorando. Lo encontró en su cubículo, donde Bruna dormitaba, drogada con una infusión preparada por el médico que la había atendido. Casi todos sus esclavos estaban con él, armados con cuchillos y bastones. Una esclava nubia sostenía entre sus brazos a la

pequeña Hilaria, que dormía ajena al drama que se vivía en la casa. Jano observó cómo unos legionarios se llevaban el cuerpo de Mucia envuelto en una sábana. El legado se despidió del magistrado.

—No desesperes, Lucio —le dijo—. Es posible que Claudio siga vivo. Voy a buscarlo personalmente, aunque mis mejores hombres ya están en ello.

—¿Me informarás de cualquier novedad, general?

—Dalo por hecho —prometió.

Cuando estaban a punto de irse, Lucio llamó a Lidia.

—¡Augur! —Al volverse, Lidia descubrió que sus ojos eran los de un niño implorante—. ¿Rezarás para que mi hijo aparezca sano y salvo?

A Lidia se le hizo un nudo en la garganta. Se sintió extraña, perdida. Se sentía emocionada por la desolación de un romano, un enemigo de su pueblo. Alguien que, en otras circunstancias, solo merecería recibir una hoja sármata en las entrañas. Y ahora, hacía suyo el dolor de un patricio de Roma. Las legiones habían masacrado a muchos de sus compatriotas, incluidos niños tan inocentes como el propio Claudio. La mano de Lidia —o de Tamura— se cerró un poco más fuerte alrededor de la empuñadura del *pugio*. Una voz interior le gritó en sármata que no se confundiera. Aquel era el enemigo, el verdugo de su pueblo.

Pero Lidia acalló la voz interior.

—Lo haré, te lo prometo —contestó.

Jano le dio un toque a Lidia para que lo siguiera. El frío intenso de la noche los abofeteó al salir del *domus*. Los legionarios que vigilaban las calles saludaban al legado conforme pasaban por su lado. Jano y Lidia rodearon la residencia de Lucio Renato sin encontrar ni una pista en los muros exteriores.

—Definitivamente, por aquí no entró —dijo Jano de nuevo, cada vez más seguro.

—¿Por dónde empezamos a buscar?

En la calle había más legionarios que entre los muros del castro de la Decimocuarta Gémina. Mirara donde mirase, Jano no encontraba una brecha por la que la asesina hubiera podido escapar.

—En estos momentos, estoy tan perdido como tu —reconoció.

Recorrieron las calles un buen rato e interrogaron a cada legionario que encontraban. Ninguno había visto nada. De repente, vieron a un centurión de la Guardia Pretoriana dirigirse hacia ellos a paso ligero desde el cardo máximo. Dos soldados lo acompañaban. Al ver al legado, ejecutaron un saludo militar.

—Ave, general —jadeó el centurión; parecía haber corrido un buen trecho—, tienes que ver algo.

—¿Qué?

—Será mejor que lo veas por ti mismo. Síguenos.

Lidia y Jano caminaron detrás de los pretorianos hasta llegar a los aledaños de la puerta principal. Estaba abierta, vigilada por un par de contubernios. Los braseros y los faroles iluminaban la escena. Había parado de nevar. El centurión miró hacia atrás para comprobar que el legado y su acompañante los seguían. No se detuvieron al llegar a la puerta.

—¿Tenemos que salir de la ciudad? —preguntó Jano.

—Es aquí mismo, *domine* —respondió el centurión.

Jano y Lidia tuvieron un mal presentimiento. El centurión y los guardias aminoraron el paso conforme salían de los muros de la ciudad. Lidia aferró el puñal con más fuerza. No por miedo, sino por ansiedad.

Se temía lo peor.

Recorrieron unos cien pasos hasta llegar a un lugar extramuros. Lo primero que vieron fueron unas luces mortecinas.

Velas.

Cuando estuvieron más cerca, descubrieron el horror.

La lamia, o quien fuera el monstruo que había cometido aquel crimen, había dispuesto un lienzo para proteger su altar impío de la nieve. Aquella tela desprendía un insoportable hedor a sangre, orina y heces.

El pequeño cuerpo de Claudio estaba desnudo y abierto del mismo modo que el del hijo del *magister* de los bataneros, crucificado en un par de tablas, a falta de pared donde clavarlo. Al igual que este, su expresión no denotaba sufrimiento. Lo habían eviscerado, pero no

había ni rastro de sus órganos. Una docena de velas iluminaba aquella estampa macabra.

En la frente del niño había una marca tallada a punta de cuchillo.

Un semicírculo que representaba un montículo y una especie de cruz que recordaba a una espada hincada en la tierra. Lidia notó cómo una lágrima caliente evaporaba el frío de sus mejillas.

El centurión y los guardias se apartaron un poco de la escena, a la espera de las órdenes de su superior.

A Jano Convector se le olvidó respirar.

Solo tenía una idea en la cabeza.

Atrapar a Tamura y hacerla pagar por aquello.

25

Bellomarius era un líder fuerte, decidido y valiente.

Pero Bellomarius tenía un defecto que eclipsaba sus virtudes.

La arrogancia.

Bellomarius esperaba reunirse con el rey Ariogeso a orillas del río Morava, en los límites de un campamento levantado por el mismo ejército que emboscó a la *vexillatio* de Macrinio Vindex. Los marcomanos sacrificaron la aldea más grande de la región a cambio de la victoria. Para su rey, había merecido la pena.

Los caudillos más ancianos reprobaron la humillante ejecución de Vindex, aunque sus protestas nunca llegaron a oídos de Bellomarius. Era más fácil criticarle a sus espaldas que a la cara; hacía falta mucho valor —o estar muy loco— para cuestionar al rey marcomano. En el caso de Macrinio Vindex, Bellomarius había preferido impresionar a una horda de guerreros embriagados de sangre fresca a preservar la vida de un rehén muy valioso por el que negociar. El combate contra Vindex comenzó como un espectáculo cruel que terminó siendo una grotesca demostración de superioridad. Por eso, después de la batalla, algunos caudillos marcomanos coincidieron en que el comandante pretoriano habría tenido mucho más valor vivo que muerto.

Y ese gesto de enviarle la cabeza al emperador...

Aquello fue innecesario. Hasta ahora, los germanos derrotados habían sido tratados con dignidad por el Imperio: les adjudicaban tierras y hasta les otorgaban la ciudadanía romana. Era cierto que violaban sus territorios y costumbres, y que alistaban a la fuerza en sus legiones a los más jóvenes y capaces, pero también les permitían conservar su identidad como pueblo e incluso mantener a sus mandatarios. ¿Qué ganaba Bellomarius enfureciendo al emperador más de lo que ya lo estaba? Había enviado diez legiones completas como represalia al asedio de Aquilea, ¿qué pretendía el líder marcomano con aquella provocación?

O, mejor dicho, ¿qué quería demostrar?

Bellomarius recreaba en su mente, una y otra vez, cada momento glorioso de su incursión al lado occidental del *limes*: la destrucción de enclaves romanos en su camino hacia Italia, los veinte mil legionarios derrotados en la Vía Ambra, cerca de Carnuntum, el asedio a Aquilea, su huida a Recia y Nórico, donde había logrado volver loco a Pertinax jugando con él al gato y al ratón... Con los ojos cerrados, el rey marcomano se sumergía en esos recuerdos, extasiado por una sensación de poder que le hacía sentir grande.

El sol arrancaba destellos a las gélidas aguas del Morava cuando las nubes se abrían para permitir el paso de sus rayos. Bellomarius, sentado en una piedra cercana al puente de madera que cruzaba el río, giró la cabeza y observó con orgullo el campamento plagado de hombres, mujeres y niños. El último recuento de guerreros le había devuelto un número de doce mil quinientos, entre marcomanos, roxolanos y algunos naristios que se resistían a la conquista final de su territorio a manos de las legiones. A Bellomarius le había bastado una cuarta parte de ellos para derrotar a la *vexillatio* de Vindex, pero necesitaría muchos más soldados para hacer frente a las dos legiones que se internaban cada vez más en Marcomania.

Los cuados y yacigios eran esenciales para la victoria. Ya había combatido codo con codo con ellos el año anterior, y le parecían magníficos jinetes y formidables combatientes. Bajo sus órdenes, aplastarían a los romanos con facilidad. Y según tenía entendido, era el propio emperador el que comandaba aquellas dos legiones, junto con Tiberio Claudio Pompeyano y su viejo enemigo Publio Helvio Pertinax.

Bellomarius fantaseó con la victoria: ¿qué mayor deshonra para Roma que ver derrotados a sus mejores generales y recibir la cabeza del emperador en un canasto?

En esos pensamientos flotaba la imaginación de Bellomarius cuando alrededor del mediodía uno de sus patrulleros a caballo cruzó el puente de madera.

—Un emisario cuado acaba de llegar. Viene solo.

—¿Cómo que viene solo? ¿Ha dicho su nombre?

—Se ha identificado como Berigastio. Afirma ser consejero de Ariogeso.

Bellomarius frunció el ceño. La cicatriz púrpura que partía su nariz en dos brilló con luz propia cuando las fosas nasales se abrieron para bufar.

—Esperaba al rey de los cuados —masculló, con los dientes apretados—, y me envían a un vulgar consejero. —Bellomarius reflexionó el tiempo que tardó en controlar su furia; tal vez la ausencia de Ariogeso estuviera justificada—. Dejadlo pasar.

El jinete dio media vuelta y volvió a cruzar el puente sobre el Morava. Bellomarius recogió el hacha de doble filo del suelo y se levantó. Aquel *bipennis*, como lo llamaban los romanos, era más su alma que su arma. Nunca se le veía sin ella, como si fuera una extensión de su propio ser, su seña de identidad. El rey marcomano se dirigió a recibir al emisario de los cuados al principio del puente. Caminó con el hacha apoyada sobre el hombro, repitiéndose a sí mismo que tenía que ser diplomático y mantener la calma, fuera cual fuese el mensaje que portara aquel desconocido.

Algo le decía que no eran buenas noticias.

Berigastio divisó al gigante cuando cabalgaba por la mitad del puente. La figura de Bellomarius era imponente. Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto en persona. Le recordó a una versión ciclópea de Ariogeso, aunque el bigote que complementaba la barba rubia del marcomano era como media melena del rey cuado. Las cejas, casi tan hirsutas como el bigote, ensombrecían unos ojos tan abiertos que parecían querer asaetearle el corazón.

—Saludos, rey Bellomarius. Soy Berigastio, consejero del rey Ariogeso.

—Ya sé quién eres. ¿Por qué tu rey envía a un emisario, en vez de venir en persona?

—Se encuentra en territorio cuado, preparándose para la batalla final contra Roma. ¿Puedo desmontar?

Bellomarius le invitó a hacerlo con un gesto, se dio la vuelta y se dirigió a la misma piedra sobre la que había estado sentado toda la mañana. Berigastio descabalgó y ató su caballo a uno de los miles de

árboles que poblaban la ribera del río. Caminó hacia donde estaba el caudillo, tratando de disimular su miedo. La presencia de aquel gigante era intimidante y, como bien había supuesto el propio Bellomarius, las noticias que traía de Ariogeso no eran las que el rey marcomano esperaba.

De hecho, aún no sabía si sería capaz de darle noticia alguna.

—Siéntate en esa piedra de ahí. —La invitación de Bellomarius sonó en los oídos de Berigastio como una orden; los ojos desorbitados del rey siguieron los movimientos del consejero hasta que este acomodó las posaderas en la piedra salpicada por el agua del río. Estaba helada y húmeda—. Dime, ¿por qué no ha venido Ariogeso?

Berigastio tomó aliento y empezó a hablar. Fue una proeza que no le temblara la voz.

—No sé si sabrás que Marco Aurelio ha desplegado diez legiones a este lado del *limes*...

—Ya derroté a una hace unos días —le interrumpió Bellomarius, esbozando una sonrisa tan escalofriante como su expresión habitual.

—Unos exploradores sármatas han estado en el pueblo donde tuvo lugar esa batalla —informó Berigastio, tratando de componer una sonrisa amable que alejara cualquier atisbo de ofensa de sus palabras; ya había sentido el *pugio* de Marco Aurelio en la nuez, no quería regresar a su campamento atado al caballo y con su cabeza en el regazo—, y opinan que es imposible que eso fuera una legión entera. Esos legionarios formaban parte de lo que ellos llaman una *vexillatio*, una parte de una legión. De todos modos, tu victoria no deja de ser un movimiento magistral por tu parte, Bellomarius, una hazaña de la que se hablará durante mucho mucho tiempo.

La sonrisa irregular de Bellomarius se dejó entrever a través del espeso bigote rubio.

—Tengo más de trescientos prisioneros en las montañas que hay al oeste —alardeó—, y un centenar de esos legionarios forman ahora parte de mi ejército. Los he liberado del yugo romano, soy un héroe para ellos.

—No me cabe la menor duda —apuntó el consejero.

—Y por supuesto que sé que Marco Aurelio vendrá a por nosotros

en cuanto reciba el regalo que le envié. Si es que no lo ha recibido ya...

Berigastio se rascó la nariz y apoyó el codo en la rodilla. ¿Un regalo?

—¿De qué regalo hablas?

—La cabeza de Macrinio Vindex, el comandante del ejército que derroté. Lo reconocí por las cicatrices de la cara. —El rey se señaló la marca que cruzaba su rostro—. Esta me la gané por estúpido, por un descuido. Era joven. Él tenía muchas, demasiadas para ser un buen luchador. A pesar de eso, sé que Marco Aurelio lo tenía en gran estima, y por eso le mandé su cabeza de recuerdo, para que lo cuelgue en esa tienda en la que pasa noches enteras escribiendo idioteces que no interesan a nadie.

Bellomarius soltó una carcajada tan feroz que a Berigastio se le pusieron los vellos de punta. Se imaginó, por un momento, cómo sería tener enfrente a ese gigante como enemigo en el campo de batalla. Decidió que solo había dos posibilidades: salir corriendo o cagarse encima.

—Marco Aurelio se está adentrando en Marcomania —le recordó Berigastio—, y ese regalo tuyo le enfurecerá tanto que no parará hasta dar contigo. No fue eso en lo que quedaste con mi rey: el plan inicial era derrotarlo en territorio cuado, con la ayuda de los yacigios de Zántico.

—¿Y qué más da un campo de batalla que otro? Regresa y di a esos dos, donde quiera que estén, que vengan, que aquí serán bien recibidos. Con nuestros tres ejércitos, fundidos en uno solo, derrotaremos al emperador. Unidos, bajo mi mando, aplastaremos a las legiones de Marco Aurelio, una por una.

Berigastio había oído bastante.

¿Cómo explicarle a aquel bravucón que era imposible detener a dos legiones completas con flechas, lanzas, hachas y espadas? ¿Cómo convencerle de que ni Ariogeso ni Zántico lo aceptarían como comandante del ejército, sino como un simple aliado? ¿Cómo exponerle que su tiempo había pasado, y que habría que combatir al enemigo usando nuevo equipo y nuevas tácticas?

Berigastio estuvo seguro de que su cabeza acabaría navegando por el Morava si intentaba razonar con Bellomarius. Se la imaginó, mordisqueada por los peces mientras rodaba por el fondo, juguete de la corriente. En cierto modo, la tozudez de Bellomarius le tranquilizó. Se ahorraría tener que decirle a la cara al rey marcomano que no le quedaba más remedio que aceptar las condiciones de Ariogeso para formar alianza con cuados y sármatas. Simplemente, le diría a Ariogeso que no contaran con el ejército de Bellomarius. Tampoco creía que fuera imprescindible.

O tal vez sí podría sacar provecho del viaje. Berigastio no era buen guerrero, pero tenía otras armas: la inteligencia y el poder de persuasión. Compuso su mejor sonrisa y admiró el campamento marcomano como si fuera el más grande que hubiera contemplado jamás.

—¿Cuántos guerreros te acompañan, Bellomarius?

—Doce mil quinientos, sin contar heridos y enfermos.

Doce mil quinientos. Un ejército considerable que vendría muy bien a Ariogeso y a Zántico si él conseguía mover bien sus fichas. Bellomarius lo arrancó de sus reflexiones con su impaciencia.

—Pero bueno, emisario, habrás venido con un mensaje de Ariogeso, ¿verdad? ¿A qué esperas para dármelo?

—El mensaje que traía era para que condujeras a tus hombres a territorio cuado, pero visto el potencial de tu ejército, trasladaré tu oferta a Ariogeso y a Zántico para combatir a los romanos en tu terreno. Estoy seguro de que aceptarán —mintió.

Bellomarius se levantó de la piedra donde estaba sentado y señaló el bosque infestado de hogueras, tiendas y toldos.

—¿Quieres visitar el campamento? Así comprobarás por ti mismo la grandeza de mi ejército.

—Nada me gustaría más —aceptó Berigastio.

Tenía las posaderas mojadas y heladas.

—Sígueme.

Berigastio cogió el caballo por las riendas y acompañó a Bellomarius al campamento. Tuvo tiempo de observar a las tropas marcomanas, sármatas y naristias que componían su fuerza de

combate. No estaban mal, no señor. Servirían.

También tuvo tiempo de festejar el triunfo de Bellomarius contra Vindex en una fiesta que improvisaron esa noche. Berigastio bebió poco, tenía otras cosas más importantes que hacer, como entrevistarse en secreto con el líder de los sármatas y de los naristios. Incluso se atrevió a hablar con caudillos menores marcomanos, y descubrió que no todos eran tan optimistas acerca de la victoria contra Roma como Bellomarius. La arrogancia del rey les preocupaba.

Habían ganado una batalla, pero la guerra venidera los asustaba.

A ese miedo se aferró Berigastio cuando les propuso otra opción.

Esa noche, alrededor de la hoguera, Bellomarius bebió, fanfarroneó y rio a carcajadas, ajeno a que la mayoría de sus aliados, incluso muchos de su propio pueblo, ya no lo veían como el líder incuestionable que llamó a las puertas de Aquilea.

A la mañana siguiente, Berigastio cabalgó de regreso al campamento donde Ariogeso y Zántico preparaban un ejército mucho más numeroso, mejor equipado y más avanzado que la horda marcomana de Bellomarius.

Bellomarius era arrogante, y su arrogancia le había puesto una venda alrededor de los ojos que le impedía ver la traición que se fraguaba a su alrededor.

El foro de Carnuntum estaba a rebosar. Subido al púlpito, el *praeco* observaba a la multitud congregada a su alrededor. Tendría que elevar mucho la voz para que hasta el último oyente de aquella muchedumbre, que rondaba el millar de personas, escuchara su proclama.

Oculta entre la multitud, en los soportales del foro, una figura encapuchada aguardaba el pregón. A pesar de su aspecto siniestro, nadie le prestó atención. Los ojos y oídos de la plaza estaban enfocados en el mensaje del día. La noticia de los sacrificios de niños se había propagado como una mala enfermedad, y los más supersticiosos afirmaban que una terrible maldición se cernía sobre la ciudad. Según decían, varias familias con niños pequeños ya habían

abandonado Carnuntum a la desesperada, aunque era pleno invierno. La muerte gravitaba sobre la plaza, una muerte invisible e inevitable, capaz de burlar ojos humanos.

Un azote cruel del que era imposible defenderse.

Cerca de las primeras filas, Lidia esperaba el discurso acompañada de Uteljarab, que permanecía pegado a su pierna. Era la primera vez en semanas que Lidia se separaba de Jano, que consideró imprudente mezclarse con una multitud tan grande. El legado tenía razón: en un acto así, hasta un niño podría apuñalar por la espalda al mejor de los guerreros, y él, en ese momento, era la persona más relevante de Carnuntum.

El pregonero alzó las tres tablas de cera donde tenía escrito el comunicado y empezó a leerlo con voz potente, acompañando cada palabra con gestos de la mano.

—Ciudadanos de Carnuntum: en la noche de ayer, volvimos a sufrir el ataque de una asesina cruel y cobarde. A pesar de que los legionarios de la Decimocuarta Legión vigilan la ciudad de día y de noche, esa abominable mujer ha conseguido asesinar a los hijos de dos de nuestros más influyentes y queridos patricios.

—¡No es una mujer, es una lamia! —gritó alguien.

Se oyeron murmullos de aprobación alrededor de ese comentario anónimo.

—Esa mujer responde al nombre de Tamura —prosiguió el pregonero—, una espía yacigia que ha atacado a nuestras legiones en el pasado, pero hasta ahora no conocíamos su falta de escrúpulos a la hora de asesinar pequeños. El Fantasma Sármata, como la llaman nuestros soldados, está en la ciudad, identificada por la Guardia Pretoriana por el símbolo con el que marca sus atroces crímenes: un montículo de tierra, representado por un semicírculo, con una espada clavada en él.

»Por eso, a partir de ahora y hasta que se detenga a la asesina, estará prohibido circular por las vías desde el crepúsculo hasta el amanecer, sin excepción alguna. Quienes por su oficio deban trabajar de noche, habilitarán camastros en sus establecimientos, pero no podrán salir a la calle bajo ningún concepto, so pena de detención. Los

padres de cualquier menor de catorce años que posean esclavos o tengan sicarios a su servicio estarán obligados a apostarlos cada noche en los cubículos de sus hijos, para evitar así el ataque de ese monstruo.

»Asimismo, en caso de que algún padre carezca de protección personal y de medios para contratarla, podrá solicitar la presencia de dos legionarios armados que velarán por el sueño de sus hijos sin coste alguno para él, a excepción de comida y bebida.

»Cualquier información que lleve a la detención o muerte de Tamura, el Fantasma Sármata, será recompensada con cinco mil sestercios. Dicha información deberá ser entregada en el palacio imperial, al legado de la Decimocuarta Legión Gémina, el general Jano Convector.

»A pesar de que las víctimas de los ataques han sido niños, la autoridad no descarta que la asesina atente contra adultos, así que se ordena a los ciudadanos que extremen las precauciones y que pongan en conocimiento de las autoridades cualquier movimiento sospechoso.

»Que Júpiter nos proteja y que pronto podamos exhibir a la asesina colgada de una cruz.

El *praeco* se colocó las tablillas bajo el brazo y descendió del púlpito. La multitud comenzó a disgregarse y a formar corrillos en los que se comentaban los terribles sucesos. Las palabras «lamia» y «maldición» se repetían en las conversaciones. También el nombre de Tamura.

El miedo podía respirarse en Carnuntum.

La figura encapuchada desapareció por una de las vías que partían del foro. Con las nuevas medidas adoptadas por la ciudad, al Cobol le sería muy difícil volver a actuar. Cualquier acción podría convertirse en una misión suicida, y el Cobol había ido a sembrar el terror y a matar.

La figura sonrió bajo la capucha que le ensombrecía el rostro.

Desde luego, el terror campaba ahora por las calles de Carnuntum. Aquella parte de la misión se estaba cumpliendo a la perfección. Su siguiente movimiento podía esperar. Aquella situación de encierro obligatorio no podría durar siempre.

En el foro, Lidia se apoyó contra la pared y miró al cielo. Uteljarab se sentó con la vista clavada en ella, como si fuera consciente de que algo atribulaba a su dueña.

El nombre de Tamura había significado valentía, respeto y miedo en el corazón del enemigo. Y ahora ese asesino —o asesina, como afirmaba el esclavo de Lucio Renato— cometía unas atrocidades dignas del peor de los monstruos en su nombre.

¿Quién hacía eso? ¿Por qué?

Lidia había llorado muy pocas veces en su vida, la mayor parte de ellas cuando no era más que una niña que había crecido entre dolor y sufrimiento.

Esa mañana de febrero, la impotencia la hizo llorar.

26

Marco Aurelio y Tiberio se negaron a ver la cabeza cortada de Macrinio Vindex.

Pertinax sí se atrevió a enfrentarse a su mirada muerta. Aquellos ojos en blanco le marchitaron el alma. El puñetazo que dio en la mesa se oyó en medio campamento de la Primera Legión.

El legado casi se llevó consigo la tienda al salir. Subió al caballo y atravesó el campamento de la Adiutrix a galope. Cabalgó tan rápido que los legionarios tuvieron que apartarse para no ser arrollados. A su paso, Publio Helvio Pertinax dejó una estela de odio que quemaba como el fuego estigio y apestaba a venganza. Los centinelas que hacían guardia en la puerta le dejaron vía libre. No era la primera vez que lo veían furioso, pero nunca hasta tal punto.

Pertinax galopó la milla y media que le separaba del campamento de la Segunda Itálica a la misma velocidad con la que cargaba contra el enemigo. El centurión de la puerta decumana le dejó pasar sin atreverse siquiera a saludarlo. La furia del legado era como una tormenta de arena.

Ató el caballo detrás de la tienda del emperador, junto a los de Marco Aurelio y Tiberio. Pertinax se envolvió en la capa e irrumpió en el pretorio con paso decidido. Encontró a Marco Aurelio hundido en su silla curul; tenía el aspecto de alguien que ha bailado con las parcas sobre un charco de tristeza. A su izquierda estaba Eudor de Atenas, sentado en un taburete, con los dedos entrecruzados y la mirada perdida entre sus pies. Tiberio esquivaba el mobiliario mientras deambulaba por la tienda, falto de espacio y aire. En uno de sus virajes, descubrió a Pertinax plantado en la puerta.

—No quiero saber nada de la cabeza de Macrinio —le advirtió, señalándole con el dedo.

—Descuida, no vengo a recrearme en detalles escabrosos —lo tranquilizó Pertinax—. César, ¿qué piensas hacer?

Marco Aurelio levantó la vista muy despacio, mostrando unos ojos teñidos de vino aguado. Había llorado a solas, al amparo de las cortinas que separaban su lecho del resto de la tienda. Ni siquiera su fiel Eudor le había visto derramar lágrimas por Vindex. Un emperador somete al llanto, no lo desata ante su pueblo.

—La culpa es mía —dijo Marco Aurelio—. Fue una locura permitir que se internara con una *vexillatio* de solo mil hombres en territorio marcomano.

Eudor le reprendió con un tono amable y firme a la vez.

—Deja de atormentarte, Marco, por todos los dioses. Fue Vindex quien se buscó su ruina. Su ansia por impresionarte le ha costado la vida a él y a muchos legionarios de la Itálica. Y esos son los más afortunados, que ahora caminan dichosos por el Elíseo. No quiero ni pensar en lo que estarán pasando los prisioneros.

Pertinax dedicó una mirada arrogante a Eudor. No era momento para lamentaciones, sino para la acción. Dio un paso al frente y se plantó delante de Marco Aurelio. Este tenía de nuevo la mirada perdida a un lado de la tienda.

—No seré yo quien culpe a un valiente por sus actos, ni responsabilice al césar por dejarle hacer su trabajo —sentenció Pertinax—. Macrinio Vindex murió como quería, sirviendo a Roma en el campo de batalla, con honor. —Se volvió hacia Tiberio Claudio Pompeyano; el legado había dejado de pasear y se apoyaba en un arcón labrado, en un extremo de la tienda—. ¿Habéis escuchado el informe del tribuno Marco Genaro? ¿Sabemos ya cómo es ese hijo de puta de Bellomarius?

—Sí —contestó Tiberio—. Según Genaro, un gigante; el monstruo bárbaro con el que asustamos a los niños hecho carne. Maneja un hacha enorme como si fuera un *gladius* y habla nuestra lengua.

—¿Cómo emboscaron a la *vexillatio*? —quiso saber Pertinax, que echó un vistazo de reojo a Marco Aurelio; este parecía ausente, ajeno a lo que se hablaba en el pretorio.

Estaba tocado. Muy tocado.

—Los tomaron por sorpresa, muy rápido y con fuego —explicó Tiberio—. Lanzaron frascos de aceite sobre los legionarios y los

prendieron con flechas incendiarias. Acorralaron a la primera cohorte en el centro del pueblo, y a la segunda la rodearon en el bosque. Los edificios y los árboles en llamas se convirtieron en una trampa mortal.

Pertinax estuvo a punto de patear una banqueta cercana.

—Estoy harto de decir que envíen siempre exploradores a caballo por delante de las tropas. Si lo hubieran hecho, habrían detectado la presencia de los marcomanos y no habrían caído en la emboscada.

—Cometieron otro error más grave —apuntó Tiberio, recordando el informe del tribuno—. Intentaron formar en un terreno empinado, irregular y boscoso.

Pertinax comenzó a dar vueltas por la tienda, rezumando ira por los poros. Eudor tuvo que recoger los pies bajo el taburete para que no le pisara. Marco Aurelio levantó la vista hacia el legado, pero no abrió la boca.

—Los manuales de guerra —refunfuñó Pertinax, sin parar de caminar—. Los putos y malditos manuales de guerra. ¡El mejor manual de guerra es el sentido común! —exclamó—. Una formación funciona en campo abierto, pero es una locura en un bosque, donde tu compañero supone más un estorbo que un apoyo. Y menos aún cuando te atacan a distancia. Si hubieran aprovechado las ventajas del terreno y se hubieran dispersado, habrían tenido alguna posibilidad.

Eudor esperó a que terminara para hablar.

—Y luego me miras con displicencia porque digo que Vindex se buscó su ruina...

Pertinax dedicó al filósofo una mirada triste.

—Tienes razón, Eudor, perdóname —se excusó, dejándose caer en una silla próxima a Marco Aurelio—. El frente es un monstruo despiadado que se cobra los errores con la vida.

El emperador apoyó las manos en los reposabrazos de la silla, se incorporó un poco y rompió su silencio.

—Marco Genaro dice que Bellomarius alardeó de ejército. Genaro consiguió controlar su miedo lo bastante para hacer un recuento a ojo de las tropas repartidas entre el bosque, el pueblo y las colinas. Pues bien, calcula que no llegarían a cinco mil. Ese número no me asusta. Bellomarius puede ser muy fuerte, pero tiene una lengua más larga

que su hacha.

—Por muy poderoso que sea, es un hombre —afirmó Pertinax—, y todo hombre sangra y se caga en el calzón. Y os recuerdo que un pilo es más largo que cualquier hacha, por muy grande que esta sea.

—También las flechas llegan donde no llega una lanza —apuntó Tiberio.

Pertinax asintió, estaba de acuerdo con él.

—¿Cómo murió Vindex, Tiberio? —preguntó Pertinax.

Marco Aurelio extendió la mano en señal de alto y se levantó de la silla.

—No he querido escuchar los detalles de labios de Marco Genaro —manifestó—. Necesito aire fresco. —El emperador pidió comprensión con la mirada—. Prefiero tener un recuerdo alegre de Vindex y la convicción de que murió como un valiente.

Marco Aurelio abandonó la tienda. Después de titubear unos segundos, Eudor fue detrás de él. Al viejo mentor no le gustaba abandonarlo en sus momentos más amargos. Pertinax y Tiberio se quedaron a solas. Cuando estuvieron seguros de que Marco Aurelio se había alejado lo suficiente para no oírlos, Tiberio reprodujo el relato del tribuno.

—Fue horrible —dijo—. Bellomarius jugó con Vindex como quien juega a los gladiadores con un niño. Vindex cargó contra él a caballo, pero el malnacido lo esquivó y decapitó a la bestia de un solo tajo. Eludió uno a uno los ataques de Vindex, ridiculizándolo delante de todos. Le dejó atacar siempre, y en cada ocasión lo rechazó sin esfuerzo... hasta que se cansó de jugar y le cortó la cabeza de un hachazo.

La respiración de Pertinax era la de un toro a punto de embestir. Tuvo que contar hasta diez para no emprenderla a golpes con los muebles del pretorio. Se acercó al escritorio de Marco Aurelio y descubrió un papiro con un texto inconcluso.

Lo leyó en silencio.

La vida es un punto. Su sustancia, fluye. Su sensación es turbia. El cuerpo, fácilmente corruptible; el alma, una peonza. La fortuna, algo difícil de valorar; la fama, indescifrable. En resumen: todo lo que corresponde al cuerpo es un río. Lo

propio del alma no es más que sueño y vapor. La vida, una guerra y un morar en tierra extraña; la fama póstuma, el olvido...

—Bellomarius ha ido demasiado lejos —dijo Pertinax—. Contamos con dos legiones capaces de aplastar a ese bastardo. Le clavaré un pilo en los testículos, lo destriparé delante de sus hombres y los obligaré, uno por uno, a que se coman un pedazo de sus intestinos llenos de mierda...

Tiberio trató de apaciguarlo.

—No es un buen momento para tomar decisiones en caliente.

Pertinax avanzó la cabeza hacia él, como un lobo a punto de enseñar los dientes.

—¿Cómo que no es buen momento para tomar decisiones? ¿Cuándo quieres tomarlas, Tiberio?

—Cuando nos tranquilicemos. Cuando Marco Aurelio esté más tranquilo —se corrigió.

El legado de la Primera Adiutrix no daba crédito a lo que oía.

—Amigo mío, me decepcionas. ¿Acaso no corre sangre por tus venas? Voy a convencer a Marco Aurelio ahora mismo para salir mañana hacia el norte.

Pertinax intentó dar media vuelta, pero Tiberio se lo impidió agarrándolo del brazo. Lo hizo con tal fuerza que Pertinax clavó una mirada de rencor, primero en la mano que lo apresaba y luego en los ojos de su amigo. Una nube de amenaza flotó en el pretorio. Permanecieron así durante unos segundos eternos, hasta que Tiberio habló con una voz pausada que contrastaba con la presión que ejercía en el brazo de Pertinax.

—No sabes lo que sucedió en Altinum con Tito Quinto Estatilio, ¿verdad?

El legado de la Adiutrix mantuvo la mirada de Tiberio y no respondió. El yerno del emperador le soltó el brazo y trató de conciliarlo con una sonrisa amable y una palmada amistosa en el bíceps.

—Acabas de leer una de las meditaciones de Marco Aurelio —observó Tiberio—. ¿Por qué crees que tiene esa obsesión por ellas?

—Eudor y otros maestros le metieron las idioteces de los estoicos

en la cabeza.

—¿Y por qué crees que le interesan tanto, Pertinax? —Este no contestó; lo cierto es que desconocía la respuesta—. La mente de Marco Aurelio es un caballo salvaje. Puede que sea el hombre más inteligente que conozco, y justo por eso es capaz de domar esa mente. Una mente que tiende a desbocarse, y que solo mantiene la disciplina porque el emperador nunca descuida sus riendas.

—¿Adónde quieres llegar?

—Presiona a Marco Aurelio ahora, que está afectado, y ese caballo se desbocará. Ya le sucedió en Altinum: su alma dolorida traspasó el umbral de la locura y se obsesionó con la idea de que Tito Quinto había ordenado envenenar a Lucio Vero. Cuando Lucio cayó enfermo, Marco Aurelio no lo pensó dos veces: ordenó a Jano Convector asesinar a Tito Quinto y a toda su servidumbre, sin juicio alguno y sin ninguna prueba. Jano tampoco intentó razonar con él: obedeció la orden sin rechistar, mostrando una crueldad extrema.

Pertinax trató de asimilar aquella sorprendente historia. Le costaba creer que el sabio, el filósofo, el estoico, se dejara llevar por la ira de semejante manera. Y Jano... No podía, no quería, creer aquello.

—Pero... ¿fue Tito Quinto el culpable de la muerte de Lucio Vero?

—Todo apunta a que no. Puedo llegar a entender a Marco Aurelio, Pertinax, mírate a ti mismo; mírame a mí. Todos somos capaces de dejarnos arrastrar por la ira y cometer errores. Pero los errores de alguien con el poder del emperador de Roma pueden acarrear consecuencias desastrosas. —Tiberio hizo una pausa—. Y lo más triste es que él lo sabe. —El yerno del césar se acercó al escritorio y señaló el papiro que había leído Pertinax—. ¿Por qué crees que escribe estas meditaciones? Es su forma de domar al caballo salvaje de su mente. Ahora mismo, ese caballo está nervioso, con la cola en llamas por la muerte de Macrinio Vindex. Sal y busca a Marco Aurelio, espolea a ese corcel de fuego, y seremos los protagonistas de una masacre que hará que pasemos a la historia como algo peor que el peor de los bárbaros.

Pertinax se esforzó en digerir las palabras de Tiberio. Hacía años que conocía a Marco Aurelio, pero nunca hubiera imaginado esa faceta suya de hombre colérico e inestable.

—De todos modos, algo tendremos que hacer con Bellomarius —insistió Pertinax.

—Lo primero, no presionar al emperador —aconsejó Tiberio—. Al contrario, tenemos que calmarlo. Tú sabes combatir a los bárbaros mejor que nadie, Pertinax, si comandas nuestras legiones, venceremos. Pero tenemos que convencer a Marco Aurelio de que el mejor castigo para Bellomarius es una derrota humillante, sin caer en el espectáculo salvaje y atroz que ese cabrón dio con Vindex. No olvides que para un guerrero como Bellomarius, morir en combate es el mejor de los premios. Tenemos que doblegarlo, arrancarle una rendición y mantenerlo preso de por vida, con menos derechos que un esclavo, para que sirva de ejemplo al resto de los líderes germanos. Necesitamos que los marcomanos formen parte del Imperio, no regar campos baldíos con sangre inútil.

Pertinax asintió con cabeceos lentos. El legado decidió que la postura de Tiberio Claudio Pompeyano era la más sabia. A pesar de todo, no podía quitarse de la cabeza esa nueva imagen de un Marco Aurelio furibundo y desquiciado. Tampoco la de Jano Convector, impartiendo su justicia perturbada a golpe de espada.

El Puño del Emperador. Ahora lo entendía todo.

—Te haré caso —cedió Pertinax—. Entre los dos, calmaremos a Marco Aurelio.

—Será lo mejor para todos. Será lo mejor para Roma.

—No pretendo a envenenar a Marco Aurelio con deseos de venganza, pero prométeme que le convenceremos para ir a por Bellomarius.

Tiberio esbozó una sonrisa de medio lado.

—Por supuesto que iremos a por ese bastardo —prometió—. Espero que viva una larga vida, cargado de cadenas.

Jano Convector no paraba de darle vueltas a la cabeza.

Se sentía incapaz de comprender cómo una mujer podía esquivar los controles de la guardia hasta salir de la ciudad, y encima cargada con un niño. ¿Cómo podía moverse sin ser detectada, con media

legión desplegada por las calles? Ahora que había obligado a poner vigilancia en cada cubículo donde durmiera un niño, la cosa se tranquilizaría, pero esa medida no podría durar siempre.

Marco Bassaeo Rufo tampoco llevaba bien la situación. El tribuno se pasaba el día de mal humor y culpaba de ello a Jano. Desde que se produjeron los asesinatos, el tribuno cargaba con casi todo el trabajo del legado con la Guardia Pretoriana. Jano pasaba la mayor parte del día en su despacho, en compañía de su concubina, que ahora resultaba ser una augur. Rufo desconfiaba de magos, arúspices y charlatanes, a los que metería juntos en un mismo saco que, con mucho gusto, arrojaría al fondo del Danubio. Al final, él se encargaba de bregar con la Guardia Pretoriana y del orden en la ciudad, mientras Jano se recluía en sus aposentos para reflexionar sobre los crímenes, cuando no andaba fornicando con aquella ramera metomentodo y sabionda.

Entretanto, Jano y Rufo rumiaban sus tribulaciones por separado, Lidia decidió dar un paseo con Uteljarab. El perro se había convertido en su segunda sombra. Ella tampoco podía dejar de pensar en los asesinatos de los niños, y de cómo la asesina —porque cada vez había más evidencias de que era una mujer— trataba de involucrar a los sármatas y a ella misma en sus crímenes.

O descubría a la auténtica culpable, o su misión de paz fracasaría.

Pero había algo que preocupaba a Lidia más que los asesinatos rituales.

Poco a poco, muy a su pesar, se estaba enamorando de Jano Convector.

27

La muerte dio un respiro a Carnuntum en febrero. El pueblo achacó esa tregua a la magia de la Frebua, el festival de la purificación. La generosidad de los dioses había erradicado el peligro, las celebraciones barrieron parte del terror vivido y, como sucede siempre, la gente empezó a olvidar.

Jano Convector no. Jano no podía olvidar.

El legado, más mundano que la mayoría de los habitantes de Carnuntum, atribuyó el milagro a la vigilancia en los cubículos de los infantes. Si Tamura no atacaba era porque no podía, pero aún no habían vencido.

Durante ese tiempo, la vida fue apacible y rutinaria para el legado: por la mañana, resolvía los pocos asuntos que surgían en el palacio imperial, y delegaba la mayor parte de ellos en Rufo, que aceptaba las órdenes con un estoicismo digno de Marco Aurelio. También despachaba con los tribunos en el campamento de la Decimocuarta Legión, donde recibía los informes de guerra y organizaba la logística del castro; a mediodía, cabalgaba con Lidia hasta la hora de comer. Por la tarde, recorría las calles con una escolta hasta poco después del anochecer, para cerciorarse de que los controles permanecían en estado de alerta. Alguna que otra noche, por sorpresa, revisaba personalmente algunas residencias señaladas por la Guardia Pretoriana como domicilios de menores de catorce años. La medida de seguridad impuesta por Jano se cumplió a rajatabla: ni un solo crío durmió solo ese mes en Carnuntum.

Pero marzo se llevó consigo las nieves, la vida seguía y hay cambios que no pueden durar siempre. Ya se sabe: una paz duradera reduce la guerra a un mal recuerdo.

Una mañana soleada, Jano recibió en su despacho la visita de un mensajero: los magistrados Lucio Renato y Cato Merino le convocaban en el foro con carácter inmediato.

Jano se dirigió al foro escoltado por su guardia. Allí encontró una formación pretoriana que impedía el paso al *comitium* a ciudadanos no convocados. A pesar de que muchas asambleas eran públicas, la de ese día era a puerta cerrada. Los curiosos se agolpaban alrededor, preguntándose qué se estaría cociendo en las gradas del *comitium*.

El legado encontró el edificio abarrotado de patricios. Jano buscó con la mirada a Lucio y Cato, hasta que los localizó en el centro de una cincuentena de individuos que no paraban de hablar a la vez. Los magistrados parecían un par de cervatos rodeados en mitad de una jauría de lobos hambrientos. Entre ellos reconoció al *magister* Atico Acilio Pudente, además de otros personajes influyentes de Carnuntum. Por el tono de las voces y la expresión de los rostros, el ambiente estaba caldeado.

—Ah, legado —lo saludó Cato, levantando los brazos para tratar de disolver la muchedumbre—. ¡Ciudadanos, sentaos! ¡El legado Jano Convector acaba de llegar! ¡Sentaos!

—¡Queremos abrir nuestros negocios! —exigió alguien a quien Jano no pudo ver.

—¡Eso, y poder salir de casa a cualquier hora! —bramó otra voz—. ¡Estamos hartos de este encierro!

—¡El asesino de niños se ha marchado! ¿Hasta cuándo durará esto?

—¡Queremos volver a la normalidad! ¡Y que los carros circulen de noche!

—¡Cierto, apenas se puede caminar por la vía por la mañana! ¡Y los comercios se abastecen tarde y mal!

Los argumentos y reproches se solapaban unos sobre otros y crecían en intensidad y volumen hasta convertirse en una algarada ininteligible. Lucio y Cato pidieron silencio varias veces, pero la voz no les daba para más. Harto de aquel vocerío, Jano Convector subió al púlpito y dio un grito que paralizó la sala.

—¡Silencio!

Los ciudadanos le dedicaron una mirada altanera que cambió a otra de temor al ver el rostro iracundo del legado y la posición crispada de la mano sobre el *gladius*. Aquel militar no estaba habituado a la política, ni a la diplomacia ni a que una horda de

patricios descontentos le gritara en plena cara.

Cato Merino aprovechó el silencio para mandarlos a las gradas. Los ciudadanos obedecieron a regañadientes, refunfuñando como viejos cascarrabias. Jano bajó del púlpito y se enfrentó a los magistrados.

—¿Qué tipo de encerrona es esta? —les recriminó, con la mandíbula tan apretada que daba la sensación de que le iban a estallar las muelas. Lo hizo en voz baja, para que los demandantes, ya acomodados en las gradas, no pudieran oírle.

—No es ninguna encerrona, general —se defendió Lucio, sin darse cuenta de que su tono no infundía ni un ápice de credibilidad—. Toda esta gente tiene negocios que se ven afectados por la orden de confinamiento. Muchos de ellos regentan locales nocturnos, se encuentran al borde de la ruina y necesitan que todo vuelva a la normalidad. Cato y yo creemos que es hora de levantar la prohibición.

Jano no dio crédito a las palabras del magistrado.

—Lucio, me parece mentira que tú, precisamente tú, defiendas que bajemos la guardia. Esto es justo lo que quiere Tamura, que pensemos que esto se ha acabado para atacar de nuevo.

—No te estamos diciendo que elimines la guardia, Jano —argumentó Cato—. La vigilancia puede continuar, pero no podemos mantener a la gente encerrada en sus casas. Los carros que circulan de día atascan las vías, y los carreteros se quejan de que no pueden hacer su trabajo de noche, como hacían hasta ahora. —Señaló a la grada—. Fíjate, general, hasta Acilio Pudente desea que todo vuelva a la normalidad.

—Tenemos que mirar hacia delante, Jano —intervino Lucio—. No podemos seguir así siempre; en algún momento esto tiene que acabar, y preferimos que sea antes de que no podamos remontar la crisis. Cuando sea demasiado tarde y estemos arruinados, no nos quedará más que recoger lo poco que nos quede y marcharnos de aquí para empezar de nuevo, y muchos ya son demasiado viejos para eso.

Jano se resistió a dar su brazo a torcer. Por lo visto, él era el único consciente de la amenaza que se cernía sobre Carnuntum.

—Sabes que Tamura volverá a atacar en cuanto levante el confinamiento, ¿verdad?

—No puedes estar seguro —objetó Cato—. Nadie puede estarlo.

Lucio bajó aún más la voz al hablar. La paciencia se agotaba en las gradas.

—Si no levantas la prohibición, no tendremos más remedio que enviar una petición formal al emperador Marco Aurelio. No podemos tener descontento al sector más influyente de Carnuntum, general. Nos debemos a ellos. Ya sabes cómo funcionan las cosas...

Jano dio por zanjado el asunto.

—Vosotros sois quienes tenéis hijos, no yo —les recordó, dirigiéndose luego a Lucio con una dureza que rozó la crueldad—. A ti te queda una hija, espero que la cuides bien.

El magistrado bajó la cabeza, dolido y avergonzado. Jano abrió las manos en un gesto elocuente.

—Bien, ¿qué queréis que haga para contentar a esta jauría avariciosa?

Cato fue quien respondió. Jano había dejado tan abatido a Lucio Renato con su comentario que el magistrado estaba al borde de las lágrimas.

—Solo tienes que dar por finalizado el encierro nocturno, permitir la apertura de tabernas y comercios y dejar que los carruajes comerciales circulen por la noche.

Jano asintió, subió al púlpito y se enfrentó a las miradas expectantes del graderío. Más que enfrentarse, las desafió. Por un instante, cruzó la vista con Ático Acilio Pudente, y este la apartó. Como *magister* de los bataneros, lo más probable es que también soportara presiones de los miembros de su gremio.

—Ciudadanos de Carnuntum —comenzó a decir Jano en voz alta; era la primera vez que hablaba en público para civiles. De hecho, ni en sueños habría imaginado que alguna vez se dirigiría a una audiencia así, como si estuviera en el senado de Roma—. Todos sabéis que hace meses tomé una medida para proteger a vuestros hijos. Esa medida, aunque severa, tuvo que ser reforzada por un aumento de la guardia intramuros, por una prohibición de libre circulación por las vías al anochecer y por imponer vigilancia armada en las estancias de los infantes. Pensáis que el peligro ha pasado, y puede que así sea.

Pero también quiero que tengáis en cuenta que unas calles abarrotadas incitarán a la asesina a actuar de nuevo. —Una pausa—. Ojalá no volvamos a vivir un episodio como los que sufrieron dos de nuestras más ilustres familias.

Un murmullo se alzó en la grada. Jano lo ignoró y siguió hablando.

—A partir de ahora, queda revocada la orden de confinamiento. Las tabernas, burdeles y demás negocios tendrán libertad de horario, y la ciudadanía podrá salir a la vía bajo su responsabilidad. Los carruajes podrán circular a cualquier hora del día o de la noche —añadió—. No retiraré la vigilancia de las calles, pero sí me ocuparé de que los controles sean menos estrictos. La obligación de vigilar las estancias de los menores queda rebajada a recomendación.

Los susurros volvieron a reinar en el *comitium*, pero esta vez fueron de aprobación. Jano respiró hondo. Por un lado, sentía rabia y desamparo. Por otro, tenía la sensación de que hacía lo correcto. Lo cierto era que la asesina no había vuelto a dar señales de vida, y la economía de la ciudad se estaba resintiendo demasiado.

—Espero que estéis contentos —concluyó—. Que los dioses cuiden de vuestros hijos. Es todo lo que tengo que decir. Larga vida al emperador. Larga vida a Roma.

Jano bajó del púlpito y Cato ocupó su lugar para informar a los presentes que redactaría un edicto que se leería esa misma tarde en el foro. Los asistentes se levantaron, satisfechos, y abandonaron el *comitium* en corrillos, comentando su victoria. Lucio interceptó a Jano cuando se dirigía a la salida.

—Legado... —El general le dedicó una mirada triste; en el fondo, se arrepentía de lo que le dijo antes al magistrado. No se lo merecía—. Perdona... y gracias.

El general asintió con un cabeceo laso y salió al foro con la vista baja. No se sentía del todo bien. Cuando iba por mitad de la plaza, un desconocido le salió al paso.

—Perdón, general... ¿me concedes un momento?

Jano estudió el rostro del individuo. Le sonaba, pero no sabía de qué. Puede que lo hubiera visto antes. Tenía la cabeza afeitada, como muchos egipcios, pero no parecía uno de ellos. A pesar de que sonreía,

la expresión de aquel hombre le resultó extraña e inquietante. Para colmo, tenía un ojo de cada color. El legado decidió quitárselo de encima en el acto.

—Lo que tenía que decir, lo he dicho ahí dentro —le cortó—. Si no has estado presente, que alguien te lo cuente.

—He estado presente, *domine*, pero no vengo a pedirte nada. Al contrario, vengo a hacerte una oferta que seguro que será de tu interés.

Jano lo miró con desconfianza. Miedo le daba la oferta de un tipo tan raro como aquel.

—Habla, rápido. Tengo cosas que hacer.

El desconocido le dedicó una sonrisa ofídica y se presentó.

—Soy Ludovico Corocotta, dueño de El Faro del Norte. Tú has estado en mi casa, *domine*. Te atendió Nilda, una hermosa germana de cabellos dorados...

Jano estuvo a punto de cerrarle la boca de un puñetazo. En menos de un minuto, aquel hombre se le había atragantado.

—No me rebajo a recordar putas ni a sus dueños. Si lo que te preocupaba era tu negocio, ya has oído lo que he dicho: tus clientes podrán disfrutar de tu establecimiento el tiempo que quieran y follarse a quien les apetezca.

Ludovico tragó saliva sin dejar de sonreír. A pesar de todo, se sintió aliviado al comprobar que el legado no se acordaba de él, después del áspero desplante con el que le había obsequiado la primera y última vez que se encontraron. Jano le infundía un respeto muy cercano al miedo, pero el dueño de El Faro del Norte logró dominarlo sin salir por piernas.

—Te pido perdón por mi indiscreción, *domine* —se excusó, encogiendo todo su ser como si el gesto pudiera reforzar más su disculpa; Jano ya se marchaba, pero se detuvo al escuchar un carraspeo fingido de Ludovico. Se dio la vuelta y se plantó frente a él. En el fondo, tenía curiosidad por escuchar la oferta de aquel individuo con pintas de saqueador de tumbas—. Te agradezco de corazón el alzamiento de la prohibición, pero todavía me quita el sueño que esos asesinatos tan horribles se repitan. Ojalá no suceda, pero si esa asesina

volviera a actuar... por favor, te ruego que cuentes conmigo. Tengo a alguien a mi servicio que podría serte de gran ayuda.

—¿Ayuda? —preguntó, intrigado—. ¿Ayuda para qué?

La mirada bicolor de Ludovico centelleó con un brillo misterioso. Su sonrisa se abrió en una suerte de mueca aún más turbadora.

—Para cazar a la asesina —dijo—. Si ese monstruo vuelve a atacar, búscame en El Faro del Norte y pondré a tu disposición al mejor rastreador que he conocido jamás. Es un rufián maloliente, de aspecto innoble —explicó—, pero podría dar con un perro perdido a doce millas de distancia. Es de confianza. Una cosa importante: en caso de que ese demonio vuelva a atacar, no toquéis nada hasta que él llegue. Si lo haces como te digo, te aseguro que mi hombre podrá dar con la asesina. Eso sí, tendrás que darle protección: no es el mejor luchador del mundo.

Jano alzó una ceja. Aquel hombre extraño había conseguido intrigarle.

—Lo tendré en cuenta —prometió.

—Gracias, *domine*.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Jano se dio cuenta de que había olvidado el nombre de su interlocutor—. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Ludovico. Ludovico Corocotta.

—¿Qué ganas tú con esto, Ludovico Corocotta?

Ludovico soltó una risita. Había recuperado la confianza en sí mismo. Algo le decía que el Puño del Emperador ya no era una amenaza para él. Al menos, si sabía tratarlo con el debido respeto.

—Dos cosas, general —respondió—. La primera: si acabamos con esa asesina, Carnuntum será feliz y nuestras arcas se llenarán; la segunda: si mi hombre te permite cazar a esa Tamura, estarás en deuda conmigo, y nunca se sabe cuándo podría necesitar un favor. —Se encogió de hombros—. Tal vez nunca, puede que algún día...

Al legado le entraron ganas de reír.

—Eres más osado de lo que imaginaba. ¿Y si acepto tu ayuda y nunca te devuelvo el favor?

Ludovico negó con la cabeza.

—No eres de esos, Jano Convector. —Ludovico obsequió al legado con una leve inclinación de cabeza y se dio la vuelta para marcharse —. Recuerda, El Faro del Norte —repitió, mientras se alejaba.

Jano lo siguió con la vista hasta que desapareció por una de las calles que partían del foro. A su alrededor, los ciudadanos que habían asistido al *comitium* se alejaban solos o en grupo. Nadie prestó la menor atención al general. Para Jano, Ludovico Corocotta era uno de esos personajes que esconden mucho más que muestran.

Esa noche, las calles de Carnuntum celebraron el fin del encierro.

Y marzo siguió su camino...

28

Tres semanas atrás, aquella aldea próxima al río Morava no había sido más que un asentamiento de cazadores y recolectores.

Tres semanas después, el pacífico poblado había evolucionado hasta convertirse en una fortaleza rodeada por estacas apuntando al frente; ocho torres de vigilancia con arqueros apostados se elevaban en los muros como torreones de un castillo de madera, mientras un foso sembrado de púas amenazaba con ensartar a cualquiera que intentara cruzarlo.

Aquel fuerte improvisado tenía un aspecto feroz.

Aquel fuerte improvisado retrataba el alma de Bellomarius.

El rey marcomano esperaba alojar a un ejército de más de veinticinco mil soldados. Pero algo no había salido bien. Los cuados de Ariogeso no habían aparecido. Tampoco los yacigios de Zántico.

Pero aquella no fue su única desgracia.

Dos de sus caudillos habían abandonado el anterior campamento, el mismo donde Bellomarius recibió a aquella serpiente de ojos azules de Berigastio. Se marcharon en silencio, en plena noche, llevándose con ellos cerca de cuatro mil hombres. Y no solo desertaron marcomanos.

Dos mil quinientos jinetes roxolanos se alejaron una mañana al galope, sin despedirse ni dar explicaciones. Bellomarius solo pudo maldecirlos después de correr detrás de ellos hasta quedar exhausto.

Y los naristios. Los putos naristios, que un día suplicaron una alianza con Bellomarius porque no soportaban ver sus tierras mancilladas por botas romanas, se habían reunido con él para comunicarle que, o se rendía ante las legiones que avanzaban desde el sur, o se refugiarían en las Montañas de los Gigantes para ocultarse del enemigo.

Bellomarius les permitió marcharse, ya que entre hombres, mujeres y niños no sumaban ni ochocientas almas. Pero entonces aún confiaba

en la ayuda de una fuerza inconmensurable de cuados y yacigios.

Una ayuda que quedó colgada en el aire, como una promesa rota.

La culpa de todo era de aquella rata de Berigastio. Bellomarius no se equivocaba al pensar que el consejero de Ariogeso había convencido a sus aliados —e incluso a otros caudillos marcomanos— para que se unieran al ejército que el rey cuado reunía en el sur. Después de esa mala jugada, Bellomarius se había quedado con poco más de cinco mil soldados fieles a su causa; y decir «fieles a su causa» era arriesgar demasiado. La única razón por la que no lo habían abandonado era porque estaban entre la espada y la pared: por el suroeste, avanzaban las legiones; al este, al otro lado de las montañas, una epidemia de peste diezmaba a la población. Las víctimas se contaban por miles.

Entre esas dos muertes, Bellomarius había convencido a los suyos para elegir la más digna. Caer en combate era preferible a agonizar en cualquier rincón infecto, delirando de fiebre y esperando a que las ratas te comieran vivo cuando ya no tuvieras fuerzas para espantarlas.

Y luego estaba el calor. Un calor impropio de marzo, que haría que la plaga se mostrase aún más virulenta. Uno de los brujos marcomanos predijo, en diciembre, que el sol haría arder la sangre de los hombres en verano. Por cómo sudaban los guerreros, el maldito hechicero había acertado en sus augurios.

Estaba a punto de amanecer y decenas de arqueros se apostaban en el adarve de la empalizada que rodeaba la aldea; más de un centenar de ojos con la vista clavada en el bosque frente a ellos. Junto a los arqueros, Bellomarius aguardaba el informe de los observadores enviados al interior del bosque; hasta ahora, ninguno había regresado.

El torso desnudo de Bellomarius brillaba tanto con el sudor que parecía ungido con aceite. Solo se cubría con unos pantalones rayados de tela basta y unas botas claveteadas. Un cinturón de tela albergaba un puñal de grandes dimensiones y, sobre el hombro, la terrible hacha de doble hoja que tantas vidas había segado. A sus pies, al igual que a los pies de todos los arqueros, había vasijas redondas llenas de aceite. La táctica del fuego, que tan eficaz había resultado contra las fuerzas de Vindex, volvería a darles ventaja, aunque se encontraran en

inferioridad numérica.

Detrás del fuerte, un millar de jinetes aguardaba las órdenes de Bellomarius. A pesar de que el claro que separaba el foso de estacas del bosque no era lo bastante extenso para permitir una carga eficaz, sí que podrían prender fuego a la vanguardia romana en cuanto estuvieran a tiro. A ellos y a los árboles de alrededor. Convertirían la espesura en un horno de dimensiones ciclópeas.

Los cuernos de guerra dieron la bienvenida a los primeros rayos de sol de la mañana. Los arqueros desplegados en la torre y el adarve se pusieron tensos. La infantería guardó silencio y la caballería comenzó a ponerse nerviosa detrás del fuerte. El bosque frente al baluarte se mantenía en calma, ni una mísera hoja parecía moverse allí.

Pero Bellomarius sabía que los romanos habían llegado.

El rey adivinó que sus observadores habían sido eliminados. Estuvo tentado de enviar un par de hombres a ojear el bosque, pero el sonido de más cuernos provenientes de la izquierda hizo que su atención se dirigiera en esa dirección.

Un segundo después tuvo que girar la cabeza hacia la derecha, porque por allí también sonaban vientos de guerra.

Todavía no habían visto al enemigo y ya estaban rodeados. Bellomarius bajó la mirada hacia la infantería apiñada entre los muros de la empalizada. Leyó miedo e incertidumbre en sus caras. Aquello pintaba mal, pero no podía permitirse un ejército desmoralizado. Si tenía que mentirles, les mentiría.

—¡Mis valientes, preparaos para resistir! —gritó desde el adarve—. ¡Nuestros aliados cuados y sármatas atacarán la retaguardia romana al mismo tiempo que nosotros los haremos arder! ¡Honderos, preparad los proyectiles de aceite! ¡Esos hijos de perra estarán muy ocupados tratando de apagar las llamas mientras Ariogeso y Zántico los masacran por detrás!

La mentira desencadenó un clamor ensordecedor. Bellomarius se sintió orgulloso: no eran muchos, pero todavía le eran leales.

Pero cuando el clamor se extinguió, los cuernos romanos comenzaron a impartir órdenes.

Y entonces, las primeras bolas de fuego surgieron del bosque y

atravesaron el cielo en dirección a la aldea.

Las provenientes del frente quedaron cortas, cayendo a pocos pies del foso de estacas. Sin embargo, las que procedían de los flancos sobrepasaron la empalizada y entraron en la aldea. Dos de ellas prendieron los tejados de sendas cabañas, y otras tres cayeron sobre la infantería. Los proyectiles no estaban diseñados para romper o aplastar: eran balas de paja apelmazada, impregnadas de brea. Los gritos de dolor reinaron en el baluarte. Por suerte para Bellomarius, ningún hondero portador de vasijas de aceite fue alcanzado: un incendio en cadena podría suponer una catástrofe. Un par de proyectiles afortunados y el fuego se propagaría entre los marcomanos igual que se propagó entre las tropas de Vindex.

Roma les pagaba con su misma moneda.

—¡Colocaos cerca de las murallas! —ordenó Bellomarius a sus soldados—. ¡Despejad el centro de la plaza y que no haya dos recipientes de aceite juntos!

La siguiente andanada procedente del frente tampoco llegó a entrar en la ciudadela, pero impactó en la empalizada, lanzando chispas ardientes que obligaron a los arqueros a agacharse y a cubrirse los ojos con el brazo. Gotas de brea encendida resbalaron por los troncos de madera. Bellomarius vio, por el rabillo del ojo, cómo varios proyectiles incendiarios volaban hacia la aldea. Allá donde impactaban, iniciaban un incendio muy difícil de apagar. Las mujeres y los niños corrían como locos, luchando como podían contra el incendio con baldes de agua. Uno de los proyectiles acertó de lleno a un crío de unos ocho años. El niño cayó de bruces al suelo, convertido en una hoguera aullante. Su madre, presa de los nervios, trató de ayudarlo. No pudo con las llamas, pero las llamas sí pudieron con ella. Segundos después, su ropa ardiendo la envolvía, acompañándola en una danza atroz que terminó con ella rodando por el suelo, consumida por el mismo fuego que acabaría convirtiendo a su hijo en un cadáver ennegrecido.

Pertinax, oculto entre los árboles del bosque a lomos de un corcel blanco, observaba complacido el caos que sus onagros creaban en el fuerte de madera. Transportar las catapultas por piezas y montarlas

sobre el terreno había supuesto un esfuerzo titánico, pero había valido la pena. Y lo habían hecho en silencio. Los artilleros recargaban las máquinas a toda velocidad, prendiendo fuego a las balas de paja justo antes de dispararlas. Detrás de la artillería, cinco mil legionarios, dispersos entre los árboles, aguardaban la orden de entrar en combate. Varios centenares de ellos, los que ocupaban las primeras filas, contaban con ánforas llenas de agua, prestos a sofocar los incendios que provocaran los proyectiles incendiarios. Usaban los árboles de parapeto, manteniendo una distancia de seguridad entre ellos para minimizar las bajas en caso de ataques con fuego.

Pertinax no iba a caer en el error de Macrinio Vindex.

Al abrigo del bosque, Marco Aurelio y Tiberio Claudio Pompeyano apenas podían vislumbrar el frente, pero los murmullos entusiastas de los legionarios sonaban a buen augurio. En algún lugar, detrás de ellos, Arnufis había sacrificado un cordero a la diosa Sejmet para que les concediese la victoria. Más tarde, contaría que, gracias a su intervención, el fuego llovió sobre las cabezas de los bárbaros. Por supuesto, jamás mencionaría las máquinas de guerra ni los proyectiles de brea ardiendo. Para él, aquello era un detalle insignificante dentro de su relato.

Otra andanada partió de los onagros situados cerca de Pertinax. Los artilleros habían adelantado un poco las máquinas, de forma que estos nuevos proyectiles incendiarios obligaron a Bellomarius y a sus arqueros a arrojarse de bruces sobre el adarve para no ser barridos. El rey marcomano sintió el calor de la brea ardiente al pasar a tres palmos de su espalda desnuda. Las balas de paja ardiendo se estrellaron contra los edificios de madera, impregnando sus paredes de líquido en llamas.

La presencia de máquinas de guerra había tomado por sorpresa a Bellomarius. Este volvió la vista al interior del fuerte, y supo que no tardaría en convertirse en la misma trampa mortal que acorraló a las tropas de Vindex en la batalla anterior. El rey llamó a uno de sus lugartenientes y este se acercó, corriendo agachado por el adarve.

—Que la caballería se separe en dos columnas y ataque las posiciones romanas a izquierda y derecha. Tenemos que detener ese

fuego cruzado.

El lugarteniente recorrió casi la totalidad del adarve para transmitir la orden a los jinetes, que parecían impacientes por entrar en combate. Bellomarius se asomó al interior de la aldea y gritó:

—¡Cuando yo lo ordene, salid ahí fuera y quemad a esos hijos de perra!

Media aldea ardía a causa de los proyectiles de los onagros. Los honderos, arqueros e infantería de Bellomarius se prepararon para recibir la orden de ataque. El fuego se propagaba a sus espaldas, crepitando con chasquidos siniestros. Nuevos proyectiles cayeron sobre la aldea, y más edificios se convirtieron en hogueras que desprendían un calor que pronto sería insoportable.

En la muralla trasera, el lugarteniente transmitió la orden de ataque a los jefes de la caballería. Un segundo después, dos ríos de jinetes partieron desde detrás del fuerte, formando una serpiente bicéfala que se aproximó a los lindes del bosque donde se apostaban las máquinas de asedio. Los marcomanos que cabalgaban en vanguardia hacían girar las hondas cargadas con vasijas de aceite; los que los seguían, llevaban los arcos cargados con flechas incendiarias, algunos con hasta tres proyectiles a la vez, dispuestos en forma de abanico. Conforme los jinetes se aproximaban a la espesura, descubrieron cientos de legionarios parapetados detrás de sus escudos o escondidos tras los árboles; también avistaron auxiliares arqueros en las copas de los tilos, apuntándoles con saetas ardientes.

Los jinetes concentraron los lanzamientos de aceite sobre los onagros que asomaban entre los árboles, sin darse cuenta de que era justo eso lo que los romanos esperaban. Fueron los mismos *sagitarii* apostados en los árboles quienes incendiaron tanto el aceite marcomano como la brea romana. En pocos segundos, dos murallas de fuego se elevaron entre la caballería y los legionarios a izquierda y derecha de la fortaleza, obligando a los marcomanos a confluir hacia el centro, donde se encontraba la única arboleda que no ardía.

Allí, una nueva pesadilla acababa de sustituir a los onagros, que eran empujados hacia la retaguardia por sus servidores. Una decena de *scorpiones* cargados y encarados hacia la avalancha de caballos que

se aproximaba dibujó una expresión de horror en el rostro de sus jinetes.

Diez proyectiles en forma de lanza, del grosor de la muñeca de un hombre adulto, salieron disparados hacia la caballería bárbara. Varios caballos cayeron atravesados, haciendo que los que cabalgaban detrás tropezaran con ellos y proyectaran a sus jinetes por encima de sus cabezas; uno de los marcomanos fue arrancado de su montura, empalado por un virote. Su cuerpo chocó con el jinete que le seguía, haciéndolo caer mientras hacía girar una de las vasijas de aceite sobre su cabeza. Las flechas de los auxiliares abatieron a un par de decenas de germanos desde las alturas. Los que se incorporaban tras caer del caballo trataban de huir, esquivando a los que aún cabalgaban a su alrededor.

Entretanto, los artilleros de los onagros habían alejado las máquinas del frente y habían empapado de agua los pocos proyectiles de brea que quedaban sin usar, previniendo que se incendiaran por las flechas enemigas. Pertinax hizo girar a su montura e inició una retirada con su caballería a través del bosque. Había observado que no todos los jinetes marcomanos llevaban recipientes con aceite, y confió en que sus reservas fueran limitadas. Su plan tenía varias fases, y la primera estaba a punto de llegar a su final.

Las hondas silbaron, y las vasijas trazaron arcos en el aire hasta chocar con árboles y escudos. Lo siguiente sería la lluvia de flechas incendiarias, pero Pertinax ya había dado instrucciones a sus legionarios.

Los artilleros de los *scorpiones* volvieron a cargar virotes, girando la manivela que tensaba la cuerda de la balista a toda velocidad. Algunos marcomanos disparaban flechas incendiarias contra los que manejaban las máquinas de guerra, pero cuando uno caía otro ocupaba su lugar. Desde la espesura y las copas de los árboles, los *sagitarii* seguían hostigando a los jinetes, mermando la precisión de sus lanzamientos. Algunos germanos, heridos, se arrancaban las flechas y seguían cabalgando.

La segunda andanada de los *scorpiones* derribó a ocho marcomanos. Un brazo arrancado de cuajo salió dando vueltas por el

aire, como si algún malabarista macabro hubiera intentado el más difícil todavía. Los caballos, heridos de muerte, impedían el galope de los que iban detrás. Fue entonces cuando los bárbaros aprovecharon para disparar sus flechas incendiarias.

Muchas impactaron en árboles o escudos que no habían sido tocados por el aceite. Otras, las más certeras, prendieron escudos chorreantes en aceite, que sus dueños tiraron al suelo para apagarlos a toda prisa con el agua de las ánforas. Algunos legionarios, menos afortunados, recibieron el impacto directo de las saetas y cayeron sin vida sobre la hojarasca. Pero, en general, el ataque marcomano había sido un fracaso.

En ese momento, Pertinax decidió poner en marcha la segunda parte de su plan.

—¡Retroceded!

El *cornicen* propagó la orden con una cadencia de notas que la vanguardia entendió. Los artilleros cortaron las cuerdas de los *scorpiones* para que el enemigo no pudiera usarlos contra ellos y corrieron al abrigo de la espesura. Pertinax, con su caballería apostada entre los árboles, muy cerca del incendio que reinaba en la zona boscosa de la izquierda del fuerte marcomano, confiaba en que los jinetes enemigos caerían en la trampa. Con dos barreras de fuego en los flancos y una retirada que solo podía acarrearles más bajas por la espalda, a los marcomanos no les quedaba otra que internarse en el bosque, y eso hicieron.

Detrás de cada tilo, había un legionario con un pilo. Siguiendo las instrucciones del general Pertinax, los infantes, guarecidos por los árboles, clavaban las lanzas en los caballos, haciendo que estos arrojaran a su dueño al suelo. Una vez allí, las espadas los apuñalaban sin compasión. La carga quedó detenida, y muchos caballos fueron rodeados por legionarios que arrancaban a los jinetes de sus monturas, acuchillándolos a ellos y a las bestias con furia desmedida. Los marcomanos pagaban cara su imprudencia. Desde las copas de los árboles, los auxiliares asaeteaban a los que aún no habían podido entrar en el bosque. Un grito en lengua germana ordenó retirada.

Justo cuando los caballos daban la vuelta para regresar al fuerte,

Pertinax ordenó cargar a su caballería. Todos ellos, a excepción de él, llevaban lanzas pesadas.

El claro entre el bosque y la fortaleza era un cementerio de caballos y hombres. La embestida de Pertinax pilló por sorpresa a la retaguardia bárbara, que apenas podía cargar los arcos para defenderse de sus perseguidores. Antes de que los marcomanos desenfundaran las espadas y empuñaran las lanzas, la caballería romana daba la vuelta para regresar al amparo del bosque, protegidos por las flechas de los *sagitarii*.

La caballería marcomana no pudo hacer más que huir a toda velocidad para reagruparse detrás del fuerte, que cada vez ardía con más virulencia. La retaguardia había sufrido numerosas bajas a causa de la carga de Pertinax. Bellomarius, lívido sobre el adarve, dejó de contar cuerpos de caballos y hombres cuando sobrepasó de largo los cien. Detrás de él, el incendio de la aldea era contenido a duras penas con el agua del pozo y los abrevaderos. Apelotonada junto a las murallas, la infantería aguardaba con las vasijas de aceite preparadas, ajenos a lo que pasaba en el frente. Desconfiaban de las palabras de su rey. No podían seguir engañándose a sí mismos: ni los cuados ni los sármatas iban a acudir para decantar la balanza de la victoria.

Estaban solos, a las órdenes de un rey arrogante y mentiroso.

El silencio reinó, como si la batalla que acababa de tener lugar en el claro nunca hubiera existido. Solo se oía el crepitar de las llamas y la lucha de los aldeanos contra el fuego. Una pequeña tregua, un leve respiro. Tal vez la calma que precede a la tempestad.

Basdur, un caudillo anciano de los que no se habían dejado seducir por Berigastio, se abrió paso hasta Bellomarius en el adarve. En la pared exterior de la empalizada, la brea, aún encendida, proyectaba una llama danzarina al cielo.

—Bellomarius —dijo el caudillo—, no sabemos cuántos legionarios se ocultan en el bosque. Podrían ser miles, y con más máquinas de guerra. El fuego ha consumido dos graneros, y el tercero no tardará en arder.

La mirada de Bellomarius se espantó aún más de lo que lo solía estar.

—¿Qué intentas decirme, Basdur?

Al anciano no le intimidó la mirada del rey, que parecía capaz de mover objetos a distancia. Había vivido y sufrido demasiado a lo largo de su vida para temer por ella. Pero sí temía por su pueblo.

—No van a venir los cuados ni los sármatas, ¿verdad?

A Bellomarius lo delató su silencio. Apretó los dientes y señaló el campo de batalla con el hacha.

—Reorganizaremos la caballería y repetiremos el ataque —improvisó, mirando al bosque central, que no había ardido tras su ataque—. No me explico por qué esa arboleda no está en llamas...

—Han tomado precauciones para contrarrestar nuestro ataque, Bellomarius —dijo el anciano, con acierto—, ¿qué esperabas? A un perro no le pegas dos veces con el mismo palo. Y encima, le envías al emperador un emisario para que le cuente nuestras tácticas y le entregue la cabeza de su comandante en un canasto. Has sido un estúpido, Bellomarius...

El rey agarró a Basdur por el cuello y levantó el hacha con una sola mano. Los arqueros del adarve presenciaron la escena aterrorizados, esperando el golpe que acabaría con el anciano. Bellomarius bajó poco a poco el arma, no porque le importara matar a aquel viejo molesto, sino porque temía que sus propias tropas se le echaran encima. Basdur era muy querido por los marcomanos, y a Bellomarius la gloria se le escapaba por la pernera del pantalón, como una meada de fracaso.

En el bosque, los romanos respiraban como un ente invisible que atormentaba a los germanos. No se les veía, pero se les presentía. Y su presencia era siniestra, como la de una legión de espectros.

—Mátame si quieres, Bellomarius —le retó el anciano—. Si esos romanos se instalan en el bosque, ¿cuánto tardaremos en morir de hambre? ¿Dos, tres, cuatro semanas? Tal vez sea mejor cruzar las montañas, huir al territorio de los cotinos y enfrentarnos a la plaga. Al menos, tendremos una oportunidad.

Bellomarius apretó los puños.

—Reorganizaré la caballería —insistió, sin estar seguro de lo que decía. Se sentía confuso e irritado—. Podemos preparar otro ataque...

—¿Qué caballería? —preguntó Basdur—. ¿Esa que se rinde?

El ruido apagado de cientos de cascos acompañó las palabras del anciano. Basdur le mostró a Bellomarius la cabalgata que se dirigía al paso hacia los romanos. Avanzaban muy despacio, con las armas en la mano, pero sin empuñarlas. Las cuerdas de los arcos estaban lasas, las espadas enfundadas fuera de los cinturones y las lanzas apuntando al suelo. Sorteando cadáveres de hombres y caballos, fueron desfilando por delante del frente romano y arrojando las armas al suelo.

Bellomarius estuvo a punto de ordenar a sus arqueros que les dispararan, pero temió que no acataran la orden. Abajo, los guerreros apiñados dentro de las murallas no podían ver qué sucedía en la explanada, pero los murmullos agoreros de los arqueros, testigos de la rendición de la caballería, llegaban hasta ellos como un cántico funesto.

El rey marcomano presenció cómo los jinetes de su ejército descabalgaban y eran recibidos por los legionarios sin recibir malos tratos. Solo faltaron abrazos de bienvenida. La mandíbula le temblaba.

—Ríndete, Bellomarius —le sugirió Basdur, con calma—. Hemos sido un quebradero de cabeza para el emperador, y estuvo bien mientras duró... pero se ha acabado. Ahora nos toca pensar en nuestro pueblo y rendirnos.

El cuello del gigante se tensó, y de su boca desencajada brotó un rugido de furia. El viejo caudillo pensó que, esta vez, la fortuna no sería tan generosa con él y que su cabeza acabaría cayendo encima de los guerreros apiñados bajo el adarve. Por suerte para él, Bellomarius se limitó a apartarlo de un empujón y enfilar sus pasos hacia la escalera que descendía al patio. Se abrió paso a través de sus hombres, quitándolos de en medio con una violencia desproporcionada. Incluso se cortó superficialmente el brazo con el hacha de uno de ellos, pero la furia le hizo ignorar el corte y la sangre que goteaba hasta el suelo.

Algunos pronunciaban su nombre al tiempo que avanzaba hacia la puerta, sin saber qué tenían que hacer a continuación. ¿Debían seguirle? ¿Les enviaría a cargar contra el enemigo? ¿Se rendiría?

—Abrid la puerta —ordenó a los encargados de la entrada.

Estos obedecieron, y la pasarela que permitía cruzar el foso de estacas cayó hasta conectar los dos extremos. El capitán encargado de

la infantería llegó hasta el rey. Temblaba de miedo.

—¿Qué hacemos, Bellomarius? —preguntó.

—No tenéis que hacer nada. Solo miradme.

Bellomarius avanzó hasta donde estaban los primeros caballos muertos. Se echó el hacha al hombro y caminó entre los cadáveres. Lo hizo con pasos lentos, con la certeza del que va a morir matando. Sin miedo.

—Se acerca un gigante, general —anunció el decurión que estaba al lado de Pertinax, oculto en la arboleda.

—Sé quién es —respondió—. Es Bellomarius.

El marcomano siguió avanzando. Muchos guerreros lo siguieron, caminando con timidez, empuñando hondas, hachas y espadas. Bellomarius se volvió hacia ellos, bramó una orden en su lengua y todos se quedaron clavados donde estaban. El adarve y las torres estaban a rebosar de arqueros y curiosos. Cada vez más gente salía de la aldea en llamas, caminando en silencio, preguntándose qué pasaría a continuación.

—Cuidado, general —advirtió el decurión—. Algo traman esos bárbaros.

Desde las copas de los árboles, los *sagitarii* apuntaban a Bellomarius. Una orden del general, y la historia de aquel monstruo habría terminado.

—Los que están detrás de él no parecen querer atacar —comentó Pertinax al decurión, observando cómo el coloso pasaba por encima de los caballos muertos—. Y este puede que quiera rendirse...

En el bosque, Marco Aurelio y Tiberio cabalgaron hasta un lugar desde el que se dominaba el campo de batalla. Desde allí, observaron cómo Bellomarius atravesaba en solitario el cementerio en el que se había convertido el claro.

—Es gigantesco —murmuró el emperador—. Vindex demostró ser muy valiente al enfrentarse a él. Daría cualquier cosa por destriparlo con mis propias manos...

Tiberio le habló en voz baja, de forma que solo él pudiera oírle.

—Recuerda lo que acordamos, Marco. Por mucho que desees su muerte, su peor castigo será seguir con vida después de hoy.

Marco Aurelio asintió. En el descampado, Bellomarius gritó en latín.

—¿Quién es vuestro líder? ¡Que se presente ante Bellomarius! ¡Y no me refiero a ese alfeñique de Marco Aurelio, me refiero a vuestro general! ¡A alguien lo bastante hombre para enfrentarse a mí!

Marco Aurelio se envaró sobre el caballo. Sintió ganas de sacar la espada y espolear su caballo hacia aquel saco de músculos. Tiberio puso una mano sobre el brazal dorado que cubría su antebrazo.

—Tranquilo, Marco. Solo le queda fanfarronear delante de su público...

—Cómo me gustaría ver a ese perro devorado por las fieras del circo.

—Calma, por favor. Sé el emperador que todos esperamos.

Pertinax se dirigió al decurión.

—Pásame tu pilo —le ordenó.

—General, no creo que...

—Dame tu pilo —le interrumpió.

El decurión obedeció. Pertinax llevaba el suyo encajado en los aperos engalanados de su caballo. El legado recogió la lanza pesada del oficial y salió al descubierto. Un murmullo de sorpresa entre los legionarios apostados en el bosque dio paso a un clamor de admiración al ver a Pertinax con la lanza enarbolada. Bellomarius le dedicó una de sus miradas desencajadas y abrió los brazos, con el hacha en la derecha.

—Déjame adivinar quién eres —comenzó a decir, arrastrando las erres con su acento germano—. Ya sé, ¿un romano con huevos? Conozco a muy pocos...

—Soy Publio Helvio Pertinax. El que te ha encerrado en esa ratonera que arde detrás de ti.

Bellomarius soltó una carcajada.

—¡Pertinax, no me lo puedo creer! ¡No me negarás que llevo jugando contigo desde el año pasado! —se jactó—. Hoy me has atrapado porque he sido víctima de una traición. Eres romano, seguro que sabes mucho de eso. Esa costumbre la han aprendido los germanos de vosotros, que sois los grandes maestros de la puñalada

por la espalda y el deshonor. —El rey señaló a Pertinax con el hacha —. Te reto a combatir conmigo, como lo hizo el mierda de Macrinio Vindex. La verdad es que tuvo más cojones que destreza. Te doy ventaja: te permito que sigas montado en ese caballo al que le chupas la polla cuando no estás dejándote sodomizar por tus legionarios más jóvenes...

—Tienes la lengua más larga que esas trenzas de mujer que llevas —dijo Pertinax—. Aquí te espero, rey derrotado...

—Tú primero. Me divertiré un rato contigo antes de matarte, como hice con Vindex.

Pertinax no cargó. Se acercó al paso a Bellomarius, que ahora agarraba el hacha con la mano derecha y la dejaba descansar en la izquierda, listo para propinar uno de sus golpes.

Marco Aurelio contemplaba la escena, hecho un manojo de nervios.

—¿Qué pretende? ¡Voy a ordenar a los arqueros que abatan a ese bastardo!

—Espera, Marco —lo frenó Tiberio—. Bellomarius es fuerte, pero Pertinax es inteligente y diestro. Esto será divertido...

Pertinax se detuvo a doce pasos de Bellomarius. Cambió el pilo pesado por el suyo, más ligero, y encajó el del decurión en los aperos de su montura. Levantó la lanza como si fuera una jabalina y apuntó a Bellomarius, que tensó las piernas, dispuesto a esquivarla y contraatacar.

El brazo de Pertinax se extendió en un movimiento rápido.

Pero la lanza no abandonó su mano.

Bellomarius rodó a una velocidad endiablada. Si el general hubiera arrojado la lanza, este la habría esquivado con facilidad, pero esa no era la intención del legado. Justo cuando Bellomarius se incorporaba, Pertinax lanzó el pilo, atravesando el muslo del rey de lado a lado.

Bellomarius sofocó un grito de dolor. Agarró la lanza con las dos manos e intentó arrancársela, pero la punta de hierro dulce se dobló. El dolor que le produjo habría neutralizado a cualquier otro, pero él pudo controlarlo. Se incorporó con el pilo clavado y el astil arrastrando por el suelo.

—Buen movimiento, hijo de puta —dijo, señalando a Pertinax con el hacha—. Pero ¡ahora te voy a destripar!

Pertinax sacó el pilo pesado y lo agarró con fuerza. Espoleó con suavidad al caballo, y este empezó a dar vueltas alrededor del marcomano. Detrás de él, algunos de sus guerreros hicieron amago de avanzar, pero fue el propio Bellomarius quien los detuvo de un bramido. Aquel combate a vida o muerte era un duelo entre él y Pertinax.

Bellomarius trataba de no dar la espalda a su adversario, pero la lanza clavada en la pierna convertía cada giro en un suplicio. La herida se abría y sangraba cada vez más. Agarrando el astil con una mano, Bellomarius descargó un hachazo que partió el arma en dos. Esta vez, no pudo contener un alarido de dolor.

—Ríndete, rey caído —le exigió Pertinax—. No conviertas tu derrota en un espectáculo lamentable.

El marcomano se abalanzó contra el caballo de Pertinax, pero este lo apartó de su trayectoria con un quiebro sorprendente. Bellomarius cayó al suelo, clavándose aún más el pilo en el muslo. Otro grito de dolor escapó de su garganta. Pertinax hizo girar su montura y enterró cuatro dedos de lanza en la nalga del gigante. La carcajada que retumbó en el bosque le dolió más a Bellomarius que la herida.

—Esto ha terminado, ríndete de una vez —repitió Pertinax.

—Esto acabará cuando tú o yo hayamos muerto —replicó Bellomarius.

Entonces, sin previo aviso, el gigante efectuó un movimiento inesperado.

Trazando un arco formidable con el brazo, el hacha salió despedida y surcó el aire, girando hacia la cabeza de Pertinax en una trayectoria mortal. El legado no pudo hacer más que echarse hacia atrás para esquivarla.

La hoja pasó a medio palmo de su nariz, pero el movimiento le hizo caer de espaldas al suelo. El ruido de la armadura al chocar con el terreno hizo que los espectadores pusieran cara de dolor. Un grito unánime de espanto surgió del bosque, donde empezaron a asomar legionarios que querían contemplar el combate más de cerca. Marco

Aurelio estuvo a punto de tomar partido en el duelo, pero una vez más, Tiberio se lo impidió.

—Confía en Pertinax. Una caída no lo apartará de la pelea.

Bellomarius avanzó todo lo rápido que su pierna herida le permitía. Mientras daba zancadas hacia Pertinax, sacó el puñal del cinto de tela. El general rodó sobre sí mismo, se incorporó y sacó su *gladius*, una formidable arma con guardamano de oro y empuñadura enjoyada.

Esquivó las puñaladas de Bellomarius por los pelos. El gigante usaba el cuchillo como si fuera el hacha, con golpes salvajes y descontrolados. Pertinax se mantuvo a distancia de él, hasta que el rey marcomano trastabilló y perdió el equilibrio.

Podía haberlo matado entonces, pero su objetivo no era ese.

La estocada del *gladius* fue profunda y estudiada. La hoja cortó los tendones del hombro de Bellomarius, seccionando músculos y hueso y dejándole el brazo inútil. El puñal cayó al suelo y el gigante, detrás de él. Apoyado en la mano izquierda, con el brazo derecho inmovilizado, a Bellomarius solo le quedaba esperar el golpe de gracia. Al menos, había luchado con honor. Levantó la vista hacia el legado y le sonrió.

—Venga, Pertinax, ¿a qué esperas? Acaba lo que has empezado.

Pertinax colocó la punta de la espada justo debajo de la barbilla de Bellomarius. Este levantó la cabeza, desafiante, sin rastro de miedo en los ojos.

—El césar ha mandado erigir tres estatuas en honor a Macrinio Vindex —dijo Pertinax—. Será recordado por las generaciones venideras como un héroe. En cambio, tú, tú serás olvidado por los tuyos, por Roma y por la historia. No morirás hoy, Bellomarius. Tendrás una larga vida recluido en una jaula, donde serás despreciado por todos hasta que mueras, exhibido como la piel de una fiera exótica pisoteada por Roma.

Bellomarius lanzó un alarido de furia y se abalanzó contra Pertinax, en un último y desesperado esfuerzo. Este retrocedió y le cruzó la cara con la espada, trazando una herida profunda que dibujó un aspa roja junto con la antigua cicatriz del bárbaro. El legado agarró el *gladius* como un puñal y lo enterró con fuerza en el hombro sano del

rey. Bellomarius cayó de boca como un toro herido, con la cara deformada contra la tierra empapada de sangre.

Sus ojos, por primera vez en muchos muchos años, se anegaron en lágrimas.

Unos legionarios lanzaron una red sobre él, mientras otros lo ataban de pies y manos. Bellomarius no se resistió.

Seguía vivo, pero su alma había muerto con esa última puñalada.

Pertinax subió a su caballo. Solo, sin escolta alguna, se dirigió hacia los marcomanos que había fuera del fortín en llamas. El general se arriesgaba mucho. Los arqueros continuaban apostados en las torres y en el adarve. Con que uno de ellos hubiera disparado, el general de la Primera Legión Adiutrix habría muerto.

Un hombre salió de entre las filas marcomanas. Lo hizo solo, como si representara a todo su pueblo. Era un anciano, y en la mano llevaba una espada roñosa que había vertido mucha sangre bajo el mandato de varios reyes distintos. Cuando él y Pertinax estuvieron a pocos pasos de distancia, el legado se dirigió a él.

—Os ofrezco la paz. La paz romana. Rendíos y se os tratará con justicia.

Basdur apenas hablaba latín, pero sí lo bastante para entender la oferta de Pertinax.

Con una inclinación de cabeza, el anciano arrojó su vieja arma a los pies del caballo del general.

Detrás de él, miles de armas cayeron al suelo.

Bellomarius, por fin, había sido derrotado.

Aquel fue un día de gloria para el Imperio romano.

29

El amor es el enemigo más maravilloso del mundo.

En esos pensamientos se hallaba sumida Lidia mientras contemplaba a Jano Convector. La formidable silueta uniformada del general estaba plantada frente al anfiteatro de Carnuntum, con los brazos en jarra, los ojos perdidos en la belleza de su exterior.

—Fíjate en eso, Lidia —dijo, señalando un cartel donde aparecían dos gladiadores peleando, además de una serie de nombres, horarios e indicaciones—. El circo tiene previsto inaugurar la temporada el mes que viene.

El anfiteatro había permanecido cerrado durante los duros meses de invierno, en los que los mejores gladiadores habían salido de gira por regiones más cálidas y rentables. Mantener buenos profesionales resultaba caro, y los lanistas tenían que exprimirlos al máximo para obtener beneficios. En los últimos meses, ni siquiera se habían celebrado entrenamientos en el *ludus*.

Jano sonreía al edificio como si le evocara recuerdos entrañables. Lidia no podía dejar de mirarlo, fascinada con esa versión nueva y amable del hombre del que se estaba enamorando. Tenía ganas de abrazarlo, de besarlo, pero el legado jamás se lo habría permitido en público, y menos delante de la escolta pretoriana que no les quitaba ojo, a veinte pasos de ellos. Habían compartido cerca de tres meses juntos, y cada nuevo día parecía mejor que el anterior. Los momentos más felices seguían siendo los que compartían con los caballos. Salían a cabalgar por las afueras de Carnuntum casi a diario, siempre que las obligaciones del general lo permitían.

En las últimas semanas, Lidia apenas había oído la voz de Tamura en su cabeza. La espía guerrera guardaba un silencio que para la sármata resultaba hasta inquietante. Incluso tenía miedo de perderla, como si fuera un espíritu libre que habitara dentro de ella y pudiera marcharse de improviso, para nunca más volver. Prefería imaginarla

dormida, en algún lugar profundo de su interior. Pero la verdad era que, si bien antes fantaseaba con la oportunidad de degollar a un legado romano, ahora lo único que quería hacerle a ese enemigo era acariciarle el cabello durante horas y amarlo hasta el fin de sus días.

Tamura era invencible, pero Lidia la estaba derrotando.

Uteljarab se encaramó sobre la sármata, poniéndole las patas en el hombro y obsequiándola con un par de lengüetazos en la cara a modo de soborno. El can se aburría de estar frente a aquel edificio redondo y deseaba continuar con el paseo. Jano les lanzó una mirada de reojo y esbozó una sonrisa aún más amplia. Parecía otro hombre.

La asesina de niños no había vuelto a actuar. Aquella pesadilla había acabado convirtiéndose en un recuerdo difuso, de manera que el odio irracional de Jano hacia Tamura había menguado hasta una suerte de olvido confortable, relajando los ánimos del legado. La noche de Carnuntum sustituyó los asesinatos rituales por los crímenes habituales de las ciudades romanas: esposos engañados vengativos, jugadores tramposos apaleados, fanfarrones de taberna apuñalados y asaltantes de borrachos que huían de la guardia con un puñado de monedas.

Lidia se deshizo del abrazo canino y comenzó a recomponer la cuerda que llevaba alrededor de la cintura y que el perro había descolocado al bajarse. El legado la ayudó a ponérsela como a ella le gustaba, de manera que nunca se superpusiera una vuelta con otra.

—Te compraré un cinturón bonito —dijo Jano, sin dejar de arreglar la soga que rodeaba a Lidia—. Con pedrería y adornos dorados. Y algún que otro vestido nuevo.

—¿Qué pasa, no te gustan los que llevo? —preguntó ella, dejándose hacer.

—Sí, pero siempre son los mismos. Y esta cuerda anudada a la cintura...

—¿Qué tienes en contra de mi cuerda?

—Es más propia de un acemilero que de una señora.

Ella sonrió.

—¿Y quién te dice que no fui acemilera en el pasado?

—Eres demasiado delicada para haberlo sido —dijo Jano, que

terminó su arreglo besándole la mano.

Ella se echó a reír. Delicada, sí. Se imaginó dándole una paliza a Jano con las manos desnudas. Sin duda sería un oponente fuerte, pero estaba segura de que podría hacerlo. Tamura era muy rápida, sabía dónde pegar, siempre donde más dolía.

—Hoy estás más encantador que de costumbre —observó Lidia, que señaló el anfiteatro con un gesto de cabeza—. ¿Es por eso?

Jano volvió a recrear la vista en el edificio.

—Me trae recuerdos.

—¿Te gustaban los juegos?

El general le dedicó una mirada misteriosa de reojo.

—¿Me guardas un secreto?

—Claro.

—Antes de entrar en el ejército y convertirme en la mano derecha de Marco Aurelio, fui gladiador.

Lidia no daba crédito a lo que acababa de oír. Notó cómo la boca se le abría en un gesto de admiración involuntario. Nunca había asistido a unos juegos, pero sí había oído hablar muchas veces de ellos. Hombres —a veces mujeres— que luchaban a muerte en la arena, o se enfrentaban a fieras hambrientas traídas desde desiertos y selvas lejanos.

—¡No puede ser! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque nunca había salido el tema.

Lidia tenía mil preguntas que hacerle, pero todas se agolpaban en su cerebro y no sabía por cuál empezar.

—Entonces, ¿fuiste esclavo?

Jano soltó una carcajada.

—No. Fui un *auctoratus*, un gladiador libre. Pasé la adolescencia en un *ludus*, pero podía ir a casa cuando quería. Aunque para serte franco, prefería la escuela —reconoció.

Lidia no quiso profundizar en las razones por las que Jano prefirió la dura disciplina de los gladiadores a la protección de su familia, así que formuló otra pregunta.

—¿Participaste en muchos combates?

Jano se puso a hacer cálculos.

—Cuatro temporadas, de cuatro a seis combates cada una... veinte o veinticuatro, creo.

—¿Y cómo sobreviviste? ¿Los ganaste todos?

Al legado le parecían muy graciosas las preguntas de Lidia. Se echó a reír y ella se contagió, como una niña nerviosa. Daba la impresión de que su pasado como gladiador la excitaba de una forma que él no conseguía entender.

—Hace años que los combates no son a muerte —explicó Jano, que apreció, divertido, cómo el desencanto ensombreció la cara de Lidia—. Siento decepcionarte, pero la mayor parte de mis peleas eran con armas de mentira. A veces nos heríamos, pero era más por accidente que por otra cosa. Los gladiadores salen caros, mueven mucho dinero en las apuestas y hay que sacarles partido. No interesa que mueran, son un buen espectáculo, nada más.

—¿Y qué pasa cuando pelean contra fieras?

—Muchas de esas luchas son ejecuciones de reos. Aunque sí, hay gladiadores especializados en combates contra bestias —admitió—, y esas no entienden de teatro.

Lidia se volvió hacia el *ludus*.

—¿Por qué no echamos un vistazo? ¿No te gustaría ver a los gladiadores?

—No se oyen combates, seguro que está cerrado.

—Pues llamamos a la puerta —propuso ella; en el fondo, tenía más ganas que Jano de entrar en la escuela. Se imaginó en la arena, enfrentándose a cuatro rivales y despachándolos con crueldad, con la grada entregada, aclamándola—. Eres el legado de la Decimocuarta, el Puño del Emperador, la voz de Marco Aurelio...

—¡Basta! —dijo Jano, poniendo los ojos en blanco.

—Venga, venga, por favor...

Jano claudicó. Lo cierto es que le apetecía entrar en el *ludus*. El general se acercó a su escolta, seguido de Uteljarab.

—Voy a visitar el *ludus*. Esperadme fuera.

Lidia y él encaminaron sus pasos al edificio próximo al anfiteatro. La puerta estaba cerrada. Jano dio dos golpes fuertes de aldaba. El ruido de voces y pasos le llegó del interior. Un pequeño ventanuco se

abrió en la puerta, dejando ver unos ojos ahuevados y una nariz regordeta.

—¿Sí? —Los ojos de detrás de la abertura estudiaron el uniforme, para luego pasar revista a Lidia—. ¿En qué puedo servirte, *domine*?

—Soy Jano Convector, legado de la Decimocuarta Legión Gémina. Me gustaría visitar el *ludus*, si no tienes inconveniente.

Los huevos con iris se abrieron mucho, el ventanuco se cerró y Jano oyó cómo trajinaban con la cerradura. Cuando esta se abrió, descubrió al dueño de los ojos saltones. Se trataba de un hombre de mediana edad, cabello rizado, gordo como un cerdo preparado para la matanza y expresión campechana.

—Adelante, *domine*, es un honor —saludó, inclinando la cabeza; a continuación, se volvió hacia Lidia. El hombre besó su propia mano y la extendió hacia ella en una muestra de respeto que a la sármata le pareció muy teatral—. *Domina*, bienvenida. Soy Hedio Caton, médico del *ludus*. No creo que a Quinto Torcuato le importe que os enseñe las instalaciones. Es el lanista —explicó.

—¿Lanista? —preguntó Lidia.

Jano la miró, incrédulo.

—¿Nunca habías oído la palabra «lanista»?

Ella se hizo la ingenua con una sonrisa muda.

—El dueño del *ludus* y de los gladiadores —explicó Hedio.

—Ah... He vivido demasiado tiempo en regiones remotas del Imperio —se excusó.

—No te preocupes, *domina* —la disculpó Hedio—, en muchas de ellas no se celebran juegos. De todos modos, no veréis muchos gladiadores hoy —se lamentó—. Los mejores aún no han llegado, pero regresarán a Carnuntum cualquier día de estos. Ni siquiera Quinto Torcuato está aquí. Nuestros gladiadores han estado luchando en el Anfiteatro Flavio de Roma, y ahora les toca entretener a Panonia. Este año va a ser bueno, con el calor que hace.

—Sí, es sofocante para estar en abril —reconoció Jano.

—Pero no os quedéis ahí —rogó el médico—. Seguidme.

El *ludus* era grande, y estaba amueblado y decorado con todo el lujo que una escuela de gladiadores podía albergar. Para nada era un

antro oscuro con cuchitriles malolientes, como otros que Jano había visitado. Este constaba de un patio interior donde había una arena con unas gradas capaces de albergar a más de seiscientos espectadores. Allí era donde se ejercitaban los gladiadores y se celebraban los entrenamientos públicos. Uteljarab correteó por el recinto como un loco. Visitaron las celdas de los gladiadores, donde encontraron algunos descansando. El médico les informó de que aquellos barracones tenían capacidad para ochenta luchadores. Luego les mostró unos baños enlosados de mármol blanco y un comedor amplio y lustroso. La visita continuó por el hospital. Por la forma en la que explicaba el surtido de medicinas y el material quirúrgico con el que contaba, era evidente que Hedio se sentía orgulloso de las instalaciones.

—He visitado el hospital del Anfiteatro Flavio —comentó—, y este, aunque es más pequeño, no tiene nada que envidiarle.

—Es magnífico —reconoció Jano.

—¿Has visitado muchos *ludus*, *domine*?

—Algunos —respondió Jano, escueto; tampoco era cuestión de contarle su vida al médico.

—Si quieres, puedes visitarnos cuando se celebren entrenamientos —ofreció Hedio—. Le diré a Quinto Torcuato que te envíe una invitación al palacio en cuanto vuelva de Roma. Me ha dicho que trae un *doctore* nuevo a Carnuntum, uno que tuvo una gran reputación en sus tiempos de gladiador en occidente.

—¿Sabes su nombre? —se interesó Jano.

—No lo recuerdo. —Los ojos ahuevados hicieron amago de salirse de las órbitas—. Lo que sí sé es que es caro, muy caro.

Permanecieron un rato más dando vueltas por el *ludus*, hasta que Jano decidió dar por finalizada la visita. Se despidió de Hedio Caton, que no dudó en ofrecerle sus servicios médicos gratis siempre que los necesitara. Luego se despidió de Lidia, haciendo alarde de una educación exquisita, casi pomposa. Al salir, Jano respiró hondo, satisfecho.

—Me ha encantado ver el *ludus*. Gracias.

—Ya has oído: cuando llegue el *lanero* podrás ver los

entrenamientos.

—Lanista —la corrigió Jano—. Vamos a pasar por el palacio, y si no hay nada que requiera mi presencia iremos a cabalgar. ¿Te parece bien?

Uteljarab ladró dos veces, formando un torbellino con la cola.

—Este cabrón entiende cada palabra que digo —dijo el legado.

—Sí, es casi tan inteligente como mi caballo, Zambil...

—¿Zambil? —preguntó Jano—. ¿Tienes un caballo que se llama Zambil?

Lidia deseó que se la tragara la tierra.

—Lo tuve —respondió, agachando la cabeza de forma involuntaria.

—Nunca me has hablado de él, y eso que hablamos mucho de caballos.

—Tuvo un final muy triste —improvisó—. No me gusta recordarlo.

Caminaron un buen trecho en silencio, con la escolta justo detrás.

—Zambil, Uteljarab... —recitó Jano después de un rato—. ¿De dónde sacas esos nombres tan raros? ¿Tienen algún significado?

Lidia empezó a sudar.

—Ninguno. Son nombres que me invento, así son únicos.

El legado alzó las cejas, pero no insistió en el tema. Durante el paseo de vuelta al palacio, Jano miraba a Lidia de reojo, de tanto en tanto. Le habría gustado echarle el brazo por encima, abrazarla y besarla. Se sentía pletórico, pero no quería aumentar las habladurías que ya corrían como galgos en palacio. Para sus hombres, Lidia debía seguir siendo la augur; puede que su amante, pero nada más allá de eso.

Esa mañana cabalgaron durante horas, con Uteljarab detrás. Luego comieron tumbados sobre la hierba, lejos de donde se alzaba el campamento de la Decimocuarta Gémina. Incluso se atrevieron a hacer el amor al aire libre.

Aquel fue un día muy feliz para los dos.

Maiôsara se despertó sobresaltada. Sus sueños le habían jugado una mala pasada. No era la primera vez. Tampoco sería la última. Miró

hacia la ventana. Por la luz del exterior, hacía horas que había amanecido.

Se sentó en la cama y se restregó los ojos. El cabello blanco, despeinado, le caía por encima de la cara. Se miró en el espejo y se deprimió. Parecía una bruja. La edad empezaba a pasarle factura.

A pesar del dolor, repasó su sueño. Más que repasarlo, lo revivió, porque aquella pesadilla recurrente reproducía algo que sucedió mucho tiempo atrás. Cada vez que revivía esas imágenes se veía a sí misma moviéndose muy despacio, como si el aire fuera agua en vez de aire. Y siempre era la misma secuencia de imágenes.

En su sueño, Maiôsara adivinaba que algo horrible había sucedido en cuanto llegaba a las inmediaciones de la cabaña que compartía con su hermana a orillas del río Crişul Repede. Luego descabalgaba muy despacio y dejaba colgadas de la grupa las liebres que había cazado para comer.

Quería correr para alcanzar la puerta abierta de la cabaña, pero una fuerza invisible retrasaba sus pasos y convertía cada uno de ellos en un esfuerzo titánico.

De pronto se encontraba en el interior de la choza.

Y lo que vio allí...

Maiôsara se abofeteó la cara. Varias veces, hasta que se le saltaron las lágrimas. Se negaba a revivir aquello de nuevo, aunque sabía que la pesadilla se repetiría. Aquel sueño insistente era un enemigo traicionero que no conseguía evitar. Un enemigo implacable que le destrozaba el alma a zarpazos.

Maiôsara llevaba años tratando de calmar su odio, pero aquel odio era como el picotazo de un mosquito. Cuanto más te rascas, más te pica. Había probado muchos remedios. El alcohol fue el primero. No funcionó.

Las infusiones para dormir no hicieron efecto. Alejarse de su tierra, tampoco.

Maiôsara se preguntó si tal vez la venganza sería un remedio eficaz contra el odio que sentía.

Las lágrimas cesaron en el acto. Su mirada se extravió por encima de los tejados de Carnuntum.

Se dijo que sí, que la venganza podría ser el remedio. Roma se merecía cualquier castigo, hasta el más atroz.

Se levantó y se remojó la cara en el bacín. Al menos, estaba despierta.

Deseó, con todas sus fuerzas, que esa noche la pesadilla le diera una tregua.

30

Jaret, Lándigo y Dandro caminaban con la cabeza algo agachada, manteniendo una distancia prudencial entre ellos. A pesar del esfuerzo por pasar desapercibidos, el rostro del primero llamaba demasiado la atención.

Jaret iba delante, con el cabello rubio y su mirada misteriosa ensombrecidos por la capucha de la capa de viaje. Las mujeres que se cruzaban con él se le quedaban mirando, hipnotizadas por la belleza de sus facciones lampiñas. Avanzaba con la vista fija en el suelo frente a él, como si el resto del mundo no existiera, con unos andares felinos que le conferían un atractivo irresistible.

Detrás de él iba Lándigo, su hermano menor. Su rostro, menos agraciado que el de Jaret, se ocultaba bajo una barba y un bigote castaños. La capa, muy parecida a la de su hermano, escondía un escudo redondo debajo del morral donde llevaba el equipaje. Lándigo se mantenía alerta, disgustado por tener que transitar por una ciudad que consideraba enemiga.

Tampoco era plato de buen gusto para Dandro, el mayor y más corpulento de los tres. También llamaba la atención de los viandantes, pero por una razón muy distinta a la de Jaret. La elevada estatura, los músculos abultados y la cabeza rapada le daban un aspecto intimidante. Y eso que la maza a dos manos que le colgaba en la espalda permanecía cubierta por la capa que vestía.

A ninguno de los tres le gustaba estar en Carnuntum, pero tenían una misión importante que cumplir. Su rey tenía otros agentes más discretos, pero para esta ocasión había querido confiar en los mejores.

Y Jaret, Lándigo y Dandro lo eran.

Jaret consultó el plano que le facilitaron antes de encargarle la misión. Comparó el dibujo de la fachada del papiro con la realidad de la *insula*. A pesar de lo burdo del boceto, le gustó más sobre el papel que en realidad. En el papel no olía, ni se apreciaba la doliente

decadencia que transmitía.

—¿Hemos llegado? —preguntó Lándigo, detrás de él.

—Hemos llegado —respondió Jaret; hablaba con una lentitud especial, como si cada sílaba estuviera untada en miel y le gustara saborearla.

Cruzaron el portal de la *insula* y dispersaron la vista en todas direcciones. Era la primera vez que entraban en un edificio de esas características. El griterío que reinaba era aberrante. Chillidos de mujeres, llantos de niños, voces de hombres hablando en cuatro lenguas distintas... Aquello era una locura. El olor a letrina flotaba en el ambiente como neblina en un pantano. Dandro arrugó la nariz con gesto de asco. Los tres estaban más acostumbrados a respirar el aire de los bosques que aquel aliento fétido con regusto a humanidad.

Una puerta se abrió a la derecha del trío. Una señora con el rostro de una mujer de cuarenta años y el cabello de una anciana de setenta los examinó de arriba abajo, como si ellos fueran la causa del hedor.

—Estamos completos —escupió, y empezó a cerrar la puerta.

Una mano rauda agarró la hoja de madera e impidió su cierre.

—Maiôsara, ¿verdad?

La mujer se quedó mirando aquellos ojos azules que atravesaban los suyos como dos saetas. Lo que más le sorprendió fue que aquella voz melodiosa y musical acababa de hablarle en sármata. Maiôsara notó en las tripas un familiar hormigueo de desconfianza.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Jaret.

—Un nombre es solo aire expulsado de la boca con cierta habilidad. ¿Quién eres?

—Vengo de parte del rey Zántico. Soy yacigio, como tú.

—Estoy impresionada —dijo, con ironía—. ¿Qué quieres?

—Sería más prudente que habláramos dentro.

—Está bien, pasa. —Maiôsara frenó con un gesto a Lándigo y Dandro—. Vosotros no, vosotros quedaos fuera.

—Son de mi total confianza —afirmó Jaret.

—Pero no de la mía. Además, a ti te puedo degollar fácilmente si acabas cayéndome mal. —Señaló a Dandro con cara de asco—. Con

ese ogro rapado tendría que sudar y hoy no tengo un buen día.

Jaret despidió a sus hombres con un gesto sutil. Maiôsara comprobó que salían de la *insula* y cerró la puerta por dentro, quedándose a solas con el sármata. Este retiró la capucha y mostró un cabello rubio, largo, liso y brillante, como recién salido de un barbero después de una sesión de termas. Maiôsara decidió que era tan hermoso que casi parecía una mujer, o uno de esos dioses griegos maricas que tanto les gustaban a los romanos.

—Tú dirás...

El enviado de Zántico caminó por la habitación, curioseando los trastos de Maiôsara mientras canturreaba con su voz modulada.

—Hace unos meses, antes de las nieves, Zántico envió una agente a Carnuntum, una joven que responde al nombre clave de Stornarja...

—Tormenta Roja —tradujo Maiôsara al latín—. Bonito nombre, felicita a quien se lo puso.

—Es joven —prosiguió Jaret, ignorando las chanzas de la yacigia —, pero letal, como una hoja envenenada. Por eso la eligió Zántico.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Zántico le dijo que contactara contigo a su llegada.

—Pues ya te digo yo que esa tal Stornarja no ha pasado por aquí.

—No hemos tenido noticias suyas desde que abandonó nuestro asentamiento, pero sabemos por otros espías que se han producido asesinatos en la ciudad con su firma.

—Así que fue vuestra agente la que asesinó a esos niños...

—Sus instrucciones no eran exactamente esas —repuso Jaret.

—Entonces, ¿cuáles eran?

—Desestabilizar Carnuntum. —Jaret se apoyó sobre la mesa donde Maiôsara llevaba las cuentas—. Enviamos a unos auxiliares romanos comprados por Zántico para que informaran a las autoridades de la ciudad que eran objetivo de Tamura de los Cuarenta. También les comunicaron que había atacado a patrullas romanas al este del *limes*. Se le ordenó a Stornarja que rubricara cada asesinato con...

Maiôsara acabó la frase por él.

—El símbolo de la espada clavada en la tierra.

Jaret se sentó en un taburete, y cruzó los pies con las piernas

estiradas. La capa se abrió y dejó al descubierto una espada larga y de magnífica factura.

—Bonito juguete. ¿Cómo te lo han dejado pasar por el control de la puerta?

—Tenemos salvoconductos. Para los romanos, somos mercenarios en busca de trabajo. Disponemos hasta de una recomendación falsa del gobernador de Panonia.

—Felicidades.

—Zántico goza de buenos contactos. —Jaret retomó el tema principal—. Lo paradójico es que nuestra agente, a pesar de no haber dado señales de vida, sí parece haber cumplido el encargo del rey: ha sembrado el terror y ha dejado su marca. Nos han confirmado que las autoridades culpan a Tamura, lo que también nos complace.

—¿Y qué gana Zántico echándole las culpas a Tamura? —quiso saber Maiôsara.

Jaret puso cara de no tener ni idea.

—Eso deberías preguntárselo a Zántico.

Maiôsara estaba segura de que Jaret sabía más de lo que contaba, pero también tenía la certeza de que no soltaría ni una pizca de información, por mucho que insistiera. La mujer valoraba demasiado su tiempo como para perderlo.

—Te lo preguntaré de nuevo, Jaret. ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Pensábamos que sabrías algo de Stornarja.

—No la he visto en mi vida. No sé qué tipo de indicaciones le disteis, pero por aquí ni siquiera ha pasado a decir hola. Hay otros contactos sármatas en la ciudad, pregúntales a ellos.

—Eso haremos —rezongó Jaret. El yacigio encogió y estiró las piernas varias veces para desentumecerlas, para luego levantarse de un brinco—. Gracias por atenderme, Maiôsara. Una cosa más —dijo, cuando estaba a punto de abrir la puerta para irse—. ¿Te importaría alojarnos en esta... especie de cabaña gigante?

—No mentí cuando dije que tengo la *insula* completa, pero te puedo recomendar algún sitio elegante, siempre y cuando tengas dinero. Ya he visto la cara de asco que ponen tus hombres cuando huelen un poco de mierda...

—Tenemos dinero. ¿Qué hospedería me recomiendas?

—Id hasta el final del cardo máximo y preguntad por El Faro del Norte. Tiene hasta prostíbulo. Puede que un poco de fornicio le alegre la cara al ogro.

—Seguro que sí. —Jaret se despidió con una leve inclinación de cabeza—. Pronto volveremos a vernos, Maiôsara.

Jaret descorrió el cerrojo y se marchó. Maiôsara se asomó a la plaza para comprobar que el trío giraba la esquina de la *insula*, rumbo a la calle principal. A pesar de que Jaret había mantenido unas formas exquisitas durante toda la entrevista, la antigua guerrera tuvo un mal presentimiento. Había pertenecido al mismo gremio que él durante muchos años, y sabía que las buenas maneras esconden malas intenciones.

Maiôsara se encerró en la oficina. A partir de entonces debería andarse con cuidado. Pensó en Lidia. ¿Sospecharía Jaret que la auténtica Tamura estaba en Carnuntum?

Se dijo que, por el momento, no se adentraría más en ese cenagal.

El templo de los cobolios tenía nombre. No un nombre real, porque una vez que te conviertes en su templo, ya no eres ni hombre ni mujer.

«Olvida que eres de carne. Ahora eres el Cobol.»

Stornarja, la herramienta de los espíritus del bosque hambriento.

Llevaba días sin tomar la sangre de los cobolios. A pesar de que aquel brebaje la sumía en un trance extraño en el que no era dueña de sus actos, beberlo en pequeñas cantidades aliviaba los remordimientos. Aquella poción mágica transformaba la realidad en un sueño, la adentraba por lugares inimaginables y era capaz de realizar actos más allá de su comprensión. Algunos monstruosos, pero no era ella quien los cometía en realidad.

Era el Cobol.

Stornarja se enfrentaba a su encierro como una bendición, aunque a veces se sentía como un tigre enjaulado al que solo liberan para comerse a un reo inocente.

El Amo llegó a su guarida en silencio. La máscara que le cubría el rostro era inquietante, con esa expresión de tristeza infinita en sus facciones esculpidas. El encapuchado retiró una bandeja que contenía un par de platos y una jarra de vino vacíos, para sustituirlos por otros llenos.

—¿Has comido bien?

—Sí, Amo, pero estaba mejor en el otro refugio... este apesta.

—Aquí estás más segura —aseguró el Amo—. Pronto tendrás que caminar de nuevo por el inframundo —anunció.

—¿Otra vez, Amo? ¿Qué tengo que hacer?

—Lo mismo de siempre: seguir las señales hasta el sacrificio.

Los parpados de Stornarja cayeron sobre sus ojos, como si un sueño invencible la poseyera.

—¿Es otro niño? —preguntó con voz entrecortada.

—Es el deseo del Cobol —dijo el enmascarado, acariciando con ternura su cabello; sacó una cantimplora de un bolsillo interior de la túnica y se la ofreció—. Toma, más sangre de los cobolios. Bébela con mesura. Cuando llegue la hora, tendrás que tomar más, hasta que el Cobol entre en ti.

—Como ordenes, Amo. ¿Y el abuelo?

—Está bien. Pronto lo verás.

La figura enmascarada le dio un par de palmadas afectuosas en la mejilla, recogió la bandeja con los restos de comida y salió de la estancia. Stornarja oyó el sonido de la llave al girar en la cerradura.

Con movimientos torpes, abrió la calabaza que contenía la sangre de los cobolios, bebió un poco y cerró los ojos.

El mundo a través de la mirada del Cobol daba miedo, pero una vez que Stornarja se aceptara como el monstruo en el que se había convertido, el sufrimiento acabaría.

Ya no lloraría más.

31

El mayor enemigo del Imperio había caído, pero la guerra continuaba en otros frentes.

Los físicos cosieron las puñaladas que convirtieron a Bellomarius en un muñeco de trapo roto y con el relleno desmenuzado por la derrota. El alma del rey marcomano se quedó frente a su fortaleza ardiendo, rodeada de cadáveres ensangrentados y armas rendidas. Cargado de cadenas, desnudo y encogido sobre sí mismo en una jaula demasiado pequeña para un perro, emprendió un periplo hacia Alejandría, en un peregrinaje lento y largo que se detendría en cada aldea, pueblo o ciudad al amparo del águila de Roma. Bellomarius sería exhibido como ejemplo para otros caudillos, por si a algún otro se le ocurría la idea de rebelarse contra el Imperio.

Los mismos que un día lo aclamaron, lo cubrían de esputos y verdura podrida en cada etapa de su viaje. Bellomarius recibía los insultos sin pestañear.

Marco Aurelio y Tiberio Claudio Pompeyano se ocuparon de gestionar las rendiciones de los caudillos marcomanos. Se negoció poco y se impuso mucho, aunque las condiciones romanas fueron justas y generosas, después de tantos quebraderos de cabeza que los marcomanos habían causado al Imperio.

Muchos jefes tribales manifestaron que habían seguido a Bellomarius bajo coacción. «O conmigo o contra mí» era su máxima, y el ejército creciente del rey dejaba pocas opciones a los caudillos menores. Otros, en cambio, huyeron de Marcomania para escapar de la paz de Roma. Si bien no se consiguió un armisticio completo con los marcomanos, sí que se pacificaron muchas tribus a lo largo de su territorio. La mayoría de sus líderes, hastiados de tantos años de guerra, abrazaron la paz con alegría, juraron lealtad a Roma y recibieron con ilusión las tierras y derechos que se les ofrecían.

Pero aún quedaba trabajo que hacer en Germania. Los rumores de

una poderosa alianza entre cuados y sármatas eran cada vez más consistentes. A pesar de que no dudaba de la existencia de ese ejército, Pertinax no daba demasiado crédito a los testimonios de los marcomanos, sobre todo cuando se referían al gran número de soldados que lo formaban.

—Acordaos de las invencibles huestes de Bellomarius —se burlaba, enardecido por la derrota personal infligida al rey—. Ahora cuentan los guerreros por decenas de miles, y seguro que no llegarán a los diez mil, entre cuados y sármatas. Apuesto a que esa alianza se disolverá en cuanto conozcan el destino de Bellomarius.

Mientras tanto, el resto de las legiones mantenían sus posiciones a lo largo del *limes*, edificando campamentos permanentes que acabarían creciendo hasta convertirse en ciudades, como en su día sucedió con Carnuntum o Vindobona.

La situación, por el momento, se mantenía más o menos estable. Aunque con los bárbaros nunca se sabía.

Marco Aurelio se encontraba en el pretorio del campamento de la Segunda Legión, que sería desmantelado al día siguiente para volver a levantarlo en otro lugar, cerca de otros asentamientos marcomanos con los que parlamentar. Esa era la vida en la legión: caminar, construir, vigilar, luchar, desmontar y vuelta a empezar. Tiberio Claudio Pompeyano entró en la tienda y sorprendió a su suegro guardando con mucho cuidado, dentro de un baúl, los rollos en los que escribía sus meditaciones.

—¿Te marchas? —le preguntó Tiberio.

—Sí, regreso a Carnuntum —respondió el emperador—. Considero mi trabajo aquí finalizado. Pertinax y tú no me necesitáis para terminar de controlar Marcomania. Necesito descansar después de vivir tantas aventuras a vuestro lado.

Tiberio posó la mano en su hombro y luego lo obsequió con un abrazo cargado de emoción que Marco Aurelio correspondió. Permanecieron un rato abrazados en silencio.

—Gracias, Marco. Sin ti, esto habría sido mucho más difícil.

—Tonterías, el trabajo más duro lo habéis hecho Pertinax y tú.

—Has sido una gran inspiración para nosotros, créeme. La mejor.

Marco Aurelio le palmeó la nuca y se separó un par de pasos de él.

—Pertinax y tú sois los grandes protagonistas de esta historia. Yo solo soy quien recibe los honores y aclaman como *imperator*. Si los libros los escriben los justos, seréis recordados como héroes.

—Tú sí que pasarás a la historia como un emperador sabio y justo. Seguro que esas memorias tuyas se leerán dentro de mil años.

—No son mis memorias —le corrigió Marco Aurelio—. Son pensamientos que se mueven por mi cabeza... Meditaciones.

—Echaré de menos a Eudor —confesó Tiberio, cambiando de tema —. Antes de que se vaya, tengo que contarle que Arnufis atribuye la victoria contra Bellomarius al fuego mágico que invocó. Seguro que tiene otro berrinche.

Marco Aurelio se echó a reír.

—Arnufis acabará rico —vaticinó—. El otro día me pidió que le firmara un salvoconducto que le permitiera viajar con cualquier legión y montar su tienda en sus castros. Cuanto más combate una legión, más le consultan los soldados. Dice que la Primera y la Segunda están demasiado tranquilas ahora, que necesita clientes más asustados.

Tiberio rio.

—Será cabrón, el egipcio... ¿Se lo firmaste?

—Sí. Ese avaro da consuelo a nuestras tropas, es un mal necesario.

—Eudor será feliz cuando lo pierda de vista.

—No lo dudes.

—¿Cuándo te marchas?

—En dos o tres días.

—Prepararé tres cohortes para que te escolten hasta Carnuntum.

—Te lo iba a pedir, muchas gracias.

—Ahora, nuestro principal problema son los cuados.

—Y los sármatas —recordó el emperador, cuyo odio por la etnia no había disminuido ni un ápice—. Ahora sería una buena ocasión para exterminarlos a todos juntos.

—Calma, Marco, calma —lo tranquilizó Tiberio—, tenemos que comprobar si lo que cuentan de esa alianza es cierto. Mira el formidable ejército de Bellomarius: acabó siendo un chiste. Apenas sufrimos bajas —apuntó.

—Tienes razón. ¿Ves? Estaré mejor lejos del frente, resolviendo asuntos en Carnuntum con Jano, escribiendo en mis ratos libres y leyendo a los filósofos griegos. Me pregunto cómo le habrá ido a Jano en estos meses...

—Seguro que bien —afirmó Tiberio, ajeno a los problemas que había sufrido la ciudad—. Comenzaré a preparar tu escolta.

El Cobol emergió del inframundo envuelto en un silencio fúnebre.

La realidad a través de sus ojos se retorcía en colores distorsionados y neblinas rasgadas. Avanzó por el atrio del *domus* flotando sobre la nube en la que se desplazaba, dirigiéndose a su presa. Tercera puerta a la izquierda. Ni un guardia a la vista.

Todo discurría como lo habían planeado.

Se deslizó en silencio por las baldosas del suelo y comprobó que la puerta que buscaba estaba cerrada. Introdujo una daga por la rendija que había entre el marco y la hoja de madera; levantó el pestillo y abrió la puerta. En el mundo de los mortales, tenía que usar herramientas de los mortales.

Se asomó a la estancia sin producir el menor ruido.

Encontró el cubículo iluminado por una triste lámpara de aceite. Para el Cobol, sin embargo, aquella diminuta luminaria refulgía como un faro en la noche. Un faro que reveló la presencia del esclavo encargado de vigilar el sueño del bebé que había ido a buscar.

El siervo dormitaba con la barbilla apoyada sobre el pecho, vencido por el cansancio. A su lado, apoyada en el mismo taburete donde estaba sentado, el Cobol vio una maza pequeña.

Podría haberse llevado a la niña de seis meses en silencio, sin despertar al esclavo, pero decidió asegurarse. Lo degolló con un rápido movimiento, apartándose de la inminente aspersión de sangre antes de que se produjera. Este abrió mucho los ojos y se agarró la garganta con las manos, incapaz de gritar o contener la hemorragia.

El Cobol sacó a la bebé de la cuna con delicadeza. Lo acomodó entre sus brazos y abandonó la habitación deslizándose por el lustroso enlosado de la galería hasta atravesar el atrio.

Una vez más, desapareció del mundo de los mortales sin dejar más testimonio de su presencia que un cadáver ensangrentado y una cuna vacía.

Descendió al inframundo con cuidado, para no despertar a la pequeña. Su nube rodeaba ahora el cuerpecito de la niña, que seguía dormida, ajena a su dramático destino. El Cobol tardó unos instantes en acostumbrar de nuevo sus ojos a la oscuridad cambiante que reinaba en aquel universo insólito por el que se movía casi a ciegas. Extendió la mano hasta tocar una pared viscosa que parecía formada por tejido vivo y contó cada paso y cada esquina para no desorientarse.

De repente, el brillo de una luz a su espalda lo obligó a darse la vuelta. Se volvió hacia el resplandor, pero antes de que pudiera distinguir quién o qué lo emitía, su consciencia se apagó.

Alguien atrapó al vuelo la nube del Cobol y a la bebé que envolvía, antes de que Stornarja se desplomara sobre el suelo lodoso y pestilente del inframundo.

Hubo susurros en la oscuridad, además de un leve gruñido de esfuerzo. Segundos después, unos pasos rápidos se perdieron en la oscuridad.

Un grito de desesperación resonó en la noche de los mortales.

Una vez más, el dolor de una madre despertó a Carnuntum.

32

—Todavía no sé por qué Ludovico me manda acompañarte —se lamentó Filemón Voulgaris entre jadeos; caminar escoltado por cuatro *vigiles* le incomodaba más que cuando alguien se quedaba mirando su cuerpo desnudo en las termas—. Se supone que tú eres el rastreador, no yo... ¡Y encima te has empeñado en traer esa maldita cabeza de perro!

—Alguna razón tendrá para haberte sacado de la cama —rezongó Ictis, cuyas piernas flacas no tenían problema en seguir el paso rápido de los guardias—. Deberías estarle agradecido. Para él, tú eres alguien de fiar, culto y respetable, no como yo. De mí piensa que no soy más que un sabueso con tendencia a morder la mano que lo alimenta, y eso que le he demostrado muchas veces mi fidelidad —se lamentó, fingiendo sentirse dolido.

—Ludovico te aprecia, Ictis —afirmó Filemón, esforzándose por no quedarse atrás—. Lo que pasa es que...

El griego no se atrevió a terminar la frase, pero Ictis le instó a hablar.

—Es que, ¿qué?

—Eres un tipo peculiar, Ictis. Nadie sabe nada de tu pasado, y tampoco cuentas nada sobre él. Y siempre con esos líos de mujeres, extranjeros y dados... Eres mi amigo y te aprecio, pero la verdad, si tuviera una hija no querría que vinieras a casa a pedirle matrimonio.

—Ahí coincido contigo, ¿ves? Pero que me guste el fornicio y el juego es una bendición: cuando follo o enredo con los dados, no ando haciendo algo peor.

—¿Y qué me dices de tu pasado?

—Mi pasado fue el de alguien desdichado, repudiado por los dioses, y ya pagué por él —recitó, haciendo alarde de sus aptitudes para la tragedia—. Ten piedad, Filemón, ya lo dijo Zeus: no presiones a quien busca redención.

El contable lo miró mientras correteaba a su lado, echando el bofe.

—¿Redención? —jadeó—. ¿Redención tú, dices? Además, ¿de dónde has sacado que Zeus dijera eso?

Los *vigiles* se detuvieron frente a la puerta de la residencia.

—Hemos llegado —anunció uno de ellos—. El legado Jano Convector os espera dentro.

—Ay, dioses, qué miedo me da ese hombre —murmuró Filemón, cruzando el umbral de la casa; enseguida oyeron el llanto de una mujer—. No sé ni cómo dirigirme a él...

—Tú déjame a mí —impuso Ictis—. El secreto para tratar con los poderosos es demostrarles que su presencia no te intimida. Tú limítate a presentarme como si fuera alguien realmente importante.

Filemón se paró en seco, como si acabaran de golpearle en la barriga.

—¿Qué?

—Que me hagas caso. —Ictis no se detuvo ni un segundo, adelantándose por el corredor—. Vamos, y no metas la pata.

Pasaron de largo una habitación en la que unos esclavos protegían a tres niños con cara de no saber qué diablos pasaba. Según los cálculos de Filemón, el más pequeño rondaría los tres años y el mayor —una niña—, los doce. Llegaron hasta la puerta de los llantos. En su interior, descubrieron a un hombre degollado en el suelo, junto a un taburete. Por la vestimenta, parecía un esclavo. En un camastro cercano, el dueño de la casa abrazaba a la mujer que lloraba. De pie, al lado de estos, estaban Jano y Lidia. La presencia del general era imponente.

A Filemón le sonaba la cara de Lidia, pero no estaba seguro de qué. Ictis, sin embargo, se acordaba a la perfección de dónde la había visto: entrando junto a una mujer de abundante cabellera blanca en el sótano de Ludovico, en El Faro del Norte. Cuando abandonaron el despacho, Nilda le comentó a Ictis que aquellas mujeres habían comprado información acerca del general al que ahora una de ellas acompañaba.

«Interesante», pensó Ictis, reprimiendo una sonrisa ladina.

—*Domine* —saludó Filemón, agachando la cabeza en señal de

respeto—, *domina*, soy Filemón Voulgaris. Me envía Ludovico Corocotta junto con el rastreador del que te habló, famoso a lo largo de todo el *limes*, el sagaz Ictis.

Este se encasquetó la cabeza del moloso e hizo un saludo militar.

—Ave, general, estoy aquí para servirte.

Jano y Lidia intercambiaron una mirada de reojo antes de examinar a Ictis de arriba abajo. Ella estaba casi segura de haberlo visto en alguna ocasión, puede que caminando por el foro o tal vez en El Faro del Norte, el día que acudió en busca de información con Maiôsara. A pesar de tratarse de un hombre de aspecto desagradable, había algo en el rastreador que a Lidia le gustaba.

En el fondo, tenían algo en común: ambos eran impostores.

El legado expuso la situación sin perder un segundo.

—Un intruso ha secuestrado a la hija menor del abogado Minicio Galo Sexto —dijo, refiriéndose al hombre tembloroso que abrazaba a su esposa; a continuación, señaló el cadáver—. También ha degollado al esclavo.

—¿Se sabe por dónde ha entrado? —preguntó Ictis, asomándose al exterior del corredor que llevaba al peristilo.

—No hemos encontrado señales en muros exteriores ni dentro del atrio —informó Jano—, igual que en los otros dos asaltos anteriores. No deja ni un solo rastro.

—Siempre dejan rastro —le corrigió Ictis, esbozando una sonrisa arrogante que irritó un poco a Jano.

—También se han revisado las ventanas —apuntó Lidia, que confiaba en que Ictis no acabara enojando al legado—. Todas cerradas por dentro, ninguna forzada.

El vándalo levantó un poco la cabeza y olfateó el aire como un ciervo en mitad del bosque. Se acercó al dueño de la casa y se agachó junto a él. El abogado se quedó perplejo ante aquella horrorosa cabeza de perro a dos palmos de su cara, sin entender qué hacía aquel personaje ridículo en su domicilio.

—*Domine*, te acompaño en tu dolor y sufrimiento. —Se dirigió a la señora de la casa—. *Domina*, sé que estás pasando por algo horrible, pero estoy aquí para ayudar. No te ofendas por mi pregunta, pero ¿es

normal este olor en tu *domus*?

Galo y su mujer intercambiaron una mirada confusa.

—¿Qué olor? —balbuceó el abogado.

—Huele a letrina en esta habitación y en la galería que da al atrio.

Jano y Lidia volvieron a cruzar una mirada de escepticismo. Ambos aspiraron con fuerza y no notaron ningún olor raro, aparte del de la sangre que bañaba el suelo del cubículo de la bebé secuestrada.

—Un momento —dijo Ictis, que se agachó junto al esclavo degollado. Le levantó el faldón de la túnica, lo que provocó más miradas de asombro en los presentes. Hasta la esposa del abogado dejó de llorar, atenta a sus movimientos. Filemón elevó la mirada al techo, preguntándose, una vez más, qué había hecho él para tener que asociarse a tal personaje—. No, él no ha sido. A veces, los muertos se cagan encima —explicó—. Pero este, no. Este está limpio, por ahora.

Jano dio un paso al frente.

—Escucha, no entiendo demasiado bien por qué tu jefe me ofreció tus servicios, pero todo este espectáculo es muy extraño... Bochornoso, diría yo. No estamos de humor para presenciar la función de un charlatán.

Ictis se envaró. Filemón cerró los ojos, esperando oír el bofetón que enviaría al enclenque vándalo al lado del esclavo desangrado.

—General, como he dicho antes, estoy aquí para ayudar —recordó Ictis, hablando con calma—. Si quieres, échame —lo desafió—, o puedes dejarme seguir el rastro del asesino.

Jano estuvo a punto de seguir discutiendo, pero Lidia se lo impidió con un codazo tan fuerte como disimulado. Fue la esposa de Galo la que inclinó la balanza a favor de Ictis.

—Si has venido a ayudar, ayúdame, por favor —rogó ella, agarrándolo de la muñeca—. Encuentra a mi pequeña Caieta.

Ictis colocó su mano sobre la de la esposa de Galo Sexto.

—*Domina*, haré lo que esté en mi mano —prometió—. ¿Tengo tu permiso para moverme con libertad por tu casa?

—¡Selenda! —llamó la mujer. Una nubia joven y alta apareció en la puerta. Aun con la cabeza agachada en gesto sumiso, le sacaba un palmo a Lidia. Tenía el porte de una princesa. Puede que en su tierra

lo fuera, antes de ser capturada y vendida—. Deja entrar a este hombre donde desee —volvió a dirigirse a Ictis—. Encuentra a mi hija y te recompensaré.

—Gracias por tu generosidad, *domina* —dijo Ictis, incorporándose.

Volvió a olisquear el aire. Pasó junto a Jano y Lidia y salió a la galería que conducía al peristilo. Lo siguieron, acompañados de Filemón y precedidos de la esclava nubia, que caminaba con timidez detrás del rastreador. Ictis se desplazaba medio agachado, con la vista fija en el suelo. Se detuvo de forma súbita y se arrodilló. Tocó una pequeña mancha con la punta de un dedo. Parecía la marca de una gota seca. Olió el dedo y luego se tumbó boca abajo para oler mejor el punto gris.

Aquello era extraño y asqueroso.

—¿Dónde está la letrina? —preguntó.

Selenda señaló al otro lado del peristilo. Ictis se incorporó y toqueteó las plantas y flores del jardín al pasar. Parecían hambrientas de lluvia. Si el calor seguía como hasta ahora, ese año su futuro sería incierto. Sin dejar de mirar al suelo, Ictis llegó a las *lavatrinas*. En realidad eran dos, una al lado de la otra: la primera asignada al servicio y la segunda, más lujosa, a los dueños de la casa; ambas enlosadas con mármol pulido en el suelo y mosaicos de tonos azulados en las paredes. Las dos *lavatrinas* estaban dotadas de una pila grande para lavarse, varios espejos y tres retretes cada una, separados por tabiques en la de los señores y por cortinas en las del servicio. Todos los agujeros de las letrinas se hallaban cubiertos por unos asientos de madera para que no subiera el hedor de la cloaca.

—¿Podéis traerme una antorcha? —pidió Ictis. Selenda sacó una de un soporte de la galería y se la tendió—. Quedaos fuera, no piséis por aquí —ordenó, acercando la llama al suelo. Primero examinó las baldosas de mármol, y luego todos los retretes hasta detenerse en el que estaba más a la derecha. Se echó un poco hacia atrás la cabeza del moloso y se puso en cuclillas. Comenzó a tocar el piso con la punta de los dedos, mientras murmuraba cosas ininteligibles, como si hablara consigo mismo.

En el peristilo, Filemón había colocado su oronda anatomía al lado

de Jano y Lidia. Ninguno de los tres estaba demasiado seguro de lo que hacía Ictis. Fue Lidia la que se atrevió a preguntarle al griego.

—¿De dónde ha salido este personaje?

—Lo conocí en otoño, en la barca con la que cruzamos el Danubio. Desde entonces, no he podido quitármelo de encima. Ahora trabaja para Ludovico Corocotta. Siempre habla de que es muy buen rastreador, pero es la primera vez que lo veo usar su... ¿don?

Jano, nervioso, repiqueteaba en el suelo con los pies. Empezaba a cansarse de ver a Ictis caminar medio a cuatro patas, como uno de esos faunos ridículos que aparecían en las fábulas que los actores de medio pelo representaban en el foro. No las aguantaba.

—Como esto sea una farsa, le meteré la cabeza en esa letrina y no pararé hasta que caiga por ella, aunque para eso tenga que descoyuntarle las articulaciones.

Como si ese deseo se hiciera realidad por arte de magia, Ictis se incorporó y se dirigió a los presentes, señalando el retrete de la derecha.

—¿Me puede ayudar alguien a levantar la losa de esa letrina?

Lo dijo mirando fijamente a Jano, que aparentaba ser el más fuerte de los tres. Este captó la indirecta y se acercó a él, intrigado.

—¿Para qué quieres que levante esa piedra?

—Creo que el ladrón de niños ha entrado por aquí.

El legado lo miró, extrañado.

—¿Cómo que ha entrado por ahí?

—Te lo explicaré luego, cuando me asegure de una cosa —prometió Ictis—. El tiempo corre en nuestra contra. ¿Me ayudas, general, o tendré que pedírselo a la señora?

Jano le lanzó una mirada homicida, pero accedió a ayudarle. Más que ayudar, fue él quien levantó la pesada losa para apoyarla sobre la pared. El hedor inundó el ambiente en cuanto la retiraron. Ictis se asomó al hueco oscuro destinado a excrementos, orines y cualquier otra inmundicia procedente de la *domus* del abogado. «La mierda siempre huele igual, salga del culo que salga», pensó.

Jano echó una ojeada por encima del hombro de Ictis.

—¿Cómo va a subir alguien por ahí? —preguntó, escéptico—. Por

ese pozo no cabe nadie.

—Casi nadie —rectificó Ictis, pasándole la antorcha al legado; este no tuvo más remedio que agarrarla, sorprendido, pero no protestó. El rastreador se acercó a su amigo griego y le habló en voz baja—. Filemón, ya he entendido por qué estás aquí. Tienes que hacerme dos favores.

—¿Qué favores? —quiso saber el contador, alarmado.

Ictis se quitó la cabeza de perro y la colocó en las manos de Filemón, que la sujetó como si acabara de caerle del cielo la cabeza decapitada de su madre. La cabellera sucia, greñuda y con claros de Ictis pedía a gritos que volvieran a ponerle la piel del moloso encima, para librar al mundo de tan deplorable espectáculo.

—Cuídala bien —pidió el vándalo—. Ahora, saca un par de denarios y tíralos por la letrina que acabamos de abrir.

—¿Que tire dos denarios? ¿Para qué quieres que tire dos denarios?

Ictis abrió mucho los ojos, vehemente, y miró de reojo a Jano, que estaba a punto de perder la paciencia.

—No discutas y hazlo, antes de que el general nos destripe.

—Pero ¿para qué quieres que tire dos denarios al fondo de la letrina?

—Motivación, Filemón. Necesito motivación, corre.

El griego se puso la cabeza del moloso debajo del brazo y rebuscó en su bolsa. Para su desgracia, sacó dos áureos entre otras monedas, que equivalían a la nada despreciable cantidad de doscientos sestercios. Ictis demostró una velocidad vertiginosa cogiéndolos antes de que su amigo pudiera protestar. Se acercó a la letrina descubierta y dejó caer la pequeña fortuna por el agujero. Arrebató la antorcha a Jano y metió los pies por el pozo hasta desaparecer de la vista.

En cinco segundos, la letrina se lo había tragado.

Jano miró primero a Lidia y luego a Filemón, que seguía acunando la cabeza de perro sin poder dejar de pensar en el dineral que acababa de irse por el retrete. El general se dirigió a él, y el contador apretó el pellejo del perro aún más. Los dientes del moloso apuntaban a la generosa papada del griego, como si quisiera morderle el cuello con sus dientes muertos.

—¿Acaba de meterse en esa letrina? —le preguntó el general, que no terminaba de creer lo que acababa de ver.

—No me preguntes, *domine*. Yo me he quedado igual que tú, y dos áureos más pobre.

Lidia se asomó al pozo. Pudo ver el resplandor de la tea unos segundos, tras los cuales todo volvió a quedarse a oscuras otra vez.

—¿Crees que esa puede ser la ruta que ha usado el asesino para los otros ataques? —preguntó a Jano—. La verdad es que el hueco es estrecho, pero por ahí podría entrar alguien poco corpulento...

—Ese hombre acaba de hacerlo —le recordó Jano—. Y Tamura es una mujer, podría hacerlo, sí... Claro que sí, maldita sea —gruñó, frunciendo la boca en un gesto de rabia; Lidia disimuló su hastío. Estaba harta de que la culparan de aquellas atrocidades una y otra vez —. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Las condenadas cloacas, el único sitio donde no puse vigilancia.

Todos guardaron silencio frente a las *lavatrinas*, a la espera de alguna noticia de Ictis. Jano reparó en la presencia de Selenda y la despidió.

—Ve con tus señores, te avisaremos si volvemos a necesitarte.

La nubia se cruzó con Galo Sexto, que acababa de dejar a su esposa al cuidado de sus sirvientes junto al resto de sus hijos. Su rostro era el de alguien bajo el influjo de un hechizo.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó; enseguida le extrañó ver la losa de la letrina contra la pared—. ¿Qué hace eso ahí?

—El hombre del perro en la cabeza se ha metido dentro —explicó Jano; sus palabras le parecieron dignas de risa—. Cree que el secuestrador pudo entrar por ahí.

—¿Por ahí? —repitió el abogado, mirando con incredulidad las impecables losas de mármol del suelo—. Imposible, alguien que hubiera subido por ese pozo lo habría llenado todo de inmundicia de las cloacas, y no hay huellas de pasos por ninguna parte...

De repente, una voz acompañada de sus propios ecos surgió del fondo de la letrina.

—¡Una cuerda, rápido!

Era la voz de Ictis.

Galo pidió una cuerda a gritos. Tres esclavos trajeron una a toda prisa, la amarraron a una de las columnas del peristilo y comenzaron a bajarla por el hueco del pozo. La expectación en las *lavatrinas* era insostenible, todos al borde de un ataque, en un silencio tenso roto solo por los jadeos de los siervos. Lidia se asomó por el hueco de la letrina y apreció el resplandor del fuego; el fondo estaba tan lejos que no pudo distinguir lo que hacía Ictis, pero le pareció verlo agachado, como si trajinara con algo. Este volvió a gritar.

—¡Tirad muy despacio! ¡Con cuidado!

No solo los esclavos tiraron de la cuerda. Jano y Lidia también ayudaron. Filemón se planteó arrimar el hombro, pero lo vio innecesario. Su trabajo era mental, no físico, y ahora estaba al borde de la alferecía por los nervios. La cuerda subía poco a poco, con restos de un légamo gris oscuro y pestilente que nadie dudó en tocar conforme llegaba a la altura de sus manos.

De repente, una garra manchada de todo lo impensable se aferró al borde de la letrina desde dentro. Dos de los tres esclavos se acercaron al hueco a ayudar a Ictis, dispuestos a dejar los escrúpulos de lado.

—Tomad —jadeó el rastreador—, pero dejad la tela que lo envuelve en el suelo y no la toquéis. ¡Es muy importante! —insistió—. ¡No la toquéis!

Uno de los esclavos cogió lo que Ictis le tendió. Parecía un atadijo de simple lienzo de color claro, con manchas evidentes de haber pasado por la cloaca.

Pero el atadijo no venía vacío.

Galo Sexto quiso acercarse a comprobar qué acababan de sacar del pozo. Al ver el bulto que ocultaba la tela, se temió lo peor. Jano lo sujetó del brazo, y cuando el abogado se enfrentó a él, el general negó con la cabeza. Había visto otras obras de la asesina, y pensó que aquel padre no soportaría ver así a su pequeña.

El dueño de la casa se deshizo de la presa del legado y se acercó hasta el esclavo que acunaba la forma inerte envuelta. De repente, algo dentro del bulto se movió.

Y un llanto de protesta, a pleno pulmón, brotó de entre los brazos del esclavo.

Galo abrazó a su bebé, entre lágrimas, sin importarle mancharse de la mierda de las alcantarillas. Jano se acercó a él, sin dar crédito a lo que veía. En el hueco de la letrina, un Ictis embadurnado de lo peor del universo se arrastraba jadeando fuera del pozo.

Lidia tuvo claro qué hacer.

Corrió a avisar a la madre de que su pequeña estaba viva.

33

Filemón no daba crédito a sus ojos.

Simplemente, se negaba a creer lo que veía.

Antes de entrar en la casa de Minicio Galo Sexto, Ictis no era más que un truhan maloliente, un estafador de medio pelo con guirnaldas de mentiras alrededor de los restos mortales de un perro sarnoso.

Ahora, convertido en héroe, recreaba los pasos del asesino —o asesina, como se referían a ella— delante de una audiencia compuesta por la mano derecha del emperador y su augur —o lo que fuera—, los magistrados de la ciudad, el *magister* de los talabarteros y el abogado propietario de la casa. A Ictis lo habían acicalado dos esclavas en los baños personales de Galo Sexto, y ahora vestía su mejor túnica y sus mejores calzones, regalo del padre de la pequeña Caieta, recién rescatada del inframundo.

Por supuesto, Ictis no dudó en combinar de forma magistral la túnica bordada con la cabeza del moloso. Mientras se pavoneaba por las *lavatrinas*, Filemón no hacía otra cosa que imaginar mil desgracias para él, cada una más horrenda que la anterior.

Ictis narró cómo había encontrado a Caieta arropada sobre la acera de la alcantarilla, encima de un poyete de piedra, a unos cuarenta pasos de donde desaguaba la letrina del abogado. También explicó que tropezó con un saco de tela basta tirado justo debajo del pozo que conectaba las cloacas con el retrete de Galo Sexto. El rastreador había desarrollado una teoría sobre cómo se desplazaba la ladrona de niños sin dejar huellas.

—Lo hace de una forma muy ingeniosa —comenzó a decir, sujetando la misma tela que había envuelto a la bebé una hora antes —. Ahora esta sábana está sucia, pero imaginad que estuviera limpia. La asesina levanta la losa de la letrina hasta sacar medio cuerpo fuera, luego saca la tela limpia del talego y la coloca al pie del retrete...

El vándalo reproducía los movimientos de la secuestradora

mientras los explicaba, extendiendo la sábana en el suelo, delante de él. Todos los presentes lo atendían, fascinados, incluyendo a Jano. Una vez desplegada la tela, Ictis se puso de pie sobre ella, agarró un extremo con las manos y comenzó a deslizarse por el suelo, arrastrando los pies.

—¿Veis? Estoy seguro de que lo hace así —afirmó—. La tela de este lienzo es lo bastante gruesa y tupida para que el légamo de la cloaca no la traspase. La asesina no deja huellas ni manchas en el suelo. Es más, conforme arrastra los pies, va limpiando su rastro.

Lidia recordó el testimonio de Jabari, el siervo de Lucio Renato.

—Por eso tu esclavo afirmaba que era una lamia —le dijo al magistrado—. Insistía en que no caminaba, sino que se arrastraba como una serpiente.

—Eso refuerza mi teoría —se jactó Ictis, sabedor de que no cesaba de anotarse tantos delante de lo más granado de Carnuntum.

Lucio asintió. Por supuesto que recordaba las palabras de Jabari, pero había algo que no entendía.

—¿Cómo no se dio cuenta de que usaba un lienzo para desplazarse?

—El miedo trastorna nuestros sentidos y transforma la realidad —afirmó Jano, que había estado más de una vez cara a cara con la muerte—. Tu esclavo fue pillado por sorpresa. Entre eso y la poca luz que había en tu casa esa noche, se imaginó la peor de sus pesadillas. ¿No dijo también que le ardía la cabeza...?

—Y apestaba —recordó Lucio—. Es normal que apestara, si salió de las alcantarillas. —Se dirigió a Ictis, que atendía la conversación ufano, sintiéndose el protagonista indiscutible de la noche que estaba a punto de acabar—. Gracias por tu ayuda, Ictis. Has prestado un gran servicio a Carnuntum.

—Por el que serás recompensado —intervino Galo Sexto, que después del terrible trago pasado se sentía más feliz y generoso que en toda su vida.

—Ojalá hubieras aparecido antes de que esa bruja asesinara a mi hijo Claudio —se lamentó Lucio, para dirigirse a continuación a Jano —. ¿Qué vais a hacer ahora que sabemos que esa mujer utiliza las

cloacas para moverse?

—Enviaré tropas a registrar el alcantarillado —contestó el legado —. Si esa zorra se esconde ahí abajo la encontraremos. ¿Existen planos?

—Tres copias en el archivo —afirmó Lucio—. Es el edificio de dos plantas que hay justo al lado de mi residencia, no tiene pérdida —explicó—. Si no me necesitáis aquí, iré a prepararte una de las copias para que te la lleves.

—Pasaré a buscarla más tarde, en cuanto termine de hacer un par de cosas —prometió Jano.

—De acuerdo. Nos vemos allí, entonces.

Latona, la esposa de Minicio Galo Sexto, apareció en el peristilo acompañada de todos sus hijos. Acunaba a Caieta con un brazo, y con la mano libre sostenía una bolsa que cedió a su hija mayor.

—Toma, ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo a la niña.

Esta tomó la bolsa, se acercó a Ictis, se la ofreció con un gesto cándido y recitó el breve discurso que su madre le había hecho ensayar un rato antes.

—Gracias por salvar a mi hermanita, en nombre de toda mi familia. Tienes nuestro eterno agradecimiento.

Filemón observó cómo Ictis cogía la bolsa, se acuclillaba y revolvía el cabello de la pequeña, que soltó una risita y corrió avergonzada junto a su madre. El griego calculó cuánto podía contener el monedero, incapaz de olvidar los dos áureos que el vándalo había tirado por el retrete. Se los cobraría. Por los dioses que se los cobraría. Aunque con Ictis, nunca sabía uno si iba a cobrar.

Jano decidió que su trabajo allí había terminado. Tras una despedida en la que llovieron agradecimientos a unos y otros, todos abandonaron la *domus*. Una vez fuera, Cato Merino se despidió.

—Me voy a mi casa —anunció—, tengo asuntos que despachar allí. ¿Vosotros vais al archivo? Si queréis, podemos ir juntos...

—Antes quiero comprobar una cosa —respondió Jano—. En un rato nos vemos.

El magistrado se marchó con pasos rápidos, seguido por su escolta personal. Jano y Lidia se despidieron de Ictis y Filemón.

—Puede que te vuelva a necesitar —advirtió Jano a Ictis—. ¿Cuento contigo?

—Por supuesto, *domine*. A tus órdenes.

El legado lo miró fijamente unos segundos.

—Has hecho un buen trabajo. Hay que tener mucho estómago para meterte donde te has metido. Ludovico no exageraba: eres el mejor. Gracias y felicidades.

Ictis no cabía en sí de gozo. Tenía la impresión —acertada— de que Jano no era hombre pródigo en halagos. El general y la mujer desaparecieron por una bocacalle. En cuanto se perdieron de vista, Filemón agarró a Ictis por la manga corta de la túnica que había pertenecido al abogado.

—¿Y mis áureos?

Ictis puso cara de no saber de qué demonios le hablaba Filemón, hasta que pareció caer en la cuenta.

—¡Ah, los áureos! No los encontré, Filemón, lo siento. Estaba todo lleno de mierda.

—¿Cómo que no los encontraste?

—No querrás que escarbe en una montaña de mierda, ¿verdad?

—Pero ¿para qué cojones los tiraste por la letrina?

Ictis puso los ojos en blanco, como si aquella explicación sobrara.

—No entiendes nada, Filemón. Necesitaba un estímulo para meterme en ese pozo, ¿tan difícil es de entender?

—¡Pues claro que es difícil de entender! —gritó—. ¿Para qué tiras una fortuna, si luego ni te la vas a quedar?

—Me sorprende que después del acto de heroicidad que hemos protagonizado, te preocupes por dos putos áureos. Me asombra lo avaro que eres...

Filemón estaba al borde del patatús.

—¿Avaro, yo? Lo que me faltaba...

Ictis le hizo un gesto para que se calmara. Rebuscó en la bolsa que acababa de darle la hija de Galo Sexto, sacó varias monedas y se las ofreció a su amigo.

—Aquí tienes, diez denarios, la mitad de mi recompensa.

Filemón se llevó las manos a la cabeza.

—No creerás que voy a creerme que solo te ha dado veinte denarios por salvar la vida de su hija... ¡Enséñame la bolsa!

Filemón se lanzó a por el monedero de Ictis, pero este se apartó varios pasos, alejándolo del griego con el brazo extendido en dirección opuesta a la suya.

—¡Eh, eh, eh, para! —gritó Ictis—. ¿Qué pretendes ahora, robarme? Mira que llamo a la cohorte, a ver a quién cree, a Ictis el héroe o a Filemón Voulgaris, el contable gordinflón.

—Quiero mi dinero —exigió Filemón, para luego derrumbarse, agotado y al borde del llanto—. Por favor, son parte de mis ahorros, Ictis...

El rastreador se acercó a él y le puso una mano en el hombro regordete.

—Vamos a hacer una cosa —propuso Ictis—. Acepta estos diez denarios por ahora. Le pediré autorización al general Jano para que me deje entrar en las alcantarillas, enterraré las manos en ese montón de zurullos y te los devolveré, ¿de acuerdo? Me entran ganas de vomitar solo con recordarlo, pero lo haré por ti.

Filemón cogió las monedas de mala gana.

—¿Me lo prometes? —preguntó el griego.

—Pues claro, hombre, ¿cuándo he dejado de cumplir una promesa?

—No has cumplido una promesa en toda tu vida.

Caminaron de vuelta a El Faro del Norte. Ictis, con la testa alta, envanecida por el triunfo; Filemón, con esa cabeza gacha que se erige como compañera inseparable de la ruina.

—Tienes que aprender a disfrutar de los pequeños beneficios que aportan las grandes pérdidas, Filemón, o siempre serás un infeliz —le aconsejó Ictis en tono paternal.

—Júrame que volverás a las cloacas a por mi dinero.

—Qué pesado, de verdad, ya te he dicho que volveré...

La pareja se alejó por la calle. A pesar de su caminar alegre, el vándalo andaba con las nalgas muy prietas. Temía que los dos áureos de Filemón escaparan de su ano y resbalaran por la pernera de su calzón nuevo.

Ictis tenía la conciencia tranquila.

Alguien capaz de meterse por el culo dos monedas embadurnadas de mierda ajena merece quedárselas.

Jano y Lidia llegaron a la plazoleta donde apareció el primer niño asesinado. Sin el altar rodeado de velas, la sordidez del callejón era similar a la del resto de las callejuelas de Carnuntum. Una más, sucia, desordenada, con hedor a orines y dejada de la mano de los dioses.

Jano quería comprobar algo. El legado se dirigió al suboficial que lo acompañaba. Se llamaba Antonio Peto, un centurión de la cohorte urbana a punto de licenciarse que llevaba años patrullando las calles de Carnuntum. El legado había tratado algunos asuntos con él en palacio, y lo consideraba un hombre leal y eficiente.

—La noche que apareció aquí el niño, había controles en esa callejuela, en la bocacalle de esa vía y en la intersección de dos calles a espaldas de este edificio —enumeró, señalando los lugares conforme los mencionaba—. No había guardias en la plazoleta que forman estas casas, así que la asesina tuvo que emerger del subsuelo por aquí cerca. ¿Hay algún acceso al alcantarillado por aquí?

—No, *domine* —respondió Antonio—. Los accesos exteriores son fáciles de ver: siempre hay una escalera que desciende por un hueco abierto en la calle, con una puerta cerrada con llave abajo. Lo que sí es posible es que se construyera alguna casa sobre alguna de las entradas secundarias. Ciertos accesos quedaron dentro de fincas privadas, levantadas siempre bajo condición de servidumbre de paso.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jano.

—Que el propietario está obligado a dejar pasar a cualquier funcionario o autoridad que necesite usar la entrada bajo su domicilio.

Lidia intervino.

—Seguro que hay una de esas entradas en alguno de estos edificios.

Jano se fijó en la pared donde apareció el primer altar. Correspondía a una vivienda pequeña y humilde de ladrillo y adobe. Dos ventanas, ambas cerradas, daban al testero donde encontraron al niño crucificado junto al símbolo de la espada en la tierra.

—Busquemos la entrada de esta casucha —propuso Jano.

Encontraron una puerta de madera de aspecto endeble al otro lado del edificio. Antonio Peto llamó con los nudillos.

—¡Cohorte urbana! —gritó—. ¡Abre!

Silencio.

—¡Cohorte urbana!

Jano buscó una ventana por la que asomarse al interior, pero las encontró todas cerradas y con las contraventanas echadas. Era temprano, por la mañana, por lo que no había razón para que estuvieran así. O los dueños no estaban en casa, o estaba abandonada. El legado apartó a Antonio y llamó con fuerza dos veces. Se echó un paso atrás y descargó una patada tan brutal que la puerta golpeó la pared interior al abrirse.

El aliento a muerte que exhaló la casa los asfixió.

—Dioses —exclamó Lidia, cubriéndose la boca con la mano.

La cara de Antonio Peto era la de alguien a punto de vomitar. Así y todo, el centurión desenfundó el *gladius* y fue el primero en meterse en aquella nube tóxica e invisible. Jano y Lidia lo siguieron.

Todo en el interior del cuchitril era gris oscuro. El zumbido de las moscas semejaba el murmullo de un monstruo oculto más allá de la segunda puerta cerrada que había al fondo de la habitación principal, que hacía las veces de cocina. Conteniendo la respiración, Lidia abrió las ventanas para ventilar la casa. Lo poco que respiraban lo hacían por la boca, con aspiraciones cortas para evitar la náusea. La primera habitación estaba vacía y saqueada. Antonio bajó el pomo de la segunda puerta y la abrió.

Allí se dieron de bruces con el horror.

A un lado, encontraron un cadáver en avanzado estado de descomposición. Los insectos y gusanos lo cubrían casi por completo, en un festín macabro que había durado meses. Por las formas del cuerpo, parecía una mujer. Algo más allá, encontraron un amasijo pestilente que no supieron distinguir. Lidia adivinó qué era nada más acercarse.

—Las entrañas... —Su voz se atragantó por las ganas de vomitar; había estado en incontables campos de batalla, pero jamás se había

enfrentado a algo tan repugnante—. Las entrañas del niño...

El revoltijo era difícil de identificar por el tiempo pasado y el nivel de putrefacción que sufría, pero aún era posible distinguir los intestinos, el corazón —negro como una masa de alquitrán— y una especie de trapo usado que podría ser el hígado del pequeño. El descubrimiento de lo que parecía ser un segundo corazón dio que pensar que era allí donde se había dado muerte a las criaturas. Aquella amalgama de tripas podía pertenecer a ambos pequeños.

—Me apuesto lo que quieras a que esta era la dueña de la vivienda —dedujo Jano, señalando el cuerpo corrompido de la mujer—. Esa mala arpía la asesinó para usar su casa como escondite.

También encontraron gran cantidad de velas sin usar, idénticas a las utilizadas en los altares, además de un lienzo embadurnado de sangre muy parecido al que Ictis había rescatado horas antes de la alcantarilla. Las dos ventanas que daban a la pared donde crucificaron al niño estaban cerradas. Al igual que hizo con las de la estancia principal, Lidia las abrió de par en par, dejando entrar la luz y salir la pestilencia.

Jano se asomó a la ventana, desde donde descubrió una nueva perspectiva de la plazoleta.

—La asesina salió por aquí —conjeturó—, preparó el altar y regresó dentro sin que la viera nadie.

—Puede que ni siquiera saliera —aventuró Lidia—. Pudo hacerlo desde dentro.

—Hija de puta —murmuró Jano.

—Aquí hay otra puerta, general —dijo Antonio Peto, con una mano en la manija.

Jano se puso a su lado y le invitó a abrirla. Unos peldaños descendían a la oscuridad más absoluta. Un lejano olor a letrina ascendió por el túnel.

—Está como la cueva de un lobo —musitó Jano.

—He encontrado una antorcha —anunció Lidia, tomándola prestada de un soporte en la pared—, pero está apagada.

—Tengo un *igniarium* —dijo el centurión, que enfundó el *gladius* y sacó de la bolsa que le colgaba del cinturón un utensilio de hierro en

forma de eslabón de cadena abierto y un trozo de sílex—. ¿Hay algo para prender, *domina*?

—Espera.

Lidia trajo un puñado de yesca de la habitación principal. A los pocos segundos, la antorcha estaba encendida. Conforme descendían al sótano, el fuego reveló más escalones de piedra, unos veinte en total. Por fin llegaron a una estancia subterránea con otra puerta cerrada. Antonio usó la antorcha para prender las cuatro que había en las paredes. Una vez iluminado, el sótano se reveló mucho más amplio que la parte de la vivienda construida en la superficie.

—Aquí se ha refugiado alguien —dedujo Jano.

Descubrieron un colchón basto de lana en un rincón, junto a unas mantas y varias lámparas de aceite apagadas. Un par de cajas de madera hacían las veces de mesa y asiento. Un montón de restos de comida y algunas vasijas apartadas contra la pared daban mudo testimonio de que alguien había habitado la estancia durante semanas.

—El cubil de la bestia —silabeó Jano.

Lidia exploró el sótano y los montones de basura que se amontonaban lejos del camastro improvisado. La mujer se agachó junto a unos trapos manchados de sangre seca. Por la forma que tenían y por cómo estaban arrugados, los habían empleado para contener sangrado menstrual.

—En efecto, parece que nos enfrentamos a una mujer —dijo Lidia, dándole la razón, por fin, a Jano—. Estos trapos están manchados de sangre menstrual.

—¿Cómo sabes que están manchados de... eso? —preguntó el legado, acercándose a echarles un vistazo.

—Soy mujer, Jano, es evidente que lo sé. Tengo que pasar todos los meses por eso.

El general asintió, algo incómodo.

—Maldita Tamura —gruñó—. Así que este es su escondite.

—¿Por qué dejaría a la hija de Galo en la cloaca? —se preguntó Lidia en voz alta—. ¿Por qué no la trajo aquí y la mató, como a los otros dos?

—Yo tampoco lo entiendo —reconoció Jano, dirigiéndose luego al

centurión de los *vigiles*—. Abre esa puerta, Antonio.

El guardia descorrió el enorme cerrojo que la aseguraba y la abrió. Al contrario de las entradas principales que había por las calles, esta carecía de cerradura. Esta vez, sí que recibieron una bofetada de olor a cloaca. Antonio esperó a que su superior y Lidia cruzaran la puerta. Más allá, encontraron un túnel corto que desembocaba en la alcantarilla. Un par de aceras de piedra flanqueaban la corriente de aguas fecales que discurría hacia su desembocadura en el Danubio.

—Suerte para ella tener este lugar para hacer sus necesidades —dijo Jano, contemplando con cara de asco el fluir de la cloaca—. Lo único que le faltaba para condimentar el pestazo a podrido que hay ahí arriba era su propia mierda.

—Por aquí circula toda la de Carnuntum —le recordó Lidia.

—Creo que no hay nada más que ver —decidió Jano—. Vamos fuera. Necesito aire fresco...

Salieron a la calle y cerraron la puerta de la casa de los horrores a sus espaldas. Jano dio órdenes a Antonio para que pusieran un par de vigilantes en la entrada y un contubernio completo en el sótano, por si la asesina volviera.

—Elige a tus mejores hombres —ordenó—, esa Tamura es muchísimo más peligrosa de lo que pensamos, y podría no actuar sola.

—A tus órdenes, general.

Poco después, un pequeño destacamento de *vigiles* saneaba la casa y sacaba el cadáver de la propietaria envuelto en un lienzo limpio. Un examen más exhaustivo reveló una puñalada en el tórax. Las entrañas de los pequeños fueron incineradas en la misma plazoleta donde apareció la primera víctima, y los demás restos malolientes de la casucha fueron arrojados a la cloaca. Ya que tenía que quedarse un contubernio de guardia permanente, Jano insistió en que lo hicieran en un entorno salubre. Hasta quemaron hierbas aromáticas para luchar contra el hedor del recinto.

—¿Qué hacemos ahora, Jano? —preguntó Lidia; a pesar de llevar casi toda la noche en vela, no se sentía cansada.

—Vamos a recoger la copia de los planos del alcantarillado. Quiero que las cohortes inspeccionen las cloacas, a ver si descubrimos algo

más. —Una pausa—. Ojalá encuentren el cadáver de Tamura, comido por las ratas. ¿Dónde estará ahora?

—Solo ella lo sabe —gruñó Lidia.

La vida en las calles discurría con normalidad, señal de que el intento de secuestro no había trascendido fuera del *domus* del abogado. Localizaron el archivo justo al lado de casa de Lucio Renato. Los centinelas de la puerta les cedieron el paso, y Jano y Lidia buscaron la estancia donde les esperaba el magistrado. La puerta del archivo tenía ambas hojas abiertas y una enorme llave dentro de la cerradura. Lucio abría y cerraba rollos enormes, como si buscara alguno en particular. El magistrado saludó a los recién llegados en cuanto los vio en el umbral.

—¿Has encontrado los planos, Lucio?

—Sí, dos copias. Pero en el índice de documentos figuran tres, y hay una que no está donde debería estar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jano.

—Si la tercera no aparece, es que alguien se la ha llevado. Yo no he sido, y solo hay dos personas que tienen llave de este almacén.

—¿Tú y quién más? —quiso saber Jano.

Lucio cerró el rollo que estaba inspeccionando. La respuesta del magistrado fue lacónica.

—Cato. Cato Merino.

34

Stornarja se sentía desorientada. No sabía dónde se encontraba, ni qué le había sucedido.

Recorrió con la vista las cuatro paredes que la rodeaban, un pequeño universo de sacos, estantes con vasijas cerradas, ánforas, ajos colgados, redomas de vidrio y herramientas oxidadas. Ni una ventana, solo la luz titilante de un par de lámparas de aceite.

No tardó en acostumbrarse al lóbrego ambiente. Su vida, en los últimos meses, había transcurrido entre alucinaciones y tinieblas.

Intentó moverse y no pudo. La cabeza le dolía y tenía las manos atadas a la espalda. Trató de liberarse, pero los nudos estaban apretados con maestría. Los tobillos y las rodillas también los tenía inmovilizados. Sus captores habían hecho un buen trabajo con las cuerdas. Decidió ahorrar fuerzas, al menos hasta saber en manos de quién se hallaba.

Estaba a punto de volver a dormirse cuando se abrió una trampilla en el techo. La sombra de una cabeza eclipsó la luz procedente del piso superior. De repente, una escalera de madera bajó hasta tocar el suelo del almacén subterráneo, y una figura menuda descendió por ella.

Se trataba de un joven de unos quince años, aunque su cara aniñada le hacía aparentar aún menos. Llevaba un arco cruzado al torso y una daga larga enfundada en el cinturón. El mozalbete acercó su rostro al de Stornarja y le sonrió.

—Eres muy bonita —le dijo en sármata, mostrando unos dientes irregulares que le daban un aire divertido e inquietante a la vez—. Tranquila, nadie te hará daño. —El joven alzó la cabeza hacia la trampilla—. ¡Padre, está despierta!

Sonido de sillas al arrastrarse y de gente poniéndose de pie. Uno detrás de otro, cinco hombres bajaron por la escalera de mano; con el crío, eran seis las personas que rodeaban a Stornarja. Una de ellas,

puede que el hombre más hermoso que Stornarja hubiera visto jamás, le habló con una voz tan musical que no parecía provenir del mundo de los mortales.

—Bienvenida, Stornarja —dijo en sármata—. Mi nombre es Jaret.

El que aparentaba ser el mayor, un hombre calvo, se agachó junto a la joven. Sus ojos eran fríos y la boca, una curva de enfado.

—Soy Tibês —se presentó—, el dueño de la casa. ¿Quién te acompañó hasta Carnuntum?

La joven dudaba. Permaneció un buen rato en silencio antes de hablar.

—No me acuerdo... tengo los recuerdos borrosos. ¿El abuelo?

—¿El abuelo? —Tibês interrogó a los demás con la mirada, nadie dijo nada—. ¿Quién te daba las instrucciones para tus misiones?

—¿Mis misiones? —repitió—. ¿El Amo?

Tibês se levantó, furioso.

—Todavía tiene la razón nublada por la datura —dijo—. Será un milagro si recupera la razón. —Se volvió hacia Stornarja y señaló la calabaza que él mismo había vaciado al comprobar que contenía la droga—. ¿Desde cuándo tomas esa poción?

—No es una poción —respondió Stornarja—, es la sangre de los cobolios. Me ayuda a no pensar en lo que el Cobol me obliga a hacer...

Tibês la miró con una mezcla de rabia y tristeza.

—¿La sangre de...? —Se volvió hacia sus compañeros—. A esta chica la han estado drogando durante meses. —Tibês dirigió de nuevo la atención a la joven—. Quiero que me cuentes todo desde el principio. ¿Recuerdas quién te envió a Carnuntum?

Stornarja se reincorporó hasta que la espalda reposó contra la pared. Los seis hombres frente a ella daban miedo, pero hablaban su lengua y no parecían querer lastimarla.

—Recuerdo un nombre: un hechicero llamado Xarthanos. Practicó un ritual sobre mí antes de que partiéramos hacia Carnuntum. —Se interrumpía al hablar, como si le costara ordenar sus recuerdos—. Ese ritual me convertiría en un templo para el Cobol.

—¿Un espíritu del bosque? —se preguntó en voz alta Karaxtos. Al igual que Lándigo, llevaba un escudo en la espalda y una espada

colgada del cinturón. Su rostro, cubierto de tatuajes, le proporcionaba un aspecto aterrador. Esos mismos tatuajes le impedían circular por la ciudad sin llamar la atención, por lo que Jaret decidió dejarlo en la granja de Tibês—. Pero ¿qué sarta de idioteces le han metido a esta cría en la cabeza?

Tibês lo mandó callar con un ademán.

—¿Cuál era tu misión? —preguntó a la muchacha.

La respuesta fue lacónica.

—Aterrorizar Carnuntum.

—¿Solo eso? ¿Nada más?

Stornarja pareció rebuscar entre sus recuerdos, como si estos se encontraran esparcidos por mil rincones diferentes de su memoria.

—También me ordenaron marcar mis actos con el símbolo de la espada en la tierra.

—¿Quién te ordenó hacer eso?

—No sé su nombre, pero yo le llamo abuelo. Me decía que hablaba por el rey Zántico. Es anciano —puntualizó—, fuerte y con poco pelo blanco. Él y Xarthanos me trajeron a Carnuntum, pero luego me dejaron sola... hasta que vino el Amo.

—¿El Amo?

—El Amo que vive en Carnuntum. Él me dijo que el Cobol necesita niños...

Tibês interrogó a sus compañeros con la mirada. Por sus caras, nadie tenía ni idea de lo que estaba hablando Stornarja.

—¿Quién planificaba los recorridos por las cloacas?

—El Amo marcaba el camino.

—¿Y sabes cómo se llama ese Amo?

—No lo sé. No es ni hombre ni mujer... viste una túnica oscura y lleva una máscara. Es otro templo de los cobolios, como yo, que no soy ni hombre, ni mujer... ahora solo soy el Cobol. —Una lágrima le rodó por la mejilla llena de churretes, dejando una marca clara en la suciedad—. Yo no maté a esos niños, ¿sabes? Fue el Cobol. El Cobol, no yo.

Tibês decidió seguirle la corriente.

—Lo sabemos, lo sabemos —dijo, para tratar de calmarla; luego se

dirigió a su hijo—. Baxagos, quédate con ella y tranquilízala. —Se acercó a él y le habló al oído—. Si pide algo de comer o beber, dáselo, pero no la sueltes bajo ningún concepto. Aún anda medio drogada, ¿entendido?

—Sí, padre.

El dueño de la cabaña hizo una seña a los demás y todos lo siguieron por la escalera de mano hasta el primer piso. Tibês los convocó fuera de la casa. No quería que la joven los oyera.

La granja estaba al otro lado del Danubio, cerca del *limes*. Tibês llevaba cuatro años viviendo en ella junto a Burdka, su esposa, bajo el beneplácito de los romanos. Se hacían pasar por curtidores y comerciaban con pieles y hortalizas en el mercado del foro. Al cabo del tiempo se había ganado la confianza de los *vigiles*, y tanto él, como su esposa y su hijo, tenían salvoconductos para entrar y salir de la ciudad a voluntad. Lo que las autoridades ignoraban era que Tibês era uno de los principales enlaces de Zántico con Carnuntum.

—Alguien ha estado utilizando a esa joven para su beneficio —manifestó Tibês—. Alguien que conocía nuestro plan inicial de usar el alcantarillado para movernos sin ser vistos.

—Nosotros recorrimos varias rutas marcadas con flechas de colores por las cloacas —informó Jaret—. Creo que alguien las pintó para conducir a Stornarja hasta sus víctimas.

—¿Cómo disteis con ella?

—Fue una mezcla de deducción y suerte —reconoció Jaret—. Ayer entramos en las alcantarillas desde el desagüe norte. Una vez dentro, encontramos flechas de diferentes colores que parecían marcar rutas. Las azules y las blancas estaban secas, pero las amarillas no. Habían sido pintadas recientemente. Las seguimos hasta el final. La suerte nos acompañó, porque no tardamos en oír pasos. Dandro se quedó atrás con la antorcha, para que el resplandor no nos delatara a mi hermano y a mí. Nos apostamos en la oscuridad, vimos llegar a Stornarja y también cómo trepaba por el pozo de la letrina. Al cabo de un rato bajó con el bebé en brazos. Fue una presa fácil —concluyó.

Karaxtos cruzó los brazos sobre el pecho. De los seis, era el mejor guerrero. No era tan corpulento ni fornido como Dandro, pero su

combinación de fuerza, destreza y velocidad lo convertía en uno de los combatientes más letales del ejército yacigio. Por esa razón, Zántico lo había elegido para acompañar a Jaret, Lándigo y Dandro. En los momentos desesperados, Karaxtos era el arma definitiva.

—¿La intención de Zántico no era atraer la atención de Roma hacia el Bastión de Banadaspo?

Tibês tuvo la pregunta en cuenta, a pesar de ser retórica.

—Para ser justos, Stornarja ha cumplido, en cierto modo, la misión: por un lado, ha causado terror en la ciudad; por el otro, ha hecho recaer la culpa de los crímenes sobre Tamura, y todo el mundo sabe que Tamura es el brazo ejecutor de Banadaspo.

—Nosotros lo sabemos —dijo Jaret—, pero no estoy seguro de que el enemigo lo sepa.

—Zántico envió a unos auxiliares romanos a envenenar al legado de la Decimocuarta contra Tamura —declaró Tibês—. Le hablaron de ataques a patrullas romanas y trajeron pruebas falsas. Daría cualquier cosa por saber si el emperador ya ha sido informado de los asesinatos. Él es el único que puede movilizar al ejército contra el Bastión.

Jaret intervino. Su mente analítica acababa de trazar un plan para complementar el extraño viraje que había tomado el original.

—Aún podemos aprovechar las circunstancias —dijo—, pero deberíamos ser más explícitos con Roma. Por ahora, tan solo tienen indicios de que es Tamura la que perpetra esos crímenes. Bien, démosles más pruebas.

El sármata de ojos azules había logrado captar el interés de Tibês.

—¿Qué propones?

—Las cloacas ya no son seguras. Si ese bebé lloró en algún momento, alguien pudo oírlo, ir a por él y descubrir las señales. Apuesto a que pronto serán un hervidero de soldados romanos, si es que no lo son ya. Ahora tendremos que jugárnosla en la superficie. Atentemos contra alguna personalidad de Carnuntum con una flecha firmada por Tamura. No contra un niño. Busquemos una víctima importante, una pérdida que les duela, que los desestabilice. Que no le quede más remedio que mandar mensajeros a donde quiera que esté Marco Aurelio y que le hablen de Tamura y de Banadaspo hasta

convencerlo de que envíe sus legiones al Bastión.

Dandro intervino. No entendía demasiado bien el plan de Jaret.

—¿Y no es más fácil que nuestras propias tropas ataquen el Bastión?

—No —respondió Jaret, tajante—. Zántico no quiere que los fieles a Banadaspo sean exterminados, y una guerra civil es lo que conseguiría. El plan de Zántico es que, ante la presión del avance romano, Banadaspo no tenga otra opción que olvidar su estúpida idea de paz con el Imperio y se vea forzado a huir del Bastión con los miles de guerreros que aún le son leales. Si eso sucede, la supervivencia de esos miles pasará por unirse al ejército de Zántico. Banadaspo tiene bajo su mando a cincuenta mil hombres que no hacen otra cosa que pastorear ovejas y cabras a orillas del río Tisza. Nuestro rey necesita esos guerreros para acabar con la presencia del Imperio, ¿entiendes? —Jaret se dirigió a los demás—. ¿Entendéis?

Tibês asintió, aunque todavía le quedaban algunos detalles que discutir.

—¿Os encargareis vosotros de ese atentado? Lo digo por si podemos prescindir de la chica...

—Por ahora que se quede con nosotros —propuso Jaret—, aún puede sernos útil. Tenemos que ganarnos su confianza y desintoxicarla de los venenos de ese Amo. Karaxtos, ¿podrás seguir entrenándola mientras nosotros operamos en la ciudad? Me gustaría que estuviera en plena forma, por si la necesitáramos.

—En dos o tres semanas será la espía guerrera más letal de nuestro ejército.

—Me parece perfecto —celebró Jaret—. Lándigo, Dandro y yo intentaremos averiguar quién es el agente que contactó con Stornarja cuando llegó a la ciudad, y trataremos de descubrir la identidad del Amo. Tibês, ¿tú puedes investigar sobre el hechicero que le metió la idea de los cobolios en la cabeza?

—Sé quién es —dijo Tibês—. Xarthanos, un brujo viejo y maloliente, pero nuestro rey lo aprecia. Enviaré a alguien al campamento de Ariogeso y Zántico para ponerles al día de lo que sucede en Carnuntum y ver cómo andan las cosas por allí. Así

podremos recibir órdenes nuevas.

—Buena idea —aprobó Jaret.

—Una cosa —advirtió Tibês—. Si os movéis por esta zona del río, tened cuidado con el campamento yacigio que hay más al sur. Evitadlo si podéis, son leales a Banadaspo. Su líder se llama Azariôn. También os podéis tropezar con él en la ciudad. Se hacen pasar por cazadores vándalos.

—Azariôn —repitió Jaret—. Me acordaré del nombre.

—Aprovechad vuestra estancia en la ciudad para planificar el nuevo atentado —recordó Tibês—. ¿Por qué no habláis con Maiôsara? Ella sabrá deciros qué patricio o militar sería la víctima propicia.

—No me fío demasiado de ella —rezongó Jaret—, pero lo haremos. Sospecho que miente más que habla.

—Maiôsara odia a los romanos. No nos traicionará.

—Se me acaba de ocurrir una idea —dijo Jaret—. Creo que lo mejor sería que fuera Stornarja la que ejecutara el atentado.

Tibês frunció la nariz.

—¿Stornarja? Será si se recupera...

—Se recuperará —vaticinó Jaret—. Atentar contra una personalidad de Carnuntum conllevará un gran riesgo. Lo más probable es que la capturen después de asesinar el objetivo. —El espía soltó una risa malévola—. Lo mismo que la convencieron de que el Cobol habita en ella, la convenceremos para que confiese a los romanos que es la mismísima Tamura de los Cuarenta.

—Claro —repuso Dandro, que esta vez sí había entendido el plan de Jaret—, porque ningún romano conoce el auténtico aspecto de Tamura, ¿no?

—Claro que no.

—Ni nosotros tampoco —añadió Lándigo.

—Me parece un buen plan —aprobó Tibês—. Y ahora, ¿qué? ¿Regresáis a Carnuntum?

—Mejor mañana —decidió Jaret—. ¿Podemos pasar la noche aquí?

—Por supuesto, le diré a Burdka que prepare cena para todos.

—¿Dónde está? No la hemos visto en todo el día.

—Cazando, como una buena sármata. Regresará al anochecer.

—Tendrás vino, ¿no?

Tibês se echó a reír.

—Tanto como te apetezca. Ah, y una cosa, quiero que os llevéis a mi hijo Baxagos con vosotros. Lo aprecian todos los *vigiles* de Carnuntum, y él conoce bien la ciudad. A vosotros os será de utilidad y a él le vendrá bien aprender de los mejores.

Dandro frunció el ceño. La idea no le convencía.

—Tenemos una misión demasiado importante para hacer de niñeras...

—No te equivoques —le advirtió Tibês—. Baxagos acaba de cumplir quince años, pero podría circuncidarte con una flecha a sesenta pasos. Además, es tan menudo que cabe por cualquier agujero. Cuando echa a correr es como un conejo, imposible de atrapar.

—Que venga con nosotros —decidió Jaret.

Tibês dio por concluido el cónclave.

—Pasemos dentro y bebamos hasta que vuelva Burdka con la cena.

Esa noche bebieron hasta bien entrada la madrugada.

En el sótano, Stornarja temblaba entre sudores. Por mucho que esperó al Cobol, este no apareció. Nunca se había sentido tan sola.

Pero por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz.

Jano y Lidia decidieron disfrutar de un rato a solas. Se lo merecían, después de toda la tensión de la madrugada anterior y la horrible experiencia vivida en la que ya todos llamaban la Casa de la Muerte.

Había cosas que celebrar, y a Lidia y a Jano no se les ocurrió mejor forma de hacerlo que soltando a Uteljarab en el patio, para que jugara con los pretorianos, para así ellos poder jugar a gusto el uno con el otro.

Lidia despojó de su coraza a Jano con una destreza impropia de una señora. Soltaba las hebillas sin dejar de besar al legado, con su lengua serpenteando dentro de su boca. Cada pieza que le quitaba volaba en dirección opuesta a la cama sobre la que estaban de rodillas.

La túnica de Jano salió por encima de la cabeza, mostrando su

torso desnudo y surcado de cicatrices. El calzón de cuero se veía abultado por la erección. El general abrió el vestido de Lidia. Le descubrió los hombros y luego los senos; esos senos ni demasiado grandes ni demasiado pequeños sobre el torso femenino más musculado que Jano había visto jamás. Ya la había contemplado desnuda muchas veces, y había terminado achacando el cuerpo atlético de su compañera a una buena constitución y a la equitación.

La lengua de Jano jugueteó con los pezones erectos de Lidia, mientras esta le desanudaba el pantalón, la única prenda que quedaba sobre el cuerpo del legado. Ella, con el vestido alrededor de la cadera, no apartaba su boca de la del general, tragándose su alma a sorbos.

El calzón acabó volando, y tras él el *subligar* que Jano llevaba debajo. El pene del general saludaba como si estuviera en presencia de la mismísima Venus. Lidia lo tumbó de espaldas sobre el colchón relleno de plumas y comenzó a dibujar círculos con la lengua alrededor del miembro erecto. Aquellos juegos volvían loco a Jano, que comenzó a jadear despacio, hasta que su glande desapareció en la boca de Lidia. Las manos del legado le agarraron el vestido y lo bajaron hasta los muslos. Ella misma se deshizo de él de dos patadas impacientes, arrojándolo fuera del lecho. No llevaba ropa interior. La rodilla de Lidia sobrepasó el abdomen de Jano, colocando su sexo muy cerca de la boca del legado. Este la agarró por las caderas y hundió su lengua en la vulva abierta y húmeda. Lidia comenzó a gemir, con el miembro de Jano aún en la boca. Fue tanto el placer que la embargó, que cesó en la felación para entregarse al orgasmo que la estremeció de pies a cabeza, con los pechos elevados al cielo y el moño deshecho en una melena que le acariciaba toda la espalda.

Lidia se dio la vuelta, se colocó a horcajadas sobre Jano e introdujo el pene en la vagina. Una vez lo notó en lo más profundo, se deslizó hacia atrás. Quería sentirlo entero, poderoso, dentro de ella como un intruso violento, un ariete esculpido solo para su placer. Empezó a moverse despacio, muy despacio, hasta elevar la cadencia poco a poco y apreciar cómo los ojos de Jano comenzaban a ponerse en blanco.

El estallido de su hombre estaba próximo.

Las manos de Lidia rodearon las muñecas de Jano con una fuerza

propia de un gladiador. El legado se dejó hacer, mientras ella movía sus caderas cada vez más deprisa. Jano dobló las piernas y elevó aún más el cuerpo de la mujer, penetrando más a fondo en ella. Cuatro embestidas después, el clímax de Jano le asaltó como una explosión estremecedora.

Lidia volvió a culminar justo antes de que lo hiciera el legado. Poco a poco, bajó la cadencia rítmica de sus caderas, liberó el pene, aún firme, y se tumbó al lado de Jano. Los dos se quedaron acostados boca arriba un buen rato, intercambiando miradas de reojo y risitas cómplices.

Jano estaba cambiando. Poco a poco, estaba cambiando.

Lidia también. Se estaban cambiando el uno al otro, y ella cada vez sentía menos remordimientos por ello.

Pero tenía miedo. Tenía miedo, porque tarde o temprano tendría que acometer su misión, y eso cambiaría las cosas.

Tres golpes en la puerta los trajeron de vuelta a la tierra.

—Mierda —gruñó Jano—. No entréis, ahora salgo —gritó.

El general se calzó unas sandalias, se puso la túnica y se ciñó el cíngulo de legado. Cerró tras de sí y atravesó el despacho para atender la llamada. Entreabrió la hoja y descubrió allí a Marco Bassaeo Rufo.

—¿Estabas ocupado, general? —le preguntó el tribuno.

—No —mintió—, pasa y siéntate.

Rufo obedeció y se sentó en una silla frente al escritorio.

—Las cohortes urbanas y la Guardia Pretoriana han inspeccionado las cloacas.

—Bien. ¿Han encontrado algo?

—Flechas pintadas en la pared —dijo Rufo—. Son pequeñas, las descubrió uno de los *vigiles* por casualidad. No sé si las pintó Tamura o alguien que conoce las alcantarillas para indicarle el camino. Todas las flechas llevan desde la Casa de la Muerte hasta las letrinas de las víctimas: una a la *domus* de Lucio Renato, otra a la de Ático Acilio Pudente y la última a la de Galo Sexto.

Jano no quiso mencionar que faltaba una copia de los planos del alcantarillado en el archivo. Después de darle muchas vueltas, había acordado con Lucio Renato que ese asunto quedaría, por ahora, entre

ellos dos y Lidia. Necesitaban pruebas sólidas antes de implicar a Cato Merino en su desaparición.

—¿Algo más? —inquirió Jano.

—Nada importante. Hemos encontrado un saco como el que describiste, ese que contenía el lienzo. Ahí abajo no había nada ni nadie, aparte de mierda y ratas.

—Tamura tiene un cómplice —dedujo Jano—. Tenemos que descubrir quién es.

Rufo se recostó en el respaldo de la silla. Había algo que no entendía, como todos los que tenían conocimiento del secuestro de la pequeña Caieta.

—¿Te has preguntado por qué dejó vivir a la niña?

—No creo que lo hiciera por voluntad propia —respondió Jano, sin titubear.

—Entonces, ¿piensas que alguien la obligó a soltarla allá abajo?

—Sí. O alguien la interceptó en la cloaca o entró en pánico por alguna razón.

—Pero la depositó sana y salva sobre una estructura de piedra, lejos del agua. ¿No le habría sido más fácil soltarla de cualquier manera y dejar que se ahogara en el agua? Su objetivo era matarla, ¿no?

Jano se mordió el labio inferior. Él tampoco lo entendía.

—Alguien capaz de destripar a un bebé no debería tener escrúpulos para dejar que se ahogue... Aunque, ojo —advirtió el legado—. Lidia tiene la teoría de que la asesina los droga antes de matarlos. No había dolor en el rostro de esos niños.

—¿Estamos ante una asesina compasiva? —Rufo soltó una risita amarga—. Hija de puta, qué ganas de echarle la zarpa encima...

—Por ahora, desconocemos qué ocurrió ahí abajo. El porqué dejó a la cría en el banco de piedra en lugar de arrojarla al agua es un misterio.

Rufo se levantó para dar su último informe al legado.

—Hemos puesto vigilancia en todas las entradas de las alcantarillas, incluidas las que hay debajo de viviendas. Esas se cierran desde fuera, y hemos colocado una pareja de *vigiles* en la puerta de

cada una de las casas con acceso subterráneo. No podrán entrar desde la cloaca, a no ser que echen la puerta abajo.

—¿Hay vigilancia en los desagües que dan al río?

—También. Las cloacas están blindadas: nadie puede entrar, ni salir.

—¿Y por las letrinas?

Rufo se encogió de hombros.

—Eso es imposible de controlar —se lamentó.

—De todos modos, tenemos una cosa muy clara.

—¿El qué, general?

—El cerco alrededor de Tamura se cierra cada vez más.

Al otro lado de la puerta, en el dormitorio, Lidia escuchaba en silencio.

Ahora que sabía que en realidad se enfrentaban a una asesina —lo más probable que sármata, como ella—, sentía un terrible pellizco en el estómago.

Una espía yacigia, cuando se sentía acorralada, era diez veces más peligrosa.

A partir de ahora, tendrían que estar atentos.

A partir de ahora, podría suceder cualquier cosa.

35

Azariôn odiaba Carnuntum.

No por ser Carnuntum, ni por sus gentes, ni por ser el pedazo de Roma más próximo a su tierra mancillada. Odiaba las vías empedradas, los edificios de varios pisos, el olor a humanidad de sus calles y ese vocerío incesante que recordaba a una bandada de grajos furiosos.

Como buen yacigio, Azariôn era de praderas interminables y bosques frondosos. Amaba los ríos de aguas límpidas y los cielos abiertos, ya fueran con sol brillante o resquebrajados por rayos y truenos. Para él, las ciudades eran mazmorras insalubres. Era mostrar su salvoconducto a la guardia de la puerta y sentirse asfixiado por las murallas de Carnuntum, como si unas garras invisibles le apretaran los pulmones desde dentro.

No cruzaba sus puertas desde poco antes de haber recibido a Tamura en su campamento. Aún recordaba cuando palmearon los cuartos traseros del viejo Rindar para que regresara solo al Bastión, y cómo Tamura le confió su equipo de combate para pasar el control de entrada sin problemas. El mismo equipo que llevaba en el saco que yacía a sus pies. Un saco llamativo por lo alargado de su contenido: la espada, el arco y el carcaj lleno de flechas que había envuelto en algo que simulaba una especie de manta enrollada. Un fardo que había colado en la ciudad por obra y gracia del salvoconducto y de una generosa propina a uno de los *vigiles* de la puerta.

Así funcionaban las cosas en Carnuntum.

Azariôn se sentó en un banco de la plaza de la Concordia por la mañana, en un lugar desde donde controlaba la confluencia de calles y el portal de la *insula* de Maiôsara. Había gente ociosa sentada en los aledaños, conversando en lenguas que él no lograba entender. Demasiado movimiento alrededor del edificio. Por eso prefirió no entrar a buscar a Maiôsara en su despacho, donde pasaba la mayor

parte del día. Quería hablar con ella lejos de oídos indiscretos y en territorio neutral, porque era muy posible que Maiôsara estuviera bajo vigilancia.

Transcurrieron cerca de dos horas antes de que la mujer saliera del portal y encaminara sus pasos hacia el cardo máximo. El cesto que llevaba colgado del brazo hacía suponer que se dirigía al mercado del foro.

Azariôn se echó el saco al hombro y siguió a Maiôsara manteniendo una distancia prudencial, hasta que ella dobló una esquina para atajar por una callejuela. El sármata aceleró el paso. Cuando comprobó que solo había unos críos pequeños jugando en el callejón, la llamó por su nombre.

—¡Maiôsara!

Ella no pudo contener la sonrisa sincera que afloró en su rostro. Él le correspondió con otra, más mesurada, casi forzada. Maiôsara adivinó enseguida que lo que traía a Azariôn hasta Carnuntum no era agradable.

—Azariôn. —Maiôsara lo conocía desde hacía muchos años, y eso que él aún no había cumplido los veinticinco. Siempre había sido un chico delgado y no demasiado fuerte, pero esa desventaja quedaba compensada por una inteligencia muy superior a la media—. Cuánto tiempo...

—¿Dónde podemos hablar, que no sea en tu casa?

—Deja que esta vieja te invite a una copa de vino —propuso ella, señalando una taberna al final del callejón: El Fuego de Pompeya. Maiôsara nunca había entrado, pero desde fuera parecía un local pequeño y poco concurrido—. Quemémonos ahí dentro, aunque aún no sea ni mediodía.

Por dentro, El Fuego de Pompeya era un cuchitril alargado en forma de ele. En la pared, un mural representaba al Vesubio vomitando fuego sobre unos pompeyanos que trataban de huir de la lluvia ígnea. La expresión hierática de los rostros hacía pensar que la erupción no iba con ellos. Unas mesas pequeñas albergaban a tres borrachos mañaneros, con cara de marineros hastiados de navegar por un mar tempestuoso de problemas. Azariôn y Maiôsara doblaron la

esquina y caminaron hasta el fondo del local, donde descubrieron un reservado con un par de triclinios junto a unas mesitas redondas. Estaba vacío, y el mesonero que se materializó detrás de ellos como por arte de magia les explicó por qué antes de que pudieran abrir el pico.

—El vino es más caro en el reservado —advirtió; el tono de su voz era de desprecio, como si presupusiera que aquellos recién llegados no tenían ni dinero ni categoría para ocupar el lugar más selecto de su antro—. Esto es solo para mis clientes más distinguidos.

Maiôsara acercó tanto la nariz al rostro del tabernero que este se puso bizco. Con un movimiento brusco lo agarró del cuello de la túnica y tiró de él hasta que sus narices quedaron aplastadas. Los ojos del propietario se desencajaron aún más cuando Maiôsara le puso una moneda de canto en la boca y la empujó hasta adentro con el pulgar. El tabernero retrocedió, sin terminar de creerse lo que le acababa de suceder. Cuando se sacó la moneda de la boca y descubrió que era un quinario áureo —equivalente a cincuenta sestercios—, se guardó la dignidad junto con la moneda y mostró una sonrisa con la mitad de los dientes ausentes y la otra mitad torcidos.

—Discúlpame, *domina*, soy un patán —reconoció—. Aquí estaréis como los dioses.

—Encárgate de que nadie se asome por esa esquina, ni siquiera a echar un vistazo por curiosidad —ordenó Maiôsara—, o te meteré tu propia polla en la boca, te dislocaré la mandíbula y te obligaré a masticarla. Ahora que somos amigos, quiero tu mejor vino, tu mejor queso y tu mejor cecina —exigió, a la vez que dejaba su canasto en el suelo, junto al triclinio—. Cada vez que toquemos las palmas, corre como si te llamara el puto Marco Aurelio, ¿entendido?

—Por supuesto, *domina*. Enseguida os lo traigo.

Azariôn contempló a Maiôsara como a una diosa recién aparecida de la nada. La admiración que sintió en ese momento casi lo deja sin respiración. Habría dado cualquier cosa por besarla. La espía le sacaría veinte o veinticinco años, pero aquella seguridad en sí misma la envolvió en una atmósfera erótica sin parangón. Azariôn ahuyentó sus pensamientos impropios y ocupó el triclinio perpendicular al de

Maiôsara.

—¿Cómo osas llamarte vieja a ti misma? —preguntó, sin dejar de mirarla a los ojos. Azariôn dejó su saco cerca del canasto de Maiôsara. Esta no le preguntó qué llevaba en su interior—. No conozco a ninguna joven capaz de tratar a un arrogante como tú lo acabas de hacer.

—Estoy vieja. En otros tiempos le habría bajado el calzón y le habría abofeteado los huevos hasta hacerle llorar. Bien, cuéntame, ¿por qué traes cara de haber visto el cadáver de tu abuelo arrastrándose fuera de su *kurgan*?

—Zántico ha enviado agentes a Carnuntum...

—Lo sé —le interrumpió Maiôsara, que lo mandó callar con un gesto: el tabernero acababa de aparecer con un ánfora y una bandeja con dos copas de metal. Les sirvió el vino en silencio y dejó el ánfora al lado, para que se sirvieran a discreción. Dobló la esquina a toda velocidad y regresó con un queso entero, varios trozos de carne seca y un canasto de fruta. Se prodigó en una última sonrisa y desapareció con la misma maestría con la que había aparecido por primera vez. De nuevo a solas, Maiôsara prosiguió—. Jaret y dos más. Estuvieron en la *insula* el otro día.

—Han venido a recabar información sobre la asesina. Zántico tiene noticias de los asesinatos, pero atrasadas y poco precisas. Lo que sí sabe es que esa mujer ha estado un tiempo inactiva y eso no le ha gustado. ¿Sabes algo?

Maiôsara resopló, hastiada.

—No sé por qué todo el mundo insiste en implicarme en ese asunto —rezongó—. Ya le dije a Jaret que no sabía nada de eso. Y ahora te lo digo a ti: no sé nada de eso.

—Tienen a esa joven escondida en la granja de Tibês —reveló Azariôn.

Maiôsara se incorporó del triclinio y se sentó en el borde.

—Tibês —repitió ella—. No sabía que estaba metido en esto.

—Lo está.

Maiôsara expelió un suspiro.

—Recuerdo con nostalgia cuando solo éramos yacigios —se

lamentó.

—Ahora parece que tenemos que tomar partido por un rey.

Maiôsara cortó un trozo de queso y se lo metió en la boca. El maldito tabernero estaba cumpliendo con su parte del trato. El queso era excelente.

—El concepto sármata de rey es una ilusión —sentenció, con la boca llena—. Cuando un pueblo tiene más de un rey, no tiene rey alguno. Los nuestros no son más que caudillos que se creen reyes porque les hemos dejado que se lo crean.

—Y los dos que nos han tocado no pueden tener ideas más opuestas —aseveró Azariôn—. Banadaspo desea la paz, y Zántico la guerra. ¿A quién sigues tú, Maiôsara?

—Tú primero. Eres más joven.

—Yo soy leal a Banadaspo —se posicionó Azariôn, sin dudar.

Maiôsara se encogió de hombros y dio un trago a su copa.

—Yo trabajo para él. Regento una *insula* que le pertenece, lleno sus arcas de dinero romano, pero no llevo su nombre tatuado en la piel. Me atreveré a formularte otra pregunta: ¿estás de acuerdo con Banadaspo?

La respuesta de Azariôn fue tajante.

—Yo no cuestiono sus órdenes, me limito a cumplirlas.

Maiôsara se echó a reír.

—¿Ves? Quienes servimos a Banadaspo lo hacemos por lealtad, no por convicción.

Azariôn apuró el vino y rellenó su copa. Maiôsara tenía razón. Los yacigios estaban al borde de una guerra civil, y todo a cuenta de la vehemencia de Zántico. Recordó la última vez que habló con Banadaspo. El rey le prometió que algún día acabarían con Roma, pero que mientras ese día no llegara, mejor disfrutar de un tiempo de paz. Sin frentes abiertos, era más fácil crecer hasta convertirse en una fuerza lo bastante poderosa para vencer al Imperio.

Zántico, sin embargo, había optado por aliarse con los cuados. Con los cuados y con todo aquel dispuesto a seguirlo.

—Mi trabajo es servir a Banadaspo —se reafirmó Azariôn—. Y si queremos serle leales, tenemos que conseguir que Tamura haga llegar

su mensaje de paz al emperador.

—¿En serio crees que lo conseguirá? —preguntó Maiôsara, escéptica—. Marco Aurelio nos odia.

—El fallo es siempre una posibilidad dentro de cualquier misión, como lo es también la muerte. Si Marco Aurelio acepta la paz, será un éxito; si no la acepta, será un fracaso. Pero, de cualquier modo, nuestra misión habrá concluido una vez que Tamura entregue el mensaje.

—Es una forma de ver las cosas —reconoció la espía—. Una forma de mierda, pero una forma, al fin y al cabo.

—¿Sabes algo de Tamura?

—Sí, pero creo que será mejor que no sepas por dónde anda.

—¿Por qué? —preguntó Azariôn—. A Tamura le vendrá bien cualquier ayuda que pueda recibir.

Maiôsara dio un sorbo a su vino y le dedicó a Azariôn una mirada burlona, con los ojos entrecerrados.

—Ya recurriré a ti cuando ella lo necesite. Por ahora, creo que está más segura si no sabes dónde está. Cuanta más gente lo sepa, peor.

—Eres consciente de que puedo enterarme esta misma mañana si me pongo a indagar, ¿verdad?

—No lo dudo. Pero eso supondría un riesgo para Tamura.

Azariôn no pudo hacer más que darle la razón con su silencio. Maiôsara también se dio cuenta de que había dejado a su joven amigo sin argumentos.

—Ten mucho cuidado con Tibês y Jaret —advirtió Azariôn, cambiando el rumbo de la conversación—. No sé para qué mantienen a esa joven con ellos, pero uno de mis hombres la ha visto entrenar con Karaxtos. Una asesina de niños despiadada y el guerrero más sanguinario de Zántico forman un equipo difícil de manejar.

—¿Ese es el calvo grandullón?

—Ese es Dandro. Karaxtos no entra a la ciudad, tiene toda la cara tatuada. Es uno de los mejores guerreros de Zántico, muy peligroso. Ten cuidado.

La sármata hizo bailar el vino en la copa y perdió la vista en las vigas del techo.

—Se nos están complicando las cosas, ¿verdad?

—Por ahora desconocemos los planes de Jaret y Tibês. Lo que más me preocupa es que descubran que Tamura está en la ciudad.

—¿Y qué debemos hacer nosotros? ¿Adelantarnos e ir a por ellos?

Azariôn meditó su respuesta un instante.

—Sería una opción, pero creo que lo mejor es esperar a ver qué hacen. No nos olvidemos de que todos somos yacigios: sería un fallo colosal provocar una guerra entre nuestros reyes por tomar una decisión a la ligera. De momento, estoy casi seguro de que ignoran que Tamura está en Carnuntum.

—¿Debería informarla?

—Creo que sí.

Maiôsara hundió unos segundos la vista entre sus botas. Se sentía en una encrucijada difícil. Por una parte, le preocupaba la seguridad de Tamura. Por otra, compartía más la visión de Zántico que la de Banadaspo. Azariôn la sacó de sus meditaciones.

—No me explico cómo esa joven asesina... como se llame.

—La llaman Stornarja, pero en realidad no se llama así.

Azariôn entrecerró los ojos en un gesto de desconfianza.

—¿Cómo conoces su nombre, si dices que nunca la has visto?

Maiôsara fue rápida.

—Me lo dijo Jaret. A propósito, es muy guapo. Parece una mujer sin tetas.

El joven estudió el rostro de Maiôsara. Aunque ella no movió ni un solo músculo de la cara, algo le decía que la veterana guerrera no decía la verdad. Igual que ocultaba cosas de Tamura, podría ocultar información sobre Stornarja. Era muy extraño que a Maiôsara se le escapara algo de lo que sucedía en Carnuntum, y Zántico no la consideraba una enemiga. De hecho, según tenía entendido por sus informadores, la voluntad del rey yacigio era que Maiôsara se encargara de ocultar a la asesina.

Azariôn admiraba a Maiôsara, pero no confiaba en ella. Sabía cerrarse como una ostra a la vez que lucía una sonrisa cínica e impenetrable. Pero él también era espía. De los mejores. Y como buen espía, tenía información privilegiada para desestabilizar a su

oponente.

Le dolía, pero estaba decidido a hacerlo.

Iba a desestabilizar a Maiôsara.

—A propósito, sabes quién trajo a Stornarja a Carnuntum, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no sé nada, solo lo que me contó Jaret.

Azariôn pronunció un nombre.

—Dadagos.

La sonrisa de autosuficiencia de Maiôsara se desvirtuó en unos labios entreabiertos junto al borde de la copa que estaba a punto de degustar. Los ojos parpadearon de forma involuntaria.

—Dadagos —repitió ella, como un eco lejano.

Azariôn no podía dejarlo ahí. Ahora que estaba tambaleándose, había que derribarla.

—Maiôsara, Zántico le encargó a Dadagos que trajera a Stornarja a Carnuntum. Y tenía instrucciones de que te buscara.

Maiôsara intentó retomar el control de la conversación, pero el leve temblor de su voz al hablar delataba que la revelación de Azariôn la había dejado tocada.

—Pues no le obedeció —dijo, de forma atropellada—. ¿Cómo sabes que fue él quien la trajo?

—Uno de nuestros emisarios consiguió la información. Ya sabes, juego de espías.

—¿Dónde está Dadagos ahora mismo?

—Por lo que sabemos, no regresó al campamento de Zántico.

Maiôsara tomó un sorbo de vino y dejó la copa en la mesa. Azariôn se dio cuenta de que la mano le temblaba. La espía tenía unas ganas locas de salir de El Fuego de Pompeya. O mejor aún, que la taberna ardiera con ellos dos dentro.

—Lo más probable es que Dadagos siga en Carnuntum —apostó el joven, seguro ya de que Maiôsara ocultaba algo—. Puede que sea él quien haya estado apoyando a Stornarja todo este tiempo, no lo sé...

—Yo tampoco. No sé nada de Dadagos, ni de Stornarja ni de la madre que los parió...

—Sabes más de lo que dices, Maiôsara —afirmó Azariôn—, pero

me da igual. Te aprecio, y no quiero que te suceda nada malo. ¿Me prometes que tendrás cuidado?

Maiôsara se levantó y recogió su canasto vacío con un gesto brusco.

—Me encantaría quedarme y seguir bebiendo, pero tengo cosas que hacer. —La ironía habitual de Maiôsara se había esfumado—. Te haré caso y tendré cuidado. Me mantendrás informada de cualquier novedad, ¿verdad?

—Por supuesto —afirmó.

—Quédate aquí, come y bebe lo que quieras, está todo pagado.

Antes de que se marchara, Azariôn le entregó el saco.

—Aquí están las armas y la armadura de Tamura. Las necesitará si la cosa se pone fea.

Maiôsara lo cogió sin abrir la boca.

—El tiempo corre en nuestra contra —le recordó Azariôn—. Antes o después tendremos que actuar, y necesito saber de qué bando estás.

Maiôsara le mantuvo la mirada unos segundos, giró sobre sus talones y se marchó con la cesta colgada del brazo y el saco sobre el hombro. Azariôn se incorporó del triclinio y se quedó un rato mirando hacia la esquina por la que había desaparecido, con los codos apoyados en las rodillas y la copa de vino a medio beber. La rellenó y cortó un trozo de queso.

Tal y como se estaban poniendo las cosas, cualquier banquete podía ser el último, así que Azariôn decidió aprovechar la ocasión de ponerse hasta arriba.

Una vez en el callejón, Maiôsara caminó como perdida, de vuelta a casa.

Dadagos.

Si las pesadillas abrían sus heridas, Dadagos era el anticicatrizante que las hacía sangrar. Había conseguido evitarlo durante años. Y justo ahora, cuando las cosas amenazaban con ponerse realmente difíciles, volvía a oír su nombre.

Dadagos.

A partir de ese momento, los ojos de Maiôsara no hicieron otra cosa que buscar su rostro entre el gentío que abarrotaba las calles de

Carnuntum.

El Cíclope deambulaba por el bosque próximo a su cueva.

Hacía calor. Ese año hacía mucho calor y tenía hambre.

Pasó días alimentándose de lo que encontró en el bosque, sobre todo vegetales y alguna alimaña muerta. Dos días atrás, tuvo suerte y encontró unos huevos, ni se sabía de qué.

Pero echaba de menos la carne.

El rostro de Ictis le vino a la memoria. Se acordó de las veces que le había dejado carne fresca en el claro donde estaba su cueva.

Sabía que Ictis le temía. No le culpaba, todos lo temían.

Era imposible hacer un pacto con el Cíclope, pero si había algo parecido a un pacto, eso tenían Ictis y él. El Cíclope habría sonreído si hubiera podido ver a Ictis en el comedor de El Faro del Norte.

Por desgracia, el Cíclope no sabía sonreír.

Agazapado en el rincón más apartado del comedor de El Faro del Norte, Ictis contó por segunda vez lo que le quedaba de la recompensa de la mujer del abogado. Poco. Le quedaba muy poco.

Malditos ricos tacaños.

Por supuesto, Ictis no se acordaba demasiado bien de la pequeña fortuna que había perdido jugando borracho a los dados, incluidos los dos áureos de Filemón Voulgaris. El vándalo se imaginaba a la diosa Fortuna mirándolo por encima del hombro con cara de asco.

A Ictis no le desagradaba trabajar para Ludovico Corocotta, aunque echaba de menos su vida nómada. Ese año hacía calor, y sería muy agradable recorrer los caminos, puede que viajando de campamento en campamento, haciendo recados, rastreando presas de caza, explotando a alguna desgraciada o timando incautos. No descartaba hacerlo. De hecho, le había comunicado varias veces a su patrón que cualquier día se marcharía. Pero, cuando lo hacía, Ludovico le regalaba unas monedas, le invitaba a los tragos justos para emborracharlo y lo dejaba jugar toda la noche en la taberna hasta que

acababa meado en los calzones y sin un sestercio en el bolsillo.

Pero aún le quedaba algo de dinero del abogado. Lo justo para comprar provisiones e irse de Carnuntum.

Se acordó del Cíclope. Si consiguiera convencer a algún grupo capaz de enfrentarse a él, podría, por fin, acceder a sus tesoros. Con un poco de suerte, si eran cinco a repartir, el Cíclope despacharía a dos o tres en la reyerta. O quizá se los cargara a todos e Ictis reuniera el valor suficiente para adentrarse en la cueva y hacerse con las riquezas del monstruo mientras este se entretenía devorando a sus socios.

Y en ese momento, la diosa Fortuna le dio dos toques en el hombro.

Afuera, en el despacho de vino, vio a cuatro personas disfrutando del buen tiempo en el patio. Un gigantón, dos hombres y un niño con cara de idiota. Invirtió unos sestercios en comprar una jarra del mejor vino y se plantó frente a la mesa que ocupaban. Los hombres lo miraron como quien mira una mierda andante.

—Buenos días, nobles extranjeros —se presentó—. Mi nombre es Ictis. Permitidme que os invite a unos tragos.

36

El *praeco* tomó aire antes de leer las tablillas de cera donde había resumido las noticias del frente. El rumor de que eran importantes se extendió por Carnuntum en el momento en que los emisarios cruzaron las puertas de la ciudad. Jano Convector tuvo que quitarse las legañas antes de leerlas. Apenas había amanecido.

A mediodía, en el foro, la ciudad aguardaba ansiosa las noticias de la guerra. Por lo que se había filtrado antes del anuncio oficial, la mayor parte de estas eran buenas.

—Pueblo de Carnuntum —comenzó a decir el pregonero a voz en grito—, nuestro sabio emperador, Marco Aurelio Antonino Augusto, ha derrotado al rey Bellomarius en su propia tierra, Marcomania, y ha doblegado al poderoso ejército de este rey bandido que tanto penar ha infligido al pueblo de Roma. En conmemoración de esta histórica victoria, el césar añade a su lista de títulos el de Germánico.

Un estruendo compuesto por chasquidos de dedos, aplausos y el ondear de algunas togas celebró la primera buena noticia.

—Por gracia y bondad de nuestro emperador, la vida del rey Bellomarius será respetada, condonando la merecidísima pena de muerte por prisión perpetua. Bellomarius será desterrado a Alejandría, donde permanecerá encarcelado hasta el día de su muerte, para que sirva de ejemplo a los enemigos del Imperio.

Se oyó un murmullo de aprobación general durante unos segundos, sobrepasado únicamente por algunas voces exaltadas que exigían la muerte del rey marcomano o castigos aún más imaginativos, como la introducción de objetos punzantes y astillados por ciertas cavidades corporales.

—La mayor parte de los caudillos marcomanos han rendido sus armas ante el césar, aceptando las piadosas capitulaciones del Imperio. Derrotar al escaso remanente de tribus hostiles será cuestión de tiempo. Por otra parte, el general Publio Helvio Pertinax ha

firmado la paz con los asdingos y lacringios en nombre del emperador, y se negociará una futura alianza con estos pueblos.

»Lamentamos, no obstante, la muerte del prefecto Macrinio Vindex, quien cayó en combate después de matar con su propia espada a cientos de marcomanos. —Esto último fue invención del *praeco*, para añadir épica a la noticia; la queja general de la audiencia, y alguna que otra maldición, fue señal de que funcionó—. Fue tal su heroicidad, tanto en esta campaña como en las pretéritas, que el emperador Marco Aurelio ordena la construcción de tres estatuas. —El pregonero realzó esta frase formando un tres con los dedos—. Una de ellas será erigida en este mismo foro. Pronto conoceremos el nombre de su sucesor al frente de la Guardia Pretoriana.

Más aplausos y chasquear de dedos.

—Se anuncia que nuestro augusto emperador viaja de camino a Carnuntum, desde donde coordinará a las legiones desplegadas al otro lado del *limes*. Para celebrar su regreso y sus triunfos, se declararán tres días de fiesta y se organizarán unos juegos en el anfiteatro. ¡Larga vida al emperador!

El clamor final que se elevó en el foro fue ensordecedor. La noticia de la muerte de Vindex apenas empañó la euforia provocada por la derrota de Bellomarius, aunque lo que realmente complació al pueblo fue el anuncio de las fiestas y los juegos.

Ya lo dijo Juvenal, el poeta: pan y circo.

Maiôsara agarró con fuerza el saco que Azariôn le dio el día anterior. No se había atrevido a curiosear en él, pero sí a palparlo desde fuera hasta reconocer un par de botas, el arco, el carcaj y la espada. Aquel fardo guardaba un pellejo de serpiente en pedazos que, una vez unidos, formaban la piel de la auténtica Tamura.

Una piel en la que, más temprano que tarde, no tendría más remedio que embutirse.

Se echó el costal al hombro y dejó atrás el gentío del foro sin dejar de escudriñar cada rostro que se cruzaba con ella. La posibilidad de que Dadagos estuviera en Carnuntum la había vuelto paranoica. Maiôsara, siempre riéndose de su sombra y de la de los demás, tan segura de sí misma y tan ajena al miedo, sentía como si algo invisible

la asfixiara con solo imaginar el volver a estar cara a cara con aquel fantasma del pasado.

Y no temía una puñalada, ni mucho menos.

Ojalá fuera eso.

Porque a Maiôsara la muerte le importaba una mierda.

Lo peor sería estar frente a él y oír una vez más la lista de reproches acumulados durante años. Lo imaginaba agarrándole la cabeza por las sienes y acercando su rostro al suyo, recordándole lo mal que había hecho las cosas en el pasado y cómo tenía que haberlas hecho en su momento.

Maiôsara aceleró el paso como si un espectro invisible la persiguiera. Los transeúntes se apartaban de su camino, temerosos de cualquier reacción extraña por su parte. Sus ojos desquiciados y su melena blanca al viento la hacían parecer un espíritu atormentado.

Puede que lo fuera.

Sin saber cómo, llegó hasta donde se alzaba aquella *domus* enorme y destartalada que de forma tan pomposa llamaban en Carnuntum el palacio imperial. Al detenerse a pocos pasos de la puerta, los pretorianos armados con lanzas la observaron como quien observa a un perro que amenaza con mearse donde no debe. Maiôsara respiró hondo para apaciguar sus nervios. Esgrimió su mejor sonrisa y se dirigió hacia los guardias con aire jovial.

—Saludos, soy Maiôsara, una amiga de Lidia Veturia...

—¿Amiga de la augur? —la interrumpió el pretoriano de la derecha, un joven bien parecido con un marcado acento galo.

Maiôsara permaneció un segundo con la boca entreabierta, sintiendo que algo se le escapaba.

—¿Amiga de la augur? —repitió, como una boba, preguntándose desde cuándo Tamura se dedicaba a las artes adivinatorias. Desde luego, a la muy puta no le faltaban recursos—. Sí, eso es, exacto, soy amiga de la augur... Pensé que llevaba su profesión en secreto —añadió, sin poder contener su ironía innata.

—Bah, lo sabe todo el mundo —rezongó el guardia—. Yo no creo demasiado en esas cosas, pero dicen que es buenísima. Espera un momento, preguntaré si puedes pasar...

—No, no, no —dijo Maiôsara, de manera atropellada; como le hicieran abrir el saco, no solo ella se encontraría en un grave problema, sino también Tamura—. Basta con que le aviséis de que estoy aquí. —Señaló un carro cercano—. La esperaré ahí, a la sombra.

—Me parece bien.

Maiôsara se apoyó en la parte trasera de la carreta, con el saco medio escondido entre las piernas. Cuanto menos lo vieran los guardias, mejor. Confiaba en que no se lo hicieran abrir a Lidia al cruzar el control. «Pero cómo coño no va a pasar el control», pensó, «es la concubina de la máxima autoridad de Carnuntum. Además de una poderosa augur.»

Lidia apareció unos minutos más tarde engalanada con uno de los vestidos nuevos que Jano había encargado a una de las mejores modistas de Carnuntum. Su moño alto era aún más historiado de lo que ella solía hacérselo, y Maiôsara adivinó que era obra de una peluquera profesional. Como esa mañana no había podido ir a cabalgar con el legado, no llevaba los calzones que solía usar para montar a caballo. En su lugar, la raja de la túnica mostraba unas pantorrillas musculadas y unas sandalias fabricadas con el mejor cuero de Panonia.

El saludo de Maiôsara fue muy de su estilo.

—Mierda, Lidia, estás espectacular. Hasta a mí me entran ganas de darte un revolcón.

Lidia la saludó con una palmada en el hombro más sonora de la cuenta y la invitó a caminar fuera de la vista de los guardias. Cuando doblaron la esquina y Lidia comprobó que estaban más o menos a salvo de miradas curiosas, se enfrentó a ella.

—¿Cómo te atreves a venir a buscarme a palacio? ¿Estás loca?

La expresión burlona de Maiôsara cambió a una de preocupación.

—No lo habría hecho si no fuera importante.

—¿Qué pasa?

Un par de *vigiles* pasaron cerca de ellas. Uno de los guardias saludó a Lidia al reconocerla. Ella también lo reconoció: era uno de los que había estado en la *domus* de Lucio Renato la noche que asesinaron a su pequeño.

—Vayamos a un sitio más tranquilo —propuso Maiôsara.

Callejearon hasta llegar a una plazoleta formada por varias casas bajas. Solo vieron a una anciana tendiendo ropa en un segundo piso y a un albañil con trazas de egipcio encaramado en una terraza cercana, concentrado en reparar una modesta barandilla. Maiôsara fue la primera en romper el silencio. Ambas hablaron en todo momento en sármata.

—Lidia, la cosa se está poniendo muy fea. Zántico ha enviado agentes a Carnuntum.

—¿Qué dices?

Maiôsara informó a Lidia de la visita de Jaret a la *insula*.

—No me preguntes cómo, pero Jaret sabía que la asesina utilizaba las alcantarillas para moverse y cometer sus crímenes.

—Al último niño no lo mató —apuntó Lidia—. Todavía no sabemos por qué.

—Yo te lo explico: Jaret y sus hombres capturaron a Stornarja en las cloacas.

—¿Stornarja? ¿Es ese el nombre de la asesina?

—No es su nombre real, pero así la llaman.

—Entonces, está identificada.

—Es una joven —se limitó a decir Maiôsara—. Se la han llevado al otro lado del Danubio, a la granja de Tibês.

—¿Quién es Tibês?

—Un hijo de puta con muy buenos contactos en Carnuntum. Se hace pasar por mercader de pieles. Aún no sé qué papel desempeña en todo esto, pero ahora mismo tiene a Stornarja bajo su protección.

—¿Cómo sabes todo eso?

Maiôsara la puso al corriente de la visita de Azariôn el día anterior. Reprodujo casi toda la conversación que mantuvieron, a excepción de la parte en la que aparecía Dadagos. A Lidia, por ahora, no le incumbía.

Dadagos era problema de Maiôsara.

Cuando la sármata terminó su relato, Lidia se quedó pensativa durante unos instantes.

—¿Y qué crees que debemos hacer? —preguntó, al fin.

—Debemos, no —corrigió Maiôsara—. Debes. —La cogió de las manos y la miró a los ojos—. Lidia, si se enteran de que estás aquí, correrás peligro.

—Jaret, sus dos matones, ese tal Karaxtos... —soltó una risa de autosuficiencia—. Son cuatro, ya sabes.

—No olvides a la asesina, a Tibês y a su hijo. El chaval es medio tonto, pero, según tengo entendido, es buen arquero. Y podría haber otro más...

—¿Otro? ¿Qué otro?

Maiôsara sacudió la cabeza, negándose a dar más explicaciones.

—Otro —repitió—. Lidia, márchate. Dime qué quieres que le diga a Marco Aurelio y me presentaré en su palacio en cuanto regrese, aunque me cueste acabar en una cruz. Yo le transmitiré el mensaje de paz de Banadaspo.

—El rey me confió esta misión a mí, no a ti.

—El rey quiere esta misión cumplida.

—Y seré yo quien la cumpla.

—Tarde o temprano averiguarán que estás aquí, e irán todos a por ti. Hay muy buenos guerreros entre ellos: me dijo Azariôn que Karaxtos es temible, y está entrenando a Stornarja, que ya ha demostrado que sabe actuar. Y tu único aliado, Azariôn, no es el mejor guerrero del mundo.

—Podemos adelantarnos e ir a por ellos —propuso Lidia.

—Ni siquiera sabes cómo son sus caras. Si te localizan, te matarán por la espalda cuando pasees por la calle con tu perro. Vete de Carnuntum, Lidia —insistió Maiôsara—. Regresa al Bastión, advierte del peligro a Banadaspo mientras yo entrego su mensaje.

Lidia lo pensó unos instantes, pero al final lo tuvo claro.

—No me iré, Maiôsara. Si tengo que morir en Carnuntum cumpliendo mi misión, que así sea.

Maiôsara volvió a clavar sus ojos en los de Lidia.

—No me preguntes por qué, Lidia... pero si te enfrentas a esa asesina, perderás.

Lidia abrió la boca en un gesto de divertida sorpresa. Le faltó estallar en carcajadas. Según había entendido se trataba de una

jovenzuela, una espía bisoña que se había limitado a matar a críos indefensos. No podía creer lo que su amiga estaba diciendo.

—Si tengo la suerte de echarme a la cara a esa impostora, jugaré con ella antes de matarla de la manera más dolorosa que se me ocurra... y se me ocurren muchas.

—No, Lidia. Si te enfrentas a esa impostora, lo más probable es que mueras.

La expresión de Lidia pasó de la diversión a la amargura en un instante.

—Me da la impresión de que sabes más de lo que cuentas, Maiôsara.

Esta agachó la cabeza y contestó mirando al suelo.

—Puede ser, pero si no te cuento todo lo que sé es por tu propia seguridad. —Agarró el saco que reposaba junto a sus pies y se lo tendió—. Toma, coge esto.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó Lidia, antes de cogerlo.

Maiôsara esbozó una sonrisa triste.

—Tu alma —respondió—. La necesitarás.

En cuanto Lidia se hizo cargo del saco, Maiôsara la sorprendió con un abrazo tan cálido como fugaz. La veterana sármata dio media vuelta y desapareció con pasos rápidos por una de las callejuelas que daban a la plazoleta, sin dar opción a su amiga a despedirse.

Lidia abrió el saco y reconoció enseguida su contenido. Volvió a cerrarlo, después de comprobar que la anciana ya no estaba en la ventana y que el albañil seguía con lo suyo. Se lo echó al hombro y caminó de vuelta al palacio.

Los guardias ni siquiera se fijaron en el saco cuando la dejaron pasar.

Mientras ocultaba su equipo de guerra en el fondo del arcón donde guardaba sus pertenencias, Lidia no paró de darle vueltas a la afirmación de Maiôsara.

«Si te enfrentas a esa asesina, perderás.»

Un escalofrío le recorrió la columna. La seguridad de Maiôsara al hacer aquella afirmación había sido demoledora. Lidia cerró el baúl con la mirada fija en la pared decorada del cubículo que compartía

con Jano Convector.

Era evidente que Maiôsara sabía algo que ella desconocía.

Y lo que Lidia desconocía era la razón por la que Maiôsara no estaba siendo sincera con ella.

Una voz en su interior le dijo que debía tener cuidado.

Mucho cuidado.

37

Lidia jugaba con Uteljarab en el patio exterior del palacio cuando la vio entrar en el recinto. Por su vestimenta, y por los esclavos que se quedaron esperando fuera mientras un pretoriano la conducía escaleras arriba, era una patricia.

Una de las más importantes de Carnuntum.

Ocellina Sempronia Tertia, hija de un senador romano. La cola de su túnica arrastraba la tristeza de años de matrimonio concertado y fallido, las joyas que lucía alrededor del cuello y las muñecas no eran más que el pago insuficiente de las lágrimas vertidas durante una década de humillaciones, y el rictus de su cara, el reflejo de una existencia amarga y vacía.

Su suegra le había reprochado ser estéril todos y cada uno de los días en los que vivió con su marido en Roma. También le echaba en cara no ser lo bastante mujer como para encender la pasión de su hijo. Aunque para una mujer es difícil excitar a alguien al que se le abulta la túnica en la entrepierna delante de un legionario joven. En cambio, frente a sus piernas abiertas, aquel miembro lloraba de pena.

Pero para aquella madre ciega de amor filial, era ella la estéril.

Ocellina Sempronia tomó aire con fuerza cuando el pretoriano golpeó tres veces con los nudillos la puerta de Jano Convector. Una voz, desde dentro, dio permiso para entrar. El soldado abrió la hoja de madera y la invitó a pasar.

Jano se levantó de la silla que ocupaba detrás de su escritorio y observó a la mujer que tenía frente a él. Sin ser poseedora de una belleza llamativa, algo en su porte y expresión la envolvía en un atractivo especial. Puede que también ayudara el aura de melancolía y misterio que irradiaba. Su mirada tenía la altivez de alguien acostumbrado a levantarse después de cada caída. Con pasos lentos, se plantó frente a la mesa del general.

—Soy Ocellina Sempronia Tertia, esposa del magistrado Cato

Merino Salvio.

Jano señaló una silla frente a su escritorio.

—Siéntate, *domina*, te lo ruego.

Ocellina lo hizo despacio, con esa majestuosidad propia de quien lo ha ensayado desde la más tierna infancia.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó Jano, que por un momento temió que la esposa del magistrado hubiera descubierto al observador que había apostado cerca de su residencia para vigilar los movimientos de su marido. El seguimiento, por ahora, había sido un fracaso: Cato llevaba días sin dar señales de vida.

—Antes de nada, general, necesito tu palabra de que no se tomarán represalias contra mi esposo. Lo que vengo a contarte no es un delito, pero sí un descuido estúpido que ha acarreado nefastas consecuencias. No quiero un escándalo —resumió.

Jano guardó silencio, intrigado. Tenía que ser cuidadoso con su respuesta, o correría el riesgo de que aquella señora se levantase con la misma gracia con la que se había sentado y le obligara a afrontar el problema con Cato Merino de una manera más incómoda. La intención de Jano era averiguar la conexión del magistrado con la desaparición de los planos del alcantarillado con la máxima discreción, y había descartado cualquier intervención directa que no fuera estrictamente necesaria. Los patricios disfrutaban de conexiones poderosas con Roma y, aunque él estaba investido con el poder del propio emperador, no quería destapar un escándalo que pusiera la ciudad patas arriba. Si Cato acababa en la palestra, no tardaría en desencadenarse un cruce de peticiones y recordatorios de favores, calumnias, cartas a favor y en contra y demás tejemanejes políticos que solo conseguirían embrollar la situación. Si el asunto se podía resolver sin que acabara siendo la comidilla en las tabernas, mejor. La respuesta de Jano fue concisa.

—Si es cierto que tu marido no ha cometido un delito, se tratará este asunto con la mayor confidencialidad.

Ocellina aceptó la condición con un gesto triste de asentimiento.

—Desde que Lucio descubrió que faltaba una copia de unos planos del archivo, la vida de mi esposo ha dado un vuelco. Nunca lo había

visto tan desesperado, hasta el punto de que he llegado a temer que cometa una locura.

Jano supuso que Ocellina se refería al suicidio. Aquello podía tener más miga de lo que suponía. El legado entrecruzó los dedos bajo la barbilla y la dejó continuar.

—En esas salas del archivo solo entran los magistrados y dos escribanos de absoluta confianza. Son dos ancianos que trabajan allí desde mucho antes de que mi esposo y Lucio formaran el duunviro. Mi marido asistió al interrogatorio al que Lucio sometió a esos escribas, cosiéndolos a preguntas incómodas y acusándolos de la pérdida del documento. Cato me contó que lo negaron una y otra vez, llorando como niños... pero Lucio se resistía a admitir que mi esposo tuviera algo que ver con el asunto. —Ocellina elevó los ojos al techo y exclamó—. Por los dioses, Cato es su mejor amigo, y Lucio ha perdido a su hijo por su culpa.

—Entonces, entiendo que tu esposo tiene algo que ver con la desaparición de esos planos...

Ocellina volvió a clavar la mirada en el suelo antes de contestar.

—Mi marido llevó al archivo a un... invitado, por llamarlo de algún modo; alguien que conoció en las termas. Fue hace meses, en septiembre u octubre.

Por la forma en la que lo dijo, Jano supuso a qué tipo de invitación se refería Ocellina. El legado sintió una empatía especial con ella. Hablar abiertamente de algo tan íntimo no debía de ser fácil.

—Cato entabló cierta amistad con ese joven, a quien visitaba en su domicilio. Según me confesó, le dijo que era aficionado a la ingeniería. Con ese pretexto, le pidió ver algunos planos y mapas de la ciudad. Mi esposo accedió. Una noche lo llevó al archivo y le mostró todos los que quiso, entre ellos, el de las alcantarillas de Carnuntum. Cato jura que no lo echó en falta hasta que el otro día estuvisteis buscándolo, pero está seguro de que ese joven lo robó esa noche. —Ocellina hizo una pausa y se inclinó un poco hacia delante para hablar con un tono de voz aún más solemne—. General, mi marido puede ser un idiota capaz de perder la cabeza por un joven, pero no es un mal hombre. Cometió una estupidez, y ahora se siente culpable de la

muerte de dos niños, entre ellos la del hijo de su mejor amigo. Creo que ya tiene su castigo —alegó—, uno que pesará sobre su conciencia mientras viva.

Jano se frotó los ojos. Si bien era cierto que aquella imprudencia había tenido como resultado la muerte de dos niños y el secuestro frustrado de un tercero, también era verdad que la intención de Cato Merino nunca fue la de causar mal alguno. Castigar al magistrado no beneficiaría a nadie, y destapar un escándalo no le vendría bien ni a Jano, ni al emperador, ni a la ciudad.

Pero había algo que sí tenía interés para el general.

La identidad del ladrón de planos.

—¿Conoces el nombre de ese joven? —preguntó a Ocellina.

Ella sacó una pequeña tablilla de cera y se la tendió a Jano.

—Aquí está su nombre real, el apodo por el que se le conoce y la dirección.

Jano fue a coger la tabla, pero Ocellina echó la mano que la sostenía hacia atrás, poniéndola fuera de su alcance.

—Prométeme que esto quedará entre nosotros.

—Tienes mi palabra —prometió Jano, con la mano aún extendida —. Me encargaré personalmente del tema con alguien de mi total confianza.

Ocellina estudió al legado un breve instante y le dio la tablilla.

Unos minutos después, abandonaba el palacio con la misma majestuosidad con la que había llegado. Uteljarab correteó hacia ella y la despidió con un concierto de ladridos y un exultante meneo de cola. Ocellina le dirigió una leve sonrisa. Lidia pensó que aquella mujer caminaba como un espíritu entre los vivos.

En el primer piso del palacio, Jano se asomó a la oficina donde Marco Bassaeo Rufo despachaba los asuntos de la Guardia Pretoriana. El tribuno levantó la vista de los listados que cotejaba e interrogó al general con una mirada hostil.

—Tengo pendiente una reunión contigo para un asunto importante —dijo Jano desde la puerta—, pero antes te necesito para otra cosa.

—¿Me vas a endosar más trabajo burocrático, general? —preguntó Rufo, en un tono que hasta podía sonar desafiante—. Cualquier día me

marcho al frente con tu legión, ya me conocen más a mí que a ti.

Jano sonrió de medio lado. En el fondo, disfrutaba con la socarronería malencarada del tribuno. Lo respetaba. Nunca había combatido a su lado, pero sabía de buena tinta que era un soldado valiente y diestro con las armas.

—Este trabajo te gustará. Ven, te lo contaré por el camino.

Lidia los vio bajar por la escalinata y abandonar el palacio, sin escolta y con pasos rápidos. Agarró el collar de Uteljarab para que no saliera corriendo detrás de Jano. Lo mandó sentarse y lo premió con una caricia. Cuando le habló al oído, lo hizo en sármata.

—Me parece que esos dos se van de fiesta, Utel... Y no de esas de beber hasta mearse encima.

La casa de Kassandros era pequeña, un edificio de una sola planta construido con ínfulas de *domus*, aunque sin atrio, ni jardines. Apenas tres habitaciones complementaban la estancia que hacía las veces de recibidor y cubículo donde el griego recibía a sus clientes. —Él prefería referirse a ellos como amigos—. No es que estuviera amueblada con los mejores enseres, ni construida con lujo, pero era una vivienda agradable y con todas las comodidades necesarias para ejercer a la perfección el trabajo del joven.

La prostitución.

Sus modestos dominios se alzaban en una pequeña calle pegada a la muralla oeste de Carnuntum. A Jano y Rufo no les costó nada encontrarla. Ocellina les había facilitado los datos del censo de la ciudad, ventajas de ser esposa del magistrado. Plantados delante de ella, Rufo le hizo un recordatorio a Jano.

—Antes me dijiste que tenías algo que contarme.

—Luego, con una copa de vino por delante.

—Pero ¿es bueno? —quiso saber Rufo, poco acostumbrado a las buenas nuevas.

—Depende. Pero ahora deja estar eso, tenemos trabajo...

—Cuándo no... —rezongó Rufo—. ¿Llamo yo?

—Adelante.

Rufo procedía de una familia de agricultores. Se crio en la pobreza más absoluta hasta unirse a los *vigiles* cuando apenas era un adolescente. Sin haber disfrutado de más educación de la que él mismo se dispensó —aprendió a leer y escribir en las cohortes urbanas —, su buena disposición, su habilidad para el combate y su eficacia para resolver asuntos a su manera lo hicieron desembocar en la Guardia Pretoriana y contar con el aprecio del propio Marco Aurelio.

Pero Rufo tenía un defecto inherente a sus orígenes campestres.

Era un pésimo diplomático.

Y con eso contaba Jano Convector cuando lo instó a llamar a la puerta de Kassandros. El tribuno parecía Polifemo tratando de echar abajo una montaña.

—¡Anastasio Karpos! —gritó, llamándolo por el nombre que figuraba en el registro de la propiedad—. ¡Guardia Pretoriana! ¡Abre!

Dentro se distinguieron dos voces masculinas. Rufo aplicó la oreja a la hoja de madera y creyó oír el sonido de unos pies descalzos que se alejaban chapoteando.

—¡Un momento! —gritó alguien al otro lado de la puerta—. ¡Estoy desnudo!

El tribuno se volvió a Jano con cara de asco.

—Está desnudo... ¿No podías haber traído a otro aquí?

—Luego te daré una alegría —prometió el legado, alimentando aún más la curiosidad que reconcomía a Rufo—. Y tranquilo, se está vistiendo.

—No me fío de estos bujarrones. Como salga como Príapo, presentando armas...

—No creo que salga así. Con lo fuerte que has llamado se le habrá bajado del susto.

La puerta de la casa se abrió y mostró el ojo de Anastasio Karpos, más conocido en los ambientes homosexuales como Kassandros el Melino, ya que afirmaba proceder de la isla de Milos. El ojo del prostituto se encontró con la mandíbula prominente de Rufo, que en esos momentos sobresalía aún más por la expresión de ferocidad que había adoptado de forma inconsciente. Apenas había visto una décima parte de la anatomía de Kassandros y ya tenía ganas de partirle la

cara.

—Abre —ordenó Rufo—. O si lo prefieres, abro yo.

El griego titubeó antes de obedecer. Por suerte para Rufo, se había envuelto con una toga. Era un joven atractivo, de rasgos apolíneos, cabello oscuro rizado y cuerpo bien tonificado. Kassandros los dejó entrar con la barbilla casi apuntando al techo, en una actitud altiva y lánguida a la vez. Rufo y Jano pasaron al interior, donde descubrieron una pequeña pileta con capacidad para cuatro o cinco personas, alicatada con mosaicos que representaban hombres desnudos que hacían gimnasia. O, al menos, eso parecía. También había un triclinio donde cabría un contubernio con sus aperos completos, la tienda montada y la mula pariendo. Unas huellas húmedas de pies descalzos se perdían tras una de las puertas de la estancia.

—Dile a quien sea que esté ahí detrás que se vaya —ordenó Rufo.

—¿De quién hablas? —preguntó Kassandros, haciéndose el ofendido—. Estoy solo en casa...

Jano cruzó la estancia en dos zancadas, abrió la puerta y se internó en las habitaciones privadas del melino, haciendo caso omiso de sus protestas. Rufo oyó gritar a alguien muy indignado en la estancia contigua.

—¡No tienes derecho, bárbaro! ¿Acaso no sabes quién soy?

—Claro que lo sé, un follador de culos —dijo Jano, sin inmutarse —. Vístete y vete.

—¿Cómo te atreves a insultarme? ¡Te repito que no sabes quién soy yo!

Lo siguiente que vio Rufo fue a un hombre de unos cincuenta años, desnudo, gordo y peludo, agarrado por la nuca y sacado hasta la puerta de la casa por Jano. Por mucho que el desgraciado le pedía a gritos que lo dejara vestirse, el legado no mostró piedad. Abrió la puerta y lo echó a la calle con una patada en el culo que lo hizo caer a cuatro patas sobre la callejuela llena de bostas. Antes de cerrar la puerta, Jano se despidió de él.

—Ya puedes ir inventándote una buena historia para cuando te encuentren los *vigiles*.

El general se volvió hacia Kassandros y Rufo, que se encontraban

en lados opuestos de la pequeña piscina. El griego los miraba como a auténticos bandidos. Levantó un dedo al hablar, y a Jano casi le dio la risa, porque parecía un cómico parodiando a un senador.

—No sé quiénes sois, pero os advierto que tengo amigos muy poderosos ante los que tendréis que responder por este atropello.

Jano dejó escapar una risita cargada de ironía.

—Sí, por supuesto, el magistrado Cato Merino Salvio —escupió, desmontando de un manotazo la primera línea de defensa de Kassandros—. Mira, Anastasio —rezongó, llamándolo por su verdadero nombre—, podemos hacer esto de dos maneras, una que no duele, y otra que sí. ¿Vas a cooperar?

Kassandros se agarró la toga con fuerza, en una pose histriónica que solo a él le pareció digna. No se atrevió a discutir con los militares. Había estado con infinidad de hombres a lo largo de su vida, y sabía distinguir muy bien a qué clase pertenecía cada uno. Y aquellos dos bestias eran de esos que te rompen las piernas con la misma facilidad con la que separan el muslo del pollo asado del contramuslo.

—¿Qué queréis? —preguntó al fin, caminando con pasos delicados hacia el triclinio, donde se sentó con las piernas cruzadas.

Rufo y Jano rodearon el estanque hasta colocarse frente a él.

—Dinos qué hiciste con los planos de las cloacas que robaste del archivo de la ciudad... —comenzó a decir Jano.

—¿Cómo? —le interrumpió Kassandros, chillando con una voz que taladraba los tímpanos—. ¡Yo no he robado nada! ¿Qué pruebas tenéis...?

Jano le hizo a Rufo una seña sutil con el dedo. Este le soltó a Kassandros una bofetada de revés que salpicó de sangre la pared pintada en tonos celestes que había a seis pasos del triclinio. El general frunció el entrecejo, sobresaltado por el sonido del bofetón. Kassandros, a punto de perder el conocimiento, se puso la mano en la boca y escupió dos piezas dentales.

—¡Mis dientes! —Aquello, más bien sonó a *mif dienteh* por culpa del aire que escapaba por los huecos que había dejado Rufo a modo de recuerdo—. ¡Mis dientes!

—Como vuelvas a interrumpirme, mi amigo y yo te arrancaremos las orejas —silabeó Jano, hablando muy cerca de su cara—. Cada uno te agarrará por una y tiraremos, a ver quién gana. Y te aseguro que somos muy competitivos.

El griego se echó a llorar, y Jano fingió consolarlo con un par de palmadas en el hombro antes de reanudar la conversación.

—Sabemos que sedujiste al magistrado con la única intención de robar esos planos —prosiguió Jano—, y ese robo es algo que incluso podría llegar a olvidar. A nosotros no nos importas, quien de verdad nos interesa es la persona que te hizo el encargo.

Kassandros palideció aún más de lo que lo estaba, y eso que su rostro era un anticipo del que tendría cuando lo envolvieran en su último sudario. El labio ensangrentado sufrió un pequeño terremoto, y las lágrimas formaron un torrente todavía más caudaloso.

—Yo... de verdad, no sé...

—Rufo —dijo Jano.

El legado agarró la oreja derecha del griego. El tribuno la izquierda. Ambos tiraron tanto que oyeron el cartílago rasgarse. Los alaridos de Kassandros se hicieron insoportables, hasta que logró articular un «¡basta!» medio entendible.

Rufo ganó el concurso de tirones: consiguió despegarle a Kassandros un cuarto de oreja de la cabeza. Si la boca del griego sangraba, de aquella nueva herida brotaba un manantial rojo.

—Sí que cuesta trabajo arrancar una oreja —se sorprendió el tribuno, que había tirado con todas sus fuerzas.

Jano acercó tanto la nariz a la mejilla húmeda de lágrimas de Kassandros que casi se mojó la punta.

—¿Quién te contrató?

—Te juro que no sé el nombre —respondió el melino, de forma atropellada—, nunca me lo dijo, pero es un viejo, un germano viejo. Tiene muchas arrugas y el cabello largo y blanco, con calvas en la cabeza, como cicatrices de guerra...

—Hay muchos tipos de germano —repuso Jano—. ¿De qué tribu?

—No tiene acento cuado, ni dacio. Tampoco marcomano, la verdad...

—¿Sármata?

—No sé distinguir el acento sármata —reconoció—, pero sí puedo decirte que tiene aspecto de guerrero. Es bastante mayor, pero su planta todavía da miedo. Camina y habla como un hombre mucho más joven —añadió.

—¿Cómo dio contigo?

—Me localizó en una taberna a la que suelo ir cuando no recibo amigos en casa. Se llama El León Dorado, está al otro lado de la ciudad. Según me dijo, anduvo preguntando por el joven más hermoso de Carnuntum y alguien le indicó dónde encontrarme.

Rufo resopló.

—Después de hoy, preguntarán por el desdentado de la oreja gacha.

—¿Cuál fue el encargo, exactamente? —quiso saber Jano.

—Necesitaba los planos de las alcantarillas. Al principio no entendí nada. Le pregunté para qué los quería, y me dijo que se los había encargado un ingeniero amigo suyo. Le sugerí que se dirigiera a las autoridades de la ciudad, pero entonces me mostró una bolsa de dinero. —Kassandros clavó la mirada en la parte inferior de la toga, manchada con su propia sangre—. Me habló del magistrado Cato Merino. Me informó que solía ir a las termas en busca de jóvenes atractivos... —suspiró—. Ya sabéis el resto. Ahora, si queréis, matadme, porque es todo lo que sé, lo juro.

Jano estudió el rostro bañado de sangre aguada por las lágrimas. Estaba convencido de que Kassandros había dicho la verdad. Su arrogancia inicial había dado paso a una sumisión digna de pena.

De todas formas, decidió marcar su conciencia a fuego antes de irse.

—Te creo, Anastasio —comenzó a decir el legado—, pero antes de que nos vayamos, quiero que sepas que, por tu culpa, han muerto dos niños pequeños. Uno de ellos ni siquiera tuvo la oportunidad de aprender a andar. Los abrieron en canal, como a cabritos, y les sacaron las tripas.

Kassandros comenzó a hacer pucheros. Jano siguió hablando despacio, sin piedad.

—Espero que cada noche, al acostarte, recuerdes que hay dos madres llorando la pérdida de unos críos inocentes por tu culpa. Y todo a cambio de un maldito puñado de monedas.

Kassandros prorrumpió en un llanto desconsolado.

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento mucho...

Jano y Rufo dejaron a Kassandros con la cabeza entre las rodillas y las manos tapándose las orejas ensangrentadas, como si no quisiera oír los gritos de sus remordimientos. Mientras caminaban de regreso al palacio, Jano rememoró las palabras de Kassandros.

—Al menos ya conocemos el aspecto del cómplice de Tamura: un viejo guerrero, fuerte, cabello blanco y calvas que parecen cicatrices de guerra... Informa a la guardia y a las cohortes urbanas, por si ven a alguien así.

—Así lo haré, general. Y ahora, ¿puedes decirme eso que me tenías que decir?

—Quería hacerlo en palacio, con una jarra de vino por delante.

Rufo lo miró de reojo.

—Sabes que no me caes demasiado bien, ¿verdad, general?

—Tú a mí tampoco —rio Jano—. Lidia dice que es porque somos más parecidos de lo que creemos.

El tribuno se encogió de hombros.

—Puede que tenga razón.

—La verdad es que te he sobrecargado de trabajo mientras yo andaba obsesionado con los asesinatos —reconoció.

—Trabajo burocrático —especificó Rufo—. Odio los papiros.

Jano se detuvo y tendió la mano al tribuno. Ambos agarraron con fuerza sus antebrazos.

—A partir de ahora nos llevaremos mejor, prefecto.

—¿Prefecto?

—Entre los documentos que trajeron del frente, hay una orden de Marco Aurelio para que ocupes el puesto dejado por Macrinio Vindex.

Rufo puso los ojos en blanco, y ambos siguieron caminando.

—Pobre Vindex —se lamentó el prefecto.

—No veo que te haga demasiada ilusión ocupar su puesto —observó Jano.

—Llevo meses haciéndolo. Al menos, ahora cobraré por ello. —Rufo miró al general de reojo—. De todos modos, he tenido empleos mejores.

—¿Mejores que el de prefecto de la Guardia Pretoriana?

—¿Sabes que hace tres años fui gobernador de Egipto?

El general se paró en seco.

—No fastidies... ¿Tú, gobernador de Egipto?

—Sí, fue por casualidad y por poco tiempo. Creo que es por eso por lo que odio tanto el trabajo burocrático. Es una larga historia, ¿quieres oírla?

—Ahora no, por favor, mejor con una copa de vino delante.

—Pues acelera el paso. Me muero por tomarme esa copa.

Entre chascarrillos, los dos nuevos amigos regresaron al palacio imperial sin darse cuenta de que unos ojillos maliciosos los seguían.

Unos ojillos asesinos, dulcificados por una sonrisa de falsa inocencia.

38

—Pero ¿dónde está ese imbécil?

Lándigo daba vueltas por la habitación como si esta fuera estanca y estuviera a punto de inundarse. Jaret, sentado a una mesa al otro lado de la estancia, llevaba casi una hora dibujando en papiros que iba amontonando a un lado conforme los llenaba de garabatos. Dandro, sentado en el alféizar de la ventana que daba a la parte trasera de El Faro del Norte, se entretenía mascando pequeños trozos de cecina, inmerso en su simple mundo interior. El único que parecía nervioso era Lándigo, que acabó apoyándose en la mesa donde su hermano le daba al grafito.

—Jaret, mierda, llevamos dos días sin verlo —le recordó.

—Que se lo follen, que está en la edad —dijo Jaret, ahuyentando a su hermano con la mano—. Quítate, me vas a estropear el boceto.

—Si le ha sucedido algo malo, Tibês se enfadará —vaticinó Lándigo, que aprovechó para echar un vistazo a lo que hacía Jaret—. ¿Y esos árboles junto a esa roca? —Cogió los demás papiros y los fue revisando, uno por uno, hasta llegar a un dibujo de una pequeña cabaña en ruinas junto a una calzada—. Reconozco este lugar, está a muchas millas al este.

Jaret le arrebató los dibujos y volvió a colocarlos en orden a un lado de la mesa.

—Ya te los enseñaré, por favor, no los desordenes. —Levantó la vista y miró a su hermano, que parecía a punto de saltar por la ventana—. Si tanto te preocupa ese mocoso, sal a buscarlo. Así te tranquilizarás.

—Se habrá ido con su padre —opinó Dandro, con media boca llena de cecina.

Jaret señaló al grandullón con la mano, como si este acabara de dar la respuesta al origen del universo.

—He ahí una explicación razonable. Al final, Dandro va a ser más

sensato que tú.

—¿Y si se lo ha llevado el tipo ese de la cabeza de perro? —aventuró Lándigo—. Me dio muy mala espina, tiene pinta de ser capaz de cualquier cosa. Estoy seguro de que le gustan los niños...

—Por favor, Lándigo, hasta un crío de siete años podría romperle la cara a ese alfeñique —rezongó Jaret, con su voz musical.

—Es un tipo raro, ¿eh? —comentó Dandro, que en su momento prestó mucha atención al relato de Ictis sobre los tesoros del Cíclope —. ¿Será verdad lo que cuenta de ese monstruo, o lo que sea?

Jaret soltó una risa cansada.

—Lo mandé a la mierda en cuanto acabó su cuento. ¿Crees que lo habría mandado a la mierda si me hubiera creído su historia?

—Yo qué sé... —masculló Dandro, enfocando de nuevo su atención en la cecina.

—Me preocupa Baxagos —reiteró Lándigo—. No es normal que un crío de su edad se marche sin decir nada. Su padre...

Jaret lo interrumpió, irritado.

—Su padre dijo que Baxagos conocía la ciudad a la perfección, y nos pidió que lo dejáramos venir con nosotros para que nos ayudara y, de paso, aprendiera de los mejores, esas fueron sus palabras. ¿Tú le oíste decir en algún momento: «Cuidad de mi hijo»? —preguntó, señalando a su hermano con el trozo de grafito. Lándigo mantuvo uno de esos silencios que otorgan—. Dandro, ¿tú oíste decir a Tibês que cuidáramos de su hijo?

—No.

—Ese niño raro con cara de loco nos ha acompañado sin apenas pronunciar palabra durante varios días, y no nos ha sido de ninguna utilidad. Lo más seguro es que se haya aburrido de estar con nosotros y se haya vuelto a su granja, o a donde le salga de los huevos. Y ahora, ¿me dejas seguir con lo mío?

Lándigo se dio por vencido y se dejó caer boca arriba en el camastro. Vista la poca disposición de su hermano para escucharle, prefirió cerrar los ojos y acallar el mal presentimiento que lo atormentaba.

Algo, en su interior, le decía que Baxagos estaba a punto de hacer

algo que Jaret no aprobaría.

Stornarja.

Ese era el centro del universo de Baxagos desde que la vio por primera vez.

No solo le gustaba como chica, también la admiraba. Era una asesina sigilosa que había castigado con dureza a Carnuntum. Había matado a niños, pero ¿acaso no mueren niños en la guerra? En la guerra y en la paz, de enfermedad, de hambre... Para mucha gente, él mismo era un niño, y él no temía a la muerte.

Y ahora había llegado el momento de dejar de ser un crío para convertirse en un hombre.

O mejor aún, en un héroe.

Jaret, Lándigo y el imbécil de Dandro le aburrían. Además, les gustaba hablar a sus espaldas o cuando él no estaba presente, como cuando los mayores comentan cosas que no quieren que escuchen los niños. En los días que pasó con ellos, nunca se sintió parte del grupo. Lo más probable era que lo consideraran un lastre. Cuán equivocados estaban. Pronto les demostraría su valía. No solo a ellos.

También a Stornarja y a su padre.

Baxagos estaba habituado a cazar piezas grandes y rápidas: ciervos, jabalíes y conejos. Sabía cómo seguirlos sin ser detectado y podía matarlos de un flechazo mientras corrían entre árboles y matorrales. Incluso había abatido aves en pleno vuelo. Para Baxagos, seguir a Jano Convector y a Marco Bassaeo Rufo fue pan comido.

Su arco, sin la cuerda, pasaba por una vara inofensiva. Las flechas, envueltas en un atadijo dentro del morral que llevaba a la espalda, estaban ocultas a la vista de los viandantes. Su caminar alegre le hacía pasar desapercibido. Algunos ciudadanos hasta le conocían, le saludaban y preguntaban por su padre. Tibês y Baxagos habían suministrado carne, pieles y cornamentas a medio Carnuntum, por lo que su presencia en la ciudad era algo habitual.

Aprovechando uno de esos saludos callejeros, Baxagos le preguntó a Tácito, un curtidor que regentaba un negocio de guarnicionería en

una trasversal del cardo máximo, por aquellos dos hombres uniformados que caminaban por delante de él.

—Conozco al de la derecha —dijo el mercader, bajando la voz, como si revelara un gran secreto—, es Jano Convector, legado de la Decimocuarta Legión. ¿Sabías que lo llaman el Puño del Emperador?

—No —respondió Baxagos, interesado—. ¿Por qué lo llaman así?

—Dicen que donde no llega Marco Aurelio, llega él; es su mano derecha. En la guerra contra los partos mató a miles de ellos.

Baxagos se tragó aquel bulo con un brillo ilusionado en los ojos. Así que el hombre al que había convertido en su presa era todo un héroe. Celebró haber dado en el clavo: había decidido seguir a aquellos dos romanos, al cruzarse con ellos, solo porque sus uniformes le parecieron propios de gente importante.

Víctimas propicias para un atentado.

El chaval improvisó una excusa y se despidió de Tácito para no perderles el rastro. El otro individuo, el del casco emplumado, también tenía pinta de ser un pez gordo. Baxagos avivó el paso y se acercó a ellos hasta que pudo escuchar con claridad lo que decían. Por suerte, su padre le había enseñado latín desde pequeño y podía entender hasta la última palabra.

Lo primero que oyó lo dejó sin aliento.

—¿Sabes que hace tres años fui gobernador de Egipto?

El tal Jano se detuvo. Baxagos disimuló, fingiendo trajinar en el hatillo donde llevaba ocultas las flechas. Por primera vez, les vio la cara de cerca. Ambos parecían tipos muy duros.

—No fastidies... ¿Tú, gobernador de Egipto?

—Sí, fue por casualidad y por poco tiempo. Creo que es por eso por lo que odio tanto el trabajo burocrático. Es una larga historia, ¿quieres oírla?

—Ahora no, por favor, mejor con una copa de vino delante.

—Pues acelera el paso. Me muero por tomarme esa copa.

La mano derecha del emperador y un gobernador de Egipto. Baxagos no tenía ni idea de dónde estaba Egipto, pero sí había conocido algunos egipcios en Carnuntum, la mayoría de ellos esclavos. Estuvo tentado de sacar la cuerda, montar el arco y abatirlos allí

mismo, en plena calle. Sería fácil, pero suicida. Había demasiada gente alrededor para escapar, y no quería acabar linchado por el populacho de Carnuntum.

No solo quería obtener el triunfo, también quería vivir para saborearlo.

Caminó detrás de ellos, atento por si se metían en alguna taberna. Ojalá bebieran hasta después de anochecer: los esperaría en las sombras y morirían sin saber quién tensó la cuerda del arco. Su padre se sentiría orgulloso. Y Stornarja... Stornarja se enamoraría de él, igual que él se había enamorado de ella.

Seguro que Jaret y sus dos lameculos se quedarían con la boca abierta. Mucho hablar, mucho planear, pero poco actuar. ¿Aprender de ellos?

—Que ellos aprendan de mí —masculló.

Siguió a sus presas hasta que llegaron a su destino. Reconoció el edificio. Allí era donde los magistrados de la ciudad celebraban las audiencias antes de que llegaran las legiones. Ahora parecía tomado por la Guardia Pretoriana. Además de los cuatro que vigilaban la puerta, distinguió a una veintena de ellos entrenando en el patio, y a otro pequeño grupo asomado a la balconada que recorría la fachada principal. Baxagos paseó por delante de la entrada y echó una mirada al interior. Lo primero que vio fue la escalinata que precedía al palacio. Al fondo, a la izquierda, distinguió una construcción baja que adivinó serían las caballerizas. Un poco más allá, divisó tres mulos atados en un abrevadero, además de varios carros estacionados junto a los muros interiores, sin bestias enganchadas, apoyados sobre sus varas desnudas.

Baxagos caminó hasta salir del ángulo de visión de los centinelas. Sus objetivos se encontraban dentro, pero los muros le superaban tres veces en altura y desde la calle le era imposible ver el edificio, a no ser por el hueco de la entrada, donde estaban los centinelas; imposible actuar con ellos vigilando.

Necesitaba encontrar un punto alto que dominara la entrada y el exterior del palacio. Recorrió la plaza con la vista. Había varios edificios altos desde donde podría vigilarlo. Los que daban a la

entrada principal estaban demasiado lejos para conseguir un disparo preciso. Caminó cerca de ellos, evaluando un posible puesto de tirador, pero acabó desechándolos.

Sin embargo, uno de los que se encontraban en el lateral del palacio estaba lo bastante cerca para poder disparar una flecha y tenía terrazas con gruesas barandillas que podrían servirle de escondite. Las ventanas del segundo piso estaban cerradas, al contrario que las del primero y la planta baja.

Baxagos se preguntó si aquella vivienda estaría vacía. Si era así, ya tenía su puesto de tirador. Solo quedaba conjurar a la buena suerte para que cualquiera de sus dos objetivos se asomara a alguna de las ventanas o balcones que daban a esa ala del palacio.

En cuanto rodeó el edificio de dos plantas, descubrió la mejor manera para trepar por él. Le sería fácil llegar a la terraza, pero, por supuesto, no lo haría a plena luz del día. Esperaría a que cayera la noche.

A Baxagos le habría gustado saber que pensaba apostarse en el mismo lugar que, meses antes, eligió para el mismo fin Tamura de los Cuarenta.

Jano no bebía tanto desde que estuvo con Nilda en El Faro del Norte.

Estaba eufórico, pero muy borracho.

Y como buen borracho, después de beber, pensó que la mejor forma de rematar la noche sería disfrutar de cálida compañía femenina.

Lidia lo oyó entrar en el despacho desde el cubículo. Se levantó del suelo, donde había estado ejercitando los brazos. Sudaba un poco, pero confió en que Jano no se percatara de ese detalle, y menos con la curda que sospechó que llevaba. Había pasado la tarde bebiendo con Marco Bassaeo Rufo, lo que a ella no le pareció mal. Por fin iba a librarse de la tensión existente entre los dos machos de la manada.

Jano la llamó a gritos.

—¡Lidia Veturia! ¡Ven a recibir a tu general!

Lidia arrugó la nariz, divertida. Menuda llevaba... Recordó que la

prostituta germana de El Faro del Norte comentó que Jano se volvía muy locuaz —demasiado— cuando bebía. Después de varios meses, esta era la primera vez que abusaba del alcohol.

—Aquí estás, mi amor —exclamó Jano, que se había plantado en la puerta del dormitorio, agarrándose al vano con ambas manos—. ¿Qué haces vestida así?

Lidia se miró y compuso un gesto inocente con los brazos. Llevaba una túnica hasta la cadera, los calzones de montar y unas sandalias cómodas. La cuerda que usaba de cinturón yacía en el suelo, desenrollada. No iba a explicar al legado que había estado practicando ejercicios de esgrima con un candelabro, haciendo flexiones, dando volteretas y ejecutando acrobacias por toda la estancia.

—Estoy cómoda con esta ropa —declaró, de forma escueta.

—¿No te gustan los vestidos que te compro? —dijo él, con cara de pena. Parecía una máscara de teatro griego—. Bueno, estás guapa hasta vestida de hombre.

—¿Te lo has pasado bien con Rufo?

—¿Sabes que fue gobernador de Egipto? —preguntó con los ojos muy abiertos, para luego ponerse a dar vueltas sobre sí mismo—. ¿Tenemos vino aquí? Mierda, es el despacho del emperador, tiene que haber vino...

—Espera. —Lidia pasó por su lado y se dirigió a una alacena próxima a la estantería en la que el emperador guardaba los rollos de pergamino, detrás de los estandartes. No tardó en dar con una pequeña ánfora sellada con un tapón de barro embetunado y dos cálices de plata—. Aquí está —dijo, y comenzó a servir dos copas sobre el escritorio.

Los ojos de Jano brillaron con ilusión etílica.

—¿Vas a beber conmigo?

—Claro. Acabas de decirme que visto como un hombre, así que me comportaré como tal.

—Hoy hemos visto a un hombre que parecía una mujer —recordó Jano.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué habéis hecho con ese hombre?

—Rufo le ha roto dos dientes... y entre él y yo le hemos arrancado

media oreja.

—Interesantes actividades.

—Escucha... fue él el que robó los planos de las alcantarillas para dárselos a un viejo sármata que trabaja con Tamura.

Lidia recibió la información con relativa sorpresa. Como ya había vaticinado Maiôsara, la presencia de los espías yacigios se iba revelando, poco a poco.

—¿Y habéis averiguado quién es?

—Todavía no. —Jano elevó su copa—. Pero ¡que tiemble!

—¡Que tiemble! —repitió Lidia, divertida.

Ambos bebieron, cruzaron una mirada cómplice y se echaron a reír.

—Sabes que te amo, ¿verdad, Lidia?

Se quedó perpleja. Se habían demostrado cariño mutuo, incluso amor, en incontables ocasiones. Pero esa era la primera vez que Jano verbalizaba un sentimiento tan profundo. La sonrisa de Lidia se congeló.

No contestó. Se limitó a mirarlo y sonreír, hasta que Jano formuló la pregunta más temida.

—¿Y tú, Lidia? ¿También me amas?

Tamura rugió en su interior como un demonio enfurecido.

Jano era un espejismo, una ilusión que ocultaba el verdadero rostro del enemigo. Era el objetivo al que abatir, el cuello que rebanar, la cabeza que clavar en una lanza. Su mente imaginó a Maiôsara señalándola con un índice acusador, riéndose de ella.

«Contemplad a la vergüenza de las espías yacigias. Tamura de los Cuarenta, a la que se le descuelga el coño en cuanto un romano le suelta unas palabras bonitas.»

Los ojos brillantes de Jano suplicaban una respuesta. A Lidia le faltaba el aire. El legado dejó la copa a un lado y echó el cuerpo hacia delante, acercándose mucho a ella, que sostenía su vino, paralizada por la guerra interior que libraba con su conciencia. La mano del general rodeó la suya.

—¿Me amas? —insistió Jano.

Y Lidia silenció a Tamura. Cumpliría su misión, pero su misión no

estaba reñida con sus sentimientos. Tomó aire para decir un «sí, yo también te amo» que no llegó a pronunciar.

Porque el rostro de Jano se contrajo en una mueca de dolor, a la vez que Lidia reconocía el sonido inconfundible de algo que penetra con fuerza en la carne.

Una flecha.

Una flecha surgida de la oscuridad.

39

—¡No te levantes!

Jano podía ver la flecha que sobresalía de su espalda por el rabillo del ojo. El proyectil había atravesado el metal de la armadura. El legado respiraba bien, por lo que el proyectil no parecía haber perforado el pulmón. A pesar de que el alcohol es un buen anestésico, aquello dolía. Intentó levantarse del suelo, pero apoyarse en el brazo izquierdo era un tormento.

—¿Quieres estarte quieto? —le regañó Lidia, empujándole hacia abajo.

—Voy a matar a esa puta —gruñó Jano, tratando de incorporarse de nuevo.

El estado de embriaguez del legado la preocupaba. Si se descuidaba, Jano acabaría poniéndose de pie para salir al balcón a proferir insultos y amenazas. Lo siguiente sería recoger su cadáver con una flecha en el corazón.

Lidia rodeó al general, se colocó en cuclillas detrás de él y lo agarró por debajo de las axilas. El legado se sorprendió al verse arrastrado por el suelo. Incluso echó la cabeza hacia atrás para cerciorarse de que era solo Lidia la que tiraba de él, y no dos hombres fuertes. La mujer lo dejó apoyado en la pared.

—Quieto aquí —ordenó Lidia—. Ni se te ocurra moverte.

Jano seguía con sus parrafadas de borracho.

—Llama a la guardia. Que maten a esa hija de puta...

Lo primero que Lidia quería comprobar era si el tirador seguía en su puesto. Estaba segura de que la flecha la habían disparado desde la misma terraza donde ella vigiló el palacio. Solo había una forma de saberlo.

Exponerse.

Se asomó al balcón, erguida, para echarse a un lado de inmediato. Sintió la flecha pasar muy cerca de su brazo para quedar clavada en el

costado del estante de los pergaminos. Si el arquero era tan bueno como suponía, tendría el siguiente disparo listo en un segundo. Otros dos para apuntar.

A Lidia le sobró tiempo para saltar al interior del despacho, rodar por el suelo a una velocidad inconcebible y entrar en el dormitorio dando dos volteretas. Una tercera flecha rebotó en el suelo, justo en el lugar donde había estado medio segundo antes. Jano, sentado contra la pared, fuera del ángulo de tiro del arquero, presenció aquel alarde de agilidad con la boca abierta.

De hecho, su borrachera pegó un bajón.

—¿Qué cojones...?

Pero lo siguiente que vio lo dejó aún más sorprendido.

Lidia atravesó el despacho corriendo a toda velocidad, rumbo al balcón. El moño se había soltado y había liberado una cabellera negra, salvaje. «La misma que cuando hacemos el amor», pensó Jano, que se quedó aún más perplejo al verla con un arco.

Un arco que disparó dos veces antes de que ella se perdiera de vista en la terraza.

Dos flechas en menos de tres segundos.

¿De dónde había sacado ese arco? ¿Y quién coño la había enseñado a tirar así?

Jano se imaginó a Lidia apostada tras la barandilla del balcón, respondiendo a los disparos. Ahora era ella quien estaba en peligro. Caminando con las rodillas y ayudándose del brazo derecho, el legado se acercó hasta la terraza. Una vez allí, se llevó otra sorpresa.

Lidia había desaparecido como por arte de magia.

Baxagos había llegado a la terraza dos horas antes.

Lo hizo igual que Tamura, trepando desde el callejón trasero, donde unas cajas y barriles abandonados permitían saltar a la cornisa del primer piso. Desde allí, se había desplazado hasta alcanzar un bajante de aguas pluviales que permitía escalar hasta el segundo piso. Lo más difícil venía después. Había que sujetarse, solo con las manos, al alféizar de una ventana, pasar a la siguiente, girar la esquina

atrapando el soporte metálico de un tendedero y luego balancearse hasta llegar a la terraza.

Una caída podría significar una pierna rota. Como mínimo.

Baxagos examinó el ala del palacio frente a él. Al principio se desilusionó al ver pocas habitaciones iluminadas, hasta que una de ella llamó su atención. Muebles caros, una mesa grande con varias sillas, estandartes, decoración lujosa...

Sin duda, aquella estancia pertenecía a alguien importante.

No tardó mucho en ver a una mujer entrar en la sala. Para su satisfacción, encendió varias lámparas de aceite. Bien, cuanta más luz, mejor para él. La vio abrir una puerta que había al fondo, la más alejada del balcón. La mujer prendió más luces en la segunda estancia, para luego cerrar la puerta y desaparecer de la vista. Aquella podría ser la esposa del héroe. ¿Cómo había dicho Tácito que lo llamaban? La Espada del Emperador, o algo así... Si estaba en lo cierto, tarde o temprano aparecería.

Después de un rato de espera, un hombre entró en la sala donde estaban la mesa y los estandartes. Baxagos entrecerró los ojos para distinguir mejor la silueta. Corpulento, alto... Por la forma en la que caminaba, era evidente que había cumplido su propósito de beber con el que decía ser gobernador de Egipto. Lo vio tambalearse hasta la puerta de la habitación donde estaba la mujer. La abrió y se quedó plantado allí, en mitad del hueco.

Baxagos tensó el arco, pero enseguida lo bajó. Si aquel tipo vestía aún la coraza que llevaba por la mañana, la flecha podría no penetrarla. Estaba algo lejos. Para asegurar un tiro certero y letal, tenía que esperar a que se acercara al balcón o que se sentara junto al escritorio.

Y eso fue lo que hizo poco después, sentarse junto a la mesa.

Baxagos volvió a tensar el arco.

Disparó y soltó una maldición entre dientes.

Supo que el tiro no había sido perfecto en cuanto liberó la cuerda. Aquel cabrón se había movido en el último momento.

Baxagos recogió otra flecha del puñado que tenía junto a él, apuntó de nuevo y escupió una segunda maldición. Tanto el hombre

como la mujer habían desaparecido de su campo de visión. Inspiró con fuerza y tensó el arco de nuevo, dispuesto a disparar al primero que se asomara, le daba igual quien fuera.

Momentos después, una silueta femenina se recortó en la terraza. Lo hizo con descaro, en toda su envergadura, como si le invitara a disparar.

Baxagos aceptó el reto y soltó la cuerda. La rapidez con la que aquella desconocida esquivó la flecha fue sorprendente. Baxagos recogió otra flecha, la cargó y apuntó de nuevo.

Pero aquella maldita mujer se alejaba del balcón rodando por el suelo y ejecutando cabriolas impensables. Los nervios se adueñaron del adolescente. Su tercera flecha volvió a errar el blanco.

Su sorpresa fue mayúscula cuando la vio surgir de la habitación del fondo disparando flechas con una cadencia endiablada. La primera no lo mató porque se clavó en uno de los postes de la barandilla tras la que se escondía. La otra quedó en una contraventana de la casa, a un palmo de su cabeza.

Pero lo que más sorprendió a Baxagos fue que la mujer saltó por encima de la barandilla, arrojándose al patio desde una altura considerable. El chico se asomó, con el arco tenso.

«Seguro que se ha estampado contra el suelo», pensó, sin dejar de apuntar. El palacio seguía en silencio, aún no habían dado la alarma. Elevó el arco hacia la habitación del legado, donde creyó captar movimiento. Pero una presencia en su visión periférica le hizo apartar la atención del objetivo principal.

Asombrado, vio cómo la mujer reaparecía sobre las tejas que remataban el muro exterior del palacio. En un segundo, estaba en cuclillas sobre este, con el arco a medio tensar.

Baxagos apuntó, pero ella fue más rápida.

Las flechas se cruzaron en el aire. La del chico se perdió en el patio; la de Lidia impactó contra el techado de la terraza donde Baxagos, con una rodilla en el suelo, apretaba los dientes.

—Mierda —masculló, recogiendo otra flecha del menguado manojo que tenía al lado. Cargó el arco y se incorporó.

Pero la mujer ya no estaba sobre el muro. La buscó por todas

partes y no la encontró.

Como si se la hubiera tragado la tierra.

Los nervios de Baxagos se desbocaron para dar paso a otra sensación más asfixiante. Pánico.

Se encajó el arco en el torso y recogió el atadillo con las tres flechas que le quedaban. Rodeó la terraza que le había servido de puesto de observación y saltó hasta el soporte del tendedero. Para su desgracia, las flechas golpearon la pared y las vio desaparecer en la oscuridad del callejón. Tomó aire colgado del soporte y colocó el pie en un saliente de la esquina.

Tanteó la pared con los dedos hasta encontrar una ranura donde meterlos. Estuvo a punto de compartir el mismo destino que las flechas al doblar la esquina, pero logró sujetarse con la última falange de los dedos. Respiró hondo tres veces y se agarró al alféizar de la ventana más próxima. El camino hasta el bajante le pareció un juego de niños. Se aferró a él con las manos, aflojó un poco la presión y se deslizó hasta el suelo.

Justo cuando aterrizó, oyó una voz procedente de las alturas.

—Sorpresa.

Una sombra cayó sobre Baxagos, aplastándolo de espaldas contra el suelo. Antes de que le diera tiempo a asustarse, dos puñetazos lo dejaron fuera de combate. El primero le reventó la nariz respingona; el segundo casi le desencaja la mandíbula. El joven sintió que estaba a punto de perder el conocimiento. Entre una neblina roja, vio el puño de la sombra alzado. Estaba presto para rematarlo, pero no se decidía a bajar.

—¿Eres un puto niño? —silabeó la voz en sármata.

Baxagos quiso decir que sí, pedir perdón, jurar que no lo volvería a hacer... Que era un niño... un niño...

El puño bajó, y la poca luz que había en el callejón se extinguió para él.

La Guardia Pretoriana supo del ataque al palacio cuando pararon en la puerta a Lidia cargando con el cuerpo inerte de un chiquillo. Tardaron

unos instantes en reconocerla, ya que llevaba el cabello suelto y despeinado, e iba vestida con calzones y túnica corta. Algo muy diferente al aspecto que lucía a diario.

—Mandad a un físico al despacho del general. —Su voz sonó a orden más que a petición—. Tiene una flecha clavada en la espalda. No parece grave, pero daos prisa.

El palacio se puso en pie. El pretoriano que lideraba el retén de noche preguntó a Lidia por el muchacho inconsciente. Esta se lo entregó, y dos de ellos lo cogieron en volandas.

—Atadlo fuerte —advirtió—. Es más peligroso de lo que aparenta.

—¿Y lo has capturado tú, *domina*? —preguntó uno de los guardias, con expresión de asombro.

Lidia iba a contar que lo había encontrado inconsciente en el callejón, pero aquella mentira no se la creería nadie. Los centinelas no la habían visto salir por la puerta, llevaba los pantalones manchados de tierra y hierba del patio, un arco en la mano y un carcaj con flechas. Eso, sin contar la sangre que teñía de rojo sus nudillos.

Decidió dejar la cuestión del guardia en el aire.

—¿Dónde vais a llevarlo? —quiso saber Lidia—. El general querrá interrogarlo.

—Lo encerraremos en los calabozos del sótano —dijo el jefe del retén, mirándola como si tuviera la peste.

Lidia asintió y subió la escalinata que precedía al palacio.

Notó muchos pares de ojos fijos en su espalda.

Sabía que tendría que dar muchas explicaciones.

Sobre todo, a Jano.

Lidia aguardaba noticias sentada en el suelo del pasillo, con la espalda apoyada contra la pared. De vez en cuando, algún pretoriano entraba o salía del despacho. Todos la observaban con cara de circunstancias. El arco y el carcaj que reposaban junto a ella corroboraban el rumor que se extendía por el palacio: la augur del general había capturado al crío que había atentado contra él.

La puerta del despacho de Jano se abrió para dar paso al médico

que había atendido al legado, a sus dos ayudantes, a Kostas y a Marco Bassaeo Rufo. Este tenía aspecto de seguir borracho. Lidia se levantó. Rufo la miró; primero a ella, luego al arco y el carcaj.

—No sé qué será lo próximo... —masculló.

Después de esas enigmáticas palabras, se alejó por el pasillo. Lidia le preguntó al físico por Jano. Este le facilitó un somero informe.

—Por suerte, la coraza ha impedido que la flecha penetre más de tres dedos en el cuerpo. No ha tocado el pulmón, ni ha afectado ningún nervio. Puede mover el brazo, pero le duele. Ahora necesita reposo.

Dicho esto, el médico se fue por el mismo camino que había tomado Rufo. Kostas se dirigió a Lidia.

—El general quiere verte, *domina*. Está despierto, pero ya has oído al físico: tiene que descansar.

Ella asintió, recogió el arco y el carcaj y entró en el despacho. Cerró la puerta a su espalda y se dirigió al cubículo. Se quedó en la puerta, contemplando al legado tumbado boca arriba en la cama. Una venda le cubría la parte superior del torso e inmovilizaba el brazo izquierdo. Él giró la cabeza hacia ella, y ella le sonrió.

Él no le devolvió la sonrisa.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Lidia entró y se plantó junto a la cama. Se sintió incómoda. Después de esas tres palabras, nunca venía nada bueno. Temía tanto que retomara la pregunta que le formuló justo antes del flechazo como que le pidiera explicaciones por su actuación después del mismo.

La conversación discurrió por el segundo camino.

—Aún no sé cómo asimilar lo que he visto —comenzó a decir Jano —. Lo normal es que una mujer se asuste y grite cuando su hombre recibe un flechazo.

—Subestimas a las mujeres. Somos más fuertes de lo que creéis.

—Lo normal es que una mujer se asuste y grite cuando su hombre recibe un flechazo —repitió Jano, literal, con un tono irritado—. A no ser que esa mujer esté tan acostumbrada a ver heridas de guerra como un legionario con quince años de servicio.

Lidia estuvo a punto de recordarle el asalto de los bárbaros en el

que perdió a su marido y a su hija y que casi le cuesta la vida... pero decidió que sostener esas mentiras empeoraría aún más las cosas. Sintió vergüenza de sí misma.

—Me has arrastrado por el suelo con una facilidad pasmosa, y yo duplico tu peso —prosiguió Jano, rememorando los hechos—. Luego te he visto hacer unas piruetas increíbles, y has salido corriendo de este cubículo con ese arco, disparando como el campeón de los escitas. —Se quedó mirando el arma que Lidia sostenía y tendió su mano derecha hacia ella—. ¿Me permites?

Lidia le pasó el arco. Jano lo estudió, acariciándolo con la punta de los dedos. Era un arco compuesto de magnífica factura. Los había visto antes, en los campos de batalla. Muchas tribus bárbaras lo usaban, y también los auxiliares *sagitarii*, pero puede que ese fuera el mejor que hubiera visto jamás. Se lo devolvió.

—Me asomé al balcón, estaba preocupado por ti —continuó Jano —. Pero cuál fue mi sorpresa al ver que habías saltado al patio. Mírate, no veo ningún hueso roto, ni siquiera cojeas al andar. Me asomé, pensando que te encontraría herida, y vi cómo te encaramabas de un brinco a unas cajas apiladas junto al muro, trepabas por él con la agilidad de un lince, disparabas con una velocidad que nunca he visto en el campo de batalla... y luego te perdí de vista.

La mirada de Lidia se hundió en la alfombra sobre la que reposaba la cama que compartía con Jano. La voz de este aún conservaba un matiz alcohólico, pero sus pensamientos estaban ordenados y eran lúcidos.

—Y por último, me dicen que has capturado al tirador. ¿Cómo ha sido?

Lidia le mostró los nudillos, aún manchados de sangre seca. No hizo falta que hablara, Jano entendió.

—Un crío —dijo el legado—. ¿Un crío me ha disparado?

—Un crío, una cría, una mujer, un hombre, ¿qué más da? Cualquiera con fuerza para tensar un arco es capaz de robar una vida.

—Cualquiera no es tan certero —sentenció Jano—. Luego lo interrogaré. Pero antes quiero que veas algo.

Jano extendió el brazo derecho y buscó algo que había en el suelo.

Con un gruñido de dolor, se reincorporó en la cama y le tendió a Lidia lo que acababa de recoger.

—Míralas bien.

Ella cogió las flechas y vio las marcas rojas en los astiles. Una de ellas estaba cortada: la que había herido a Jano.

—¿Reconoces la firma? —Lidia no respondió—. Es la de Tamura.

—Jano, he cazado al chico, he cruzado flechas con él. No es Tamura.

El legado soltó una risa amarga.

—Por supuesto que no. Ese niño es un señuelo para ocultar su rastro. Primero dispara, y luego deja que ese pobre desgraciado cargue con la culpa mientras ella desaparece en la noche, para poder matar otro día...

Lidia comenzó a ponerse nerviosa. La obcecación de Jano rayaba en lo obsesivo.

—Jano, lo que dices no se sostiene por ningún lado...

—¿Acaso no la ves capaz de hacer algo así? Por Júpiter, es alguien al que no le importa destripar bebés...

Lidia ya había oído demasiado. Tiró las flechas de Baxagos al suelo, sacó las suyas del carcaj y se las mostró a Jano. Este las miró, extrañado.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Quiero que las mires bien. Fíjate en las marcas.

Jano las cogió y las examinó. Aparte de ser mucho mejores que las de Baxagos, todas tenían tres marcas rojas en el astil.

—¿Estas flechas las llevaba el chico?

Ella negó con la cabeza.

—No, Jano. Estas flechas son mías.

El general clavó los ojos en Lidia. Creyó entenderlo todo, pero se resistió a aceptarlo. Tampoco tuvo ocasión para negar lo evidente, porque Lidia volvió a hablar.

—Soy Tamura, Jano. Tamura de los Cuarenta.

40

El silencio que se instaló entre Tamura y Jano fue un clamor de reproches.

El corazón del legado se tambaleó entre la risa y el llanto. Durante un parpadeo pensó que podría tratarse de una broma. Deseó que se tratara de una broma, una de mal gusto, impropia de Lidia. Pero ver el rostro de la mujer que tenía enfrente (no era Lidia, de eso estaba seguro) era como contemplar el rostro helado de la muerte. Una muerte hermosa, tan hermosa como cierta.

Los ojos de Tamura se endurecieron, pero no lo suficiente para contener las lágrimas de Lidia. Jano y ella permanecieron callados demasiado tiempo para que aquel silencio no significara nada. El amor que habían sentido —que sentían— los contemplaba desde fuera, como un espectador que aguarda la siguiente escena de la función sin saber qué sucederá después.

Jano elevó la mirada al techo. Para su asombro, ni siquiera sentía ira; si acaso una mezcla de vergüenza, tristeza y decepción a partes iguales. Tamura había sido su némesis desde que apareció el primer altar impío con el hijo del batanero abierto en canal. La había odiado en lo más profundo de su ser. Y ahora, de repente, Jano se había convertido en el protagonista de un chiste amargo: la mujer que más detestaba era la misma de la que se había enamorado.

Los sentimientos de Tamura eran distintos. El principal era de derrota. Una derrota como nunca había sufrido. Una derrota a manos de Lidia.

Como Lidia, sentía tristeza por su amado y una profunda vergüenza de sí misma. También vacío. Ya no era ni una ni otra, sino una mezcla de las dos que anulaba a ambas. Lo que había hecho no tenía justificación, era algo despreciable.

Contempló a Jano, guardando un silencio triste y culpable. Viéndole tumbado en aquel lecho, herido por dentro y por fuera, con

la vista extraviada en el artesonado, nadie diría que era el Puño del Emperador. Más bien parecía un chiquillo indefenso, cansado de luchar antes de la batalla. Una eternidad después, el general quebró el puente de cristal que se tendía entre los dos.

—He de reconocer que eres la asesina perfecta —dijo Jano, sin apartar la mirada del techo—, matas como nadie, cuerpo y alma. —Volvió los ojos hacia Tamura, que seguía plantada al lado de la cama, impasible, con el arco apoyado entre el suelo y la cadera—. Bien, Fantasma Sármata, aquí me tienes. Te lo has ganado y yo también.

—No estoy aquí para matarte, Jano.

—No desperdicies esta oportunidad, tienes al legado de una legión a tu merced —le recordó—. ¿Has matado alguna vez a un general romano, o aún tienes esa tarea en tu lista de pendientes?

—Si me dejas hablar, Jano, te lo explicaré todo.

—¿Para qué? ¿Acaso crees que voy a creer lo que me cuentes? Eres una mentirosa, Lidia, o Tamura, o como te llames.

Ella encajó el golpe con la entereza del que se lo merece.

—No todo es mentira, Jano, pero no puedo obligarte a que me creas. Ni siquiera puedo obligarte a que me escuches.

Jano no dijo nada. Sus ojos volvieron a perderse en el techo.

—Soy portadora de un mensaje de paz de Banadaspo, rey de los yacigios, para Marco Aurelio —comenzó a decir Tamura—. Para cumplir esta misión, tenía que ganarme la confianza de alguien cercano al emperador, alguien que me pudiera llevar hasta él.

Jano soltó una risa tan amarga como la cáscara de una naranja.

—Tenías que elegir un idiota, y yo fui el elegido. Eres muy hábil, felicidades.

—No fui hábil, hice algo mal. —Tamura tardó un segundo en terminar la frase, pero lo hizo porque se lo debía a Jano—. Enamorarme de ti.

Al legado le sorprendió la afirmación, pero se obligó a mostrarse escéptico. Mentiras es lo que encuentras cuando andas con mentirosos.

—No sé si sabes que Marco Aurelio odia a tu pueblo por encima de las demás tribus bárbaras —escupió Jano—. Eres una ingenua si piensas que aceptará una oferta de ese rey tuyo.

—Mi misión es transmitirle el mensaje, no que lo acepte. Por eso necesito a alguien que me allane el camino para entrevistarme con él.

—Y quién mejor que el Puño del Emperador, ¿verdad?

—Al principio solo pensaba en eso —reconoció Tamura—, pero luego todo cambió.

—En serio, Tamura, no quiero oír más mentiras sobre nosotros.

—No son mentiras, pero si quieres, no volveré a mencionar nada que nos ataña.

—¿Y qué me dices de los asesinatos?

—Lo creas o no, no tengo nada que ver con ellos. Jano, piénsalo: no me he separado de ti en ningún momento. Cada vez que esa asesina atacaba, yo estaba contigo.

El general no se dio por vencido.

—Es fácil enviar a alguien a que mate por ti.

Tamura puso los ojos en blanco.

—Maldita sea, qué testarudo eres. Trataré de explicártelo desde el principio: los yacigios tenemos dos reyes. Uno es Banadaspo, que desea la paz; el otro es Zántico, que quiere la guerra contra Roma. Como te he dicho, trabajo para Banadaspo, y estoy casi segura de que la asesina de niños es una enviada de Zántico.

—¿Y por qué firma sus crímenes con tu marca?

—Esa marca no es mía, es un símbolo religioso sármata, la espada en la tierra. Es cierto que yo la he dejado, a veces, para que el enemigo sepa que hemos sido los sármatas los que hemos hecho tal o cual acción. Después del ataque a la Quinta, me la atribuyeron siempre. Zántico sabe que los romanos relacionan ese símbolo conmigo, y habrá instruido a su agente a dejar pruebas que me incriminen, como las líneas en las flechas. Ya conoces las historias del Fantasma Sármata...

Jano soltó una risa sardónica.

—¿Por qué tengo que creerme los cuentos de alguien capaz de degollar a cuarenta legionarios mientras duermen?

Aquello ya fue demasiado para Tamura.

—¿Y yo? ¿Por qué tengo que dar tantas explicaciones a alguien capaz de asesinar a un montón de compatriotas inocentes por una

rabieta de su emperador? —La sármata pensó que, en otras circunstancias, ya habría matado a Jano; o puede que Jano la hubiera matado a ella—. A alguien que arroja por la ventana a un subordinado, saben los dioses por qué, y le causa la muerte.

Jano se incorporó sobre el codo derecho y miró a Tamura con cara de asombro.

—¿Cómo... cómo sabes eso?

—¿Qué más da cómo lo sé? El caso es que lo sé. ¿Sabes por qué ataqué a la Quinta Legión, general Convector? —Este guardó silencio, abrumado; no recordaba haberle contado a Lidia el vergonzoso episodio de Altinum—. Porque esos bastardos atacaron la cabaña de dos hermanas sármatas que vivían tranquilas en el bosque, con tres críos. Violaron y asesinaron a la más mayor y a su hija, que no tendría ni doce años. Nunca sabremos lo que hicieron con los más pequeños, porque la hermana más joven, que había perdido a su marido combatiendo contra vosotros, encontró a sus hijos carbonizados en el hogar.

Jano no tuvo valor para decir nada. Ella siguió hablando.

—Cuando me enteré de aquello, no lo dudé. Localicé el campamento de la Quinta Legión y les di el escarmiento que se merecían. Sí, me vengué, pero ¡estábamos en guerra, Jano! Yo, al menos, no mato inocentes, y menos aún niños.

El general levantó las piernas, giró el torso y quedó sentado en el borde del lecho. Hundió la cabeza entre las rodillas unos segundos y luego se enfrentó a Tamura.

—Muy bien, los dos hemos cometido actos horribles. ¿Qué se supone que tengo que hacer contigo ahora? Podría llamar a la guardia para que te detuviera.

—Es una opción —reconoció Tamura—, pero me vería obligada a defenderme y te aseguro que muchos de tus hombres morirían. En estos momentos no soy una enemiga de Roma, Jano, sino una aliada. Sé inteligente y utilízame.

El legado trató de ordenar sus ideas. Demasiadas para una noche de borrachera que había acabado con la espalda atravesada por una flecha y por la transformación de su amada en su peor enemiga.

—Hay algo que no he entendido del todo —reconoció Jano—, ¿por qué la asesina quiere culparte de sus crímenes?

—Creo que el objetivo final de Zántico es forzar una campaña militar contra los yacigios de Banadaspo. Ya lo intentó antes, atacando a sus propios compatriotas y haciéndoles creer que era obra de los romanos. Me apostaría cualquier cosa a que, tarde o temprano, alguno de los espías de Zántico facilitará a Roma la ubicación de nuestro bastión, y a los leales a mi rey no les quedará más opción que unirse a su ejército o ser aplastados.

—Menuda forma retorcida de pensar... ¿Y es necesario matar niños para eso?

—Eso deberías preguntárselo a Zántico, pero creo que la intención de esos asesinatos es sembrar el terror en Carnuntum hasta llevarlo al límite. Luego, alguien señalará como responsable de esos crímenes a Banadaspo. Une a eso el odio que nos profesa Marco Aurelio y Zántico tendrá lo que busca: una guerra abierta con Roma.

Jano no estuvo demasiado seguro de haberlo entendido todo, pero le dio igual. No podía dejar de pensar en que tenía delante al objeto de su odio. Qué cojones, se había acostado con ella muchísimas veces. Ahora entendía las cicatrices, el cuerpo musculado, la maestría cabalgando... Recordó la historia del ataque de los bárbaros y cómo perdió a su esposo y a su hija. Otra puta mentira. Decidió centrarse en el problema más importante, ya habría tiempo de ajustar cuentas personales.

—Entonces, dime —la instó Jano—, ¿qué crees que deberíamos hacer?

—Zántico tiene espías en Carnuntum, espías que dan apoyo a la asesina. Si me permites operar a mi estilo podría neutralizarlos y acabar con esta amenaza antes de que cueste más vidas. Parece que su objetivo ha cambiado, ya no va a por niños. Esta vez, han ido a por ti.

—Quiero interrogar a ese crío hijo de puta.

—Me gustaría oír lo que dice —dijo Tamura.

—Si bajas conmigo ahí abajo, igual te encierro con ese mocoso.

—Como ya te dije, tienes dos opciones: la primera, tratar de detenerme. Esa opción no beneficiaría a nadie. La segunda, trabajar

juntos. Formamos un buen equipo. Si unimos fuerzas acabaremos con los espías de Zántico y Carnuntum podrá dormir en paz. Y cuando esto acabe, si me lo permites, me gustaría comunicar el mensaje de Banadaspo a Marco Aurelio, aunque me tengas que llevar ante él encadenada y dentro de una jaula.

Jano reflexionó sobre las palabras de Tamura y se dio cuenta de que la sármata tenía razón. A pesar de que seguía viéndola como una amenaza, bajo la identidad de Lidia había tenido infinidad de ocasiones de cortarle el cuello. Sin embargo, no solo no lo había hecho, sino que le había ayudado en la investigación de los asesinatos. A pesar de sus reservas, Jano decidió darle un voto de confianza a aquella nueva versión de Lidia. En lo personal le había hecho pedazos, pero quizá trabajar con ella fuera lo más inteligente y beneficioso para todas las partes.

—Y pensar que llegué a enamorarme de ti... —soltó Jano, reconcomido por el rencor—. Bueno, de ti no. De esa invención tuya llamada Lidia. Has jugado conmigo todo este tiempo —le reprochó, con amargura.

—No es verdad. Lidia también se enamoró de ti, Jano.

Quiso añadir que seguía enamorada de él, pero pensó que no era un buen momento para decirlo. Tal vez nunca lo sería.

—Eres un monstruo —dijo Jano.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Tú también. No lo olvides.

Jano se levantó y comenzó a caminar por la habitación.

—¿Dónde está el perro? —preguntó, para sorpresa de Tamura.

—Lleva desde esta tarde en las caballerizas —contestó—. Lo dejé allí para que no nos molestara. Esta noche me apetecía estar a solas contigo —confesó.

Jano se señaló el vendaje del torso.

—Pues fíjate cómo ha acabado la noche. Te preguntaba lo del perro porque necesito un poco de cariño... sincero.

Ella hizo como si no le hubiera dolido la puya.

—¿Quieres que lo traiga?

—Lo recogeré de camino al calabozo. Quiero interrogar al niño.

—Es de madrugada, y el médico te ha ordenado descansar.

—No podré pegar ojo si no lo hago.

—¿Me permites ir contigo? No intervendré, ni abriré la boca. Solo quiero oír, por si revela alguna información que nos pueda conducir a los espías.

—De acuerdo, pero no te garantizo que no ordene a mis guardias que te apresen. Ahora mismo, estoy superado por todo esto. Me parece un mal sueño.

—Correré el riesgo.

Baxagos se despertó media hora después de que lo encarcelaran.

Se dio cuenta de que estaba confinado en una celda, con grilletes en las muñecas y los pies. La cadena que le unía a la pared era tan corta que le costaba hasta tumbarse en el suelo. Era un calabozo pequeño, improvisado dentro de un sótano. Solo eran cuatro paredes, un montón de paja en el suelo, un bacín para hacer las necesidades y una jarra de agua con el borde mellado. Una puerta cerrada con dos aberturas, una baja para pasar un plato de comida y otra a la altura de los ojos para vigilar al prisionero, lo separaba de la libertad. Trató de liberarse, pero era imposible. Cansado, volvió a sentarse con la espalda contra el muro.

Estaba a punto de dormirse de nuevo cuando oyó voces fuera de la celda. Trató de acercarse hasta la puerta para echar una ojeada por el ventanuco, pero las cadenas se lo impidieron. No tuvo que aguzar el oído mucho tiempo, la puerta se abrió enseguida, revelando una silueta familiar.

Baxagos reconoció a Jano Convector en cuanto lo vio. Iba envuelto en una capa escarlata, dejando al descubierto parte del vendaje que le envolvía el torso. El general lo miró unos segundos. A Jano hasta le dio pena ver su rostro hinchado. Tamura tenía una buena pegada.

—Tu nombre —ordenó el general.

Baxagos le mantuvo la mirada, desafiante. Jano dio dos cabeceos de asentimiento y desapareció del vano de la puerta. El chico oyó unos resoplidos y unos gruñidos que se acercaban. También distinguió el

sonido de patas almohadilladas sobre el suelo de piedra.

Lo siguiente que vio fue una descomunal cabeza peluda negra.

El general sujetaba un perro enorme por la correa. El can tiraba, como si quisiera lanzarse contra Baxagos. El chaval se pegó contra la pared y el animal comenzó a ladrar. Unos ladridos roncos y sonoros, que en aquel sótano abovedado resonaron como si el mismísimo cancerbero se hubiera pillado el rabo con las puertas del Hades.

Baxagos contempló aterrado aquellos dientes. Eran grandes, blancos y amenazadores. Recordó una vez que le mordió un zorro de pequeño. Había caído en una trampa de su padre y él quiso rematarlo. El animal se defendió y le propinó una dentellada en el brazo. La herida se le infectó y el dolor le duró semanas. Una flecha, una espada... esas heridas eran limpias, no el mordisco de una bestia. Si el general la soltaba, aquella fiera le comería las piernas, los brazos o lo que fuera sin que él pudiera defenderse. Y si le mordía los genitales jamás podría saber lo que era estar con una mujer, que era lo que más deseaba en esta vida. Si con la mano daba gusto, hacerlo de verdad debería ser lo mejor del mundo.

Se acordó de Stornarja. De la curva de sus caderas, de sus pechos pequeños y redondos. Tenía que salir entero de allí. Si le mataban, mala suerte. Pero se negaba a perder sus atributos antes de estrenarlos. Su instinto de supervivencia fue el que gritó.

—¡Baxagos, me llamo Baxagos!

Jano sacó al perro y se lo entregó a Tamura, que estaba fuera de la vista del preso. Ella acarició a Uteljarab hasta convertir los ladridos en un jadeo alegre. Le entraron ganas de echarse a reír: si a Jano se le hubiera escapado el perro, seguro que habría llenado al crío de lametones.

—Bien, Baxagos, hablemos —dijo Jano—. ¿Quién te mandó matarme?

—Nadie, he actuado solo —se jactó—. Sé quién eres: la Espada del Emperador.

—Bueno, casi... ¿A quién sirves?

El chico pareció pensarlo.

—A Banadaspo, rey de los yacigios —contestó, al fin.

Jano giró la cabeza hacia la izquierda e intercambió una mirada con Tamura. Esta negó con la cabeza.

—Pues tienes cara de idiota —lo provocó Jano—, y tengo entendido que los idiotas siguen a Zántico.

—Sigo a Banadaspo —insistió Baxagos, irritado.

—Mira, sé listo —le recomendó Jano—. Dame el nombre de los que trabajan contigo y dime dónde encontrarlos. No les diremos que has sido tú quien los ha delatado. —Se señaló la herida del hombro—. Si colaboras, consideraré esto una chiquillada.

Baxagos fingió reflexionarlo. Al cabo de un rato, habló entre dientes.

—Solo conozco el nombre de la asesina...

—Adelante.

—Tamura. Es la mano derecha de Banadaspo...

Jano se dijo que ya estaba bien de mentiras por esa noche.

—Métete tus embustes por el culo. ¡Guardia!

El pretoriano encargado de vigilar la celda se cuadró ante el legado.

—Sí, *domine*.

—Me voy a dormir. Si de aquí a mañana no ha hablado, mete a Uteljarab en la celda con él y que sea lo que los dioses quieran.

Los ojos del chico se abrieron como si desearan escapar de sus órbitas. Ahora sí que no le cabía duda de que aquel perro negro y monstruoso estaba adiestrado para atacar a las zonas más blandas y dolorosas del cuerpo.

—¡Espera, espera! —gritó—. ¡Se alojan en El Faro del Norte!

Jano volvió la cabeza hacia el chico. Vio que temblaba, con las manos encadenadas abiertas, como si pidiera clemencia.

—Se llaman Jaret, Lándigo y Dandro. Pero ¡prométeme que ese perro no me comerá la polla!

El legado lo miró, confundido, pero aceptó la confesión y el trato. Se acercó a una mesa, recogió un papiro y mojó un cálamo en tinta. Le hizo repetir a Baxagos los tres nombres, los apuntó y abandonó el sótano acompañado de Tamura y el perro. Una vez en el patio, ella se dirigió a Jano.

—No podemos ir a por ellos por las bravas —advirtió, soltando a Uteljarab para que correteara un rato por los exteriores del palacio—. Tenemos que ser inteligentes. Ellos no saben que estoy en Carnuntum, ni conocen mi aspecto. Si movemos bien nuestras fichas podremos desarticular su red antes de que regrese Marco Aurelio. En cuanto el emperador llegue a la ciudad se convertirá en un objetivo, y no sabemos cuántos espías más tiene Zántico en Carnuntum.

Jano se mordió el labio, no había pensado en eso. Mientras le daba vueltas a cómo afrontarían el problema, Tamura lo sorprendió con una petición.

—Necesito un permiso escrito para portar armas y poder entrar y salir del palacio y de Carnuntum a voluntad.

—Espera —la cortó Jano—. Aún no he decidido si vamos a trabajar juntos.

—El tiempo corre, Jano, decídete pronto. Es tu gente la que muere, no la mía.

El legado asintió y perdió la vista en los bajos del palacio, como si pudiera traspasar los muros y llegar hasta la celda de Baxagos.

—¿Por qué habrá pensado ese crío que el perro iba a comerse su polla?

—Ni idea —mintió Tamura.

—Me voy a descansar —anunció Jano—. Solo —añadió—. Aunque no creo que pegue ojo, tengo que pensar en cómo voy a llevar esto.

—No te preocupes por mí. Estaré bien.

—Me llevo al perro. ¡Uteljarab!

El animal llegó hasta Jano, lo olisqueó y se fue con él. Juntos ascendieron los peldaños de la escalinata del palacio, y luego los que llevaban al segundo piso. El legado echó el cerrojo de su cubículo y se tumbó boca arriba, de cara al techo. El can se echó a su lado.

Jano Convector hizo algo que no hacía desde niño: llorar.

Tamura ya lo había asesinado.

41

La noche de Jano fue eterna.

En la oscuridad, recreó una y otra vez su conversación con aquella desconocida que había devorado a la mujer que amaba. Se sintió utilizado, ridículo, un pelele en manos de una letal titiritera. Estaba tan enfadado consigo mismo que apenas sentía rencor por Lidia, o por Tamura, o por como demonios se llamara.

Sin embargo, ella había respondido dos veces la última pregunta que le hizo la noche anterior, antes de que una flecha furtiva les robara el momento mágico. ¿Era verdad que lo amaba?

Espantó sus pensamientos optimistas. Ella era una espía yacigia, una enemiga, una mentirosa.

Pero también la mujer que lo había cambiado. Que le había devuelto una risa que creía olvidada, que lo había hecho hablar en vez de gruñir, que le arrancaba sonrisas e iluminaba su vida con otra ilusión, aparte de la de liderar una legión en la batalla.

El legado se levantó del lecho como si estuviera infestado de pulgas. La herida del hombro dolía, pero era soportable. Las había recibido peores durante la guerra contra los partos. Movió la mano izquierda lo poco que le dejó el vendaje. Decidió ir a ver al físico para que se lo cambiara por otro que le permitiera vestirse y mover el brazo. Si tenía cuidado, no se le soltaría ninguna costura.

Echó un vistazo a su armadura, que reposaba sobre una silla cercana. La flecha no solo había atravesado la pieza metálica que protegía el hombro por encima de la loriga; esta también lucía un agujero, rodeado de una mancha de sangre seca. Si no la hubiera llevado puesta, la saeta le habría atravesado el pulmón. Jano mojó un trapo en el bacín de agua y limpió la mancha de sangre. El orificio, en cambio, no tenía arreglo.

El legado oyó martillazos. Se asomó al exterior y vio a varios guardias pretorianos cegando con tablas la terraza que Baxagos usó

como puesto de tirador. Más tarde, se enteraría de que Marco Bassaeo Rufo había ordenado forzar la puerta del piso abandonado y eliminar cualquier punto apto para perpetrar un atentado, además de despejar el callejón trasero de cajas y barriles que facilitaran la escalada.

Después de discutir con el médico para que le cambiara el vendaje por otro que le permitiera vestir la loriga completa, Jano regresó a sus aposentos y se colocó hasta la última pieza de armadura. El debate con el físico fue al más puro estilo de Jano antes de conocer a Lidia: lo mandó callar y le obligó a cambiar el vendaje con un bufido. El general se miró en el espejo. A excepción del casco emplumado, que estaba sobre el escritorio, parecía listo para ir a la batalla. El espaldarcete le molestaba un poco, pero era soportable, y la capa escarlata tapaba el agujero de la flecha. Jano salió al pasillo y llamó a uno de los pretorianos de guardia.

—Busca a la augur y dile que la espero en mi despacho.

El pretoriano obedeció a paso ligero. Aquel no parecía el Jano Convector de los últimos tiempos, sino el que era capaz de congelar el fuego de una forja con la mirada. Un par de minutos después, llamaron a la puerta. El legado respiró hondo. Había tomado una decisión, y no era una fácil para él.

—Adelante.

Tamura entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Tenía briznas de paja pegadas en el pelo y la ropa, la misma de la noche anterior. Era evidente que había dormido en los establos. Uteljarab la recibió con unos lametones, y ella le acarició la cabeza de forma mecánica hasta que el perro se tumbó junto a uno de los triclinios.

El silencio reinó entre Jano y Tamura un breve lapso. El general la contempló en silencio, con los brazos cruzados sobre la coraza *musculata*. Ella se dio cuenta de que parecía distinto. Incluso diferente al Jano de la noche anterior, saliente de borrachera y herido en cuerpo y alma.

Ahora sí que tenía frente a ella al Puño del Emperador.

Tamura trató de romper el hielo.

—Te veo bien. ¿Te duele?

Jano obvió la pregunta, como si su estado de salud no fuera de su

incumbencia.

—He tomado una decisión —anunció el general—. No es la que más me gusta, pero es la más beneficiosa para todos.

El legado se acercó a su escritorio, recogió un papiro escrito de su puño y letra y se lo entregó a Tamura. Esta lo leyó en silencio. Se trataba de un salvoconducto que le permitía salir y entrar de Carnuntum a voluntad, con independencia de la hora, además de autorizarla a portar armas para defensa personal y caza.

Estaba a nombre de Lidia Veturia. La dulce máscara romana de Tamura se resistía a morir. Jano volvió a hablar.

—No quiero nuevas habladurías entre la Guardia Pretoriana, así que todo seguirá como hasta ahora: continuarás alojándote en estas estancias, pero dormirás en ese triclinio; seguirás usando la identidad de Lidia Veturia, actuarás y te vestirás como ella. Respecto a las armas, a pesar de ese salvoconducto, seré yo quien te autorice a usarlas. No pienses que vas a pasearte con la espada, ni con el arco, ni con el atuendo negro que he visto que guardas en el arcón. Solo lo usarás si lo autorizo por alguna situación excepcional, como la de anoche. Por último, te concedo libertad para que investigues por tu cuenta, pero tendrás que darme cuenta y razón hasta del último de tus movimientos.

Tamura se sintió humillada, pero se mordió la lengua. Tenía una misión que cumplir, y si tenía que aceptar esas condiciones, las aceptaría.

—A mí solo me interesan dos cosas, general. —Jano captó rencor en la forma en la que lo llamó *general*—. La primera, evitar más muertes de inocentes: no deseo que se relacione a los yacigios con esos crímenes abyectos. Quiero acabar con esa asesina y con todos sus cómplices. La segunda y más importante, cumplir mi misión. Te lo pregunto una vez más: ¿podré comunicar el mensaje de Banadaspo al emperador?

Jano no dudó un instante. Había tenido toda la noche para reflexionar sobre ello.

—Tienes mi palabra, pero no respondo de lo que decida el emperador. Puede que acabes dentro de una jaula, acompañando a

Bellomarius en su viaje a Alejandría.

—Si eso sucede, lo consideraré mi última misión —dijo, sin inmutarse.

—¿Tenemos un trato?

—Tenemos un trato —respondió ella, doblando el salvoconducto.

—Otra cosa —dijo Jano—. ¿Me dirás siempre la verdad?

Tamura miró al general. La expresión de su rostro era glacial.

—En las últimas semanas te he dicho más verdades que mentiras, aunque no lo creas.

Habría hecho falta una mula para cargar con toda la ironía que cupo en la risa de Jano.

—Claro que sí, como la historia de una pobre viuda que ha perdido a su marido y a su hija inexistentes en un asalto.

Tamura bajó la cabeza un instante y luego la elevó para mirar al legado.

—Lo de la hija no es del todo falso, Jano.

Este enarcó una ceja, incrédulo.

—¿Tienes una hija?

—Tuve una, y la perdí.

A pesar de que aquella revelación le dejó intrigado, Jano se guardó las preguntas que su curiosidad quería formular. Nada de temas personales. A partir de ahora, su relación con Tamura se limitaría a lo estrictamente profesional. El legado se dijo que tendría que esforzarse por borrar cualquier rastro del cariño que aún conservaba por ella, hasta el punto de no temblarle el pulso en caso de que esta le fallara y tuviera que eliminarla.

—¿Por dónde quieres que empecemos? —preguntó el general.

—Me gustaría echar un vistazo en El Faro del Norte, pero será más discreto si voy sola.

Jano le clavó una mirada de acero.

—¿Me mantendrás informado?

—Te mantendré informado —prometió ella.

Hacía días que Maiôsara arrastraba un mal presentimiento.

De hecho, pasó los dos últimos instruyendo a Ababa, la joven que solía echarle una mano en la *insula*, en cómo gestionar el edificio. Le desveló hasta el último secreto del inmueble. Le entregó copias de la llave de su casa, del pesado arcón con doble fondo donde escondía la caja del dinero y del armario donde archivaba los libros de cuentas, los registros de los inquilinos y todos los documentos legales de la propiedad.

—Ya conoces a los emisarios de Banadaspo —le recordó Maiôsara —. Vienen una vez cada tres meses a por la recaudación. La mitad de lo que hay en la caja es para el rey; de la otra mitad restante, dos tercios se guardan para el mantenimiento de la *insula*, y lo que queda es mi asignación. En caso de que yo falte, sería para ti.

—Me estás asustando, Maiôsara —dijo Ababa, mordiéndose el labio inferior—. Sé sincera, ¿pasa algo? ¿Acaso te marchas?

La sármata ahuyentó la idea con un gesto, acompañándolo con una de sus muecas burlonas.

—No, pequeña, no, no sueñes con deshacerte de mí tan pronto —rio—, pero ya no soy una cría y necesito a alguien que siga llevando esto en caso de que me pase algo. Alguien de confianza —agregó.

—¿Seguro que solo es eso? —insistió la joven.

Maiôsara rodeó la mano de Ababa con las suyas y le dedicó una de esas sonrisas maternales que dibujan arrugas de amor en el borde de los ojos. Para ella, Ababa era como una hija.

—Te lo juro.

Maiôsara juró en falso. No era la primera vez que lo hacía ni sería la última. Esa mañana, mientras cruzaba el Danubio a bordo de una pequeña barca de remos, sudaba bajo el calor de un abril que pronto dejaría paso a mayo. Ese año, los infiernos se habían instalado en los cielos. El barquero que había contratado vestía solo unos pantalones, y su barrigón desnudo brillaba de sudor. Maiôsara le hizo desviarse al este, más cerca de la desembocadura del río Morava. El remero refunfuñó por el cambio de itinerario, pero ella acalló su protesta con la promesa de engordar la propina.

—Ahí mismo —indicó Maiôsara, señalando una zona arenosa en la orilla.

—¿Aquí? —El barquero parecía desconcertado—. Pero si aquí no hay nada.

Maiôsara lo calló con unas monedas.

—Quiero darle una sorpresa a un amigo —dijo—. Espera aquí y recibirás otro tanto. Puede que tarde un poco.

El hombre contó las monedas. Asintió, satisfecho, y sacó unos toscos aperos de pesca.

—Me entretendré con esto —rezongó—, a ver si pesco algo... Me marcharé en cuanto empiece a atardecer —avisó.

—Tranquilo, llegaré mucho antes.

«O no llegaré», pensó Maiôsara.

Se internó un poco en el bosque sin perder de vista el río. Trató de recordar dónde estaba la granja. No debía de andar lejos. Solo la había visitado una vez, para negociar con Tibês la compra de unas mantas de piel de venado para la *insula*. Durante aquella visita, Tibês le pareció un tipo hosco y desagradable. Al final, no llegaron a un acuerdo. Semanas más tarde, Maiôsara supo, por un mercader del foro, que Tibês hablaba pestes de ella a todo aquel dispuesto a prestarle el oído. Lo más probable era que el motivo de esa inquina fuera que Maiôsara cerró la compra de las mantas con unos curtidores de origen dacio por la mitad de lo que Tibês le pidió.

«A ver qué cara pone cuando escuche la razón de mi visita», pensó Maiôsara.

Percibió olor a humo en el aire. Decidió hacer caso a su olfato y seguir el tufillo a leña quemada a través de los árboles. Cuando llevaba un rato caminando, su oído captó un movimiento a su derecha. El sonido inconfundible de alguien pisando hojarasca. No estaba sola en la arboleda. Maiôsara se arriesgó a revelar su presencia, y lo hizo en sármata.

—Si piensas que no te he oído, es que crees que soy más vieja de lo que en realidad soy.

Una silueta vestida con una túnica corta y unas sandalias surgió de detrás de unos matorrales. Llevaba una espada en la mano, y un escudo redondo sobresalía a ambos lados de la espalda. Su rostro, casi completamente cubierto de tatuajes, impresionaba.

—No soy de los que atacan desde las sombras —dijo Karaxtos, también en sármata—, no me hace falta. ¿Quién eres y a quién buscas?

—Maiôsara, para servirte... y busco a Tibês.

De repente, a Maiôsara le pareció que el matorral del que había salido Karaxtos se movía. Este le dio un manotazo, enojado. Una mata de cabello asomó durante un brevísimo instante detrás de la vegetación para volver a ocultarse.

«Stornarja», pensó Maiôsara. Al menos, seguía viva.

—He oído hablar de ti —comentó el guerrero—. Tibês quería hablar contigo.

—Pues entonces llévame ante él, Karaxtos. —El guerrero frunció el entrecejo, sorprendido al ver que la desconocida conocía su nombre.

Maiôsara vio cómo el guerrero hacía una seña hacia el matorral. Estaba claro que no quería que descubriera a Stornarja, por lo que ella fingió no haber visto nada. Cuando Karaxtos estuvo a su lado, Maiôsara le indicó que fuera delante. Este soltó una risa irónica.

—Ni en sueños camino con una bruja detrás. Ve delante.

—Me privas de la visión de esos músculos tatuados caminando. Nunca te lo perdonaré.

El olor a leña se intensificó conforme avanzaban. Por fin llegaron a la granja, donde les recibió Burdka, con expresión hostil. Maiôsara echó de menos al hijo de Tibês, un zagal odioso con cara de estar mal de la cabeza. Burdka examinó a Maiôsara como si esta estuviera embadurnada de estiércol de caballo y llamó a voces a su marido. Este salió por la puerta de la granja con el ceño fruncido. Cuando vio a Maiôsara, abrió mucho los ojos.

—Que me claven en una cruz... Maiôsara. ¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte, Tibês.

—¿Te envía Jaret?

La pregunta le extrañó a Maiôsara.

—No, ¿por qué lo dices?

—Demos un paseo.

Tibês y Maiôsara se alejaron de la granja caminando por la ribera del Danubio. Pasado el invierno, ya comenzaban a verse algunos

barcos de la flota imperial, la mayor parte de ellos transportes de mercancías que navegaban hasta Carnuntum para llevar provisiones al frente. Por lo que se oía en la ciudad, las escaramuzas entre legiones y germanos eran constantes, pero de pequeña envergadura, no tan grandes en Marcomania. Tibês fue el primero en hablar.

—Entonces, ¿Jaret no te ha visitado en estos últimos días?

—No, solo vino una vez a verme. Intuyo que no le caigo muy bien.

—No le caes bien a nadie —apuntó Tibês—. Da igual, el caso es que estás aquí.

—Y encantada de gozar de tu compañía. ¿Para qué querías hablar con esta vieja cascarrabias?

Tibês pateó una piedra que acabó en el río. Su mirada estaba en el suelo, como si quisiera evitar la de Maiôsara.

—Antes de nada, necesito saber algo importante: ¿con quién estás?

—¿Cómo que con quién estoy? Ahora mismo contigo, ¿no lo ves?

Tibês se detuvo en seco y se enfrentó a Maiôsara con la expresión de alguien al que no le gusta que le hagan perder el tiempo.

—Déjate de gracietas, Maiôsara. Sabes a qué me refiero.

—Y tú sabes de sobra que trabajo para Banadaspo —respondió ella —. Pero a estas alturas, estoy segura de que también sabes que tengo mi propia opinión sobre todo esto. Y a mi edad, hay asuntos en los que prefiero no mezclarme. Mi tiempo de espía guerrera pasó hace mucho.

—Iré al grano, y esto que voy a revelarte es la prueba de que todavía confío en ti.

Maiôsara estuvo a punto de echarse a reír. Tibês era la clase de persona que no confiaría ni en su propia madre, menos aún en alguien que trabajaba para Banadaspo. De todos modos, la sármata se guardó los comentarios jocosos y lo dejó continuar.

—Tenemos intención de atentar de nuevo en Carnuntum, pero esta vez, nada de niños.

—Menos mal. En serio, me da lo mismo si matáis al mismísimo emperador, pero lo de los niños fue una salvajada.

—No fue cosa de Zántico. Creemos que fue de Dadagos.

El rostro de Maiôsara se tensó.

—Por favor, te ruego que no menciones ese nombre en mi presencia.

Tibês se echó a reír, feliz de haber tocado hueso.

—De acuerdo, ya me dijo Jaret que te pone enferma oír hablar de él.

Maiôsara trató de enfocar la conversación por otro derrotero.

—¿Qué tipo de atentado estáis planeando?

—Uno que hará temblar Carnuntum —alardeó Tibês—. Escogeremos un objetivo, alguien influyente, y lo asesinaremos. Si puede ser, en público. Queremos hacerlo dentro de unas semanas, cuando la ciudad se haya olvidado por completo de las muertes de los niños.

—¿Y qué pinto yo aquí?

—No mucho, pero conoces a mucha gente, posees mucha información y una boca a la que le gusta mucho hablar.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que quiero tu silencio, aunque trabajes para Banadaspo. No te pediré que nos ayudes, pero sí que no interfieras.

—Mi silencio lo tienes, Tibês. Y ya te lo he dicho antes, mi tiempo de meterme en líos de políticas, traiciones y guerras ha terminado. Pero también te digo: ojalá pudiéramos echar a los romanos y asentarnos tranquilamente donde quisiéramos, no donde nos dejan. Si vosotros creéis que de la forma en la que lo vais a hacer es la adecuada, mis bendiciones.

—Entonces, estamos de acuerdo.

—En principio sí.

—Y ahora, cuéntame, ¿qué te ha traído hasta las puertas de mi casa?

—Sé que Stornarja está aquí —respondió Maiôsara—. Quiero llevármela.

Tibês entrecerró un ojo, en un gesto que a Maiôsara le pareció mezcla de picardía y desconfianza.

—¿A Stornarja? Espera, espera, ¿cómo sabes que está aquí?

Maiôsara soltó una risita sardónica.

—Tibês, tú y yo somos espías. Nos enteramos de todo.

—Casi de todo —la rectificó él.

—Casi de todo —corroboró Maiôsara.

—¿Conoces a Stornarja? Creí que no llegó a contactar contigo cuando llegó a Carnuntum.

—No la conozco —negó, rotunda—. Solo sé que es una chiquilla a la que se le ha obligado a cometer unos crímenes horrendos, y creo que ya ha tenido suficiente.

—Pero ¿qué dices? —Tibês expelió una risa amarga—. Esa chiquilla, como tú la llamas, es una espía guerrera, lo mismo que tú.

—Yo nunca destripé a ningún niño ni lo expuse en un altar siniestro.

—Ya no tendrá que hacerlo más —dijo Tibês—. Esto será otra cosa.

Maiôsara se acercó a Tibês.

—Vamos, Tibês... Esa joven tiene derecho a intentar olvidar lo que hizo. Tienes muy buenos hombres para perpetrar ese atentado, ¿para qué necesitas retenerla aquí?

—¿Qué por qué la necesito? Muy fácil, ella será quien asesine a nuestro objetivo.

—¿Ella? ¿Por qué ella?

Él se acercó otro paso a Maiôsara, demostrando que no le tenía ningún miedo. Cuando el sármata habló, lo hizo con una sonrisa de dientes apretados.

—¿Aún no lo entiendes? Carnuntum cree que Tamura fue la culpable de los sacrificios de los niños, y cuando Stornarja asesine a nuestro objetivo, necesitaremos una mujer que se haga pasar por ella. Porque, como ya te he dicho, queremos que ese atentado se ejecute en público, y lo más probable es que esa niña a la que nadie sabe por qué aprecias tanto sea capturada por los romanos.

—Pero ella no es Tamura —protestó Maiôsara.

—¿Y quién dirá que no lo es? ¿Tú? Esa chiquilla, como tú la llamas, jurará que es Tamura de los Cuarenta.

Maiôsara lo miró con cara de asco.

—¿Cómo eres capaz de hacer algo así?

Tibês ladeó la cabeza, desconcertado. Aquella conversación estaba siendo más reveladora de lo que él hubiera supuesto jamás.

Reveladora e inquietante.

—Maiôsara, ¿qué significa esa chica para ti?

—Escucha, te propongo una cosa: yo dispararé la flecha. Solo dame el objetivo y lo haré.

Tibês soltó una carcajada.

—Eres vieja para ese trabajo, Maiôsara, y lo sabes. Además, todo Carnuntum te conoce, saben que no eres Tamura. El plan ya está decidido. Y ahora, prométeme que no interferirás y olvidaré que hemos tenido esta conversación. Me dolería mucho tener que ordenar tu muerte.

Maiôsara decidió no insistir más. Ya se había expuesto en exceso al mostrar tanto interés por Stornarja. Había sido torpe, muy torpe.

—No interferiré. Pero quiero que sepas que no veo la diferencia entre asesinar niños y condenar a esa joven a muerte.

—Lamento que pienses así —dijo Tibês, fingiendo aflicción—. Ahora, vete.

Maiôsara inspiró hondo, se despidió con un gesto y dio media vuelta. Aún no se había alejado cinco pasos de Tibês cuando este la llamó.

—¡Maiôsara!

Ella se volvió.

—Te estaremos vigilando.

Maiôsara siguió caminando con la certeza de que se había ganado un enemigo. Mejor dicho, más de uno y más de tres. Dejó atrás la granja. Durante el trayecto hasta la barca, sintió cómo unos ojos la seguían desde la espesura.

Stornarja. A aquella criatura condenada a muerte todavía le quedaba mucho que aprender. ¿Cuánto recordaría aquella pobre niña del tiempo que había estado drogada, convencida de que era el templo de un espíritu maligno?

Maiôsara sintió rabia y ganas de llorar. Pero no lo hizo.

Se dio cuenta de que ella no era más que una fruta podrida envuelta en una cáscara de mentiras. No había sido buena para su familia, ni para su pueblo, ni para nadie. Y para una vez que quería ser buena con alguien, era incapaz de hacerlo bien.

Se acercó con pasos lentos al barquero, que se sentía muy orgulloso por haber pescado el salmón más esmirriado del Danubio. Le pagó lo acordado y lo dejó remar de vuelta a Carnuntum. En su fuero interno, Maiôsara se felicitó por haber enseñado a Ababa a llevar la *insula*.

Los ojos grises miraron el cielo de Panonia como si fuera una de las últimas veces que pudieran hacerlo. No sabía por qué…

Pero Maiôsara estaba viviendo esos días como los últimos de su existencia.

42

Tamura había perdido la cuenta de las veces que se había infiltrado en territorio enemigo.

Jamás la detectaron.

Sin embargo, todos los ojos convergieron sobre ella en cuanto entró en El Faro del Norte. Llegó alrededor del mediodía, cuando la taberna estaba a rebosar. Todos eran hombres, a excepción de un par de prostitutas que acompañaban a sus clientes calentándolos con vino antes de llevarlos al lupanar. Ni una sola mesa libre en la sala.

Lidia buscó a alguien que coincidiera con la descripción que Maiôsara le dio de Jaret, Lándigo o Dandro. Este último sería el más fácil de localizar por su corpulencia. Recordó que su amiga mencionó también al hijo de Tibês, pero ese estaba a buen recaudo en una celda, con su cara de tonto reformada a fuerza de puñetazos. Torció el gesto. Cabía la posibilidad de que el apresamiento del muchacho hubiera espantado a los agentes de Zántico.

—¡Augur!

La voz detrás de ella la sobresaltó. Al darse la vuelta descubrió el rostro orondo y colorado de Filemón Voulgaris. La sonrisa del griego hacía que se inflaran aún más sus mofletes. Ella le correspondió a su vez con una sonrisa que reunía a partes iguales desconcierto y fastidio.

—Augur, ¿te acuerdas de mí? Filemón Voulgaris. Estaba con Ictis la noche que rescató a la hija del abogado.

—Ah, sí, me alegro de verte.

—Bienvenida a El Faro del Norte. ¿Puedo ayudarte?

Lidia pensó que podría utilizar la compañía de Filemón para pasar algo más desapercibida en el establecimiento, así que decidió mantenerlo cerca.

—Sí, me gustaría preguntarte algo...

El griego se mostró receptivo.

—Claro que sí, adelante.

Lidia se sentía incómoda en la taberna. Demasiados ojos clavados en ella. No era de extrañar. Vestía una túnica azul hasta los pies, a la que ella misma había practicado dos aberturas laterales que dejaban al descubierto sus piernas casi a la altura de las caderas. El objetivo de esos cortes no era provocar el deseo de los hombres, sino gozar de libertad de movimientos en caso de persecución o pelea. Previniendo una situación inesperada, había ocultado dos dagas debajo del cinturón de cuerda enrollada. Cuando se trata con agentes encubiertos, siempre existe la probabilidad de acabar a puñaladas.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —preguntó ella.

—Claro, salgamos al atrio, no está tan lleno. Por aquí...

Una voz le interrumpió.

—¡Filemón!

El griego se paró en seco.

—Es... es mi patrón, Ludovico. Le llevaba estos documentos —explicó, mostrándole un cuaderno formado por pergaminos cosidos—. ¿Me esperas en el mostrador del despacho de vino? Pídete una copa y que la apunten a mi cuenta. Filemón Voulgaris —repitió, por si Lidia no se acordaba de su nombre—, no tardaré.

Ella aceptó y cruzó la taberna, con decenas de miradas adheridas a sus nalgas. El calor había empujado a muchos clientes al atrio. Ludovico había instalado unos toldos que cruzaban todo el patio, dándole sombra. A pesar de que la temperatura allí era más agradable que en el interior, en el patio había más mesas libres que dentro; el romano prefería comer y beber en penumbra. Tal vez los chismes, las trampas a los dados y las discusiones políticas sin tener ni idea de lo que se hablaba eran más gratificantes a la luz de las velas.

—Di tu precio —dijo una voz ronca, casi en la oreja de Lidia.

Esta se volvió y se encaró con el rostro de un romano joven que vestía una túnica blanca y liviana, confeccionada de un buen tejido. Las joyas que lucía alrededor del cuello, muñeca y dedos equivaldrían a la paga anual de una centuria.

—Te confundes, *domine* —advirtió Lidia, con una sonrisa que danzaba entre la educación y el degüello; el vino impidió al hombre captar ese ligero matiz—. No soy una prostituta.

—Lo sé —dijo él, con una sonrisa cínica; arrastraba las palabras al hablar—. Solo te he preguntado tu precio.

Lidia adelantó un poco la cabeza, con la actitud de un felino a punto de saltar al cuello de su presa. Aquella leve subida de tensión llamó la atención de los parroquianos más próximos, que empezaron a observar la escena con mayor o menor disimulo.

—Te repito que te confundes. Esta es tu última oportunidad de salir ileso.

El joven se rio en la cara de Lidia, expeliendo un nauseabundo aliento a bodega.

—Así que eres una fierecilla a la que hay que domar...

Su propio grito de dolor le impidió terminar la frase. La mano de Lidia le estrujaba las pelotas como si no le importara que le estallaran entre los dedos. Tiró de ellas hasta colocar el oído del romano junto a sus labios.

—Chist, ¿no te das cuenta de que todos nos miran? —Aquel desgraciado apenas podía respirar. Lidia siguió hablándole al oído—. Ahora, vete a llorar a un rincón. Si vuelves a acercarte a mí, te arrancaré estos huevos de mierda, meteré la mano en la herida y desparramaré tus intestinos por el suelo, ¿entendido? —El hombre apenas pudo hacer un leve movimiento de cabeza; sus ojos estaban anegados en lágrimas—. ¿Entendido?

Filemón Voulgaris llegó justo a tiempo para presenciar el final de la escena. El griego se quedó boquiabierto. Por mucho que Lidia hubiera intentado ser discreta, ahora era el centro de la atención de los empleados del despacho de vino y de su clientela, felices al ver humillado a Henio Avito Marco. El mal beber de Henio y sus malos modales eran conocidos en Carnuntum, pero muy pocos, por no decir nadie, se atrevían a pararle los pies, y mucho menos en público.

Filemón no supo qué decir, ni qué hacer. Henio le obsequió con una mirada rencorosa, como si el griego fuera culpable de algo, y se dirigió hacia la puerta tambaleándose, con una mano en los testículos y la otra apoyándose en columnas, paredes, clientes y en cualquier cosa que le impidiera caer al suelo. Una vez estuvo fuera de la vista, Filemón se dirigió a Lidia, que recibía palabras de admiración y

felicitaciones, tanto de la clientela como de los despachadores.

—Pero, pero... ¿qué ha pasado, augur?

—Un malentendido, nada más.

—¿Sabes quién es ese joven?

—Un borracho maleducado e impertinente.

—Es Henio Avito Marco, hijo de Lucio Avito Herenniano, uno de los hombres más ricos y poderosos de Panonia.

—Además, un borracho maleducado e impertinente —insistió Lidia. Para su fastidio, algunos clientes se le acercaban para ofrecerle tomar algo o para elogiarla por lo que acababa de hacer; estaba claro que el hombre al que acababa de exprimirle los huevos no era demasiado popular entre la clientela de El Faro del Norte—. ¿Podemos hablar en otro sitio donde estemos más tranquilos?

—Por supuesto, augur. ¿Quieres un vino, o cualquier otra cosa?

—Ahora no, gracias.

Filemón la condujo a través del atrio hasta el edificio de la hospedería. El griego no terminaba de creerse lo que acababa de presenciar. Cualquiera estaría alterado después de un enfrentamiento tan desagradable como el que Lidia acababa de tener con Henio. Sin embargo, a ella se la veía tranquila, como si ya hubiera olvidado el incidente.

O como si estuviera acostumbrada a tenerlos.

Entraron en la oficina donde Filemón llevaba las cuentas del negocio. Este la invitó a sentarse. Era una estancia amplia, rodeada de armarios, estanterías, arcones y presidida por una mesa grande, empapelada de pergaminos y con un ábaco a un lado. En uno de los testeros, una cortina separaba la estancia privada que Filemón compartía con Ictis, muy a su pesar. Lidia pensó que el despacho era mucho menos siniestro que el sótano donde Ludovico Corocotta la recibió por primera vez con Maiôsara cuando fueron a comprar información de Jano Convector. Le pareció que hacía siglos de aquello.

—Dime, augur, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quiero darle una sorpresa a un amigo, y me han asegurado que se aloja aquí.

—¿Cómo se llama?

—Jaret.

El rostro de Filemón se puso serio. El rubor encendió sus mejillas.

—No. Aquí no se ha alojado nadie con ese nombre.

Lidia se dio cuenta enseguida de que Filemón mentía.

—Son hombres de armas. Jaret tiene el cabello rubio y lacio, y los ojos azules —añadió; el griego la escuchaba con cara de estatua bien alimentada—. Viaja con su hermano y con un grandullón con la cabeza rapada.

—No me suenan —afirmó Filemón, con la voz algo ahogada.

—Qué extraño, me aseguraron que se alojaban aquí.

—Será en otra hospedería, *domina*.

Lidia señaló un montón de pergaminos atados con un cordel. El que estaba más arriba tenía una inscripción que rezaba *Libro de registro de huéspedes*.

—Compruébalo ahí, por favor. Jaret, Lándigo y Dandro...

Filemón agarró el libro y lo apartó de Lidia, como si esta pretendiera arrebatárselo. De repente, la amabilidad del griego dio paso a un evidente estado de nerviosismo.

—Estos documentos son confidenciales —dijo de manera atropellada mientras los guardaba en un armario y escondía la llave en la bolsita donde llevaba el dinero—, no estoy autorizado a enseñárselos a nadie...

Lidia se levantó y se dirigió a él para tratar de tranquilizarlo; parecía al borde de un ataque. El contable se encogió al verla acercarse a él, como si esperara una agresión.

—Filemón, tranquilo. No voy a hacerte nada.

—Augur, por favor, me pones en un compromiso. Márchate.

—Sé que no me dices la verdad —repuso Lidia—. Mira, te prometo que no se lo contaré a nadie. Por favor, Filemón, dime dónde puedo encontrar a Jaret...

—Filemón no sabe nada —aseveró una voz desde la puerta de la oficina.

Lidia se volvió y vio la cabeza afeitada de Ludovico Corocotta. Sus ojos bicolor la miraban con una grave serenidad. De repente, los labios

cambiaron su expresión seria por esa sonrisa tan peculiar suya. Una sonrisa que ponía los pelos de punta.

—Filemón, sal de aquí —ordenó Ludovico.

El griego abandonó la oficina con la cabeza gacha y su trotecillo ridículo y jadeante. Lidia se preguntó por qué Ludovico había sido tan oportuno al presentarse, como si hubiera oído la conversación desde el principio. Por supuesto, Lidia desconocía la intrincada red de tubos que recorría la mayor parte de El Faro del Norte. Ni la oficina de Filemón Voulgaris se libraba de sus escuchas.

—Me acuerdo de ti —dijo Ludovico—. Viniste con una mujer de cabello plateado a por información del legado Jano Convector. —El propietario de El Faro del Norte fingió rebuscar entre sus recuerdos—. ¡Ah, sí! ¡Maiôsara! La regenta de la *insula* de la plaza de la Concordia.

—Buena memoria —lo felicitó Lidia, irónica.

—Según tengo entendido te va bien con el general Convector. Debería haberte cobrado el doble por la información —le guiñó el ojo —, la has rentabilizado bien.

A Lidia le entraron ganas de romperle la cara a puñetazos, pero se contuvo. Ludovico manejaba una información demasiado valiosa para prescindir de él.

—Puedo pagarte por lo que busco —lo tanteó Lidia.

—No me ofendas, *domina* —rezongó Ludovico—. ¿Qué clase de persona sería si revelara información de mis clientes? —El hombre le dedicó una mirada bicolor de hiena sonriente—. ¿Qué pensarías de mí si le contara a Jano Convector que viniste aquí para poder echarle el lazo? ¿O que le hablara de Maiôsara y de sus extrañas conexiones?

Lidia prefirió guardar silencio. Aquel hijo de puta sabía nadar y guardar la ropa.

—Solo es ética profesional —prosiguió Ludovico—. Cuando se trafica con información, la discreción es parte esencial del negocio.

—Si los consideras tus clientes, es que sí se han alojado aquí.

Ludovico soltó una risa burlona.

—Puede que sí, puede que no.

—Entonces, esta vez no haremos negocio —resumió Lidia.

—Tú lo has dicho, esta vez —recalcó Ludovico—. Pero estoy

abierto a venderte cualquier información que no implique a mi clientela. No me guardes rencor, *domina*, no soy tu enemigo. No olvides que fui yo quien recomendó a Ictis al legado Convector, y que fue él quien rescató a la hija del abogado.

Lidia se sintió derrotada por aquel tipejo con cara de loco. En otras circunstancias lo habría estrangulado con sus propias manos. En los últimos tiempos, estaba tragando más hiel que en toda su vida. Sin añadir nada más, Lidia se dispuso a marcharse. Justo cuando salía, Ludovico la llamó.

—*Domina*, cuidado con el hombre al que casi dejas eunuco —advirtió—. Es un mierda, pero su padre cuenta con un pequeño ejército de esclavos, y seguro que su hijo ya habrá ido a tirarle de la túnica, llorando. Pero bueno, que unos matones vayan a por ti no es algo que te preocupe demasiado, ¿verdad?

Lidia se puso tensa.

—¿Por qué piensas que no me preocupa? —dijo, retándolo con la mirada.

La cabeza ladeada y la sonrisa de Ludovico le pareció demoníaca.

—Cuentas con la protección del Puño del Emperador, ¿no? —Había algo en el tono de su voz que dejaba entrever que el propietario de El Faro del Norte estaba jugando con ella. Su mirada de dos colores se endureció—. Tienes que sentirte intocable, ¿verdad?

—Pregúntaselo a Henio —escupió Lidia.

Dicho esto, abandonó la oficina, cruzó el atrio y salió de El Faro del Norte. Aquel cabrón de Corocotta la había hecho sentirse muy incómoda.

Caminó hasta el cardo máximo y luego enfiló una callejuela en dirección al palacio. Si algo había sacado en claro de su visita a El Faro del Norte era que, en efecto, Jaret se había alojado allí. Ahora le quedaba averiguar si seguían en la hospedería o se habían movido a otro lugar. Puede que Maiôsara tuviera noticias frescas, aunque, después de la última conversación mantenida con ella, no le apetecía demasiado verla. Al diablo, la visitaría de todos modos. Lidia torció por otro callejón por el que atajaría hasta la plaza de la Concordia.

De repente se cruzó con dos hombres y tres mujeres que salían de

la bocacalle como si los acabaran de echar de ella a vergajazos. Una alerta se prendió dentro de su cabeza. Lidia se paró en mitad del callejón. Dos individuos aparecieron desde detrás de un carro cargado de ánforas, a unos veinte pasos de donde se encontraba, obstruyendo la salida.

Llevaban la cabeza envuelta en una especie de turbante, túnicas cortas raídas y taparrabos de tela blanca. Ambos esgrimían porras cortas de madera. Por su aspecto desaliñado, o eran esclavos o los sicarios más baratos del mercado. Lidia sintió otra presencia detrás de ella. Al volver la cabeza, descubrió a un nubio delgado y muy alto, acompañado de un tipo algo entrado en carnes con pinta de egipcio. Estos también iban armados con porras, como sus compañeros de delante.

Lidia se quitó el broche que sujetaba la cuerda que llevaba alrededor de la cintura.

—Eres la zorra que ha atacado al hijo de nuestro amo —afirmó uno de los que tenía enfrente, un tiparraco de piel morena y una barba tan dura que valdría para lijar madera.

—¿Solo habéis venido cuatro a por una mujer? —preguntó Lidia.

El nubio a su espalda habló con el peor latín del Imperio.

—Yo solo puedo *mata* tú —fanfarroneó.

—No creo —dijo Lidia, dando un tirón de su cinturón de cuerda.

Lo desenrolló con unos giros de muñeca vertiginosos, creando una espiral hipnótica alrededor de su cuerpo. Los esclavos contemplaron los dibujos que formaba la cuerda sin entender muy bien la especie de danza que ejecutaba aquella mujer.

Lidia abrió el lazo corredizo que aún rodeaba su cintura y lo sacó de su cuerpo, para luego hacerlo girar sin parar por encima de la cabeza. Bajo el cinturón de cuerda llevaba otro fino, de cuero, con las dos dagas prestas para ser usadas.

—¡Lleva cuchillos! —advirtió uno de los esclavos.

Los sicarios comenzaron a avanzar hacia Lidia, que seguía girando el lazo por encima de su cabeza. Cuando estuvieron cerca, ella lo lanzó hacia el más bajo de los cuatro, el que estaba al lado de Barba Dura. Antes de que pudiera darse cuenta, el nudo corredizo se había

cerrado en torno a su cuello.

Lidia tiró con fuerza desequilibrando al hombre, que comenzó a dar traspiés tratando de no caerse ni de morir ahogado. Mientras este avanzaba a trompicones el nubio se lanzó sobre ella, pero Lidia ya había previsto el movimiento. Giró la cintura y el desgraciado que luchaba por no ahorcarse chocó con el negro, haciéndole perder el equilibrio. El que parecía egipcio esquivó al nubio de milagro y atacó a Lidia a la vez que lo hacía Barba Dura.

Lidia rodó por el suelo sin soltar la cuerda, evitando el doble ataque y haciendo que el medio ahogado cayera al suelo, entre toses e hipidos de asfixia. A su derecha, el nubio trataba de recobrar el equilibrio. Lidia aprovechó el par de segundos de ventaja para golpear dos veces el rostro del esclavo que tenía preso por el lazo y convertir su nariz en una masa de carne ensangrentada. El desgraciado soltó la porra para aferrarse con las dos manos a la cuerda que le oprimía la garganta, a la vez que luchaba por no atragantarse con la sangre de la nariz.

El nubio volvió a atacar, pero Lidia ejecutó un barrido certero con la pierna que le hizo dar con los huesos en el suelo. A varios pasos de ella, Barba Dura y el Egipcio no se ponían de acuerdo para atacar. Lidia aprovechó el respiro para aflojar el lazo de alrededor del cuello de Nariz Rota y recuperar la cuerda.

Con un grito de rabia, Barba Dura y el Egipcio atacaron a la vez. Ella se agachó para esquivar el ataque lateral del Egipcio. Si le hubiera llegado a acertar, habría tenido problemas. Casi a la vez, Barba Dura trató de abrirle la cabeza con su arma, pero Lidia paró el golpe y le propinó un puñetazo en el estómago que lo dobló. Lo apartó de un empujón y se alejó corriendo, deteniéndose a unos quince pasos de ellos.

Lidia agarró la cuerda por el lazo y comenzó a girar el extremo opuesto, donde había varios nudos que formaban un amasijo duro del tamaño del puño de un niño. El aire zumbaba a su alrededor. El nubio, que se había levantado, dedicó a Lidia una mueca de rabia. El Egipcio y Barba Dura lo animaron a atacar.

Con un grito de guerra, se lanzó al ataque con una embestida feroz.

Una embestida que Lidia paró a base de golpes de cuerda.

El primer golpe lo recibió en el costado y le fracturó una costilla. Los dos siguientes le cerraron el ojo izquierdo. El tercero fue magistral.

Lidia usó la cuerda como un látigo, y efectuó un movimiento brusco, de arriba abajo, que hizo que el lío de nudos del extremo golpeara con fuerza los testículos del nubio. Este se llevó las manos a la entrepierna y cayó de rodillas al suelo. Una vez doblegado, Lidia le golpeó en la cabeza con la soga hasta dejarlo tirado sobre un charco de sangre.

Barba Dura y el Egipcio intercambiaron una mirada fúnebre. El nubio, el más fuerte de los cuatro, yacía en el callejón, inconsciente o muerto.

El lazo los atrapó a los dos juntos antes de que pudieran darse la vuelta y huir. Lidia los desequilibró de un tirón y corrió hacia ellos, blandiendo la porra del nubio. Lo hizo a tal velocidad que no tuvieron ocasión de defenderse.

Un golpe de revés desencajó por completo la mandíbula del Egipcio, que perdió el conocimiento con una monstruosa sonrisa cadavérica dibujada en su rostro. Solo el estar amarrado a Barba Dura le impidió caer al suelo.

El único que aún quedaba consciente trató de elevar su arma. No lo consiguió: Lidia le sujetó el brazo que la empuñaba y le abrió la cabeza con la porra como a un huevo. Él y el Egipcio cayeron al suelo.

Lidia recuperó la cuerda y se percató de que primer esclavo al que había atrapado con el lazo trataba de ponerse de pie sin demasiado éxito. El desgraciado tosía, y unos hilillos de sangre unían su nariz con el empedrado de la calle. Lidia se acercó a él y le habló al oído.

—Dile a tu amo que si esto se repite iré a verlo a él y a su hijo.

Lidia le quitó el taparrabos de un tirón, le pisó la espalda, le obligó a pegar el pecho al suelo y le introdujo la porra por el recto. El grito resonó por todo el callejón. Lidia le dio un último empujón al arma con la suela de la sandalia, hasta hacerla desaparecer dentro del cuerpo del esclavo, que no pudo hacer más que desmayarse.

Del culo brotaron sangre y pompas rojas.

Ahora sí que todo había acabado.

Lidia se plantó en mitad del callejón y contempló a los cuatro hombres hechos trizas. Ni se molestó en comprobar si estaban vivos o muertos. De repente, el sonido de un aplauso le hizo volver la cara. En la bocacalle, un hombre con la espalda apoyada en la pared le aplaudía, sonriéndole.

—¡Bravo! —la vitoreó—. ¡Impresionante! Creo que te interesa hablar conmigo. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Por supuesto que se acordaba de él.

Es difícil olvidar a alguien que lleva un perro en la cabeza.

43

Sobre la casa de Cato Merino Salvio flotaba una nube de infortunio.

Ocellina, su esposa, mantenía una mirada serena hacia la calle desde el vestíbulo de la *domus*. Bruna, la joven esposa de Lucio Renato, lloraba a su lado. Hilaria, su hija de año y medio, se aferraba a su mano, incapaz de entender lo que pasaba a su alrededor.

En la residencia las imágenes se sucedían muy despacio. *Vigiles* que entraban y salían con rostros cenicientos; esclavos compungidos que se cubrían la cara con las manos sin saber qué hacer o decir; curiosos en la calle, espantados por un *optio* de las cohortes urbanas con cara de pocos amigos y poco tiempo que perder; en el peristilo, el médico negaba con la cabeza a un desconsolado Lucio Renato, que se atusaba las canas con sus propias lágrimas.

Y en el fondo de la calle, seguido por cuatro escoltas, Jano Convector avanzaba a grandes zancadas con su casco emplumado reluciente y la capa escarlata al viento.

El legado se detuvo frente a Ocellina y ambos se dijeron mucho sin hablar ni una palabra. Ella rompió el silencio.

—Está dentro.

Jano ordenó a la guardia esperar fuera. Cruzó el atrio hasta el peristilo, donde encontró a Lucio Renato hablando con el médico. En cuanto este vio al legado se excusó y los dejó a solas. Jano colocó una mano sobre el hombro del magistrado. Este movió la cabeza con lentitud.

—Todavía no me lo creo —murmuró—. Cato...

—¿Dónde está?

—En la exedra —dijo Lucio, señalando una sala grande al fondo del peristilo.

La estancia estaba decorada con gusto, con el techo en cúpula y triclinios y cojines por todas partes. Un bulto cubierto con un lienzo reposaba sobre uno de los divanes. Jano tiró de la sábana y se

enfrentó con el rostro sin vida de Cato Merino. Su expresión era desencajada, como si hubiera visto a la muerte acercarse en su aspecto más aterrador. No le habían cerrado los ojos y estos, con unas pupilas tan dilatadas que ocultaban el color miel del iris, le daban al cadáver un aire demoníaco.

Lucio entró en la exedra, contempló el cuerpo de su amigo por un instante y le cerró los párpados con delicadeza.

—El médico necesitaba verlos para el diagnóstico —explicó, con voz cansada.

—¿Cómo ha sido? —quiso saber Jano.

—Cicuta. Mira su rostro, Jano. —La voz se le quebró—. Su muerte no ha sido pacífica...

Lucio se derrumbó.

—Ocellina dice que estos últimos días apenas hablaba —explicó, entre sollozos e hipidos—. Se sentía culpable por la muerte de mi hijo, no se lo pudo perdonar. Dioses, si pudiera hacer algo para traerlo de vuelta y decirle que nunca lo culpé...

Jano salió al peristilo para que Lucio se desahogase a solas y miró al cielo a través del compluvio. El sol brillaba con fuerza. Otro día más de calor. Ocellina apareció en el peristilo encabezando un desfile de esclavos que portaban lienzos limpios, bacines y ungüentos. Se detuvo un momento junto al legado.

—Voy a darle el último beso a mi esposo y a prepararlo para el enterramiento.

Los ojos de Jano le dedicaron una mirada compasiva, ensombrecidos por la pequeña visera del casco. Ocellina indicó a sus siervos que entraran en la exedra. Una vez a solas con Jano, le habló en voz baja.

—Cato y yo nunca fuimos felices por razones obvias —confesó—, pero era un buen hombre. De carácter débil, pero un buen hombre. —Una pausa—. General...

Jano sabía de antemano lo que Ocellina iba a pedirle.

—Mata a los que están detrás de la muerte de mi marido.

—Lo haré —prometió Jano—. Te juro que lo haré.

Lidia se plantó frente a Ictis mientras recomponía su ceñidor de cuerda. Los nudos del extremo estaban algo manchados de sangre, pero ese detalle no le preocupó: quedarían ocultos por el resto de la soga. Ictis elevó los ojos y el índice al cielo, con una expresión divertida en la cara.

—Oigo pasos que se acercan corriendo —anunció, para a continuación señalar a los hombres tirados sobre charcos de sangre—. ¿Se te ocurre alguna buena excusa para los *vigiles*?

—No tengo que dar explicaciones a la guardia —dijo Lidia.

—Yo sí, y no me gustaría que tu mierda me salpicara. Si quieres hablar, sígueme.

Ictis se encaramó a un montón de sacos, agarró el soporte oxidado del anuncio de una taberna cerrada hacía años y se balanceó hasta encaramarse a los restos de un tejadillo. Trepó por la fachada de la casucha hasta la cubierta con facilidad simiesca. Una vez arriba, animó a Lidia con un gesto.

—¡Vamos, rápido!

Lidia escaló el edificio con la misma habilidad que Ictis y lo siguió por las alturas de Carnuntum. Cruzaron una calle saltando de un tejado a otro, al tiempo que una patrulla de *vigiles* avanzaba por debajo de ellos a paso ligero. Lidia e Ictis lo hicieron con tal sigilo que ninguno de los guardias miró hacia arriba.

Después de recorrer casi un cuarto de milla, Ictis se detuvo en una azotea donde había varios triclinios cubiertos de polvo y excrementos de ave. El vándalo se repantigó en uno de ellos, se encajó la cabeza de perro e invitó a Lidia a sentarse en uno libre, frente a él. Lidia aceptó. Seguía sin saber por qué, pero Ictis le caía bien.

—Trepas bien, rastreador.

—Es de las pocas virtudes que compensan mis muchas carencias. Tengo oído de polilla, olfato de sabueso, vista de águila, agilidad de gato y ¡mira! —señaló la piel del moloso—: cabeza de perro. —Ictis rio su propio chiste—. Pero, en contra, tengo cara de comadreja, cuerpo de musaraña y una puntería horrible. Solo sirvo para lo poco que sirvo.

—Antes me has dicho que me interesa hablar contigo —le recordó

Lidia.

Ictis se apoyó en las rodillas y la miró desde abajo.

—Has estado en El Faro del Norte preguntando por unos mercenarios.

—¿Es una pregunta, o una afirmación?

—Lo sé con certeza. A veces Ludovico es víctima de sus propios inventos.

Lidia no entendió las enigmáticas palabras de Ictis. Este tampoco quiso prodigarse en explicaciones.

—Nunca hables de nada en El Faro del Norte que no sea de la calidad del vino, de lo tierna que es la carne o de este puto calor que hace —la advirtió el rastreador—. En ese lugar, hasta los muebles tienen oídos.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué puedes decirme de los hombres que busco?

Ictis le mostró las palmas, pidiéndole calma.

—Antes de nada, me gustaría saber con quién estoy tratando —expuso—. No quiero que me cuentes hasta el último detalle de tu vida, pero tampoco que me tomes por idiota.

Lidia soltó una risita y dejó que Ictis siguiera hablando.

—Déjame adivinar... No eres una augur. Trepas mejor que yo, y luchar... —Ictis soltó un silbido de admiración—. Serías la gladiadora más rica de Roma. Jamás he visto nada como lo del callejón. Con una puta cuerda...

—Ve al grano, Ictis.

El vándalo la señaló con el dedo.

—Tú y yo somos parecidos. No me malinterpretes, cada uno en su estilo, pero ninguno de los dos somos quienes decimos ser. Tú no adivinas el porvenir interpretando el vuelo de los pájaros, ni eres una simple aspirante a esposa del legado Convector. Eres mucho más que eso. Estás implicada en algo más grande. Algo que tiene que ver con los crímenes de esos niños...

—Eso ya lo sabías —lo interrumpió Lidia—. Me viste en casa del abogado la noche en la que le salvaste la vida a ese bebé.

Ictis siguió hablando.

—Y algo me dice que existe una conexión entre esos crímenes y los hombres a los que buscas.

Lidia pensó que aquel tiparraco era mucho más listo de lo que parecía a simple vista.

—Podría ser —dijo ella—. ¿Qué puedes decirme sobre ellos?

—Te puedo decir dónde encontrarlos.

—¿Cuánto me costará?

Ictis respondió con rotundidad.

—Nada. Tengo algo personal con esos idiotas. El otro día se burlaron de mí y me trataron mal.

Lidia puso cara de incredulidad. Aquel motivo le pareció ridículo.

—¿Te trataron mal? ¿Solo por eso?

—Estoy harto de que me traten mal —se lamentó Ictis—. De pequeño me trataban mal por ser bajo y delgado; cuando luché contra Roma, mi tribu vándala me trató mal. Los mandé a la mierda y me pasé al bando enemigo, esperando que me fuera mejor. Me hice ciudadano romano y me enrolé en las fuerzas auxiliares; allí también me trataron mal. Deserté. Desde entonces me busco la vida como puedo.

—¿Y Ludovico? —quiso saber.

—Ludovico es un hijo de perra, pero no me trata mal. El problema es mío: no puedo estar demasiado tiempo en el mismo sitio.

—Entonces, ¿piensas marcharte?

—En cuanto reúna dinero suficiente, aunque eso es difícil: es coger dinero y... ¡puf! Desaparece. Es como una maldición.

—Maldiciones de seis caras —adivinó Lidia.

Ictis se echó a reír.

—Sí, pero bueno... también tengo cierto arte para conseguirlo.

Ambos se sonrieron. Lidia lo miró con ternura. En cierto modo, la piel de perro que lo caracterizaba era como un estandarte explicativo de lo que era Ictis: un perro que ha recibido tantos palos que muerde cualquier mano que se le acerca.

—¿Dónde puedo encontrar a Jaret? —preguntó Lidia.

—Los vi salir del sótano de Ludovico a primera hora de la mañana —relató Ictis—. Nadie entra o sale de ese sótano sin hacer negocios

con Ludovico.

—¿Crees que ha llegado a algún acuerdo con ellos?

—Apostaría mi cabeza de moloso a que sí —dijo—. Algún día te contaré cómo la conseguí, es una gran historia...

—Ictis. —Lidia volvió a encarrilar la conversación—. ¿Dónde están?

—Los seguí hasta una *insula* en la plaza de la Concordia. Pregunté por el vecindario y me dijeron que allí se alquilan viviendas.

Lidia sintió que palidecía.

Maiôsara.

¿Cuánto sabría Ictis de Maiôsara? Lidia lo sondeó.

—¿Sabes a quién pertenece esa *insula*?

—No. —La respuesta le pareció sincera—. ¿Quieres que me entere?

—No hace falta. —Se puso de pie—. Si te necesito, ¿podré encontrarte en El Faro del Norte?

—Si me necesitas te encontraré yo a ti antes.

Lidia le dedicó una última sonrisa, brincó al tejado colindante, se descolgó hasta el alféizar de una ventana y saltó a tierra. Volvió la cabeza hacia la azotea y se encontró a Ictis apoyado en la barandilla, despidiéndose de ella con la mano.

Con la elegancia de una patricia, Lidia se encaminó al palacio.

Tenía que buscar la forma de entrevistarse con Maiôsara sin que Jaret se enterara.

Kostas llegó a la plaza de la Concordia cuando aún quedaban dos o tres horas de sol. El esclavo caminaba como si cada paso adelante que diera en la vida le costara dos atrás hacia a la muerte. Identificó la *insula* a la primera, no tenía pérdida. Entró en el portal abierto.

—¿Hola? —gritó—. ¿Me puede atender alguien?

—Estamos completos —respondió una voz al otro lado de una puerta.

—No busco alojamiento, busco a Maiôsara. Me envía Lidia Veturia.

La puerta se abrió a la derecha de Kostas.

—Soy Maiôsara. ¿Qué quieres?

—Vengo de parte de Lidia. Quiere reunirse contigo en un lugar seguro.

—Ababa, hazte cargo del barco —gritó, para a continuación dirigirse a Kostas en voz baja—. Dile que la espero en El Fuego de Pompeya. Es un tugurio a dos calles detrás de esta casa.

Diez minutos después, Maiôsara cruzaba la puerta de El Fuego de Pompeya. En cuanto la reconoció, el tabernero se deshizo en halagos y honores, con las bisagras de la mandíbula chirriando alabanzas.

—¿Tengo libre mi reservado? —preguntó Maiôsara, que le adelantó cinco denarios.

—Por supuesto, *domina*, un momento.

El tabernero desapareció tras la esquina que daba a la zona de triclinios. Hasta Maiôsara llegó el eco de una discusión en griego. La sármata no lo hablaba, pero entendió algunas palabras malsonantes. Dos segundos después, tuvo que apartarse para evitar a dos hombres ebrios que corrían despavoridos hacia la salida, con las manos en la cabeza, aguantando los golpes de sandalia del tabernero. Una vez los echó, aún con el zapato en la mano, la invitó a entrar.

—Ya está libre para ti, *domina*.

Maiôsara le avisó de que esperaba a una amiga y se dirigió al reservado. Se repantigó en el triclinio y dejó que el tabernero le sirviera la primera copa del ánfora que dejó sobre la mesa. Lidia apareció poco después.

—Me alegro de verte —la saludó Maiôsara, sirviéndole una copa—. Yo también quería hablar contigo.

Lidia permaneció de pie un momento, como si no le apeteciera sentarse. Al final, lo hizo. Incluso aceptó la bebida que Maiôsara le ofrecía.

—¿Qué hace Jaret alojado en tu *insula*? —soltó Lidia, de sopetón.

—Jaret no está en mi *insula*. Esta mañana me ha visitado con dos de sus hombres, pero nada más. Se han marchado, o al menos eso me ha dicho...

Lidia dejó la copa sobre la mesa.

—¿Qué dices?

—Pensé que venían a por mí. Jaret me preguntó por el hijo de

Tibês. Le dije que hacía años que no sabía nada de ese idiota, y él me contó que había desaparecido y que no se fiaba de él. Por lo visto, teme que les haya vendido a las autoridades romanas. Fue entonces cuando me dijo que se marchaban, pero me aseguró que volvería para cumplir su misión. Lo siguiente que hizo fue amenazarme de muerte. —Maiôsara imitó la cadencia melodiosa de la voz de Jaret; Lidia se sorprendió de lo bien que lo hizo—. *Si hablas de nosotros con alguien, si te vas de la lengua, te la cortaré, antes de rajarte ese cuello pellejudo que tienes*. Fíjate si me dará miedo, que ya me he ido de la lengua contigo.

—¿Y se han marchado así, sin más?

—Eso dijo Jaret. Pero, Lidia, con esta gente no hay que bajar la guardia.

Lidia decidió poner al día a Maiôsara de los últimos acontecimientos.

—Dices que Jaret ha preguntado por el crío de Tibês...

—Se llama Baxagos. ¿Qué pasa con ese imbécil?

—Anoche disparó a Jano.

—¡No fastidies!

—Lo hirió en el hombro. Atacó desde la terraza de una casa abandonada que da al despacho de Marco Aurelio. Jano lo utiliza en su ausencia —explicó—. ¿Te imaginas que el emperador hubiera estado allí?

Maiôsara y Lidia se miraron un segundo y estallaron en carcajadas. Se rieron durante un buen rato.

—Hijo de puta, el niño, habría pasado a la historia con lo idiota que es —comentó Maiôsara, con lágrimas en los ojos.

—Bueno, pues me fui a por él y lo capturé. Está encerrado en una celda, convencido de que Uteljarab se va a comer su polla.

—¿Y por qué no se la cortas y se la das al perro, como con el centurión?

—Esperaré a que le crezca un poco más. Utel puede aguantar.

Maiôsara y Lidia se echaron a reír otra vez. Cuando se les pasó el ataque, Maiôsara puso la mano sobre el antebrazo de Lidia.

—El otro día no estuve acertada contigo, Lidia. Perdóname.

—Sé que me ocultas algo, Maiôsara. Y eso me duele.

—No me pidas que te lo cuente ahora, por favor. Lo haré en su momento y me agradecerás que no lo haya hecho antes. Confía en mí, ¿de acuerdo?

—No tengo otra amiga. En realidad, no tengo a nadie más: mi relación con Jano se ha ido a la mierda.

—¿Y eso?

—Anoche le confesé que soy Tamura.

Los ojos de Maiôsara estuvieron a punto de salir despedidos de sus órbitas y estallar contra la pared. Unos chorros pulverizados de vino le salieron a presión por la nariz y la boca tiñendo de rojo la cara y el vestido de Lidia. Cuando pudo articular palabra, gritó.

—¿¡Qué!?

—Te lo contaré —dijo Lidia, limpiándose la cara con un trapo; comprobó el peso del ánfora de vino—, pero me parece que necesitaremos algo más grande...

44

En la cima de aquel monte, Zántico no se sentía rey de los yacigios.

Se sentía el rey del mundo.

Desde el altozano, la inmensidad del campamento instalado en la ribera del río Granus cortaba la respiración. Aquel despliegue sin precedentes semejaba un océano multicolor de carpas, estandartes, fogatas y pabellones de armas. En la distancia, los guerreros y las bestias que lo poblaban parecían un ejército de hormigas.

Pero visto de cerca, ese ejército de hormigas era una promesa de victoria. Una victoria que Ariogeso y Zántico profetizaban como la definitiva contra Roma.

La alianza de cuados y sármatas seguía creciendo. Primero se unieron a ellos los desertores del ejército de Bellomarius, además de algunos disidentes de Banadaspo. Luego llegó un contingente de rebeldes naristios, además de muchos lobos solitarios en busca de una razón para vivir y un enemigo al que matar. Según el último recuento de Zántico, sus tropas ascendían a treinta mil guerreros.

Y ahora, desde lo alto de aquella colina, el rey disfrutaba de unas vistas que ni en sus mejores sueños habría podido imaginar.

En una explanada, a orillas del río, grúas rodeadas de andamios elevaban los armazones de las máquinas de guerra a medio construir. La codicia de Pyrrhos devoraba el bosque colindante. Los soldados encargados de la tala trabajaban sin descanso, despoblando el terreno al ritmo agotador del ingeniero militar.

«Más, más, más...»

Zántico estaba pletórico. Ariogeso y él estaban creando algo muy grande.

Un anciano con la mitad del rostro tatuado apareció en la cima de la colina. Llevaba el cabello desaliñado, al igual que la barba canosa. Vestía una túnica larga y roñosa, medio cubierta por una docena de collares que, según él, eran más eficaces que la mejor armadura. Un

morral cruzado al torso contenía las artes mágicas que utilizaba en los rituales; al lado de este, colgada del cinturón, una espada oxidada remataba su atuendo.

Zántico saludó al hechicero.

—Xarthanos, me alegro de verte. —El rey invitó al anciano a sentarse en el mismo tronco caído que él y señaló el paisaje con un gesto—. ¿No es maravilloso? Por primera vez en muchos años, siento que puedo darle una patada en los cojones a Roma.

El mago tenía sesenta y cinco años, pero aparentaba ser dos décadas más viejo. Una vida de probar pócimas y consumir hierbas le había marchitado la piel y mermado las fuerzas. Hasta el último hueso de su esqueleto crujió al sentarse junto a Zántico. Cuando recobró el aliento, fue como si hubiera resucitado de dos muertes consecutivas.

—Ha llegado un emisario de Carnuntum —anunció—. Stornarja ha atacado dos veces...

Zántico lo interrumpió. No parecía contento.

—¿Solo dos putos ataques? ¿En todo este tiempo?

—Existe una razón: las autoridades ordenaron vigilar los aposentos de los niños...

Zántico lo mandó callar con un gesto enérgico.

—Para, para, para... ¿Qué es eso de los aposentos de los niños? ¿De qué niños me hablas?

Xarthanos auguró tormenta, así que decidió colgar la responsabilidad sobre los hombros de la enviada. En cierto modo la joven era obra suya, él la transformó en un templo del Cobol a base de drogas, oraciones y letanías.

—Mi rey, Stornarja decidió aterrorizar a los romanos de la peor forma posible, yendo a por sus hijos. —El rey escuchó con atención las palabras del anciano; tampoco pareció escandalizarse ante las noticias de infanticidio—. Ha asesinado al hijo de un *magister* de mercaderes y al de uno de los dos magistrados de la ciudad. Está cumpliendo bien su misión, Zántico. Ojo, ten en cuenta que las noticias que traigo son viejas —advirtió—. El emisario salió de Carnuntum hace semanas. Con tantas legiones desplegadas en territorio cuado, hay que dar muchos rodeos para moverse por este lado del *limes*. Es probable que

Stornarja esté activa en estos momentos.

—Jaret ya debe de haber llegado a Carnuntum —calculó Zántico —, y él será quien lleve a cabo la segunda parte de nuestra estrategia: azuzar a las legiones contra el Bastión de Banadaspo. Le di libertad absoluta para actuar como creyera más conveniente —explicó—. Jaret es un maestro en improvisar soluciones sobre el terreno; si puede mejorar nuestro plan inicial, lo hará. Tengo confianza ciega en él. —El rey yacigio cambió de tema—. ¿Y qué hay de Dadagos? ¿Se sabe algo de él?

—Nuestro emisario no pudo localizarlo en Carnuntum —respondió Xarthanos—. Me extraña no tener noticias suyas. Podría oficiar un ritual para saber si le ha sucedido algo...

—Déjalo, ese perro viejo sobreviviría a la misma muerte. Ya aparecerá.

Zántico volvió a perder la mirada en su ejército. Era un niño con un juguete nuevo. Xarthanos entrecerró los ojos, intentando distinguir algo en el borroso manchurrón que mancillaba la campiña. Desistió a los pocos segundos. Su vista estaba tan dañada como el resto de su ser.

—¿Ha recibido Pyrrhos los ingredientes de los que habló el otro día? —se interesó el hechicero.

—Aún no. Ariogeso envió una caravana al puerto de Salónica. Los recogerán allí.

—¿No será un viaje arriesgado para los tiempos que corren?

El rey compuso una mueca presuntuosa.

—Tranquilo, Ariogeso sabe lo que hace.

El hechicero asintió. Desde que había oído hablar de aquel ingenio, no paraba de pensar en esa arma que prometía ser definitiva contra las formaciones romanas.

—Esos ingredientes, ¿son tan letales como dice Pyrrhos?

Zántico esbozó una sonrisa maléfica.

—Magia, Xarthanos, pura magia. Una magia destructora como nunca hemos podido imaginar.

Jano detestaba beber solo, pero esa noche lo necesitaba.

Había sacado una silla a la terraza para disfrutar de la brisa nocturna. Las horas de oscuridad eran las únicas agradables del día. Si mayo venía con esos calores, ¿cómo sería el verano? Le vino una imagen a la mente: fuego cayendo del cielo.

Le pareció fascinante.

Una lluvia de fuego.

Regresó al escritorio para rellenar la cuarta copa de vino especiado de la noche. Echó una ojeada al triclinio vacío donde debería dormir Lidia.

Lidia.

Se resistía a llamarla Tamura, aunque ya hubiera asumido la identidad de aquella mujer. Se acercó al diván y lo acarició con la punta de los dedos. ¿Dónde habría ido? ¿Y si se había marchado? A pesar de que en ese momento sentía por ella algo cercano al odio, la posibilidad de no volver a verla vació de aire sus pulmones.

Dio un trago largo a la copa. Sintió una pequeña punzada de dolor en la herida del hombro. Inspiró hondo, esperó a que se le pasara y bebió otro sorbo. Volvió a acomodarse en la silla del balcón y perdió la vista en la terraza, ahora condenada, desde la que Baxagos le disparó. Ni siquiera se había molestado en visitar al maldito crío.

Había pasado la mitad del día pensando en Lidia y la otra mitad en lo que había vivido en casa de Cato Merino. No podía quitarse a Ocellina de la cabeza. Aquella mujer poseía un magnetismo especial. Jano recordó la promesa que le había hecho antes de abandonar su casa. Lo menos que podía hacer por la viuda era crucificar a la asesina y a sus cómplices en un lugar donde ella pudiera verlo.

Se lo debía.

La mente ebria de Jano se recreó en la imagen de Ocellina Sempronia Tertia. De algún modo, el legado se sentía atraído por aquella misteriosa mujer. Trató de imaginar cómo habrían sido todos aquellos años para ella, viviendo en una mentira que no engañaba a nadie, más que al propio matrimonio. Un matrimonio que no había sido más que un leproso enmascarado en un hermoso disfraz.

Aquella mujer se merecía ser feliz.

Ojalá él no estuviera enamorado de una guerrera yacigia capaz de

caminar por las paredes como un condenado gato.

La puerta del despacho se abrió de golpe justo cuando se maldecía a sí mismo. Jano volvió la cabeza y se encontró a Lidia agarrada al marco. Cuando esta lo vio se echó a reír y lo mandó callar con un chistido. En cuanto Lidia divisó el ánfora de vino se le pusieron los ojos como escudos espartanos. Señaló la vasija de barro con dedo acusador.

—Traidor —acusó, con voz ebria—. ¿Estás bebiendo sin mí?

El legado la miró boquiabierto. ¿La gran Tamura borracha?

Qué coño, él también lo estaba...

Se dejó llevar.

—Te invito. Pero cierra esa puerta, asesina de romanos...

Lidia se encogió de la risa y cerró la puerta con cuidado. Jano le ofreció su propia copa y Lidia le dio un buen trago.

—Los dos somos iguales en eso —afirmó ella, limpiándose la boca con el dorso de la mano en un gesto nada femenino—. Yo mato romanos. Tú, también.

Puede que fuera por el vino, o tal vez por la alegría furtiva de ver a Lidia, pero Jano encajó la puya de mal gusto sin enfadarse. Incluso se permitió sonreír de medio lado.

—¿Quién te contó lo de Altinum?

—No me acuerdo —mintió Lidia—. Espera, cogeré una copa para mí. Estamos enfadados y no debemos compartir el mismo cáliz —sentenció.

—Coge una, están ahí —dijo Jano, señalando la alacena.

Lidia agarró el pie de la copa como quien sujeta una antorcha. La llenó de vino. Jano apuró la suya y se sirvió otra. El calor del alcohol le encendió las mejillas al legado.

—La verdad es que no debería beber contigo —se lamentó—. Te has portado fatal, eres una mentirosa...

—Estaba haciendo mi trabajo, general —se defendió—. Y ahora ya sabes que mis intenciones no son malas... —Bajó la voz hasta rebajarla a un susurro—. Pero te voy a contar un secreto: los romanos no me caéis bien. Ninguno —puntualizó.

—¿Ni yo?

Lidia se echó a reír.

—Un poco —reconoció—. No estás mal, y eres bueno en la cama. —De repente, se acordó del flechazo que recibió el legado la noche anterior—. ¿Cómo tienes la herida? ¿Te duele?

—No he tenido tiempo de pensar en eso. ¿Sabes que Cato Merino se ha suicidado?

Lidia abrió mucho los ojos.

—No. ¿Por qué lo ha hecho?

Jano le recordó a Lidia el asunto del amante griego y el robo de los planos. Esta vez, tuvo más tiempo para explayarse que la noche anterior. Ella escuchó la historia con un ojo medio cerrado, pero se enteró de todo. A pesar de estar borracha, sabía archivar en su mente los datos que le interesaban.

—Me da pena que Cato haya muerto —manifestó Lidia, con expresión compungida—, y eso que era un magistrado romano. ¿Ves? Me estoy volviendo medio romana. No quiero ser Lidia, quiero seguir siendo Tamura.

—Yo odio a Tamura —gruñó Jano—. Te apartó de mí. A propósito, ¿de dónde vienes tan borracha?

Lidia se bebió el resto de la copa de un trago.

—De trabajar. Cosas de espías —dijo, con la mayor naturalidad.

Jano frunció el entrecejo.

—Me prometiste que me informarías de cualquier novedad —le recordó.

—Tranquilo, te lo contaré todo. —Tamura le refrescó la memoria al legado—. ¿Te acuerdas de los espías que mencionó anoche Baxagos? Jaret, Lándigo y Dandro...

—Claro que me acuerdo. ¿Los has encontrado?

—No, pero me han informado de que se han marchado de la ciudad. —Lidia se acercó a Jano y le rodeó el cuello con los brazos; el derecho le rozó la herida, y el legado hizo una mueca de dolor—. Nos han dado un tiempo de descanso, ¿lo aprovechamos para follar?

Jano se libró del abrazo con delicadeza y trató de reconducir la conversación al tema que le interesaba. Estaba bebido, pero la cabeza aún le funcionaba lo bastante bien como para no obviar la

desaparición de los hombres de Zántico.

—Lidia, céntrate... ¿dices que se han marchado de Carnuntum?

—Tamura —lo corrigió ella—. Según me han contado, la desaparición de Baxagos los ha puesto nerviosos. Piensan que los ha vendido a los romanos. —Lidia tuvo una idea y se dirigió dando tumbos a la puerta—. Vamos a la caballeriza a por Uteljarab y se lo echamos a Baxagos, a ver si le come la polla.

A Jano le pareció una idea divertida, pero necesitaba que Lidia le contara todo de principio a fin.

—Ahora no, siéntate —dispuso, tratando de llevarla hasta una de las sillas del escritorio—. ¿Quién te ha dado esa información?

—Los espías no revelan sus fuentes, Jano Convector. ¿Sabes que Uteljarab, una vez, se comió una polla?

Por suerte para Lidia, Jano achacó ese comentario al vino y no lo relacionó con la muerte del centurión.

—¿Estás segura de que se han marchado de Carnuntum? —insistió Jano.

—Que sí, eso dice Jaret —respondió con tono de hastío—. Pero no podemos bajar la guardia... De todos modos, son unos mierdas. Si vuelven, se las verán conmigo. Y contigo. ¡Y ahora vamos a echarle el perro a Baxagos, para ver si le muerde la polla! —gritó, tratando de irse hacia la puerta.

—Mañana mejor —dijo Jano, sujetándola del brazo—. Hoy, bebamos.

Lidia se volvió hacia él, lo agarró de la pechera de la túnica y lo empujó hasta el dormitorio. Al general le dolió, pero se dejó hacer. Como Lidia siguiera así, acabaría abriéndosele la herida.

—Ahora vamos a follar —impuso Lidia—, y luego beberemos... y si tengo más ganas, follaremos otra vez.

Jano clavó los pies en el suelo. Ella lo miró con expresión ida.

—Lidia...

—Tamura —lo corrigió ella—. Te molesta ese nombre, ¿verdad?

Él no le hizo caso.

—¿Me amas?

Ella volvió a empujarle hasta el lecho donde habían dormido

juntos durante las últimas semanas. Con un último empellón —que hizo que Jano viera las estrellas— la sármata lo tumbó de espaldas sobre la cama. El legado hizo un esfuerzo para no gritar, pero el calor que precedía a la erección relegó el dolor del hombro a un segundo plano. Todas sus penas desaparecieron cuando Lidia se sacó la túnica por encima de la cabeza y dejó su cuerpo desnudo al descubierto.

—Claro que te amo, imbécil.

Se puso a horcajadas sobre él y le sujetó las muñecas contra la cama. Jano no se atrevió a hacer fuerza por miedo a que se le saltaran las costuras del hombro. La lengua de Lidia invadió su boca.

Cuando se quiso dar cuenta, Jano estaba dentro de ella.

Pasaron esa noche como Tamura quería: bebiendo y follando.

Al día siguiente se miraron, resacosos, y rieron. La cosa no era exactamente igual que antes.

Era distinta.

Lidia, ya serena, puso a Jano al corriente de su conversación con Maiôsara, sin mencionar su nombre en ningún momento. Luego decidieron salir a cabalgar. Lidia lo hizo vestida con su atuendo negro de cuero y placas. La expresión de los pretorianos al verla pasar frente a ellos fue de sorpresa total.

Desde la balconada de la fachada principal, Marco Bassaeo Rufo los vio alejarse a caballo. Meneó la cabeza y se dirigió a sus aposentos, preguntándose quién era en realidad aquella mujer.

Y en efecto, como bien le dijo Jaret a Maiôsara, hubo una tregua en Carnuntum.

Aunque ni Jano ni Lidia se imaginaban la desagradable sorpresa que les traería la primera semana de mayo.

45

Jaret disfrutaba del sol a orillas del Danubio, sentado sobre la hierba, con la mirada navegando en sus aguas. Detrás de él, alejados del río, Karaxtos entrenaba a Stornarja en el arte del combate cuerpo a cuerpo. El golpeteo de las espadas de madera chocando entre sí era constante, como si el cansancio no existiera para ninguno de los dos.

Karaxtos estaba muy satisfecho con la evolución de la joven. Su organismo estaba limpio de drogas, aunque unas nuevas influencias la mantenían en un estado cercano al trance. Por un lado, las duras sesiones con Karaxtos, que invocaban a su furia con cada estocada; por otro, los discursos de odio que Jaret, con su voz hipnótica, grababa a fuego en la mente de la muchacha.

Discursos que inculcaban una única idea en la cabeza de Stornarja.

Destruir Roma.

—Más furia —la animó Karaxtos, después de golpearle el costado con la hoja de madera; ella torció el gesto en una mueca de dolor—. ¡Más furia! Imagina que llevo una loriga y que tienes que penetrarla.

Stornarja profirió un grito y lanzó dos estocadas salvajes, pero bien dirigidas, a su maestro. Karaxtos tuvo que hacer uso de toda su destreza para mantener la guardia. Jaret giró la cabeza hacia ellos. La escena le hizo sonreír. Karaxtos paró una serie de tres golpes consecutivos. La empuñadura de su arma de entrenamiento vibró con fuerza con cada ataque de la chica.

—Es increíble —exclamó el instructor, dándose un respiro—, ¿cómo alguien tan pequeño puede golpear tan fuerte?

Jaret tenía la respuesta.

La chica estaba llena de odio.

Stornarja esquivó la estocada a fondo que el sármata lanzó contra su garganta arqueándose hacia atrás. La postura que adoptó le pareció imposible a Jaret. La joven se recuperó en cuanto la espada de Karaxtos retrocedió para volver a atacar. Soltó dos golpes rápidos a

izquierda y derecha que el guerrero detuvo de puro milagro, a punto de perder el equilibrio. Cualquier otro con menos destreza que Karaxtos estaría ahora llorando la pérdida de ambos brazos.

El sonido de cascos de caballo hizo que Jaret volviese la vista al este. En cuanto reconoció al jinete, puso los ojos en blanco y maldijo para sus adentros.

Tibês.

Jaret adivinó que se le venía encima la misma conversación recurrente que había mantenido con el curtidor desde la desaparición de Baxagos, catorce días atrás. Harto de oír cada día la misma canción, Jaret decidió montar un campamento en una arboleda discreta, a menos de media milla del río y a más de tres de la granja de Tibês.

Ni por esas era capaz de quitárselo de encima. Tibês descabalgó cerca de Jaret y este volvió a clavar la vista en el río, ignorándolo con total descaro.

—Ni rastro —fueron las primeras palabras de Tibês—. Baxagos sigue sin dar señales de vida; tenemos que hacer algo, Jaret. —Ninguna respuesta—. ¡Jaret! ¿No me oyes?

El sármata se levantó con movimientos lentos, como si le costara trabajo hacerlo. Se plantó frente al recién llegado y se dirigió a él con su voz modulada.

—Tibês, ¿es que vamos a tener esta conversación todos los putos días?

—Te recuerdo que es mi hijo y que estaba a tu cuidado.

Jaret hizo un gesto amenazador e invadió el espacio personal de Tibês.

—El imbécil de tu hijo no estaba a mi cuidado —silabeó, golpeando el pecho de Tibês con un dedo de acero—. Me lo endosaste vendiéndome la idea de que nos ayudaría, y lo único que hizo ese mocoso fue comer como una termita, molestarnos con su insoportable presencia e irse de la lengua.

—¿Otra vez con eso? —El curtidor estaba indignado—. Pero ¿qué pruebas tienes de que os delatara?

—¡Mierda, Tibês! El dueño de El Faro del Norte lo sabía todo sobre

nosotros, nuestros nombres, nuestra conexión con Zántico, que somos yacigios, que pretendíamos atacar el Bastión... ¡Todo! ¿Cómo crees que se enteró? Solo se me ocurre alguien que pudiera darle esa información: tu hijo.

—¿Y no pudo haberos escuchado mientras hablabais entre vosotros? —aventuró, dando en el clavo sin darse cuenta; el ingenio de espionaje de Ludovico Corocotta era infalible—. Qué fácil es para ti culpar a un niño...

Jaret cortó la conversación.

—Tibês, cállate —ordenó en tono amenazador—. Hasta he tenido que cambiar por completo el plan inicial por su culpa, por si lo ha largado a quien no debía. Hace dos días envié un mensajero a Zántico para proponerle otra opción, así que no lo estropees aún más.

Aquello pilló por sorpresa al curtidor.

—¿Ya no vamos a por Banadaspo?

Jaret clavó una mirada gélida en él.

—Tibês, ahora tampoco confío en ti; te enterarás a su debido tiempo. Ahora, déjalo estar.

Tibês estalló.

—Si no vas a ayudarme, buscaré a mi hijo por mi cuenta —espetó —. Pienso poner la ciudad patas arriba y no pararé hasta encontrarlo.

Tibês agarró los aperos del caballo para volver a montar, pero Jaret se lo impidió sujetándolo del brazo.

—Ahora no es momento de llamar la atención, Tibês.

Este se deshizo de la presa con violencia. Era fuerte, más que Jaret.

—¡Suéltame! —rugió—. ¡Me voy a buscarlo ahora mismo!

Jaret lo apartó del caballo de un empujón, se hizo con las riendas para que Tibês no las cogiera y gritó.

—¡Stornarja!

Karaxtos y la joven detuvieron su entrenamiento. Tibês volvió la cabeza un segundo hacia ellos e intentó arrebatarle las riendas a Jaret. Este las mantuvo fuera de su alcance y volvió a empujarlo con decisión. El curtidor apretó los dientes.

—Dame eso ahora mismo —exigió.

Jaret lo miró, impasible. La expresión de su cara era de estatua de

piedra.

—Corre —ordenó Jaret.

Tibês soltó una risa cargada de desprecio.

—¿Y qué harás si me niego? —lo retó—. ¿Matarme?

—¿Yo? Por supuesto que no. ¡Stornarja! —Jaret señaló a Tibês con la cabeza—. ¡A por él!

Stornarja corrió hacia Tibês a toda velocidad. Él sabía que no era lo bastante rápido para huir, así que eligió luchar. Si el imbécil de Jaret quería poner a prueba su juguete nuevo a medio entrenar, él lo haría pedazos delante de su nariz de marica. Tibês sacó el hacha del cinturón y esperó el ataque. Duplicaba en tamaño a aquella chiquilla y manejaba el hacha como si hubiera nacido con ella en la mano. El curtidor se prometió no hacerla sufrir más de lo imprescindible.

Se dio cuenta de que la había subestimado en cuanto paró su primer golpe descendente. La madera del mango casi se rompe ante el filo de la espada. Stornarja ejecutó una estocada a fondo que Tibês esquivó a la vez que lanzaba un tajo que la habría decapitado si ella no se hubiera agachado, casi tirándose en plancha al suelo.

Tibês retrocedió un par de pasos y cruzó un hachazo lateral que Stornarja esquivó con una acrobacia que desafió las leyes de la física, para rodar hasta la orilla fangosa del Danubio y volver a ponerse en pie.

A estas alturas, Tibês ya jadeaba. Una voz cruel, dentro de él, le recordó que los años no perdonan.

—¡Basta de jugar! —gritó Karaxtos.

La embestida de Tibês habría asustado a un legionario detrás de su escudo, pero Stornarja no se movió un ápice de su posición. Justo cuando el curtidor alzó el brazo para descargar el hachazo mortal, ella completó un vertiginoso movimiento con la espada y se apartó, quedando en posición de descargar un segundo golpe si fuera necesario.

No lo fue.

Tibês se paró justo en la ribera del río. Agachó la vista para mirarse el torso, a sabiendas de que iba a ver algo que no le iba a gustar.

Un corte profundo recorría su cuerpo del hombro a la cadera. Un trozo de tripa que no supo identificar trataba de escapar a la altura del estómago. Poco a poco, la visión se fundió en negro. Ni siquiera le dolió demasiado. Clavó las rodillas en el suelo y sus ojos vieron el Danubio por última vez.

Tibês cayó de bruces en el agua, tiñéndola con una mancha que se difuminaba en filamentos rojos que parecían tener vida propia. La sangre salpicó la hierba cuando Stornarja sacudió la espada. Jaret avanzó hacia la chica, tomó su rostro impasible entre las manos y le dio un cálido beso en la mejilla. Karaxtos se acercó. Portaba las dos espadas de entrenamiento.

—Cuando termine con ella, será capaz de matarme con las manos desnudas.

Jaret fue hasta el caballo de Tibês. El equino había asistido a la muerte de su amo sin inmutarse. Nadie lloró al peletero ese día. Jaret montó y tiró de las riendas hasta encararlo al este.

—¿Adónde vas? —quiso saber Karaxtos, curioso.

—A matar a la mujer de Tibês —respondió Jaret, antes de espolear al caballo—. A estas alturas, no voy a arriesgarme a dejar ningún cabo suelto.

Jaret se alejó al trote. Karaxtos palmeó el hombro de Stornarja. Esta ni siquiera parpadeó. Sus ojos siguieron la trayectoria de Jaret sin moverse.

Parecían muertos.

—Lo has hecho bien —la felicitó Karaxtos—. Sigamos un rato más.

Stornarja enfundó la espada y cogió en el aire la de madera que le arrojó su entrenador. Esa mañana, por primera vez, consiguió romper la guardia de Karaxtos y golpear al guerrero en pleno vientre.

Su rostro, como de costumbre, ni siquiera mostró alegría.

Dos semanas después del atentado, el hombro de Jano estaba recuperado por completo. La herida había cicatrizado bien y podía mover el brazo izquierdo como antes del flechazo.

Durante esos catorce días, su relación con Lidia —aún se negaba a

llamarla por su nombre real, y a ella parecía no importarle que no lo hiciera— fue extraña. No es que hubiera sido mala, pero sí fueron días de preguntas, respuestas y relatos. Jornadas largas de montar a caballo, correr por la campiña con Uteljarab e ir de caza.

Cazar con Lidia era toda una experiencia. Verla fundirse con el terreno, avanzar agachada con la agilidad de un lince presentando una silueta mínima, acechar a la presa y abatirla con un tiro rápido y certero hacía que la sangre de Jano hirviera de envidia, admiración y deseo.

Una tarde, después de hacer el amor en el bosque, Jano le propuso un duelo amistoso. La respuesta de Lidia lo desconcertó.

—No juego a las peleas con alguien con quien tendría que batirme en serio un día. Me gusta sorprender a mis rivales.

Aunque la tomó a broma, aquella frase le robó unas cuantas horas de sueño a Jano. No podía olvidar que dormía con alguien capaz de entrar en un campamento romano y rebanarles el pescuezo a cuarenta legionarios.

Cuando caía en ese detalle, se sentía un traidor a Roma.

Al cuarto o quinto día de la reconciliación, Jano le recordó a Lidia algo que ella dijo la mañana en la que llegaron a un acuerdo de cooperación.

—Ese día me dijiste que lo de la muerte de tu hija no fue del todo falso.

El rostro de Lidia languideció. A pesar de que no le gustaba hablar de aquello, le debía una explicación a Jano.

—Mi destino como espía guerrera se forjó cuando yo no era más que una niña que apenas sabía andar —comenzó a decir—. Mi primer recuerdo es con una espada en la mano. Pasaba las mañanas tirando con arco, simulando combates cuerpo a cuerpo, entrenando técnicas de sigilo, montando a caballo... y por las tardes aprendía latín y griego. Me hacían leer sin parar, era casi peor que el entrenamiento físico. —Lidia hizo una pausa y Jano adivinó que se avecinaba la parte más dura del relato—. Tenía trece años cuando maté a mi primer hombre en combate. En realidad, fueron dos.

—¿Romanos? —preguntó Jano con un guiño, más para darle un

toque de humor a la conversación que por conocer el dato.

Ella se dio cuenta de su buena intención y forzó una risa.

—Fueron dacios, ladrones de caballos. Después de aquello, mi instructor de combate con espada me dijo que era hora de obtener mi recompensa como mujer sármata. Una mujer sármata solo puede yacer con un hombre si antes ha matado a un enemigo —explicó—. Yo no estaba demasiado convencida, era una niña... Le comenté que no me gustaba ningún chico de los de la tribu, que no me importaba esperar. No quería hacerlo —concluyó, y su rostro se ensombreció—. Esa noche me drogaron. No sé quién, ni cuándo, ni cómo... Solo recuerdo un grupo de hombres, todos borrachos, riéndose, llevándome en volandas hasta una cabaña que olía a estiércol.

Jano sintió que se le secaba la garganta.

—¿Te violaron? —logró balbucear.

—No recuerdo nada, pero es obvio que sí. Me quedé embarazada.

Jano tragó saliva. Sintió rabia, pero dejó que Lidia siguiera hablando.

—Los primeros meses seguí entrenando como si nada hubiera pasado. En el fondo, creo que quería que aquel embarazo se malograra. Pero al quinto mes, cuando empezó a notárseme la barriga, decidí que aquella criatura era una superviviente, y que si seguía viva dentro de mí sería por alguna razón. Robé un caballo y me fui lejos. Acabé pariendo en una tribu de burios, escondida a muchas leguas de mi campamento. Si no llega a ser por Diasas, la comadrona que se apiadó de mí, mi hija y yo habríamos muerto. La niña nació muy pequeña, pensé mil veces que no lo conseguiría... pero aguantó.

—¿Y regresaste con los tuyos?

—No pude hacer otra cosa. El jefe de los burios me obligó a abandonar la aldea a las dos semanas de parir. Por mucho que Diasas le rogó que me dejara quedarme con ellos, se negó. Decía que los sármatas no éramos de fiar. La comadrona me llenó las alforjas de comida y agua. El cabrón del jefe burio se quedó con mi caballo como pago por los servicios de la matrona. Vagué durante semanas por los bosques, pero el invierno se acercaba. Sola, en tierra extraña y con una bebé tan pequeña y débil, sería imposible sobrevivir. No me

quedó más remedio que buscar a mi tribu y entregarme.

—Y te aceptaron...

—Fui castigada de la forma más dura que una mujer puede ser castigada. Se aseguraron de que no pudiera tener más hijos.

—¿Cómo? —Jano no daba crédito a lo que oía.

—Imagínatelo. Dolió. Dolió más que la peor herida de guerra.

El legado no quiso ahondar más en aquello.

—¿Y la niña? —preguntó.

—La apartaron de mí, pasó a ser propiedad de la tribu. Un año después me dijeron que murió de unas fiebres. A pesar del tiempo que estuve sin verla la lloré durante noches enteras. Fue horrible.

—Lo siento mucho —dijo Jano, apenado.

—Mi entrenamiento continuó lejos de las aldeas, hasta que entré en servicio como espía guerrera. Desde entonces no he parado más de dos semanas en el mismo lugar. —Lidia se tomó un instante para hacer una reflexión—. Puede que este palacio sea el lugar donde he vivido más tiempo.

Jano sonrió, pero había algo que no entendía.

—¿Cómo has podido mantenerte leal a tu pueblo, después de lo que te hicieron?

—Eran otros tiempos, otro rey... Luego llegó Banadaspo. Desde el principio supe que tenía que servirle. Sufre con nosotros, siente nuestro dolor... hasta siente el dolor del enemigo. Se preocupa por los yacigios y pasa el día tratando de solucionar nuestros problemas. —Lidia soltó una risa—. Creo que por eso bebe tanto...

—Lo que has dicho sobre Banadaspo me ha recordado a Marco Aurelio. Aunque el emperador apenas bebe. Bueno, sí... la porquería esa de triaca que le prepara Eudor.

—No me lo había planteado, pero sí, es posible que hasta se cayeran bien.

Jano se echó a reír.

—¿Te imaginas a Marco Aurelio hablando con él de los estoicos?

—Banadaspo lo emborracharía enseguida. Con él acabas bebiendo, aunque no te guste el vino.

Se echaron a reír. Después de aquella charla, Jano comenzó a

mirar a Lidia aún con más ternura, a pesar de tener claro quién era en realidad.

En esos días, Jano también tuvo que lidiar con Marco Bassaeo Rufo. Era evidente que el prefecto no se fiaba de Lidia. Rufo era de origen rural, poco cultivado y hosco, pero era listo como un zorro y bien educado a la vez. Si bien prefería evitarla, las veces que trataba con Lidia se mostraba respetuoso, aunque fuera incapaz de disimular la expresión desconfiada en su rostro. Una tarde, en el castro de la Decimocuarta Legión, Rufo le preguntó abiertamente al general por Lidia.

—¿Quién es esa mujer, Jano?

—Alguien de fiar —aseguró el general, escueto.

—Pero no es quien dice ser...

Jano lo miró de reojo, con una media sonrisa. Rufo no era tonto. Decidió contarle algo, sin contarle demasiado.

—No es quien dice ser, Rufo. Pero tienes mi palabra de que está conmigo por una buena razón.

—Ni augur, ni viuda.

—Ni augur, ni viuda.

—El día que te hirieron vi su arco. Es un arco de guerra escita. Y cabalga como si la hubieran parido a lomos de un caballo.

—Rufo, te juro que no tienes nada que temer —insistió el legado.

El prefecto agarró a Jano por la muñeca, en un gesto amistoso pero firme.

—Sé que amas a nuestro emperador por encima de todas las cosas. Si creyeras que esa mujer es un peligro para él o para Roma, no gozaría de tu simpatía. Pero, amigo mío, ni siquiera tú eres inmune al engaño. Si descubro que esa mujer es una amenaza, ordenaré a mi guardia que la mate... y si te pones entre ella y nosotros, tú también morirás.

Jano estudió los ojos de Rufo y leyó en ellos una determinación de acero. El prefecto no bromeaba, y el general no pudo argumentarle nada más.

—Si esa mujer me traiciona, te agradeceré su muerte y la mía. La suya por ser enemiga de Roma, y la mía por poner el Imperio en

peligro.

—Y por idiota —añadió Rufo.

—Y por idiota —corroboró Jano.

Rufo asintió y salió de la carpa donde tuvo lugar la conversación. A partir de ese día, no volvieron a sacar el tema de Lidia nunca más.

Aparte de esos momentos que Jano Convector consideró tristes, el resto del tiempo discurrió en paz. El legado tuvo tiempo incluso de visitar a Baxagos en su celda. El chico seguía callado, aguantando su encierro con estoicismo. Aquel niño le daba pena, no era más que un idiota con un arco.

Mientras Stornarja segaba la vida de Tibês al otro lado del Danubio, un joven *vigil* llegaba corriendo al palacio imperial portando importantes noticias. Las comunicó de forma atropellada a los centinelas de la puerta, estos las transmitieron a su *optio* y este voló escaleras arriba a informar en persona a Rufo. Las cejas del prefecto subieron tanto al oír la primicia que se le habría caído el casco al suelo del asombro si lo hubiera llevado puesto. Fue él mismo quien transmitió la nueva al general Convector en su despacho.

—Ponte la capa y el casco, general —dijo el prefecto—. Tenemos visita en la ciudad.

—¿Quién? —quiso saber Jano con el ceño fruncido.

—Visitantes ilustres... átate bien los calzones, se te van a caer al suelo.

46

Comparada con la espectacular cabalgata que cruzaba las puertas de Carnuntum, la entrada de Marco Aurelio en otoño fue el cortejo fúnebre de una compañía de teatro de tercera.

El desfile atravesó el cardo máximo arropado por una ensordecedora fanfarria de tambores y trompas que habría avergonzado a las que celebraron la conquista de la Galia por Julio César. Actores, equilibristas, acróbatas y tragafuegos encabezaban la hilera de carruajes venidos desde Roma. La multitud abría la boca ante el espectáculo, premiando a los recién llegados con vítores y aplausos.

Por mitad de la vía, flanqueados por gladiadores a caballo y un par de elefantes cabalgados, circulaba una docena de carruajes. Algunos transportaban fieras exóticas, como tigres, leopardos o leones que rugían al gentío, alterados por la música y el tumulto; otro carros, con pomposos ornamentos y guirnaldas de banderines, exhibían a los gladiadores más famosos de Carnuntum sentados en tronos de madera con adornos que simulaban oro. Estos contemplaban al pueblo con miradas condescendientes, jugando a ser dioses en la tierra. Intercalados entre estos carros rodaban otros, más modestos, que transportaban a los esclavos con las provisiones, aperos y mercancías necesarias para la expedición.

Pero había un carruaje que destacaba entre todos, uno que casi triplicaba en tamaño al más grande de la comitiva. Ocho caballos tiraban de un mastodonte blindado con planchas de acero y púas dispuestas en lugares estratégicos que impedían un asalto o encaramamiento no deseado. Unos ventanucos altos proporcionaban luz al interior. En el pescante, tres pretorianos miraban al gentío con cara de pocos amigos.

Si algún afortunado hubiera podido asomarse a su interior, habría descubierto la versión móvil de una lujosa estancia palaciega.

Triclinios, mesas de cobre, vajillas, cojines, cortinajes... Ni siquiera faltaba un pequeño habitáculo para mantener a los esclavos separados de sus amos.

Era la primera vez que Carnuntum admiraba aquel ingenio que parecía cualquier cosa menos un carruaje. Sin embargo, Jano Convector lo conocía y podía adivinar quién viajaba dentro.

—¿Habrán venido todos? —dijo Rufo, leyendo los pensamientos del legado.

—Espero que no —masculló Jano; el prefecto y él se plantaron en mitad del cardo máximo—. Esto es una locura. Apuesto que el emperador no tiene conocimiento de esto.

—No es nuestro problema, general.

Jano casi se echa a reír. Dependiendo de quién viajara dentro del carro blindado, sí que podría ser un problema.

Al menos, para Jano.

Los oficiales dejaron pasar a los acróbatas, a los malabaristas, a algunas carretas de carga y a las jaulas de las fieras. Rufo pegó un respingo cuando una leona le rugió en plena oreja, como si tuviera algo personal contra él. Cuando le llegó el turno al carruaje blindado, Jano y Rufo se plantaron delante y lo ordenaron detenerse. El conductor tiró de las riendas. Los tres guardias pretorianos ejecutaron un saludo militar desde el pescante.

—Ave, general —saludó el centurión sentado a la derecha del conductor—. Nos dirigimos a la residencia del emperador Marco Aurelio, pero antes...

Jano lo interrumpió dando un hachazo al aire con la mano extendida.

—¿Se puede saber qué hacéis en mitad de este circo? —preguntó, esquivando a una pareja de actores que recitaban poemas absurdos con flores en la cabeza mientras ejecutaban ridículos pasos de baile.

—Es nuestra escolta, general —manifestó el centurión con cara de circunstancias. Jano se dio cuenta de que sus acompañantes se esforzaban para no echarse a reír.

—¿Y habéis venido desde Roma con esta fauna? —inquirió Rufo, incrédulo.

—Desde Roma, prefecto —respondió el centurión, avergonzado.

Jano vio a niños y mayores agolpándose alrededor del carruaje donde viajaban los gladiadores estrella. Estos se levantaban de sus tronos falsos y exhibían los músculos o esgrimían las armas con expresiones feroces en los rostros embadurnados de aceite. La pacífica rutina de la ciudad se había transformado en un jolgorio general, y los aledaños de la calle se colapsaban con gente atraída por la música y los aplausos. El legado empezó a ponerse nervioso. Si quedaba un solo espía de Zántico en Carnuntum, no tardaría en darse cuenta de que algo grande estaba pasando. Y si averiguaban la identidad de cualquiera de los pasajeros del carruaje blindado...

Jano se dirigió a Rufo.

—Vamos a sacar el carruaje de la calle, ya —dijo, hablando muy rápido—. ¿Cuánto tardas en reunir una escolta?

—Un parpadeo, general.

Rufo tiró del cordón que llevaba alrededor del cuello hasta hacerse con el silbato que ocultaba dentro de la coraza. Sopló dos veces con todas sus fuerzas, para que el pitido se elevara por encima de la fanfarria. En pocos segundos, todos los *vigiles* y pretorianos que lo oyeron llegaron a paso ligero hasta el prefecto, apartando a empujones a los civiles cuando estos no se movían por iniciativa propia. No necesitó ni hablar: un par de gestos y una treintena de guardias rodeó al carro acorazado con las lanzas prestas. Jano se dirigió al conductor del carruaje.

—Detrás de mí.

El centurión carraspeó.

—Perdón, general, pero tenemos órdenes de terminar el desfile con los gladiadores. Al pequeño le hace mucha ilusión...

—Me da igual el pequeño —lo cortó Jano, con una mirada ígnea—. Este carruaje está ahora mismo bajo mi mando.

A pesar de que trataba de disimular sus temblores, el centurión aún dudaba si hacer caso a su orden original o al legado al que ni siquiera conocía.

—General, insisto, tenemos órdenes...

Jano lo interrumpió de nuevo.

—¿Quieres que suba y os tire a los tres fuera del pescante? —La expresión de burla contenida del conductor y del acompañante se borró en el acto—. Si alguno de vosotros vuelve a abrir la boca o intuyo la mínima sonrisita, yo mismo le coseré los labios y lo mandaré al peor rincón del frente que se me ocurra. ¿Entendido? Ahora, seguidme.

El conductor, acongojado, hizo girar el carruaje. Por delante de este, los *vigiles* se abrían paso entre el gentío. En cuanto la mole acorazada abandonó el desfile, este continuó para satisfacción de Carnuntum, que siguió prodigándose en aplausos y ovaciones. Para alivio de Jano, los gladiadores acaparaban la atención mucho más que el carruaje, que enseguida encarriló por una calle lo bastante amplia para rodar sin problemas. Encontraron el camino hasta el palacio despejado de peatones, ya que la mayoría había corrido a ver la parada al cardo máximo. Una vez dentro del recinto, los guardias pretorianos y los *vigiles* formaron frente a Rufo, delante del carruaje. Jano caminó hasta la parte trasera para recibir a su pasaje. Inspiró hondo y rezó para que la persona en la que él estaba pensando no viajara dentro.

Los dioses, como de costumbre, se rieron de él en su cara.

El primero en salir del carruaje fue un crío de cabello rizado y rasgos hermosos que se abrazó a Jano como si le fuera la vida en ello.

—¡Tío Jano! —exclamó. El legado no pudo hacer más que abrazar a aquel pedazo de felicidad ambulante con una sonrisa—. ¡Hemos viajado con los gladiadores! ¡Y con fieras! ¡Le di de comer a un tigre!

—Eso me lo tienes que contar con más tranquilidad, Cómodo —dijo Jano—. Me alegro mucho de verte.

La siguiente en desembarcar fue una joven de veinticuatro años con pómulos redondeados, nariz recta y cabello recogido en un elaborado tocado. A pesar de su juventud, había enviudado a los veintiuno y había parido tres hijos. Jano la recibió con una sonrisa tierna. Aquella muchacha era la versión femenina de su padre, el emperador Marco Aurelio.

—¡Jano! Me resulta extraño verte sin mi padre...

—Lucila —la saludó, besándole la mano—. ¿Y tus hijos?

—En Roma, con Cornificia y Fadila —respondió Lucila, refiriéndose a sus hermanas, de doce y trece años—. Los hemos dejado a todos con la familia de Tiberio. Este no es lugar para niños —reconoció—, pero ya conoces a este torbellino —rio, señalando a Cómodo, que andaba toqueteando la empuñadura del *gladius* de Jano —. Cuando supo que viajaríamos con los gladiadores se volvió loco. Si lo hubiéramos dejado en Roma la habría quemado, como Nerón. ¿Sabes algo de mi esposo?

—Tu general Tiberio Claudio Pompeyano ha derrotado a los marcomanos junto con tu padre y Pertinax —informó—. Está bien, pronto lo verás.

—Le he echado mucho de menos —confesó ella—. He hecho muchos sacrificios a los dioses por él y por mi padre.

—¿Habéis venido solos, Cómodo y tú? —deseó en voz alta el legado.

Como respuesta a su pregunta, un rostro otrora alegre y hermoso surgió de la penumbra del carruaje. La mujer, de cuarenta y cinco años recién cumplidos, aparentaba diez más. Su rostro avejentado había perdido la expresión jubilosa de otros tiempos. Los ojos, que una vez fueron chispas de felicidad, no eran ahora más que dos puntos negros con un destello de malicia que ponía los pelos de punta. Su hija mayor murió antes de cumplir los diecinueve; siete hijos, después de ella, ni siquiera llegaron a los doce. Con cada una de esas muertes prematuras, un trozo de su alma se fue al infierno.

Jano se envaró al ver a Annia Galeria Faustina, más conocida como Faustina la Menor. El general maldijo a los dioses, pero mantuvo la serenidad.

—*Domina* —Jano agachó la cabeza ante la emperatriz—, es un honor gozar de tu augusta presencia en Carnuntum.

Faustina dibujó una sonrisa rica en cinismo y pobre en dientes. Aquella falta de piezas era más o menos reciente. Hacía meses que Jano no coincidía con la esposa de Marco Aurelio —la evitaba como a la peste, y los pocos encuentros que tenía con ella eran los imprescindibles—, pero parecía no haberla visto en años. El tiempo trataba a Faustina igual de mal que la había tratado la vida.

—Hace mucho que no te alegras de verme, Jano, así que no mientas —soltó la emperatriz, sin dejar de esbozar aquella sonrisa desdentada y odiosa; Lucila, sabedora de la tensa relación entre su madre y el legado, aprovechó la presencia de Uteljarab, que acababa de asomar el hocico fuera de las caballerizas, para alejar a Cómodo de la escena. El perro corrió hacia el niño moviendo el rabo en un ataque de felicidad—. ¿Se sabe algo de mi esposo?

—Sabemos que viene de camino, pero se detiene en cada aldea conquistada para parlamentar con los caudillos bárbaros. Aún tardará unos días.

Faustina elevó la vista hacia el edificio y lo examinó con ojos inquisidores. Jano aprovechó para hacer un gesto a Rufo y que disolviera la guardia. La emperatriz dio por finalizado su estudio arquitectónico.

—Nunca imaginé que el palacio imperial de Carnuntum fuera así. Esto no es más que una *domus* destartalada.

—Es el edificio oficial de los magistrados —explicó Jano, tratando de mantener un tono neutro—. Lo ceden al emperador cuando viene a la ciudad.

Faustina compuso un gesto escéptico y señaló la escalinata que se extendía frente al palacio.

—Llévame a mis aposentos —ordenó.

—Sígueme, *domina*. Ordenaré que saquen mis cosas de allí de inmediato.

Ella le lanzó una mirada ácida.

—¿Usas la alcoba imperial?

—Marco Aurelio... El emperador me lo ofreció.

Faustina hizo un mohín de disgusto y subió hasta el segundo piso. Abajo, en el carruaje, sus cuatro esclavas sacaban el equipaje. Jano abrió la puerta del despacho y cedió el paso a la emperatriz sin siquiera echar una ojeada dentro. Cuando esta entró, la oyó decir:

—¿Quién eres?

Jano entró como un rayo. Plantada en mitad del despacho, Lidia estudiaba a la señora que acababa de entrar sin tener ni idea de quién era. Ambas mujeres estaban frente a frente.

—¿No sabes quién soy? —preguntó Faustina a Lidia, que la contemplaba como si acabara de materializarse un espíritu delante de sus narices.

Jano abrió tanto los ojos detrás de Faustina que Lidia pensó que quería matarla disparándole los globos oculares. La sármata concluyó que debía de tratarse de alguien importante, así que bajó la cabeza en una pose de humildad que produjo un alivio inenarrable al legado.

—Lo siento, *domina*, no —reconoció Lidia—. Pero te presento mis disculpas y mis respetos.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lidia Veturia, *domina* —dijo, sin elevar la vista del suelo.

Jano no sabía cómo asimilar aquella escena. Si Faustina supiera que tenía a dos palmos de ella a una asesina capaz de matarla en un segundo con sus manos desnudas...

La emperatriz se volvió a Jano, con una mirada de hielo.

—¿Me puedes explicar qué hace esta mujer en los aposentos de mi esposo?

Fue en ese momento cuando Lidia cayó en quién era la mujer que tenía frente a ella. Jano barajó varias respuestas, pero ninguna le pareció acertada. Preveía tempestad en un horizonte cercano. Eligió la que le pareció más sincera.

—Es mi concubina, *domina*.

—¿Y el emperador sabe que compartes su lecho con esta... mujer?

—Me dijo que usara estas dependencias como si fueran mías —se excusó el legado, y su excusa le sonó muy torpe.

Faustina se volvió a Lidia.

—Fuera.

Jano sintió que los testículos se le subían a la garganta. Si Lidia se ofendía y desataba a Tamura, podría matar a Faustina a puñetazos. Por fortuna, Lidia agachó aún más la cabeza.

—Como ordenes, *domina*. ¿Me permites recoger mis cosas?

Faustina asintió con un cabeceo. Lidia no tardó ni dos minutos en empaquetar sus pertenencias en los mismos dos morrales con los que llegó a Carnuntum. También se colgó el saco con su equipo de batalla a la espalda. A Jano le rompió el corazón verla abandonar el

despacho, humillada, cargada como un buhonero. Recordó sus palabras: aquellas dependencias habían sido su casa, la casa en la que más tiempo seguido había pasado. Antes de que desapareciera por el pasillo, Jano la llamó.

—Lidia.

—¿Sí?

—Espérame abajo.

—Cierra la puerta —ordenó Faustina.

Jano obedeció y se quedó a solas con la emperatriz, que era lo que menos le gustaba. Ella se acercó a él. Demasiado.

—Es guapa. ¿Vas en serio con ella?

—Sí, *domina*.

—Es afortunada —dijo ella, posando una mano sobre el pectoral de la loriga *musculata*—. Aún recuerdo lo que es disfrutar de este cuerpo.

El legado cambió de tema a velocidad de vértigo.

—*Domina*, ha sido una temeridad por tu parte venir a Carnuntum sin avisar. Hemos sufrido una racha de asesinatos.

Faustina señaló al legado con un índice amenazador. Jano pensó que era como la garra de una arpía.

—No vuelvas a cuestionar mis decisiones —advirtió—. El Imperio es mi casa y me muevo por él como por los pasillos de mi palacio de Roma. Si hay asesinatos, es tu obligación detener a los criminales, no reprenderme por haber venido a una ciudad que me pertenece y es insegura por tu culpa.

Jano respiró hondo. Hiciera lo que hiciese, nunca estaría contenta.

—Tenemos razones para creer que esos asesinos no están ahora mismo en la ciudad —explicó Jano—. Pero si llega a sus oídos que habéis venido, tanto tú como tu familia estáis en peligro. ¿No podíais haber entrado en la ciudad de una forma más discreta? Se hablará de ese desfile durante semanas.

—Bah, la gente estaba volcada con los gladiadores —argumentó Faustina—. Cómodo quería entrar en Carnuntum con ellos. Tenías que haberlo visto espiando por los ventanucos. Está obsesionado con los juegos, le encantan... no sé a quién habrá salido. —Dicho esto, soltó una risita maligna que hizo enrojecer a Jano.

—*Domina*, esos asesinos son peligrosos. Incluso han llegado a atentar contra mí.

—Pobrecito, ¿no me digas? —se burló Faustina—. ¿Y qué te han hecho? No te veo demasiado mal...

—Me dispararon una flecha. Y yo estaba justo donde estás tú de pie. El tirador estaba apostado en el edificio que hay frente al balcón.

Faustina se asomó y vio la terraza condenada con tablones.

—Bueno, se ve que has solucionado ese asunto, ¿no?

—Aquí estaréis seguros, pero no deberíais salir del palacio, ni tú, ni Lucila, ni mucho menos Cómodo.

—¿Por qué mucho menos Cómodo? —preguntó ella, con una ceja alzada.

Jano soltó un suspiro de desesperación. Hablar con Faustina lo agotaba.

—Esos canallas asesinan niños. Si supieran que él está aquí...

—Pero ahora dices que no están, ¿no?

—Eso creemos, pero no podemos estar seguros del todo.

—Pues cerciórate —exigió—. Tienes una legión entera acampada ahí fuera, y tres cuartas partes de la Guardia Pretoriana de mi esposo está en esta maldita ciudad. ¿Me estás diciendo que no eres capaz de protegernos con todos esos soldados bajo tus órdenes?

Jano se sintió humillado. Tenía las mismas ganas de asesinar a Faustina que de acurrucarse en un rincón solitario a llorar.

—Solo te pido que no cometáis ninguna imprudencia, *domina*. Ni tú, ni tus hijos. Solo eso.

Faustina soltó una risita de triunfo y deambuló por la habitación. Incluso se permitió manipular documentos oficiales desplegados sobre el escritorio. No le interesaban lo más mínimo, lo hizo solo para demostrar que todo lo que había allí le pertenecía. Si hubiera sido un perro, habría meado en todas y cada una de las esquinas de aquellas dependencias.

Era la esposa del emperador y Jano, su lacayo.

—A propósito —comenzó a decir Faustina—, un viejo amigo tuyo ha viajado con nosotros desde Roma. De hecho, fue él quien nos invitó a venir a Carnuntum con los gladiadores. Me convenció de que era la

forma más segura de viajar. Nadie en su sano juicio asaltaría una caravana de gladiadores.

Jano frunció el ceño. Había días que era mejor que no existieran.

—¿Un viejo amigo mío? ¿Quién es?

—El nuevo *doctore* del *ludus* de Carnuntum. Me rogó que no te dijera quién es, quiere darte una sorpresa... y a mí no me gusta chafar sorpresas.

El legado sintió un nuevo cosquilleo en el estómago. Recordaba a mucha gente de su etapa como gladiador, pero no tenía ni idea de quién podría ser aquel misterioso *doctore*. Pensó en rezar de nuevo a los dioses, para que fuera cualquiera menos uno en particular. Un hombre al que habría preferido olvidar, uno que solo le trajo disgustos en el pasado.

En cuanto se acordó de que los dioses le habían traído a Faustina envuelta en un carruaje blindado decidió que las deidades no se merecían ni oraciones ni sacrificios. Llamaron a la puerta con los nudillos. Jano abrió y dejó pasar a unas esclavas cargadas con cofres y fardos.

—Ah, mis cosas —celebró Faustina, que se volvió a Jano—. Envía a alguien a que retire tus pertenencias.

—De inmediato, *domina*.

—Ahora, retírate.

Le faltó decir: «Me molestas».

Jano le dedicó un saludo militar y abandonó la habitación. Vio a Rufo en el pasillo, en la cima de las escaleras. Parecía estar esperándolo.

—Se acabó la tranquilidad, ¿no? —gruñó Rufo cuando Jano llegó a su lado.

—No sé qué ha venido a hacer aquí. Seguro que quiere pasar a la historia como la madrina de la campaña de Marco Aurelio contra los bárbaros o alguna estupidez similar. Me acaba de echar —apuntó.

—¿Te quedas en palacio o te vas al castro de la Decimocuarta? Puedo enviarte tus cosas allí.

—Aún no lo sé, todo esto me ha pillado de improviso.

—Lo sé. Tú tranquilo, general, yo me hago cargo de todo, ¿de

acuerdo? —El prefecto bajó la voz—. Sé que entre la emperatriz y tú hay algo... personal.

Jano se puso serio.

—¿Qué has oído?

—Nada... y todo. Ya sabes, la gente habla.

—La gente habla demasiado y miente más que habla.

—No lo dudo, Jano. Escúchame, no te estoy tocando las narices, estoy tratando de decir que estoy aquí para ayudarte. Estaré pendiente de la emperatriz para que te moleste lo menos posible, ¿de acuerdo?

Jano asintió y obsequió a Rufo con una leve sonrisa.

—Gracias.

Bajó hasta la planta baja, donde encontró a Lidia con sus morrales. Uteljarab estaba a su lado, sentado y jadeante, después de haber jugado un buen rato con Cómodo. Lidia se acercó a Jano y le habló en voz baja.

—He visto a una joven y a un niño. Y a varias esclavas, y a guardias que no conozco... Y ese carro que parece un castillo.

—Es la familia imperial —dijo el legado.

Una luz de alarma se encendió en los ojos de Lidia.

—¿Has pensado que si Jaret se entera de que están aquí...?

—Ni lo menciones. El infortunio tiene las orejas siempre prestas.

—¿Qué piensas hacer?

Jano se dijo que necesitaba un respiro.

—Deja tus cosas en el cuerpo de guardia. Daremos un paseo y lo decidiremos juntos.

47

Al igual que el resto de Carnuntum, el extraño acudió al sonido de la fanfarria.

Atraído por la música y los vítores, atravesó calles y pasajes. Su corazón se aceleró al pensar que podría tratarse del emperador. Se abrió paso entre el gentío a voces y empujones, al tiempo que representaba uno de sus papeles preferidos: el de viejo medio loco al que todo el mundo evita a toda costa.

—¡Paso! ¡Paso a un viejo veterano de la legión!

La cojera que simulaba y el modo en que se encorvaba resultaban convincentes hasta para los médicos más versados. Lo que no le costaba fingir era su falta de visión. Hacía solo dos días que había abandonado su refugio en las profundidades de la tierra y el sol aún le mordía las pupilas. A veces se preguntaba si sería una pérdida de vista pasajera o la antesala a una ceguera permanente.

Su estancia en las alcantarillas fue infernal. Pasó semanas a la luz de los candiles, aterido por el frío húmedo, cazando ratas y cucarachas para malcomer y bebiendo las reservas de agua que, como previsión ante algún imprevisto, había almacenado en su guarida antes de tener que encerrarse en ella.

La noche que las patrullas romanas infestaron sus dominios, creyó que no lo contaba. Escapó de ellas de milagro y se encerró en el almacén que había descubierto gracias a los planos originales de las cloacas. El musgo y la mugre habían fundido la puerta de entrada con la pared, haciéndola invisible a cualquiera que desconociera su existencia. Al principio, pensó que los guardias buscarían a alguien y se marcharían una vez concluyeran su misión.

Se equivocó. Los romanos no se marcharon. Durante semanas se instalaron en cada cruce de túneles y convirtieron cualquier incursión fuera del almacén secreto en un suicidio, hasta que dejó de oírlos, dos noches atrás.

El extraño salió de su madriguera debilitado por el encierro, ciego como un topo, tanteando las paredes resbaladizas como un resucitado saliendo de la tumba. La posibilidad de encontrarse con una patrulla le pareció el menor de sus problemas. Moriría luchando, como había vivido, pero no pasaría ni un día más encuevado como una alimaña.

Llegó hasta la puerta que conectaba con el sótano de la pequeña vivienda que ahora se conocía como la Casa de la Muerte. Trató de abrirla, pero la encontró cerrada por dentro. Intentó forzarla con desesperación y sin éxito. Imaginó que en esa bodega podría encontrar algo de comida y agua más potable que la que había consumido durante las últimas semanas.

El único camino que le quedaba hacia la superficie eran los desagües que desembocaban en el Danubio. Se orientó como pudo hasta el sumidero más cercano. Ignoraba si el mundo lo recibiría con la luz del día o con la oscuridad de la noche. Prefería lo segundo. Enfrentarse a la luz solar después de tanto tiempo entre tinieblas le asustaba.

Sin embargo, la primera luz que vio al final del túnel fue la de un par de antorchas.

Dos soldados hacían guardia en el exterior. Charlaban entre ellos para matar el tiempo. Por la despreocupación con la que actuaban, era evidente que las cosas se habían tranquilizado en los últimos días. El extraño apreció que aún no habían arreglado las antiguas rejas, que seguían cedidas y arqueadas. Alguien como él, de complexión delgada, podía deslizarse entre los barrotes sin necesidad de abrir la puerta metálica cerrada con llave que impedía el paso no autorizado a las cloacas. Lo único que lo separaba de la libertad era la presencia de aquellos dos guardias.

A pesar de sentirse débil, el extraño sacó fuerzas de lo más profundo de su ser. Si tenía que morir en el intento, moriría. Sin hacer ruido desenrolló el látigo que llevaba cruzado en el pecho. Tanteó su propio cuerpo hasta dar con un pequeño garfio cortante, algo más pequeño que la palma de su mano, y lo instaló en la pieza metálica del extremo. Ahora tenía un arma mortal.

Desde la oscuridad, calculó el golpe para que la punta metálica

pasara entre los barrotes sin golpearlos ni enrollarse en ellos. El movimiento de muñeca tenía que ser preciso.

Todo duró un segundo.

La punta del látigo surcó el aire, cruzó los barrotes y se enroscó en el cuello del centinela de la derecha. Cuando el extraño tiró con fuerza hacia atrás, el vigilante dio dos vueltas sobre sí mismo, como una peonza, y se mantuvo de pie, en silencio. Fue tan rápido que su compañero no tuvo tiempo de entender qué acababa de pasar.

—Valerio. —La voz del centinela pertenecía a alguien muy joven; el olor de su miedo llegó hasta el extraño—. Valerio, ¿qué te pasa?

El soldado dio un respingo al ver el manantial de sangre que manaba del cuello de su compañero. Aquel pobre infeliz todavía tardó un par de segundos en caer de bruces, fulminado. Sin saber muy bien qué hacer, el muchacho se agachó junto a su cuerpo y empezó a sacudirlo.

—¡Valerio! ¡Valerio, responde!

Aún no había encontrado una explicación lógica a lo que le acababa de pasarle a su amigo cuando notó algo que se le enrollaba alrededor del brazo. De repente sintió un dolor agudo en la parte interna del codo.

Gritó.

El garfio había cortado la carne hasta la articulación, aferrándose al hueso como un gancho a la borda de una barca. Cuando el extraño tiró de él, el *vigil* no tuvo más remedio que correr hacia la reja para no perder el brazo. El casco de metal produjo un sonido de campana al chocar con los barrotes, de entre los que surgió una mano delgada y fibrosa armada con una daga.

Un instante después, el centinela tenía la cabeza inmovilizada contra la reja, con un brazo medio amputado y la punta de un cuchillo en la garganta.

—¿Quieres vivir? —le preguntó una voz con acento bárbaro.

El chico asintió. Lágrimas de dolor y miedo corrían por sus mejillas. Bajo la falda roja del uniforme, un líquido distinto a las lágrimas empapó sus calzones.

—Pues vas a responder a todas mis preguntas.

El muchacho cumplió su parte del trato. El extraño no.

Después de saquearlos, el hombre de las profundidades arrastró los dos cadáveres al río. Si la corriente los hacía desaparecer, siempre quedaría la duda de si habían desertado. El extraño comprobó que aún llevaba su espada en el cinto. Tendría que esconderla en alguna parte si tenía que entrar en Carnuntum por la puerta principal. También le vendría bien asearse; semanas de hedor a cloaca se habían adherido a su piel como una costra maloliente.

Se desnudó y se zambulló en las aguas del Danubio. En ellas se sintió renacer. Estuvo en remojo hasta que dejó de apestar a cloaca.

El extraño pasó el resto de la noche oculto entre unos matorrales, esperando a que su ropa se secara y a que abrieran la puerta de Carnuntum, al amanecer. La información que le proporcionó el joven soldado antes de clavarle la daga fue interesante e inquietante a la vez. Al parecer, la última víctima de la asesina había sobrevivido, aunque esta no había vuelto a dar señales de vida. La Casa de la Muerte había sido clausurada y sometida a vigilancia. El extraño aún recordaba cuando tuvo que deshacerse de la dueña para hacer suyo ese cubil y ocultar allí a Stornarja.

Pero ahora su asesina se había esfumado sin dejar rastro. Estaba seguro de que no se había marchado por iniciativa propia. Puede que se hubiera escondido por seguridad, o también pudiera ser que le hubiera sucedido algo malo.

Tendría que investigar, buscarla por la ciudad.

Pero en ese momento, solo le interesaba una cosa.

El desfile.

—¡Paso! ¡Paso a un viejo veterano de la legión!

Chocó con un joven que le empujó y le dedicó una maldición. El extraño fingió miedo y siguió abriéndose paso entre el gentío, a pesar de que podría haber matado a aquel muchacho malcarado con una facilidad pasmosa. Cojeando y vociferando, poco a poco consiguió colarse en primera fila.

Lo que vio, al principio, no llamó demasiado su atención: gladiadores, fieras, volatineros... Típico entretenimiento para romanos estúpidos. Hasta que sus ojos se clavaron en un carruaje que le pareció

una prodigiosa máquina militar.

El extraño observó cómo dos oficiales engalanados detenían aquel ingenio tirado por ocho caballos. Uno de ellos dio dos pitidos estridentes. En pocos instantes un destacamento armado rodeó el carro.

Tenía que acercarse para ver mejor aquello.

—Una limosna... —empezó a gritar, con la palma extendida—. ¿Alguien me da una limosna?

Nadie le hizo el menor caso. Mientras fingía mendigar entre la multitud entregada a los gladiadores, se acercó al grupo de *vigiles*. Sonrió para sus adentros: era invisible. Aguzó el oído hasta captar una conversación entre dos guardias.

—Pero ¿quién coño va ahí dentro? —preguntó uno de ellos.

—¿Será el emperador? —conjeturó un segundo.

—Imposible —dijo un tercero—, el día que el emperador regrese lo hará a caballo, en un desfile triunfal, junto a sus legiones.

Un cuarto guardia se acercó al grupo, adoptando un aire misterioso.

—He oído decir al centurión que es el carruaje acorazado de la familia imperial.

—¿La familia imperial? —casi gritó el primero que habló.

El recién llegado lo mandó callar.

—Como nos oigan, verás.

—Atentos, nos ponemos en marcha...

El extraño esbozó una sonrisa de lobo debajo de la capucha que ocultaba sus facciones. Atravesó la muralla humana que contemplaba el desfile para seguir a la comitiva del carro blindado desde una distancia prudencial. No la perdió de vista hasta que desapareció dentro del palacio imperial. Aquello pintaba bien. Si los guardias estaban en lo cierto, uno o más miembros de la familia de Marco Aurelio acababan de llegar a Carnuntum.

Ahora solo tenía que encontrar a su asesina e indicarle dónde estaba su nuevo coto de caza.

El hombretón entró en El Faro del Norte con la mayor naturalidad del mundo. Los habituales de la taberna lo miraron con disimulo. Su corpulencia llamaba la atención. Por la forma en la que estiraba el cuello, estaba buscando a alguien. Después de pasar un rato oteando el comedor sin éxito, salió al atrio.

Se secó el sudor de la nuca con el trapo que llevaba encajado en el cinturón. Aquel maldito calor iba a acabar con él. A sus treinta y cinco años no recordaba un mayo tan caluroso. Atravesó el patio refugiándose en todo momento en las sombras que proyectaban los toldos.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó uno de los dependientes del despacho de vino, cansado de verlo mirar en todas direcciones sin parar.

—¿Sabes dónde puedo encontrar al hombre con el perro en la cabeza?

—Ah, Ictis... —El empleado señaló hacia arriba, más allá del puente de enredaderas—. Lo encontrarás en el segundo piso de la hospedería arreglando una puerta, o algo así. ¿Quieres que te acompañe alguien?

El visitante rechazó la ayuda.

—Conozco el camino.

Subió la escalera de la casa de huéspedes y buscó a Ictis. Divisó la cabeza de perro al final del pasillo. Como le había dicho el empleado, trasteaba con las bisagras de una puerta de madera. El recién llegado caminó hacia él.

El oído de Ictis captó la presencia del gigantón cuando este se encontraba todavía a treinta pasos de distancia. Frunció el ceño al reconocerlo. ¿Qué querría aquel tipo? Con disimulo, colocó la mano en la empuñadura de la daga que ocultaba entre sus ropajes, aun a sabiendas de que le sería muy difícil defenderse de aquella bestia de guerra.

—Eh, Ictis —lo llamó el recién llegado; su tono era amistoso—. ¿Te acuerdas de mí? Dandro.

Se acordaba de él: el único de aquellos malditos mercenarios que no lo trató de basura para abajo. De todos ellos, fue el que más

atención prestó a su historia, hasta el punto de que su amigo el guapo lo mandó callar en más de una ocasión. Como de costumbre, Ictis eligió uno de los personajes que guardaba en el arcón de la conveniencia, se vistió con sus ropajes imaginarios y se puso de pie con la mejor de sus sonrisas.

—Claro, Dandro, ¿cómo no voy a acordarme? ¿Cómo estás, amigo?

—Bien. —El sármata miró a un lado y a otro del pasillo; una de las puertas se abrió cerca de donde se encontraban. Una familia formada por un matrimonio y cuatro hijos de todas las edades invadió el corredor—. ¿Podemos hablar en algún sitio más discreto?

—Eh... ¿de qué quieres hablar? —preguntó Ictis, receloso. La idea de estar a solas con aquel hombre tan grande lo desasosegaba.

—Negocios —dijo Dandro, en un tono apenas audible.

A Ictis le sorprendió aquella revelación, pero él nunca se negaba a oír cualquier cosa que pudiera oler a dinero.

—Vamos a mi oficina.

La oficina de Ictis resultó ser un cuartucho lleno de cubos, trapos, lencería de cama, velas sin usar y un montón de material para el servicio de las habitaciones. El vándalo encendió una lámpara de aceite, asomó el hocico al exterior una última vez, cerró la puerta e invitó a Dandro a hablar.

—Tú dirás —dijo.

—Es sobre el Cíclope. Jaret... sabes quién es Jaret, ¿no?

—Sí, el de la carita de efebo.

Dandro soltó una risotada.

—Ese mismo. Después de mucho hablar, al final lo he convencido para que vayamos contigo a por el Cíclope cuando terminemos con una misión que nos traemos entre manos.

—¿Una misión? —preguntó Ictis—. ¿Qué misión?

Dandro no era tan estúpido para largar con tanta facilidad.

—¿Estás loco? No te lo puedo decir.

Ictis torció el gesto. La idea de ir a por el Cíclope con Jaret no le convencía.

—No sé, Dandro —rezongó—. Por cómo fue la conversación aquel día, creo que no le caigo bien. Casi me echa a patadas, no me fío...

—Jaret está concentrado en la misión ahora mismo y no puede pensar en otra cosa —lo defendió Dandro—. Además, contamos con un par de guerreros muy fuertes que no conoces. El equipo sería perfecto.

Ictis lo pensó un rato. Jaret no le caía bien, pero lo cierto es que un grupo como el suyo sería perfecto para asaltar la guarida del Cíclope. El vándalo se dijo que se había pasado la vida jugándose el dinero y el pescuezo, y por ahora lo mantenía intacto. Por otra parte, había un factor que podría hacer que ni Dandro, ni Jaret ni ninguno de sus hombres tuvieran oportunidad alguna de ir por el Cíclope. Pasara lo que pasase, no tenía nada que perder.

—¿Seguro que Jaret no me degollará cuando consigamos el tesoro?

—Créeme, es de fiar —afirmó Dandro, muy serio.

Ictis y Dandro estrecharon sus antebrazos.

—Me parece que tenemos un trato —comentó el rastreador.

—De acuerdo —repuso el sármata, feliz—. Estaremos en contacto.

—Estaremos en contacto —corroboró Ictis.

Dandro se fue y lo dejó solo en su cuchitril. Ictis sonrió. Lo más probable era que aquella mujer que peleaba como un demonio del averno encontrara a Jaret y a sus esbirros antes de que cumplieran su misión, fuera esta cual fuese.

Y si eso era así, no haría falta un Cíclope para destriparlos.

48

Después de cuatro horas de conocer a Faustina la Menor, Marco Bassaeo Rufo deseaba acabar con las existencias de vino de Carnuntum y de toda Panonia.

—Ahora te entiendo, Jano —masculló para sí—, ahora te entiendo.

En ese lapso, Rufo tuvo que organizar el desahucio de Jano de las dependencias del emperador, durante el cual le tocó discriminar los documentos del legado de los del césar, que no eran pocos. A continuación, tuvo que ocuparse de los ocho caballos del carruaje, que la emperatriz elevó al rango de familia noble. Aún no había terminado de instruir a un contubernio de pretorianos para que trataran a las bestias como patricios, cuando Faustina ordenó una limpieza general de la segunda planta del palacio, incluido cada rincón de sus habitaciones.

—Que la guardia se ocupe —ordenó la emperatriz—. Mis esclavas están muy atareadas organizando mi equipaje. Ah, prefecto, y que limpien el carruaje: trae polvo de Roma pegado en sus bajos.

Mientras cuatro pretorianos armados con baldes de agua y trapos limpiaban el barro del camino al palacio rodante, Cómodo se dedicó a revolotear alrededor del prefecto como una mosca de caballo. Le interrogó sobre su carrera militar, le preguntó cuántos hombres había matado, le pidió que le enseñara el *gladius*, se interesó por el relieve del escorpión que presidía su armadura, se quiso poner el casco... «Hasta el maldito perro se ha cansado de él», pensó Rufo, observando cómo el animal, harto de juegos, se había tumbado a la sombra de uno de los árboles del patio exterior del palacio.

—Luego te contaré historias de la guerra con los partos —prometió Rufo al niño, en un intento desesperado para que lo dejara en paz—. Ahora estoy cumpliendo encargos de tu madre.

Rufo sintió el deseo de salir corriendo y no parar hasta tirarse de cabeza al Danubio con la armadura completa, a ver si con suerte se

ahogaba. Tratando de escapar por unos instantes del ambiente opresor de palacio, se asomó a la plazoleta frente a la entrada principal. Su mirada se cruzó con la de un anciano encorvado que parecía contemplar el interior del patio con la mirada perdida. Uno de los guardias de la puerta se acercó a él para hacerle circular. El viejo lo obsequió con una sonrisa y extendió una mano mendicante. Rufo apreció cómo el pretoriano negaba con la cabeza y le insistía para que se marchara.

Sin dejar de sonreír, el mendigo obedeció al pretoriano y renqueó hasta abandonar la plazoleta. Una vez fuera de la vista de los centinelas, se irguió, se quitó la capa con capucha en la que se envolvía y la introdujo en un morral que llevaba cruzado al cuerpo. Ahora aparentaba veinte años menos, a pesar del ralo cabello blanco y el millón de arrugas que surcaba su cara.

El extraño se preguntó quién sería aquel mocoso que importunaba de aquella manera tan insistente a un prefecto de la Guardia Pretoriana.

Entretanto, en palacio, Rufo subía la escalera para refugiarse en su oficina. Se planteaba seriamente esconderse debajo de la mesa y encerrarse con llave, pero aún no había ascendido la mitad de los peldaños cuando un encuentro fortuito lo arrancó de sus pensamientos.

—Prefecto —lo saludó Lucila—, te estaba buscando.

Rufo se imaginó a sí mismo recibiendo una flecha en la frente.

—A tu servicio, *domina*.

—Quiero dar un paseo por el foro —manifestó—. Me gustaría ver qué mercancías se venden en el mercado.

La expresión del pretoriano fue la de alguien al que acaban de sentenciar a muerte, pero ella no captó ese detalle. La mera idea de recorrer la ciudad con un objetivo tan suculento como la hija del emperador llenaba a Rufo de ansiedad. Por los dioses, no solo era la hija del emperador, también era la esposa del general Tiberio Claudio Pompeyano, gobernador de Panonia Inferior.

—*Domina*, ya sabes que hemos tenido problemas de seguridad en Carnuntum. Considero un riesgo innecesario ir al foro, más aún en

hora de mercado, cuando está lleno de gente.

—La emperatriz me ha dicho que el general Convector la ha informado de que los sospechosos se habían marchado de la ciudad, ¿no es así?

—No es seguro, *domina*. Podría ser muy peligroso.

Ella hizo un mohín de decepción, reacia a darse por vencida.

—¿Y si me visto con una túnica más humilde y vamos sin escolta? —propuso—. Así me confundirán con una ciudadana normal y corriente...

Una voz procedente de las alturas resonó en las escaleras. Una voz que en pocas horas se había convertido en el máximo terror de Rufo.

—Nadie tiene por qué confundirte con una ciudadana normal y corriente. Lucila, espera abajo; prefecto, sube.

Marco Bassaeo Rufo subió los peldaños que le separaban de Faustina la Menor como si fueran los del cadalso. Una vez estuvo a su altura, inclinó la cabeza ante ella.

—*Domina*...

—Voy a recordarte algo, prefecto —comenzó a decir la emperatriz.

Rufo elevó la cabeza y se cuadró delante de la esposa de Marco Aurelio. Si tenía que recibir un rapapolvo, lo haría con dignidad militar.

—Eres el líder de la Guardia Pretoriana. Sabes lo que es la Guardia Pretoriana, ¿verdad, prefecto?

—Lo sé, *domina*.

—¿Me puedes recordar qué es?

—Es la guardia y escolta personal del emperador de Roma, *domina*.

—Exacto. Escolta y guardia personal —repitió la emperatriz, muy despacio—. Ya se lo dije antes al general Convector, y ahora te lo repito a ti, ya que, al parecer, ambos compartís los mismos vicios. Vuestra misión es protegernos, y eso es lo que haréis. Si la hija del emperador quiere ir al foro, irá al foro, y tú —lo señaló con un dedo más amenazador que la punta de un pilo— impedirás que nadie la roce. Si tienes que movilizar a una guarnición, la movilizas... si tienes que desalojar la plaza para que mi hija pueda ver los puestos de los mercaderes, la desalojas. ¿Entendido?

—Sí, *domina* —acató Rufo, que en ese momento entendió por qué a lo largo de la historia tantos patricios habían muerto asesinados.

—Prepáralo todo para la visita. Y que se note que la familia del emperador ha llegado a sus dominios —añadió.

Suicida. Aquella idea era suicida, pero Marco Bassaeo Rufo había jurado cumplir hasta las órdenes más suicidas.

Apenas había bajado un tramo de escalera cuando volvió a oír el azote de aquella voz, llamándole.

—Prefecto.

—¿Sí, *domina*?

—Lleva a Cómodo contigo.

El alma de Rufo rodó escaleras abajo.

Si la emperatriz quería una escolta, la tendría.

El mendigo que ya no lo era vigilaba la entrada del palacio imperial desde lejos, apoyado en la pared, como si esperara a alguien.

Su paciencia se vio recompensada al ver salir una formación compuesta por una veintena de guardias pretorianos. Era imposible ver a quién protegían, pero era evidente que se trataba de alguien importante. El extraño observó, con disimulo, cómo aquella comitiva armada desfilaba hacia el cardo máximo. Les dio ventaja para luego caminar detrás de ellos, tratando de no llamar la atención.

Enseguida se dio cuenta de que se dirigían al foro.

El revuelo que se montó en la plaza del mercado al ver llegar a la escolta fue tumultuoso. Rufo había ordenado a la guardia no actuar con violencia con los curiosos, que comenzaban a agolparse alrededor de la formación, tratando de ver a las personalidades merecedoras de tal despliegue. Aquella mañana estaba siendo muy generosa para la ciudadanía: primero, el desfile de los gladiadores; y ahora, una misteriosa visita al mercado.

El extraño paseó por los soportales que rodeaban los establecimientos fijos más lujosos del foro fingiendo interés por sus mercancías. Con un ojo siempre puesto en los pretorianos, recorrió el exterior de las tiendas, acercándose cada vez más a ellos.

Reconoció al prefecto que había estado con el niño una hora antes en el patio del palacio. El oficial permanecía fuera de la formación, con una mano en el pomo de su *gladius*, mirando en todas direcciones con desconfianza. Al lado opuesto, un centurión mantenía alejados a los curiosos. El extraño logró colocarse detrás de los puestos ambulantes. Si alguna de las personalidades escoltadas quería ver las mercancías, la guardia no tendría más remedio que abrirse y él podría verlas desde donde se encontraba.

Y justo eso sucedió en un puesto de joyas.

Los pretorianos se apartaron y una joven comenzó a mirar y a toquetear pulseras y collares. El extraño apreció que poseía un porte distinguido y una sonrisa hermosa. A su lado, el mismo crío que había visto con el prefecto se apoyaba en el mostrador, con gesto aburrido. ¿Quiénes serían? ¿La esposa e hijo de algún senador o cónsul de Roma? ¿La mujer de algún legado famoso, como Pertinax?

La joven adquirió una pulsera en el puesto y una esclava de edad madura fue quien la pagó. «Ni siquiera se digna a tocar el dinero», pensó el extraño. El siguiente puesto, de quesos, no llamó la atención de la patricia, que pasó de largo hasta el siguiente, que exponía ollas y recipientes de barro decorado.

Una pequeña multitud de ciudadanos, que no perdía de vista a los nobles, comenzó a agolparse cerca de la zona por la que se movía el extraño. Este les sonrió, como si compartiera con ellos la misma curiosidad por los ilustres visitantes.

De repente, el extraño apreció cómo el niño abría mucho los ojos y salía corriendo hacia un puesto cercano que exhibía armas y escudos de madera. Se escabulló tan rápido que pilló desprevenido a los pretorianos, que no alcanzaron a detenerlo.

—¡Cómodo! —gritó la mujer—. ¡Ven aquí ahora mismo!

—¡Cómodo! —exclamó una mujer, a la izquierda del extraño; se la veía excitada, como si acabara de reconocer al chico—. ¡Es Cómodo!

—Perdona, *domina*, soy extranjero. ¿Quién es ese niño, ese Cómodo?

—Cómodo —repitió la mujer, como si no saber aquello fuera un delito—. El hijo de nuestro emperador, Marco Aurelio. Y ella debe de

ser Lucila, su hija —siguió instruyéndolo la mujer—, la esposa de Tiberio Claudio Pompeyano.

La sonrisa del extraño fue sincera.

—Gracias, *domina*.

«No te imaginas la buena noticia que me acabas de dar.»

El extraño desvió la mirada hacia el puesto de juguetes de madera, alrededor del cual ya se apelotonaba la escolta. La cara de enfado del prefecto bastaría para espantar a una jauría de lobos. Se notaba a leguas que odiaba aquel trabajo de niñera. Al niño se le había antojado un *gladius* de madera, algo más pequeño que uno real, y un precioso escudo a juego. La joven negaba con la cabeza, y el niño, como cualquier otro chiquillo de su edad, amenazaba con emperrarse.

Sin dudarlo, el extraño se abrió paso hasta la parte trasera del puesto de juguetes. Justo cuando se acercó, dos pretorianos apuntaron sus lanzas hacia él. El hombre elevó los brazos, en son de paz.

—Eh, eh, eh, tranquilos, no voy a hacer nada —dijo, con su mejor sonrisa; el tendero se volvió hacia él, con cara de desconcierto, mientras que Lucila protegía a Cómodo con su cuerpo—. Soy veterano de la legión, serví en Mauritania, durante las revueltas —apuntó, para demostrar que todos pertenecían al mismo bando—. Solo quería obsequiar a este jovencito con la espada y el escudo que desea. Me recuerda a mi nieto, que murió de peste, en verano —añadió, con una sonrisa melancólica.

Cómodo no sabía si sonreír por la posibilidad de recibir el regalo o fingir tristeza por la muerte del nieto de aquel desconocido, así que cumplió poniendo cara triste durante un segundo para luego sonreír de oreja a oreja.

—No tienes que comprarle nada —repuso Rufo, que se había plantado frente al viejo—. Circula.

—No, no —intervino Lucila, posando su mano en el brazo de Rufo —. Prefecto, es un veterano que ha sufrido mucho por Roma. —Se dirigió al extraño—. No tienes que regalarle nada a mi hermano, pero te agradecemos el gesto.

—Lucila, no —protestó Cómodo, decepcionado—. Si no me la compra él, cómpramela tú.

—Insisto —repuso el extraño, cruzando las manos sobre su propio pecho—. Me quedó una buena paga de la legión y estoy solo, a veces no sé qué hacer con el dinero. —Una sonrisa iluminó las arrugas de aquel rostro—. Me rompería el corazón no poder hacerle un regalo a este jovenzuelo tan encantador.

Rufo soplaba por la nariz como un toro antes de embestir. Echó un vistazo alrededor y descubrió que medio foro permanecía atento a la escena, como si de una función de teatro se tratara. Si el deseo de Faustina era que corriese la noticia de que la familia imperial había llegado a la ciudad, lo había conseguido con creces.

—Lucila, por favor —rogó Cómodo, pegando pequeños brincos sobre el sitio.

Lucila miró al anciano con ternura. Le dedicó una sonrisa y cedió.

—Si insistes...

El hombre sacó una pequeña bolsa del morral y pagó el precio que le pidió el mercader. Las réplicas de madera estaban bien talladas, e incluso el cuero de las enarmas del escudo era de calidad. El extraño cogió los juguetes y se agachó para estar a la altura del niño.

—Te llamas Cómodo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, Lucio Aurelio Cómodo... ¡Au!

La patada subrepticia de Lucila hizo efecto. Cómodo cerró el pico, y el viejo fingió no haberla visto.

—Aurelio, como nuestro emperador —recitó el extraño, entregándole los juguetes—. Diviértete con ellos. —Se incorporó y se dirigió a Lucila—. Gracias, *domina*, me has hecho muy feliz.

—De ningún modo, gracias a ti.

—Gracias —exclamó Cómodo, encantado con su regalo.

El extraño se despidió del prefecto con un saludo militar, dio media vuelta y desapareció en los soportales, seguido por la mirada inquisidora de Rufo. Algo en aquel viejo de acento raro no terminaba de gustarle.

—Ni siquiera le hemos preguntado cómo se llama —dijo Lucila, sintiéndose algo culpable.

Rufo se acercó a ella. A pesar de que no detectaba ninguna mala actitud en el gentío que se aglomeraba alrededor de ellos, se sentía

incómodo al ser el centro de tantas miradas indiscretas.

—*Domina*, ¿podemos continuar? —rogó, con una sonrisa forzada.

Cómodo se había puesto el escudo y atacaba a uno de los pretorianos, que no sabía si mantener la compostura o seguirle el juego al hijo del emperador. Rufo suspiró. Habría preferido estar frente a una horda de bárbaros que seguir con aquello. Pero cuando cayó en que Faustina podría estar esperándole en palacio para encomendarle cualquier otra tarea estúpida, deseó que la visita al foro se prolongara hasta bien entrada la tarde.

El extraño se sentía feliz.

Tan feliz como hacía mucho que no se sentía.

¿Cuánto tiempo se quedarían los hijos del emperador en Carnuntum? Ojalá el suficiente para localizar a su asesina.

Aquello sí que sería una venganza contra Roma. Una bofetada en plena cara del líder invasor.

Decidió que se merecía tomar un vino. No un vino cualquiera, sino el mejor de la ciudad. Preguntó a varios viandantes por la bodega más lujosa de Carnuntum. Tres de cada cuatro le recomendaron El Faro del Norte. Había oído hablar del sitio, pero no sabía cómo llegar. Después de unas amables indicaciones y de un corto paseo, acabó dando con el local.

Justo cuando se encontraba a quince pasos de la entrada, vio salir del establecimiento a un hombre grande, fuerte y con la cabeza rapada. Creyó reconocerlo, aunque no estuvo completamente seguro hasta que lo tuvo justo al lado.

—Hola, Dandro —lo saludó, en sármata.

El gigantón se volvió hacia él, sorprendido.

—¿Quién eres? —le preguntó, también en sármata.

—Eres Dandro, ¿verdad?

El guerrero se mostró receloso.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Hay pocos tan fuertes como tú entre los sármatas —dijo el viejo, aprovechando para soltarle un halago—. Tranquilo, soy yacigio, como

tú... y fiel a Zántico.

—¿Quién eres? —repitió Dandro, desconfiado.

—Mi nombre es Dadagos.

El anciano sintió cómo sus pies dejaban de tocar el suelo. Se agarró a las muñecas de aquel titán, tratando de liberarse de la garra que le rodeaba el cuello.

—Estoy de tu lado —logró decir, casi ahogándose—. Estoy... de tu lado...

—Jaret te está buscando —gruñó Dandro—. Eres un traidor al rey.

La voz apenas conseguía brotar de la garganta de Dadagos. Soltó una de sus manos para señalar a su alrededor. Dandro observó que unos cuantos espectadores asustados contemplaban la escena sin atreverse a intervenir. Si no paraba aquello, los *vigiles* no tardarían en aparecer.

Dandro lo soltó de golpe, y Dadagos acabó sentado en el suelo, medio asfixiado.

—¡Venga, fuera, no pasa nada! —gritó Dandro, espantando a los mirones a base de palmadas—. Es mi padre, le pega a mi madre; venga, no hay nada más que ver...

Dadagos se incorporó con dificultad, frotándose la zona del cuello donde la gigantesca zarpa había dejado marcas rojas.

—Eres un traidor —le volvió a acusar Dandro, con los dientes apretados.

—No soy un traidor —se defendió Dadagos—. ¿Por qué dices eso?

—Has usado a Stornarja para tus propios planes.

Dadagos pareció recuperarse de golpe.

—¿Conoces a Stornarja? ¿Está bien?

—Está con nosotros, fuera de los muros de la ciudad, y sí, está bien. —Dandro miró a un lado y a otro—. Vas a venir conmigo, sin resistirte. Una tontería y te mato, me da igual que pase una patrulla romana.

—Me parece bien —aceptó Dadagos, sin dejar de frotarse el cuello —. Estamos en el mismo bando, Dandro. Llévame ante Jaret y os lo explicaré todo. —El viejo clavó una mirada de complicidad en el gigante y esbozó una de sus sonrisas de lobo—. Además, tengo un

regalo maravilloso para Zántico. Uno que le encantará.

49

Cuando tu peor enemigo eres tú mismo, estás abocado a la derrota.

Maiôsara se encerró en sus dependencias de la *insula*. Hacía días que Ababa sospechaba que algo no iba bien, pero la sármata de cabello plateado rechazó todos los intentos de la joven de mantener una conversación con ella.

En los últimos dos días, Maiôsara vertió un río de lágrimas. No había llorado tanto desde los horribles sucesos que vivió en aquella cabaña, hacía ya una eternidad. Y como un castigo divino, aquellas imágenes se habían instalado en su cabeza como un tumor maligno, de esos que hacen que la piel se abulte y sabes que te comen por dentro.

Se lo merecía.

Aquel horror la perseguía dormida y despierta. Y puede que fuera ella quien, con su mal hacer, lo hubiera invocado.

Maiôsara se sentía una traidora, una mentirosa y también una cobarde.

Abrió el armario junto a su lecho y sacó de él una túnica negra con capucha. La extendió sobre la cama y la contempló unos instantes con asco. También recogió un objeto pequeño y aplanado, envuelto en un paño. Lo palpó por fuera, sin atreverse a desenvolverlo, y leyó las formas talladas en madera con la yema de sus dedos.

«En qué maldita hora hice lo que hice», pensó.

Arrojó el paquete encima de la túnica y arrastró el jergón a un lado, dejando al descubierto una trampilla en el suelo a la que se enfrentó como si detrás la esperara el infierno. Al abrirla, el hedor de las cloacas le inundó las fosas nasales. Hizo un gurruño con la túnica y el paquete que había sacado del armario y descolgó una antorcha de la pared. Con mucho cuidado, bajó la escalera que llevaba a las alcantarillas, cargada con todo aquello.

La escalera desembocaba en un cubículo algo mayor que su

dormitorio. Un par de ratas huyeron asustadas por el resplandor del fuego. Maiôsara alumbró la pequeña puerta que conectaba aquel viejo acceso con el alcantarillado, descorrió el cerrojo y la abrió. El olor insalubre la golpeó con más fuerza. Al igual que la puerta del almacén donde se había ocultado Dadagos, aquella también era muy difícil de ver desde fuera a causa del musgo. Aunque las patrullas hubieran dado con ella, les habría sido imposible abrirla desde fuera; la habrían tomado por un acceso condenado sin prestarle mayor atención.

Maiôsara caminó varios pasos por la acera de la cloaca. Cuando consideró que se encontraba lo bastante lejos del acceso que conectaba las alcantarillas con la *insula*, depositó el lío de ropa en el suelo y lo incendió con la antorcha. El fuego prendió la máscara de madera con un chisporroteo. El humo cambió de color y aroma y camufló un poco el olor insano de las aguas negras. Maiôsara recordó, entonces, que aún le quedaba otra cosa que quemar.

Otra prueba de su cobardía.

Regresó a su habitación a toda prisa. Sacó una llave que le colgaba por dentro de la túnica y se agachó junto a un cofre grande, próximo al armario donde había escondido aquellas prendas oscuras que ahora ardían en las tripas de Carnuntum. Lo abrió y sacó un rollo largo y grueso de pergamino. Un rollo que, aunque estaba limpio, apestaba a sangre inocente.

Descendió de nuevo por las escaleras con los pergaminos arrugados bajo el brazo. Le dio igual, estaban condenados a arder. De vuelta a la cloaca, comprobó con satisfacción que la hoguera aún estaba encendida. Arrimó el rollo al fuego y vio cómo las llamas comenzaban a devorarlo.

Las pruebas ardían como su alma, pero la cobardía era ignífuga. Cuando la hoguera se convirtió en un montón de cenizas negras y humeantes, Maiôsara las dispersó con el pie y arrojó los restos más grandes al río de aguas fecales. Ojalá fuera tan fácil deshacerse de los remordimientos.

Maiôsara emergió por la trampilla de su habitación, la cerró y la ocultó de nuevo bajo su cama. Se tumbó sobre esta con la mirada perdida en el techo, mientras se preguntaba cómo podría resarcir todo

el mal que había hecho.

Aunque fuera un poco.

Solo un poco.

Jano y Lidia decidieron escapar del ambiente tóxico del palacio a caballo.

Galoparon por la ribera del Danubio hasta que las murallas de Carnuntum se desdibujaron en una mancha lejana. Necesitaban alejarse de la ciudad, como si la peste que asolaba algunos territorios del este hubiera caído sobre ella de repente.

Se sentaron en silencio a meditar mirando al río, a la sombra de una pícea, en una zona de pastos cercana a la orilla donde Sagita y Pravum, además de descansar, daban rienda suelta a su apetito y bebían hasta saciarse. Con el tiempo y su habilidad de doma, Lidia había convertido al bayo rojo en un corcel casi tan magnífico como Zambil. La sármata se dejó arrastrar por una ola de nostalgia al acordarse de su caballo. Por fortuna, estaba en buenas manos. Valia lo estaría cuidando como si fuera suyo. Lidia sonrió con ternura al recordar la admiración que esta sentía hacia Tamura. Valia había tenido suerte: a excepción de su desafortunado gusto por el vino, el resto de las virtudes de Banadaspo calarían a fondo en la muchacha. Si aplicaba con acierto las enseñanzas de su rey, acabaría convirtiéndose en una mujer fuerte y justa, un referente para los buenos yacigios.

—No te dejaré sola —manifestó Jano de repente, arrancando a Lidia de sus recuerdos—. Estoy obligado a ir a palacio a diario, pero no a alojarme en él. Cuanto menos tiempo esté al alcance de las fauces de Faustina, mejor.

—¿Y si le proponemos a Baxagos que la asesine a cambio de su libertad?

El legado la miró de reojo.

—¿Estás hablando en serio?

—Solo era Lidia, hablando en broma —rio—. Tamura la habría degollado sin pensarlo dos veces.

—La situación mejorará cuando el emperador regrese —afirmó

Jano—. A Faustina le gusta ejercer de emperatriz en ausencia de Marco Aurelio. Cuando él está cerca, se amansa. O, al menos, se amansaba... La he visto envejecida, como si los años le hubieran caído encima de golpe.

Lidia giró el cuerpo hacia él.

—Jano, no quiero ser un problema para ti. Puedo alojarme en alguna posada y tú, en el campamento de la Decimocuarta.

—De eso nada, estaremos juntos —dijo, decidido.

Lidia le guiñó un ojo.

—Reconoce que te sientes más seguro conmigo.

—Lo reconozco —admitió, echándose a reír; la mirada del general se posó en los ojos de la mujer—. ¿Puedo hacerte una pregunta, Lidia?

—La vas a hacer de todos modos.

—¿Qué te parece que sea yo quien entregue el mensaje de Banadaspo a Marco Aurelio? Podrías mantenerte alejada de todo esto y, cuando acabe la guerra, que acabará, nos iremos lejos de aquí y empezaremos una nueva vida.

Los ojos de Lidia se entrecerraron en una sonrisa tierna. Acarició la mejilla de Jano, y este le cogió la mano.

—Tengo que ser yo quien lo haga, Jano, es mi misión. ¿Qué diría el emperador si fueras tú a comunicárselo? —El legado guardó silencio, esperando a que ella misma respondiera—. Que una bruja sármata te ha hechizado, eso es lo que diría. Tengo que ser yo quien le transmita ese mensaje y lo convenza para establecer un tratado de paz con Banadaspo. Además, Jano, ¿en realidad piensas que el emperador te dejará marchar y emprender una nueva vida? Eres su puño, su hombre de confianza.

—Podré seguir a su lado —argumentó—. Nos casaremos y tendremos una *domus* preciosa en Roma. ¿No te gustaría? Dime que no te gustaría...

Lidia se levantó y caminó hasta la orilla del río, dejando al general a la sombra del árbol. ¿Acaso Jano no era consciente de que aquel amor estaba predestinado a morir? Una vez cumplida su misión, ella tendría que regresar al Bastión, y no pasaría mucho tiempo antes de que Banadaspo la embarcara en otra. Eso, si los dos conseguían

sobrevivir al carnaval de espías y asesinos en el que estaban metidos.

Para Lidia, no existía el futuro.

Jano abandonó la sombra de la pícea y la abrazó por detrás. Ella acarició los robustos antebrazos. Por enésima vez, se preguntó cómo habían llegado a esto.

Y más ahora, que él conocía su verdadera identidad.

Amor.

Aquello era amor verdadero e incondicional, por mucho que a ella le pesara.

—¿Dónde te alojabas antes de mudarte conmigo a palacio? —le preguntó Jano, cambiando de tema de repente—. ¿No era en una *insula*?

—Es una *insula* —corroboró ella, sin entrar en más detalles; prefería mantener a Maiôsara y a Jano alejados el uno del otro. Lidia tenía la impresión de que Maiôsara consideraba su idilio con el general romano como una especie de traición, y puede que hasta tuviera razón—. Suele estar completa.

—¿Y El Faro del Norte? —propuso el general—. He oído por ahí que sus habitaciones son buenas.

Lidia no pudo evitar una media sonrisa. Jano no lo había «oído por ahí», sino que lo sabía de primera mano. El general ignoraba que Lidia conocía el hecho de que había pasado varias noches con Nilda, la meretriz. La sármata decidió no comentar nada al respecto para ahorrarle la vergüenza.

—No me fío del dueño —rezongó ella—. Es un hombre oscuro.

—Sin embargo, fue él quien me envió a Ictis —le recordó Jano.

—Sé cómo trabaja, le mueve el dinero. Si alguien le paga para que nos traicione, no dudes que lo hará.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Jano, de repente—. Cojamos los caballos.

—¿Adónde quieres ir?

—A hablar con Lucio Renato.

Jaret decidió instalarse con los suyos en la granja de Tibês después de

asesinar a Burdka. Con ella fue piadoso: se le acercó por detrás mientras lavaba la ropa en el río y le rompió el cuello. Su cadáver corrió el mismo destino que el de su esposo: perderse en las aguas del Danubio.

Jaret, Lándigo, Dandro y Karaxtos cambiaron la incomodidad del campamento del bosque por catres cómodos y un techo sobre sus cabezas.

Stornarja no.

Ella pasaba las noches al raso, como parte de su entrenamiento.

Esa tarde Jaret estaba enfadado. Dandro se había ausentado sin su permiso y encima se había llevado la barca. El sármata le tenía preparada una buena reprimenda, pero el mal humor se le pasó de golpe cuando vio que el grandullón le traía un valioso regalo de la ciudad.

Dadagos.

Jaret y Lándigo recibieron al invitado, que cayó de rodillas delante de ellos por un empujón de Dandro.

—¿Esto era necesario? —le reprochó Dadagos al gigante, mientras se levantaba.

—Hablas mucho —se quejó este.

Jaret se acercó a Dadagos esgrimiendo su mejor sonrisa.

—Así que, al final, has aparecido...

—Tuve que esconderme en un cuchitril, en las alcantarillas —explicó Dadagos—. No sé por qué, pero de repente, las cloacas se convirtieron en un campamento de la legión. He estado semanas sin poder salir, comiendo mierda y bebiendo agua rancia.

—Usaste a Stornarja para tu propio beneficio —lo acusó Jaret, sin rodeos.

—Eso no es cierto. Elegí sus objetivos de forma que hiciera el mayor daño posible.

—¿La idea de matar niños fue tuya?

—Los romanos matan a los nuestros, violan a nuestras mujeres... Se merecen sufrir lo mismo.

Jaret se acarició el mentón lampiño mientras estudiaba el rostro arrugado de Dadagos. Se preguntó cómo alguien de su edad podía

llegar a tener tanta maldad y falta de escrúpulos. Se dijo que le daba igual. Estaba allí para cumplir una misión, no para hacer juicios morales.

—Stornarja habló de un amo que le daba las instrucciones.

—¿Está Stornarja aquí? —preguntó Dadagos, buscándola con la mirada.

—Está entrenando con Karaxtos. Tú la convertiste en una especie de fantasma, con toda esa mierda de infusiones.

—Lo hicimos por su bien. —Aunque no lo mencionó, Dadagos habló en plural, porque la idea original de la datura había sido de Xarthanos—. Sin la droga esa chiquilla no habría podido soportar la presión ni los remordimientos.

—¿Y te crees que los ha soportado bien? —preguntó Lándigo, que había guardado silencio hasta entonces.

Dadagos no respondió. De hecho, formuló otra pregunta.

—¿Cómo disteis con ella?

—La encontramos en las cloacas por pura casualidad —reconoció Jaret—. Decidimos capturarla para enterarnos por qué demonios estaba asesinando bebés. De hecho, dejamos uno vivo en la cloaca. Luego supimos que sobrevivió.

—Así que fuisteis los culpables de que los soldados invadieran las alcantarillas...

—Si hubieras sido más transparente con tu información, nada de esto habría pasado. Pero quisiste hacer la guerra por tu cuenta y así te ha ido. Y ahora, dime, ¿eres tú el amo que daba instrucciones a Stornarja?

—Ella no lo sabe ni lo debe saber —advirtió Dadagos—. Éramos dos —reveló.

—¿Dos?

—Yo no actué solo al principio... más tarde, me vi obligado a hacerlo.

—No entiendo. ¿Me lo puedes explicar?

Dadagos sonrió de nuevo.

—Mira, Jaret, te propongo que nos lo contemos todo desde el principio, sin secretos. No soy un traidor, estoy de vuestro lado. ¿Crees

que un traidor habría parado a esta bestia por la calle para revelar su presencia?

—Ahí dice la verdad —reconoció Dandro.

Jaret aceptó el trato.

—Me parece bien, pongámonos al día.

Dadagos y Jaret compartieron información hasta bien avanzada la noche. Ambos se pusieron al corriente de sus movimientos previos y de los planes venideros; de las investigaciones de Jaret, de cómo había contratado a alguien para ejecutar uno de los movimientos más decisivos de la trama y de cómo estaban preparando a Stornarja para el atentado final.

El anciano le contó a Jaret todo lo referente a la obtención de los mapas de las alcantarillas, a la planificación de los ataques subterráneos y a un inconveniente que tuvo lugar después del segundo infanticidio. Cuando Jaret conoció los detalles de aquel asunto, se le abrió la boca como a un crío que acaba de presenciar un truco de magia.

Por último, como guinda del pastel, Dadagos reveló la presencia fortuita de la familia imperial en Carnuntum.

—La emperatriz y dos hijos de Marco Aurelio —silabeó Jaret, extasiado con la noticia—. Podemos hacer historia.

Esa noche, mucho más tarde, Stornarja y Karaxtos regresaron a la granja después de una agotadora jornada de entrenamiento. La chica no reconoció a Dadagos a la primera, pero cuando este extendió los brazos hacia ella, ella corrió hacia él y se le abrazó al cuello.

—Abuelo. Abuelo, lo he pasado muy mal... —dijo, casi llorando.

—Tranquila, pequeña —le susurró Dadagos al oído—. Ya me ha contado Jaret que vas a convertirte en una leyenda para tu pueblo. Una que hará que Tamura parezca un chiste.

La muchacha se aferró al cuello del viejo un poco más fuerte.

Jano y Lidia encontraron a Ocellina en casa de Lucio Renato. Ella, el magistrado y Bruna disfrutaban de una copa de vino en el atrio. Desde la trágica muerte de Cato, a quien habían dado sepultura pocos días

antes en una ceremonia íntima, Lucio y Bruna habían estado pendientes de la viuda invitándola a su casa con asiduidad para que se sintiera acompañada.

—Sentaos y bebed —propuso Lucio, acercándoles una copa a los recién llegados; una vez servidos, se dirigió a Jano—. Me han comunicado la llegada de Faustina, Lucila y Cómodo. No he querido presentarme en palacio hasta no hablar contigo.

El general alabó su prudencia.

—Ve solo si reclama tu presencia —le recomendó Jano—, o te hará cambiar el urbanismo de la ciudad solo por capricho.

Bruna se echó a reír con la ocurrencia del general. Lucio agradeció la carcajada. Desde la muerte de Claudio, era extraño oír esa risa maravillosa. Ocellina, que estaba sentada en un triclinio junto a Bruna, intervino.

—Tenía entendido que la emperatriz era una mujer amable. Al menos, eso se decía en Roma.

—Antes lo era —repuso Jano—. Entre nosotros, está envejeciendo muy mal. Puede que los años y la muerte de sus hijos la hayan cambiado a peor.

Bruna agachó la cabeza. Ella misma se sentía triste y amargada desde el asesinato de su pequeño. Jano se dio cuenta de que había hablado de más, así que decidió cambiar de tema de inmediato.

—Lucio, Faustina nos ha echado de las dependencias del palacio...

El magistrado lo interrumpió, como si no diera crédito a sus palabras.

—¿Os ha echado? Pero ¿no te había autorizado el emperador a usar sus aposentos como si fueran tuyos?

—Creo que él no se imaginaba que Faustina se presentaría en Carnuntum sin avisar —dijo Jano—. La cuestión es que hemos tenido que desalojar esas estancias.

Bruna miró a Jano y Lidia con ojos curiosos.

—Ah, pero vosotros... ¿estáis juntos?

Ellos asintieron en silencio. Un silencio incómodo que se prolongó hasta que el general volvió a hablar.

—Me pregunto si tienes alguna vivienda para visitantes, fuera del

palacio imperial, o si conoces a alguien que tenga alguna para Lidia y para mí. Pagaría un alquiler, por supuesto...

Ocellina extendió el brazo con energía, como si mandara callar a los presentes.

—Lucio, no hace falta —le dijo al magistrado—. Esta misma noche os trasladaréis a mi casa.

—Ocellina, no sé... —dudó Jano, presa del apuro.

—Tengo habitaciones de sobra, y no hay nada peor que una casa vacía. Vivo con mis esclavos y un fantasma que me atormenta. Si os quedáis en mi casa, nos haremos un favor mutuo.

Lidia y Jano se consultaron el uno al otro con la mirada. Ella asintió con disimulo. No es que le entusiasmara alojarse en casa de una desconocida, pero lo prefería, antes que depender de Maiôsara o meterse en El Faro del Norte, donde las paredes tenían oídos, como afirmaba Ictis.

Jano se dirigió a la viuda de Cato Merino.

—Acepto tu oferta, Ocellina, siempre que pueda pagarte por ello.

—Lo harás. Con la promesa que me hiciste el otro día.

Lidia miró de reojo a Jano, con la mosca detrás de la oreja. Había notado cierta atracción entre la viuda y el general. Él la trataba con un respeto y admiración especial, y ella parecía intentar embrujarlo con los ojos. Lidia, como mujer, notaba esas cosas.

Jano asintió en silencio. Ocellina se levantó.

—Os prepararé una habitación.

Y se marchó, con esos pasos peculiares que la hacían parecer ingrávida.

Lidia se maldijo a sí misma.

Por primera vez en su vida, tenía celos.

50

Cuando Jano regresó al palacio imperial al día siguiente, descubrió que Marco Bassaeo Rufo había sobrevivido a duras penas a su primer día con Faustina la Menor.

En la intimidad de su oficina, el prefecto puso al corriente al general de su encontronazo con la emperatriz y la posterior visita al mercado de Lucila y Cómodo, que terminó en un baño de multitudes. A Jano le pareció una insensatez, pero conociendo a Faustina, cualquier recomendación o medida de seguridad caería en saco roto. El legado estaba cansado, no había dormido bien, a pesar de que los aposentos que Ocellina asignó para su uso y el de Lidia eran amplios y cómodos. La viuda de Cato Merino resultó ser una anfitriona amable, discreta e invisible. Ni Jano ni Lidia se tropezaron con ella en ningún momento durante su estancia. Incluso sus esclavos se movían con aquella suerte de sigilo elegante. Rufo encontró un acierto haber aceptado la hospitalidad de Ocellina. Cuanto más lejos de la emperatriz, mejor. Faustina era un arquero oculto en un matorral: si entrabas en su campo de visión, eras hombre muerto; pero si no te veía, se entretenía en cosas distintas a amargarle la vida a quien estuviera al mando.

—Espero que tengas razón y que esto mejore cuando regrese el emperador —deseó Rufo en voz alta, al tiempo que cogía un papiro doblado y sellado que había sobre su escritorio—. Casi me olvido, un esclavo trajo esto ayer a última hora. Es para ti.

Jano quebró el sello de cera, desdobló el documento y lo leyó.

—¿Buenas noticias? —preguntó Rufo al ver la expresión severa del general.

—Es una invitación del lanista, Quinto Torcuato, al *ludus*.

—Llegan ayer y ya te envían una invitación —comentó Rufo, escamado—. Algo quieren...

—No. — Jano le quitó importancia al asunto, doblando la carta—.

El médico del *ludus* me invitó a ver los entrenamientos cuando los gladiadores regresaran. Debe de ser por eso.

—Ve ahora, si quieres. Aquí no hay nada más para ti.

—¿Puedes hacer que envíen mis cosas a casa de Cato Merino? Ayer no me dio tiempo a nada.

—Haré que las carguen en un carro. En un rato las tendrás allí.

Jano dio las gracias a Rufo, bajó las escaleras y salió al patio. Uteljarab surgió al trote de las caballerizas para saludarlo. El general lo recibió con mimo y se arrodilló junto a él.

—Ay, amigo, por ahora tendrás que quedarte aquí —dijo, dejando que el perro le lavara la cara a lengüetazos mientras lo acariciaba—. No me atrevo a abusar de la hospitalidad de Ocellina.

Justo se iba cuando oyó una voz aguda llamándolo por su nombre.

—¡Tío Jano!

Cómodo se acercó a él corriendo, armado con un *gladius* y un escudo de madera. Alguien le había dejado un viejo casco demasiado grande para su cabeza. El aspecto del niño era cómico.

—Preparado para la batalla, ¿eh? —observó Jano. Uteljarab decidió poner tierra de por medio, por si a aquella cría humana le daba por liarse a espadazos con él—. No me puedo creer que tu hermana te haya comprado esto —dijo, sabedor de lo contraria que se mostraba Lucila a todo lo relacionado con los juegos.

—No, me lo regaló un veterano de la legión —explicó Cómodo.

A Jano le sorprendió la respuesta.

—¿Un veterano de la legión?

—Sí, un viejo muy amable. —El crío adoptó una postura defensiva para, a continuación, arrearle un espadazo a Jano en el muslo—. ¡Vamos, pelea conmigo!

El legado se frotó el golpe, fingiendo dolor.

—Luego, ahora tengo cosas que hacer.

—También quiero que me cuentes cómo derrotaste al campeón de los tracios en la arena de Ancona.

—¿Otra vez? —Si no recordaba mal, le había contado aquello unas doscientas veces.

—De todas tus hazañas, esa es mi favorita —confesó Cómodo.

—De acuerdo —prometió Jano, que no se quitaba de la cabeza que el pequeño hubiera hablado con un desconocido en el foro; le parecía raro que Rufo no lo hubiera impedido—. Una cosa, Cómodo, ¿el prefecto te dejó hablar con el anciano así, sin más?

—No, él no quería —respondió, negando con la cabeza—, pero a Lucila le cayó bien y le dejó comprarme estos juguetes.

Jano se puso serio.

—Cómodo, no debes hablar con extraños, aunque tu hermana te deje.

—Tenía un montón de soldados alrededor —rezongó el chico, restando importancia al asunto—, no podía pasarme nada.

—Sabes que puede que algún día seas emperador de Roma, ¿verdad?

Cómodo se encogió de hombros.

—Sí, pero antes seré gladiador, como tú.

—Seguro que a tu padre le entusiasma la idea —dijo Jano, irónico —. ¿Te veo luego, gladiador?

—Sí, o te arrepentirás —se despidió Cómodo, dándole al general un último espadazo en el culo y amenazándolo con la punta del *gladius* de madera.

Jano se sumió en sus pensamientos en cuanto abandonó el palacio.

¿Quién le esperaba en el *ludus*?

Término.

Nadie conocía sus otros nombres, si es que los tenía. Muy pocos sabían que nació en Aosta hacía casi cuarenta años. Al igual que Jano Convector, se formó como gladiador profesional aunque era libre. Pero a diferencia de él, nunca conoció más vida que la del *ludus* y el anfiteatro, primero como gladiador y luego como entrenador.

Muy alto, tenía una musculatura traicionera, oculta bajo la grasa justa para disimular su gran fuerza física. El cabello, cortado casi al cero, era de un blanco prematuro. La nariz, rota en mil combates, había perdido la ternilla contra una maza y se veía como una masa aplastada de carne deshuesada. Los dientes, partidos, rubricaban una

vida de peleas, dentro y fuera del circo. Y su ojo izquierdo, con una mirada de jade, estaba cruzado por la cicatriz de una herida que a punto estuvo de dejarlo tuerto.

Como flamante *doctore* del coliseo de Carnuntum, Término evaluaba a los luchadores recién llegados. En el anfiteatro del *ludus*, dos docenas de combates simulados se celebraban a la vez. Término se había fijado en un joven reciario de piel negra, poseedor de una furia inmensa a la hora de usar tridente y red. Sus brazos, largos y fibrosos, adelantaban el arma de asta y lo convertían en un objetivo muy difícil de alcanzar. Su contrincante en el entrenamiento, a pesar de ser más veterano que él, se veía incapaz de quebrantar su guardia. Lo único que podía hacer era detener las estocadas del tridente con el escudo y desviarlo con la espada. En un par de ocasiones, la red lastrada cayó sobre él, dejándolo a merced de las tres puntas romas de madera, que marcaron la coraza con un golpe que habría sido mortal si el arma hubiera sido auténtica.

Término llamó al oponente del reciario, que se cocía en su propia frustración.

—Tú, déjame tus armas.

El gladiador le pasó el escudo redondo y la espada. Esta era una copia de madera de la típica *spatha* de la caballería, algo más larga que el *gladius*. Término se encajó el escudo en el brazo izquierdo y empuñó el arma.

—Ahora, observa y aprende —comenzó a decir, mientras se movía sin perder de vista al hombre negro, que mantenía replegado el brazo del tridente y trazaba círculos con la red por encima de su cabeza—. Tu oponente es más alto que tú, y su arma, más larga. Lo primero que intentará será lanzarte la red. Tienes que evitarla.

El reciario lanzó la red contra Término sin prever la velocidad de aquel hombre de rostro destrozado y cráneo gris perla. El *doctore* rodó por el suelo y se interpuso entre el larguirucho y la red, impidiendo que la recogiera.

—Ya solo tienes que preocuparte por el tridente —dijo Término, sin parar de ejecutar su danza lenta con el reciario; los demás combatientes dejaron de entrenar para presenciar el combate entre el

doctore y el negro—. Su armadura se reduce al brazalete que lleva en el brazo no dominante y el protector del hombro. El resto, es carne débil y expuesta.

El reciario lanzó una estocada a fondo con el tridente, que Término desvió con el escudo. Lo hizo dejando que las tres puntas resbalaran por la superficie cóncava del escudo, sin oponerse de forma directa a la fuerza de la embestida. El negro lanzó una segunda estocada a la altura de la cara de Término. Este golpeó tan fuerte el astil del arma con la *spatha* que saltaron astillas de madera.

—Tienes que cansarlo —prosiguió Término, dirigiéndose al gladiador que le había prestado las armas; el reciario volteó el tridente por encima de la cabeza y lanzó un golpe lateral que el instructor esquivó sin esfuerzo—. Y tengo que recordarte otra cosa...

Término extendió el brazo izquierdo y se liberó del escudo. Lo agarró por el borde y lo lanzó contra el reciario, que tuvo que protegerse con los brazos para impedir que le rompiera los dientes. En medio segundo, el tridente estaba prisionero bajo la axila del *doctore*.

—El escudo también es un arma —expuso Término, tirando hacia sí del tridente—, y el equilibrio es el peor enemigo de la altura.

El reciario trastabilló por el tirón y sus pies se encontraron con los del entrenador. Sin poder controlar su corta carrera, cayó de rodillas. Término marcó su espalda con la punta de la *spatha*. A pesar de ser un arma de entrenamiento, dolió. En un combate real, la hoja habría asomado por el estómago. Todos los presentes aplaudieron la pericia del *doctore*, que devolvió las armas de madera a su dueño. Las miradas que recibió Término fueron de pura admiración. Los juegos de ese año serían impresionantes con el nuevo instructor y su bien nutrida caja de trucos.

Un aplauso solitario siguió sonando cuando todos los demás se extinguieron. Término se volvió hacia el sonido y descubrió que provenían de una figura familiar engalanada con una armadura completa de legado.

—No has perdido facultades —afirmó Jano Convector, que estaba acompañado de un hombre mayor, de barba larga y expresión seria; Quinto Torcuato, el propietario del *ludus*.

—Tienes buen aspecto, general —aseguró Término, esbozando una sonrisa desfigurada por un labio roto hacía mucho tiempo—. Veo que has recibido mi invitación.

Quinto Torcuato, que era hombre de pocas palabras y sonrisa inexistente, se despidió de ellos con un gesto, como si hubiera cumplido el encargo de llevar al ilustre invitado hasta su anfitrión. Término llamó a sus entrenadores para que siguieran con su trabajo.

—Subamos a las gradas —dijo, cogiendo a Jano del brazo—, así podré controlar el entrenamiento mientras hablamos.

Jano se dejó conducir por su antiguo amigo, a pesar de que aquel contacto físico no le agradaba en absoluto. Hacía años que no lo veía. De hecho, era el personaje de su pasado como gladiador al que menos deseaba ver. Entre ellos había ciertas desavenencias que, por mucho que intentaron resolver en su momento, acabaron siendo imposibles de solventar.

De todos modos, Jano decidió disimular su incomodidad lo mejor que pudo. Si algo había aprendido a lo largo de años de acompañar a un emperador entre senadores, era el arte ancestral de la hipocresía.

Desde el graderío se podían contemplar los entrenamientos casi con la misma comodidad que en el anfiteatro. Aquel día los ejercicios se celebraban a puerta cerrada, por lo que los únicos ocupantes de las gradas eran ellos dos.

—Tenía ganas de verte, Jano —comenzó a decir Término, con la mirada puesta en los combates simulados—. ¿Cuándo fue la última vez? ¿Hace siete años?

—Sí, más o menos —contestó Jano. Conforme su mente retrocedía al pasado, más molesto se sentía.

—Hemos cambiado mucho en ese tiempo. Tú, un prestigioso general. El Puño del Emperador —declamó, con voz teatral—. Y mírame a mí, una vieja gloria que ha quedado para entrenar a jóvenes luchadores en pañales. Me hago viejo, Jano.

El legado no se dejó impresionar por la falsa modestia del *doctore*. Mucho tendría que haber cambiado para compadecerse de sí mismo.

—Pues acabo de verte derrotar a un tipo de veinte años con la misma facilidad de antaño.

Término se echó a reír. Por primera vez en la conversación, sus ojos verdes miraron al legado de reojo.

—¿Te acuerdas cuando te entrenaba?

Jano miró un instante al suelo y sonrió.

—Es difícil olvidarse de eso. Eras duro, exigías siempre lo máximo.

—Te enseñé muchas cosas de las que sabía, pero no todo. De hecho, he aprendido algunas otras desde que el emperador te retiró de la arena.

—De eso hace ya mucho.

—Sí, pero a mí me cuesta olvidarlo: me dejaste un buen recuerdo —dijo Término, señalándose la cicatriz que le cruzaba el ojo izquierdo, de arriba abajo—. Todo por tu vanidad, por complacer a quien tú sabes.

Jano se envaró. El tono del *doctore* se había vuelto venenoso, y la expresión de sus ojos era la de una áspid a punto de atacar. Una vez fueron amigos, casi hermanos.

Hasta ese maldito día.

—Parece que fue ayer —comenzó a decir Término—. Teníamos todo preparado para simular el combate con armas reales. Había que calcular todo con la máxima precisión, cualquier fallo podría ser fatal. Ensayamos cien veces la coreografía de la pelea, ¿recuerdas? Tenía que parecer de verdad, que el público pensara que aquella batalla a muerte era auténtica...

—Aquello pasó hace mucho —se defendió Jano—. Fue una estupidez por mi parte y te pedí perdón muchas veces por ello.

—Tú deberías haber sido el derrotado esa tarde —le recordó Término, apuntándole con un índice acusador y cargado de rencor—. Pero, claro, no podías perder. Tu idolatrada Faustina te lo pidió, y tú tuviste que echar por tierra el espectáculo y dejarme tu marca de por vida. Te acuerdas de eso, ¿verdad, Jano?

Por supuesto que se acordaba. Como había dicho Término, como si fuera ayer.

Faustina desnuda en el triclinio. Una Faustina madura pero aún hermosa, de carácter encantador, generosa en el sexo y en la vida, que intercambiaba favores con un joven gladiador cargado de ambición y

obnubilado por acostarse con quien se acostaba.

«¿Harías algo por mí?»

«Lo que me pidas, emperatriz.»

«¿Recuerdas ese espectáculo que mencionaste el otro día, ese en el que haces de jefe galo y tienes que perder frente a los legionarios de Julio César?»

Mientras Jano rememoraba aquellas imágenes, la cicatriz de Término parecía latir con vida propia.

«Quiero que venzas y me dediques tu victoria.»

«Pero es un combate preparado, no puedo hacer eso. Llevamos armas reales, podría ser peligroso.»

«¿No lo harías por mí?»

Cuando Faustina se tragó su polla, Jano no pudo responder más que con un sí.

—Es cierto, aquello pasó hace mucho —reconoció Término, volviendo la vista a la arena, donde los gladiadores seguían ejercitándose al son que marcaban los entrenadores—. Faustina era una mujer atractiva, interesante... lástima que ya no sea así, ¿verdad?

Jano guardó silencio. Término estaba soltando aquella charla como introito de algo más grande. Algo malo. Jano se preguntó qué tramaba aquel fantasma del pasado que se había materializado delante de sus ojos para atormentarle. El *doctore* giró la cabeza hacia Jano.

—Estás muy serio. ¿Acaso no te alegras de verme, hermano?

—No has dicho nada agradable desde que nos hemos sentado. Te has limitado a recordarme de nuevo lo que te hice, como la última vez.

Término ahuyentó las palabras del general con un gesto.

—Eso está olvidado, Jano —afirmó, y se señaló la cara con el dedo —. Mira mi nariz, mi labio, mis dientes... una cicatriz más, ¿qué más da? —Una pausa—. Pero hay otras cosas más difíciles de olvidar.

Jano estaba a punto de estallar. La paciencia se le derramaba como si tratara de guardarla en un cedazo.

—¿Qué quieres, Término? ¿Para qué me has llamado?

—¿Sabes que decidí venir a Carnuntum cuando me enteré de que estabas destinado aquí?

—Me halagas —ironizó el general—. ¿A qué debo ese honor?

—A que tengo una cuenta pendiente contigo.

—¿Por la cicatriz? Mira, Término, si quieres, te dejo mi *gladius* y me dibujas una igual en la cara, si eso te hace feliz.

—Ya te he dicho que no se trata de eso. Hay cicatrices más importantes que las del cuerpo, viejo amigo.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿qué quieres?

—Un combate entre tú y yo. Con público, aquí, en la arena de Carnuntum. Un combate a muerte —añadió, rubricando sus palabras con una sonrisa turbadora.

La expresión de asombro de Jano fue de máscara griega. Se levantó con la mano en la empuñadura de la espada. Sus dedos temblaban. Los nervios y la ira comenzaban a apoderarse de él.

Control. Control.

—¿Un combate a muerte? —repitió, incrédulo.

—Justo eso, es fácil de entender, ¿verdad?

—No pienso luchar contigo, Término. Soy un general romano, trabajo codo con codo con el césar, ya no soy ese gladiador joven al que conociste...

Las siguientes palabras del *doctore* sí que sonaron desasosegantes para el legado.

—He pasado horas charlando con Cómodo durante el viaje —dijo —. No sabes cuánto me recuerda a ti. Por cierto, te admira mucho...

Jano apretó los dientes. Los nudillos se pusieron blancos alrededor de la empuñadura de su arma. Los ojos del *doctore* iban del rostro del general al *gladius*. Era como si aquella tensión extrema le divirtiera.

—Término, no vayas por ahí —advirtió Jano en tono amenazador.

—Tranquilo, general, esto no es nuevo para ti... en su momento fue un rumor a gritos en Roma.

—Un rumor sin fundamento. En Roma se cultivan rumores como uvas en las villas.

—¿Y si te dijera que tengo una prueba de que esos rumores tenían fundamento?

Jano respiró hondo. Por muy legado que fuera, no le estaba permitido asesinar a sangre fría.

—¿Qué mierda de prueba tienes?

Término negó con el dedo, a la vez que fingía un gesto de desagrado.

—El Puño del Emperador no puede permitirse ser tan grosero —le recriminó el *doctore*—. Acuérdate de aquellos años. ¿Cuánto hace de eso? ¿Qué edad tiene Cómodo, once? Hará doce años, entonces. Tú y yo éramos inseparables, y yo era el único que conocía tus líos con la emperatriz. Fui vuestro cómplice. Cuando ella se dio cuenta de que estaba embarazada, te quiso hacer llegar un mensaje.

—¿Qué mensaje? No recuerdo ningún mensaje.

—Ese mensaje nunca te llegó —reveló Término—. Un mensaje por escrito que conservo desde que me lo entregó para que te lo diera. Lo redactó en un pergamino de gran calidad, se conserva igual que el primer día.

Jano sintió que la sangre huía de su rostro.

—¿Qué dice ese pergamino, Término?

—Me lo sé de memoria. Mi adorado Jano —recitó—, tenemos que hablar. He tenido tres faltas, y hace cinco meses que no yazco con el emperador. Después de perder a varios hijos, me niego a perder también a este. Ya se me ocurrirá algo, pero quiero que sepas que eres el padre.

—Mientes —dijo Jano, desenfundando la mitad del *gladius*.

—¡Eh, eh, calma, Jano! —lo detuvo Término—. Guarda esa furia para nuestro combate. La carta está en poder de Cneo Peduceo, un tabelión de Carnuntum. —El *doctore* compuso una sonrisa maléfica—. Ahora entiendes que Cómodo fuera sietemesino y pesara como un lechón al nacer, ¿verdad? Marco Aurelio puede ser muy inteligente para entender a los filósofos griegos, pero muy ingenuo a la hora de tragarse un cuento como ese.

—Basta de juegos —exigió Jano—. ¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho, un duelo a muerte en el anfiteatro de Carnuntum. Si vences, Cneo Peduceo te entregará la carta y podrás hacer con ella lo que quieras. Si pierdes, el tabelión tiene instrucciones de quemarla sin leerla. El honor del césar quedará impoluto. Nadie sufrirá después de ese combate.

—¿Y si decido rebanarte el pescuezo, aquí y ahora?

—Si me sucede cualquier cosa antes del combate, el funcionario hará pública la carta.

—Acabarás colgando de una soga —vaticinó Jano.

Término se encogió de hombros.

—A estas alturas, ¿no te has dado cuenta de que mi vida no me importa? Pero, eso sí, ¿qué pensaría tu amado Marco Aurelio si supiera que existe una seria posibilidad de que su hijo sea un bastardo de su más querido lugarteniente? ¿Te imaginas la vergüenza y el deshonor? Lo que se van a divertir en el senado...

Muy a su pesar, Jano volvió a envainar el arma y miró a Término con una expresión cercana a la lástima. Después de un lapso de silencio, le hizo una pregunta muy simple.

—¿Por qué?

—Mírate, Jano. Llegaste donde estás follándote a la mujer del emperador. Fama, honor, gloria... Después de aquel combate en el que te saltaste las reglas para recibir una ovación del público y una buena mamada de Faustina, la familia imperial te acogió como a un héroe, a pesar de que traicionaste nada más y nada menos que al mismísimo emperador. Me diste la espalda, dejándome que siguiera batiéndome con espadas de madera contra payasos cada vez más jóvenes. Y para colmo, me usaste como coartada para mantener tus escarceos con la emperatriz. ¿Y cuál fue tu agradecimiento? El olvido, Jano. El olvido. Pero, para tu desgracia, tengo más memoria que tú.

Jano dio media vuelta y comenzó a bajar las gradas. Término lo llamó.

—Mañana quiero una respuesta, o esa carta llegará al emperador.

—Ya la tienes —respondió Jano, sin volverse—. Acabaré contigo delante de todo Carnuntum y lo último que sentirás en tu vida terrenal será vergüenza y humillación.

Término siguió al legado con la mirada hasta que desapareció de la vista. No podía parar de sonreír. Con pasos lentos, bajó a la arena sobre la que sus gladiadores seguían entrenando. Si se enfrentara en combate singular con cualquiera de ellos, morderían el polvo sin remedio.

Sin dejar de supervisar los entrenamientos, soñó con la idea de barrer el anfiteatro con el cuerpo sin vida del Puño del Emperador. Después de que Jano lo dejara tirado como a un caballo con la pata rota, no había noche en que no hubiera recreado la escena de su muerte.

Término era el mejor.

Seguía siendo el mejor y lo demostraría delante de todos.

51

—¿Un duelo a muerte?

Algo se le escapaba a Lidia. Había escuchado con atención a Jano mientras este le contaba su conversación con Término y no entendía ciertos detalles. El legado, por supuesto, había omitido todo lo relativo a su posible paternidad. Aquello era demasiado comprometedor, demasiado grave, no solo para él, sino para el propio Marco Aurelio. Si llegaba a confirmarse y se hacía público, sobre ellos caería un diluvio de vergüenza de proporciones impensables.

—No entiendo por qué no puedes decir que no —dijo Lidia, sospechando que Jano le ocultaba algo.

El legado paseaba en círculos por el cubículo que Ocellina les había asignado. Lidia seguía su deambular preocupado desde el triclinio en el que estaba sentada. Jano no hablaba, como si su cabeza no parara de funcionar.

—Jano, hay algo que no me has contado. —No fue una pregunta, fue una afirmación—. Es como si no te quedara otra opción que enfrentarte a ese Término delante de todo Carnuntum. ¿Por qué?

Lidia era demasiado inteligente para no darse cuenta de que había algo más.

—Término posee una información que podría perjudicar gravemente al emperador. Si no acepto el duelo, la revelará.

El rostro de Lidia se tornó aún más serio de lo que estaba. Se acercó a Jano y lo agarró del brazo.

—¿Quieres que lo mate?

Jano expelió una risa forzada.

—¿Tú? ¿A Término?

—Ni me verá. Una flecha. Podría hacerlo así de fácil.

Chasqueó los dedos.

—Un tabelión hará pública esa información si le sucede algo a Término antes del duelo —repuso Jano, con impotencia—. No me

queda otra que aceptar sus condiciones. De hecho, ya he aceptado el reto.

—¿Qué información es esa, tan importante?

Jano la obsequió con una mirada sardónica.

—Eres una espía sármata, Lidia, por Júpiter —respondió, propinándole a Lidia una bofetada de realidad sin darse cuenta—. No te la puedo revelar. Ni siquiera sé qué será de mí cuando Marco Aurelio descubra que he intimado con una agente enemiga.

—Muy bien —aceptó Lidia, abandonando el triclinio de un salto—. Tú sigue dando vueltas, ahora vengo.

Jano la vio desaparecer por la puerta que llevaba a la habitación contigua. El legado siguió vagabundeando por la estancia. No le asustaba perder contra Término, pero sí que este no cumpliera su promesa y, tras la victoria, hiciera pública la carta de Faustina. El general estaba convencido de que al viejo gladiador ya todo le daba igual. Demasiados años de rencor se convierten en una enfermedad incurable. Y una información como aquella, capaz de causar tanto dolor, era demasiado tentadora para alguien que solo desea ver arder el mundo.

El general se cansó de errar por la habitación. Se detuvo y cerró los ojos, tratando de no pensar en nada. Cuando casi se había olvidado de Lidia, oyó su voz detrás de él.

—Vamos a por los caballos.

Cuando Jano volvió la cabeza se encontró con una visión inédita de su amada. Una que provocó que su corazón galopara.

Allí, plantada en el marco de la puerta, estaba Tamura con el cabello suelto cayendo sobre sus hombros, vestida de cuero negro del cuello hasta los pies, con algunas placas cubriendo zonas vitales, ceñida por correajes y con varias dagas repartidas por el cuerpo. La espada, más larga que las de la caballería romana, colgaba a la izquierda de su cadera.

Aquella mujer imponía.

—¿Qué haces? —preguntó Jano con timidez.

—Ir en contra de mis propias reglas —dijo Tamura—. Quiero que hagas pedazos a Término.

Maiôsara decidió marcharse cuando se quedó sin lágrimas.

Incapaz de enfrentarse a sus actos y a sí misma, decidió huir. Se despidió de Ababa sin despedirse. Al menos, la joven no supo que lo estaba haciendo. La besó en la frente y le dijo adiós. La muchacha la vio partir y pensó que volvería en unas horas. No se fijó en el pequeño morral donde Maiôsara había guardado lo imprescindible para un viaje sin destino y sin retorno.

Necesitaba estar sola y se sentía preparada para ello. Sabía cuidarse por sí misma. Construiría una choza en un lugar recóndito del bosque, trabajaría una parcela de tierra para comer y cazaría de vez en cuando. Así hasta el fin de sus días.

Y lo haría en soledad.

Alguien encontraría su cadáver algún día, un esqueleto anónimo e irreconocible que inspiraría indiferencia o mil historias. Y ella, Maiôsara, se disolvería en el tiempo como un recuerdo borroso de una tribu en guerra perpetua. Se imaginó sola, en el campo, bendecida por una vejez que acabaría asesinando aquellas memorias que tantas veces había querido borrar. Incluso hubo un tiempo en que logró erradicarlas de su mente y de sus sueños.

Hasta que Dadagos reapareció en su vida cual fantasma vengador.

Otra razón para esfumarse, puede que la más importante. Si Dadagos estaba en Carnuntum acabaría buscándola, y él sabía lo fácil que era de encontrar. Pero Maiôsara no estaba dispuesta a escuchar sus palabras ponzoñosas ni una vez más. Aquellas palabras que tenían sobre su alma el efecto de un flagelo.

Se detuvo en mitad de la vía decumana como si hubiera chocado con un muro invisible. Un obrero que caminaba detrás de ella cargado con un saco la maldijo en griego. Ella lo ignoró.

¿Y si mataba a Dadagos? Era un viejo. Aún era hábil con las armas, sí... pero ella también. Podría asesinarlo y descansar en paz. Un problema menos.

Desechó la idea enseguida. No sería capaz de hacerlo. Sabía que la mano le temblaría en el último momento.

Maldito Dadagos.

Maiôsara dejó atrás los muros de Carnuntum y se dirigió al río. Le

satisfizo comprobar que el puente de barcas que en ocasiones desplegaban los romanos se encontraba extendido. Mejor eso que contratar a un barquero y tener que darle charla. La mujer caminó por un lateral del puente, echándose a un lado cada vez que un carro o jinete pasaba por su lado. Cuando se quiso dar cuenta, había cruzado el Danubio.

Recorrió el paisaje con la vista, como si fuera la primera vez que contemplaba las arboledas que se extendían a lo largo del *limes*. Se preguntó adónde ir. El norte acababa de ser pacificado por las legiones, por lo que no se le antojaba un buen lugar para perderse. Las aldeas originales comenzarían a albergar soldados, estos levantarían sus campamentos y estos crecerían hasta convertirse en ciudades.

Y Maiôsara estaba escapando de una.

En el este le esperaban la guerra y la peste. En algún lugar, los cuados y los yacigios de Zántico formaban un ejército. La sola idea de verse en mitad de una contienda la llenaba de hastío. También descartó el sureste, allí estaba el Bastión. No iba a huir de los reproches de Dadagos para arrojarse en brazos de los de Banadaspo.

Maiôsara decidió seguir la ribera del Danubio y continuar caminando hacia el sur. Ya encontraría algún lugar agradable para establecerse, lejos de todo. Por suerte, contaba con un salvoconducto que le permitía transitar por la zona con relativa libertad.

Entonces cayó en una cosa: si seguía por esa ruta, pasaría por fuerza por la granja de Tibês. No vio inconveniente en ello; Tibês y ella no habían quedado como enemigos. De hecho, al sármata le tranquilizaría saber que ella se marchaba para siempre. Quizá hasta podría convencerle para que le vendiera un caballo, si es que tenía alguno de sobra.

De repente, sin previo aviso, la imagen de Stornarja invadió su mente. Sabía que la joven entrenaba con Karaxtos por los alrededores de la finca de Tibês. ¿Y si se la encontraba?

«Ven conmigo, niña, acompáñame... deja atrás esta pesadilla y ven conmigo.»

Habría un problema: Karaxtos no se lo permitiría, y Karaxtos era un guerrero formidable. Maiôsara pensó que eso tampoco le

preocupaba demasiado. El talón de Aquiles de los guerreros formidables suele ser su exceso de confianza. Y las espías guerreras estaban entrenadas para acabar con ese tipo de enemigos.

Se maldijo por no haber comprado un arco antes de partir. Sabía cómo construir uno, pero eso le llevaría tiempo. La única arma que portaba era una daga oculta en el fajín, debajo del cinturón. Maiôsara dibujó una sonrisa evocadora. Hubo un tiempo en el que un simple puñal le habría bastado para acabar con alguien como Karaxtos. Se le acercaría por detrás y lo mandaría al *kurgan* en un suspiro.

Pero eran otros tiempos. Ahora, a la veterana sármata le faltaba entrenamiento. «Pero te sobra determinación», le dijo una voz interior.

Maiôsara aguzó los sentidos y se desvió de la orilla del Danubio para avanzar oculta entre matorrales y árboles. Calculaba el ruido de cada paso y atendía a cada sonido del bosque como si le hablara. Aún faltaba para llegar a la granja de Tibês, pero aquellos ejercicios le servían de entrenamiento.

En su imaginación, ella se acercaba a Karaxtos por detrás. Conocía dos formas perfectas para asesinar a alguien por la espalda. La primera era el degüello, aunque la altura del guerrero jugaría en contra de Maiôsara. La segunda, la puñalada en el riñón: clavar la daga y girar la hoja una vez dentro.

Karaxtos caería al suelo como un fardo. Luego tranquilizaría a Stornarja. Le diría quién era...

Y lo más probable sería que la chica la asesinara antes de que pudiera abrir la boca.

Maiôsara estaba hecha un lío. En el mejor de los casos, si Stornarja accedía a irse con ella, ¿qué podía ofrecerle? ¿Una vida de ermitaña, en mitad de ninguna parte? ¿Y si lo que conseguía era enfadar a Zántico y que este pusiera precio a su cabeza? Vivir mirando siempre a tu espalda no es vida.

Sus pasos la llevaron cada vez más cerca de la granja de Tibês. El humo de la chimenea reveló su posición. Se detuvo, con la vista fija en la humareda.

Y justo en ese momento, Maiôsara lo tuvo claro.

«Pero ¿qué cojones haces aquí, Maiôsara?»

Su voz interior se lo dijo bien alto.

«Huyes porque eres cobarde. Porque temes enfrentarte a tu pasado, a tus actos, a Tamura... y a ti misma.»

Aquella voz tenía razón. Era una cobarde. Pero si decides que todo te importa una mierda es muy fácil ser valiente. Por su vida no temía. Si tenía que morir, moriría. Solo le importaban Stornarja y Tamura.

Y si había alguien capaz de redimir a Stornarja, esa era Tamura.

Maiôsara decidió, en ese preciso instante, que le contaría a Tamura lo que hasta ahora no se había atrevido a contarle. Puede que la matara por no haberlo hecho antes, pero le dio igual. Aceptaría la muerte de buen grado.

Sonrió. Al infierno su vida. Al infierno Dadagos. Al infierno sus recuerdos atormentados. Inspiró hondo. Si tenía que cubrirse con una capa de vergüenza y miedo, lo haría. Ella misma la había tejido con sus acciones.

Sin darse cuenta, pronunció unas palabras en sármata:

—Al final, regreso a Carnuntum.

Pensó que era su voz interior la que le respondió en su misma lengua.

—Me parece que no.

Luego, se hizo la oscuridad.

Cuando descabalgaron en el claro del bosque, Lidia le arrancó una promesa a Jano. Una promesa que a este le pareció complicada de cumplir.

«A partir de ahora, cuando estemos a solas, me llamarás Tamura.»

Al general le iba a costar mucho fundir la imagen idealizada y luminosa de Lidia con la realidad agresiva y oscura de Tamura. Aunque si seguía recibiendo esos palos, acabaría haciéndolo por las malas. Por fortuna para su orgullo, Sagita y Pravum eran los únicos testigos de la paliza que Tamura le estaba propinando a golpe de espada de madera.

—El trabajo burocrático te ha oxidado un poco —observó la sármata, dando tiempo al legado a levantarse del suelo.

Jano empezaba a frustrarse. Él era un guerrero letal, se había enfrentado a varios enemigos a la vez en diversas ocasiones, tanto en el anfiteatro como en el campo de batalla.

Pero nunca a alguien tan veloz.

—Término no es tan rápido como tú —jadeó Jano.

—Mejor. Así le alcanzarás con más facilidad.

El general avanzó hacia ella esgrimiendo el *gladius* de madera y el *parma*, un escudo redondo, mucho más pequeño y manejable que el reglamentario de la Legión. Durante sus años de gladiador, Jano siempre se sintió cómodo con esa combinación, conocida como *parmulario,* que le había otorgado un sinfín de victorias en la arena.

—Tarde o temprano te pillaré —prometió el general, esbozando una sonrisa de medio lado.

Tamura retrocedió lo justo para mantenerse fuera del alcance del *gladius*. Con un movimiento rápido, Jano adelantó el escudo y lanzó dos puñaladas que ella esquivó con pasmosa facilidad. La ira comenzó a empañar la admiración que el general sentía por Tamura. Cada vez que erraba una estocada, crecían en él las ganas de abrirle la cabeza con el arma de entrenamiento.

—Si me tienes que pegar fuerte, hazlo —lo provocó Tamura, abriendo los brazos para dejar expuesto el torso.

Jano lanzó otro golpe a fondo que la espada de Tamura desvió. La sármata quiso sorprenderle con un tajo de revés. Jano se agachó y la golpeó con el escudo en la cadera. Ella lo celebró, frotándose la zona dolorida.

—¡Muy bien! —lo animó.

—Si bailaras menos, sería más fácil.

—Si bailara menos, habría muerto hace mucho.

Jano se abalanzó sobre ella en una embestida feroz. Tamura lo esquivó rodando por la hierba y golpeándole la pierna izquierda con el filo de madera. El legado se quejó de dolor.

—Ahora serías cojo —se mofó la sármata, que se había dado un respiro, tumbada en el suelo.

—¿Has cortado muchas piernas así?

—Muchas —afirmó, levantándose de un salto—. Defiéndete.

Tamura descargó varios golpes contra el escudo de Jano. Este los paró sin esfuerzo, pero, de pronto, se encontró tendido de espaldas sobre el terreno. Concentrado en la tormenta de espadazos, no había visto el pie de Tamura barriendo su pie izquierdo en el momento justo en que había levantado el derecho para lanzar un contraataque.

—¡Mierda!

—¿Cuáles son tus armas, Jano?

—Espada y *parma* —recitó mientras se reincorporaba.

—No. Todo tu cuerpo es un arma.

—Bueno, eso se da por sabido —rezongó él, aprovechando la pausa para estirar brazos y piernas. Le dolía todo el cuerpo.

—Ya veo que se da por sabido —se burló ella—. Por eso te he derribado.

Jano frunció el ceño y arrojó la espada y el escudo al suelo.

—No soy ningún novato, Lid... Tamura. He ganado la mayoría de los combates en el anfiteatro y he sobrevivido a muchísimos partos que querían cortarme en pedazos.

—No lo dudo, Jano. Simplemente, no quiero que mueras.

—Si tengo que morir, moriré. La muerte siempre es una opción en un duelo.

Tamura se acercó al general y colocó su rostro muy cerca del suyo. Jano le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—Te prohíbo morir —dijo, robándole un beso por sorpresa; Jano se esperaba cualquier cosa menos eso—. Ese Término no ha parado de luchar ni un solo día de su vida, y tú sí. Así que recoge tus armas y conviértete en el mejor.

Jano recogió las armas y se lanzó contra Tamura sin previo aviso. Esta retrocedió y recibió un espadazo en el hombro.

—¡Eso ha dolido! —se quejó.

Jano sonrió.

—Por supuesto, ¿con quién crees que estás peleando? Venga, sigamos.

Tamura sonrió y atacó.

A veces, dejarse golpear es la mejor manera de motivar al contrario.

52

Maiôsara despertó en el mismo sótano donde mantuvieron encerrada a Stornarja antes de comenzar su entrenamiento. Sentía la cabeza como el tambor del cómitre más brioso de la flota imperial. Intentó tocársela, pero no pudo; tenía las manos amarradas a la espalda, y estas, a algo que había en la pared. Imposible moverse. Notó el sabor de su sangre en los labios. El que le pegó, le pegó con ganas.

—¡Eh! —gritó sin estar segura de que alguien pudiera oírla—. ¡Ya estoy despierta! ¿Nadie va a venir a darme los buenos días?

Se oyeron pasos en el piso superior. Una trampilla se abrió, revelando una escalera que descendía hasta el sótano. Maiôsara intentó ponerse de pie, sin éxito. Además de tener los tobillos atados, la cuerda que la unía al muro era demasiado corta. Alguien descendió por los peldaños con movimientos pausados, sin prisa. A pesar de estar de espaldas, la cabellera lacia y rubia era inconfundible.

—Hombre, Jaret, mi Apolo favorito —exclamó Maiôsara, con su habitual tono burlón—. Dame una buena noticia y dime que me has traído aquí para violarme. Conozco algunos trucos que te encantarían —dijo, guiñándole un ojo con picardía.

—Seguro que esos trucos incluyen dagas como esta —repuso Jaret, mostrándole a Maiôsara su cuchillo—. ¿Sabes dónde estás?

—Dame una pista... ¿En el burdel de tu puta madre?

Jaret se acuclilló cerca de ella, pero fuera del alcance de sus pies. Aún con los tobillos amarrados, aquella bruja era capaz de romperle la nariz de una patada.

—Estás en el sótano de Tibês —la informó.

—Lo suponía, no hay muchas más casas por los alrededores. ¿Por qué no le dices que baje? Solo pasaba para despedirme de él.

—Lo siento, llegas tarde. Tibês está muerto.

La noticia pilló a Maiôsara por sorpresa.

—¿Muerto? ¿Qué le ha pasado?

—Su hijo desapareció y empezó a ponerse nervioso; nervioso hasta el extremo de poner en peligro nuestros planes. Tuve que matarlo. A él y a su mujer —añadió, sin mostrar emoción alguna.

Maiôsara recordó entonces que Baxagos estaba preso en un calabozo romano. Había estado tan ocupada atormentándose que se le había olvidado por completo ese detalle. Jaret la escrutó con mirada inquisidora.

—No habrás oído nada de su paradero, ¿verdad?

—¿De ese retrasado? Nada —mintió Maiôsara, con la rotundidad con la que lo hacía a menudo—, pero por mí, que se lo follen. Siempre me cayó mal. —Decidió cambiar de tema—. Ahora en serio, Jaret. ¿Qué te he hecho para que me abras la cabeza y me encierres aquí abajo?

—No fui yo. Lándigo te pilló acercándote a la granja entre los matorrales. Me dijo que hacías más ruido que una piara de verracos. ¿Qué intentabas?

Maiôsara mostró decepción en su rostro.

—Al final, ese desgraciado de Tibês tenía razón: ya estoy vieja para esto. —Se puso seria—. Mira, Jaret, no intentaba nada. Simplemente venía a decirle a Tibês que me marcho de Carnuntum. Estoy harta de espías, de la *insula*, de tener que aguantar romanos, griegos, sirios... de ti también estoy harta —apuntó.

—Mientes —sentenció Jaret.

—No miento, no sabes lo que...

—Sí, mientes —afirmó el yacigio, que no estaba dispuesto a aguantar ni una patraña más—. Lándigo te oyó decir que regresabas a Carnuntum. Estás loca, Maiôsara, ya hasta hablas sola.

—Pues sí, estoy loca, solo soy una vieja chiflada. No soy una amenaza para vosotros, así que suéltame y deja que me vaya. Desapareceré de vuestras vidas, te lo juro.

Jaret se levantó y la contempló unos segundos. A ella le pareció ver incluso un brillo de simpatía en su mirada. Esa ilusión se desvaneció cuando el joven empezó a negar con la cabeza muy despacio, con la misma cadencia peculiar con la que se expresaba.

—Demasiado tarde para dejarte ir, Maiôsara. Has traicionado a tu

pueblo.

—¿Que yo he traicionado a...? Venga, Jaret, por favor, ¿qué estás diciendo?

En lugar de responder, Jaret dio media vuelta y subió por la escalera hasta desaparecer de su vista. Maiôsara oyó voces en el piso superior, pero ni las reconoció ni logró entender lo que decían. Poco después, unas botas, distintas a las de Jaret, comenzaron a bajar por los peldaños hasta revelar la silueta completa de su dueño, de espaldas.

Cuando este se volvió y mostró su rostro, la bravuconería de Maiôsara se arrugó como una araña al calor de una llama. El recién llegado se plantó delante de ella con los brazos en jarra y sonrió. Ella fue incapaz de corresponderle.

—Me alegro de verte, Maiôsara. Tenemos mucho de que hablar.

Los ojos grises de Maiôsara se clavaron en los del hombre. La araña de la bravuconería pareció revivir lo justo para saludarle.

—Que te follen, Dadagos.

Aquel fue su último estertor.

Apenas faltaba una hora para el crepúsculo cuando los cuatro navíos de la flota fluvial romana atracaron en los muelles, al norte de Carnuntum. De sus pasarelas descendió una treintena de jinetes que precedían a un par de carruajes incapaces de seguirles el ritmo.

Los guardias de puerta se pusieron firmes en cuanto distinguieron los uniformes que vestían y los estandartes que enarbolaban. El centurión encargado del control de entrada se cuadró ante los recién llegados, pero estos pasaron por delante de él sin detenerse.

Parecían tener prisa.

La llegada de Marco Aurelio fue mucho más discreta que la de su familia. La turma recorrió el cardo máximo al trote para desviarse hasta el palacio sin fanfarrias ni desfiles. Los ciudadanos que se cruzaron con los jinetes los confundieron con una patrulla cualquiera de caballería. Nadie sospechó, en ningún momento, que entre esos jinetes cabalgaba el emperador.

Jano se encontraba en el patio exterior de la residencia imperial, apenas vestido con una sencilla túnica corta, un cinturón y unas sandalias. Esgrimía el mismo *gladius* de entrenamiento que usaba en sus sesiones con Tamura. Cuando peleaba contra ella, perdía casi todos los combates; ahora que lo hacía contra Cómodo, tenía que dejarse ganar, para no desilusionarle. Para ser justos, el rapaz tenía buenas cualidades para su edad, no solo por sus aptitudes innatas para la esgrima, sino también por las horas de trabajo que sus maestros, los más destacados de Roma, habían invertido en él.

Uteljarab observaba los combates hecho un manojo de nervios; acompañaba cada golpe de espada con un ladrido seco. No le agradaba demasiado ver a aquellos dos pegándose a pesar de que, por sus risas, intuía que era un juego. De todos modos, desistió en su voluntad de apaciguarlos: cada vez que lo intentaba, lo apartaban a empujones para seguir apaleándose.

Cómodo tenía un buen juego de piernas, no perdía el equilibrio, paraba las estocadas con eficiencia y contraatacaba con una mezcla apropiada de furia y precisión. Durante el entrenamiento, Jano estudió su rostro y sus gestos, fijándose en cada detalle. Por mucho que lo miraba, no encontraba demasiado parecido entre Cómodo y él, aparte de la afición por las peleas de gladiadores y el cabello rizado. Lo del pelo no era demasiado determinante: Marco Aurelio y Faustina también lo tenían rizado, aunque a Jano, al llevarlo muy corto, apenas se le notaban los rizos.

El carácter nervioso del niño sí que contrastaba con la personalidad más sosegada y analítica de Marco Aurelio, aunque Jano conocía bien los arranques de furia del emperador; unos arrebatos que muy pocos tuvieron la suerte —o el infortunio— de presenciar alguna vez. Un detalle oscuro que, casi con toda certeza, los historiadores acabarían obviando por puro y simple desconocimiento.

Mientras detenía un tajo lateral con el escudo, el legado se preguntó si sentía algo especial por el niño. Era indudable que le tenía cariño, lo conocía desde el día que nació, pero Jano no recordaba haberlo echado de menos en su ausencia, al menos de forma vehemente. ¿Sentiría algo especial un padre en presencia de un hijo,

aun sin tener la seguridad de ser su padre? Jano lo ignoraba. Si era verdad que Cómodo era fruto de su simiente, también lo era que él no había sentido la llamada de la sangre.

Cómodo y el legado interrumpieron los ejercicios al oír aproximarse los caballos. En cuanto vio a los jinetes cruzar la puerta del patio, Jano adivinó a quién escoltaba aquella turma.

—Tu padre, Cómodo —anunció el legado.

El niño dejó las armas simuladas en el suelo, gesto que aprovechó Uteljarab para olisquearlas a placer. Cómodo se adelantó a Jano y corrió hacia los jinetes buscando a su progenitor entre los soldados. El legado llegó hasta la turma y se abrió paso entre hombres y bestias. Conocía de vista a algunos oficiales, pero muchos le eran desconocidos. No tardó demasiado en vislumbrar a Marco Aurelio entre los miembros de su escolta. El emperador examinaba a Cómodo mientras lo agarraba por los hombros, como si le sorprendiera comprobar cuánto había crecido desde la última vez que lo vio. Giró la cabeza hacia Jano y le dedicó una sonrisa repleta de sinceridad.

—Jano, hijo mío —exclamó—. ¿Cómo estás? Me acabo de enterar de que Faustina, Lucila y Cómodo están aquí.

—A todos nos pilló por sorpresa, césar —dijo el legado—. Felicidades por tu triunfo contra los marcomanos.

—Lástima lo de Vindex —se lamentó el emperador, que condujo tanto a Jano como a Cómodo lejos de la turma; Uteljarab se acercó a Marco Aurelio, meneando el rabo—. ¿Y este quién es?

—Es el perro de la prometida de Jano —explicó Cómodo, para sofoco del legado.

—No es mi prometida —protestó el general, avergonzado por la expresión sorprendida del emperador. Cambió de tema de forma radical—. ¿Te informaron de los asesinatos, césar?

—Uno de los correos llevó la noticia al frente —dijo el emperador —. Fueron dos, ¿verdad?

—Pudieron haber sido tres, pero el último se frustró —precisó Jano.

—Sentí mucho lo del hijo de Lucio Renato. ¿Se ha capturado al asesino?

—No, pero todo apunta a que se ha marchado de Carnuntum. De todas formas, debemos tener cuidado.

—Luego me darás todos los detalles, ahora me gustaría descansar un rato. ¿Hay alguna dependencia en la que me pueda acomodar?

—La tuya —respondió Jano—. La emperatriz la ocupó nada más llegar.

Marco Aurelio se limitó a musitar un gracias medio mudo.

—¿Y Tiberio? —preguntó Cómodo.

—Está en Vindobona, con la Segunda Legión. A tu hermana le gustará saber que mañana mismo zarpará un barco hacia allá. —El emperador clavó los ojos en su hijo—. ¿Cómo llevas los estudios? ¿Estás leyendo mucho?

Jano intervino antes de que Cómodo mintiera a su padre.

—No hace más que dar espadazos, césar. Solo piensa en los juegos que se celebrarán pronto en honor a Vindex.

—Eudor viene de camino, en un carruaje —informó Marco Aurelio, dirigiéndose a Cómodo—. Le diré que se ocupe de ti en cuanto llegue. Ya sabes: si no cumples con tus deberes académicos, no irás a los juegos.

—Descuida, padre. Estudiaré.

Marco Aurelio se volvió hacia Jano.

—Hoy cenarás conmigo. Necesito saber todo lo que ha pasado en Carnuntum durante mi ausencia.

Jano calculó que al amanecer del día siguiente aún no habrían terminado.

—Como ordenes, césar. Con tu permiso, voy a asearme y a vestirme.

—¿No has ocupado ninguna habitación del palacio?

—Me alojo en la residencia de Cato Merino. Bueno, de su viuda...

El emperador no pudo disimular su sorpresa.

—¿Su viuda? ¿Ha muerto el magistrado?

—Prefiero contártelo luego —dijo Jano, lanzando una mirada elocuente a Cómodo que Marco Aurelio cazó al vuelo; el general no quería que el niño oyera los detalles escabrosos del suicidio.

—Mejor luego, entonces. Cómodo, ¿me llevas con tu madre?

Jano se despidió con un saludo militar y se dirigió a las caballerizas. Por el rabillo del ojo, vio cómo Marco Bassaeo Rufo se encontraba de frente con el emperador en la escalinata de entrada al palacio. Le vio cuadrarse para darle novedades. El legado se colocó las piezas de armadura que tenía colgadas en diversos ganchos del establo. Aprovechó para acercarle un cubo de agua a Sagita y darle dos palmadas de despedida.

Esa noche, el general y el emperador tendrían mucho de que hablar.

A Dadagos le divertía ver cómo Maiôsara apartaba la vista de él, como si su sola presencia le doliera. Cada vez que intentaba entrar en su ángulo de visión, ella desviaba la mirada a otro punto del sótano.

—Me ha dicho Jaret que ni siquiera quieres oír mi nombre —comenzó a decir—. No sé qué te he hecho para merecer tal desprecio.

Maiôsara guardó silencio, con la vista puesta en el rincón más oscuro del subterráneo.

—Debería de ser yo el ofendido —prosiguió Dadagos—. Formabas parte de un plan y te limpiaste el culo con él. Eso es una traición a Zántico.

—Yo no trabajo para Zántico —objetó Maiôsara, sin apartar la mirada de las tinieblas de la bodega—. Te recuerdo que tenemos dos reyes.

—Tenemos dos reyes a los que tenemos que servir de forma indistinta.

—No seas hipócrita. Sabes perfectamente que Zántico y Banadaspo acabarán disputándose el trono yacigio.

—Y lo más probable es que sea Zántico quien lo obtenga —profetizó el anciano—. No nos engañemos, Banadaspo es un pusilánime... y un borracho. Pero dejemos de hablar de política y volvamos al principio, cuando estabas dispuesta a colaborar con la misión de Stornarja.

Maiôsara clavó por primera vez sus ojos en los de Dadagos. Para su sorpresa, se sintió capaz de aguantarle la mirada.

—Aquello me escamó desde el principio —comenzó a decir—. Un hombre enmascarado que me entrega una túnica y una máscara idénticas a las que él lleva, que me informa que tiene a una asesina oculta en algún lugar de las alcantarillas. Cuando le pregunto por su identidad, me dice que tiene órdenes de Zántico de mantener su anonimato, incluso conmigo.

—¿Cuándo te diste cuenta de que el enmascarado era yo?

—Me costó. Falseas muy bien la voz, aún estás a tiempo de dedicarte al teatro.

Dadagos se echó a reír.

—Tú también. Acuérdate de las consignas. —El anciano impostó la voz y habló en un tono ominoso—. Nos presentaremos al templo del Cobol como el Amo, no somos ni hombre, ni mujer, como eres tú ahora... un instrumento para cumplir los deseos del Cobol...

—¿Por qué no me dijiste desde el principio que eras tú?

—Porque sé que me detestas.

—Así que has estado siempre en Carnuntum —murmuró Maiôsara.

—Todo el tiempo.

—¿Y cómo se te ocurrió esa mierda de drogar a la muchacha para convencerla de que estaba poseída por los cobolios?

—Eso no fue cosa mía —confesó Dadagos—. Fue idea de Xarthanos. Tiene mucha imaginación.

La mandíbula de Maiôsara se descolgó.

—¿El mago loco? Ahora entiendo por qué esa pobre chiquilla estaba como estaba...

Los ojos de Dadagos se entrecerraron.

—Maiôsara, ¿conoces a esa joven de antes?

—De nada en absoluto. La primera vez que la vi fue cuando se le agotó el brebaje y el Amo... —soltó una risita amarga—, bueno, tú, me ordenaste que fuera a dárselo.

—No me lo creo.

—Cree lo que quieras.

—Me extraña que te preocupes tanto por una desconocida —argumentó Dadagos.

—Me partía el alma ver a esa chica tan joven drogada y llorando.

Me miraba aterrorizada a través de una nube de alucinaciones de datura. Y ella era consciente de que estaba asesinando niños. Por los dioses, Dadagos, la obligabas a asesinar niños pequeños. ¡Niños!

Dadagos se abalanzó sobre Maiôsara con una velocidad impensable para alguien de su edad, se agachó junto a ella, la abofeteó con fuerza y la agarró por los hombros. La expresión de su cara había cambiado por completo a una de furia infinita.

—¡Niños, sí, Maiôsara! ¡Niños como tus hijos y como mi hija!

Los ojos de Maiôsara se espantaron. Sintió que le faltaba el aire, que se asfixiaba. Le hubiera gustado llorar, pero hacía días que sus lagrimales se habían convertido en un erial.

—No fue culpa mía —logró balbucear—, podía haberle pasado a cualquiera...

—No te equivoques, Maiôsara. Fue culpa tuya. Tú fuiste quien convenció a tu hermana de alejarse de la aldea para olvidarse de la guerra. Tú la apartaste a ella y a mi hija de mí, para refugiaros en mitad de ninguna parte. Le diste esperanzas de que ella y yo nos reuniríamos cuando la guerra terminara... y ¿qué sucedió? Te acuerdas, ¿verdad?

Cómo no se iba a acordar.

Imposible olvidarlo. Las pesadillas se encargaban de recordárselo. Recurrentes, siempre iguales. Y ahora, en la penumbra del sótano de Tibês, la pesadilla la asaltó en pleno estado de vigilia.

Una vez más, Maiôsara llegó a lomos de su caballo al claro del bosque donde se levantaba la cabaña. Venía contenta, con unos conejos para la cena colgados de la silla de montar. Pero en cuanto vio y olió el humo negro, supo que algo iba mal. Descabalgó con una lentitud pasmosa, como si el aire se hubiera convertido en agua.

El claro apestaba a muerte.

El primer cadáver que descubrió al entrar en la cabaña fue el de su hermana. Yacía con medio cuerpo sobre el camastro, despatarrada, desnuda y llena de moretones. Tenía manchas de sangre en la comisura de los labios y en la parte interna de los muslos. La vagina, destrozada, era como una sonrisa desencajada y roja. Su cráneo estaba tan abierto como sus ojos. Estos, fijos en Maiôsara, parecían lanzarle

una mirada de mudo reproche. Cuando Maiôsara apartó la vista de ella, se enfrentó a un segundo cuerpo.

Para su horror, la hija de su hermana había compartido el mismo destino de su madre. Maiôsara se sintió morir.

La niña apenas había cumplido once años.

Pero la sorpresa más dolorosa le esperaba dentro de la chimenea, cuyas ascuas agonizaban, medio sofocadas bajo dos cuerpos carbonizados. El olor a carne quemada lo inundaba todo, como una nube tóxica. Aquella masa negra e informe eran los mellizos de Maiôsara. Un niño y una niña de cuatro años.

La voz de Dadagos sonó desde el mundo real, acompañada de una segunda bofetada.

—Te acuerdas, ¿verdad, hija de puta?

Maiôsara era incapaz de detener sus recuerdos. Unos recuerdos que la acosaban a menudo mientras dormía. Aquello sucedió de verdad, poco después de que Maiôsara se ganara su retiro como espía y decidiera alejarse de todo y de todos junto a su hermana, su sobrina y sus hijos. La guerra contra los romanos ya se había cobrado la vida del esposo de Maiôsara, y no quería que su hermana también perdiera al suyo.

La intención fue buena, pero le salió mal.

Lo último que Maiôsara vio, antes de abandonar para siempre aquella cabaña maldita con los cadáveres de su familia envueltos en mantas, fue la firma de los malnacidos que perpetraron aquella atrocidad. Aún podía leer la pintada hecha con una rama quemada en la pared.

Hasta podía olerla.

SPQR. LEGIO V.

Maiôsara rompió a llorar delante de Dadagos. Este le habló muy cerca del oído.

—Solo te pido una cosa, Maiôsara: cada vez que se te ocurra la idea de compadecerte de esos niños romanos, quiero que te imagines todo lo que aquellas bestias les hicieron a tus hijos antes de quemarlos vivos.

Maiôsara cerró los ojos con fuerza, asfixiándose. Con mucho esfuerzo, logró aspirar una bocanada de aire que gastó en gritar un

«no» que pareció durar una eternidad.

En el piso de arriba, Jaret, Lándigo, Dandro y Karaxtos cruzaron miradas graves. Afuera, a la intemperie y sin saber qué ocurría, Stornarja se tapó los oídos con las manos.

Los ecos de aquel grito resonaron durante toda la noche en su cabeza.

53

Jano y Tamura intercambiaban estocadas en el mismo claro del bosque en el que entrenaron los últimos días, inmersos en una danza vertiginosa a ritmo de madera entrechocando. Era evidente que la velocidad y precisión de los ataques del general había mejorado, al igual que su defensa. A Tamura cada vez le resultaba más complicado alcanzarle.

No solo eso: Jano ahora era capaz de acorralarla con sus envites y estocadas. En ocasiones, ella tenía que recurrir a los trucos más infames para escapar del acoso del romano, que desencadenaba una tempestad de golpes sobre ella que solo podía esquivar a base de cabriolas y acrobacias.

El entrenamiento incluía carreras por el campo y ejercicios consistentes, entre otras cosas, en rodar por el suelo, estar tendido de espaldas y levantarse usando solo los brazos y dar volteretas para acercarse o alejarse del contrincante. Jano había sido siempre un gladiador de movimientos ágiles, pero desde su entrada en la legión, su técnica se había encorsetado. Como oficial, Jano había combatido más veces a caballo que a pie. En las escasas ocasiones en las que tuvo que luchar como infantería, lo hizo formando parte de una línea de legionarios sobre el terreno, con la técnica clásica de parar los golpes con el escudo para luego apuñalar con el *gladius*. Un método tan fácil como eficaz, que tantas victorias había otorgado a las legiones romanas. Y las veces que tuvo que improvisar, como en Altinum... Esas veces, la furia había tomado las riendas de la batalla y Jano se había dejado arrastrar por ella, sin más ciencia que matar y sobrevivir.

Después de tres horas interminables, Jano y Tamura se tumbaron sobre la hierba, sudorosos y agotados. Sus miradas volaron a través de las copas de los árboles hacia un cielo salpicado de nubecillas empujadas por una brisa tímida. Junio estaba a la vuelta de la esquina y el sol, en pie de guerra, lo reclamaba como suyo. Ni los más viejos

recordaban un año tan caluroso como aquel. Jano volvió la cabeza hacia Tamura. Ella tardó unos segundos en darse cuenta de que su hombre la contemplaba extasiado.

—¿Qué? —le preguntó Tamura, sonriéndole.

—¿Qué tal voy?

—¿En combate? —Jano asintió—. Mucho mejor. Ahora sí que podría considerarte un rival digno.

—Siempre lo he sido —afirmó el general, incorporándose sobre el codo—. Cuando lucho a muerte, me crezco.

—Quizá por eso sigues vivo. —Al pronunciar estas palabras, Tamura se acordó de la flecha que recibió Jano y del arquero que la disparó—. A propósito, ¿has visitado a Baxagos estos últimos días?

—Un par de veces. Apenas come, está muy delgado.

—Parece como si sintieras lástima por él.

—Me da pena, es un crío medio idiota.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Aún no lo sé. Lo decidiré cuando desmantele los planes de tus compatriotas. Si lo entrego a los jueces lo condenarán a muerte, y ya han muerto demasiados niños en Carnuntum.

—Jano...

—Dime.

—¿Le has hablado a Marco Aurelio de la oferta de Banadaspo?

—Todavía no. No he encontrado un buen momento para hacerlo. Aún tenemos temas pendientes, por no hablar de sus asuntos familiares.

—Pero lo harás, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió el legado—, en su momento le informaré de que una emisaria sármata quiere hablar de paz con él.

Jano supo disimular la mentira. Sí que había tocado el tema de Banadaspo con el emperador. Lo hizo cuando relacionó los asesinatos rituales con una conspiración entre los dos reyes yacigios. Cuando creyó que Marco Aurelio le daría la oportunidad de explicarle aquella complicada trama, el emperador lo mandó callar.

—Jano, a estas alturas me niego a entrar en complots de reyes a los que ni siquiera reconozco como tales. Tarde o temprano les llegará

el turno de tener a mis legiones a sus puertas, y entonces lo tendrán muy fácil: rendición o muerte. No pienso perder ni un segundo más en esto. ¿Siguiente asunto?

Las esperanzas de Jano cayeron por el mismo barranco por las que caerían las de Tamura cuando conociera la verdad. El legado tenía muy claro que el emperador se negaría en redondo a recibir a una emisaria sármata. Pero existía otra complicación.

Marco Aurelio había insistido en conocer a Lidia Veturia y aquello preocupaba a Jano casi tanto como su duelo a muerte con Término.

Si se la presentaba como una viuda romana y luego ella le entregaba el mensaje de paz de Banadaspo, Marco Aurelio lo interpretaría como una traición al descubrir su verdadera identidad. Si lo hacía como Tamura, el emperador tildaría a Jano de loco por enamorarse de una espía enemiga, además de llevarse una tremenda decepción con él. Pero, además, si Marco Aurelio llegaba a enterarse de que Tamura había luchado de forma activa —y eficaz— contra el Imperio, condenaría a muerte a Jano, por traición.

La tercera opción era confesarle la verdad a Tamura y decirle que se olvidara de la paz con Roma. Pero los posibles resultados de esa acción tampoco eran demasiado alentadores. Si ella decidía entrevistarse con Marco Aurelio por su cuenta, cabía la posibilidad de que acabara prisionera o muerta. Lo más probable es que muriera, porque Tamura se resistiría a ser capturada. Y una vez que la reconocieran, todo el mundo la señalaría como la concubina de Jano Convector, por lo que lo culparían de traición.

La mejor opción también era dolorosa: si Tamura se resignaba a no poder transmitir el mensaje de Banadaspo y se marchaba de Carnuntum, él no volvería a verla jamás. Ninguna alternativa era buena. Tamura lo sacó de sus tribulaciones con una pregunta que lo pilló por sorpresa.

—Jano, ¿Término tiene algún estilo secundario de combate?

Él la miró, confuso. Tamura estaba sentada en el suelo, con los brazos rodeando sus piernas flexionadas.

—¿Qué quieres decir?

—Tú prefieres el estilo *parmulario*, de escudo redondo y *gladius*.

—Sí.

—Y me dijiste que Término solía pelear como *murmillo*.

—Con más piezas de armadura que el *murmillo* clásico —puntualizó el legado—, pero sí. Es alto, corpulento y fuerte, aguanta el peso adicional sin problemas.

—¿Nunca lo has visto usar otra combinación de armas distinta de espada y escudo?

A Jano no le hizo falta revolver demasiado en los cajones de su memoria.

—Ahora que lo dices, sí. A veces usaba una maza a dos manos, y lo hacía bien.

Tamura dibujó una media sonrisa.

—Me apostaría cualquier cosa a que es lo que va a usar contra ti.

—¿Crees que prescindirá del escudo?

—Jano, tú te habías olvidado prácticamente de él... pero él de ti no. En su recuerdo no te ve como soldado, sino como gladiador. Conoce tu técnica con espada y escudo, es más alto que tú y, según tus propias palabras, más fuerte y corpulento.

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Qué es capaz de hacer una maza grande?

—Romperte la cabeza.

—Eso es obvio, pero antes...

—Hacer pedazos un escudo.

—Exacto.

El legado se rascó el mentón, pensativo.

—Podría usar un escudo de la legión, es más grande que el *parma*.

—Tampoco aguantaría un golpe con una maza a dos manos —objetó Tamura—. Si te dieran a elegir a qué enfrentarte, si a espada y escudo o a maza a dos manos, ¿cuál de las dos preferirías?

El general respondió al instante.

—Sin lugar a duda, espada y escudo. La maza podría ponerme en un aprieto si destruye el *parma*. Tampoco podría parar el golpe con el brazo, me lo rompería.

—Entonces tenemos que prepararnos para esa posibilidad —dijo Tamura—. Espérame aquí.

Se levantó de un salto, pasó de largo por la zona donde pacían los caballos y se internó en el bosque para regresar poco después con una rama grande y gruesa. Jano apreció que la había tallado a espadazos, dándole más o menos la forma de una maza. Puesta de pie, el arma improvisada era casi tan alta como ella.

—Te enseñaré un truco —comenzó a decir Tamura—, uno que nunca he enseñado a nadie, ni siquiera a otras espías guerreras. Uno con el que he matado a gigantes con hachas y mazas. Lo llamo el aguijón de acero. Pero te lo advierto: no es un movimiento fácil y tendrás que ensayarlo mucho hasta que lo domines. —Le tendió la maza—. Coge esto y déjame tu *gladius*.

Jano y Tamura intercambiaron las armas. El legado agarró la rama por el extremo más fino. Pesaba demasiado y era poco manejable. Practicaba movimientos de vaivén con ella, cuando vio cómo Tamura se encajaba el escudo en el brazo izquierdo. Le hizo gracia ver la torpeza con la que lo hacía. Era evidente que en su vida había usado uno. El general se dijo que tampoco lo necesitaba.

—Con esto te puedo hacer daño si te doy sin querer —avisó Jano, sin dejar de mover la rama cortada.

—No me darás —fanfarroneó ella, mientras sopesaba la espada de entrenamiento y movía el brazo del escudo—. Atiende a mis explicaciones.

Se colocó frente a Jano con el escudo por delante y le hizo una seña para que iniciara el ataque. El general lanzó un golpe lateral y ella saltó hacia atrás. El segundo fue en diagonal, de izquierda a derecha, y ella volvió a esquivarlo retrocediendo dos pasos.

—Esto cansa —observó Jano.

—Es de lo que se trata. Tu primer objetivo es cansar a Término.

Jano dio una carrera corta y trató de asestar una estocada con la punta de la rama. Ella la desvió con el escudo, sin inmutarse.

—Ese ataque pierde mucha fuerza —apuntó ella, casi con desprecio.

—¿Y este?

Jano lanzó otro golpe lateral rasante al suelo. Tamura brincó por encima, esquivándolo. Si le hubiera acertado le habría roto el tobillo.

—¿A qué esperas para atacarme? —preguntó Jano, divertido.

—A un movimiento que tarde o temprano harás.

El legado sonrió. Aquella condenada mujer era más dura que cualquier entrenador que hubiera tenido en su carrera de gladiador, y su morral de triquiñuelas parecía no tener fondo. Jano inspiró hondo y levantó la maza, descargando un golpe de arriba abajo.

Justo el que ella esperaba.

Cuando la maza descendió para romperle el cráneo, Tamura dio un paso a la izquierda a la vez que comenzaba a girar con todo el cuerpo. Soltó el *gladius* medio segundo en el aire, para cambiar la posición de la mano y volver a agarrarlo como un puñal mientras rotaba sobre sí misma.

El escudo redondo chocó accidentalmente con el costado de Jano, desequilibrándolo. Tamura apenas pudo atrapar la espada en el aire. Cuando volvió a adoptar una posición medio buena, Jano ya estaba a listo para descargar un segundo golpe.

—Mierda —gruñó Tamura, que retrocedió para salir del alcance de la rama.

Jano interrumpió el ataque.

—¿Te ha salido mal? —preguntó el legado, que no había podido ver la maniobra de Tamura. En el fondo, el fallo de la espía le alegró.

—Es el puto escudo —maldijo—. Dificulta el giro y tropieza. —Miró a los ojos a Jano—. ¿Te atreverías a combatir sin él?

El legado resopló. Luchar sin escudo era como luchar desnudo.

—No lo sé... Sería como empezar de cero para mí.

—Llévalo cuando salgas a la arena, por si acaso. Pero si Término lleva una maza, deshazte del escudo. No te servirá para parar los golpes, solo para entorpecerte. —Tamura y dejó el *parma* en el suelo —. Repite el golpe.

El legado tomó aire, dio un paso atrás para tomar impulso y descargó un mazazo descendente. Tamura volvió a dar un paso lateral mientras iniciaba el giro. El *gladius* de madera flotó una décima de segundo en el aire, ingrávido, al tiempo que ella cambiaba la posición de la mano. Sin el escudo, el cuerpo de la sármata se deslizó por el brazo y el costado de Jano. Tamura cerró la mano sobre el pomo de la

espada y completó el giro a la vez que flexionaba las piernas, clavando la punta roma en el riñón del legado a la vez que empujaba con la izquierda sobre el extremo de la empuñadura. Jano gritó de dolor.

—¡Dioses! —exclamó, clavando una rodilla en tierra—. ¿Pretendes matarme?

—Perdona, se me ha ido un poco la mano. ¿Has entendido la maniobra?

—¿Que si la he entendido? Te lo diré cuando mee sangre.

Tamura se colocó frente a él y repitió los pasos muy despacio.

—Cuando el macero da ese tipo de golpe, tiende a desequilibrarse —dijo ella, a la vez que repetía la maniobra a una velocidad muy lenta—. Esquivas y giras para tomar impulso. Cambias la forma de coger la espada en el aire y terminas el giro empujando con la mano izquierda sobre el pomo. Con un *gladius* de acero y la fuerza del giro combinada con la de los dos brazos, no habrá armadura que valga. Término morirá con un riñón o el hígado perforado.

Jano se puso de pie, con la mano todavía en el lumbar. Tamura le devolvió el *gladius* y recogió la rama del suelo.

—Te lo juegas todo en ese movimiento —advirtió—. Si fallas la esquiva, estás muerto. Si tropiezas durante el giro, te desequilibrarás y estarás muerto. Si se te escapa la empuñadura del *gladius* y se te cae al suelo, estás muerto. Si no imprimes fuerza suficiente en el giro, estás muerto.

El general asintió. Soltó el *gladius* en el aire y lo cambió de posición sin mayor problema. Lo había hecho muchas veces antes. Tamura negó con la cabeza.

—Así es fácil. Ahora, hazlo mientras giras sobre ti mismo.

Jano obedeció, repitió la maniobra y acabó agarrando el *gladius* por la hoja. Si hubiera sido de verdad, se habría cortado los dedos con el filo.

—Otra vez.

Ensayaron la maniobra muchas veces. Unas veces salió bien, otras no.

Lo malo era que, contra Término, solo tendría una oportunidad.

Karaxtos giraba la espada como si llevara una honda en lugar de un arma de acero. La hoja bailaba por encima de su cabeza y a los lados a una velocidad sorprendente, creando a su alrededor una barrera afilada imposible de penetrar. Por mucho que lo intentaba, el guerrero era incapaz de tocar a Stornarja.

Maiôsara los vio luchar desde lejos. Se sentía muy débil. Apenas la alimentaban y solo la sacaban del sótano para hacer sus necesidades en el bosque, siempre acompañada de Lándigo, Jaret o Dandro. Tenía las manos amoratadas por las ataduras. A veces la desataban unos minutos para que la sangre circulara, pero la volvían a amarrar en cuanto los dedos recuperaban la sensibilidad.

La estaban matando poco a poco.

También le habían prohibido hablar con Stornarja. De hecho, era la primera vez que la veía desde que comenzó su cautiverio.

Stornarja se agachaba tanto que a veces parecía estar tumbada en el suelo, y se mantenía siempre lejos de la hoja de su instructor. Ella aún usaba la espada de madera, y en sus brazos, manos, rostro y vientre llevaba dibujadas líneas rojas de su propia sangre. Si no se movía lo bastante rápido, la espada de Karaxtos la marcaba sin compasión.

Pero desde hacía tres o cuatro combates, al guerrero le era imposible tocarla.

—Termina —instó Lándigo a Maiôsara, que orinaba en cuclillas junto a un matorral.

—Ni siquiera me dejáis mear tranquila... ¿Por qué no me matas ya?

—Esa decisión no me corresponde —rezongó el hermano de Jaret.

Jaret, Dandro y Dadagos salieron de la cabaña para presenciar el combate entre maestro y alumna. Maiôsara desvió la vista hacia ellos. Dadagos había pasado a formar parte del grupo. Por lo que había oído, pensaban atentar contra algún miembro de la familia imperial, pero tampoco se había enterado de los detalles. Pasaba casi todo el tiempo en el sótano, en un duermevela repleto de pesadillas y calambres.

Sus ojos regresaron al combate entre Karaxtos y Stornarja. El

hombre giraba a una velocidad diabólica, pero Stornarja parecía una araña saltarina. Maiôsara esbozó una sonrisa triste. Había visto a muchas espías guerreras durante sus entrenamientos, pero nunca a una con ese estilo tan... «tan de insecto», pensó; movimientos espasmódicos que cansaban a su oponente, obligándolo a girar sobre sí mismo y cambiar de dirección a cada momento.

Y entonces, de repente, sucedió. Karaxtos descargó un tajo oblicuo y Stornarja lo desvió empuñando su espada con las dos manos. En un segundo, el arma de madera replicó aquellos giros de espada del instructor por encima de la cabeza.

Pero al contrario que los de Karaxtos, todos impactaron contra el sármata.

El espadazo en el costado lo dobló, para reincorporarse de nuevo al recibir otro en el pómulo. Apenas pudo protegerse el rostro con el brazo, que habría sido amputado en caso de que el arma hubiera sido de acero. Pero lo peor vino cuando Stornarja le abrió la cabeza tatuada de un golpe brutal.

Karaxtos cayó al suelo y levantó una mano para parar el combate.

Stornarja no respetó el gesto.

Jaret y Dandro corrieron como locos para separarlos. Lándigo agarró más fuerte a Maiôsara, temeroso de que aprovechara la confusión para cualquier truco de vieja espía guerrera. Karaxtos se hizo un ovillo y aguantó los espadazos de madera hasta que Dandro agarró a la muchacha por detrás. A pesar de la fuerza del guerrero, Stornarja rugía y se debatía como una maldita bestia. Jaret intentó apaciguarla.

—¡Ya! ¡Ya basta, Stornarja!

El yacigio recibió una patada en el pecho que lo lanzó despedido hacia atrás. Dandro encajaba cabezazos en el pecho e interrogaba a Jaret con los ojos, para ver qué diablos hacía con aquel manojo de extremidades en movimiento. De repente, una voz llamó a Stornarja por su nombre y ella dejó de patalear.

Lándigo le tiró del pelo a Maiôsara.

—Como vuelvas a abrir la boca te la coso.

Esta no se amilanó. Le daba igual que la mataran.

—¡Stornarja! —gritó—. ¡Soy yo! ¿Me recuerdas?

A pesar de la distancia, la muchacha reconoció algo familiar en aquella voz. Jaret hizo una seña a Dandro para que la soltara, a la vez que examinaba a Karaxtos, que se reincorporó medio mareado con una herida sangrante en el cráneo y muchos moretones camuflados por los tatuajes. Stornarja caminó hacia Maiôsara esgrimiendo aún la espada de entrenamiento. Lándigo agarró a la prisionera por el cuello, pero Jaret le ordenó con un gesto que la soltara. Le interesaba ver qué iba a pasar entre la veterana espía y aquella hija del rencor y de la furia.

Stornarja se paró delante de Maiôsara, examinándola. La mujer le habló.

—Sé que no me reconoces, porque siempre que hablaba contigo llevaba una máscara. Yo te alojé en mi casa y te cuidé... hasta que te marchaste.

La joven torció la cabeza, como si recordara.

—Eres el Amo... El templo de los cobolios.

—Eso eran tonterías que te metieron en la cabeza para aprovecharse de ti. Yo fui quien te consoló cuando llorabas por las noches, cuando los remordimientos te atormentaban... ¿por qué te fuiste?

—No me fui. Tú viniste a por mí y me obligaste a matar a otro niño.

—No era yo, Stornarja. Éramos dos personas usando el mismo disfraz, pero no era yo quien te mandaba hacer eso...

—Mientes.

Maiôsara señaló a Dadagos, que se había acercado un poco más a la escena.

—Él es el otro Amo, el que te enviaba a matar niños para dárselos de comer a un demonio que no existe.

El rostro de Stornarja volvió a transformarse en una máscara de ira.

—Mientes, el abuelo no haría eso.

—El abuelo es el otro Amo, Stornarja, y va a enviarte a una misión suici...

El golpe en la cara casi deja sin sentido a Maiôsara. El siguiente, el que podía haberla matado, lo paró Dadagos con dos palabras.

—Stornarja, basta.

La chica fulminaba a Maiôsara con unos ojos de odio dignos de los cobolios que poblaban los cuentos de terror sármatas. La antigua espía escupió dos trozos de muela embadurnados de una espuma sanguinolenta. Lándigo la mantenía agarrada por el cuello, con un sentimiento próximo a la lástima. Dadagos se colocó al lado de las mujeres y pasó un brazo por encima del hombro de Stornarja, que aún mantenía la espada de entrenamiento por encima de la cabeza, dispuesta a descargar el golpe definitivo.

—Ya ha pasado, preciosa, ve con Jaret.

Ella obedeció. Bajó la espada, dio media vuelta y se alejó. Maiôsara estaba a punto de desmayarse. Dadagos se agachó a su lado.

—Jamás creerá que soy el Amo, querida —susurró—. Yo soy el abuelo, el que la protege y la anima a servir a su rey. Fui yo quien se la llevó de tu *insula*. ¿Acaso pensabas que podrías esconderla allí? Para Stornarja, tú eres la vieja bruja que la engañó una y otra vez, que la drogó y la obligó a asesinar a bebés indefensos... Y ahora sueña con matarte, ¿sabes?

—Eres un hijo de puta, Dadagos —gruñó ella con la boca conectada con la hierba por una línea de baba roja.

—Sí, soy un hijo de puta. Pero, como has visto, también soy el dueño de Stornarja. —Bajó aún más la voz y colocó sus labios junto al oído de Maiôsara—. Y tú también me perteneces.

Dicho esto, Dadagos hizo una seña a Lándigo.

Y Maiôsara se vio de nuevo arrastrada a la oscuridad del sótano.

54

Jano llamó a la puerta del despacho de Marco Aurelio con los nudillos, y este le dio permiso para entrar. Encontró al emperador sentado en la misma silla en la que recibió la flecha de Baxagos, escribiendo algo en un pergamino. Para contrariedad de Jano, Faustina se encontraba en el triclinio cercano con cara de aburrimiento. Desde que Lucila se marchó con su esposo a Vindobona, la emperatriz estaba aún de peor humor.

—Ah, Jano —exclamó Marco Aurelio, levantando la vista de su escrito—. Llegas justo a tiempo, a ver qué te parece esto —se puso a leer con voz solemne, como de actor—. «Aunque vivieras tres mil años, o diez mil veces tres mil, ten en cuenta que nadie pierde más vida que la que vive, ni vive otra vida que la que pierde. Así, lo más largo y lo más corto convergen en un mismo punto. El presente es idéntico para todos, y lo que perdemos también es igual. Lo que separa todo eso no es más que un mero instante. No podemos perder ni pasado ni futuro, porque no lo tenemos. ¿Cómo nos lo pueden arrebatar, entonces? Ten en cuenta dos cosas: la primera, que todo se presenta de la misma forma, describiendo los mismos círculos, aunque lo contemplemos durante cien, doscientos años o toda la eternidad; la segunda, que tanto quien ha vivido muchos años como el que ha muerto muy joven, ambos pierden lo mismo, puesto que solo posees el presente, y lo que no posees, no lo puedes perder.»

Al legado le habría gustado cagarse en todos los dioses en voz alta. Su sensibilidad poética ante aquellas meditaciones filosóficas era la misma que la de un asno asistiendo a una tragedia griega. Ni siquiera entendía aquellas parrafadas.

—¿Qué te ha parecido, Jano? —preguntó el emperador, expectante.

—Sublime, césar.

—Pero ¿a qué conclusión llegas?

Por suerte para el legado, Faustina le lanzó una cuerda antes de que se hundiera del todo en el pantano de la torpeza.

—Marco, ¿crees que esas reflexiones tuyas interesan a todo el mundo? Jano ha sido gladiador y militar... no está preparado para filosofías, ni le interesan.

Jano agradeció las palabras de Faustina a pesar de no estar seguro de que no fueran, en el fondo, ofensivas hacia su persona.

—Intento escribir para el pueblo, Faustina, no para los filósofos —objetó el emperador—. Estoy seguro de que estas meditaciones seguirán leyéndose dentro de muchos años...

—Pasarás a la historia por otras cosas, no por ese tostón —aseveró ella; se levantó del triclinio y fue hacia la puerta—. Despacha lo que tengas que despachar con Jano y no lo martirices más con tus cavilaciones.

Dicho esto, se marchó. Por una vez, Jano agradeció una intervención de Faustina. Marco Aurelio no podía disimular su decepción mientras soplaba la tinta del pergamino. Se levantó y se dirigió al legado, que seguía frente al escritorio.

—Anoche, Lucio Renato y yo nos reunimos con Quinto Torcuato y Braco Dalmatos —informó Marco Aurelio—. El primero es el dueño del *ludus* de Carnuntum, creo que le conoces...

—Solo lo he visto una vez —dijo Jano, reacio a entrar en más detalles.

—Braco es el editor de los juegos. Quiere financiarlos a cambio del dinero de las apuestas, después de pagar los impuestos destinados a las arcas de la ciudad. Yo no quiero ni un sestercio, me conformo con que se celebren en honor a Macrinio Vindex.

—Se lo merece, césar.

—Ya les he comunicado que no pienso asistir —manifestó Marco Aurelio—. Nunca me han gustado los juegos, pero entiendo que al pueblo sí. Es curioso, Jano: odio la violencia y, sin embargo, hago la guerra. —Se echó a reír—. ¿No es paradójico? Me escandaliza ver a dos hombres peleando en la arena con espadas de mentira, pero soporto la imagen de un campo de batalla alfombrado de cadáveres. El ser humano es incomprensible...

Jano prefirió no comentar nada, por temor a quedar como un indocto. Marco Aurelio regresó al escritorio y apartó el pergamino donde había plasmado su última reflexión. Rebuscó entre varios documentos hasta encontrar el que quería.

—Aquí está. —Lo desenrolló y lo mostró a Jano—. El programa de los juegos. Por suerte, solo durarán dos días. Por la mañana habrá cacerías, con *venatorii*. Dicen que han traído bestias muy peligrosas —comentó, de pasada—. Luego habrá un espectáculo cómico y, por la tarde, luchas de gladiadores. He estado a punto de no aprobar una de ellas... aunque, al final, he permitido que siga en cartel. Tanto el lanista como el editor insisten en que ambos gladiadores están de acuerdo...

Jano inspiró hondo. Sabía a qué combate se refería.

—Dos gladiadores veteranos lucharán en la arena con armas reales. Puede que hasta se maten entre ellos.

El legado tragó saliva.

—¿Se conoce el nombre de los gladiadores, césar?

—No. Solo se descubrirá su identidad cuando uno de los dos muera, y solo si lo desean. —Marco Aurelio bajó la voz, adoptando un tono confidencial—. Entre tú y yo... Sé, por Faustina, que uno de ellos se llama Término. La emperatriz lo conoce desde hace años. Dice que estaba en tu mismo *ludus*, en tu época de gladiador en Roma.

—Es cierto —reconoció Jano, nervioso; el legado ignoraba hasta dónde sabía el emperador de aquella historia—. Buen luchador —apuntó.

—Faustina opina que es demasiado mayor para esto. Ella cree que quiere morir en la arena por una cuestión de orgullo...

«Ojalá», pensó Jano.

—No sé qué clase de orgullo tiene alguien que solo aspira a morir de forma violenta delante de una multitud. Cada ser humano es un universo, Jano. Aunque viviéramos mil años, nunca acabaríamos de entender nuestro propio ser. Pero bueno, como escribo en la meditación que te acabo de leer, solo perdemos el instante en que morimos. Tu pasado ya pasó, lo perdiste... Y el futuro aún no es tuyo, porque en realidad tampoco existe.

—César, ¿por qué no lo escribes así? —preguntó Jano—. Se entiende mejor.

—Sonaría horrible. —Marco Aurelio enrolló el pergamino con el programa de los juegos y se lo tendió a Jano—. Toma, para que Marco Bassaeo Rufo y tú organicéis la seguridad de esas jornadas.

Jano cogió el pergamino.

—Él se encargará —repuso el legado—, yo tengo que regresar al pretorio de la Decimocuarta. Tengo trabajo pendiente allí.

El emperador levantó la mano para luego tocarse la frente con el dedo, como si acabara de recordar algo.

—Se me olvidaba, Jano —dijo—. No hace falta que vayas al castro. Ya he regresado a Carnuntum, así que retomaré el mando de la Decimocuarta en un par de días.

Jano palideció. Notó cómo el aire abandonaba sus pulmones y se negaba a regresar a ellos.

—¿Cómo dices, césar? —logró preguntar.

Marco Aurelio pareció no oírle.

—Que se encargue Antonio Aburnio de los asuntos pendientes —determinó, refiriéndose al tribuno laticlavio de la Decimocuarta—, ya habrá tiempo para que me ponga al día. Ahora haz lo que te he dicho y encárgate de la seguridad del evento con Rufo. —El emperador le dedicó una sonrisa amplia—. Lo has hecho muy bien en mi ausencia, Jano. No sabes lo afortunado que me siento de tenerte siempre a mi lado.

Ese siempre resonó en la cabeza de Jano como un mazazo con el casco puesto.

—Gracias, césar —susurró.

Jano salió del despacho caminando como un muerto viviente, con las palabras del emperador incrustadas en el alma. Volvía a ser Jano Convector, el general sin legión. Hasta le pareció oír las murmuraciones y chascarrillos de los otros legados a sus espaldas.

—Menuda cara llevas, Jano Convector.

Se volvió hacia la voz para descubrir que era Faustina. Le dio igual. Cuando te asesinan de una puñalada, las siguientes no duelen.

—Sígueme —ordenó la emperatriz.

—El emperador me ha dicho...

—Sígueme.

Jano obedeció, con el rollo del programa de los juegos bajo el brazo. Descendieron hasta la primera planta y recorrieron la galería oeste hasta el final, cruzándose con pretorianos que los saludaban con timidez. Faustina entró en una pequeña habitación sin puerta, separada del corredor por una simple cortina. Jano no había entrado allí jamás. Al cruzar el umbral, descubrió unas barras con túnicas colgadas, una miríada de sandalias y cajas de madera de distintos tamaños.

—Escogí este pequeño almacén para guardar ropa —informó Faustina mientras sumergía medio cuerpo en el muro de vestidos—. Lucila se ha llevado poca cosa a Vindobona, seguro que se compra algo allí... —Jano oía el monólogo de la emperatriz como el que oye llover—. Aquí está —dijo al fin, sacando un saco de tela basta—. Lo escondí anoche tan bien que me ha costado encontrarlo...

Faustina sostuvo el bulto y se dirigió a Jano con mirada grave.

—Término me ha contado lo de vuestro duelo.

Jano guardó silencio, sin saber por dónde iría Faustina.

—Lo sé todo —prosiguió la emperatriz—. Lo de aquella maldita carta, lo del chantaje... todo. Espero, por tu bien y el mío, que lo mates.

—Yo también, *domina*.

Ella hizo un gesto de contrariedad.

—Estamos solos, no me llames *domina*. He tenido tu verga en todos los agujeros de mi cuerpo, así que no me llames *domina* a no ser que haya alguien más presente.

—Es la costumbre...

—Solo le pedí una cosa a Término, que no revelara tu nombre.

—Eso lo ha cumplido —afirmó Jano, tocando el pergamino del programa—. Aquí dice que solo se revelará la identidad de los gladiadores al final del combate, y si el superviviente quiere.

—¿Pensabas saltar a la arena a rostro descubierto?

Jano parpadeó, sorprendido por la pregunta de Faustina.

—Lo cierto es que no había caído en eso.

—Por suerte, yo sí. Término accedió a darme esto para ti después de mi petición de anonimato.

Faustina abrió el saco y mostró su contenido a Jano. Este sacó lo que había dentro.

Era un casco tracio de bronce, con ala ancha, protección para el cuello y una máscara que impedía ver la identidad del gladiador. En la parte superior, una efigie representaba un grifo con las fauces abiertas.

—Pruébatelo.

Jano se lo puso y contempló el mundo a través de la rejilla de metal que protegía los ojos. Le ajustaba bien y pesaba menos de lo que parecía. A partir de ahora, lo llevaría en cada entrenamiento para acostumbrarse a él.

—Apostaré por ti —prometió Faustina, apartando la cortina y desapareciendo de la vista de Jano.

En la soledad del vestidor, el legado agachó la cabeza. Aquel casco con máscara tenía otra ventaja aparte de la protección que ofrecía.

Ocultaba las lágrimas.

55

Tamura cruzó las puertas de Carnuntum entre miradas sorprendidas.

Era extraño ver a una mujer vestida como un hombre, con pantalones de cuero, armada hasta los dientes y a lomos de un caballo. En el trayecto comprendido entre la residencia de Cato Merino a la puerta de la ciudad, tuvo que mostrar el salvoconducto que la autorizaba a llevar armas en varias ocasiones. También tuvo que mentirle a la guardia del palacio imperial para sacar a Pravum de la cuadra, porque no tuvo tiempo de pedirle permiso a Jano para llevárselo.

Lo que empezó siendo una visita de cortesía a Maiôsara había terminado en una carrera contra el tiempo.

Tamura decidió actuar en cuanto Ababa le dijo que Maiôsara llevaba días desaparecida. Trató de tranquilizar a la joven quitándole importancia a la marcha de la vieja espía, pero ella sabía que Jaret y los suyos la habían amenazado antes de irse. Tamura ignoraba si los espías estaban o no en Carnuntum; tampoco tenía ni idea de por dónde empezar a buscar. Sin tiempo para pensar, se dirigió a casa, se cambió de ropa y fue a buscar a Pravum.

Lo primero que se le ocurrió fue localizar a Azariôn, por si supiera algo. Pero a Tamura la asaltó un presentimiento, uno de los malos, y ese presentimiento le susurró que se pasara antes por la granja de Tibês. Nunca había estado allí, pero Maiôsara le dijo que solo tenía que seguir el río para tropezarse con ella.

Tamura cruzó el puente de barcas al trote, ignorando las protestas de peatones, jinetes y carreteros. Dejó a su paso una estela de aire e improperios hasta que llegó a la otra orilla, donde se desvió de la calzada para enfilar la ribera del Danubio al galope. Después de cabalgar un trecho, distinguió en la lejanía un caserón que adivinó sería la granja de Tibês. La cantidad de árboles y matorrales a su izquierda dibujaban el escenario perfecto para una emboscada.

Tamura tiró de las riendas, desmontó y examinó el bosque.

—Quédate por aquí —le dijo a Pravum, palmeándole el cuello.

Tamura se internó en la maleza igual que Maiôsara días atrás. Se fundió con la vegetación y avanzó, inmersa entre las matas, como un felino invisible. Se paró para escuchar los sonidos de la floresta: trinos que acompañaban el murmullo de la corriente del Danubio, brisa que silbaba entre el follaje, zumbidos de insectos...

Y voces. Voces lejanas.

Fue de matorral en matorral, caminando siempre agachada, hasta llegar a un hayal. Con mucha lentitud, desenrolló la cuerda que llevaba cruzada al cuerpo, la misma que se ceñía cuando vestía como Lidia. Acopló el gancho de metal al extremo de la soga y lo lanzó a una de las ramas más altas. El garfio se aferró a la cuerda alrededor de la rama a la primera. Dio un tirón para ver si aguantaba y trepó por ella. Segundos después, estaba agazapada en la copa del haya.

Volvió a oír las voces, más lejos de lo que pensaba. Desenganchó la cuerda de la rama y lanzó el garfio hacia la copa del árbol más cercano. Se balanceó hasta él, lo escaló, recuperó la cuerda y repitió la operación con el siguiente. Así recorrió un buen trecho de arboleda sin poner un pie en el suelo, hasta que divisó tres figuras en la distancia.

Tamura volvió a enrollarse la cuerda al cuerpo, bajó del árbol y avanzó entre los matojos. Se preguntó quién formaría ese trío. Barajó varias posibilidades: podía tratarse de Tibês con su familia, auxiliares romanos echando un rato de ocio en el campo o los espías de Zántico. En este último caso decidió que no actuaría: informaría a Jano para que enviara un destacamento para capturarlos con vida. Vivos serían más útiles que muertos.

De todos modos, Tamura decidió acercarse más. Fue hacia ellos muy despacio, agachada, evitando hacer ruido. Poco a poco las voces se hacían más claras y alternaban con golpecitos secos. Reconoció el sonido: flechas clavándose en una superficie dura. Luego, risas. Alguien hacía prácticas de tiro.

Los matorrales se terminaban conforme se acercaba al claro. El siguiente refugio desde el que podría espiar a los desconocidos era un tronco caído a muchos pasos delante de ella. Decidió reptar hasta él.

Echaría un vistazo rápido y se marcharía. No quería que la vieran. Por lo que le había dicho Maiôsara, ni Jaret ni Tibês sabían que ella estaba en Carnuntum; y mientras no lo supieran, ella contaría con la ventaja de la sorpresa.

Llegó hasta el árbol caído y se acuclilló detrás de él. Desde allí oía algo mejor las voces, aunque aún estaba demasiado lejos para entender lo que decían. Por algunas palabras sueltas que captó, supo que eran sármatas. Tamura asomó la cabeza y descubrió a dos hombres que comentaban algo junto a un tosco maniquí de madera con tres flechas clavadas. Ninguno de los dos llevaba arco, por lo que la sármata dedujo que sería el tercero el que hacía las prácticas de tiro. Uno de los hombres tenía barba y bigote espeso; el otro era grande y fuerte, con la cabeza rapada. Lándigo y Dandro, adivinó. Este último arrancó las flechas del blanco y ambos caminaron hasta desaparecer de la vista, en dirección a donde debía de estar el arquero; los árboles y la maleza lo ocultaban. Tamura aprovechó que le daban la espalda para recorrer la distancia que la separaba de los matorrales que le impedían ver al tirador.

—A ver si eres capaz de darle en la cara esta vez —dijo una voz grave, que Tamura asoció con Dandro.

—La agrupación era buena —aseguró Lándigo—. Un poco baja, en la zona del estómago, pero buena. Lo habrías matado.

Una nueva flecha cortó el aire, clavándose donde el muñeco habría tenido la garganta si hubiera sido humano. Una segunda siguió a la primera, y esta sí que acertó en la cabeza del maniquí, arrancando exclamaciones de admiración de Lándigo y Dandro. El arquero tenía buena puntería.

Tamura se metió en los matorrales para poder ver al tirador. Lo hizo en silencio absoluto, pero cuando descubrió quién tensaba el arco, su rostro se desencajó de la sorpresa.

No lo pensó dos veces. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, salió del matorral y quedó al descubierto delante del trío. Lándigo, Dandro y Stornarja la miraron con cara de asombro. Ni el hermano de Jaret ni el grandullón la habían visto antes, pero por cómo iba vestida y por el arsenal que portaba, no les fue difícil adivinar de quién se trataba.

Quien no tuvo dudas acerca de la identidad de la aparición fue Stornarja, que esbozó una sonrisa escalofriante al pronunciar su nombre.

—Tamura —silabeó, a la vez que bajaba el arco cargado.

Esta avanzó un par de pasos hacia ella, con la mano extendida.

—¿Qué haces aquí, Valia? ¿Qué haces aquí con estos dos?

El rostro de la cría se crispó al tensar el arco y apuntar a la sármata.

—Ese ya no es mi nombre —rugió.

Tamura se dejó caer hacia atrás a la vez que la flecha volaba hacia ella. La punta de hierro, algo deformada por haber sido usada contra el maniquí de entrenamiento, se rompió contra una de las placas de la armadura de la espía y rebotó en ella. Rodó por encima del matorral tratando de no engancharse en ninguna de las ramitas que sobresalían de él. Justo cuando se incorporaba, descubrió que Stornarja había soltado el arco y se lanzaba hacia ella con la espada en alto.

La hoja golpeó el follaje justo donde Tamura había estado medio segundo antes. Stornarja hizo girar la espada y descargó un segundo tajo que Tamura esquivó lanzándose al suelo de cabeza. Lándigo, detrás de ella, hizo sonar tres veces un cuerno: dos toques cortos y uno largo.

—¡Para, por favor! —rogó Tamura, alejándose como podía de aquel torbellino de acero que giraba delante de ella—. ¿Qué te pasa, Valia? ¿No me reconoces?

Stornarja lanzó una estocada a fondo que Tamura evitó de milagro. Por el rabillo del ojo, vio cómo Dandro corría hacia ella con una rama que acababa de coger del suelo. Su maza había quedado encajada en los aperos de su caballo, en la granja de Tibês. La espía recordó, con cierta ironía, las lecciones que le daba a Jano con una rama parecida.

Mientras Tamura esquivaba a la vez una estocada de Stornarja y un golpe de Dandro, un cuerno resonó cuatro veces en la lejanía. Lándigo, que también iba desarmado, recogió el arco de Stornarja del suelo y corrió hacia el maniquí para recuperar las flechas. Dandro se interpuso entre Stornarja y Tamura, lanzando golpes que la espía esquivaba con acrobacias. La muchacha se enfureció por la

intromisión del guerrero.

—¡Apártate! —gritó a Dandro.

Tamura aún no había desenfundado su arma. Se agachó para esquivar un mazazo que la habría matado en el acto y aprovechó para golpear a Dandro en el vientre con el pie. Fue como patear un árbol, pero Dandro trastabilló unos pasos hacia atrás. El respiro de Tamura fue breve, la hoja de Stornarja silbó a pocos dedos de su rostro.

—¡Para, Valia, hablemos! —rogó Tamura, sin parar de retroceder —. ¡Por favor!

La joven ejecutó una estocada descendente a tal velocidad que estuvo a punto de alcanzar a Tamura en el brazo. Esta desenfundó y señaló a la joven con la punta de su espada.

—No me obligues a hacer esto.

Tamura recordó las palabras de Maiôsara: «Si te enfrentas a esa asesina, perderás».

Cuánta razón tenía.

Tamura detuvo las tres siguientes embestidas de Stornarja. La espía no perdía de vista a Dandro, que trataba de ponerse detrás de ella buscando la oportunidad de partirle la cabeza. Lo último que Tamura quería era hacerle daño a aquella chica, pero tampoco iba a permitir que la matara.

—¡Nos largamos! —ordenó Lándigo, de repente.

Tres jinetes aparecieron en el claro al galope. Cada uno de ellos llevaba de las riendas otro caballo más: las monturas de Lándigo, Dandro y Stornarja.

—¿Qué demonios? —maldijo Dandro al ver a Jaret, Karaxtos y Dadagos.

—¡Dejadla! —bramó Jaret—. ¡Nos marchamos! ¡Rápido!

Dos docenas de flechas surgieron de la espesura, surcaron el cielo y cayeron alrededor de los jinetes.

Alguien los perseguía.

—¡Stornarja! —gritó Dadagos desde su montura—. ¡Nos vamos!

La chica del pelo rojo golpeó con tal rabia la espada de Tamura que esta se desplazó hacia atrás. Dandro subió a su caballo y arrojó la rama a la espalda de la guerrera. El carcaj absorbió el impacto, pero

desequilibró un poco a la sármata, haciéndole perder un par de segundos preciosos. Libre del acoso de Stornarja, Tamura corrió hacia Dandro con la espada en la mano. Si lo mataba, tendría una preocupación menos la próxima vez que se vieran las caras.

Un dolor lacerante arrancó un grito a Tamura. La flecha que le atravesaba el muslo izquierdo la hizo tropezar y caer de bruces. Dandro soltó una risotada e hizo girar su caballo, alejándose de ella. Una segunda flecha se clavó muy cerca de la sármata. Sin más munición, Lándigo se encajó el arco en el hombro y recibió las riendas de su caballo de manos de Karaxtos. Montó en él de un brinco. Una nueva andanada de flechas procedente de la espesura surcó el aire. Una se clavó en las alforjas de Dadagos y otra en el escudo que llevaba Karaxtos en la espalda, pero ninguna hirió a nadie.

—¡Vámonos! —gritó Jaret.

Los jinetes de Zántico se internaron en el bosque a galope tendido. A Tamura le fue imposible ponerse de pie. La flecha chocaba con la pierna derecha, provocándole un dolor intenso. Y para colmo, se acercaban arqueros desconocidos desde el bosque.

Como fueran tropas auxiliares romanas, la matarían antes de poder darles cualquier explicación.

Tamura rompió el astil de la flecha por la parte más cercana a la punta, causándose a sí misma un dolor que la hizo morderse el labio inferior. Inspiró con fuerza y tiró de la parte emplumada hasta arrancársela del todo. El grito resonó por toda la arboleda. Con los ojos muy abiertos, se fijó en las heridas de entrada y salida. Por suerte, no salía sangre a presión: eso significaba que la flecha no había tocado la arteria.

Pero aún no estaba a salvo. Los arqueros invisibles no tardarían en irrumpir en el claro. En evidente inferioridad numérica, Tamura decidió esconderse para huir en cuanto tuviera ocasión. Con un poco de suerte, quien fuera que había espantado a los hombres de Jaret no la buscarían a ella. Se incorporó y comprobó que, a pesar del dolor, podía caminar. Cojeó hasta detrás de los matorrales y se ocultó a la espera de que los tiradores salieran de la espesura. No tuvo que esperar mucho. Un grupo formado por más de veinte hombres a pie

aparecieron en el claro, armados con arcos. La mujer sonrió aliviada al reconocer a uno de ellos.

Azariôn.

La guerrera salió de detrás del matorral con la espada en alto. Azariôn hizo una seña a sus hombres para que no dispararan y se acercó a ella. El espía se dio cuenta de que estaba herida, a pesar de que el pantalón de cuero negro disimulaba muy bien la sangre.

—Me alegro de verte —lo saludó Tamura, envainando la espada.

—No te esperaba aquí —confesó Azariôn—. Estás herida...

—No es tan grave como parece. Habéis llegado a tiempo. ¿Y todos estos hombres? Recuerdo que no erais tantos...

—Son de otros campamentos —dijo Azariôn—, todos leales a Banadaspo. Hemos venido a rescatar a Maiôsara.

—¿A Maiôsara? —repuso Tamura, dándose cuenta de que su mal presentimiento había dado en el clavo—. ¿Dónde está? ¿Está aquí?

—Si no se la han llevado, estará en la granja.

Corrieron todo lo rápido que les permitió la herida de Tamura. Mientras se dirigían a la granja, Azariôn le contó que habían descubierto que Jaret tenía a Maiôsara por casualidad. Uno de los espías de Azariôn vio cómo la arrastraban fuera de la cabaña para hacer sus necesidades. Según sus informes le daban un trato infame. Azariôn no se atrevió a atacar a los espías de Zántico con sus hombres, ya que apenas eran cuatro, así que pidió ayuda a otro campamento sármata cercano, y estos, a su vez, contactaron con otro grupo más numeroso del interior.

—Justo íbamos a sorprenderlos cuando sonó un cuerno —explicaba Azariôn al tiempo que abría con cuidado la puerta de la granja—. Espera... puede haber alguien dentro.

—Déjame a mí —dijo Tamura, que entró la espada por delante. La estancia principal estaba vacía. Registró las otras habitaciones y no encontró más que jergones deshechos y muebles polvorientos.

—Aquí hay una trampilla —anunció Azariôn, al tiempo que la abría.

Tamura y él se asomaron para echar un vistazo al sótano. Apenas vieron algunas sombras proyectadas por la tenue luz de un par de

lámparas de aceite.

—¿Maiôsara? —llamó Tamura.

Oyeron un quejido débil. Tamura ni usó los peldaños de la escalera; se dejó caer sin acordarse de la herida del muslo. El aterrizaje le arrancó un grito de dolor. Maldiciendo entre dientes, cogió una de las lámparas y se abrió paso entre las tinieblas hasta el lugar de procedencia del lamento.

Maiôsara estaba allí, pero parecía veinte años más vieja que la última vez que la vio. Apestaba a orina y excrementos. Estaba en los huesos, pálida, como un cadáver medio momificado. Tenía los labios agrietados y los pómulos hinchados y amoratados, esculpidos a golpes brutales.

—¿Tamura...? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Qué te han hecho? —Tamura sintió un desagradable cosquilleo en los ojos. Estaba a punto de llorar.

Azariôn, que había bajado por la escalera, se acuclilló junto a ellas.

—Por los dioses... —musitó el sármata.

—¿Dónde están? —preguntó Maiôsara.

—Tranquila, se han marchado —respondió Azariôn—. Se han comunicado entre ellos con cuernos de guerra y han huido antes de que pudiéramos cazarlos por sorpresa. Hemos dejado los caballos lejos para no llamar la atención y no hemos podido perseguirlos —lamentó.

—Tamura —susurró Maiôsara, como si le faltara el aire—. ¿La has visto?

Tamura asintió.

—¿Te ha reconocido?

—Sí, me ha llamado por mi nombre.

Maiôsara la agarró de la manga.

—¿Has luchado con ella?

—Sí, pero ha escapado.

—Ya no es quien era —dijo, entre jadeos—. Ellos la han cambiado por fuera... y aún más por dentro. Pensé que yo podría hacer algo por ella, pero ya no es Valia. Ya no lo es. No tiene alma... No tiene alma —repitió, como una letanía.

—Ahora entiendo por qué no querías contármelo, Maiôsara. —Esta

cerró los ojos y Tamura se alarmó—. ¿Maiôsara?

Azariôn le tocó el cuello.

—Su corazón aún late. Por suerte, hemos traído un curandero.

Tamura se desenrolló la cuerda y enlazó a Maiôsara por debajo de las axilas. La sacaron del sótano con ayuda de algunos hombres y la tendieron sobre un camastro. El curandero, un hombre de rostro grave, pidió que todos abandonaran la cabaña para atenderla. Tamura y Azariôn salieron junto a los que habían ayudado a sacar a Maiôsara de la bodega.

—Hace días que no vemos a Tibês, a su esposa o al hijo —comentó Azariôn, alejándose un poco del resto de los sármatas. Tamura lo acompañó, cojeando—. Creemos que Jaret los asesinó.

—Al hijo no, ese está prisionero en Carnuntum. Atentó contra un legado romano.

Azariôn compuso una expresión divertida.

—¿El idiota de Baxagos?

—Ese mismo.

El sármata cambió de tema.

—¿Cómo va tu misión? No te veía desde que dejaste tus cosas en nuestro campamento. Ya veo que Maiôsara te las hizo llegar. ¿Sabes que me dijeron que aquel maldito jamelgo en el que viniste regresó solo al Bastión?

Tamura se echó a reír.

—Ese vejestorio se las sabía todas —recordó Tamura, y bajó la vista apenada—. Le dejé mi caballo a Valia...

—¿Valia? ¿Quién es Valia?

—Stornarja. Ahora se hace llamar así. Antes éramos amigas —recordó.

—No sabía que la conocías.

—Pues sí, pero ahora me odia con todas sus fuerzas. Ojalá no haya matado a mi caballo...

—Espera, creo recordar que me comentaste que tu caballo era azul...

—Sí. Se llamaba Zambil.

—Un momento, ahora vuelvo.

Azariôn fue a hablar con sus hombres, y Tamura se concentró en la herida del muslo. Sacó un trapo de uno de los bolsillos del cinturón y se vendó la herida por fuera del pantalón. Justo cuando se ataba el nudo, Azariôn regresó. Al mirar hacia donde deberían haber estado los arqueros, se dio cuenta de que se habían marchado.

—Ya estoy, perdona. ¿Tienes tiempo para ponerme al día de tus planes? —le preguntó—. Ahora que Jaret sabe que estás aquí, vas a necesitar toda la ayuda de la que puedas disponer. —Azariôn se fijó en el burdo vendaje del muslo—. Le diré al sanador que te cure eso cuando termine con Maiôsara. Ahora, cuéntamelo todo.

—De acuerdo.

Se sentaron en la hierba, cerca del río. Tamura puso al corriente a Azariôn sobre todos sus movimientos desde su llegada a Carnuntum, sin omitir su relación con Jano Convector ni sus investigaciones conjuntas en los asesinatos de los niños. Azariôn la escuchó sin juzgarla. Tamura se sintió cómoda hablando con él.

—Solo me queda entrevistarme con el emperador... y rezar para que no me crucifiquen a las afueras de Carnuntum.

—En ese caso moriremos todos —aseguró Azariôn—, porque no dejaremos que te crucifiquen sin llevarnos a muchos romanos por delante.

Tamura sonrió. Los ojos de ambos se encontraron un segundo, pero los de Azariôn volaron por encima de Tamura, como si mirara algo detrás de ella.

—Aquí está... —dijo—. A ver si ha habido suerte.

Cuando Tamura giró la cabeza hacia atrás, casi sufre un ataque al corazón.

Conducido de las riendas por uno de los sármatas estaba Zambil.

El caballo se acercó a ella y Tamura lo abrazó. El animal cabeceó, feliz.

—¿Cómo... cómo es posible?

El hombre que lo llevaba le tendió las riendas.

—Me lo vendió hace poco un yacigio —explicó—. Me dijo que se lo compró meses atrás a una joven pelirroja que viajaba con un anciano. Azariôn me ha pedido que traiga el caballo, por si fuera el

tuyo. Y ahora que sé que lo es, me alegro de devolvértelo.

—Te pagaré por él —prometió Tamura, con un nudo en la garganta.

—De ningún modo —rechazó él—. Es un honor para mí haber montado el caballo de Tamura de los Cuarenta. Si llego a viejo y tengo nietos, les contaré esta historia algún día.

El sanador salió de la cabaña y se acercó donde estaban Tamura, Azariôn y el hombre que acababa de devolver a Zambil. El informe del curandero no fue demasiado esperanzador.

—Está muy débil. Le he dado medicinas y le he curado las heridas. Algunas están infectadas y lleva sin comer ni beber desde hace mucho tiempo. La han torturado de forma despiadada.

Tamura sintió que se le rompía el alma por dentro.

—¿Sobrevivirá? —quiso saber.

—Es fuerte, pero no me atrevo a decir que sí.

Azariôn se dirigió al sanador.

—Ella tiene una herida de flecha en la pierna —le informó.

—Volvamos dentro —propuso—, le echaré un vistazo.

El sanador examinó la herida de Tamura. No había afectado ningún nervio, hueso ni arteria. El curandero le cosió las heridas de entrada y salida, le aplicó unos emplastes de hierbas y le vendó el muslo. Mientras lo hacía, otros yacigios sacaron a Maiôsara en una angarilla que habían improvisado con uno de los camastros. La sármata estaba dormida, pero su palidez era cadavérica.

—¿Adónde la lleváis? —preguntó Tamura a Azariôn.

—Hay unas ruinas en lo más profundo del bosque —explicó Azariôn—. Nos vamos a concentrar todos allí. Jaret conoce mi campamento, no sería seguro volver. Tampoco nos atrevemos a quedarnos en la granja, por si regresaran.

—Me encargaré de que no vuelvan aquí —prometió Tamura.

—A partir de mañana estaré en Carnuntum —dijo Azariôn—, en la *insula* de Maiôsara. Cualquier cosa que necesites de ellos —añadió, señalando al pequeño ejército de leales a Banadaspo—, vienes y me lo dices.

—Gracias. —Tamura se volvió hacia el curandero—. Haz lo que

puedas por Maiôsara.

—Lo haré —prometió.

La partida de sármatas se marchó, y Tamura se quedó sola en la granja de Tibês. Entró en la casa y registró todas las estancias, incluido el sótano. No encontró ninguna pista, ni piezas de equipo. Aquellos hijos de perra debían de tener sus pertenencias en los caballos, prestos a salir corriendo de allí ante cualquier amenaza. La cuestión, ahora, era saber adónde habían ido.

Tamura paseó la antorcha encendida por las mercancías almacenadas en el sótano, subió la escalera y prendió fuego a todo lo inflamable que encontró. Zambil esperaba fuera, bebiendo del Danubio. Tamura saltó a su lomo y lo acarició.

—Cuánto tiempo, viejo amigo. Voy a presentarte a alguien... espero que te caiga bien.

Tamura llegó a la zona donde había dejado a Pravum y silbó. El caballo obedeció su llamada y apareció al trote. A lomos de Zambil y con Pravum de las riendas, regresó a Carnuntum. Tenía mucho que contarle a Jano.

A su espalda, la granja de Tibês ardía hasta los cimientos. Esa noche, el incendio se vio desde las murallas de la ciudad.

En el interior del bosque, a muchas millas de allí, Jaret y Dadagos cambiaban su estrategia una vez más, ahora que sabían que Tamura estaba en Carnuntum.

Apartada de la hoguera donde discutían los hombres, Stornarja afilaba su espada. Se había preguntado más de una vez qué sentiría cuando se encontrara cara a cara con Tamura, y ahora sabía lo que sentía.

Odio. Ni rastro del afecto que le tuvo en el pasado. En el mundo solo había sitio para una de las dos.

Y ella había nacido para borrar a Tamura de la faz de la tierra.

56

Tamura zurcía los agujeros de sus calzones en sus dependencias de la casa de Cato Merino. Cada remiendo de aquella armadura se correspondía con una cicatriz de guerra. No era la primera vez que reparaba su atuendo, ni tampoco sería la última. Para componer las de su cuerpo, Tamura visitó a un físico romano esa misma mañana. El médico aprobó el trabajo del curandero sármata y la obsequió con una cara de escepticismo cuando ella aseguró que la herida fue producto de un accidente de caza.

La noche anterior le contó a Jano su batalla con Stornarja y los hombres de Jaret, y cómo Azariôn apareció en el momento justo. El legado le reprobó que hubiera ido sola y que se llevase a Pravum de las cuadras imperiales sin permiso. Lo último que el legado quería era atraer la atención del emperador sobre ella. Jano estaba dándole largas a Marco Aurelio cada vez que manifestaba su deseo de conocer a Lidia Veturia y aquella demora no podría durar siempre.

En el lado más amable de la historia, el legado consideró un milagro el encuentro de Tamura con Zambil. Jano y ella se acercaron a verlo al establo público en el que Tamura había dejado al corcel, muy a su pesar. El general quedó admirado de la fuerza y belleza del ejemplar. El único consuelo de la sármata era la promesa del joven caballerizo al que pagó una pequeña fortuna para que tratase a la bestia como a su propia madre.

Tamura habló a Jano de Maiôsara por primera vez, y también le puso al corriente de la verdadera identidad de Stornarja. Al legado cada vez le costaba más seguir la complicada trama sármata, y lo único que quería era acabar de una vez con la asesina y sus secuaces. Por su parte, Jano le contó que el emperador lo había relegado del mando de la Decimocuarta Legión, además del detalle del casco tracio con el que ocultaría el rostro en la pelea contra Término. Fue una noche de poco dormir y mucho hablar.

Pero ahora, Tamura tenía la mente perdida entre las puntadas con las que suturaba las heridas de su calzón.

—¿Puedo pasar, Lidia?

Tamura levantó la cabeza de su labor y maldijo para sus adentros. Ocellina la acababa de sorprender zurciendo una prenda poco propia de una mujer romana. La sármata consiguió que su sonrisa forzada pareciera sincera.

—Por supuesto, Ocellina, no tienes que pedir permiso en tu propia casa.

—Cuando os ofrecí estas dependencias os dije que las usarais como si fueran vuestras —le recordó Ocellina, que se sentó en un triclinio cercano—. Mientras os alojéis aquí, son vuestras, no mías.

—No sabes cuánto te agradezco tu hospitalidad —repuso Tamura, sin dejar de sonreír.

Los labios de Ocellina dibujaron una de sus sonrisas etéreas. Sus ojos bajaron muy despacio hasta los calzones de cuero que reposaban sobre las rodillas de su huésped.

—Ayer te vi salir. Vestías esos pantalones, botas... de tu cinturón colgaba una espada larga, como las que llevan los bárbaros. Y un arco con un carcaj lleno de flechas.

La sonrisa de Tamura se congeló. Ocellina siguió hablando con ese aire imperturbable y enigmático, como si estuviera por encima de todo y de todos.

—También te vi llegar. Tarde, cojeando. Estás herida —afirmó.

—Estoy bien —dijo Tamura, con timidez. La sonrisa que tan bien le había quedado se había convertido en una mueca, y Ocellina no fue ajena a ese detalle.

—Lidia, no me malinterpretes: no te estoy juzgando. Hace falta ser muy idiota para no darse cuenta de que eres una guerrera. —Tamura iba a hablar, pero Ocellina se lo impidió con un gesto tan amable como enérgico—. Pero eso no me preocupa, no soy tu enemiga. Sé que estás aquí para ayudar; pero también que no eres romana y que estás metida en algo con el general Convector, aparte de ser amantes. —Hizo una pausa y sus ojos se clavaron en los de Tamura como cristales de hielo—. Eres sármata, ¿verdad?

La sangre de Tamura se congeló en sus venas. Quiso responder, pero no pudo. El silencio duró poco. Ocellina siguió hablando con la mirada perdida, en tono evocador.

—Mi abuelo luchó contra los sármatas en tiempos de Trajano. Disfrutaba contándonos sus batallas a mi hermano y a mí. Algunas serían ciertas... otras, seguro que no tanto. Nos hablaba mucho de vosotros, de cómo vuestro pueblo vivía en comunión con sus caballos y de cómo las mujeres sármatas combatían con la ferocidad del mejor de los hombres. También le gustaba narrar cómo una guerrera roxolana lo atrapó con un lazo y lo arrastró por el campo de batalla hasta que un pilo la abatió. —Señaló la cuerda que usaba Tamura como ceñidor—. Una cuerda como esa que llevas alrededor de la cintura. Te he visto cabalgar, Lidia... y cuando lo haces el caballo es parte de ti y tú, parte de él.

Tamura dejó el calzón en el triclinio y observó el rostro siempre sereno de Ocellina. Aquella mujer la había desenmascarado con tal elegancia que a la sármata solo le quedó devolverle una sonrisa de pura admiración.

—¿Jano sabe quién eres? —preguntó la viuda.

—Lo sabe.

—Si él confía en ti, yo confío en ti. No siempre hay que hacer lo correcto para hacer las cosas bien.

—No estoy aquí como enemiga de Roma —aseguró Tamura—. Vengo en misión de paz.

—¿Y lo de los asesinatos de los niños?

—Eso me pilló por sorpresa. A todos. Hay una facción sármata que desea la guerra contra Roma. Yo represento a una facción contraria que desea la paz.

—Entonces, estáis en guerra con vuestro propio pueblo...

—Es más complicado que eso.

Ocellina esbozó una sonrisa sutil y se levantó.

—Solo quiero que sepas que puedes confiar el mí —afirmó—. Si puedo hacer algo por ti, pídemelo. Por lo pronto, ayer te vi pasar de largo con un caballo azul, precioso... ¿dónde está?

—En una cuadra, a cuatro calles de aquí.

—Detrás de la *domus* están nuestros establos —dijo Ocellina—. No son gran cosa, pero hay sitio de sobra para tu caballo, si no le importa compartir espacio con mis mulos de carga. Tráelo, así estarás cerca de él.

Tamura se quedó boquiabierta.

—¿De verdad puedo?

—Por supuesto. —Ocellina pareció recordar algo—. Ah, también os he oído hablar de un perro... tiene un nombre impronunciable.

—Uteljarab.

—También será bienvenido en esta casa.

Tamura cogió las manos de Ocellina entre las suyas y las besó.

—No sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí.

Ocellina le acarició la mejilla.

—Tu misión es salvar vidas, tanto de los tuyos como de los míos. Cúmplela y estaremos en paz.

La viuda dio media vuelta y se dispuso a abandonar la estancia. Cuando estaba a punto de cruzar el vano de la puerta se volvió hacia Tamura.

—Lidia, tranquila. Tu secreto está a salvo conmigo.

Ocellina desapareció de la vista, dejando en la habitación una estela de majestuosidad que parecía ajena a este mundo. Tamura se dejó caer en el triclinio y estrujó el calzón entre las manos. Notaba cierto picor en los ojos. Su mente voló hacia Jano. Cuando terminara su misión, si seguía con vida, tendría que marcharse, y algo en su interior le decía que aquella diosa que caminaba entre los hombres atraería al general con una seña de su índice, y él acudiría a ella como poseído por un embrujo.

Esbozó una sonrisa triste. Su amor por Jano estaba condenado al olvido o a la muerte. Por suerte para él, y por desgracia para ella, Ocellina ocuparía su lugar y convertiría a Lidia en un recuerdo. La sármata tomó la aguja y siguió zurciendo el agujero de la flecha.

En la soledad de aquella habitación prestada, las lágrimas de Tamura rodaron por sus mejillas.

Ariogeso y Zántico convocaron en su tienda a los caudillos más importantes de la alianza cuado-sármata. Guerreros veteranos con muchas batallas a sus espaldas y ansia de guerra. Sobre la mesa que presidía la carpa reposaba un mapa que iba desde Germania hasta Tracia, pasando por Nórico, Panonia y Dalmacia.

Berigastio estaba al lado de Ariogeso sin prestar demasiada atención a la palabrería de Zántico, que hablaba y se movía como un actor barato. El lugarteniente del rey echó una ojeada al interior de la tienda en la que se encontraban, producto de algún saqueo a los romanos. Dentro había triclinios, sillas curul, ánforas, vajillas, incluso estandartes de legiones vencidas... Berigastio se preguntó por la paradójica obsesión de los reyes por destruir Roma, cuando ellos eran los primeros en adoptar sus costumbres.

—Aquí —exclamó Zántico, señalando un punto del mapa—. Mi espía en Carnuntum dice que sería un lugar idóneo para emboscar a una legión romana. Incluso a dos.

—¿Ya no vamos a hacer que los romanos ataquen el Bastión? —preguntó Fildan, uno de los caudillos de Ariogeso.

Zántico abrió las manos e interrogó a los presentes con la mirada.

—¿Para qué? No contábamos con reunir a tantos guerreros, ni tampoco con los ingenios de Pyrrhos. Si los romanos atacan el Bastión lo destruirán, y no queremos que suceda eso. Lo que queremos es que esos yacigios se unan a nosotros, y eso lo conseguiremos con una victoria aplastante sobre Roma. Cuando los fieles a Banadaspo oigan hablar de nuestro poder, abandonarán a ese borracho y se unirán a nosotros.

Uno de los comandantes de Ariogeso se fijó en el punto que Zántico había señalado en el mapa.

—Las Fauces del Titán. ¿Qué tiene de especial ese lugar?

—Si conseguimos que la legión entre por aquí, les cerraremos el paso por detrás en este punto —explicó Ariogeso, señalando el lugar más estrecho entre dos cerros—. Tomaremos estas dos colinas de aquí y los rodearemos. Estarán flanqueados nada más cruzar el paso y nuestras máquinas estarán preparadas para destruirlos.

—¿Y no sería mejor atraerlos a los bosques y emboscarlos allí? —

opinó Velantos, otro de los caudillos cuados.

—Si lo hacemos como hasta ahora, sufriremos muchas bajas —dijo Zántico—. Mi plan es vencer a los romanos sin que puedan defenderse.

Fildan frunció el ceño.

—Los dioses se enfurecen cuando luchamos como cobardes.

Un murmullo de aprobación reinó en la tienda. Zántico abrió los brazos y pidió silencio.

—¡Por favor! Usaremos algo que a los dioses les encantará: magia.

Un descontento general reinó en la sala. Velantos fue el primero en mostrarse contrario a la idea.

—¿Magia? ¡Nuestros antepasados se revolverán en sus tumbas!

—Nuestros antepasados están muertos, Velantos —le recordó Ariogeso, que comenzaba a perder la paciencia—. Esta es una lucha de vivos contra vivos. Zántico, ¿por qué no dejamos que lo vean con sus propios ojos?

—Será lo mejor —coincidió el rey yacigio—. Seguidme, os va a encantar.

Los reyes y caudillos salieron de la tienda murmurando entre ellos, poco convencidos de aquellas nuevas tácticas que ni siquiera entendían. Zántico y Ariogeso los condujeron hasta la cima de una colina próxima. En el valle, Pyrrhos, el ingeniero griego, había dispuesto todo para un espectáculo sin precedentes.

—Mirad eso.

Zántico señaló un cuadrilátero formado por andamios de madera cubiertos de telas gigantescas y cuerdas que impedían ver lo que había dentro. A cien pasos de aquel armazón habían tallado una réplica en madera de una centuria romana, con tablones pintados de rojo a modo de escudos y palos imitando lanzas. Detrás de la gigantesca caja de tela y en las laderas de las colinas, el formidable ejército de cuados y sármatas se preparaba para presenciar la demostración de los ingenios en los que habían trabajado durante meses.

—¡Descubrid a la Hidra! —gritó Zántico.

Dos docenas de hombres tiraron de las maromas, y los andamios y telas que cubrían el monumental ingenio de Pyrrhos cayeron,

revelando una estructura de madera y hierro de colosales dimensiones.

Tenía ruedas, las más grandes que ninguno de los presentes hubiera visto jamás. Se alzaba a una altura equivalente a la de un edificio de tres pisos, con una anchura de dos calles principales juntas. Su parte delantera estaba forrada con planchas de cobre, además de varias hileras de lanzas puntiagudas y afiladas al nivel del torso de un hombre. Escalar la estructura era imposible. Por encima de la maraña de púas, unos ventanales con las trampillas abiertas mostraban seis tubos de metal de boca amplia emplazados a todo lo ancho del frontal.

La parte trasera de aquel muro rodante tenía vigas de tiro, para que hombres y bestias lo empujaran desde atrás. Unas plataformas adosadas al gigantesco escudo se elevaban hasta las ventanas frontales, para sostener unos depósitos de cobre conectados a los tubos de metal.

Fildan, Velantos y el resto de los caudillos se quedaron boquiabiertos, y eso que aún no habían visto nada. A varios pasos detrás del monstruo, doce catapultas gigantescas se exhibían en formación.

Xarthanos, el hechicero, renqueó hasta donde estaban Ariogeso, Zántico y los comandantes. Había visto una pequeña demostración de aquellas máquinas y el resultado había sido sorprendente. El mago sonrió. Aquello sí que era magia de verdad.

Pyrrhos esperaba la orden de Zántico con los ojos fijos en él. Este levantó los brazos, y dio comienzo a la función. El ingeniero hizo una seña a las catapultas traseras y doce artilleros acercaron antorchas a las vasijas de barro colocadas en las cestas.

A su señal, las doce máquinas lanzaron los proyectiles a la vez.

Las vasijas cayeron en la parte trasera de la formación de madera, incendiándola en el acto. El fuego se propagó a una velocidad impresionante, derramándose por todas partes como si fuera lava, calcinándolo todo a un ritmo demencial.

—Ahora veréis funcionar a la Hidra —rio Zántico, volviéndose hacia los caudillos, que no daban crédito a lo que veían sus ojos.

Ariogeso, con los brazos cruzados sobre el pecho, no cabía en sí de

orgullo. Los hombres y las bestias empujaron la estructura, que empezó a rodar con imponente lentitud. Cuando estuvo a unos cincuenta pasos de la formación, los seis tubos vomitaron unos chorros de un fuego aún más voraz que el que habían provocado los proyectiles de las catapultas. En pocos segundos, la réplica de la formación romana era un mar de llamas que pronto quedó reducido a un montón de ceniza humeante.

—Por los dioses... —susurró Velantos.

—Ni siquiera el agua es capaz de apagar ese fuego —aseguró Ariogeso—. Lo que acabáis de ver es una magia antigua que Roma desconoce... y es nuestra, solo nuestra.

—Acorralaremos a las legiones en lugares estrechos y serán pasto de nuestro fuego mágico —vaticinó Zántico—. Estamos asistiendo al comienzo de una nueva era.

Ariogeso se enfrentó a los caudillos con la prepotencia hecha sonrisa.

—¿Qué decís ahora? ¿Velantos? ¿Fildan? ¿Algo que objetar?

Fildan, con el fuego reflejado en sus pupilas, solo fue capaz de musitar:

—Con esto conquistaremos Roma.

—Una limosna para un pobre ciego —voceó el anciano.

El foro no estaba para atender a mendigos, a la espera del pregón del *praeco*. La encapuchada que acompañaba al anciano miraba a su alrededor con ojos en perpetuo movimiento. Ahora que sabía que Tamura estaba en la ciudad, debía tener sus sentidos siempre alerta.

Jaret y Dadagos recurrieron a un antiguo dicho sármata: el zorro no caza en su madriguera. Regresaron a Carnuntum la noche siguiente al ataque de Azariôn. El grupo se escondió en una vieja *insula* abandonada en la que Dadagos se había ocultado durante meses, hasta que se vio obligado a refugiarse en el cuartucho abandonado de las alcantarillas. La *insula* no era tan grande como la de Maiôsara; apenas tenía dos pisos, estaba construida en madera medio podrida por los años y había sido declarada en ruinas.

Pero para Dadagos, Jaret y los demás, aquello era un palacio.

Disfrazado de ciego, con una venda cubriéndole los ojos y con Stornarja de lazarillo, Dadagos recogía rumores en el foro mientras representaba su papel de mendigo.

El pregonero subió al pedestal.

—Pueblo de Carnuntum. Sabed que, desde hace días, nuestro amado emperador Marco Aurelio Antonino Augusto ha regresado al abrigo de nuestra ciudad, victorioso tras haber derrotado a los marcomanos. *Imperator*!

La multitud coreó el título tres veces: «*Imperator! Imperator! Imperator*!».

—Dentro de dos semanas se celebrarán dos días de juegos extraordinarios con bestias, recreación de batallas históricas y un espectacular y sangriento duelo a muerte entre dos misteriosos gladiadores. Estos juegos se celebrarán en honor al prefecto Macrinio Vindex, caído en combate contra el jefe de guerra Bellomarius.

El gentío estalló en un clamor, como hienas excitadas por el olor de la sangre.

—Una limosna para un pobre ciego...

—Cállate —exclamó un joven, propinando un codazo a Dadagos.

El *praeco* siguió con su discurso.

—Asimismo, se anuncia que los juegos los presidirá Lucio Aurelio Cómodo en nombre de su padre, el emperador. La entrada en el anfiteatro será gratuita a condición de que se participe en las apuestas. Los menores de doce años quedan exentos de esta regla. Las apuestas las gestionarán Braco Dalmatos, Quinto Torcuato o los funcionarios asignados a tal efecto en el propio coliseo y en el *ludus*.

—¡Una limosna para un pobre ciego que no podrá ver los juegos! —gritó Dadagos.

Una mujer le puso un par de sestercios en la mano.

—Toma y cállate, no nos dejas oír con tus gritos.

—Gracias, *domina* —dijo Dadagos, aceptando las monedas—. Yo ya he oído lo que tenía que oír.

Stornarja lo condujo fuera del foro.

Sonreía debajo de la capucha. Tenían un nuevo objetivo. Uno

importante.

Y a esas alturas, a Stornarja le daba igual que fuera otro niño.

57

Jaret tenía un don que sobresalía por encima de su belleza, de su magnetismo, de la cadencia de su voz o de sus virtudes como luchador, que solo demostraba cuando no le quedaba otra opción.

La principal virtud de Jaret era su capacidad de improvisación.

Jamás se bloqueaba ante una situación. Siempre encontraba una segunda ruta por la que seguir o una grieta por la que colarse, y esa era la razón por la que Zántico lo enviaba a las misiones más complicadas y le otorgaba libertad absoluta para decidir en su nombre.

Esa habilidad suya, unida a la falta de escrúpulos de Dadagos, convertían su unión en una combinación letal.

Dadagos y Jaret tardaron dos horas en urdir un doble plan. Un plan difícil que casi seguro acabaría costándoles la vida. Pero si salía bien, se hablaría de ellos durante siglos. Incluso su puesta en marcha era complicada. Harían falta cosas muy especiales, cosas que muy pocos en Carnuntum podrían conseguir.

Por suerte, Jaret sabía dónde acudir.

Ludovico Corocotta recibió al sármata en su templo de los mil tratos. Escuchó sus peticiones con oído atento y mirada codiciosa. Lo que solicitaba aquel hombre de hermosas facciones y discurso ofídico era peligroso de obtener. Y caro. Si su nombre salía a la luz, los cargos por traición le costarían la vida a Ludovico. Tenía que andarse con mucho cuidado.

El dueño de El Faro del Norte echó mano a una de sus máximas: «Por muy cerca que estés de la mierda, si no la tocas, no te manchas».

—El mero hecho de concertar una cita con quien podría facilitarte lo que pides me convierte en comida para los leones —dijo Ludovico, que invirtió un rato en calcular su tarifa—. Cincuenta mil sestercios por adelantado —resolvió, al fin—, con independencia de que el proveedor acepte tu pedido o no.

—¿Cincuenta mil sestercios? —La sorpresa hizo que la voz de Jaret no sonara tan melodiosa como de costumbre—. Me parece excesivo.

Ludovico esbozó su sonrisa desquiciante y entrecruzó los dedos debajo del mentón.

—Lo que pides no es para una fiesta de disfraces —dijo—. No me interesa saber para qué lo quieres, pero me temo que su uso podría traer consecuencias que podrían afectar a la ciudad, y lo que afecta a la ciudad, afecta a mi negocio. Cincuenta mil es mi precio, o lo tomas o lo dejas.

Jaret se acarició el mentón y perdió la vista en el millar de velas que alumbraba el sótano de Ludovico. No le iba a quedar más remedio que tirar de las reservas ocultas de Zántico. Tampoco le importó demasiado: si fracasaban, morirían, y al rey solo le quedaría patalear de rabia sobre sus *kurgan*. Pero si tenían éxito... Si tenían éxito, Zántico les daría tres veces lo que Jaret estaba a punto de invertir.

—¿Aceptarías el pago en oro?

Ludovico se encogió de hombros.

—No veo por qué no.

Jaret se levantó.

—Ve agilizando las gestiones. Volveré en un rato.

Así se cerró el negocio. Como de costumbre, Ludovico demostró una eficiencia abrumadora. Esa misma tarde, Jaret y Dadagos se entrevistaron con la única persona en Carnuntum que podía conseguirles lo que necesitaban. Fue muy difícil de convencer, pero la cantidad de oro que se puso sobre la mesa resultó decisiva para llevar las negociaciones a buen fin.

Por su parte, el dueño de El Faro del Norte no se manchó las manos: usó a cuatro intermediarios distintos para concertar la entrevista entre los sármatas y el proveedor.

Ludovico Corocotta tenía pocos escrúpulos a la hora de hacer tratos, pero aquella noche le costó conciliar el sueño.

Algo en su interior le decía que no debería haber hecho negocios con Jaret.

Fidio Nemesio Octavio. Legado de la Duodécima Legión, la Atronadora. Cuarenta y tres años, calvo de cráneo e hirsuto de cejas. Estas, casi siempre fruncidas, retrataban su alma a la perfección.

Temido por sus enemigos y por sus propios legionarios, lo apodaban *Flagrum* a sus espaldas. El flagelo con cadenas de hierro era su método de castigo favorito. Su aspecto de hombrecillo insignificante, de panadero complaciente, disfrazaba a un militar capaz de arrasar aldeas y diezmar poblaciones. A Fidio solo lo apreciaban como soldado. Como persona no lo quería casi nadie. Tampoco le importaba demasiado.

Salió de su tienda en el pretorio para dar un paseo y tomar el aire. Pasó por delante de dos legionarios atados a postes. Ambos estaban desnudos y medio inconscientes; la espalda y glúteos eran un entramado de líneas rojas. El propio legado los había mandado azotar. En esa ocasión fue benévolo: ordenó que lo hicieran con fustas, no con el *flagrum* que tanto amaba. La falta cometida por los legionarios fue discutir en voz alta cerca de la tienda del general mientras dormía.

Fidio llenó el pecho de aire, con los brazos en jarras, mientras contemplaba la actividad del campamento. El relámpago dorado adornaba los estandartes de la legión y la coraza del general. Las hazañas de la Atronadora en África y contra los partos se recordaban alrededor de las hogueras. Ahora, sin embargo, la guerra contra los bárbaros orientales tenía al general más que harto.

Después de la derrota de Bellomarius, las diferentes tribus habían adoptado otros hábitos de guerra. Se acabaron las grandes batallas a campo abierto. Lo común, ahora, era que un grupo atacara por la noche, asesinara a traición a unos cuantos legionarios y desaparecieran en la oscuridad. Robos, saqueos, lluvias de flechas durante las marchas...

Aquello no era guerra, por Júpiter.

Se había llegado a un punto en que no se sabía muy bien contra quién luchaban: sármatas, marcomanos, cuados, vándalos, asdingos... Para Fidio todos los bárbaros eran iguales. Y en los últimos meses, con el condenado calor, aquella contienda se había convertido en un conflicto contra hombres medio desnudos.

La región asignada a la Atronadora quedó bajo control después de unas cuantas escaramuzas. Establecidos cerca de Carnuntum, en el lado cuado del *limes*, los legionarios de la Duodécima empezaron a gozar de una calma que Fidio Nemesio Octavio interpretaba como la que precede a la tempestad. Una calma aburrida, hasta que una invitación del emperador arrancó una sonrisa al legado.

Juegos en Carnuntum. A Fidio le extrañó que fueran en junio, cuando la costumbre desde hacía más de quinientos años era que se celebraran en septiembre y duraran un par de semanas, no dos días, como estos. Tampoco le pareció mal. Un par de días de diversión en la ciudad le vendrían bien.

Cuando se disponía a regresar al pretorio, Fidio vio acercarse a un grupo de jinetes por la vía decumana. En cuanto distinguió el capricornio en sus estandartes, adivinó quién era el hombre que los capitaneaba. Uno de los pocos amigos que aún le quedaban a Fidio Nemesio Octavio.

—¡Publio Helvio Pertinax! —lo saludó el general en cuanto descabalgó—. El azote de Bellomarius en mi campamento... pero ¡qué honor!

—Fidio, ¿cómo estás? —dijo Pertinax, abrazándolo.

Ambos legados se pasaron revista unos segundos. No se veían desde la reunión con Marco Aurelio en la sala de guerra, hacía ya muchos meses. Fidio encontró a Pertinax más delgado y canoso; Pertinax comprobó que la calva de su compañero de fatigas contra los partos brillaba más que un casco recién pulido.

—¿A qué debo tu visita? —quiso saber Fidio, que enseguida cogió del hombro a Pertinax—. Vamos a mi tienda, ¿te apetece vino?

—Nunca digo que no a eso. Un momento, voy a mandar a mis hombres a la taberna, estarán sedientos. Llevamos horas cabalgando...

El general ordenó romper filas y cedió las riendas de su caballo al primer legionario de la Duodécima que pasó por allí. Fidio se fijó en el único jinete que acompañaba a Pertinax que no era legionario, un hombre con la cabeza afeitada y los ojos pintados con líneas negras.

—¿Ese no es Arnufis? —preguntó Fidio a Pertinax mientras se dirigían al pretorio.

—El mismo. Ha estado casi toda la contienda en la Segunda Gémina, con el emperador y Tiberio Claudio Pompeyano, pero el físico y mentor de Marco Aurelio, Eudor, no lo puede ni ver... Al final, por no oírlo, el césar me endosó al mago en la Adiutrix.

—¿Qué planes tiene ahora? —preguntó Fidio.

—Busca una legión donde ejercer su oficio, en la Adiutrix ya le ha leído el futuro hasta a los mulos. Pensé en dejarlo en la Decimocuarta, pero se niega a ir a Carnuntum —contestó Pertinax, riendo—. Teme que Eudor lo envenene o lo asesine mientras duerme.

—Ese tipo me inspira curiosidad —manifestó Fidio, al tiempo que echaba una ojeada de reojo al mago, que tampoco perdía de vista al general de la Duodécima, como si supiera que estaba hablando de él —. He oído muchas historias suyas.

—No me creo ni una palabra de lo que cuenta —dijo Pertinax en voz baja—, pero sirve de consuelo a la tropa. Los recibe de uno en uno, les vaticina triunfos, los inspira para la batalla y les infunde fuerza. En serio, acaba siendo útil —reconoció.

—¿Aceptaría quedarse una temporada en la Duodécima? —planteó Fidio, que pensó que sería divertido tener al mago cerca.

—Seguro que sí —apostó Pertinax—. Aquí tiene una legión completa a la que engañar.

—Luego se lo propondré.

Entraron en el pretorio. Fidio puso un ánfora de vino sobre la mesa y sirvió dos copas casi hasta el borde. Se acomodaron en sendos triclinios y celebraron el reencuentro.

—Enhorabuena por tu victoria sobre Bellomarius. Dicen que el combate fue memorable.

—Entre tú y yo, pasé mucho miedo —admitió Pertinax—. Ese hijo de puta es grande como una montaña. Estos últimos meses han sido muy duros, pero el norte está pacificado.

—Aquí también están las cosas tranquilas. ¿Sigues al mando de la Adiutrix?

—La he dividido en tres *vexillationes* —explicó el legado—, la comandan mis tribunos. Aprovecharé este período de paz para ir a Roma. Me reclaman para unos asuntos en el Senado.

—¿El Senado? —El general resopló—. Tengo entendido que no te llevas muy bien con la mitad de los senadores...

Pertinax puso los ojos en blanco.

—Me odian —aseguró, rotundo—. Escucha mis palabras, Fidio: algún día, me asesinarán en Roma.

Guardaron unos segundos de silencio y luego se echaron a reír.

—¿Te quedarás para los juegos? —quiso saber Fidio.

—No. Cuanto antes termine con mis asuntos en Roma, antes estaré de vuelta. Aún nos quedan los cuados y los sármatas... Se comenta que están reuniendo un ejército en el este.

—Ojalá sea así. Necesito una batalla de verdad —exclamó—. Estoy harto de ser el objetivo de pandas de bandidos.

—Yo igual. Lo peor es que esas tácticas cobardes les dan resultado. Al final, cuando haces recuento de bajas, te das cuenta de que ese goteo de muertes equivale a una batalla a lo grande.

—Hijos de puta. ¿Y Tiberio? Oí que Lucila vino desde Roma.

—Lo último que sé es que siguen en Vindobona. Esta guerra va para largo, Fidio... Es un territorio muy grande, y cuando acabas con un ejército, otro lo sustituye.

—Yo me tomaré esta paz temporal como un descanso —manifestó Fidio—. Iré a Carnuntum a ver los juegos. Mantendré el campamento estacionado aquí y aprovecharé mi estancia en la ciudad para avituallarlo.

—Haces bien. ¿Quieres que le pregunte a Arnufis si quiere quedarse aquí? —Pertinax bajó la voz—. Si no te tomas sus disparates en serio, puedes reírte mucho con sus cosas.

—Puede ser divertido para mí, y un alivio para los legionarios. Le diré que es bienvenido en la Atronadora.

Una hora después, Fidio invitó a Arnufis a quedarse en el campamento de la Duodécima Legión. El hechicero, por supuesto, aceptó.

Lo que jamás imaginó es que pasaría a la historia a causa de esa decisión.

El mundo era distinto a través de las rejillas del casco tracio.

Jano y Tamura corrían por el campo como si les persiguiera una jauría rabiosa. La herida de la pierna aún le dolía a la sármata, pero había cicatrizado bien y el sufrimiento nunca había sido un obstáculo para ella. El general lo hacía equipado con las piezas de armadura que usaría contra Término. Solo cuatro eran de metal: las espinilleras, una hombrera, el brazal izquierdo y el casco. El brazo derecho iba envuelto por completo en una *manica* acolchada. El conjunto era menos pesado que la loriga con la que había entrenado hasta ahora, pero aquella distribución asimétrica de piezas le hacía sentir incómodo.

—Vamos —lo animó Tamura. Las piernas de la sármata se movían a una velocidad pasmosa—. Hasta esos árboles de allí y de vuelta a donde hemos dejado los caballos.

Jano corría detrás de ella, echando el bofe.

—¿Quieres que mate a Término corriendo?

—Tu escudo tiene que ser la rapidez —sentenció ella—. No puedes dejar que te toque. Esas piezas de armadura no servirán para nada contra una maza pesada.

Después de hacer correr a Jano hasta el borde del vómito, Tamura agarró una maza de madera que había encargado, días atrás, a un carpintero de Carnuntum. Los entrenamientos se habían vuelto más peligrosos con aquella arma, pero así tenían que ser para no fallar el día del combate.

Lo cierto es que Jano se movía ahora con una agilidad muy superior a cuando empezó a entrenar con Tamura. Había perdido peso y ganado musculatura. Aunque la sármata no se lo decía, se sentía muy orgullosa de él.

Jano se mantuvo fuera del alcance de la maza en todo momento. Aquella arma de madera era muchísimo más ligera que la que usaría Término, pero como decía Tamura, su objetivo era acostumbrarse a esquivar golpes aún más rápidos que los que lanzaría el gladiador el día del combate.

—Un fallo supondrá tu muerte —afirmaba la sármata.

Después de una sucesión de ataques, Tamura lanzó los brazos hacia

atrás y descargó un golpe descendente con todas sus fuerzas.

Jano se echó a un lado, apartándose de su trayectoria. Giró apoyándose en la parte exterior del brazo derecho de Tamura, dio la vuelta en el aire al *gladius* de madera, lo agarró como un puñal y cerró la mano izquierda sobre el pomo de la espada. Terminó el movimiento con la fuerza combinada de su rotación y los dos brazos.

Tamura soltó la maza para agarrarse la zona lumbar derecha. Apenas podía respirar. Tenía la boca y los ojos muy abiertos. Clavó la rodilla en tierra, con una expresión crispada en el rostro. Jano se arrodilló a su lado, preocupado.

—Tamura, ¿estás bien? Te he dado demasiado fuerte...

Ella, jadeando, se volvió hacia él.

—Ven aquí, hijo de puta. —Lo agarró del casco y lo tumbó de espaldas. Cuando se quiso dar cuenta, Jano la tenía encima de él. La expresión de Tamura seguía siendo de dolor, pero logró esbozar media sonrisa—. Si haces eso el día del duelo, las gradas se vendrán abajo, sin opción a que nadie alce o baje el pulgar: Término estará muerto.

—Me has asustado... creí que te había hecho daño.

—Me has hecho un daño horrible. Pero me lo vas a compensar.

Tamura le golpeó la muñeca contra la hierba y le obligó a soltar el *gladius*. Le arrebató el casco y lo lanzó lejos.

En la orilla del río, a muchos pasos de distancia, Zambil y Sagita pastaban a sus anchas, ajenos al esparcimiento de sus amos.

Lo que sí oyeron fueron sus gritos de placer.

Sonaron más fuertes que los de dolor.

58

Un rumor es como la peste: se propaga rápido, pero es difícil averiguar su origen.

En los días previos a los juegos, a alguien se le ocurrió decir que uno de los misteriosos gladiadores que lucharían a muerte en el coliseo de Carnuntum sería, nada más y nada menos, Bellomarius.

Las colas de las apuestas se alargaban desde el anfiteatro al cardo máximo. Cuando despachaban a un cliente, otros dos lo sustituían, por lo que la fila parecía no avanzar. A los lugareños se sumaron viajeros procedentes de Vindobona, Scarmantia, Savaria, Arrabona, Brigetio... Incluso hubo quien vino de la lejana Sirmio con los sestercios al rojo vivo dentro de sus bolsas. Para aumentar aún más el morbo de los espectadores, Quinto Torcuato decidió hacer público el nombre de uno de los contendientes.

El gran Término, el *doctore* del *ludus* de Carnuntum.

Al gladiador le pareció bien el movimiento. Al ritmo al que corrían las apuestas, tanto él como Quinto obtendrían en un día los beneficios de tres años. Término se haría rico si sobrevivía al combate; el lanista, en cualquier caso. El *doctore* soñaba con la expresión de sorpresa del público cuando descubriera el rostro sin vida de Jano Convector.

¿A quién le interesa ver muerto a un rey vencido, cuando puedes contemplar desde la grada la cabeza decapitada del Puño del Emperador?

Jano no prestó atención a aquel rumor estúpido sobre Bellomarius. Si vencía, recogería la carta de Faustina y desaparecería sin identificarse. Y si perdía, ya no tendría que preocuparse más por los asuntos de este mundo.

Mientras tanto, él y Tamura siguieron entrenando a diario. La herida de la sármata se había convertido en una cicatriz más, en un recuerdo que cada día dolía menos.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que de los juegos, y todo

giró alrededor de ellos en las dos semanas anteriores al gran día. Y entre todos los habitantes de Carnuntum, había alguien que apenas podía controlar los nervios.

Cómodo.

Ayudado por Eudor de Atenas, el propio Marco Aurelio instruyó a su hijo durante jornadas completas acerca de cómo presidir los juegos, cómo saludar al público, cómo controlar sus emociones... En definitiva, a comportarse como un heredero del Imperio. Pero era tal la excitación del pequeño que aquellas lecciones resultaban difíciles de impartir y más difíciles aún de asumir. Faustina tranquilizaba a su esposo cada vez que este perdía la paciencia.

—Le pegaré un pellizco cuando se ponga demasiado nervioso —prometió la emperatriz.

Marco Aurelio decidió dividir las legiones desplegadas en el otro lado del *limes* en *vexillationes*, para así cubrir más espacio a lo largo del Danubio. Solo la Decimocuarta y la Duodécima quedaron íntegras, cada una a un lado del río, para defender la ciudad. A pesar de las protestas de Jano, las patrullas nocturnas se vieron reducidas de forma drástica, y dicha labor volvió a recaer en los *vigiles*, poco numerosos y peor entrenados que los pretorianos. Así y todo, el emperador estaba convencido de que Carnuntum era ahora más segura que nunca.

Lo que Marco Aurelio ignoraba era que el enemigo ya estaba infiltrado en la ciudad.

Cuando Eudor no le amargaba la vida con los filósofos griegos o las matemáticas, a Cómodo le gustaba entrenar con Lares Volusio, un *evocatus* pretoriano que había formado parte de la escolta personal de Marco Aurelio en Marcomania.

Lares se licenció dos años atrás, pero se reenganchó en la Guardia Pretoriana como instructor a petición del difunto Macrinio Vindex. Sus grandes habilidades para el combate le hicieron ganarse un puesto en la guardia personal del emperador. Según se comentaba en la guarnición, Lares cobraba el doble que cualquier centurión pretoriano, y estaba rebajado de cualquier otro servicio que no fuera entrenar a

los guardias bisoños y acatar órdenes directas de Marco Aurelio. Desde que llegó a Carnuntum, su misión fue, casi a tiempo completo, entrenar a Cómodo.

Para Lares, aquel trabajo, aparte de muy bien pagado, le entretenía.

Cómodo era buen luchador, aunque a veces la furia lo poseía hasta el punto de desbocarlo. A Lares le gustaba picarlo de vez en cuando, para ver hasta dónde llegaba el ilustre mocoso. Cuando lograba enfadarlo de verdad, Cómodo se lanzaba contra él con tal ira que el instructor pensaba, divertido, que si pudiera matarlo en ese momento, no dudaría en hacerlo.

Después de una de esas rabietas incontroladas, Lares paró dos estocadas que Cómodo le lanzó, ciego de cólera. El *evocatus* describió un arco amplio con el brazo izquierdo, golpeando tan fuerte a Cómodo con el escudo que lo tumbó de espaldas. Cuando iba a levantarse, el instructor le pisó el pecho.

Ese era uno de los privilegios de entrenar al que podría llegar a ser futuro emperador: de vez en cuando, podías humillarlo sin consecuencias.

—Cómodo, tienes que aprender a mantener la calma —aconsejó Lares en un tono pausado muy distinto a la expresión iracunda del pequeño, que seguía inmovilizado bajo su sandalia—. Estos berrinches solo te llevarán a cometer errores.

—El último golpe en el brazo me dolió —le acusó Cómodo.

—En combate no todo es dar... también hay que recibir. ¿Qué harás cuando un filo te haga un corte en el brazo? ¿Irritarte y lanzarte a un ataque vehemente que te costará la vida?

Cómodo resopló varias veces hasta tranquilizarse. Solo entonces Lares lo liberó del pisotón. Justo en ese instante, un hombre ataviado con uniforme de tribuno de la Guardia Pretoriana se plantó junto a ellos. Lares ayudó a Cómodo a levantarse y dedicó un saludo militar al oficial.

—Ave, tribuno —dijo Lares.

—Descansa —ordenó el oficial, que supuso que el instructor era de rango inferior. Lares vestía una túnica sin distintivo alguno. El recién

llegado se dirigió a Cómodo—. *Domine*, llevo un rato viéndote pelear. Con todos mis respetos, deberías haber esquivado el golpe del escudo saltando hacia atrás.

—Lares siempre dice que no hay que retroceder —protestó Cómodo—, que para eso tenemos el escudo.

El tribuno le guiñó un ojo a Lares.

—Haz siempre caso a tu instructor. —Acercó los labios al oído de Cómodo, en tono confidente—. Pero si hubieras retrocedido un paso para esquivar el escudo y te hubieras lanzado a fondo, le habrías acertado una estocada en pleno vientre.

El instructor recriminó las palabras al tribuno con una mirada cómplice. Mucho tendría que discutir con Cómodo en el siguiente entrenamiento para encarrilarlo en su sistema de combate, pero lo cierto era que aquel oficial era agradable.

—Soy Mario Valeriano —se presentó—. El emperador me ha encargado pasar revista a su carruaje blindado, por si necesitara alguna reparación después del viaje desde Roma. ¿Podrías llevarme ante el césar?

—No está aquí, tribuno —respondió Lares—, se marchó temprano al castro de la Decimocuarta con el prefecto Bassaeo Rufo.

Mario puso cara de contrariedad.

—Tampoco está Rufo... Perdona, soldado, ¿cuál es tu grado?

—Soy Lares Volusio, *evocatus* de caballería, instructor de combate y escolta del césar.

El tribuno le dedicó un saludo militar.

—Nadie es más digno de admiración que aquel que aun pudiendo librarse de la carga militar, ama tanto a Roma que sigue vistiendo el uniforme de su ejército.

—Gracias, tribuno.

—¿Me acompañas a las cuadras? Será solo un momento. Tengo que hacer un informe del estado de las bestias de carga y del carruaje.

—Por supuesto, *domine*, sígueme.

Entraron en las caballerizas acompañados por Cómodo. El tribuno se plantó frente al carruaje. Lo habían limpiado a fondo, se veía impecable. Solo apreció que la pintura había saltado en algunas zonas.

—Estas son las bestias de tiro —explicó Lares, señalando los ocho caballos que habían arrastrado el majestuoso carruaje desde Roma hasta Panonia.

—Se las ve lustrosas —aprobó el tribuno—, bien alimentadas y sanas.

—Las sacan a hacer ejercicio a diario —confirmó Lares.

—El emperador me ha ordenado que revise el carruaje por dentro y por fuera —anunció Mario Valeriano, dirigiéndose hacia el mastodonte de metal; los dos golpes que le dio con la palma de la mano produjeron un sonido grave—. Menuda bestia... ¿está abierta?

—Solo se puede cerrar desde dentro —intervino Cómodo—. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Nunca le digo que no al hijo de un emperador —afirmó el tribuno, dedicándole a Cómodo una inclinación de cabeza—, y menos a uno que sabe manejar tan bien el *gladius* y el escudo.

Lares apreció la amabilidad de Mario Valeriano. Era inusual encontrar a un oficial con esa simpatía. Cómodo lo dejó entrar en el carruaje, para que admirara su interior. Aquello era una fortaleza rodante. Después de finalizar la inspección, Mario Valerio se dirigió a Lares.

—Va a ser más fácil de lo que pensaba —declaró, satisfecho—. Volveré con un par de hombres a darle una mano de pintura y poco más. Se lo comunicaré al centurión de servicio. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En el cuerpo de guardia, en la planta baja del palacio. Te acompaño...

—No es necesario, seguid entrenando. —Mario se dirigió a Cómodo y le guiñó un ojo—. Recuerda, cuando te vaya a dar con el escudo, retrocede... es más grande que tú, no puedes pararlo.

Lares cruzó una mirada ceñuda con Cómodo, que negó con la cabeza en un gesto divertido.

—Gracias, Mario —dijo Cómodo—, no lo olvidaré.

El tribuno se dirigió a la escalinata del palacio. El centurión de guardia se cuadró ante él y lo dejó pasar. Diez minutos después, Mario Valeriano se despidió de Lares y Cómodo y abandonó el palacio

después de intercambiar unas palabras con los centinelas de la puerta.

—Es simpático, ¿verdad? —comentó Cómodo, volviendo a adoptar una postura defensiva.

—Muy simpático... pero tú no retrocedas. Un soldado romano nunca retrocede.

Lares Volusio le lanzó un golpe con el escudo.

Cómodo retrocedió dos pasos y lo esquivó.

Azariôn contaba con un salvoconducto que le permitía entrar y salir de Carnuntum, cosa que el resto de sus hombres no poseía.

Desde que las legiones blindaron la orilla opuesta del Danubio, las puertas de la ciudad estaban siempre al borde del colapso. Oficiales y legionarios entraban y salían de la urbe en busca de provisiones, alcohol y mujeres; los carruajes de mercaderes y compradores tenían que esperar turno para cruzar el puente flotante, que llevaba días extendido de forma permanente. Los barqueros, obligados a pasar los rigurosos controles de la legión, subieron las tarifas hasta el punto de subastar cada plaza al mejor postor.

Azariôn cruzó a caballo el puente de barcas después de dos horas de espera. Había abandonado la ciudad tres días antes y regresaba con un pequeño cargamento de noticias.

Noticias que a Tamura no le iban a gustar.

Carnuntum hervía. Incluso se habían plantado tiendas alrededor de las murallas. Los juegos levantaban una expectación que Azariôn, dentro de su mentalidad sármata, no conseguía entender. Ni siquiera pasó por la *insula* de Maiôsara, donde se había alojado con el beneplácito de Ababa a partir del día siguiente de la espantada de Jaret. Tal y como había quedado con Tamura, dejó el caballo en un establo y caminó hasta la casa del difunto Cato Merino con un colgante de imitación de oro en la mano. Llamó a la puerta. Una esclava la abrió y Azariôn le mostró el colgante.

—Busco a Lidia Veturia. Encargó este collar a mi señor hace dos días.

—Dámelo, se lo entregaré yo misma —ofreció la sirvienta.

—Imposible. Tengo instrucciones de dárselo en persona.

La esclava puso cara de contrariedad.

—Un momento —dijo, cerrando la puerta en las narices del sármata.

Un minuto después, Tamura salió vestida y peinada como Lidia. Azariôn le enseñó el colgante y ella fingió enfadarse.

—No es este el que le pedí a tu patrón —protestó en voz alta para que lo oyera la esclava, segura de que estaría con la oreja puesta—. Vamos a ver a tu jefe, me va a oír.

Los dos se alejaron en dirección al foro. En cuanto perdieron de vista la casa, enfilaron hacia una calle a rebosar de gente, como el resto de Carnuntum. Nada como una multitud para ser invisible. Caminaron un rato hasta localizar un espacio vacío cerca de las murallas.

—Vengo de nuestro campamento —anunció Azariôn—. Traigo noticias, todas malas, pero unas peores que otras.

—Últimamente, nunca son buenas. Empieza por las mejores.

—No hemos encontrado ni rastro de Jaret y los suyos. Moverse cerca del *limes* se ha vuelto una tarea complicada a no ser que tengas un salvoconducto.

—Esos cabrones tienen —dijo Tamura—. ¿Y el resto de tu gente?

—Solo yo tengo pase —respondió Azariôn—. Los hombres que me acompañaron en el ataque están escondidos en las ruinas, lejos de las legiones. De todos modos, hemos estado preguntando en el este y parece que nadie ha visto al grupo de Jaret.

—Tengo el presentimiento de que regresaron a Carnuntum después de lo del otro día —comentó Tamura.

—Es posible. Tendremos que estar atentos. Cuenta conmigo para lo que sea —ofreció Azariôn—. No voy a moverme de Carnuntum hasta que terminen los juegos. No soy un gran guerrero, pero te ayudaré en lo que pueda.

Tamura le sonrió. A su alrededor, el gentío continuaba transitando por las calles, muchos de ellos extranjeros y legionarios procedentes de varias unidades distintas a la Decimocuarta.

—Si piensan atentar lo harán mañana, durante los juegos —apostó

Tamura—. Le diré al general Convector que me deje tomar precauciones a mi manera.

—Ahora toca la mala noticia —anunció Azariôn con rostro sombrío y sin andarse con rodeos—. Maiôsara ha muerto.

Tamura hundió la mirada entre sus sandalias. A pesar de que se lo esperaba, sintió una pena inmensa. Con sus más y sus menos, Maiôsara se había convertido en una buena amiga durante los últimos meses.

—Insistió en hablar conmigo antes de morir —prosiguió Azariôn—. Me contó muchas cosas y me pidió que te las hiciera saber. Me advirtió de que algunas no te gustarán, y que puede que la odies por eso.

—Es tarde para pedirle cuentas. No guardo rencor a los muertos.

—Maiôsara colaboró con Zántico en la misión de Stornarja...

Tamura lo interrumpió, incrédula.

—¿Qué? —exclamó.

Azariôn le pidió calma, mostrándole las palmas.

—Déjame que te lo cuente hasta el final, por favor, sin interrupciones. —Tamura aceptó de mala gana; su rostro crispado rezumaba furia—. Al principio, ella pensó que la asesina atentaría contra alguna personalidad romana y eso no le pareció mal. Pero hubo un par de inconvenientes: el primero, reconoció a Stornarja...

—Valia —lo interrumpió Tamura—. Se llama Valia.

—Valia —rectificó Azariôn—. A Maiôsara le daba igual que actuara contra Roma, al fin y al cabo, es una espía guerrera. Pero lo que no le gustó fue la forma en la que lo hicieron. Mantenían a la muchacha drogada todo el tiempo, recluida en un sótano que se comunicaba con las cloacas.

—He estado en ese sótano —informó Tamura.

—Cuando Maiôsara supo que Stornarja asesinaba niños, se la llevó a su *insula* y trató de mantenerla lejos de Dadagos. Pero ella acabó escapando del edificio... o Dadagos se la llevó, no sé exactamente cómo fue.

Tamura lo mandó callar con un gesto. Había algo que no le cuadraba.

—¿Cómo aceptó Maiôsara trabajar con Dadagos? No sé por qué, pero no se podía mencionar su nombre delante de ella.

—Dadagos se presentó con una túnica, enmascarado, impostando la voz. No es idiota, sabía que Maiôsara jamás trabajaría con él. Ella me juró que no lo reconoció. El plan de Dadagos era hacer creer a Stornarja... a Valia, que él y Maiôsara eran la misma persona. Le dio a Maiôsara una túnica y una máscara idéntica a la suya. Así, mientras él planeaba los asesinatos con tranquilidad, ella vigilaba y cuidaba a Valia. Ella llamaba a ese personaje el Amo.

—¿Y Valia sabe que Dadagos era uno de los amos?

Azariôn negó con la cabeza.

—Lo ignora. Ella quiere a Dadagos, le llama abuelo y es al único que obedece.

—Cierto —recordó Tamura—. Ella detuvo su ataque cuando él se lo ordenó.

—Fue Dadagos quien la acompañó en su viaje desde el este hasta las afueras de Carnuntum. Luego, con el disfraz del Amo, la ocultó en las cloacas. —Una pausa—. ¿Sabes por qué Maiôsara no podía soportar la presencia de Dadagos?

Tamura negó con la cabeza.

—Dadagos era el esposo de la hermana de Maiôsara.

—¿El esposo de la hermana? —Tamura no entendía nada.

—¿Recuerdas hace años, cuando unos legionarios de la Quinta Legión violaron y mataron a una mujer y a unos niños yacigios?

La boca de Tamura se abrió como la de un pez fuera del agua.

—Claro que me acuerdo. Cuando me enteré de aquello, ataqué su campamento y asesiné a cuarenta hombres como represalia.

—Eran la hermana, la sobrina y los hijos de Maiôsara. Dadagos te culpa por ello, está convencido de que el ataque romano fue causado por tu incursión en el campamento.

—Está equivocado, lo hice después de que cometieran esa atrocidad —protestó ella.

—Maiôsara no fue capaz de convencer a Dadagos de lo contrario. No solo te culpa a ti por haber perdido a su familia, también a Maiôsara. Ella me confesó que no podía soportar que él le recordara

que su hija y los hijos de Maiôsara murieron por su culpa. Ella no se lo pudo perdonar en todos estos años, pero, por lo menos, no alimentó ese odio tan profundo que tiene Dadagos hacia Roma.

—Y hacia los niños romanos —precisó Tamura—. Por eso ha matado niños, como una venganza personal.

—Maiôsara no tuvo fuerzas para contártelo. Te quería y te admiraba mucho.

Tamura se cubrió los ojos con las manos. Azariôn pensó que iba a echarse a llorar, pero no lo hizo. Respiró hondo y clavó una mirada triste en él.

—Te juro que no le guardo rencor —declaró—. Ha tenido que sufrir mucho durante estos años.

Azariôn estudió el rostro de Tamura.

—Hay otra cosa que la atormentaba. Algo que tampoco fue capaz de contarte.

—No me digas que aún me espera otra sorpresa...

—He dejado la más importante para el final.

Tamura clavó las uñas en el muro. Ni siquiera fue capaz de hablar.

—Se trata de Valia —dijo Azariôn.

Ella bajó la vista. Después de todo lo que había oído, se esperaba cualquier cosa.

—Tamura, Valia es tu hija.

Y el mundo, la vida, el universo entero se volvió del revés para Tamura.

59

Tamura y Jano descansaban despiertos en sus triclinios, con Uteljarab dormitando en un rincón de la estancia. Anochecía, y la oscuridad teñía de sombras su ánimo. El legado se la jugaría al día siguiente en la arena. Esa noche, muchos ciudadanos de Carnuntum tardaron en conciliar el sueño, excitados por el evento del año.

Para Jano era distinto. Tenía miedo, mucho, y su miedo se traducía en silencio. Tamura se dio cuenta de su bajo estado de ánimo, pero prefirió no tocar el tema. Lo entendía mejor que nadie: hasta el luchador más aguerrido siente un nudo en el estómago antes de arriesgar la vida. Al filo del abismo, todo es vértigo. El arte del valiente consiste en manejar las riendas del pánico y saber sortear las trampas que la muerte pone en su camino.

Tamura tampoco estaba bien. Años de recuerdos inciertos se habían resuelto de forma inesperada y dolorosa. Todas las lágrimas que vertió cuando creyó muerta a su hija, todas las noches en vela que pasó recordando aquella bebé que tanto luchó por vivir... Todo resultó ser una mentira que acabó convirtiéndose en algo monstruoso. En ocasiones, había fantaseado con la idea de que su hija pudiera estar viva. Incluso había soñado con un posible reencuentro, uno feliz.

Pero el sueño que se hizo realidad delante de ella vino disfrazado de la peor pesadilla.

Había visto crecer a su hija ignorando que era ella. Le había cogido cariño a Valia, a pesar de que solo la veía durante sus breves estancias en el Bastión. Y ahora, al descubrir la verdad, su hija había resultado ser una fanática capaz de las mayores atrocidades. Entre otras, intentar matar a su propia madre, lo que llevó a Tamura a preguntarse si Valia estaría al corriente del parentesco que las unía.

Tarde o temprano tendría que enfrentarse a ella, y enfrentarse a Valia era enfrentarse a su vida entera. ¿Sería capaz de matarla, si llegaba el caso? Tamura entendía ahora las palabras de Maiôsara.

Daba igual el resultado del combate, ella perdería siempre. Puede que perecer fuera mejor que vivir cargando con la muerte de una hija.

Una hija a la que habían convertido en un demonio. Un demonio que no sabía si estaría a tiempo de redimir.

Tamura prefirió no compartir su ansiedad con Jano. Ya habría tiempo después de su duelo contra Término. Lo último que él necesitaba era otro tema de preocupación. Contempló a Jano; se había sentado en el triclinio y apoyaba los codos en las rodillas, con las piernas separadas y los hombros caídos. Uteljarab le lamía las manos, como si tratara de consolarlo. El entrenamiento de esa tarde no había ido demasiado bien, lo que acabó por desmoralizarlo. Ella tampoco estuvo demasiado acertada; imposible concentrarse. Dentro de su cabeza solo había una imagen, la de Valia. Al día siguiente, el hombre al que amaba se jugaría la vida contra un rival que no había hecho otra cosa que combatir en la arena. Aquella noche podía ser la última que pasaran juntos. Tamura posó su mano sobre la de Jano. Este la miró, con rostro imperturbable.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Nervioso —confesó Jano—. Mis combates como gladiador fueron con armas de madera. En la Legión somos miles de hombres que luchamos codo con codo. Cuando he tenido que matar, lo he hecho en el furor de la batalla y sin tener que pensar la noche antes en lo que tendría que hacer al día siguiente.

—Lo harás bien. Hoy ha sido un día raro, pero no te desanimes: vas a ganar.

Jano agradeció sus palabras con una leve sonrisa. Solo entonces se dio cuenta de que ella tampoco pasaba por su mejor momento.

—Y a ti, ¿qué te pasa?

—Estoy preocupada por ti, por un posible atentado durante los juegos, por mi misión...

—Llevas unos días muy callada —observó.

—Mañana es un día importante para los dos —dijo ella, encogiéndose de hombros y sin entrar en más detalles.

Tamura se preguntó si habría algo que pudiera hacerles sentir mejor. Desde que llegó a Carnuntum, tanto Jano como ella habían

coexistido con el dolor y el horror. Demasiada muerte. Mucha oscuridad. Aunque también hubo cosas buenas, como el amor que surgió entre ellos. Eso sí, un amor condenado a morir.

Entonces, a Tamura se le ocurrió una cosa.

—Jano, ¿has hecho algún sacrificio a los dioses para que te ayuden en tu prueba de mañana?

El general soltó una risa amarga.

—Cada vez que pido algo a los dioses, estos se mean en mi cabeza.

—Una vez oí decir a un cristiano que su dios prefiere buenas acciones a oraciones y sacrificios —recordó Tamura—. También me dijo que ellos aman a su enemigo.

—Me parece estupendo, mañana le daré un beso a Término cuando lo vea en la arena.

Tamura se echó a reír.

—No creo en el dios de los cristianos —admitió—. Ni siquiera sé si creo en los míos, aunque siempre he tratado de honrarlos. Pero no hablo de satisfacer a los dioses, sino de satisfacernos a nosotros. Hagamos algo bueno por alguien —propuso—. Algo que nos haga sentir bien.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Jano, picado por la curiosidad.

Cuando Tamura compartió con él sus pensamientos, el legado la tildó de loca. Pero después de pensarlo dos veces, se dijo que aquella locura tal vez fuera una buena idea.

Por una vez haría algo distinto a dar muerte.

—¿Pondrá pegas el emperador? —preguntó Tamura después de convencer a Jano.

—Me dijo que hiciera lo que quisiera con él —explicó el legado—, y eso es lo que haré. Esperemos a que anochezca, tampoco necesito público.

A Baxagos se le transparentaban los huesos a través de la piel.

Lo alimentaban lo justo y llevaba semanas sin ver el sol. A veces, algún guardia misericordioso le pasaba un trozo de pan o de carne seca por el ventanuco, aparte de la dieta mínima que tenía asignada.

Esa noche dormía encogido, hasta que un ruido lo despertó. Aguzó el oído y reconoció el sonido que más temía.

El jadeo del perro comedor de pollas. Le costó tragar aire. Los pasos, aunque leves, llegaron a él uno detrás de otro. El cerrojo se descorrió y la puerta se abrió, mostrando aquella cabeza enorme, peluda y negra, repleta de dientes blancos. El perro tiraba como loco para abalanzarse sobre él. Por suerte, la misma mujer que lo capturó aquella noche sujetaba a la bestia por el collar. Baxagos sintió la muerte tan cerca que no tuvo valor ni para pedir piedad. Cuando ella soltó la correa, pensó que había llegado su hora.

Cerró los ojos, con las manos cerradas sobre sus genitales.

Pero en lugar de dientes, notó humedad en la cara.

Cuando se atrevió a abrir los ojos, el perro se lo estaba comiendo a lametones, con el rabo hecho una fiesta.

—Uteljarab, aquí —ordenó Tamura.

El perro obedeció y se sentó a su lado, sin quitar el ojo a aquel chico tan delgado. Baxagos, encadenado a la pared, era la viva imagen del desconcierto. Su miedo resurgió al ver en el vano de la puerta al general al que había disparado. Este entró, se agachó a su lado y empezó a trastear en su espalda. En vez de sentir un puñal en los riñones, el chaval oyó un sonido metálico.

Para su sorpresa, el romano acababa de liberarlo.

Jano se irguió y lo miró desde arriba. Disimuló la lástima tras una expresión grave. Solo era un niño asustado, un crío que lo había perdido todo y que era ajeno a la desgracia que le esperaba fuera de los muros de Carnuntum. A pesar de que Marco Aurelio le dio absoluta potestad a Jano sobre Baxagos cuando este le contó lo del atentado, confió en que al emperador no le sentara mal lo que estaba a punto de hacer. «Es tu prisionero, haz con él lo que quieras», le había dicho. Pues bien, el general había decidido liberarlo. Le tendió un hatillo.

—Toma, aquí tienes unas sandalias, una túnica limpia, una cantimplora con agua y una hogaza de pan. He roto tu salvoconducto de entrada en Carnuntum y lo he cambiado por uno de salida única. Podrás irte, pero no volverás jamás. Si entras en la ciudad, te colgaré

en una cruz, ¿entendido?

Baxagos asintió varias veces y agarró el saquillo, sin creérselo todavía. Tamura se dirigió a Jano.

—¿Me dejas un momento con él?

—Te esperaré fuera. Uteljarab...

El perro se fue detrás del general. El pretoriano que vigilaba la celda, uno de los más leales a Jano, se sentó lejos para que la mujer y el niño hablaran tranquilos.

—¿Sabes quién soy? —planteó Tamura.

—Eres la que me cogió.

—Pero ¿sabes quién soy? —repitió, hablando muy bajo y en sármata.

El chico la miró con cara de condenado a muerte.

—¿Tamura? —balbuceó.

Ella no necesitó responder a eso. Tenía una información más importante y dolorosa para él.

—Baxagos, escúchame con atención —pidió—. Mientras has estado preso han pasado cosas en tu casa... cosas malas.

El rostro del chiquillo languideció aún más. Por su cara, Tamura pudo imaginar cómo había sido años atrás, cuando su padre aún no lo había empapado con el odio de su pueblo. A las ojeras de Baxagos solo le faltaban las monedas que los griegos ponían a sus muertos en los ojos. La espía no quiso endulzar la noticia ni andarse con rodeos. La flecha duele menos cuando la sacas de un tirón.

—Tus padres han muerto. Jaret los ha matado.

Baxagos parpadeó, como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Jaret...? ¿Mis padres? Pero ¿cómo...?

—Escúchame, no hay tiempo y esto es importante. No busques a Jaret o te matarán a ti también.

—¿Por qué? Yo no les he hecho nada...

—Ellos piensan que los traicionaste.

—Pero no lo hice...

—No te escucharán.

—¿Y Stornarja? —preguntó de repente Baxagos—. ¿Está bien?

Tamura agarró al chico por el hombro.

—Olvídate de todos ellos. Tu casa tampoco existe ya. ¿Conoces el Bastión?

—Mi padre me habló de él... pero me explicó que allí reina Banadaspo, y nosotros somos leales a Zántico.

—Haz lo que quieras cuando salgas de aquí —dijo Tamura, que no estaba por la labor de alargar la charla; tenía cosas importantes que hacer esa noche—. Pero si quieres un hogar, ve al Bastión. Hasta puede que llegues a viejo. Aún conservas la vida: dentro de tu desgracia, eres afortunado. Vete.

El chico salió de la celda con timidez, como si pensara que todo aquello pudiera ser una broma cruel. El pretoriano de guardia le ofreció un balde de agua limpia para que se aseara. Baxagos se puso la túnica y las sandalias que le había traído Jano y salió con Tamura al patio exterior. El general estaba con Uteljarab en la entrada, al lado de los cuatro centinelas apostados en ella.

—Márchate y no vuelvas nunca —fue la despedida del legado.

El chico le lanzó una última mirada de agradecimiento y se alejó de allí corriendo, con el pequeño saco entre las manos. Era de noche, estaba desarmado y se sintió asustado. A esas horas encontraría las puertas de la ciudad cerradas. Decidió esperar el amanecer en el cardo máximo, mejor iluminado y más patrullado por los *vigiles*. Con suerte, encontraría a alguno conocido. Puede que incluso le permitieran pasar la noche en un rincón del cuerpo de guardia.

Baxagos lloró en silencio mientras caminaba por las calles oscuras. Ahora estaba solo. Todo lo que conocía había desaparecido. Su padre, su madre, su casa. Quizá Tamura tuviera razón. Tal vez la paz con Roma no fuera tan mala como la pintaba su progenitor. Baxagos había disparado a un general romano y este lo había perdonado. Estaba libre.

Los monstruos no existían. O puede que estuvieran en todas partes.

Estaba a punto de abandonar la calle que conectaba con la vía principal cuando distinguió, al contraluz, la silueta de un pretoriano grande y fuerte delante de un brasero. Baxagos se dio cuenta de que lo seguía con la vista. Tampoco le extrañó que lo hiciera, no era habitual ver a un crío caminar solo a esas horas de la noche. Buscó el pase del

general dentro de la bolsa, por si acaso lo pedía el suboficial.

—¡Eh, chico!

Baxagos se paró en seco, con el alma en un puño. El pretoriano le acababa de llamar. Se dirigió hacia él con el documento por delante y la cabeza gacha, con esa docilidad típica que imprime el cautiverio. El pretoriano ni siquiera se fijó en el pase. Se agachó un poco, como si quisiera verle mejor la cara. Cuando Baxagos levantó un poco la vista, se encontró con un rostro duro, enmarcado por las *paragnatides* del casco. Un rostro familiar que se crispó de furia.

Una mano se cerró sobre su cuello. Baxagos notó que sus pies abandonaban el suelo a la vez que el aire sus pulmones. El pretoriano no pronunció una palabra. Tan solo apretó su presa y efectuó un movimiento brusco con el brazo.

En la noche se oyó un chasquido de despedida. La cabeza de Baxagos quedó laxa, caída hacia un lado. Sus ojos, muy abiertos, ya no podían ver. Puede que, en algún lugar fuera de este mundo, ya estuviera con sus padres.

Su cuerpo apareció cuatro días después dentro de una barrica vacía, en un callejón pestilente.

Nadie lo reconoció. Nadie lo recordó.

Nadie lloró por él.

Jano y Tamura hicieron el amor aquella noche como si fuera la última.

Era probable que lo fuera.

Ella le dejó una nota escueta sobre su triclinio: «Suerte. Nos veremos mañana, cuando todo termine».

Cuando todo termine.

Tamura tenía la corazonada de que Jaret y Dadagos usarían a Stornarja durante los juegos. Aquella era una ocasión única: Cómodo, Faustina, legados de todas las legiones, patricios... Cualquier objetivo de la tribuna imperial valía su peso en oro.

Sería una misión suicida. Una vez se produjera el ataque, escapar sería complicado. O no. Valia era capaz de usar cualquier agujero

ínfimo e infecto para escabullirse. Lo que más encolerizaba a Tamura era que Jaret y Dadagos usaran a su hija para golpear al Imperio mientras ellos saboreaban las mieles del triunfo desde la seguridad de sus escondrijos.

Abandonó la residencia de Ocellina en el silencio de la noche, ataviada con su vestimenta de combate, arco y carcaj incluidos. Uteljarab ni se despertó. Tamura esquivó las patrullas de *vigiles* a pesar de su salvoconducto. Prefirió moverse como cuando espiaba al legado, por encima de las calles. Así llegó hasta un tejado que dominaba la plaza donde se alzaba el anfiteatro.

Tamura descubrió un tendido de drizas repletas de banderines que conectaban el anfiteatro con el *ludus* y los edificios colindantes, formando una especie de tela de araña multicolor. Para una espía guerrera sármata, desplazarse por ellas era tan sencillo como cruzar un puente de piedra. Seguro que Valia usaría esas cuerdas para acceder hasta el *velario*, en la cima del anfiteatro. Incluso puede que ya estuviera allí, escondida entre los mástiles que sujetaban los toldos que protegerían al público del sol al día siguiente. Tamura tanteó la resistencia de la cuerda, se agarró a ella y cruzó las piernas por encima. Atravesó la plaza en completo silencio, sin que los *vigiles* que la patrullaban la detectasen, hasta llegar al *velario* del anfiteatro. Una vez allí, echó un vistazo a la arena.

A pesar de la oscuridad, logró distinguir la tribuna imperial entre los toldos desplegados. Con un arco, sería muy fácil abatir a cualquiera que presenciara los juegos desde el palco.

Tamura recorrió a cuatro patas las alturas del anfiteatro. Lo hizo con sigilo, temerosa de que Valia estuviera allí. La sola posibilidad de encontrársela de frente le produjo ansiedad. Aún no sabía cómo reaccionaría ante su presencia, ahora que sabía lo que sabía.

De todos los combates de su vida, este sería el más duro. ¿Qué madre es capaz de matar a su hija?

Después de comprobar que estaba sola en el anfiteatro, Tamura se tumbó en la cubierta. Debajo de ella, en los vanos de los muros exteriores, las estatuas de los dioses romanos la acompañaron toda la noche. Había llevado comida y agua. Aún quedaban muchas horas de

vigilancia por delante.

Tendría que permanecer quieta para seguir siendo invisible y estar atenta para no dejarse sorprender por Stornarja.

La suerte, como decían los romanos, estaba echada.

60

No había amanecido y una marea humana sin precedentes se dirigía al anfiteatro de Carnuntum. Los juegos empezaban a las nueve de la mañana, pero nadie quería arriesgarse a perder su sitio en las gradas. Hasta los más humildes lucían sus mejores galas. Los puestos de recuerdos, comida y vino comenzaban a montarse en las inmediaciones del coliseo, donde se desplegaba un número insospechado de *vigiles*, pretorianos e incluso legionarios de la Decimocuarta uniformados de pies a cabeza, como si fueran a librar una batalla.

Jaret y Dandro entraron en El Faro del Norte. Aún quedaban algunos borrachos rezagados de la noche anterior. Dandro atravesó el comedor y salió al atrio, mientras que Jaret se dirigió a uno de los empleados que pasaba un trapo por las mesas salpicadas de vino.

—Dile a tu patrón que Jaret está aquí.

—Mi amo duerme —contestó el tabernero, sin dejar de limpiar—. Vuelve más tarde.

El sármata lo agarró por el hombro de la túnica y lo obligó a mirarle a la cara.

—Dile que Jaret está aquí —repitió muy despacio, rubricando su amenaza con unos ojos muy abiertos—, y como se te ocurra contestarme algo, te cortaré esa lengua respondona. ¿Entendido?

El empleado tragó saliva y obedeció, convencido de que aquel extranjero no bromeaba. Entretanto, Dandro preguntaba por Ictis en el despacho de vino, vacío de clientes a esa hora tan temprana. Un tabernero señaló hacia la oficina de Filemón, al otro lado del patio.

—Prueba ahí —dijo, sin prestar demasiada atención a Dandro—. Llama fuerte, anoche pilló una buena —añadió, sin dejar de rellenar un recipiente de almendras.

Dandro golpeó la puerta con los nudillos. A la segunda lo hizo más fuerte. Oyó ruidos en el interior, y la hoja de madera se abrió para

mostrar el rostro somnoliento y sonrosado de un joven pasado de peso.

—Busco a cabeza de perro —dijo Dandro.

Filemón reconoció al sármata. En la habitación contigua, Ictis dormía la borrachera de la noche anterior. La había pillado después de perder sus últimos sestercios en una mala jugada, elevando la deuda acumulada con El Faro del Norte en ciento sesenta sestercios.

—Voy a ver si está...

—Iré yo —repuso Dandro, apartando a Filemón. Se dirigió a la cortina que daba al cubículo y la descorrió. Allí encontró a Ictis, durmiendo sobre un jergón, de cara a la pared. La habitación apestaba a vino rancio. Pero lo que más extrañó a Dandro era que el vándalo durmiera con la cabeza de perro puesta—. ¡Eh! ¡Despierta! —El sármata le dio unos golpes en el trasero con el pie.

La cabeza de perro siguió mirando al muro, pero un rostro con un ojo a medio abrir se giró hacia el recién llegado. Cuando lo reconoció, se abrió del todo. Ictis se reincorporó y se colocó bien la cabeza del moloso.

—Levanta, tenemos que irnos.

—¿Dónde? —preguntó Ictis, restregándose los ojos. Su voz aún conservaba el deje arrastrado del alcohol.

Dandro se dirigió a Filemón.

—¿Nos dejas un momento?

El griego señaló hacia afuera con el pulgar.

—Iré a tomar el aire —dijo, como si se le acabara de ocurrir una gran idea.

Una vez a solas, Dandro se agachó junto al camastro de Ictis.

—Venga, nos vamos.

—¿Adónde?

—A por el Cíclope.

Ictis estuvo a punto de maldecir en voz alta. Así que aquella mujer no los había matado todavía.

—No puedo —objetó Ictis, tratando de buscar una excusa para no ir con Dandro, Jaret y los yacigios—. Debo dinero a Ludovico, no me dejará irme hasta que no le pague.

—¿Cuánto le debes?

Ictis se inventó una cantidad sobre la marcha.

—Trescientos sestercios.

Dandro sacó una bolsa de la túnica. Rebuscó en ella y le entregó diez áureos. A Ictis se le desorbitaron los ojos ante las monedas de oro. Aquello equivalía a mil sestercios. El guerrero lo agarró del cuello de la túnica y pegó su cara contra la suya. Entre la sorpresa y el susto, a Ictis se le bajó la borrachera de golpe.

—Págale a Ludovico y quédate con el resto, pero tenemos que irnos ya —susurró, apremiante—. Si me la juegas, si desapareces con el dinero, no habrá lugar donde puedas esconderte. Dijiste que conoces estas tierras, ¿sabes dónde está el arroyo de la Yegua Muerta? —Ictis asintió, sin atreverse a hablar—. Síguelo hasta lo más hondo de la vaguada, entre los dos cerros altos. Ve con cuidado, siempre por la parte profunda, hay legiones acampadas a ambos lados...

—Soy ciudadano romano, puedo ir donde me dé la gana.

—En esa vaguada, entre los matorrales, está nuestro campamento. Es un terreno escarpado y espinoso, los legionarios nunca van por allí. Mi amigo está en ese lugar, con nuestros caballos. Hay uno para ti; sabes montar, ¿no?

—Camino mejor que monto, pero sí, sé montar.

—Mi amigo se llama Dadagos. Reúnete con él y esperad a que lleguemos.

Ictis se colocó bien la cabeza de perro y se la rascó como si fuera propia. A pesar del riesgo, aquella era una buena oportunidad para salir de Carnuntum y tratar de conseguir, por fin, el tesoro del Cíclope. No iba a disfrutar de la compañía más fiable del mundo, pero, con un poco de suerte, el monstruo despacharía a más de uno.

O puede que a más de dos, y a más de tres.

—De acuerdo —aceptó—. Arreglaré mis asuntos e iré para allá.

Ludovico Corocotta puso sobre su escritorio el pequeño cofre que Jaret le confió semanas atrás. El dueño de El Faro del Norte presenció cómo Jaret sacaba los papiros, los examinaba, retiraba algunos y los

sustituía por otros nuevos; repasó los pequeños mapas, los ordenó, los devolvió a la caja de madera y la empujó hacia Ludovico, devolviéndosela. Este la miró como si dentro hubiera un áspid.

—No me has preguntado nada sobre este cofre —observó Jaret—. ¿No te pica la curiosidad?

—Me pagas por mis servicios, y no hacer preguntas está incluido en el precio.

—La reunión con el proveedor que nos recomendaste resultó... gratificante.

—¿Qué proveedor? —preguntó Ludovico, esbozando su sonrisa de loco.

Jaret se echó a reír.

—He de reconocer que eres el mejor. En mi vida he conocido a nadie como tú.

Ludovico mantuvo su mueca inquietante.

—Entrega esto mañana al amanecer al general Fidio Nemesio Octavio, de la Duodécima —ordenó Jaret—. Está en la ciudad para los juegos, como muchos otros comandantes —añadió—. Lo encontrarás en el palacio imperial o en su campamento, justo enfrente de Carnuntum, al otro lado del *limes*.

—¿Solo tengo que entregárselo? ¿No hay ningún mensaje para él?

—No hará falta mensaje alguno —aseguró Jaret, con una sonrisa enigmática; se levantó y lanzó una pequeña bolsa por encima de la mesa que Ludovico agarró al vuelo—. Aquí tienes el resto de lo acordado y un pequeño extra. Es un placer hacer tratos contigo.

—Eres muy generoso. ¿Volveremos a vernos?

—Puede ser. —Jaret se dirigió a las escaleras; Ludovico hizo amago de levantarse—. No te molestes, conozco el camino.

Ludovico se quedó a solas con el misterioso cofre. Por primera vez en su vida, estuvo tentado de romper su palabra y abrirlo, pero sus principios se lo impidieron. Calentó cera con una vela y lacró la cerradura.

—Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro.

Consolado por aquella excusa, guardó la caja sellada hasta el día siguiente.

Tamura pasó la noche en vela esperando a Valia, que no apareció. La actividad alrededor del anfiteatro comenzó antes del amanecer con el montaje de tenderetes de todo tipo. Era como si el mercado del foro se trasladara a los aledaños del edificio. Oculta en lo más alto del *velario*, la sármata espió las cercanías.

Un número desproporcionado de soldados tomó las calles colindantes al coliseo y al *ludus*. Tamura frunció el ceño ante tal ejército. Cruzar la plaza por las cuerdas engalanadas sería imposible a plena luz del día, igual que escalar los muros del edificio. Demasiada gente alrededor. La única forma que tendría Valia de entrar en el anfiteatro sería por la puerta, mezclándose con el público, pero tendría que pasar los controles y registros de la entrada. Imposible introducir un arma en el recinto. De repente, Tamura cayó en una forma de entrar en el anfiteatro armada hasta los dientes.

Haciéndose pasar por gladiador.

Repasó mentalmente el programa de los juegos. Lo tenía difícil, ya que solo le había echado un vistazo muy por encima. Aparte del duelo de Jano contra Término, programado para las seis de la tarde, sabía que se celebrarían combates contra bestias por la mañana. También le sonaba algo de espectáculos infantiles a primera hora.

Cualquier actuación sería peligrosa si Valia lograba hacerse pasar por uno de los integrantes. A nadie le llamaría la atención ver un arco en la arena, y desde ella Valia tendría a tiro a cualquier ocupante del palco imperial.

A Cómodo.

Asesinar a Cómodo delante de trece mil espectadores sería el golpe de efecto definitivo para los planes de Zántico. Tamura estaba segura de que Valia dispararía al hijo del emperador. Stornarja era el títere de Dadagos, y era un hecho que al viejo yacigio le gustaba matar niños.

El hijo de Marco Aurelio por una esposa y una hija.

Tamura se asomó al interior del circo a través del *velario*. Estaba demasiado lejos de la arena. A aquella distancia y a tanta altura, le sería tan difícil reconocer a Valia como acertarle con una flecha.

Tuvo una idea. Una que podría costarle muy cara.

El anfiteatro estaba desierto, aunque no seguiría así por mucho tiempo. Decidió arriesgarse. Se agarró a uno de los toldos y se descolgó por la driza hasta la grada superior. Al levantar la vista se tropezó con la mirada pétrea de una estatua que representaba al dios Marte.

—Deséame suerte —dijo.

Y bajó las gradas a toda prisa, rezando para que no hubiera nadie en el coliseo en ese momento.

Ictis fue a buscar a Filemón Voulgaris al puesto de vino y comida que El Faro del Norte estaba instalando en un lugar preferencial junto al anfiteatro. Ludovico había pagado una buena suma para plantar sus tenderetes al lado de las mesas de los corredores de apuestas, que aún gestionaban colas de los jugadores más rezagados.

Encontró al griego comprobando una lista de mercancías que un par de carreteros descargaban detrás del tenducho. Dos esclavos de Ludovico sudaban en la cima de una escalera, desplegando un toldo para dar sombra al género y a la clientela. Los taberneros encargados del puesto exponían sobre las mesas cubiertas por lienzos la comida y las jarras de barro con las que despacharían el vino. Filemón detectó a Ictis por el rabillo del ojo, sin dejar de cotejar la mercancía con las referencias de su papiro.

—Estoy ocupado —le advirtió, inmerso en su tarea, para luego dirigirse a uno de los carreteros—. ¿Esas dos ánforas son las del vino especiado? —El hombre lo confirmó y Filemón las tachó de la lista—. ¿Qué quieres, Ictis?

El vándalo lo miró, sonriente. Sin mediar palabra, lo abrazó. Un abrazo fuerte, a pesar de que Filemón le triplicaba en volumen.

—¿A qué viene esto? —dijo Filemón, azorado.

—Eres un buen amigo —respondió Ictis—. El único que tengo, el mejor.

—Gracias... ¿y tenías que decírmelo ahora, justo cuando estoy enfangado de trabajo? —Filemón lo miró con cara de extrañeza—. ¿Has bebido? Ahora, me refiero...

Ictis se echó a reír. Metió la mano en su morral y sacó una bolsa.

—Toma, esto es tuyo.

Filemón se quedó mirando el monedero, sorprendido, mientras los carreteros esperaban recuperar su atención para seguir con la descarga. Cuando el contador abrió la bolsa, descubrió diez monedas de áureo.

—¿Qué... qué demonios es esto?

—Le debo a Ludovico ciento sesenta sestercios —dijo Ictis—. Págaselos de mi parte.

—Pero aquí hay muchísimo más.

—El resto es tuyo. Me marcho.

—Te... ¿te marchas? ¿Con los sármatas?

—Tampoco estaré mucho tiempo con ellos. El viento siempre acaba transportándome a otro lugar, como las hojas caídas del otoño...

Filemón no sabía cómo reaccionar. Ictis había sido un problema desde el primer día que se cruzó en su camino, hacía ya una pequeña eternidad, en un camino terroso al otro lado del Danubio. El griego estaba convencido de que su vida sería mucho mejor sin él, pero, justo cuando estaba a punto de perderle de vista —quizá para siempre— sintió una tristeza difícil de explicar.

—¿Volveré a verte? —preguntó, tratando de contener las lágrimas.

—Si cambia el viento, puede que sí —respondió Ictis, para luego señalarle con el dedo—. Ni se te ocurra llorar, eres un hombretón.

Esta vez, fue Filemón quien lo abrazó. Lo hizo tan fuerte que casi le tira la cabeza de perro al suelo.

—Cuídate mucho, por favor. Y ten cuidado con esos bandidos.

—Lo haré —prometió—. Despídeme de Ludovico.

—¿Seguro que no lo necesitas para el viaje? —preguntó Filemón, refiriéndose al monedero.

Ictis estuvo tentado de arrepentirse de su generosidad y decirle que sí, pero por una vez no se dejó arrastrar por sí mismo. Tal vez no volviera a ver al contable y quería irse con la conciencia tranquila. Filemón se lo merecía.

—Por tercera vez, es tuyo.

Con una sonrisa, Ictis se ajustó la piel del moloso y abandonó la

plaza, perdiéndose en la marea humana que se agolpaba alrededor del anfiteatro. Filemón lo siguió con la vista hasta que desapareció.

Justo en ese momento, las puertas se abrieron y decenas de miles de almas comenzaron a hacer cola para buscar sitio en las gradas.

Para bochorno de su madre, Cómodo abucheó a los cómicos.

Los actores, destinados a entretener a los niños, no fueron del agrado del hijo de Marco Aurelio, ansioso por presenciar combates de verdad. El éxito de los comediantes con los espectadores más pequeños quedó empañado por las imprecaciones de Cómodo, que no fueron a más gracias a las amenazas de Faustina.

—Esta es la última vez que me avergüenzas —le advirtió la emperatriz—. A la siguiente nos iremos al palacio.

Los patricios que acompañaban a la familia imperial en el palco desaprobaron el comportamiento de Cómodo, pero ninguno osó comentar nada en voz alta. Lucio Renato le dio un codazo a su esposa, y esta a Ocellina, que asistió en calidad de viuda del difunto magistrado. Algunos legados murmuraron entre ellos, imaginando cómo sería el futuro emperador de Roma si ya de pequeño gastaba esos modales. Solo Fidio Nemesio defendió los abucheos de Cómodo.

—Estoy contigo, *domine* —lo alentó, ganándose una mirada asesina de Faustina—. El circo es para hombres, no para críos llorones. Que los lleven al foro, a ver los títeres...

La sonrisa cómplice que Cómodo devolvió al legado de la Duodécima duró hasta que Braco Dalmatos, el *editor* de los juegos, anunció la entrada en la arena de un cazador que abatiría unas gacelas a lomos de un elefante. No era el mejor espectáculo del mundo, pero lo que venía después sí que entusiasmaba a Cómodo: una lucha a muerte de bestiarios contra tigres.

Cualquier espectáculo en el que existiera la posibilidad de ver sangre era el favorito del futuro emperador.

Detrás de la máscara de metal con facciones humanas que ocultaba su

rostro, Tamura comprobó que el hombre montado en el elefante que había a pocos pasos detrás de ella no era ni Valia ni ninguno de los secuaces de Jaret. De hecho, se había fijado en los rostros de todos los gladiadores y empleados del anfiteatro que pululaban por el hipogeo y no había encontrado ninguno que le sonara.

Los encargados de la escenografía colocaron rocas falsas y árboles de madera por toda la arena, componiendo una burda representación de un paisaje exótico que no tenía nada que ver con la realidad. Cuando terminaron, regresaron al subterráneo, donde gladiadores y fieras aguardaban turno para salir a escena.

—Tú —dijo una voz a espaldas de Tamura—. ¿Qué haces aquí?

Tamura se dirigió al hombre en sármata, fingiendo no entender latín. El empleado de Quinto Torcuato, un individuo barrigón y con una verruga enorme junto a la nariz, le repitió la pregunta en tracio. Tamura no tuvo que fingir que no entendía: no conocía ni una palabra de esa lengua.

El barrigón llamó a su compañero, un tipo flaco con la cabeza afeitada, y comenzaron a hablar entre ellos sin parar. Por sus gestos, estaba claro que la conversación giraba alrededor de Tamura. Ella sudaba debajo de la máscara facial. El flaco se plantó delante de ella y le soltó una parrafada ininteligible que acabó en tono de pregunta. Tamura dijo que sí con la cabeza y los dos empleados cruzaron una mirada de alivio, le dedicaron una sonrisa, un gesto amistoso con el puño y la dejaron en paz. Al borde de un ataque de nervios, se apoyó en la reja de la puerta de gladiadores hasta que esta se abrió para que saliera el paquidermo.

El público recibió al hombre y a la bestia con una aclamación ensordecedora. Era la primera vez que Tamura veía un elefante. Le pareció un animal soberbio, mucho más rápido de lo que hubiera imaginado jamás. El jinete, un hombre de piel oscura que llevaba varias lanzas en un contenedor colgado en los arreos del elefante, respondía a los aplausos enarbolando sus armas.

Alguien abrió una jaula en el hipogeo y liberó al trío de gacelas. Pasaron tan cerca de Tamura que esta tuvo que pegarse al muro para que no la arrollaran. La reja de la puerta de gladiadores volvió a caer

de golpe y la sármata se agarró a ella para ver el espectáculo.

Al verse encerradas dentro del recinto, las gacelas comenzaron a correr desesperadas entre los obstáculos que salpicaban la arena, mientras el lancero las perseguía a lomos del elefante. El cazador falló dos veces antes de abatir a la primera. En la tribuna, Cómodo reprimió un abucheo por temor a que su madre cumpliera la amenaza de mandarlo de vuelta al palacio. El bestiario, haciendo gala de una picaresca adquirida tras años de exhibirse a lomos del paquidermo, lo hizo bailotear para deleite del público, dejando que sus presas se cansaran. Después de unos cuantos trucos con el elefante que le llevaron un buen rato, el lancero comprobó que las gacelas ya no corrían como antes. Fue entonces cuando las abatió, una detrás de otra, para luego hacer que el paquidermo saludara al palco imperial elevando la trompa a la vez que las patas delanteras. Faustina y los demás patricios agradecieron la actuación con un aplauso que Cómodo no secundó.

El elefante regresó al hipogeo y se perdió de vista en el interior del subterráneo. Tamura, apoyada en la reja, esperó a que los encargados de los decorados retiraran las piedras y árboles falsos, escudriñando a través de los orificios de la máscara el rostro de cada persona que pisaba la arena. Cualquiera podría ser un espía de Jaret o la propia Valia disfrazada.

Una vez estuvo todo despejado, el *editor* anunció el siguiente espectáculo: una lucha a muerte entre tigres y hombres. Tamura pensó que aquello estaría interesante. Tampoco había visto un tigre en su vida, ni siquiera tenía idea de cómo eran. Mientras su imaginación volaba, oyó de nuevo a los dos tracios detrás de ella. Acompañaban a tres hombres armados con lanzas, redes, espadas, hachas y escudos, sin duda los que se batirían con las fieras. La reja se abrió y los tres gladiadores fueron recibidos con una ovación nada más pisar la arena. Tamura sintió admiración por ellos: había que ser muy valiente para enfrentarse a unas bestias tan poderosas.

A su espalda, los tracios seguían hablando en su idioma, cada vez más fuerte. Sonaban enojados. Uno de ellos le tocó el hombro a Tamura. Esta se volvió y se dio cuenta de que le estaban gritando a

ella. Antes de que pudiera decirles por señas que no entendía una palabra, recibió un empujón que la sacó a la arena.

No pudo regresar al hipogeo: la reja de la puerta de los gladiadores cayó a plomo delante de sus narices.

Los tres bestiarios armados hasta los dientes la miraron con cara de sorpresa. Dos de ellos se dirigieron a ella en una lengua desconocida. El tercero le preguntó en latín:

—¿Quién coño eres tú?

Tamura lo miró a través de la máscara, pero tres tormentas de arena estallaron al otro lado del recinto cuando sendas trampillas se abrieron a la vez. Unos rugidos terroríficos retumbaron por el anfiteatro, mientras sonaba una fanfarria coreada por el clamor de trece mil gargantas. Más de trescientas lanzas asomaron sobre todo el perímetro de los muros que separaban la arena del graderío. Apuntaban en diagonal hacia arriba, de forma que nada pudiera saltar de la arena a las gradas.

Tres bestias majestuosas de color anaranjado y líneas negras aparecieron a través de las nubes de polvo como recién salidas del infierno. Eran enormes, poderosas, con unos colmillos amarillentos del tamaño de puñales. Con los cuerpos tensos y mostrando sus armas, clavaron sus ojos felinos en los gladiadores.

Tamura se quedó paralizada.

Solo pudo pronunciar una palabra...

—Mierda.

61

Marco Aurelio disfrutó de los juegos de manera muy distinta al resto de Carnuntum.

Escribiendo.

El palacio imperial nunca había estado tan tranquilo. El césar se sentía feliz. Ni un ruido en las calles colindantes, ni ajetreo de entrenamientos en el patio, ni oficiales dando voces, ni documentos que firmar, ni Cómodo correteando, ni Faustina quejándose del aburrimiento. Solo pergaminos en blanco, cálamo y tinta para una de las mañanas más tranquilas que recordaba en mucho tiempo.

Hasta que unos nudillos golpearon la puerta.

—Adelante —dijo el emperador, esforzándose por no sonar irritado.

Un joven pretoriano se asomó a la puerta. Uno de los muchos novatos que se vieron obligados a ceder su plaza en el anfiteatro a soldados más veteranos que ellos.

—César, el tribuno Mario Valeriano solicita verte.

Marco Aurelio levantó la vista del pergamino con una mueca de hastío. ¿Ni siquiera ese día iban a dejarle un poco en paz?

—¿Qué desea?

—Pedirte permiso para trabajar en el carruaje blindado, *domine*. Dice que son ajustes menores. También ha dicho que, si quieres, puede venir otro día.

El emperador recordó que Lares Volusio, Cómodo y el centurión Favonio Paulo le comentaron algo sobre un tribuno amable y locuaz que habló de unos arreglos al carro acorazado. La verdad es que no les prestó demasiada atención; Marco Aurelio no había usado aquel regalo de un ingeniero sirio —cuyo nombre había olvidado— en la vida. Prefería viajar a caballo o en un carruaje normal y corriente, menos llamativo que aquella fortaleza rodante. Sin embargo, aquel ingenio le inspiraba tranquilidad en los desplazamientos familiares,

función para la que se usaba. Si alguno de sus oficiales había decidido que sería conveniente revisarlo, no pondría impedimentos.

Aunque tampoco dedicaría a ese asunto ni un segundo de su tiempo.

—Dile que estoy ocupado y que no puedo recibirle, pero que tiene mi permiso para hacer lo que quiera con el carro. Y mi agradecimiento —añadió.

—Como ordenes, césar.

Marco Aurelio volvió al pergamino en cuanto el guardia cerró la puerta.

—Veamos... —murmuró.

«Solo soy un pedazo de carne, un breve aliento con un guía interior. Deja los libros, no te dejes distraer, no te está permitido...»

Mordió el cálamo y miró a través de la ventana, como si esperara ver a la inspiración apoyada en la balaustrada del balcón. Los ecos lejanos del público del anfiteatro llegaron a sus oídos.

Mientras ese fuera el único sonido que le importunara, la jornada sería productiva.

Sin contar los esclavos, Jano estaba solo en casa de Ocellina.

Respiraba hondo delante de un espejo que distorsionaba un poco su figura medio desnuda. Hacía tiempo que su musculatura no estaba tan definida. Tanteó sus bíceps, sus hombros. Se miró las venas de los antebrazos y los puños.

Vio su reflejo. Sudaba. Aún quedaban horas para el combate.

Lo haría bien.

¿Lo haría bien?

Jano vomitó en el bacín que había debajo del espejo.

Benicio Octavio era el centurión más joven de su cohorte, lo que le había valido quedarse sin ver los juegos.

Era la primera vez que estaba de servicio en aquella residencia grande a la que llamaban palacio imperial. Había disfrutado más

patrullando Carnuntum durante la época de los asesinatos que aburriéndose en un cuerpo de guardia, y más en un día como aquel, con las calles desiertas, poca actividad en palacio y esa sensación de vacío interior que se siente cuando sabes que te estás perdiendo algo grande.

Por suerte, el tribuno Mario Valeriano resultó ser un gran conversador. A pesar de la diferencia de rango, el oficial le amenizaba el día con su charla. Benicio lo acompañó a los establos, para que el tribuno examinara por segunda vez los caballos asignados al carruaje. Mientras tanto, los dos pretorianos que vinieron con el oficial, despojados de sus corazas, trabajaban en los enganches del carro, arrodillados junto al pértigo.

—¿Cómo has elegido este día para venir, tribuno? —preguntó el centurión al tiempo que acariciaba el cuello de una de las bestias—. ¿No te gustan los juegos?

—Ni una pizca —confirmó—. Las peleas de gladiadores suelen estar amañadas.

—Dicen que esta tarde habrá una seria —comentó el centurión—. Término, el *doctore* de Carnuntum, se enfrentará a un desconocido que dicen que es Bellomarius.

—No es Bellomarius —afirmó el tribuno cuando abandonaba las caballerizas—. Yo mismo he paseado su jaula por media Marcomania.

—¿Estuviste en el frente? —preguntó el centurión, caminando detrás de él.

El tribuno se detuvo, puso las manos en jarras e inspiró hondo, contemplando la fachada principal del palacio.

—Sí, con la legión de Pertinax. Y te aseguro, centurión, que Bellomarius está ya muy lejos de aquí.

—Bueno, sea quien sea el otro contendiente, el duelo estará bien. El emperador ha dado permiso a todos los que no estén de servicio para verlo.

El tribuno meneó la cabeza, disgustado.

—Me parece una imprudencia rebajar la guardia. ¿Cuántos hombres quedarán en palacio?

—Suficientes, un contubernio de guardia y tres de retén.

—Eso son treinta y dos hombres —calculó Mario Valeriano—. Bueno, seguro que no sucederá nada. Hoy, hasta los malos estarán en los juegos. A propósito, he encargado unas ánforas de vino especiado y *spiras* para mis hombres del castro. Quiero compensar a todos los que no han podido ir a los juegos. —El tribuno se acarició la barbilla —. Creo que compraré un poco más para quienes estáis de servicio aquí, en palacio.

El centurión se sintió apurado por la oferta del tribuno.

—*Domine*, agradezco tu generosidad, pero no sé...

—Pregúntale al emperador, no quiero que se moleste por no haberle pedido permiso.

Benicio se dirigió a la escalinata y habló con el mismo pretoriano joven que había ido un rato antes al despacho del césar a informarle de la llegada del tribuno. Este le contestó con un saludo militar y desapareció en el interior del edificio. El centurión aprovechó para entrar en el cuerpo de guardia. Mario Valeriano se entretuvo supervisando el trabajo de sus dos hombres hasta que regresó.

—Dice el césar que muchas gracias, que agradece mucho tu generosidad para con esta guarnición... pero que él no quiere. No bebe vino ni come dulces. Por lo demás, no ha puesto inconvenientes.

—Perfecto —dijo el tribuno—. ¿Cuántas raciones traigo? Incluye a los esclavos, traeré también para ellos.

Benicio hizo cálculos.

—La guardia y el retén suman treinta y dos, diez esclavos y algunos hombres de confianza del césar que no sé si estarán aquí esta tarde o no.

—Compraré dos ánforas más de vino y cincuenta dulces más — concluyó Mario Valeriano—. Solo una copa por hombre, no quiero que se emborrachen.

—Por supuesto, *domine*. Tenemos que estar siempre alerta. Es un placer estar a tus órdenes —añadió.

Mario Valeriano quitó importancia al asunto con un gesto.

—El ejército es mejor cuanto mejor se le trata —sentenció.

—*Domine*, ¿podría abusar un poco más de tu amabilidad?

—Tú dirás, centurión.

—¿Me podrías contar algo de la última batalla del general Pertinax contra los marcomanos?

El oficial se echó a reír, se aclaró la garganta y comenzó a narrar una historia cargada de detalles épicos.

La mayoría de ellos —por no decir todos— falsos.

Tamura echó un vistazo a los tres bestiarios que la acompañaban en la arena.

El que le había preguntado por su identidad era un joven de piel morena, ojos negros, cejas espesas y un hoyuelo en la barbilla. Vestía apenas con un taparrabos, unas sandalias, una *manica* en el brazo derecho y un casco ligero de cuero. Llevaba dos venablos en la espalda y uno en la mano, además de una espada corta al cinto. Tenía un ojo fijo en los tigres y otro clavado en la enmascarada.

El segundo era algo más bajo que su compañero, con un casco tracio parecido al de Jano, una red en una mano y una lanza en la otra. No paraba de moverse, como si ejecutara una danza nerviosa. El tercero tenía pinta de galo. Lucía unos bigotes larguísimos y era el que más piezas de armadura vestía. Se protegía con un escudo idéntico al de las legiones y esgrimía una espada larga, parecida a la de Tamura. Este se volvió un segundo a sus compañeros y soltó una retahíla vehemente en una lengua desconocida.

Tamura intervino.

—Hablad en latín, por favor —rogó, sin apartar la vista de los felinos, que comenzaban a moverse, alterados por el vocerío de las gradas—. Estoy con vosotros por no entender lo que me decían los que me han empujado aquí dentro.

El galo habló en el peor latín oído en el Imperio desde su fundación.

—¿Para qué tú aquí? ¿Tú pelea *nos*?

—¡No, no, no! —exclamó Tamura, que no se atrevía a desenfundar el arma para no agravar el malentendido—. Estoy aquí por error.

—La cuestión es que estás aquí —dijo el del taparrabos—. ¿Sabes luchar?

—Contra hombres sí...

—Pero ¿tenemos matar ella también? —volvió a preguntar el galo de los bigotes, que no se enteraba de nada.

—¡No, coño, cállate! —gritó el de la red, que a continuación se dirigió a Tamura—. ¿Has peleado alguna vez contra bestias?

—Soy buena cazadora, y tengo un arco.

—¡Ni se te ocurra! —repuso el del taparrabos—. Si los matamos sin jugarnos la vida nos tirarán mierda a la arena y no volverán a contratarnos.

—Haz lo que quieras menos usar el arco y estorbarnos —resumió el reciario, que comenzó a hacer girar la red—. Deja que matemos a las bestias y saldrás de aquí viva... y abucheada por cobarde.

Dicho esto, el reciario se echó a reír. El galo lo acompañó en sus risas.

—No mal *presio* por *guardar* vida —rio.

Los tres bestiarios abrieron la formación y acortaron la distancia que los separaba de los tigres, que comenzaron a sentirse acorralados entre ellos y la barrera del graderío. Tamura se preguntó cuánto tiempo llevaban sin comer. El animal que estaba más a su derecha mantenía la mirada fija en el galo, que avanzaba con pasos cortos, protegido por el escudo. Se detuvo y lo golpeó repetidas veces con la espada, para provocar a la fiera.

Tamura desenvainó la suya y la apuntó hacia delante, no fuera que aquel gato gigante decidiera ir a por ella en vez de a por el fanfarrón de los bigotes. Los otros dos tigres rugieron tan fuerte que a la sármata le pareció que la tierra se desgarraba de dentro afuera.

Y las dos bestias se lanzaron a la vez a por el hombre del taparrabos.

La red del reciario voló al encuentro de las fieras.

El joven consiguió espantar a uno de los tigres con la lanza, y la red cubrió la mitad superior del otro. El animal, medio atrapado, lanzó un zarpazo al aire con la pata libre. A pesar de la distancia, Tamura apreció el tamaño de sus garras. Eran como dagas, curvas y afiladas.

El público aplaudió la maniobra del reciario, que se aproximó al

tigre enredado con la lanza preparada.

—Todavía no —lo detuvo el del taparrabos, que mantenía al otro tigre alejado a punta de venablo—, demos un poco más de espectáculo.

A la derecha, delante de Tamura, el galo seguía golpeando el escudo con la espada enfrente del felino, hasta que este se hartó y lo atacó. Aunque el zarpazo que le dio al escudo pareció tímido, era tal la fuerza del animal que el bigotudo retrocedió cuatro pasos. Para sorpresa de la sármata, una parte importante del público iba a favor del tigre.

Mientras Tamura se preguntaba si esa era la clase de civilización que Roma quería imponer al mundo, el reciario observaba, con pavor, cómo el tigre se deshacía poco a poco de la red.

—¡Se va a soltar, Cornelio! —gritó.

—¡Pues mátalo ya! —dijo el del taparrabos, decepcionado por no poder dar más juego al público.

La lanza del reciario partió de su mano justo en el momento en el que el tigre enredado se retorcía en el suelo para deshacerse del aparejo de cuerdas. En lugar de acertar en un órgano vital, la punta de hierro se clavó en uno de los cuartos traseros, lo que enfureció a la bestia de inmediato. Justo cuando el reciario se disponía a coger otra de las lanzas que llevaba a la espalda, el tigre con el que se enfrentaba el galo fijó su atención en él.

Tamura jamás había visto algo moverse tan rápido. El felino atravesó medio anfiteatro convertido en una mancha borrosa que agarró al reciario desde atrás. Los colmillos chocaron con la protección del cuello del casco, y hombre y bestia levantaron una polvareda al rodar por el suelo. Las garras se clavaron en ambos brazos del gladiador. El derecho, protegido por un acolchado, apenas sufrió, pero cinco uñas como garfios se clavaron sin piedad en el izquierdo, arrancándole un alarido de dolor.

La grada estalló en un griterío ensordecedor.

El galo corrió hacia su compañero en apuros espada en alto, mientras que Cornelio trataba de controlar a su tigre sin éxito. Excitado por el olor de la sangre, este decidió ayudar al que había

enganchado al reciario. Antes de que pudiera darse cuenta, el pobre desgraciado bregaba con dos tigres, que pronto serían tres si el que había herido con la lanza lograba deshacerse por completo de la red. En solo un momento, para gozo de la audiencia, aquello se había descontrolado.

Tamura advirtió que el aforo entero la señalaba y le imprecaba, exigiéndole entrar en acción. Aquellos hombres no le importaban en absoluto, pero si acababan perdiendo la batalla contra las fieras, la siguiente en morir sería ella.

La sármata no sabía cómo actuar. Estaba acostumbrada a doblegar bestias, pero aquellas tres estaban mucho mejor armadas que un caballo. Tamura vio cómo el gladiador llamado Cornelio lanzaba su venablo al tigre que se había unido al festín del reciario, que trataba de sacar una daga de su cinturón sin demasiado éxito. Este soltó un grito cuando las mandíbulas del felino, que ya le había desgarrado el brazo, se cerraron alrededor de su hombro.

El lanzazo que recibió el segundo tigre tampoco fue mortal, y este se revolvió al mismo tiempo que el tercero escapaba, por fin, de la red. El galo se protegió con el escudo y llamó la atención de la bestia que apresaba el hombro del reciario entre sus fauces. Cuando esta detectó la nueva amenaza huyó arrastrando al gladiador, casi con la misma facilidad con la que lo habría hecho sin él. El pobre desdichado aullaba de miedo y dolor. Concentrado en perseguir a ese tigre, el galo no vio cómo la bestia recién liberada de la red embestía contra él, haciéndole perder el equilibrio. Un segundo después, la tenía encima del escudo, tratando de morderle la cara.

Tamura decidió intervenir. Envainó la espada y desenrolló la cuerda que llevaba alrededor del torso mientras corría hacia la nube de polvo que se elevaba en medio del combate entre hombres y bestias. Abrió el lazo, lo hizo girar por encima de la cabeza y se lo arrojó al tigre que aplastaba al galo.

Tiró de la cuerda con todas sus fuerzas. El pelaje blanco del cuello del tigre se desplegó cuando el nudo corredizo se cerró a su alrededor. El público celebró el movimiento de la luchadora con un grito salvaje. En el palco, Cómodo estaba de pie, disfrutando de aquel desbarajuste

empapado en sangre. Tamura se enrolló la cuerda en el brazo izquierdo y tiró del animal con todo el cuerpo, a la vez que desenfundaba la espada. Clavó los talones en tierra y trató de caminar hacia atrás, sin éxito. Aquello era como tirar de la columna de un templo.

El tigre cesó en su intento de morder al galo de los bigotes grandes, pero lo que en principio pareció una ventaja, acabó siendo la ruina del bestiario. En su ansia por escapar de la cuerda, las zarpas traseras del tigre comenzaron a destrozar las piernas del desgraciado, que aullaba sin atreverse a soltar el escudo. Tamura siguió tirando, preguntándose si existiría una posibilidad, aunque fuera remota, de asfixiar al felino.

Al otro lado del recinto, el reciario, vivo, pedía auxilio al tiempo que el tigre lo arrastraba hasta la barrera coronada de lanzas. Haría falta un buen médico y un milagro para que ese brazo volviera a servir para algo.

Cornelio arrojó una nueva lanza al tigre que acababa de herir. Esta vez le acertó en el costado, arrancándole un rugido sobrecogedor. A pesar de sus heridas, el felino seguía vivo y en pie. El gladiador dudó entre rematarlo o correr a ayudar al reciario, que estaba a punto de perder el brazo. Darle la espalda a un tigre malherido era un suicidio, así que decidió utilizar su último venablo.

Tamura tiraba de la cuerda con toda su alma, pero aquella bestia no era fácil de ahorcar. Si no se daba prisa, las piernas del galo acabarían reducidas a huesos pelados. A la sármata le faltaba tiempo para pensar, así que decidió no hacerlo. Corrió hacia el tigre, saltó sobre su lomo y se agarró con una mano a la cuerda que lo estrangulaba, a la vez que le clavaba la espada en el costado.

La maniobra no le salió del todo bien. La hoja entró por encima de la pata delantera derecha del tigre, pero chocó con algún hueso y se clavó lo justo para no caerse. Encolerizado por aquella nueva herida y por la lanza que colgaba de su trasero, el animal decidió huir.

Sin pensarlo, Tamura se aferró a la cuerda que rodeaba el cuello del animal e hizo presa con las piernas alrededor de él. Acostumbrada a domar caballos, aguantó la carrera del felino sin caerse. Por lo menos este no brincaba como los potros salvajes.

El graderío estalló en aplausos.

Aquella mujer enmascarada estaba cabalgando un tigre.

El galo, libre del peso de la bestia, se reincorporó lo justo para mirar el estropicio que las garras traseras habían hecho en sus piernas. La carne y la piel se habían enrollado sobre las espinilleras de bronce, dejando ver el hueso. A su alrededor, la arena se embarraba de rojo a un ritmo preocupante.

Se desmayó.

A pocos pasos de él, Cornelio lanzó el venablo definitivo. La punta de metal atravesó el corazón de la bestia, que cayó dando un último zarpazo de protesta. Sin tiempo para recuperar la lanza, el bestiario desenfundó la espada; un arma de reserva, demasiado corta para ser efectiva contra un tigre. Corrió a toda velocidad hacia el reciario, que malgastaba sus últimas fuerzas apuñalando al felino sin apenas hacerle daño. Al menos, el hombre seguía vivo.

Entre tanto, Tamura permanecía a lomos de la bestia para deleite de los espectadores. Cómodo se encontraba al borde del delirio mientras Faustina apartaba la vista de la arena, espantada por las terribles heridas del galo. Por un momento envidió a su esposo, que estaría tranquilo en sus dependencias, disfrutando de una tranquilidad absoluta. Demasiada tensión para ella. Y para colmo de males, los gritos del graderío eran ensordecedores.

—¡Que me traigan a esa hembra, si no se la comen antes! —gritó Fidio, que no había parado de beber vino junto a los otros legados desde que comenzaron los juegos—. ¡Eso sí que es una mujer, por Júpiter!

Ocellina lanzó al general una mirada de soslayo cargada de repugnancia. La viuda apenas había prestado atención a la arena. Las bestias no le interesaban lo más mínimo, pero la imagen de aquella mujer cabalgando un tigre la fascinó. Entornó los ojos cuando jinete y montura pasaron cerca de la tribuna imperial. De repente, se le abrieron del todo.

Conocía aquel atuendo negro, cargado de hebillas y correajes por doquier. Y la forma curvada del arco que llevaba en la espalda era inconfundible. Ocellina se puso de pie en contra de su voluntad,

impulsada por un resorte interno que fue incapaz de controlar. Lucio y Bruna la miraron, extrañados. Era la primera vez que veían a la etérea Ocellina excitarse por algo hasta el punto de perder la elegancia. La viuda se aferró a la hilera de asientos delanteros de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos.

—No puede ser —musitó.

En ese momento el tigre, medio agotado, decidió quitarse a Tamura de encima revolcándose por la arena. El astil de la lanza clavada se rompió. Un instante después, la espada de la sármata salía despedida lejos de ella. Tamura cerró las manos alrededor de la cuerda con más fuerza. La zarpa de la fiera pasó muy cerca de su brazo derecho. La guerrera sabía que no podría aguantar para siempre, así que decidió jugárselo todo en un segundo.

Soltó la cuerda y se alejó rodando del felino. El tigre giró sobre sí mismo con las fauces abiertas y el cuerpo en tensión. Tamura se puso en cuclillas frente a la bestia, solo para comprobar que esta ya saltaba sobre ella.

La sármata fue a su encuentro con una voltereta hacia delante, a la vez que sacaba las dos dagas que llevaba en las piernas y extendía los brazos a ciegas, como si quisiera detener al tigre en el aire. Apretó la mandíbula, esperando el zarpazo mortal. El peso del felino la aplastó, doblándole los brazos y provocando que los codos golpearan contra el suelo. Sintió cómo una zarpa marcaba su hombro izquierdo, justo donde tenía cosida una de las placas de metal. El mundo se oscureció debajo de la mole de carne y pelo.

Medio asfixiada, solo podía oír el sonido de su propia respiración entrecortada. Un segundo después, una aclamación atronadora le dio a entender que su maniobra había tenido éxito.

Había acabado con la bestia.

Le costó horrores salir de debajo de aquel peso muerto. Echó un vistazo a su alrededor, exhausta, y divisó a Cornelio a unos cuarenta pasos de distancia. El gladiador había conseguido que el tigre se olvidara del reciario, que yacía inerte cerca de él. Tamura apreció que la espada que esgrimía Cornelio era demasiado corta para enfrentarse a un animal de tal envergadura. El tigre caminaba en círculos, sin

perder de vista al gladiador. El ataque parecía inminente.

Fue inminente.

El felino se abalanzó sobre Cornelio, obsequiándole con un abrazo mortal. Él también se abrazó al animal, de forma que las garras apenas le arañaban la espalda. Pero las zarpas no eran su mayor problema. El luchador sintió el aliento de la bestia en el cuello. Con escaso espacio de maniobra, las puñaladas que le asestaba al tigre apenas penetraban su pellejo.

Justo cuando las fauces estaban a punto de cerrarse sobre su yugular, oyó un sonido sordo. Otro. Y otro más. En apenas tres segundos.

La bestia lo arrastró en su caída.

El graderío se vino abajo entre vítores y aplausos. Tamura, rodilla en tierra, aún sostenía el arco con el brazo izquierdo y mantenía el derecho doblado y laso, como si hubiera quedado inmortalizada en una estatua de increíble realismo.

—¿Has visto eso, madre? —gritó Cómodo, entusiasmado—. ¡Ha disparado tres flechas en tres suspiros, y no ha fallado ni una!

La copa de Fidio quedó paralizada a medio camino de los labios. El legado se volvió a sus colegas, embelesado.

—En mi vida he visto nada igual... ¡Tengo que conocer a esa mujer!

Una fanfarria anunció el final de la lucha. Varios empleados del anfiteatro salieron a toda prisa del hipogeo para asistir a los heridos. Aún con la rodilla clavada en la tierra, Tamura miró a su alrededor. Trece mil gargantas y veintiséis mil manos le dedicaban ovaciones y aplausos. Los ojos de la sármata viajaron hasta el galo, que seguía inmóvil, boca arriba. Uno de los que lo atendían negó con la cabeza. Las zarpas habían desgarrado las arterias y se había desangrado sin remedio. Al otro lado de la arena, Cornelio saludaba al público sin dejar de interesarse por lo que le decían los médicos que atendían al reciario.

El público entonó un canto al unísono.

—¡Máscara de hierro! ¡Máscara de hierro! ¡Máscara de hierro!

Tamura alzó un segundo la mano hacia el público, y este estalló en

vítores. «Así que era esto lo que sentía Jano cuando vencía en la arena», pensó. Cuando apartó la vista de las gradas, vio al hombre del taparrabos acercándose a ella. Sangraba por varios cortes, pero estaba de una pieza. Cuando llegó a su altura, posó su mano en el hombro de la luchadora en una muestra de camaradería.

—Seas quien seas, gracias. Me has salvado la vida.

—Al final no tuve más remedio que usar el arco. ¿Estás bien?

—Arañazos. Veo que tú también has recibido lo tuyo.

—Gajes del oficio —dijo ella, mirándose el rasguño del brazo—. ¿Y tu amigo?

—Si las heridas no se infectan, vivirá, pero será difícil que vuelva a combatir.

—El de los bigotes ha muerto —anunció Tamura.

El gladiador se quitó el casco ligero, mostrando una cabellera recogida en un moño.

—Apenas lo conocía. —En las gradas, el público seguía dedicándoles ovaciones a pleno pulmón—. Que Dios, nuestro señor, lo tenga en su gloria. Me llamo Cornelio, de Hispania. Lo has hecho de maravilla, para estar aquí por un empujón. ¿Seguro que no eres profesional?

—Estoy deseando irme de aquí —confesó ella.

—Va a ser difícil que el público te deje. ¿Cuál es tu nombre?

Los espectadores seguían cantando.

«¡Máscara de hierro! ¡Máscara de hierro!»

—Prefiero mantener mi identidad en secreto —respondió.

Un hombre de aspecto adusto y larga barba se les acercó. Cornelio agachó la cabeza en señal de respeto. Tamura lo miró a través de la máscara con facciones humanas mientras recuperaba su espada de la arena.

—Quítate eso —le ordenó el recién llegado.

—Prefiero no hacerlo —contestó Tamura, más nerviosa que cuando las fieras campaban por la arena.

El barbudo expelió una risa sorda y prepotente por la nariz.

—Como quieras. Soy Quinto Torcuato, lanista del *ludus*. No sé quién eres ni me importa, pero has dado un espectáculo del que se

hablará durante años. Sígueme.

Tamura envainó la espada sin moverse del sitio.

—No te seguiré. Me marcharé ahora mismo y no volverás a saber de mí.

Quinto se volvió hacia ella y le clavó una mirada carente de emoción.

—No te lo he preguntado —dijo—. No te queda más remedio que venir conmigo, si no quieres que la Guardia Pretoriana te lleve a conocer al hijo del emperador a punta de pilo. —El lanista compuso una sonrisa torcida—. Vamos, dale el capricho al niño, al final será algo que podrás contar a tus hijos.

Tamura palideció detrás de la máscara.

Esta vez, no tenía ni idea de cómo salir del embrollo.

62

Tamura tuvo que entregar sus armas a los pretorianos que controlaban el acceso a la tribuna imperial. Su arsenal al completo acabó dentro de un canasto profundo, junto con las dos dagas que un empleado del anfiteatro extrajo del vientre del tigre muerto. Las felicitaciones y los gestos de cariño del público la acompañaron hasta las inmediaciones del palco. Hombres, mujeres y niños extendían los brazos para tocarla, como si fuera una deidad entre los mortales.

La espía guerrera estaba acostumbrada a sentir la gloria de su pueblo. Una suerte de fama sorda, retribuida con palabras de agradecimiento, miradas de admiración y leyendas de fuego de campamento. Aquello era distinto, abrumador.

Abajo, en la arena, los encargados de despejarla retiraban las bestias muertas y el cadáver mutilado del galo. Un esclavo barría la estela de sangre que este dejaba a su paso mientras lo sacaban a rastras. Esa fue la última imagen que vio Tamura antes de que abrieran la barrera que separaba el palco imperial del resto del graderío.

Los legados se pusieron en pie para recibirla. Fidio Nemesio, borracho, alzó la copa hacia Tamura. Cómodo esperaba a la gladiadora delante de su madre, fascinado y sin palabras. La sármata no supo cómo proceder delante de la familia imperial, así que agachó la cabeza e hincó una rodilla.

—Levántate —le instó Cómodo, nervioso, rompiendo su silencio.

—Levántate —repitió la emperatriz en un tono más sereno.

Tamura obedeció y alzó la vista. Por suerte, la máscara ocultó su sorpresa al ver a Ocellina detrás de Faustina. La viuda de Cato Merino estaba acompañada de Lucio Renato y su esposa, Bruna. Los ojos de Ocellina se cruzaron con los de Tamura. Por la expresión del rostro de la enigmática mujer, la espía tuvo la certeza de que la había reconocido a pesar del disfraz.

Sin saber por qué, también tuvo la certeza de que no tendría nada que temer mientras Ocellina estuviera allí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Cómodo.

—Máscara de Hierro, *domine* —improvisó Tamura, inspirándose en los gritos del público.

—¿Cómo es montar un tigre, Máscara? —le preguntó el niño, entusiasmado.

Tamura dibujó una sonrisa que nadie pudo ver.

—Da mucho miedo.

Faustina hizo una seña a uno de los pretorianos.

—Tú, trae una silla —ordenó.

El guardia desapareció escaleras arriba, rumbo a los vomitorios que conectaban con las zonas inferiores de la grada. Tamura sospechó que su estancia en la tribuna iba a ser más larga de lo que esperaba.

—¿Cuántos tigres has cabalgado? —quiso saber Cómodo.

—Esta ha sido la primera vez... y espero que la última.

Los legados, atentos a la conversación, celebraron el comentario con risas. Faustina se dirigió a Tamura.

—Quiero que te quedes con nosotros a ver el resto de los juegos.

Tamura trató de inventarse alguna excusa creíble, pero se sintió superada por la situación. Se encontraba rodeada por una decena de generales romanos y delante de la esposa del emperador y de su hijo. Sin contar con el millar de legionarios armados que infestaban el anfiteatro. Ni en su peor pesadilla se había visto así.

—Con todos mis respetos, *domina*, he de irme. Tengo otros compromisos.

Los ojos de Faustina se entrecerraron.

—¿Compromisos más importantes que una invitación personal de la emperatriz?

Tamura se dio cuenta de que caminaba por un cenagal que se la tragaría al primer mal paso que diera. Lo acababa de decir la propia Faustina: ¿qué hay más importante que una invitación de la emperatriz de Roma? Faustina la miró unos instantes que a la sármata le parecieron eternos.

—Hagamos un trato —propuso la esposa de Marco Aurelio—. Si te

quedas a ver lo que queda de los juegos con nosotros, te concederé cualquier cosa que me pidas.

Un relámpago de lucidez iluminó la mente de Tamura.

Y Tamura fue rápida como un relámpago.

—¿De verdad puedo pedirte cualquier cosa?

—Si está en mi mano, por supuesto.

La sármata respiró hondo.

—Mi deseo es conocer al emperador Marco Aurelio.

Ocellina, atenta a la conversación, esbozó una media sonrisa. Tamura aguardaba la respuesta de Faustina, y Cómodo a que su madre terminara de hablar con ella para seguir acribillándola a preguntas. La emperatriz la interrogó con la mirada antes de hacerlo con palabras.

—¿Para qué quieres conocer al emperador?

—Lo admiro... —comenzó a decir, pero guardó silencio al ver que Ocellina arrugaba la nariz, negaba con la cabeza con disimulo y alzaba la barbilla, como si le pidiera que no fuera por ese camino.

La viuda la estaba animando a decir la verdad.

—Soy portadora de un mensaje para él —confesó Tamura, y en ese mismo instante, sintió como si acabara de deshacerse de la carga más pesada del mundo—, un mensaje que salvará muchas vidas...

Faustina la interrumpió con un gesto.

—¿Y pretendes que me fíe de una enmascarada capaz de disparar tres flechas en dos segundos y de cabalgar sobre un tigre?

—No tienes nada que temer de ella, Faustina —afirmó una voz detrás de la emperatriz. Esta se volvió hacia Ocellina, que siguió hablando—. Conozco a esta mujer y es de total confianza —dicho esto, se dirigió a Tamura—. Quítate la máscara sin miedo.

Un sentimiento de confianza ciega inundó a la yacigia. Sin pensarlo dos veces, puso su vida en manos de su anfitriona y se quitó la máscara. Cómodo casi se cae de culo. Lucio Renato y Bruna intercambiaron una mirada boquiabierta de sorpresa. Faustina parpadeó, confundida. Sabía que la conocía de algo, pero con el rostro brillando por el sudor, el cabello suelto y despeinado y aquel atuendo pegado al cuerpo no caía en quién era. La emperatriz no solía perder el tiempo fijándose en otras mujeres. Con los hombres, sin embargo, la

cosa cambiaba.

—¡Lidia! —exclamó Cómodo en cuanto recuperó el don del habla —. ¡Es Lidia, mamá, la augur del tío Jano!

Ocellina se colocó junto a la emperatriz antes de que la sármata pudiera hablar.

—Faustina, Lidia dice la verdad: el mensaje que trae salvará muchas vidas. Tu esposo, como hombre sabio que es, sabrá escucharla.

—¿Tú... conoces a Máscara de Hierro? —preguntó Faustina, que no acababa de entender la situación.

—Se aloja en mi casa.

Los legados comenzaron a murmurar entre ellos. Fidio, ajeno a sus preocupaciones, trataba de acercarse un poco más a Tamura. Ahora que había visto su verdadero rostro sentía aún más interés por ella.

—¿Y qué hace peleando contra fieras en el coliseo? —preguntó Faustina a Ocellina.

Tamura tomó la palabra, dispuesta a contar la verdad.

—Acabé en la arena por casualidad, *domina*. Llevo desde ayer por la noche vigilando el anfiteatro. Tenemos indicios de que los mismos que asesinaron a los niños podrían atentar contra ti o contra Cómodo durante los juegos de hoy.

—Imposible —rebatió un legado algo entrado en carnes—. Nadie, a excepción de nosotros o los gladiadores, podría introducir un arma en el teatro.

—Por eso estaba en el hipogeo, *domine* —explicó Tamura—, para impedir que los asesinos se hicieran pasar por gladiadores... pero me confundieron con uno de ellos y me echaron a los tigres.

—¿Conoces a los asesinos? —preguntó Faustina.

—Sí. Son sármatas, como yo, pero ellos no desean la paz como el rey al que sirvo.

—¡Sármata! —gritó uno de los legados.

—¿Una sármata aquí? —exclamó otro, desenfundando un *pugio*.

Ocellina se enfrentó a ellos.

—Guarda esa daga —exigió—. Si esta mujer hubiera querido hacer algún mal lo habría hecho hace mucho tiempo, y todos habéis

comprobado que no le costaría demasiado.

Faustina mandó callar a todos con un ademán rotundo. Cuando se hizo el silencio, se dirigió a los generales.

—Vosotros aseguráis que es imposible introducir un arma en el coliseo por las puertas, ¿cierto?

—Imposible —corroboró uno de ellos—. Hay controles en la entrada, dentro y fuera del edificio.

Faustina se volvió a Tamura.

—Y tú afirmas que la única forma de atentar contra nosotros sería que alguien entrara a través del foso de gladiadores.

—Así es, *domina*.

—También dices que reconocerías a los asesinos...

Tamura asintió. Faustina también.

—Cómodo, coge tu asiento y pasa a la fila de atrás —ordenó la emperatriz; justo en ese momento llegó el guardia que había ido a por la silla. Faustina señaló el hueco que acababa de dejar su hijo y se dirigió a Tamura—. Siéntate a mi lado y delante de Cómodo. Apuesto a que no encontrarás mejor puesto de tirador que este. —A continuación, habló de nuevo al guardia—. Devuélvele el arco y las flechas.

Las protestas de los legados fueron acalladas por la fanfarria que anunció el siguiente espectáculo y por un chistido furioso de Faustina.

—Silencio —ordenó a los generales—. Esta mujer es mi invitada, y si alguno de vosotros vuelve a abrir la boca lo echaré del palco, ¿entendido? —Miró con fijeza a Tamura—. ¿Cuento con tu protección?

—Cuentas con ella, emperatriz —prometió Tamura.

—Pues ahora, a ver los juegos. Cuando terminen, si todo ha ido bien, te llevaré a ver al emperador.

Tamura soltó el aire viciado que guardaba dentro de los pulmones desde hacía un buen rato. Sin apenas darse cuenta, acababa de resolver la parte más complicada de la misión, una en la que ni siquiera Jano Convector había tenido éxito: conseguir una entrevista con Marco Aurelio.

Ahora quedaba el siguiente paso, que por las miradas de odio que

asaeteaban su nuca y por los comentarios desagradables que captaba a su espalda, sería la más difícil.

Convencer al césar para aceptar la paz de Banadaspo.

Jano se cambió de ropa en las caballerizas de Ocellina, lejos de la vista de los esclavos. Había pasado las últimas horas afilando el *gladius*, con la única compañía de Uteljarab. El perro estaba triste, como si intuyera que algo no andaba bien. Jano trató de calcular la hora por la luz del sol. Serían alrededor de las cinco de la tarde. Se colocó el casco tracio y se envolvió en un lienzo oscuro. Se dirigió al anfiteatro solo, caminando por callejuelas desiertas, tratando de no llamar la atención.

Su figura resultó llamativa para los pocos transeúntes con los que se cruzó. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquella sábana parda ocultaba un escudo en la espalda y un arma a la altura de la cadera, por no hablar de la inconfundible silueta del casco, que dibujaba su peculiar forma debajo de la tela.

Jano llegó a la plaza del anfiteatro. Una multitud formada por soldados y civiles lo contempló como a una aparición. Los ciudadanos que se agolpaban alrededor del teatro eran los que se habían quedado sin localidades y se conformaban con oír los resultados de los combates desde fuera. Unos pocos, los más afortunados, habían pagado para hacer cola en una lista de espera y así ocupar el asiento del primero que abandonara el circo por cualquier razón. Un centurión de los *vigiles* se acercó a Jano.

—¿Eres el gladiador que se batirá con Término?

El legado asintió sin pronunciar palabra. El centurión alzó la mano y un contubernio de ocho *vigiles* rodeó a Jano para escoltarlo.

—Quítate ese lienzo —ordenó el suboficial.

El general lo dejó caer, mostrando su cuerpo aceitado y vestido con las pocas piezas de armadura que había decidido llevar. A pesar de que la máscara del casco ocultaba su rostro, hubo algo que decepcionó a los civiles que se apiñaban a su alrededor.

—No es Bellomarius —exclamó una voz, enfadada.

—No tiene nada que hacer contra Término —rezongó un hombre gordo sin dejar de masticar un trozo de pollo.

—Y pensar que aposté por él... —se lamentó uno de los que esperaba turno en la cola.

Una prostituta que se refregaba medio desnuda con un cliente borracho le imprecó.

—¡Término te saca una cabeza y es mucho más fuerte que tú! ¡Estás muerto!

—Ni caso —dijo el centurión, azuzándole para que empezara a caminar—. Escoltadle hasta la puerta de gladiadores.

«Estás muerto.»

Las palabras de la ramera retumbaron en la cabeza de Jano mientras cruzaba el arco que conducía al hipogeo.

«Estás muerto.»

Los pretorianos con permiso para asistir al combate vespertino abandonaron el palacio en pequeños grupos. Algunos, lo más afortunados y de mayor graduación, consiguieron reservar asientos con antelación. Los demás verían el duelo a muerte de pie junto a sus compañeros de guardia.

El centurión Benicio Octavio contempló con envidia el desfile saliente. Muchos de sus camaradas vestían de paisano. Disfrutarían de los juegos, irían a alguna taberna después, cenarían algo exquisito y beberían toda la noche... Él, sin embargo, tendría que conformarse con el vino y la *spira* prometida por Mario Valeriano. Observó a los dos guardias silenciosos que repasaban los escasos desconchones de los bajos del carruaje. Benicio no recordaba haberlos oído hablar en ningún momento; se habían pasado toda la jornada concentrados en su trabajo. Mario Valerio salió de las caballerizas y se dirigió al centurión, que estaba junto a la entrada principal del recinto.

—Saldremos a probar el carruaje después del brindis —comentó Mario, que desvió la mirada a la fachada de la residencia, como si pudiera ver a través de sus muros—. Qué tranquilidad. El emperador debe de estar feliz en su despacho.

Benicio soltó una risita.

—Quienes tienen la suerte de verlo dicen que no para de escribir.

—Pues hoy es el día perfecto para eso. —De repente, el tribuno pareció acordarse de algo—. ¿Le dijiste a la guardia que traerán el vino y los dulces en un carro?

—Sí, ya tienen instrucciones para que los dejen pasar.

—Serán dos personas, el pastelero y el ayudante. Creo que es el hijo, o la hija, no estoy seguro... Tienen que estar al llegar.

—No te preocupes, *domine* —lo tranquilizó Benicio.

—¿Dónde podemos servir el vino y los dulces?

—Había pensado en la sala de guerra, en el sótano. Está vacía y la mesa grande de los mapas, desocupada. Hay sitio suficiente.

—Pues ahí lo haremos —celebró el tribuno—. Brindaremos por el emperador hoy en el palacio.

Las horas pasaban lentas para Tamura.

Por un lado, notaba la hostilidad hacia ella que reinaba en la zona del palco ocupada por los generales. A uno de ellos, un legado maduro, calvo y borracho, tuvieron que sacarlo de allí porque no solo la molestó a ella, sino también a Ocellina. Antes de que metiera más la pata lo mandaron a dormir. Al menos, aunque pesado, sus intenciones eran halagadoras. Tamura apostó a que el resto de sus colegas la asesinarían a la menor oportunidad.

Por otra parte, Cómodo no había parado de hacerle preguntas desde el asiento de atrás, algunas bastante comprometedoras, a pesar de que lo más probable era que las formulara desde la inocencia. Entre otras, quiso saber dónde estaba «el tío Jano». Ella le mintió, diciéndole que le había surgido un asunto urgente en el castro por la mañana. Cuando Cómodo le preguntó si había matado alguna vez a un legionario romano, decidió cambiar su silencio por la promesa de unas lecciones de tiro con arco.

—Ahora necesito estar atenta a la arena, *domine*, entiéndelo —le susurró.

Faustina regañó a su hijo. Para la emperatriz, la presencia de Tamura era más una cuestión de protección que de cortesía. Ahora que sabía por la sármata que había riesgo de atentado, tenerla allí la

tranquilizaba.

Un rato antes, Tamura había visto a Marco Bassaeo Rufo asomarse al palco para hablar con uno de los generales. Por cómo iba vestido y por la forma en la que actuaba, estaba al mando del servicio de seguridad del coliseo. Ella volvió la cara para que no la reconociera. El prefecto siempre había desconfiado de ella, y si ahora descubría que era Máscara de Hierro...

No quiso ni pensarlo.

La representación de una batalla librada por númidas auténticos contra falsos legionarios romanos —tan falsos como las armas que blandían— llegó a su fin entre aplausos. Mientras los encargados de la limpieza de la arena devolvían a esta su aspecto original, el *editor* anunció el combate estrella de la tarde a través de un cono de metal que hacía que su voz sonara mucho más fuerte.

—Y ahora, lo que todos estamos esperando —recitó Braco Dalmatos desde su palco—. Un combate como hace años que no se ve en el anfiteatro de Carnuntum. Un duelo a muerte entre un contendiente desconocido... ¡Que puede o no ser Bellomarius...!

La audiencia estalló en gritos a favor y en contra. Unos tambores y toques de cuernos acallaron a la multitud. El *editor* de los juegos prosiguió.

—Contra uno de los mejores gladiadores que ha pisado no solo este anfiteatro, sino el mismísimo coliseo de Roma. Alguien que lleva toda la vida combatiendo en los juegos y que ahora se dedica a entrenar a una nueva hornada de luchadores. El *doctore* del *ludus* de Carnuntum, ¡el gran Término!

Una de las puertas del hipogeo se abrió para dar paso al protagonista de la tarde. Tamura estiró el cuello, como si así pudiera ver mejor el equipo que llevaba. Vestía una coraza de cuero y metal que le protegía parte del torso y la espalda, dejando indefensos los laterales; asimismo, llevaba casco, hombreras, espinilleras de metal y brazales que se prolongaban en una punta afilada y le cubrían hasta el reverso de los dedos. Si formaba un puño con la mano, sería como si llevara dos dagas.

Término saludó al público mostrando sus armas, y las ovaciones

subieron de volumen. Su armamento preocupó a Tamura. Llevaba un escudo ovalado y una *spatha* de caballería, un palmo más larga que el *gladius* de Jano. Al darse la vuelta, también vio una maza colgada en la espalda. Una maza larga, rematada por una cabeza con pinchos. Jano estaba a punto de enfrentarse a todas las versiones de Término, con un arsenal tan versátil que tendría que adaptarse a él sobre la marcha. Braco volvió a hablar en cuanto la multitud dejó de vitorear a la estrella local.

—Y al otro lado de la arena, el gladiador misterioso, del que solo conoceremos su identidad si sufre una derrota o si él mismo decide regalárnosla... ¿Será Bellomarius?

Otro clamor inundó el graderío cuando Jano hizo su aparición. Su atuendo ligero hizo reír al público que había apostado en su contra y resoplar a la que había apostado por él. Ovaciones y abucheos se mezclaron, sobre todo lo segundo, ya que gran parte de los espectadores dudaba de que aquel fuera Bellomarius, con la consiguiente decepción. Jano era alto, pero todos sabían que el antiguo rey marcomano era un gigante. Ni siquiera saludó al público. Los dos contendientes caminaron muy despacio hasta el centro de la arena.

Ambos se miraron fijamente, sin decir nada. Término sonreía.

El público guardó un silencio expectante cuando un hombre bajito y barrigudo entró en la arena por la misma puerta por la que había salido el *doctore*. Vestía una toga que lo identificaba como tabelión, y caminaba con pasos cortos y rápidos, portando una pequeña caja entre las manos. El notario se puso entre los dos gladiadores, abrió la caja y mostró su contenido a Jano.

—¿Reconoces esta carta? —preguntó.

Jano la examinó y reconoció la escritura de Faustina. Al menos, así era como la recordaba. Asintió sin pronunciar palabra. El tabelión retrocedió unos pasos y dejó la caja en el suelo. Braco volvió a gritar a través del cono de metal.

—¿Qué contendrá esa misteriosa caja? ¡Solo el ganador lo sabrá!

Con el mismo trotecillo con el que había entrado en la arena, el funcionario la abandonó. La reja del hipogeo cayó a ambos lados del

recinto. Término y Jano se apartaron el uno de otro, dejando varios pasos de distancia entre ellos. La fanfarria que precedía al combate definitivo resonó por todo el anfiteatro.

Tamura, en el palco, contuvo la respiración.

La carreta de los mercaderes, desvencijada, cochambrosa y tirada por un mulo viejo, llegó poco después de que medio palacio saliera en dirección al anfiteatro. El carretero, un hombre alto y fuerte, venía acompañado de alguien mucho menos corpulento que él. Ambos iban encapuchados.

—El tribuno Mario Valeriano nos espera —anunció el carretero.

Los centinelas se apartaron, dejando pasar al carro.

—Está en las caballerizas, el edificio de la izquierda.

El carretero arreó al mulo. Los pretorianos cruzaron una mirada de extrañeza entre ellos.

Ninguno pudo distinguir bien el rostro del hombre, pero coincidieron en que parecía tatuado.

63

El casco de Término dejaba ver su sonrisa burlona y salpicada de dientes astillados. La fanfarria que marcaba el comienzo del combate cedió paso a los gritos del público, que menguaron hasta convertirse en un silencio tenso. El *doctore* abría los brazos, con el escudo en una mano y la *spatha* en la otra.

—Veo que te has preparado a fondo, Puño del Emperador. —Se golpeó el pecho dos veces, invitándolo a atacar—. Has trabajado bien tu cuerpo, como esos maricas que se buscan la vida abriendo el culo en las termas.

Jano ignoró la puya. Lo último que necesitaba era dejarse llevar por la ira y cometer un error. El hombre que tenía enfrente era una caja de trucos y tenía que anticiparse a ellos. El legado adelantó el *parma* y echó hacia atrás el *gladius* en posición defensiva. Término escupió en el suelo cuando el público se cansó de esperar. Inspiró por la nariz aplastada y corrió hacia Jano con el ímpetu de un toro.

En el palco presidencial, Cómodo se desgañitaba animando a Término.

Tres palmos por delante de él, Tamura se mordía el puño con disimulo.

A Benicio Octavio le inquietaban los tatuajes faciales del mercader. Le daban un aspecto aterrador. El centurión solo se quedó algo más tranquilo cuando Mario Valeriano le aseguró que conocía al pastelero desde hacía tiempo.

—Procede de una tribu bárbara —le explicó en voz baja, de forma que el hombre no pudiera oírle—, pero ¿cuántos de nuestros legionarios no proceden de una?

El mercader y su hija bajaron las ánforas de vino y las *spiras* a la sala de guerra. Los dos pretorianos que trabajaron toda la jornada en

el carro del emperador habían vuelto a ponerse las armaduras y los cascos y aguardaban la degustación de manjares en un rincón del sótano.

Benicio bajó a ver la mesa de los mapas donde los mercaderes habían expuesto las *spiras*. Estos esperaban detrás de la mesa para empezar a servir el vino en cuanto el tribuno lo ordenara. Marco Valeriano contemplaba el despliegue de alimentos con cara de satisfacción. Benicio se inclinó sobre las *spiras* y deleitó sus sentidos. La trenza, hecha de miel, queso y harina, desprendía un fuerte olor a almendras. Un aroma apetitoso.

—Tienen una pinta magnífica —aseguró el centurión, dirigiéndose al mercader; al igual que su hija, permanecía con la cabeza gacha, en actitud sumisa—. Os felicito.

—Gracias, *domine* —respondió la muchacha, con voz tímida.

—Voy a decirles a mis hombres que bajen —dijo Benicio—. No sé cómo agradecerte este detalle, *domine*.

—Brindando conmigo, centurión. Y que vengan los siervos, ellos también se merecen un momento de placer.

—Como desees —aceptó Benicio.

Un rato después, una fila de guardias pretorianos fue entrando en la sala de guerra, cada uno portando una copa o una jarra vacía que los mercaderes rellenaban conforme se las ponían por delante. El tribuno levantó las manos para pedir la atención de los presentes.

—Me gustaría brindar con todos vosotros. Esperemos a estar todos juntos para alzar nuestra copa y beber juntos. —Mario Valeriano se volvió hacia el centurión—. Faltan algunos, ¿verdad?

—El contubernio de servicio —contestó—. Están en el cuerpo de guardia.

El tribuno le guiñó un ojo.

—Será solo un momento, que vengan y se unan a nosotros.

—Están de guardia, *domine* —le recordó Benicio.

—Los centinelas de la entrada tocarán el silbato si ven algo extraño. Que disfruten de este descanso, centurión.

Benicio ordenó que avisaran al contubernio de guardia. Poco después, los seis que faltaban llenaban sus copas y cogían una *spira*

cada uno. Los esclavos, seis hombres y cuatro mujeres, cruzaban entre ellos miradas de felicidad, poco acostumbrados a compartir los mismos privilegios que sus amos. Cuando todos estuvieron servidos, el tribuno pidió atención.

—En un día como hoy, quiero que brindemos por nuestro glorioso emperador Marco Aurelio y por su victoria sobre los marcomanos, y que también recordemos a nuestro heroico prefecto, Macrinio Vindex, en cuyo honor se celebran los juegos que hoy no presenciaremos. ¡Por Roma!

—¡Por Roma! —gritaron todos, incluidos los esclavos.

Mario Valeriano fue el primero en dar un sorbo a su vino. Todos los presentes le imitaron. Luego mordió su *spira* y el placer se reflejó en su rostro. Benicio dio un mordisco a la suya e hizo una mueca.

—¿No te gustan, centurión? —preguntó el tribuno al ver el gesto.

—Sí, están muy buenas. Lo que me extraña es que debajo del sabor a miel, que es muy intenso, noto un regusto a almendras. No se parecen a otras *spiras* que he probado.

—Es lo que las hace diferentes.

—Están deliciosas —decidió Benicio para después dirigirse a sus hombres—. Agradeced al tribuno Mario Valeriano su regalo y volved a vuestros puestos. Ah, y que alguien lleve vino y dulces a los que hacen guardia en el despacho del emperador.

Uno de los pretorianos cogió cuatro *spiras* y una jarra mediana de vino para los centinelas del segundo piso. Los demás se fueron despidiendo del tribuno conforme abandonaban la sala de guerra. Mario Valeriano se quedó a solas en el sótano con el centurión, sus dos hombres y los mercaderes.

—Recoged esto y esperadme fuera —ordenó el tribuno al pastelero y a su hija; luego se dirigió a sus hombres—. Vosotros dos, enganchad los caballos al carruaje.

Estos obedecieron sin rechistar.

—Son poco habladores —observó el centurión.

—Entre tú y yo, son una compañía muy aburrida. Gracias a los dioses que estabas aquí.

El centurión agradeció el cumplido con una sonrisa.

—¿Tardarás mucho en traer el carruaje de vuelta? —quiso saber Benicio.

—Antes del anochecer —respondió el tribuno—. Lo llevaré de Carnuntum hasta el castro de la Decimocuarta y volveré. Quiero ver qué tal rueda fuera del empedrado.

—De acuerdo. —El centurión posó una mano en el estómago y frunció la nariz—. Discúlpame, *domine*. Voy al cuerpo de guardia.

El centurión subió las escaleras que llevaban al exterior, dejando al tribuno a solas con los mercaderes. Mario se volvió a ellos.

—¿Estáis preparados?

La joven levantó un saco que había bajado de la carreta junto con las ánforas y los dulces. Lo abrió y sacó dos cinturones con sendas espadas enfundadas. El mercader se ciñó uno, y ella lo imitó. Lo siguiente que extrajo de la talega fue un arco y un carcaj a rebosar de flechas. Se colgó ambas cosas a la espalda. La muchacha se quitó la capucha y se recogió el cabello con un pañuelo de tela roja. El tribuno les habló.

—Detrás de mí, muy despacio y que no os vean —dijo—. La fiesta no tardará en empezar.

Abandonaron la sala de guerra caminando muy despacio.

En unos minutos, comenzaron los primeros lamentos. Lamentos que se convirtieron en quejidos de agonía.

Sobre su camastro, retorciéndose de dolor, el centurión Benicio Octavio, como muchos de sus hombres, vio venir a la muerte.

Término se detuvo en seco antes de impactar con Jano.

La embestida no fue más que un amago destinado a comprobar la velocidad de reacción de su oponente. Término apreció que su antiguo colega había ganado en rapidez con los años. Debería tener en cuenta ese factor.

Tamura, nerviosa, taconeaba el entarimado del palco. Se dio cuenta de que Faustina también lo estaba: la emperatriz se mordía el labio sin parar.

Sobre la arena, el legado luchaba a la defensiva. Jano estaba

convencido de que su única posibilidad de victoria residía en estar atento a que el *doctore* cometiera algún error.

El público empezaba a aburrirse. Después de la decepción sufrida al comprobar que no era Bellomarius quien se batiría con Término, ahora presenciaban un combate lento en el que no se había cruzado ni un solo espadazo. Los primeros abucheos no tardaron en llegar, y pronto crecieron hasta transformarse en una tormenta de insultos. Jano decidió usar la bronca en su propio beneficio.

—¿Oyes a tu público, Término? —le picó Jano; la máscara del casco distorsionaba su voz con un tono metálico—. Confiaban en que les ibas a dar un buen espectáculo y mírate... ni siquiera puedes alcanzarme.

Término le mostró los dientes rotos.

—Lo haré cuando dejes de correr, follador de emperatrices. Parece que es lo único que sabes hacer bien.

—Eso lo dice un viejo que lo único que ha conseguido en su vida es acabar enseñando a pelear a críos con espadas de madera... Mírame, Término. ¿Sabes por qué me odias? Porque te gustaría ser yo, no la mierda fracasada que eres. ¿A cuántos lanistas se la has tenido que chupar para que te dejen dormir en su *ludus*, por caridad?

Las mejillas del *doctore* estaban tan infladas por la furia que parecían querer escapar de las *paragnatides*. A pesar de que lo que decía Jano no era cierto, la ira de Término hervía como el agua en una olla puesta al fuego.

—Si supieras la de veces que me he reído de ti a tus espaldas —prosiguió Jano—. Ya solo te queda morir aquí, delante de tu público, y lo harás sin honor: te arrancaré la cabeza y te meteré la polla en la boca delante de todos...

La reacción de Término fue inesperada.

Embistió a Jano a tal velocidad que el legado fue incapaz de esquivarlo. El escudo del *doctore* impactó de lleno contra su *parma*, haciéndolo trastabillar. Con un grito aterrador, Término lanzó una estocada brutal por encima de su propio escudo.

Tamura y Faustina ahogaron un grito al ver que la punta de acero de la *spatha* iba directa a la garganta de Jano.

Los pretorianos que vigilaban el acceso al patio exterior murieron sin posibilidad de defenderse. Los dos que los degollaron desde atrás recogieron sus lanzas y ocuparon su puesto como si nada hubiera sucedido. El mercader y su hija, a toda prisa, arrastraron los cadáveres hasta esconderlos dentro del establo.

Fuera de las caballerizas, con los ocho caballos enganchados, el carruaje blindado estaba listo para partir. Junto a él, el tribuno Mario Valeriano vio cómo los centinelas que vigilaban la entrada al palacio agonizaban en la escalinata, entre estertores. Uno de ellos le dedicó una mirada de odio e intentó sacar el *gladius*. Con las rodillas dobladas, vomitó entre sus botas y cayó de bruces.

No se movió más.

El mercader y su hija se colocaron al lado del tribuno, aguardando instrucciones.

—Pronto estarán todos muertos —predijo el oficial. Su voz era muy distinta al tono amable y campechano de Mario Valeriano; a Jaret le había costado muchas horas de ensayo hacerlo creíble—. Si a alguno le quedan fuerzas para pelear, ya sabéis qué hacer.

Stornarja y Karaxtos caminaron hacia el palacio con las espadas desenfundadas, dispuestos a acabar con cualquier resistencia residual que quedara en el palacio. Habían ido a morir.

Si sobrevivían, sería un premio extra.

El filo del *parma* de Jano desvió la espada de Término en el último momento. El *doctore* volvió a cargar con el escudo y el legado, ya desequilibrado por el ataque anterior, acabó sentado en el suelo.

Tamura apretó los dientes en la tribuna.

Faustina le agarró de la manga.

Término se dejó caer para lanzar otra estocada a fondo. El escudo de Jano volvió a pararla, pero la fuerza del golpe fue tal que la *spatha* casi lo atraviesa. A pesar de que los músculos del legado se veían mucho más definidos que los de su oponente, este sabía transmitir toda la potencia de los suyos en cada ataque.

Jano trató de escabullirse reculando, y Término intentó romperle

las rodillas con el canto de su escudo. El general encogió las piernas a tiempo de evitar que el filo forrado de cobre se las destrozara. Aprovechando ese mismo movimiento, el legado apoyó la espalda en la arena y lanzó una patada doble contra la parte interior de la pierna del *doctore*. Esta vez fue Término quien perdió el equilibrio, dándole un segundo a Jano para levantarse. El *parma* dificultaba sus movimientos, pero ya le había salvado la vida dos veces.

El *doctore* le dedicó una mirada asesina y volvió a la carga.

Jano elevó el *parma* y rezó para que aguantara.

A la izquierda de Faustina, Lucio, Ocellina y Bruna apenas prestaban atención al combate, ajenos a la identidad del misterioso contendiente del casco tracio.

Tamura, sin embargo, parecía sentir cada golpe en sus carnes.

Karaxtos remató al centinela que lo señalaba de rodillas con el *gladius*. No representaba amenaza alguna, pero no tenía necesidad de presenciar su agonía.

Jaret entró en el cuerpo de guardia. Los que aún no habían muerto estaban al borde del colapso. El olor a vómito era asfixiante. Distinguió al centurión Benicio Octavio panza arriba, sobre un jergón. Tenía la mirada fija en el techo, y una baba repulsiva resbalaba de la comisura de sus labios. Sintió por él algo semejante a la pena, le caía bien. A su derecha, en el pasillo, apareció un esclavo agarrándose al quicio de la puerta de las cocinas. En su papel de tribuno, Jaret lo cogió de la cabeza con cariño y lo ayudó a sentarse en el suelo, apoyándole la espalda contra el muro.

Los ojos del siervo lo interrogaron, mientras notaba que la vida se le escapaba del cuerpo.

Dentro de la cocina, dos mujeres yacían en el suelo. Una de ellas aún respiraba, aunque por el sonido de sus espiraciones, no sería así por mucho tiempo.

—Registrad habitación por habitación —ordenó Jaret a Karaxtos y Stornarja—. Si veis a alguien que no esté a punto de morir, matadlo.

Los asesinos cumplieron la orden. Jaret se plantó al pie de la

escalera para vigilar que nadie bajara de los pisos superiores. Oyó quejidos sordos y algunos vómitos. El envenenador que les suministró las *spiras* y el vino no exageró al decir que había puesto cianuro en ellos para acabar con una manada de caballos. Hasta el último momento, Jaret temió que Stornarja le sirviera los alimentos equivocados.

El registro de la planta baja fue un paseo para Karaxtos y Stornarja. Los pocos supervivientes que encontraron no tenían fuerzas ni para levantarse.

Pronto morirían.

—Subamos al primero —ordenó Jaret—. Detrás de mí.

Jano apenas podía contener los ataques de Término.

El *doctore* parecía inmune al cansancio. Su arma descendía una y otra vez sobre el *parma*, que comenzaba a astillarse bajo el filo de la *spatha*. La cadencia de golpes era digna de una competición de talar árboles. Jano no entendía por qué lo hacía: a ese ritmo, Término no tardaría en cansarse.

Para desgracia del general, se dio cuenta tarde de que se trataba de un ardid.

Término lanzó hacia atrás el brazo izquierdo y asestó un golpe brutal contra la mano de Jano que empuñaba el *gladius*. El guantelete metálico impidió que el filo del escudo le rompiera los huesos, pero la espada salió volando por los aires.

El anfiteatro se puso en pie al ver al misterioso gladiador desarmado.

Cómodo aulló como un lobo.

Tamura no pudo evitar levantarse del asiento. Faustina la agarró de la manga y la volvió a sentar de un tirón.

—Tú sabes quién está detrás de ese casco, ¿verdad?

La sármata la miró de reojo. Se dio cuenta de que la pregunta era en realidad una afirmación, así que siguió la recomendación de Ocellina y fue sincera con la emperatriz.

—Sí, lo sé. ¿Y tú, *domina*?

Faustina volvió la vista a la arena, donde Jano retrocedía, armado solo con el *parma* astillado. El público rugía, y Término abría los brazos en señal de victoria. Lo único que le quedaba era rematarlo.

—Que los dioses asistan a Jano —murmuró la emperatriz.

A pesar de no encontrar ninguna amenaza seria, Karaxtos y Stornarja mancharon sus espadas de sangre en la segunda planta.

Algunos pretorianos surgieron de sus estancias esgrimiendo sus armas, a pesar de no encontrarse bien. Trastabillaban doblados por el dolor, apoyándose donde podían y lanzando estocadas a ciegas. A Stornarja le fue fácil apartar las espadas de un golpe y atravesarles la garganta en el contraataque. Karaxtos observaba los movimientos de su pupila con el orgullo del maestro. Un maestro que ya respetaba a su alumna hasta el grado de temerla.

Estaba claro que el palacio entero había sucumbido a los efectos del cianuro. En el primer piso solo quedaban dos habitáculos por registrar. Karaxtos entró en uno que tenía una cortina en lugar de puerta, un almacén abarrotado de ropa de mujer. El sármata metió la espada entre los vestidos por si hubiera alguien oculto entre ellos. Nada.

Stornarja y él entraron en la última habitación de la planta, sin duda la más interesante que habían visto hasta ahora. Parecía un laboratorio lleno de frascas, recipientes de barro, lámparas, fogones y un montón de cestas llenas de hierbas, además de mil y un cachivaches de uso desconocido. Un grabado en la pared representaba el cuerpo humano y sus partes, junto a otros que mostraban plantas y fórmulas misteriosas.

Karaxtos hizo un gesto para ahuyentar a los malos espíritus.

—Brujería. —El sármata echó un vistazo rápido por la sala sin atreverse a tocar nada—. Volvamos con Jaret, nos queda el último piso.

Dieron media vuelta y se marcharon.

Si hubieran abierto el arcón en la esquina más alejada del laboratorio, habrían descubierto a Kostas tapándole la boca a Eudor

de Atenas, que apenas podía controlar el miedo. Por suerte para ellos, ninguno de los dos bajó a la sala de guerra a brindar por el emperador. Eudor respiraba muy fuerte, al borde del ataque de nervios, y Kostas trataba de silenciarlo intentando no hacer ruido.

Si aquellos bárbaros los descubrían, estarían igual de muertos que el resto de la guarnición.

—Y así es como acaba nuestra historia, Puño del Emperador.

Término se interponía entre Jano y su *gladius*. Lo único que le quedaba al general era un escudo medio roto y una moral hecha trizas. De repente, Jano tuvo el presentimiento de que Tamura lo observaba desde algún lugar del anfiteatro. Iba a verlo morir, sí, pero lo vería morir luchando. En las gradas, el público aullaba con los pulgares hacia arriba, pidiendo su muerte.

—Ven y mátame de una vez, fracasado hijo de puta —lo provocó Jano, sacando el brazo de las enarmas del escudo; lo agarró con ambas manos, como un arma improvisada en una pelea de cantina—. Pienso romperte los dientes que te quedan antes de que me envíes a los Campos Elíseos.

Término se echó a reír.

—Ni lo sueñes, Jano... esto no será rápido.

El *doctore* arrojó el escudo y la *spatha* cerca del *gladius* del legado. Con movimientos lentos, descolgó la maza a dos manos acabada en una bola de púas. La mostró al público sin darle la espalda a su oponente. El graderío volvió a estallar en ovaciones.

—¿Qué preferís? —gritó, levantando la temible arma a dos manos —. ¿Maza? —El clamor fue ensordecedor; Término bajó el arma y se golpeó la daga que llevaba enfundada en el cinturón—. ¿O *pugio*?

Apenas unos pocos celebraron la segunda opción. Incluso se oyeron algunos abucheos. Término se encogió de hombros y elevó la maza al cielo.

—Lo siento, Jano —dijo—. Te romperé las piernas y los brazos antes de machacarte la cabeza. ¿Te acuerdas de lo que decíamos antes de saltar a la arena?

—Claro que sí: hay que darle un buen espectáculo al público.

Y dicho esto, Jano le lanzó el escudo a Término con todas sus fuerzas.

El *parma* voló directo hacia el *doctore* girando sobre sí mismo, cortando el aire. Tamura y Faustina, en el palco, volvieron a levantarse de un brinco.

Detrás de ellas, Cómodo vociferaba como el más salvaje de los energúmenos del anfiteatro.

Jaret se asomó a la barandilla de la escalera y divisó a cuatro centinelas que custodiaban una puerta doble al final del pasillo. Estudió su equipo: pilo, espada y *pugio*. Sin escudos. Parecían nerviosos, no paraban de hablar entre ellos.

Adivinó que detrás de aquellas puertas estarían las dependencias de Marco Aurelio. Jaret hizo una seña a Karaxtos y Stornarja para que no subieran aún. Agachados en el último tramo de escalera, aguardaron la orden de su jefe.

Jaret decidió jugársela. Respiró hondo y volvió a convertirse en Mario Valeriano. Subió los últimos peldaños y caminó directo a los centinelas. No conocían al tribuno, pero la presencia de un oficial les proporcionó un mínimo consuelo.

—*Domine*... —saludó uno de ellos.

El resto se limitó a un saludo militar. Jaret se dio cuenta de que eran muy jóvenes, como la mayoría de los pretorianos que había visto en el palacio durante toda la jornada.

—¿Está el emperador dentro? —preguntó.

—Sí —contestó el que le había saludado; parecía confuso—. ¿Sucede algo? Hemos oído quejidos, pero no sabemos qué pasa, no podemos abandonar el puesto...

—Nada importante, unos guardias indispuestos. ¿Habéis tomado los pasteles y el vino que os han traído?

—Todavía no —contestó otro guardia—, estamos de servicio.

—Menos mal —respondió Jaret, fingiéndose aliviado—. Es posible que estén en mal estado. ¿Dónde los habéis guardado?

—En esa habitación de ahí —dijo el guardia que le saludó, señalando una estancia próxima—. Ven conmigo, *domine*.

El falso tribuno se dirigió a los demás.

—Vosotros quedaos aquí en silencio, no alarmemos al emperador.

Jaret caminó junto al pretoriano. Al pasar por las escaleras se ocupó de mantener la atención del joven centrada en él, para que no mirara hacia donde estaban Karaxtos y Stornarja, a la vez que les hacía un gesto con los dedos.

Tres.

El pretoriano fue el primero en entrar en la habitación. El *pugio* de Jaret le atravesó la garganta un segundo después. El joven no emitió sonido alguno. El espía acompañó el cuerpo en la caída para que no hiciera ruido y abandonó la estancia. Una vez en el pasillo, descubrió que Stornarja y Karaxtos ya atacaban a los guardias. El primero de ellos cayó con el corazón atravesado por una flecha.

Los otros dos se sobrepusieron del susto inicial en un segundo y arrojaron sus lanzas a la vez. El primer pilo pasó a pocos dedos de la cabeza de Stornarja, que ya sacaba otra flecha del carcaj. El segundo hubiera matado a Karaxtos si este no llega a aplastarse contra la pared.

Los pretorianos se lanzaron contra los sármatas espadas en ristre, pero no tenían nada que hacer contra los intrusos. Stornarja acertó con una flecha en plena cara al más próximo; Karaxtos paró con facilidad tres puñaladas de *gladius* antes de atravesarle el estómago al último de ellos. Jaret se acercó y apartó los cadáveres con el pie.

—Registrad esta planta —ordenó.

Jaret se apoyó en la puerta de las dependencias de Marco Aurelio mientras Karaxtos y Stornarja buscaban supervivientes. No tuvo que esperar demasiado hasta que volvieron a aparecer en el fondo del pasillo con las espadas goteando sangre. Habían rematado a tres moribundos que convulsionaban sobre sus lechos, envenenados por el cianuro. Según los cálculos de Jaret, solo quedaba una persona con vida en el palacio imperial.

El emperador de Roma, Marco Aurelio Antonino Augusto.

El escudo acertó a Término en plena boca.

Por suerte para él, las *paragnatides* del casco absorbieron parte del impacto, aunque no todo. Para satisfacción de Jano, el *doctore* escupió los restos de sus dientes a la arena, entre salivazos de sangre.

—¡Ahora solo podrás tomar sopa, Término! —gritó alguien desde las gradas.

El público rio la gracia al espontáneo. En unos segundos, el anfiteatro estalló en carcajadas y burlas hacia el *doctore*. Término lanzó una mirada de odio profundo a Jano, que apreció que parte del labio inferior del gladiador le colgaba de un jirón de carne. Aquello tenía que doler como parir un erizo por el culo.

Era muy posible que a Jano solo le quedara un minuto de vida, pero decidió disfrutarlo. Empezó a reírse debajo del casco tracio, acompañando al público en su jolgorio. Término, con una baba espumosa de sangre colgando, parecía un toro a punto de embestir.

—¿Ves, viejo? —lo provocó Jano—. Te dije que te rompería los pocos dientes de mierda que te quedaban.

—Estás muerto, hijo de puta.

Término hizo girar la maza por encima de la cabeza. Jano no tuvo más remedio que retroceder medio agachado. El primer golpe lateral no le alcanzó las piernas de milagro. Aquel cabrón iba a por sus extremidades, como había prometido.

Un segundo golpe cortó el aire, muy cerca de su pecho.

Tamura vio cómo Jano bailaba, esquivando los mazazos de Término. No las tenía todas consigo. Cómodo, detrás de ella, seguía animando al *doctore*.

—¡Término, aplástale la cabeza a ese cabrón!

Faustina se volvió y lo abofeteó en plena cara. El rostro de Cómodo palideció, a excepción de la mejilla, que empezó a ponerse más roja que las tripas del Vesubio. El niño iba a decir algo, pero la emperatriz se lo prohibió con una mirada de gorgona. Entonces vio, por el rabillo del ojo, que Tamura apretaba los puños.

Algo pasaba en la arena.

La sármata seguía el combate como si este fuera una sucesión de imágenes que se detuviera a cada instante. Término había trazado un

movimiento descendente con la maza, y Jano lo había aprovechado para ejecutar la maniobra del aguijón de acero.

Pero con una diferencia.

Él no tenía aguijón, Término sí.

Jano esquivó el mazazo echándose a un lado, giró sobre sí mismo y rodó por el brazo del *doctore*, ignorando la punta de metal que sobresalía de sus brazales como una daga afilada.

Cuando se separó de su oponente, Jano tenía una herida que partía de debajo del pecho hasta la cadera. La sangre corría hacia su vientre, dibujaba las curvas de los abdominales y se estancaba en el ombligo.

Término le obsequió una sonrisa desdentada y burbujeante de sangre.

Tenía a su presa herida, lista para el remate.

El *doctore* alzó la maza y se lanzó a dar el golpe definitivo.

Marco Aurelio se había quedado dormido sobre el escritorio. Levantó la vista del pergamino donde plasmaba sus meditaciones al advertir jaleo al otro lado de la puerta. Aguzó el oído, pero los ruidos cesaron. De hecho, el silencio que reinaba en el palacio era anormal.

La puerta se abrió de repente. El emperador arrugó la nariz al no reconocer al tribuno que se recortaba en el vano. Pero su sorpresa se acrecentó al ver entrar a Karaxtos y a Stornarja con las espadas prestas.

—¿Quiénes sois?

Jaret se acercó al escritorio con una sonrisa amable.

—César, considérate prisionero —dijo con su voz musical.

—¿Prisionero? —Marco Aurelio soltó una risa amarga—. ¿En mi propio palacio? ¿Y por un pretoriano? ¡Guardias!

Jaret lo mandó callar poniéndole un dedo en los labios. El emperador miró a unos y otros. Dudaba si aquello era una conspiración de la Guardia Pretoriana —no sería la primera, ni la última— o un asalto de los bárbaros. Los tatuajes de Karaxtos no eran propios de un romano. Y era evidente que aquella chiquilla pelirroja con pinta de salvaje no formaba parte de ninguna cohorte.

El falso tribuno señaló un pergamino en blanco.

—Quiero que redactes un salvoconducto que nos permita salir de la ciudad a bordo de tu carruaje blindado. Ya. —Jaret se dispuso a dictarle el texto—. Escribe...

Marco Aurelio se rio en su cara.

—Puedes matarme, si quieres, no temo a la muerte. Cuando un emperador cae, otro lo sucede... y te aseguro que el próximo no será tan magnánimo como yo.

—No queremos que muera nadie, Marco Aurelio —dijo Jaret en tono amable—, pero si tu maravilloso carro no está al otro lado del Danubio al anochecer, mis hombres degollarán a tu esposa y al pequeño Cómodo, no sin antes divertirse un rato con ellos.

El emperador encajó las palabras del extraño como una bofetada, pero enseguida pensó que no era más que una fanfarronada. Su familia había salido de palacio escoltada por dos contubernios de pretorianos.

—Mientes —lo retó el emperador.

—¿Estás seguro? —Jaret dio un paso atrás y se mostró a sí mismo —. Mira mi uniforme, césar: no es una copia, es auténtico. Hay muchos como yo... entre otros, los pretorianos que escoltaron a tu familia esta mañana. Imposible reconocernos, nos movemos entre vosotros sin que os deis cuenta.

Marco Aurelio se preguntó si aquello podía ser cierto. El disfraz del tribuno no era un disfraz: era un uniforme auténtico de la Guardia Pretoriana. Si había más impostores como él, su amenaza podía ser real.

—¡Eres un canalla! —rugió, iracundo—. Te ordeno que me digas dónde está mi familia. ¡Ahora mismo!

—No creerás que voy a darte esa información, ¿verdad? Tienes dos opciones, emperador: una, morir aquí y ahora y condenar a tu esposa e hijo a una muerte lenta; otra, redactar ese documento y venirte con nosotros. Te juro que si cumples tu parte del trato los míos liberarán a tu familia y te trataremos bien. Tienes mi palabra.

—¿Cómo sé que la cumplirás?

—No lo sabes... pero no te queda más remedio que confiar en mí.

El emperador apretó los puños con fuerza.

Gritó.

Gritó de frustración, golpeando el escritorio con toda la furia que dormía dentro de su alma.

Jano se tambaleaba en la arena. Término reía.

Faustina apartó la vista. Ocellina hacía tiempo que tenía la mirada fija en el suelo: no quería presenciar una muerte a sangre fría. Lucio Renato y Bruna asistían muy serios a lo que parecía que iba a convertirse en una ejecución.

Los pulgares en las gradas señalaban hacia arriba: muerte.

—Como verás, todo yo soy un arma —fanfarroneó Término; mientras caminaba hacia Jano, arrastraba el extremo de la maza por la arena, dibujando una especie de campo arado con las púas—. Ahora, prepárate para morir...

—Espera —exclamó Jano; su respiración era entrecortada—. Antes de matarme, júrame que destruirás esa carta.

—Morirás con esa duda.

Término avanzó dos pasos y levantó la maza por encima de la cabeza.

El golpe que descargó fue terrible.

Pero el mazacote erizado de púas no encontró a Jano.

El legado se había apartado de la trayectoria del arma y había recorrido el brazo de Término girando sobre sí mismo, como la vez anterior. Pero en esta ocasión esquivó la terrible espina metálica del brazal del *doctore* para ejecutar la maniobra del aguijón de acero.

Jano se apartó de Término dando unos pasos hacia atrás. En el palco, Tamura soltó una exclamación de triunfo.

Término se había quedado paralizado, como si la maza se hubiera quedado pegada al suelo. La cabeza le tembló cuando torció el cuello para mirarse el costado, una de las pocas zonas de su torso sin acorazar. Cuando reconoció la empuñadura de su propio *pugio* sobresaliendo del riñón izquierdo, lo entendió todo.

Quiso maldecir a Jano por última vez... pero no tuvo fuerzas para

hacerlo.

Cayó de bruces, muerto.

El anfiteatro se vino abajo en un clamor general. Faustina agarró el brazo de Tamura, y esta estuvo a punto de saltar al recinto a abrazar a Jano. Solo cuando recordó que aún tenía que entrevistarse con el emperador, siguió en su asiento.

—Lo ha conseguido —dijo Faustina, casi con lágrimas en los ojos.

—Lo ha conseguido —repitió Tamura.

—¿Cómo lo ha conseguido? —se preguntó en voz alta Cómodo.

Nadie le respondió.

Las rejas del hipogeo se alzaron. Jano recogió el *gladius* y la caja que contenía la carta de Faustina. La abrió, sacó el pergamino y tiró el cofrecillo por encima del hombro. La herida del pecho, aunque superficial, dolía. Era el precio que había tenido que pagar para robarle el puñal a Término en su primera maniobra.

Jano se detuvo junto a un brasero que había en uno de los pasillos del subterráneo, ignorando las ovaciones que aún resonaban en el graderío y las felicitaciones de los otros gladiadores. Arrimó un extremo del pergamino al fuego y comprobó que ardía entero. Cuando quedó reducido a cenizas, siguió caminando hacia la salida.

Encontró a Cneo, el tabelión, en el último tramo de pasillo que conducía al arco que daba al exterior. El funcionario le sonrió.

—Enhorabuena, general, felicidades por la...

El rostro de Cneo se desencajó antes de poder terminar la frase. Jano levantó el brazo hasta que los pies del notario dejaron de tocar el suelo. De la espalda del tabelión brotaron dos palmos de acero.

—Solo un traidor al Imperio es capaz de aceptar algo tan ruin.

Los ojos del tabelión se pusieron en blanco. Algunos gladiadores presenciaron la ejecución, pero ninguno delató al campeón de la tarde. Entre todos hicieron una muralla humana y ocultaron el cadáver cuando Jano siguió caminando hacia la puerta.

Camaradería entre gladiadores.

Jano abandonó el anfiteatro con la espada aún ensangrentada en la mano. Era tal la ira que emanaba que nadie osó felicitarle. La gente se apartaba a su paso.

El sol se ocultó sobre los tejados de Carnuntum, y la silueta de Jano se perdió en sus callejuelas.

—Alto, ¿adónde vais, *domine*?

El centurión de la puerta detuvo el carruaje. En el pescante, un tribuno de la pretoriana, acompañado de dos guardias, le extendió un documento.

—A llevar este cacharro a Vindobona —rezongó el tribuno—, no te puedo decir más. Es confidencial, como verás —añadió.

—El sello del emperador —murmuró el centurión—. Nunca había tenido un manuscrito del propio césar en las manos —comentó, devolviéndoselo a Jaret—. Tened buen viaje.

—Y tú una buena guardia.

El carruaje blindado atravesó el puente de barcas y desapareció al otro lado del Danubio. Tres controles más lo detuvieron esa noche, y tres controles lo dejaron pasar.

En el interior del carro, Marco Aurelio, atado y amordazado, se maldecía a sí mismo por haberse dejado capturar. A su lado, Karaxtos y Stornarja no le quitaban ojo de encima.

Al emperador, la muchacha le inspiraba más temor que el coloso tatuado.

64

Tamura abandonó el anfiteatro con Faustina, Cómodo y cuatro contubernios de la Guardia Pretoriana que no le quitaban ojo de encima. A pesar de que a lo largo del día se había forjado un extraño vínculo entre la emperatriz y ella, Junio Manes, el centurión responsable de la seguridad de la emperatriz, exigió que le entregara las armas. Tamura no dudó en hacerlo. Estaba a punto de cumplir su misión, la hora de las espadas había pasado.

O eso pensaba.

Fuera de la barrera de escudos y lanzas que separaba a la familia imperial del resto de los mortales, alguien se abría paso entre la multitud tratando de no perder de vista a la comitiva que rodeaba a Tamura. Por ahora le sería imposible acercarse a ella, pero esperaría el momento propicio para hacerlo.

Tarde o temprano tendría que quedarse sola.

Kostas y Eudor corrían a contracorriente de la marea humana que regresaba a casa después de los juegos. La gente se apartaba de su camino convencida de que estaban borrachos, drogados o locos. Aquellos dos ancianos empujaban a los transeúntes sin miramiento alguno, entre unos jadeos roncos que parecían llamar a la muerte a gritos.

Llegaron a las puertas de la residencia del difunto Cato Merino sin saliva en la boca ni aire en los pulmones. Eudor se agarró a la túnica del esclavo que abrió la puerta como si fuera a caerse al suelo. Este reculó, asustado, a pesar de que aquellos dos vejestorios sudorosos y exhaustos no representaban ni media amenaza entre los dos.

—Jano Convector —logró pronunciar Eudor—. Tengo que ver a Jano Convector.

Contagiado de la premura del anciano, el siervo corrió a buscar al

legado. El general apareció abrochándose la última hebilla de la coraza. Había guardado el equipo de gladiador en el fondo de un arcón y se había embutido en la armadura oficial para fingir que había asistido a los juegos. Le alarmó ver a Eudor y a Kostas en aquel estado. Era evidente que algo grave había pasado. Eudor corrió hacia él en cuanto lo vio. Al darse cuenta de que el esclavo estaba atento a la escena, el anciano le susurró a Jano al oído:

—Tenemos que hablar a solas. Se trata de Marco Aurelio.

—Vamos a la exedra —dijo Jano, encabezando la marcha hacia la estancia más alejada del atrio—. Kostas, tú también.

Jano no había vuelto a estar debajo de aquella cúpula desde la muerte de Cato. Aún recordaba la mueca de horror del magistrado sobre el triclinio.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Eudor cuando estuvo seguro de que nadie más los oía.

—Han envenenado a la guarnición y se han llevado a Marco Aurelio en el carruaje blindado —explicó Eudor de forma atropellada —. Kostas y yo nos hemos salvado porque estábamos preparando la triaca en el laboratorio y no bajamos a la sala de guerra para el brindis...

—¿El brindis? ¿Qué brindis? —Jano no entendía nada—. ¿Quién ha envenenado a la guarnición?

—Impostores con uniformes pretorianos, además de un hombre y una joven que se hicieron pasar por mercaderes.

—Espera —lo interrumpió Jano—. ¿Puedes describirlos?

—Yo no, pero Kostas los vio cuando fue a la cocina a por unos ingredientes que me faltaban.

—El mercader era alto y muy fuerte —explicó el esclavo—, con la cara llena de tatuajes. Ella era pequeña y delgada, pero su aspecto engañaba: era implacable. —A Jano se le despejaron las dudas; la descripción coincidía con algunos de los asesinos sármatas—. Oí cómo mataban sin piedad a los que se resistían. Me asusté y volví al laboratorio. Eudor quería avisar al emperador, pero yo le obligué a esconderse conmigo en un arcón. —Las lágrimas le corrían por las arrugas de la cara—. Hice mal, lo sé...

Jano le agarró el brazo y lo obligó a mirarle a los ojos.

—Escúchame, Kostas: si hubierais ido a avisar al emperador, ahora estaríais tan muertos como los demás y no tendríamos ninguna pista de los secuestradores. Gracias a tu decisión, sé quiénes son. Contádmelo todo con detalle de camino al palacio.

Los silbatos sonaron en cuanto el centurión Junio Manes descubrió que la entrada al patio del palacio estaba vacía.

La escolta de la familia imperial formó en testudo alrededor de la emperatriz y su hijo. Tamura se encontró, de repente, en las tripas de la tortuga de escudos junto a Faustina y Cómodo. Ni en sueños habría imaginado estar dentro de una. Las lanzas apuntaban al exterior, formando un erizo de puntas de hierro.

—¿Qué pasa? —preguntó Faustina, pero nadie respondió.

Cómodo se agarró a su madre, asustado; a la hora de la verdad, no era más que un niño. *Vigiles* y pretorianos acudieron al toque de silbato a la carrera, expulsando sin contemplaciones a los pocos civiles que transitaban por la zona. En pocos minutos se creó un perímetro de seguridad alrededor del palacio que se extendía a varias calles.

—¡Registradlo todo y buscad al emperador! —ordenó a voces el centurión Manes, plantado en mitad del patio exterior—. Apresad a cualquier sospechoso que veáis.

Un grupo de seis *vigiles* entró en las caballerizas, mientras que un río de pretorianos irrumpía en el palacio por la puerta principal y otro bajaba al sótano por el acceso que daba al exterior. Algunos soldados se dirigieron a la parte posterior del edificio para revisar los jardines. Al cabo de un momento, los informes comenzaron a correr a gritos.

—Aquí hay cadáveres sin heridas, centurión —informó un guardia junto a la escalinata—. Hay vómitos por todas partes.

—¡Todos muertos en el cuerpo de guardia! —gritó un *vigil* que apareció tres segundos después por la puerta principal, devolviendo la cena.

—Dos pretorianos degollados en el establo.

Manes sintió que le faltaba el aire. Imaginó al emperador asesinado

en sus dependencias y las piernas le temblaron. Decidió armarse de valor y entrar en el palacio para enfrentarse a la debacle cara a cara.

Junio Manes no olvidaría aquello durante el resto de su vida.

El hedor era insoportable. Había cadáveres por todas partes. Algunos presentaban heridas; otros yacían en el suelo o sobre sus camastros con espumilla escapando de sus bocas crispadas por la muerte. Manes reconoció al joven centurión Benicio Octavio tumbado boca arriba sobre un jergón del cuerpo de guardia. Sus ojos, resecos, estaban fijos en el techo.

La mezcla de pena e ira era difícil de tragar. Cuanto más subía por la escalera del palacio, más seguro estaba de encontrar al emperador sin vida. El dolor y la muerte lo acompañaron en su ascenso. Cuando llegó al segundo piso, se tropezó con los centinelas muertos y las puertas del despacho de Marco Aurelio abiertas.

—¿Y el césar? —preguntó Manes a los pretorianos que registraban los cubículos del emperador.

—Ni rastro, centurión —contestó el más próximo—. No está en palacio.

Un *vigil* se asomó al corredor desde una habitación cercana. Al ver a Manes, lo llamó.

—Centurión, ¿puedes venir un momento?

Manes entró en la habitación. El *vigil* le mostró una mesa sobre la que reposaba una jarra de vino y varios pasteles en forma de trenza. El soldado cogió uno, lo olió y lo acercó a la nariz del centurión.

—No lo muerdas, solo huélelo. ¿A qué huele?

—¿A almendras?

El *vigil* asintió.

—Huele a almendras. Sin embargo, no lleva. Así es como huele el cianuro.

El centurión soltó una maldición justo cuando unos pretorianos aparecieron al final del pasillo.

—El palacio es seguro —informó uno de ellos—, pero no hay supervivientes.

La formación de testudo que protegía a la familia imperial entró en el patio escoltada por más pretorianos. Faustina agarraba a Cómodo

por los hombros desde atrás, tensa. Tamura se movía con ellos, empujada por los soldados que formaban la tortuga. Cuando esta se abrió, vieron al centurión Manes delante de un pequeño ejército de pretorianos y *vigiles*. Este se dirigió a la emperatriz con voz entrecortada.

—*Domina*, el emperador ha desaparecido.

Aquella vereda era complicada de transitar hasta para las cabras.

Y ahí estaba Ictis, procurando mantener el equilibrio sobre el jamelgo piojoso que los sármatas le habían proporcionado para el viaje. Mientras trataba de no matarse, el vándalo se preguntaba por qué demonios había aceptado rodearse de aquel grupo de indeseables.

El día anterior lo pasó a solas con Dadagos, y había sido uno de los más inquietantes de su vida; y eso que la vida de Ictis era una antología de momentos inquietantes. Lo que Dandro llamó campamento resultó ser una hondonada rodeada de matorrales espinosos en el que apenas cabían los caballos. Enseguida entendió por qué los romanos no se acercaban por allí. Ni el peor de los monstruos habría tenido valor para fijarse en un lugar tan horrible.

Si bien Dadagos no se había mostrado hostil hacia Ictis, tenía algo en su forma de mirar que le asustaba. Dentro de sus ojos reinaba una oscuridad aterradora. El viejo lo invitó a beber con él, y entre copa y copa de vino, le contó que quería hacerse con una buena suma de dinero para retirarse a descansar en algún lugar lejano, después de haber dedicado su vida entera a servir a reyes. Dadagos frio a Ictis a preguntas sobre el Cíclope, preguntas que este respondía con medias verdades, muchas lagunas y más mentiras. Al vándalo le dio la impresión de que aquel malnacido lo asesinaría en cuanto dejara de serle útil.

De todas formas, Ictis también tenía planes contra ellos. La cuestión era quién reiría el último.

Pero fue bien entrada la noche cuando la cosa se puso más interesante, por llamarlo de algún modo, cuando el resto del grupo apareció entre los espinos, a pie. Ictis encontró raro que Jaret, Dandro

y Lándigo fueran vestidos de pretorianos, pero decidió que era mejor no preguntar. Cuando Jaret se quitó el casco y se soltó el cabello rubio que llevaba recogido en un moño, fue como si se reencontrara con su antiguo ser. Lándigo, en cambio, había sacrificado la barba y la melena para ceñirse al papel de soldado romano. Con el rostro afeitado se parecía un poco más a Jaret, aunque sin llegar a alcanzar, ni de lejos, la belleza y el magnetismo de su hermano.

Pero lo que más le extrañó a Ictis fue la presencia de aquel hombre, atado y amordazado, con aspecto de patricio. ¿Quién sería aquel prisionero? También oyó hablar a los sármatas de un carruaje que habían dejado en algún lugar. Ictis no entendía de qué iba aquella historia, así que prefirió escuchar y guardar silencio. Por lo menos, parecían contentos.

Menos la niña loca.

La niña loca era como un espectro. Su mirada y su eterno silencio eran acongojantes.

Partieron a caballo mucho antes de que despuntara el día. Ictis no era buen jinete, y su montura famélica ayudaba poco. Para él, cabalgar de noche era como deambular borracho dentro de una habitación oscura forrada de estacas. Invocó con ganas el amanecer, pero fue justo al salir el sol cuando se desviaron por aquel camino alfombrado de piedras traicioneras.

Por fin llegaron a un terreno menos empinado y más estable. Ictis vio al prisionero por primera vez a la luz del día. Cabalgaba en el mismo caballo que Karaxtos, en su regazo. Por cómo vestía, a Ictis no le cupo duda de que se trataba de un noble. El sármata del rostro tatuado volvió la cara hacia el rastreador y le dedicó una sonrisa que le heló la sangre en las venas.

Un par de horas después, cabalgaban por veredas que ni siquiera Ictis conocía. El vándalo sabía que había legiones acampadas a lo largo de todo el *limes*, pero por el momento no se habían tropezado ni con una patrulla despistada de auxiliares. A pesar de ir al paso, acabarían dejando atrás a las tropas romanas si continuaban avanzando por aquellos senderos tortuosos.

—¡Eh, cabeza de perro!

Ictis giró la cabeza y descubrió a Dandro a su izquierda.

—Estás muy callado —dijo el sármata, riéndose.

—No tengo demasiado que decir, amigo Dandro. Eso sí, os veo felices.

—Los planes han salido bien —se regocijó el grandullón, guiñándole un ojo—. Oye, sabrás llegar donde el Cíclope cuando salgamos de este laberinto, ¿verdad?

—La duda ofende, amigo Dandro —respondió, a pesar de que no tenía ni la menor idea de dónde estaba.

—Vamos a hacernos ricos —auguró el sármata—. No solo por el Cíclope. Seguro que Zántico nos cubre de oro cuando vea lo que le llevamos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime.

—¿Quién es el flacucho ese que cabalga con Karaxtos?

Dandro rio y le dio un palmetazo en la espalda que casi lo tira del penco. En un acto reflejo, se agarró la piel del moloso y fingió que la broma le había hecho gracia. Un golpe más para su colección, qué más daba.

—¿De verdad que no sabes quién es? —preguntó Dandro, incrédulo.

—Te juro que no tengo ni idea.

—¡El emperador Marco Aurelio!

Ictis se echó a reír. Primero una risa leve que fue subiendo en intensidad. Conforme el rastreador se reía, Dandro iba poniéndose serio, y conforme Dandro se ponía serio, la risa de Ictis menguaba hasta quedar congelada en una sonrisa aterrada.

—Estás hablando en serio. Es el emperador.

Dandro asintió.

—Es el emperador —confirmó—. Se lo llevamos a Zántico.

Ictis miró al horizonte frente a él. Un horizonte que terminaba en el siguiente recodo infestado de árboles y matorrales.

El emperador Marco Aurelio. Si aparecía una legión... Si lo capturaban...

Ictis se preguntó qué se sentiría clavado durante horas en una cruz.

Jano Convector se encontró cerca del palacio con Marco Bassaeo Rufo, quien capitaneaba a una veintena de pretorianos que avanzaban a paso ligero. Eudor y Kostas se habían quedado rezagados, pero consiguieron informar al legado hasta del último detalle del asalto.

—Ya sabes lo que ha pasado, ¿verdad? —le preguntó Jano a Rufo, sin dejar de correr.

—Sé que han atacado el palacio imperial.

—Y han secuestrado al emperador —añadió Jano.

Rufo soltó una blasfemia.

La residencia y sus alrededores eran un hervidero de tropas. Las calles estaban cortadas a más de doscientos pasos de la plazoleta, y solo los militares estaban autorizados a atravesar el perímetro. Hombres a pie y a caballo pasaban en una y otra dirección. Mensajeros, adivinó Jano.

—General —saludó uno de los guardias de la entrada del palacio —. El centurión Junio Manes te espera en la sala de guerra. La emperatriz y su hijo están con él, sanos y salvos —informó.

—Al menos ellos han llegado bien —gruñó el prefecto.

Jano y Rufo bordearon la alfombra de cadáveres que se extendía desde el edificio principal a las caballerizas. Los habían dispuesto en filas y aún estaban sin cubrir.

—Conozco a muchos de ellos —susurró Rufo.

—Ya habrá tiempo de llorarles. Ahora tenemos que decidir qué hacer.

El general y el prefecto se quedaron de piedra al ver a Tamura junto a Faustina y Cómodo en la sala de guerra. Junio Manes se cuadró en cuanto los vio entrar. A Rufo le pareció que el suboficial había envejecido diez años en una tarde. El informe de su gestión fue rápido.

La primera decisión acertada del centurión fue prohibir que se difundiera la noticia de la desaparición del emperador entre la población civil, so pena de muerte. El siguiente acierto fue crear un perímetro de seguridad alrededor del palacio, formado por más de trescientos hombres.

—Te mereces un ascenso —afirmó Jano—. Ahora tenemos que

decidir a quién informar y qué hacer.

Lares Volusio apareció justo en ese momento en la sala de guerra. Jano conocía de vista al instructor de Cómodo, y sabía que Marco Aurelio lo tenía en gran estima. Por el rabillo del ojo, apreció cómo el soldado se acercaba al niño y lo tranquilizaba con sus palabras. A su izquierda, Tamura dio un paso al frente. Rufo se la quedó mirando, preguntándose qué pintaba Lidia allí, junto a Faustina y Cómodo, vestida de cuero negro y llena de polvo de la cabeza a los pies. Si el prefecto no hubiera estado centrado en su labor de vigilancia y hubiera atendido a los juegos, seguro que habría reconocido a la famosa matadora de fieras.

—Sé quién se ha llevado al emperador —comenzó a decir Tamura, captando la atención de los presentes; la sármata se dirigió a Faustina —. *Domina*, creo que la vida de tu esposo no corre peligro inmediato. Vale mucho más vivo que muerto. Además, si hubieran querido matarlo, lo habrían hecho en sus aposentos.

Rufo saltó. En su voz no hubo ni pizca de amabilidad.

—¿Se puede saber cuál es tu papel en todo esto, Lidia?

Para su sorpresa, fue la propia Faustina quien lo cortó.

—Lo sabrás a su tiempo, prefecto —respondió, en un tono que no dejaba lugar a réplica—. Por ahora, solo tienes que saber... todos tenéis que saber —rectificó—, que Lidia cuenta con mi absoluta confianza. Tenemos una sola prioridad: rescatar a mi esposo. Lidia, sigue.

Rufo se sintió ofendido, pero decidió guardar silencio. Ahora lo mandaban callar para que la augur impostora hablara como si fuera la comandante suprema del ejército.

—El carro blindado no está —siguió Tamura—, eso significa que lo han usado para salir de la ciudad. Lo más probable es que emplearan un visado firmado por el propio Marco Aurelio.

Faustina intervino, algo molesta.

—Mi esposo no firmaría nada contra su voluntad, ni bajo amenaza de muerte.

—¿Lo haría si le hicieran creer que sus seres queridos corren peligro? —preguntó Tamura. El silencio de Faustina fue elocuente—.

Domina, los hombres de Zántico carecen de escrúpulos, son inteligentes, muy peligrosos y conocen las tierras al otro lado del *limes* a la perfección. —Una pausa—. Pero yo también las conozco.

—¿Qué propones? —inquirió Faustina.

—Perseguirles. Su grupo, aunque pequeño, es letal. Nosotros tenemos que formar otro y darles caza. Y hacerlo rápido —añadió.

—Me apunto —anunció Marco Bassaeo Rufo.

Jano no estuvo de acuerdo.

—Te necesitamos en Carnuntum, Rufo —repuso—. Lidia y yo iremos más rápido.

—Yo puedo ir con vosotros —intervino Lares Volusio—. Soy bueno con la espada y cabalgo rápido.

Jano le dedicó una mirada de agradecimiento al *evocatus*.

—No te conozco demasiado, pero sé que el emperador confía en ti. Además, tu fama de buen luchador te precede. Bienvenido.

—Es mi instructor —dijo Cómodo—. Es muy bueno, tío Jano.

El general sonrió al niño. Faustina reprimió un suspiro y cruzó una mirada furtiva con el legado. Fuera cual fuese la realidad, así tenía que seguir siendo, por el bien de todos.

Tío Jano.

—Somos tres —contó el legado—. ¿Se os ocurre alguien más?

—Tengo un puñado de amigos que conocen el territorio y nos ayudarán —contestó Tamura—. Son valientes, pero, que yo sepa, ninguno es un luchador excepcional.

Rufo volvió a intervenir. Su paciencia estaba bajo mínimos.

—¿Estás hablando de unos amigos mediocres cuando podemos enviar una legión detrás de ellos?

Tamura se enfrentó a él.

—Si esos hombres se ven acorralados, no dudarán en asesinar al emperador. Tenemos que pillarles por sorpresa, sin ruido... y para eso no podemos ser muchos. Además, nos moveremos más rápido si no somos un ejército.

—Lidia tiene razón —intervino Faustina—. ¿Cuándo partís?

—En cuanto nos pertrechemos —dijo Jano, volviéndose a Lares—. ¿Nos vemos dentro de dos horas aquí, en palacio?

—Me encontrarás listo, general —respondió el instructor.

—Necesito mis armas —le pidió Tamura a Manes.

—Ordenaré que te las entreguen —contestó el centurión.

Mientras Tamura esperaba sus armas, Jano convenció a Rufo de que reforzara la seguridad de Carnuntum con Antonio Aburnio Balbo, el comandante de la Decimocuarta en ausencia de Marco Aurelio. El legado se lo dejó claro al prefecto.

—Ahora mismo, eres la máxima autoridad de la ciudad.

—Como una vez lo fui de Egipto. Anda, marchaos... ya hablaremos de esto a vuestro regreso.

—Ya tengo mis armas —anunció Tamura, ajustándose la última daga a la pierna; la mirada de Rufo era de pocos amigos—. ¿Nos vamos?

Jano y ella salieron del palacio un minuto después, a lomos de Sagita.

—¿Crees que podremos con ellos? —le preguntó Jano mientras cabalgaban rumbo a la casa de Ocellina.

—No lo sé —confesó ella—. Ese Lares, ¿es bueno?

—Dicen que sí.

—Ojalá contáramos con alguien más que supiera combatir —deseó Tamura en voz alta.

Justo cuando atravesaron el último cerco de *vigiles* que cerraba la calle, una sombra surgió de la oscuridad plantándose en mitad de la vía con los brazos abiertos. Jano tiró de las riendas y frenó a Sagita para no arrollarlo. Cuando el legado empezó a pensar que se trataba de una emboscada, el hombre pidió disculpas.

—Lo siento, *domine*... solo quería hablar un momento con la gladiadora. Tengo algo para ella...

Jano miró extrañado a Tamura mientras calmaba a su montura.

—¿Gladiadora?

—Te lo contaré luego —repuso ella, dirigiéndose a continuación al hombre, a quien había reconocido nada más verlo—. ¿Qué tienes para mí?

Cornelio, el Hispano, se acercó y le tendió una bolsa.

—Es la mitad de lo que cobramos. Al final hemos tocado a más: mi

compañero, Bronto, el reciario... tampoco lo consiguió. Murió desangrado antes de que los médicos pudieran recomponerle el hombro.

—Lo siento —dijo Tamura, devolviéndole la bolsa—. Quédate con esto, es tuyo.

—No puedo, te pertenece... —El bestiario pareció pensarlo dos veces—. Aunque lo cierto es que me vendría bien, me he quedado sin trabajo.

Jano alternaba su mirada entre el desconocido y Tamura sin entender nada. La expresión de la mujer cambió, como si acabara de tener una idea.

—Te llamas Cornelio, ¿verdad?

—Sí, Cornelio.

—¿Te gustaría ganarte un buen dinero?

Jano se volvió hacia Tamura con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber quién es este tipo?

Ella sonrió.

—El miembro que nos falta para completar el equipo.

65

Al legado Fidio Nemesio Octavio no le dejaron disfrutar de su resaca.

Sus hombres se lo llevaron del anfiteatro el día anterior con intención de que durmiera la borrachera en el campamento de la Duodécima. Por el camino, Fidio se recuperó lo justo para decidir que de dormir nada. Siguió dándole al vino en el pretorio con algunos oficiales y con Arnufis, que los entretuvo durante un rato con algunos trucos de magia, hasta que también acabó en coma etílico. El egipcio había caído bien en el castro, y su tienda era un no parar de clientes. Cuando no vaticinaba el futuro o eliminaba maldiciones, disfrutaba bebiendo en la tienda del comandante, rodeado del alto mando de la Atronadora. A los oficiales les encantaban sus historias, a pesar de que se inventaba la mayor parte de ellas.

Justo cuando mejor se lo pasaba, Fidio recibió la visita del pretoriano portador de la mala nueva del secuestro de Marco Aurelio. Su torre de euforia alcohólica se derrumbó y se convirtió en escombros de cuerpo y alma. Tuvo que dejar a Arnufis durmiendo en un triclinio y a sus otros oficiales vomitando en un rincón, todos felices, mientras él tuvo que cabalgar hasta Carnuntum para una reunión que no auguraba nada bueno.

Fidio llegó a la sala de guerra de madrugada, con los ojos aún enrojecidos por el alcohol. Le sorprendió ver a Faustina junto a los demás legados. La emperatriz lo saludó con un leve gesto. Entre ellos existía un afecto que se remontaba a sus tiempos de juventud, en Roma, cuando ambas familias mantenían relaciones comerciales y de amistad. A pesar de la mala reputación del general como comandante caprichoso y cruel, a ella le caía bien. Faustina no consideraba un defecto la dureza, sino todo lo contrario. Un militar debía tener la misma alma que una piedra: ninguna.

Marco Bassaeo Rufo puso al corriente a los legados de las decisiones tomadas en la reunión con el general Convector, horas

antes. A Fidio le pareció una insensatez arriesgar la vida del general en una expedición que él veía abocada al fracaso, y más si estaba al mando de una misteriosa agente enemiga. Mientras lo oía hablar, los pilares de los razonamientos anteriores se tambaleaban como una columna de arena. La cuestión era aceptar o no la orden del segundo de Marco Aurelio.

—¿Por qué no enviar una legión? —preguntó Fidio a sus iguales, que daban la callada por respuesta—. La mía podría aplastar cualquier resistencia, no esas *vexillationes* dispersas a lo largo del *limes*. No existe un ejército al otro lado del Danubio capaz de combatir contra una legión entera.

—Eso no lo sabemos —opinó otro de los legados presentes—. Se oyen rumores de una alianza entre cuados y sármatas...

—Tonterías —lo cortó Fidio con un gesto de desprecio.

Rufo intervino.

—General, te daría la razón, pero son las últimas órdenes del legado Convector. En ausencia del emperador, él es quien manda. Nos toca obedecer.

—Obedecer las órdenes de un muerto engatusado por una espía enemiga —gruñó Fidio—. Lo más probable es que no sobreviva a este suicidio. —El general señaló a sus compañeros con un dedo acusador —. Haced lo que queráis. Con vuestra pusilanimidad estáis condenando al emperador.

Los legados trataron de hacerle entrar en razón, pero Fidio se mostró testarudo, hasta el punto de abandonar la reunión. Faustina salió al patio detrás de él. Lo encontró ante al trágico espectáculo de legionarios cargando en carretas los cuerpos de los caídos en el asalto. La naciente luz del amanecer impregnaba la escena de un tinte aún más dramático.

—Ojalá pudiéramos hacer algo por mi esposo, Fidio —se lamentó Faustina.

—Eres la emperatriz —le recordó—, solo tienes que ordenarme que movilice a mi legión.

—Te juro que me quedaría más tranquila haciéndolo —confesó, apartando la vista del traslado de cadáveres—, pero enviar una legión

sería arriesgado. Lidia conoce bien a los secuestradores, y ella asegura que asesinarán a mi esposo si los acorralamos.

—¡Lidia! —exclamó Fidio—. ¿Desde cuándo está Lidia al mando? ¿No has pensado que ella podría estar involucrada en todo este circo?

Faustina guardó silencio, incapaz de darle al general una respuesta contundente. Confiaba en Jano, y Jano confiaba en Lidia. Por su parte, Ocellina también había manifestado que la sármata estaba en Carnuntum en una misión de paz, y la viuda de Cato Merino era una persona consecuente.

Pero el engaño tiene dedos largos e impregnados en almíbar, y aquella extraordinaria mujer sármata podría ser lo bastante hábil para engañarlos a todos. Incluso a ella la había embelesado. No había tardado ni un minuto en sentarla a su lado en el palco imperial.

—Te juro que no sé qué pensar, Fidio, ni qué hacer —reconoció la emperatriz—. Por un lado, quiero creer que Jano y Lidia pondrán fin a esta pesadilla, pero por otro, me encantaría ir en busca de mi esposo con una legión armada hasta los dientes.

Justo en ese momento, uno de los guardias pretorianos asignados a la puerta se acercó a ellos. Después de saludar a la emperatriz, se dirigió a Fidio.

—Un hombre pregunta por ti, general.

—¿Por mí?

—Ludovico Corocotta, dice que es propietario de El Faro del Norte.

Faustina y el general intercambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Me permites? —le preguntó Fidio.

—Ve. Te espero aquí, viendo amanecer.

El general acudió a la puerta. Ludovico estaba fuera, bajo la custodia de los centinelas. En cuanto vio al general, lo obsequió desde lejos con una sonrisa de máscara griega. Fidio no le dejó entrar en el recinto; ningún civil debía ver los cuerpos de los muertos para luego ir contándolo por ahí.

—Vamos a un sitio más tranquilo —le dijo a Ludovico, y se alejó con él hasta un rincón apartado de la plazoleta.

Corocotta rompió el silencio.

—Antes de nada, he de preguntar... ¿eres Fidio Nemesio Octavio,

legado de la Duodécima Legión, la Atronadora?

—Lo soy, ¿qué quieres?

—Soy el dueño de la hospedería El Faro del Norte. Hace unos días, unos mercenarios sármatas se alojaron en mi establecimiento. Tenían sus papeles en regla, por lo que no vi inconveniente en admitirles. Se dejaron esto olvidado en una de sus habitaciones. Lo guardé por si venían a recogerlo, pero nadie lo ha reclamado desde entonces.

—¿Qué hay dentro? —inquirió Fidio.

—No lo sé, legado, está sellado. Pero anoche oí que unos extranjeros habían asaltado el palacio imperial y, pensé que... no estoy seguro, claro, es solo una suposición... pero podrían haber sido ellos. Entonces, me acordé de esta caja y decidí traértela.

—¿Por qué a mí y no a otro legado? —quiso saber el general.

Ludovico amplió su sonrisa del fin del mundo.

—En la taberna se oyen cosas, *domine* —confesó—, y todo lo que se oye de ti es bueno. Muy bueno. Dicen que eres el mejor, junto con Pertinax.

Fidio apenas pudo disimular lo mucho que le gustó el halago. Trató de contener la sonrisa de oreja a oreja que pugnaba por dibujarse en su cara. Extendió la mano y recibió el pequeño cofre. No pesaba. Lo sacudió y solo obtuvo un ruido sordo.

—¿Qué habrá dentro? —se preguntó en voz alta.

Ludovico se encogió de hombros.

—Puede que no sea nada, o puede que sea importante. Yo me quedo mucho más tranquilo entregándotelo. Es mi deber como ciudadano romano —concluyó.

Fidio hizo amago de sacar unas monedas para gratificar a Ludovico, pero este no se lo permitió; agachó la cabeza y mostró las palmas en un gesto de agradecimiento.

—No, *domine*, te lo ruego. —Ludovico retrocedió unos pasos en actitud servil—. Cuando las cosas se tranquilicen, será un honor que vengas a mi casa para compartir contigo un ánfora de mi mejor vino.

—El honor será mío... ¿Ludovico?

—Ludovico. Ludovico Corocotta.

El dueño de El Faro del Norte dio media vuelta y emprendió el

camino de vuelta a su establecimiento. Fidio volvió a menear la caja y regresó al palacio. Faustina se había sentado en la escalinata para disfrutar del aire de la mañana. Mientras se acercaba a ella, el legado rompió el lacre y abrió la caja.

Papiros. Papiros dibujados.

Cuando vio el primero, soltó una exclamación.

—Por todos los dioses.

La mirada de Fidio fue del papiro a la fachada del edificio. Faustina lo miró, extrañada.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Fidio le tendió el primer pergamino.

—Mira esto.

Había un dibujo en él. Un dibujo reconocible. La emperatriz cotejó el boceto con la entrada y la fachada del palacio. Una anotación en latín, junto a la puerta.

«Cuatro centinelas.»

El siguiente papiro era un plano del palacio imperial. Se señalaba la ubicación del cuerpo de guardia. Otra anotación: «Segundo piso, fondo derecha, M. A.».

Los siguientes eran mapas de Panonia, dibujos de localizaciones específicas como árboles muertos, rocas dobles, arroyos, una casa en ruinas, un desfiladero...

—¿Qué es esto? —inquirió Faustina.

—Un regalo de los dioses —dijo Fidio, que le mostró el último papiro, que representaba el plano de una aldea—. Aquí llevarán al emperador, Faustina —afirmó, golpeando el documento con la mano —. Estos son los planes de los sármatas.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. El enemigo no cuenta con que tenemos esto —dijo, entusiasmado—. No le digas nada a esos idiotas —advirtió, refiriéndose a los demás legados—. Pienso salir hoy mismo con mi legión, no voy a aceptar las órdenes de alguien que puede haber caído bajo los encantos de una bruja.

Faustina se puso de pie y miró a Fidio a los ojos.

—Voy contigo —anunció, de repente.

—¿Qué?

—Si estás en lo cierto, no me quedaré aquí, esperando. Nuestras posibilidades para encontrar a mi esposo se han duplicado. Por un lado, no estorbaremos a Jano y Lidia. Por otro, nosotros también iremos a por esos sármatas.

Fidio le dedicó una mirada de admiración.

—Prepara tu escolta, emperatriz. Quiero partir antes de mediodía.

Mientras Ludovico Corocotta entregaba el cofre de Jaret a Fidio, cuatro jinetes cruzaban el puente de barcas hacia la orilla opuesta del Danubio.

Tamura iba en cabeza a lomos de Zambil. Justo detrás, Jano Convector la seguía sobre Sagita. El legado había cambiado su armadura ornamentada por una *musculata* de cuero ligero, para soportar mejor el calor infernal de ese maldito mes de junio. Habían dejado a Uteljarab al cuidado de Ocellina, que les había deseado suerte al borde de las lágrimas, pero sin permitirse derramar ninguna. Cornelio, el Hispano, se había hecho muy bien con las riendas de Pravum; además del caballo, Jano le había provisto de arco, flechas y media docena de jabalinas rescatadas de un almacén del palacio imperial. Lares iba el último. Cabalgaba sobre su yegua, Felicitas, y en el rostro se le notaba la alegría de quien se reencuentra con la aventura después de mucho tiempo.

Dos jinetes más se unieron a ellos al otro lado del río: Azariôn y Batori. Tamura reconoció a este último como el guerrero que le devolvió a Zambil, días atrás. Ni Jano ni Lares tuvieron inconveniente en cabalgar con los yacigios. Tamura había visitado a Azariôn en la *insula* de madrugada para ponerle al corriente del secuestro del emperador y de sus planes de rescate. Azariôn no dudó un segundo en ir con ella.

El grupo cabalgó por la vía empedrada que partía hacia el este. Preguntaron por el carruaje blindado a cada legionario que encontraron a su paso; algunos manifestaron haber oído hablar de él a los centuriones que custodiaron los caminos la noche anterior. Jano

tuvo ocasión de entrevistarse con uno de esos centuriones, y este le confirmó que los pretorianos que conducían el carro llevaban un documento firmado por el propio Marco Aurelio.

Tamura, Batori y Azariôn cabalgaban sin quitar ojo a los lados del camino. Batori ordenó detenerse al grupo. Había visto algo a la derecha de la carretera. Descabalgó de un brinco y señaló unas marcas de rueda que se hundían en la tierra a un palmo de profundidad.

—Salieron de la calzada por aquí —dijo, señalando el rastro que se alejaba de la vía.

Siguieron las marcas del carruaje hasta que lo divisaron a varias leguas de donde había abandonado la carretera. Los caballos, aún enganchados al pértigo, se encontraban en un área de pastos y saciaban su hambre.

—Los caballos han venido hasta aquí solos —dedujo Jano—. Seguro que Jaret y los suyos se apearon antes... pero ¿dónde?

—Es fácil averiguarlo —aseguró Batori, para sorpresa del general —. Solo hay que volver atrás y fijarnos en las huellas. Las que produce el carro vacío son menos profundas que cuando va cargado.

Lares y Jano intercambiaron una mirada divertida. Ninguno de los dos había caído en ese detalle.

—¿Ves cómo había que traerlo con nosotros? —presumió Azariôn, con un gesto autosuficiente.

La compañía dio media vuelta y siguió las marcas de las ruedas a la inversa. No tardaron en divisar a una pareja de auxiliares a caballo. Jano galopó hasta ellos, se identificó como general y les ordenó que se encargaran de que el carro y los caballos regresaran de una pieza al palacio imperial de Carnuntum.

Tres millas más adelante descubrieron el lugar donde las huellas cambiaban de profundidad. Batori desmontó e inspeccionó los alrededores. El sármata se dio cuenta de que Jaret y compañía habían caminado en círculos durante un rato, en un intento burdo por despistarles.

—No hay más huellas de caballos que las nuestras y las de los del carruaje —declaró Azariôn—. A partir de aquí caminaron, pero no creo que hagan el resto del viaje a pie.

—Habrán acampado en algún lugar fuera de la vista de las patrullas romanas —opinó Tamura, que lo había hecho infinidad de veces en territorio enemigo.

Batori se fijó en un pequeño cortado que había a la derecha. Se acercó al borde y descubrió un sendero pedregoso que se perdía hacia el sureste.

—Puede que bajaran por aquí —dijo—. Ahí abajo no los vería nadie, y menos si viajaron de noche.

—Anoche fue luna nueva —objetó Azariôn—. Oscuridad total. Pudieron haber ido en línea recta al campamento sin preocuparse por ser vistos.

—Tenemos que investigar cualquier lugar que parezca un buen escondite —intervino Tamura.

Mientras los sármatas discutían en su idioma sobre qué ruta tomar, Lares acercó su montura a la de Jano.

—Parecen perros de caza —comentó en voz baja, para que no pudieran oírle—. ¿Te fías de ellos?

—Me fío de ella, y ella confía en sus amigos.

—¿No te pasa que cuando conoces de cerca al enemigo, no entiendes por qué estamos en guerra con él?

Jano soltó una risa amarga.

—Todos somos más parecidos de lo que nos gusta creer.

—¿Nos considerarán bárbaros? —se preguntó Lares en voz alta.

El legado alzó las cejas.

—¿Nunca has cometido algún acto... digamos, deleznable? —le preguntó a Lares.

—¿Yo? Muchos —reconoció—. Sobre todo, en tiempos de guerra.

—Creo que ser bárbaro no es una raza, ni una nacionalidad... solo es ser diferente.

—Se nota que pasas demasiado tiempo cerca de Marco Aurelio.

Jano sonrió y dirigió su atención a los sármatas. Cerca del cortado, Batori parecía buscar algo en el suelo. Su caballo le seguía de cerca. Azariôn, a su lado, discutía con él en sármata, mientras que Tamura soltaba una retahíla en su lengua, hablando muy rápido. A Jano le hizo gracia oírla expresarse en su idioma natal.

—Batori afirma que tomaron ese sendero —concluyó Azariôn—. El terreno es demasiado escarpado para los caballos. Él y yo iremos a pie, por si encontramos alguna pista. —El sármata entregó las riendas de su montura a Jano—. Vosotros seguidnos por arriba.

Lares hizo girar a Felicitas y se dirigió al legado, hablando entre dientes.

—Ahora nos dan órdenes los sármatas... —dijo, divertido.

—Corren tiempos extraños. Callemos y obedezcamos...

Fidio no lo pensó dos veces antes de poner su legión en movimiento.

Faustina tampoco.

En menos de tres horas, el campamento de la Duodécima Atronadora estaba presto para marchar. Era tal la prisa del general por partir que ni siquiera dio tiempo a sus hombres a aprovisionarse. Cuando los oficiales le hicieron ver que era una imprudencia salir con pocas reservas de comida y agua, este echó por tierra sus protestas.

—Encontraremos agua y comida por el camino —aseguró—. Además, esa aldea está cerca del río Granus. Por falta de agua no será.

Mientras tanto, en Carnuntum, Marco Bassaeo Rufo se tuvo que tragar su fracaso. No solo no había logrado disuadir a la emperatriz de que partiera junto con la Atronadora, sino que se había ganado una reprimenda y una humillación que podía resumirse en siete palabras: «Yo soy la emperatriz, tú te callas».

Eudor tampoco salió demasiado bien parado: le cayó encima la responsabilidad de cuidar a Cómodo, que a su vez pilló una rabieta descomunal por no acompañar a su madre. Rufo se reunió con el tribuno laticlavio de la Decimocuarta Legión y entre los dos organizaron el blindaje de la ciudad, además de convertir el palacio en una fortaleza. La Gémina tomó las calles y los controles de seguridad se multiplicaron hasta convertirse en algo agobiante. La segunda jornada de los juegos quedó suspendida. El pueblo sospechó que algo grave sucedía, porque era imposible dar dos pasos sin tropezarse con una patrulla.

Los pocos sármatas leales a Zántico que quedaban en Carnuntum,

espías menores encargados de realizar trabajos de información a baja escala, optaron por abandonar la ciudad, a pesar de contar con salvoconductos que les permitían circular por el Imperio. Ababa decidió permanecer encerrada en la *insula*. Nunca lo supo, pero fue la única yacigia que quedó en la urbe después del asalto al palacio imperial.

Pero el trabajo de aquellos espías menores de Zántico no terminó cuando se marcharon. Jaret y Dadagos les habían dado instrucciones precisas antes de partir. Uno de esos informadores, un granjero maduro que en su vida había empuñado un arma contra Roma, contempló desde unos árboles lejanos cómo los legionarios desmontaban a toda prisa el campamento de la Duodécima Legión.

No pudo evitar una sonrisa de satisfacción: era justo lo que esperaba desde la noche anterior. Montó en su caballo y cabalgó hacia el este.

A Jaret le gustaría saber que el general Fidio Nemesio Octavio había mordido el anzuelo.

66

Jaret y Dadagos supieron que habían dejado atrás las legiones cuando comenzaron a encontrar aldeas y asentamientos dispersos por el territorio. La mayoría eran granjas compuestas por construcciones pequeñas y rudimentarias junto a campos de cultivo. De haber habido romanos cerca, los sembrados habrían sido pasto del saqueo. Aquellos campesinos —la mayor parte, cuados— parecían no haber sido molestado en meses. Casi todos eran ancianos, mujeres y niños, acompañados por un puñado de jóvenes y adultos.

Todo aquel capaz de empuñar un arma con cierta maestría estaría en el noreste, engrosando las filas del ejército de Ariogeso y Zántico.

El emplazamiento al que se dirigía Jaret estaba a medio día de viaje, perdido en las llanuras boscosas que se extendían entre los ríos Váh y Nitra. Como de costumbre, Jaret tenía más de un plan, pero el principal, el maestro, dependía de si recibían o no la visita de un emisario en los próximos días. Si Ludovico Corocotta había cumplido con su parte del trato, lo más probable es que tuvieran noticias muy pronto.

Cruzaron el Váh esa misma tarde. Cabalgaban a buen ritmo a pesar de ir al paso para no cansar a los caballos. Nadie los molestó. Lándigo viajaba un poco por delante para anticiparse a cualquier amenaza; Dandro lo hacía en la retaguardia, cubriendo sus espaldas. Jaret sabía que irían tras ellos, pero por ahora disfrutaban de una buena ventaja. Y si sus perseguidores se adelantaban los esperaría en el lugar elegido como punto de reunión con el mensajero, un emplazamiento difícil de encontrar y fácil de defender.

—Emperador —le dijo Jaret a Marco Aurelio—, te encantará el alojamiento que te tengo preparado en la Tumba del Águila. ¿Sabes por qué se llama así?

Marco Aurelio ni siquiera le dedicó una mirada de soslayo. No había pronunciado una sola palabra desde que salieron del palacio, y

eso que ahora no iba amordazado. Tampoco había comido, y había bebido el agua justa para no deshidratarse. Se mantenía muy tieso en el caballo de Karaxtos, al regazo del guerrero, mirando al frente como si pudiera ver algo que los demás no fueran capaces de ver.

Jaret prosiguió, con esa voz que a veces acariciaba y otras parecía arañar.

—Era un antiguo fortín romano, no recuerdo de qué legión. Los tuyos atacaban a mis compatriotas desde ahí. Ya sabes cómo funcionan esas incursiones, ¿verdad? Mujeres violadas, niños asesinados, hombres capturados para ser vendidos como esclavos...

Stornarja levantó un poco el labio superior en un gesto de odio que pasó desapercibido al emperador. Dadagos había advertido a Jaret que dejar a Marco Aurelio a solas con ella supondría un riesgo para él. El viejo cabalgaba siempre cerca de la joven, confiando en poder detenerla en caso de que fuera a cometer alguna locura.

—Nuestros padres asediaron aquel fortín —siguió explicando Jaret, a pesar de que el emperador parecía no escucharle—. Cuentan que fue una batalla dura, muchos sármatas murieron ese día... pero el fuerte cayó. Lo que vino después no es para enorgullecerse, pero, bueno... somos unos salvajes, ¿verdad?

Marco Aurelio apretó los dientes detrás de sus labios cerrados. A su lado, Ictis escuchaba el relato de Jaret en silencio. Tampoco él había hablado demasiado desde que partieron de Carnuntum. El vándalo manifestó en varias ocasiones, de forma que todos pudieran oírle, que él estaba allí por el negocio del Cíclope y que no tenía nada que ver ni con el emperador ni con la causa sármata. Quería mantenerse neutral en el conflicto. Allá cada cual y las consecuencias de sus actos. Hasta que no prepararan el asalto a la guarida del monstruo, él no abriría el pico.

Jaret hizo girar su caballo hacia una arboleda cercana por la que cabalgarían unas horas. Siguió con su historia.

—Obligaron a los supervivientes a cavar un hoyo en el patio del fortín. El atrio, como a vosotros os gusta llamarlo. Un agujero profundo. No sabes lo convincentes que son nuestras lanzas... bueno, puedes imaginarlo. Unos cuantos pinchazos y todos saltaron a la fosa.

Nuestros padres arrojaron dentro sus estandartes; entre ellos, esa águila dorada que tanto veneráis. Luego los cubrieron de tierra, vivos... y allí seguirán, abrazados a esa águila, llorando en busca de consuelo eterno.

Ictis miró al emperador de reojo. Verle tan derrotado, sentado entre las piernas de aquella masa de músculos tatuada, le producía una sensación de lástima que le era difícil de entender. Puede que fuera por sus ojos.

Eran los ojos de un hombre atormentado, pero un buen hombre.

—¡Descanso!

La orden corrió por la columna de viaje de la Duodécima Legión hasta llegar a su cola. También se oyó dentro del carruaje blindado en el que viajaban Faustina y sus esclavas acompañadas por Arnufis, el mago. El hechicero vio un augurio maravilloso el hecho de haberse cruzado con la fortaleza rodante en su camino de vuelta a Carnuntum. Fidio ordenó incorporar el vehículo a la expedición, de modo que cambiaron la austera carreta en la que viajaban Faustina y sus esclavas por la familiar comodidad del palacio sobre ruedas. A la emperatriz le producía cierta angustia saber que su esposo había estado dentro del carruaje solo unas horas antes, pero le consolaba la idea de que una legión entera marchaba a rescatarlo.

La idea de que Arnufis acompañara a la emperatriz surgió del general Fidio.

—Te hará el viaje más ameno —prometió.

Y lo cierto es que acertó. Las horas pasaban más rápido con las historias de aquel charlatán.

Los legionarios aprovecharon la parada para soltar equipo, sentarse en el suelo y beber de sus cantimploras. Entre la tropa corría el rumor de que los carruajes que componían el bagaje iban ligeros de víveres, sobre todo de agua, aunque los observadores que conocían el terreno los tranquilizaron: el río Váh estaba a pocos días de marcha hacia el este. Lo peor era el calor sofocante. Los tribunos de la Atronadora aconsejaron a Fidio que permitiera a los legionarios despojarse de

armaduras y cascos durante la marcha, pero este se negó en redondo.

—Miradme. —Fidio abrió los brazos y se señaló a sí mismo, ataviado con armadura completa—. ¿Me oís quejarme del calor? ¿Os quejáis vosotros? —Nadie tuvo valor de contestar—. Pues si oís a alguien quejarse, diez latigazos... y veréis cómo se acaban los lloriqueos.

Fidio reunió a sus tribunos y observadores alrededor de una mesa, a un lado de la columna de marcha. Consus Erelus, el decurión de exploradores, extendió un mapa de la zona y colocó sobre él dos de los papiros del cofre de Ludovico.

—Hemos localizado este árbol muerto en forma de tridente —informó, señalando el dibujo en el papiro—. Esto de aquí es un arroyuelo seco. Luego hay que seguir al este, hasta descubrir esta formación de rocas...

—¿Habéis encontrado algo sospechoso? —preguntó Hermo Belicio, el tribuno laticlavio.

La respuesta de Consus fue rotunda.

—Nada, *domine*, todo está tranquilo. Apenas algunos campesinos.

—Cuidado con ellos —advirtió Fidio—. Podrían trabajar para ese Jaret.

—¿Quieres que nos encarguemos de ellos, general? —propuso el decurión.

—Daré órdenes a la caballería —respondió Fidio—. Vosotros seguid haciéndolo tan bien como hasta ahora y nosotros nos ocuparemos del resto.

Consus hizo un saludo militar y recogió los mapas. Fidio miró al cielo soleado. Calculó que serían cerca de las dos de la tarde.

—En diez minutos reanudamos la marcha —ordenó.

Los tribunos disimularon miradas entre ellos. De forma muda, echaron a suertes quién hablaría. El más joven, Quirino Calpurnio, titubeó antes de preguntar.

—¿No le daremos a los legionarios tiempo para comer, general?

Fidio lo perforó con una mirada de hierro.

—Ya comerán más tarde. Esos bastardos nos llevan ventaja y no pienso regalarles ni tiempo ni piedad.

Diez minutos después, la Duodécima Legión Atronadora reanudaba la marcha.

Los rostros de sus hombres eran de funeral.

Batori y Azariôn cabalgaban media milla por delante de sus compañeros. Lares se sintió confundido al oír a los sármatas llamar Tamura a Lidia. Incluso al general se le escapó en una ocasión. Jano no vio inconveniente en confirmarle que Tamura era su nombre yacigio.

—¿No te dice nada ese nombre? —preguntó Jano, por si el instructor hubiera oído alguna de las leyendas que lo mencionaban.

—No, pero lo encuentro más bonito que Lidia, más original.

No volvió a hablarse más del asunto. De alguna manera, aquello ayudó a normalizar que Jano llamara a Tamura por su verdadero nombre de una vez por todas.

El día anterior, al final de la hondonada que recorrieron Azariôn y Batori a pie, encontraron el campamento rodeado de espinos donde Dadagos e Ictis esperaron a los demás. La presencia de excrementos recientes evidenciaba que humanos y caballos habían parado allí. El lugar era siniestro y tenebroso. Desde el exterior, parecía que no hubiera hueco ni para un niño; sin embargo, el escondite era lo bastante amplio para ocultar a diez personas.

Batori localizó huellas de los caballos de Jaret al poco de abandonar la zona espinosa. Para su contrariedad, las pisadas equinas se mezclaban con las de las turmas de caballería acampadas por los alrededores, que ensuciaban el rastro y les hacían perder un tiempo precioso.

—Esto mejorará conforme nos adentremos en territorio enemigo —comentó Tamura, que justo al pronunciar esas palabras sintió como si una mano invisible le propinara un fuerte revés.

¿Qué acababa de decir?

«Territorio enemigo.»

Por las nulas reacciones de Jano y Lares, ninguno de los dos había caído en el trasfondo de sus palabras. No obstante, la reacción de

Tamura tuvo que ser visible, porque Cornelio, que cabalgaba a su lado, le habló.

—¿Estás bien? Te has quedado como pasmada.

Tamura lo negó y volvió la vista al frente. El bestiario la miró con ojos entrecerrados y media sonrisa en el rostro. Jano, a dos caballos de distancia, no le quitaba el ojo de encima. Aquel gladiador de cuerpo fibroso y bronceado le dedicaba unas miradas a la sármata que no le resultaban indiferentes al general. Ya le había cazado en un par de ocasiones, y esas ocasiones recordaban a Jano lo endeble que era el amor entre él y la yacigia.

Pero no era momento de pensar en eso.

—He vuelto a encontrar el rastro —anunció Batori a unos veinte pasos por delante de donde se encontraban—. Por aquí.

—¡Eh, Cornelio!

—¿Sí, general? —respondió este, volviendo la cara hacia él.

Jano señaló con la barbilla hacia delante.

—Tenemos que seguir —dijo.

El gladiador perdió la vista en el horizonte. Jano miró a Tamura por el rabillo del ojo y descubrió que ella también lo miraba de reojo a él. Ambos miraron al frente a la vez, fingiendo no haber detectado la ojeada furtiva del otro, y siguieron cabalgando.

Les quedaba un viaje largo por delante.

Casi había anochecido cuando Jaret y los suyos llegaron a la Tumba del Águila, después de remontar unos senderos recónditos y sinuosos, flanqueados por árboles y matorrales que ensombrecían la vereda.

El fortín era pequeño. Apenas habría podido alojar a una centuria, y no a todos sus miembros a la vez. Los muros de piedra se habían visto reducidos a unas ruinas maltratadas por la guerra y por el tiempo. Las dos torres de madera que un día acariciaron los cielos no sobrevivieron al asedio que acabó con él. Lo único que continuaba medio en pie eran unos trozos del adarve y el barracón principal, al fondo del atrio, con su techo al borde del colapso.

Y en el centro de aquellos muros magullados, se hallaba la fosa

común, cubierta de malas hierbas y repleta de fantasmas dolientes. Ictis casi pudo sentir los dedos huesudos de los muertos arañando el terreno debajo de sus sandalias, mientras el águila dorada, con sus ojos sin pupila fijos en la tierra que la cubría, maldecía a quienes turbaban su descanso.

Jaret entró en el barracón y sonrió, satisfecho. Por lo menos estarían bajo techo hasta que recibieran noticias de Carnuntum. Solo Dadagos conocía sus planes; los demás no tenían ni idea de cómo terminaría todo aquello. Cuando Jaret expuso al viejo guerrero la idea que había tenido al enterarse de que Marco Aurelio no asistiría a los juegos, este tardó un buen rato en digerirla.

El siguiente movimiento descabellado que les salió bien fue lograr que el fabricante de armaduras de Carnuntum les vendiera equipo original de la Guardia Pretoriana. Ludovico les advirtió de que haría falta mucho dinero para conseguir que Baldo Vinicio les proporcionara un material tan comprometedor.

El dueño de El Faro del Norte subestimó el encanto personal de Jaret.

El sármata no solo convenció a Baldo Vinicio de que las armaduras se usarían para una formidable obra de teatro —secreta, por supuesto — que se celebraría para el emperador y sus más allegados en el día de su cumpleaños; también fue capaz de ganarse la amistad del mercader en un par de visitas. Al segundo día de conocerlo, consiguió que este pasara una tarde entera y parte de la noche bebiendo con él como si no hubiera un mañana.

La dosis justa de beleño que Jaret vertió en su vino lo hizo aún más locuaz, y el desgraciado no dudó en describirle el interior del palacio imperial, la guarnición que lo defendía, la ubicación de la sala de mapas, los nombres de algunos oficiales y todo lo que había allí dentro.

—He estado en ese edificio muchas veces, antes de que el emperador lo ocupara para esta campaña —dijo, con la voz afectada por el alcohol y la droga—. Hace poco fui para entregar un pedido y vi un carro que parece un fuerte con ruedas. Algo impresionante, Jaret, amigo... ¿otra copa de vino?

Y ahí fue donde el plan inicial, un ataque suicida para asesinar al emperador, mutó hasta convertirse en un secuestro cuyo final solo imaginaban Jaret y Dadagos. Ni siquiera Zántico conocía el plan de Jaret, pero eso cambiaría muy pronto: en cuanto el informador procedente de Carnuntum les confirmara el dato que esperaban, ese mismo jinete pondría al corriente al rey yacigio del golpe maestro contra Roma.

Dandro y Lándigo pasaron la tarde adecuando el barracón para instalarse. Karaxtos obligó a Marco Aurelio a caminar entre los yerbajos del atrio para que no se anquilosara. Ictis aprovechó para estirar las piernas, mientras observaba cómo Stornarja trepaba por el muro para colocar una cuerda en una de las almenas rotas, de forma que facilitara el acceso al adarve, cuya escalera había seguido el mismo destino funesto que las torres de vigilancia.

La joven se asignó el primer turno de guardia, con el arco siempre a mano. Era demasiado pronto para esperar enemigos, pero si el mensajero no llegaba al día siguiente, lo más probable sería que Tamura acabara asomando el hocico en cualquier momento.

Y Stornarja la estaría esperando.

Ictis no podía pegar ojo.

Se encontraba apoyado en la pared, cerca de la puerta del barracón y alejado de la fogata que los sármatas encendieron en una esquina para que no pudiera verse desde fuera.

Karaxtos y Stornarja se turnaron para vigilar desde el adarve; ninguno de los dos entró en el barracón en ningún momento. Jaret, Lándigo, Dandro y Dadagos dormían en el otro extremo del recinto. Marco Aurelio estaba en el testero opuesto, solo, atado con fuerza a una columna de madera. Ictis podía distinguir su silueta delgada sentada en el suelo, con las piernas medio dobladas y la barba apoyada sobre el pecho. El vándalo miró hacia donde dormían los sármatas. Dadagos y Dandro disputaban una competición de ronquidos.

Ictis se atrevió a acercarse al emperador. También dormía. Cuando

agachó la cabeza, el hocico de la piel de perro tocó la frente de Marco Aurelio y este pegó un respingo. Por suerte no gritó. Ictis se puso el índice sobre los labios y le habló al oído.

—César, me llamo Ictis. No tengo nada que ver con estos bandidos...

—Entonces ¿por qué viajas con ellos?

Aquella pregunta susurrada fue la primera frase que pronunció Marco Aurelio desde que abandonó sus dependencias.

—Es una larga historia, césar... pero quiero que sepas que estoy de tu lado.

Marco Aurelio se mostró escéptico.

—¿De mi lado?

—Sí. Tengo un plan.

Los ojos de Marco Aurelio examinaron al vándalo en la oscuridad. Entre lo que veía y lo que recordaba de él, al emperador estuvo a punto de darle un ataque de risa. Ni tres alfeñiques como él serían capaces de enfrentarse a uno solo de aquellos bandidos.

—Solo quiero que me prometas una cosa, césar.

El emperador no abrió la boca.

—Que si te salvo, no me crucificarás.

—¿Salvarme, tú?

—Escúchame, césar: si en un momento dado, te pido hacer algo... hazlo, por muy estúpido que te parezca.

—No entiendo.

—Lo entenderás cuando llegue la hora —dijo Ictis—, porque me verás a mí hacer lo mismo. Ahora descansa, emperador... y disculpa por haberte despertado.

67

El calor despertó a Jano con su abrazo sudoroso al poco de echarse a dormir. Aquel bochorno no daba tregua ni de noche.

Se incorporó sobre los codos, desorientado. Estaba en el campamento que habían improvisado entre unos árboles, al abrigo de una ladera. Se restregó los ojos y reconoció la silueta de Lares, de guardia junto a los restos de la pequeña fogata en la que prepararon la cena. El *evocatus* lo oyó moverse y le dedicó un leve saludo con la mano. El legado comprobó que Azariôn, Batori y Tamura dormían a pierna suelta, como si el calor no fuera con ellos. Echó en falta a Cornelio.

—¿No tienes calor? —le preguntó el general a Lares en un susurro —. No sé cómo aguantas junto al fuego.

—Apenas quedan unos rescoldos.

—¿Y el Hispano?

Lares señaló un punto en la oscuridad. Jano distinguió una figura arrodillada a unos quince pasos de distancia. El gladiador mantenía la cabeza baja y las manos unidas bajo la barbilla. Era evidente que rezaba. Jano se acercó a él. Cuando detectó su presencia, Cornelio se trazó una pequeña señal de la cruz sobre la frente con el pulgar y se volvió hacia él.

—Espero que no tengas nada en contra de los cristianos, general.

—Allá cada cual —dijo el legado—. Si te sirve de consuelo, reza, me da igual a qué dios lo hagas. Espero que te hagan más caso que los míos a mí.

—Dios siempre escucha —afirmó Cornelio con rotundidad—, aunque a veces no entendamos sus respuestas.

Jano sonrió.

—Sabes que a Marco Aurelio no le gustáis demasiado, ¿verdad?

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué quieres ayudarle?

Cornelio volvió a sonar categórico.

—Jesús dijo: «Ama a tu enemigo». Y no creo que el emperador sea nuestro enemigo, en realidad. Teme más lo que representa nuestra fe que a nosotros mismos. Le da miedo que nuestra religión haga tambalearse la vuestra, y no es nuestra intención, créeme. Nosotros no forzamos a nadie a que se nos una. Predicamos la palabra de Dios, él llama a sus hijos a través de nosotros y son ellos los que corren a los brazos del Padre eterno. —Cornelio hizo una pausa y perdió la mirada en la oscuridad de la noche—. Bueno, además de amar a nuestro enemigo, hay otra razón importante por la que me alisté en vuestra compañía.

—¿Cuál?

—Los cinco mil sestercios que me prometió Tamura.

Jano y él apenas podían verse, pero ambos adivinaron la sonrisa en el rostro del otro.

—¿Cómo acabaste de bestiario? —le preguntó Jano.

Cornelio soltó una risa amarga.

—Fue durante mi propia ejecución, en el circo. Me echaron a un león, por cristiano. Me dieron un cuchillo roñoso para defenderme. No se me dio mal, no sé ni cómo lo hice, pero maté al león. Al día siguiente me dieron una lanza y soltaron dos leones.

—¿Los mataste a los dos?

—Dios estuvo conmigo, aunque por un momento pensé que podía haber sido peor: se quedaron sin leones y estuvieron a punto de crucificarme. Pero Dios se apareció ante mí bajo la forma de un lanista que pagó por mí. De eso hace casi ocho años. Es un buen hombre, aunque la última vez que lo vi estaba muy enfermo. Me concedió mi libertad hace dos inviernos, pero no sé hacer otra cosa que matar bestias, así que seguí dedicándome a los juegos como liberto. Ahora que mis compañeros ya no están, no sé qué haré cuando esto termine... si es que sobrevivo.

—¿No has pensado en unirte al ejército? —le sondeó Jano.

—Jesús también dijo: «No matarás». A personas, quiero decir...

El legado no entendía demasiado bien los argumentos del bestiario.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Es muy probable que en esta

misión tengamos que matar...

—Matar en defensa propia o para defender a un semejante no es pecado. —Cornelio se volvió por completo a Jano—. ¿Sabes por qué decidí acompañaros cuando me propusisteis esta misión? —Jano aguardó la respuesta en silencio—. Porque siempre he oído que Marco Aurelio, a pesar de la aversión que nos tiene a los que seguimos la fe de Jesús, es un hombre sabio y justo. Y quiero que vea cómo un cristiano arriesga su vida por la suya porque le ama. Y no por ser el emperador de Roma, sino por ser un hijo de Dios.

—Ya veo que a Marco Aurelio le queda mucho que aguantar de gente a la que no guarda demasiada estima —repuso Jano, conteniendo la risa—. Tú, intercediendo por los cristianos; Tamura proponiéndole la paz con los yacigios...

—¿Qué pasa conmigo? —dijo la voz de Tamura, justo detrás de ellos; hizo sitio con los codos y se sentó entre los dos—. Os creéis que susurráis, pero ahora mismo hay muchos muertos paseando dentro de sus *kurgans* por vuestra culpa.

—Cornelio me hablaba de su religión. ¿Qué me dices de la tuya?

Tamura decidió escabullirse del debate.

—No es mi tema favorito. Deberíais descansar, mañana será un día largo. —De repente levantó ambos índices, pidiendo silencio—. Oigo un caballo —susurró—. Apagad el fuego.

Lares, ajeno a la conversación y sumido en sus propios pensamientos, pegó un respingo cuando vio cómo Azariôn sofocaba lo que quedaba del fuego con la manta sobre la que había dormido. Batori ya avanzaba hacia donde se encontraba Tamura con Jano y Cornelio. Los sármatas, siempre alerta, se habían despertado con el ruido de los cascos en la lejanía. Parecía imposible pillarlos desprevenidos.

—Silencio —ordenó Batori, que inclinó la cabeza como si escuchara una melodía que solo él era capaz de oír.

La luna, en cuarto creciente, iluminaba lo justo para dibujar siluetas negras de árboles, matorrales y cerros. El rostro de Batori estaba fijo en la tierra, como si esperara que algo fuera a brotar de ella de repente. Nadie a su alrededor osó respirar. Los ojos del yacigio se

elevaron poco a poco, a la vez que empezaba a señalar al horizonte. La punta del dedo seguía algo que Jano, Cornelio y Tamura se esforzaban por ver. Ella fue la primera, después de Batori, en descubrir lo que señalaba. Jano y Cornelio no fueron capaces de ver nada, pero sí oyeron los ecos de un trote. Un ruido que, de no ser por los sármatas, habría pasado desapercibido para ambos.

Batori dejó de señalar al teatro de sombras que se extendía frente a ellos. Cuando el sonido del caballo se alejó tanto que ni siquiera él pudo oírlo, se dirigió a Tamura.

—Solo un jinete experto y con mucha prisa cabalga solo en mitad de la noche. Y por su rumbo, estoy casi seguro de que sé hacia dónde va.

Tamura lanzó una mirada de reojo al rastreador y murmuró:

—La Tumba del Águila.

Batori asintió.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó Jano, intrigado. Le sorprendía la capacidad de los sármatas para ver indicios donde parecía no haber nada.

—Un antiguo fortín romano —respondió Batori—. De todas formas, todavía es pronto para asegurar nada. Comprobaremos las huellas al amanecer. Ahora, descansad; ese fortín está a muchas leguas y el camino no es fácil.

Dicho esto, Tamura, Azariôn y Batori regresaron al rincón donde dormían. Morfeo no tardó en acunarlos, no así a Jano, Lares y Cornelio.

Esos tres recibieron el amanecer despiertos.

Ictis fue a evacuar la vejiga fuera de los muros quebrados de la Tumba del Águila. Había dormido a ratos, sin parar de darle vueltas a su breve conversación con Marco Aurelio.

Su miedo crecía conforme pasaban las horas. A lo largo de su vida, había tenido ocasión de arrepentirse de mil cosas, pero nunca tanto como de embarcarse en aquella estúpida aventura en compañía de Jaret y su banda de asesinos.

La noche anterior, Dandro alardeó de cómo había desnucado con una sola mano a un chaval llamado Baxagos, hijo de otro espía al que Jaret asesinó junto a su mujer. El gigante se topó con él por casualidad en plena noche, mientras estaba disfrazado de guardia pretoriano. Al parecer, sospechaban que el chico los había traicionado, aunque el propio Dandro reconoció que carecían de pruebas. ¿Quién se fiaría de alguien capaz de matar a su propia gente por una sospecha sin confirmar?

Ictis estaba perdido. No veía salida al callejón en el que se había metido. Si los romanos aparecían al rescate, lo meterían en el mismo saco con los sármatas; lo convertirían en cómplice instantáneo del secuestro del emperador y lo matarían antes de que pudiera explicarse, eso si tenía la suerte de recibir una muerte rápida. Tampoco le iría demasiado bien si seguía con Jaret cuando entregaran a Marco Aurelio a ese tal rey Zántico. ¿Qué futuro le esperaba? ¿Unirse a la fuerza a un ejército que ni le iba ni le venía? De repente, sintió una lacrimógena nostalgia de El Faro del Norte.

Su única salida era el Cíclope. Sabía que podía morir en el intento, como cada vez que lo había visitado. Aunque para bien o para mal, esta sería la definitiva. O conseguía el tesoro del viejo monstruo o acabaría convirtiéndose en su última ofrenda.

Ictis contempló el paisaje que se extendía entre los árboles que rodeaban la Tumba del Águila. Podía sentir la mirada de Stornarja desde el adarve, clavándose en su nuca como una punta de acero. Trató de ignorarla. Reconoció el terreno mientras el sol dibujaba las primeras sombras del día en la campiña, desparramando promesas anaranjadas de calor infernal. Ictis identificó un par de colinas lejanas y el bosque al norte del fortín. También divisó los restos casi irreconocibles de una torre derruida que recordaba de viajes pasados. Estaba seguro de que sabría llegar a la cueva del Cíclope desde allí, siempre y cuando Jaret y Dadagos no se desviaran demasiado o lo llevaran por veredas desconocidas.

Se volvió hacia el fuerte para enfrentarse a la mirada fija de la joven apostada detrás de la almena rota. Ictis se inventó una sonrisa falsa, a la que ella no reaccionó.

Maldita lamia. Salamandra de la inmundicia, asesina de criaturas indefensas. Una bestia pequeña y delgada de corazón ponzoñoso. En el hueco donde debería haber habitado un alma rebotaban ecos de odio inmenso. Ictis se preguntó por qué. Y también hasta cuándo.

Porque aquella niña acabaría muriendo joven o dejando atrás una legión de muertos.

El terror tiene el color del humo negro.

Y ese terror podía verse a muchas leguas de distancia.

El fuego devoró tres granjas al paso de la Duodécima Legión. Por suerte, los moradores de la cuarta hacienda huyeron a los bosques. Lo hicieron con lo puesto, con sus hijos pequeños en brazos y el corazón empapado de lágrimas.

La primera excusa para desatar aquel horror fue no poner en riesgo a la emperatriz. La segunda, la posibilidad de que aquellos inocentes que trabajaban de sol a sol para alimentar a sus familias fueran colaboradores de los captores del emperador.

Para Fidio Nemesio Octavio, una posibilidad era una certeza.

Para los legionarios, una oportunidad de saqueo.

El botín no fue gran cosa: cuatro caballos viejos, una mula, trece cerdos, veinte ovejas y siete gallinas. Los intendentes preguntaron a los tribunos si aprovechaban los pozos de las granjas para reabastecer las reservas de agua. Estos trasladaron la pregunta a su comandante.

—¿Hay agua, por ahora? —preguntó Fidio, cortante.

—Por ahora sí, *domine*, pero...

El legado no quiso oír más.

—Esperaremos a pasar por el río Váh. Allí tendremos toda la que queramos.

El general solo tenía una obsesión: llegar cuanto antes al lugar señalado en el mapa donde tendrían retenido al emperador. Al igual que Jaret, fantaseaba con ver su nombre en los libros de Historia. Fidio Nemesio Octavio, legado de la Duodécima Atronadora, liberador del emperador Marco Aurelio Antonino Augusto. General al mando de una legión que avanzaba a ritmo extenuante hacia una trampa mortal.

Serían alrededor de las seis de la tarde cuando Abrozeos entró en el laberinto de maleza que ascendía hasta la Tumba del Águila. El veterano sármata sabía exprimir al máximo la energía de los caballos sin reventarlos, por lo que era capaz de recorrer distancias inusuales a lomos de la misma montura. Nunca fue guerrero, pero había criado caballos desde niño y conocía hasta el último secreto del oficio; por eso Dadagos lo recomendó para esta misión. La noche anterior la había pasado cabalgando, descansando solo lo imprescindible: sabía que Jaret aguardaba sus noticias con ansia, y no quería hacerlo esperar.

Cuanto más contento estuviera, más generosa sería la recompensa.

Stornarja oyó llegar a Abrozeos antes de que su figura montada apareciera entre los árboles que se extendían frente a la Tumba.

—Karaxtos, avisa a Jaret y al abuelo —dijo Stornarja sin abandonar su puesto sobre el adarve—. Viene el mensajero.

Jaret y Dadagos salieron a su encuentro.

—Abrozeos —lo saludó Dadagos mientras este descabalgaba—. Cuenta, estamos impacientes.

—Te confirmo que el general Fidio Nemesio se dirige a las Fauces del Titán con la Duodécima Legión —informó—. Salió a la mañana siguiente del ataque. Según dicen, con menos provisiones de lo que sería prudente para un viaje tan largo.

—Bien —exclamó Jaret—. Ese idiota ha mordido el anzuelo, y esto abre nuevas opciones que harán la batalla más interesante.

—¿Nuevas opciones? —preguntó Dadagos—. ¿No vamos a entregar a Marco Aurelio a Zántico?

—Esa es una opción —confirmó Jaret—, pero hay otra mucho más interesante —se dirigió a Abrozeos—. ¿Estás en condiciones de ponerte de camino de inmediato?

—Descansaré lo justo —contestó el mensajero.

Jaret tendió un pergamino enrollado a Abrozeos.

—Intentaremos estar en las Fauces del Titán antes de que llegue la Duodécima —dijo Jaret—, pero en caso de que nos retrasemos, dale esto a Zántico. Si Ariogeso y él siguen mis instrucciones, no solo derrotarán a una legión: vencerán a Roma.

—Así se lo diré —aseguró el mensajero—. ¿Algo más?

Jaret le lanzó una bolsa de dinero que Abrozeos atrapó al vuelo.

—Habrá más cuando esta batalla concluya —prometió—. Eres una pieza clave en esta guerra, Abrozeos. Un héroe al que se recordará.

El veterano se sintió feliz. Después de una vida acomplejado por no formar parte de las gestas de su pueblo, por fin iba a desempeñar un papel determinante en el golpe definitivo contra Roma. Agradecido, montó en su caballo y se marchó. Jaret se dirigió a Dadagos.

—Diré a los demás que partiremos mañana al amanecer.

—Acuérdate de que prometiste ir a por el Cíclope —le recordó Dadagos—. Ictis dice que nos pilla de paso.

—De eso quiero hablar, precisamente. Reúne a todo mundo, tenemos que discutir algo antes de partir.

68

Tamura recorrió el último tramo del laberinto de follaje que llevaba a la Tumba del Águila. Lo hizo muy despacio, fundiéndose con la vegetación con el arco a medio tensar. Divisó la construcción entre el ramaje y buscó presencia humana en las almenas mordidas por los años. Aguzó el oído, pero solo captó silencio.

Abandonó el refugio que le ofrecía la maleza y atravesó la explanada que la separaba del fortín corriendo en zigzag. Apoyó la espalda contra el muro exterior y aguantó la respiración. Se asomó al patio interior. En el aire flotaba un leve tufo a humo, pero todo parecía en calma. Caminó en cuclillas hasta el barracón medio derrumbado. Si Jaret y su grupo estaban dentro, la fiesta sorpresa duraría un suspiro.

Tamura destensó el arco nada más entrar. El edificio estaba vacío, aunque con señales evidentes de haber alojado viajeros hacía poco. La sármata silbó dos veces.

—Dos silbidos —dijo Azariôn, que sujetaba las riendas de Zambil desde su caballo—. Vamos, no hay peligro.

Jano, Lares y Cornelio siguieron a los yacigios y descabalgaron frente al fortín. Tamura fue a su encuentro.

—Hay restos de conejo asado y una hoguera apagada desde hace horas.

—Echaré un vistazo —informó Batori, dejando que su caballo se entretuviese mordisqueando hierbas junto a Zambil.

Azariôn examinó el terreno alrededor de la Tumba del Águila en busca de huellas. Tamura lo seguía de cerca, comentando de vez en cuando alguna cosa con él en su lengua natal. Jano, Lares y Cornelio desmontaron. Lares colgó el escudo en el arnés del caballo; llevarlo a la espalda cuando pegaba el sol era como cargar con una sartén recién sacada del fuego. Jano no había traído ni una mísera rodela, y ahora, a pesar del engorro que habría supuesto, se arrepentía de no haberlo

hecho. Si bien su estilo de combate podía adaptarse a *gladius* y *pugio*, sabía que echaría de menos la protección del escudo.

El legado atravesó el atrio, ajeno a que caminaba sobre una fosa común. Lares lo siguió al interior del barracón. La penumbra reinante, sobre todo en las zonas donde aún quedaba techo, hacía difícil apreciar cualquier detalle. Encontraron a Batori en cuclillas junto a la hoguera apagada, olisqueando un hueso roído que tiró con desdén. Parecía decepcionado. El *evocatus* se acercó a él.

—¿Has averiguado algo?

—Nada.

—Pero podrás seguir el rastro desde aquí, ¿no?

Batori torció el gesto.

—Solo hay dos caminos posibles —comenzó a decir—. El primero es por el que hemos venido, y ahí no he visto huellas de bajada. El segundo es descender la ladera pedregosa que hay al norte. Es una ruta muy empinada y peligrosa, casi una pared vertical, pero es la que yo elegiría para despistar a mis perseguidores. Los caballos no dejan huellas en la piedra, y algo más allá hay un arroyo. Si consiguen llegar a él sin abandonar el pedregal, podríamos tardar días en recuperar el rastro.

Después de dejar el mal augurio flotando en la estancia como un mal aire, Batori salió del barracón. Jano echó una ojeada a los muros y descubrió viejas pintadas. Algunas podrían tener décadas. EL TRIBUNO FAVIO GLYCON ES MARICÓN, LA MEJOR COMIDA DE JULIO EL COCINERO ES LA DE POLLA, LA HERMANA DE MESSOR PUBLIO ES UNA RAMERA... y muchas otras frases de dudoso gusto, además de una gloriosa colección de miembros viriles, algún que otro pubis peludo, tetas o...

Jano pegó un respingo al descubrir un dibujo en la pared cercana a la hoguera.

—¡Lares! ¿Tienes ahí tu sílex?

—Lo tengo en el caballo.

—Ve a por él, ¡rápido!

Jano tocó el monigote que acababa de descubrir con la punta de los dedos. Se los olió; el artista había usado una ramita quemada, y lo había hecho recientemente. Además de tener trazos leves y difusos, el

resto del dibujo se adentraba en la zona más oscura del barracón. Imposible ver algo sin ayuda de una luz. Por suerte, Lares regresó con unos trozos de hierba seca y el encendedor de sílex; el *evocatus* prendió los yerbajos y con ellos un palo que acercó al general, a modo de antorcha.

Cuando Jano contempló el dibujo completo, su sonrisa fue más luminosa que la llama.

—Di a Tamura y a los demás que vengan rápido —ordenó.

Pocos segundos después, todos se congregaban alrededor del legado. Este mantuvo la intriga hasta que le hizo una seña a Tamura para que prestara atención.

—Mira esto, a ver si adivinas quién es...

Jano acercó la antorcha improvisada a la pared y descubrió la totalidad del dibujo. Tamura abrió la boca en un gesto de sorpresa. La figura estaba mal dibujada, pero la silueta era inconfundible.

Un hombre con un perro en la cabeza.

Jano desplazó la antorcha a la derecha e iluminó el dibujo completo.

—¡Un mapa! —exclamaron Lares y Cornelio a la vez.

—Ictis está con ellos —acertó Tamura—, y nos ha dejado un mensaje.

—¿Qué demonios hará con esa gente? —se preguntó Jano en voz alta.

—Sé que no le caen bien —aseguró ella—. Si viaja con ellos es por alguna razón que desconocemos.

Batori y Azariôn observaron más de cerca el dibujo iluminado por la antorcha. Parecía el trazado de un camino que señalaba al norte. Reconocieron algo que podía ser un río, un bosque y unos montes. Intercambiaron varias frases en sármata hasta que Tamura golpeó el mapa de forma vehemente con los dedos. Azariôn soltó una parrafada a la vez que posaba un índice tenso sobre un semicírculo en forma de colina, con un borrón que semejaba la entrada de una cueva. Luego señaló unos círculos que recordaban diminutas calaveras con cuerpos tendidos y árboles sin hojas que formaban un óvalo a su alrededor. El rostro de Azariôn se ensombreció, y el tono de Tamura era el de una

madre que intenta calmar a su hijo tras despertar de un mal sueño.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Jano, que no se enteraba de nada.

—Azariôn dice que conoce el lugar —dijo Tamura, como si su compatriota no fuera capaz de expresarse en latín.

—Conozco el lugar —confirmó Azariôn—, y no es bueno. Los cuados de las aldeas cercanas lo llaman en su lengua algo así como la Hondonada Maldita.

—Suena bien —comentó Cornelio, trazándose una cruz en la frente, como cada vez que se enfrentaba a algo que no le gustaba.

—Dos de los nuestros desaparecieron en esa zona hace tres años —recordó Azariôn—. Cuando fuimos a buscarlos, los cuados nos hablaron de la Hondonada Maldita y nos dijeron que lo mejor que podíamos hacer por nuestros hombres era llorarles. Ignoramos sus advertencias y nos adentramos en el bosque muerto que rodea el área. Encontramos la cabeza de uno de nuestros compatriotas arrancada de cuajo. No cortada —precisó—, arrancada.

—Eso suena aún peor —afirmó Lares, guiñándole un ojo a Cornelio.

—Pero ¿qué hay allí? —inquirió Jano.

—No lo sabemos —respondió Azariôn—. Puede que nadie lo sepa.

—¿Sabrías llegar desde aquí? —le preguntó Tamura.

Azariôn asintió como si aceptara la pena capital.

—Juré no regresar a ese bosque, pero romperé mi juramento por ti.

Tamura se lo agradeció con una mirada cargada de admiración. Nadie dijo nada más, como si desde ese momento fueran conscientes de que les aguardaba algo mucho peor que enfrentarse a los asesinos de Jaret. Montaron y atravesaron unos matorrales que ocultaban un descenso casi vertical, recorrido por unas estrechas cornisas naturales que bajaban por la pared hasta la base.

—Ir por aquí es un suicidio —susurró Lares, que apenas se atrevía a mirar abajo.

—Si ellos han podido, nosotros también —dijo Cornelio, más para darse ánimos a sí mismo que para contestar a su compañero.

—Fiaros de los caballos más que de vosotros mismos —recomendó

Batori—. Limitaos a guardar el equilibrio y dejadles hacer.

—Tendríamos que haber traído cabras —se lamentó Lares, agarrándose más fuerte de las riendas.

Descendieron muy despacio, dejando que los caballos calcularan cada paso y cada salto. Si bien no era un cortado, una caída rodando desde la cima podría terminar en un cuello roto. Jano aprovechó un repecho algo más ancho para fijarse en el rostro de Azariôn, que ahora lo sobrepasaba y se inclinaba sobre su montura para equilibrar el salto hasta la siguiente cornisa.

Jano había visto esa mirada muchas veces. Incluso enfrente de un espejo.

Era la de un gladiador que sabe que va a morir, momentos antes de salir a la arena.

Ictis calculó que la guarida del Cíclope se encontraba a media jornada del lugar donde acababan de acampar para pasar la noche. No es que hubieran cabalgado muchas horas ese día, pero el tiempo se le había hecho interminable.

Partieron tarde de la Tumba del Águila y avanzaron demasiado despacio. El descenso de aquella condenada pendiente fue una pesadilla, sobre todo para Karaxtos, que llevaba con él a Marco Aurelio. El emperador, incapaz de disimular su miedo, colaboró poco con el jinete, que estuvo a punto de caer cuesta abajo en más de una ocasión. Ictis tampoco lo tuvo fácil con su jamelgo, que amenazaba con desmontarse cada vez que saltaba una cornisa.

La experiencia fue terrorífica, aunque aún más terrorífica fue la reunión del día anterior en la Tumba del Águila.

Los ánimos del grupo se tensaron como las cuerdas de una lira, e Ictis se encontró en medio de un acorde. Jaret defendía ir a por el tesoro del Cíclope después de la batalla contra la Duodécima, una vez cumplida la misión encomendada por Zántico. Dandro, Karaxtos y Dadagos exigían ir antes: si tenían que salir corriendo del campo de batalla con el rabo entre las piernas, mejor hacerlo con los bolsillos llenos para empezar de cero en cualquier otro sitio. Si bien todos

confiaban en la victoria de la alianza cuado-sármata gracias a unas misteriosas máquinas de guerra que en alguna ocasión mencionaron delante de Ictis, no querían caer en el error de subestimar el poder de las legiones romanas. Dadagos apuntó la posibilidad de que el legado de la Atronadora hubiera fingido caer en la trampa para movilizar luego a otras legiones y efectuar el famoso movimiento de pinza, aplastándolos entre dos fuerzas imparables. Las palabras de Dadagos llegaron a hacer dudar a Jaret, que maldijo al viejo por haberlas pronunciado, ya que, según él, eso atraía a los espíritus de la mala suerte.

A partir de ahí se desencadenó una discusión de mil pares de demonios. Ictis agradeció que no hubiera habido vino de por medio, o habría acabado habiendo cadáveres por encima y por debajo de la Tumba del Águila. Por mucho miedo que le diera intervenir, necesitaba que la balanza de aquella discusión, que amenazaba con eternizarse, se inclinara del lado de Dandro, Dadagos y Karaxtos.

—Con vuestro permiso —había dicho con la boca seca—. El problema que yo veo es que ahora, al haber más patrullas de cuados y sármatas en la región, existe la posibilidad de que alguna de ellas se tope con la guarida del Cíclope. No olvidemos que van preparadas para la guerra: podrían dar el golpe antes que nosotros.

Aquel argumento encendió aún más la vehemencia de los impacientes. Jaret acabó claudicando de mala gana, no sin antes echar un mal de ojo a Ictis y responsabilizar a los otros tres de cualquier cosa que pudiera salir mal a partir de ese momento.

Ictis elevó la vista al cielo, contento de tener las posaderas en un lugar distinto al lomo escuálido de su penco. El mal ambiente de la noche anterior los había acompañado durante todo el día. De hecho, Jaret y Lándigo apenas se hablaban con el resto del grupo, que estaba claramente dividido en dos facciones.

La luz del sol se despidió, y el campamento quedó a oscuras. Jaret prohibió hacer fuego, como si presintiera que sus perseguidores pudieran estar más cerca. Su expresión, por lo común altiva y algo burlona, había trocado en un permanente gesto huraño. Ictis desvió la mirada hacia el árbol al que habían atado al emperador. Ver a Marco

Aurelio cada vez más delgado y taciturno era una visión desgarradora.

Ictis se echó junto a unas piedras, aunque sabía que le costaría mucho conciliar el sueño. Al día siguiente volvería a encontrarse con su viejo amigo el Cíclope, y siempre que eso sucedía, los nervios le jugaban una mala pasada. El vándalo temía que la memoria del Cíclope hubiera menguado con la edad. Incluso podría haber olvidado ese pacto que Ictis no tenía con él.

Y eso significaría la muerte.

Tylon tenía diecinueve años, era cuado y primo de Ariogeso.

A pesar de su juventud, el rey le había encomendado una de las misiones más complejas para hacer caer a los romanos en la trampa. No solo era compleja, también era costosa y desagradable. Una apuesta arriesgada que Ariogeso ideó en cuanto supo que la Duodécima Legión había partido de Carnuntum a medio avituallar.

Una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de Tylon cuando divisó a los observadores romanos reconociendo el terreno muy por delante de la Atronadora. El joven oficial cuado hizo una seña a sus jinetes y galoparon hacia el río Váh, dispuestos a poner en marcha el circo que tenían preparado.

Solo había dos formas de cruzar el Váh. La primera consistía en un vado que los propios cuados levantaron al norte, río arriba, y que en los meses menos lluviosos permitía el paso de caballos. La otra opción, la única practicable para carruajes, era el puente que el rey Furcio encargó construir una década atrás. Si bien aquel viaducto no fue fabricado para perdurar con los siglos, conectaba de forma eficaz el territorio cuado con el yacigio, y eso, para su alianza actual, les venía de maravilla.

Tylon y los cuarenta jinetes llegaron hasta donde seiscientos soldados cuados hacían guardia, junto al río. Todos se pusieron de pie en cuanto le vieron venir. Un hombre cercano a la ancianidad, con el vientre abultado y aspecto de pastor, se adelantó para hablar con el primo de Ariogeso.

—Saludos, Tylon.

—Saludos, Vión. Se acercan —anunció, sin siquiera bajarse del caballo—. ¿Cuántos muertos tenemos?

El hombre que parecía un pastor no vaciló al dar el informe.

—Trescientas cabezas de ganado envenenadas hace cinco días —informó—, ciento cincuenta ayer... vivas tenemos unas cuarenta, listas para recibir su dosis. Y muertos de los nuestros, siete: cinco hombres, una mujer y un niño, todos de enfermedad.

—¿Los tienes cerca de aquí?

—Sí, me los fueron trayendo conforme morían. Tienes suerte de tener el viento en contra —rio—. Con este calor apestan como las tripas de un demonio.

—Los observadores de la legión llegarán al atardecer —calculó Tylon—. ¿Te dará tiempo a organizarlo todo?

—De sobra. —Vión señaló a los seiscientos soldados detrás de él—. Hasta el último de ellos arrimará el hombro.

Tylon asintió, satisfecho, y fijó la vista en el puente que la legión no tendría más remedio que cruzar.

—¿Hay algún buen actor entre tus hombres al que no le asuste la muerte? —preguntó.

—Yo mismo. Aunque me cueste la vida, será divertido ver las caras de esos romanos cuando descubran lo que les hemos preparado.

—Avisaré a Ariogeso —dijo Tylon, satisfecho—. Esperemos que los romanos caigan en el engaño. Gracias, Vión... y si no llegas a mañana, te deseo que camines con los guerreros en la otra vida.

—Intentaré que eso no suceda.

Tylon se despidió con un movimiento de cabeza. Él y sus cuarenta atravesaron el puente sobre el Váh, dejando solo una polvareda de recuerdo. Vión se dirigió a su destacamento.

—Rápido, todo tiene que estar dispuesto para cuando lleguen.

Antes del atardecer no quedaba nadie en los alrededores.

Al menos, vivo.

Solo estaba Vión, esperando a los romanos con un pañuelo que le cubría la nariz y la boca.

Debajo del pañuelo, sonreía.

69

Fidio Nemesio no pudo esperar.

Impaciente por comprobar lo que acababan de decirle sus observadores, y haciendo oídos sordos a los consejos de la plana mayor, reunió una escolta y partió a caballo hacia el río Váh.

Las dos turmas de auxiliares lo seguían al trote. El general encabezaba la cabalgada flanqueado por Quirino Calpurnio, su tribuno de confianza, y por Consus Erelus, el decurión de los observadores, que fue quien le dio la mala noticia. Cuando Consus le comunicó al legado lo que vio en la ribera del río, temió que este lo abofeteara delante de sus hombres hasta que uno de los dos se diera por vencido. El Flagrum lo fulminó con ojos de pena de muerte, como si el decurión se lo hubiera inventado con el único objetivo de amargarle el día.

A media milla del río el viento cambió, y puso de manifiesto a Fidio que su observador ni mentía ni exageraba. El hedor que contaminaba el aire era insoportable. Consus se subió el pañuelo que llevaba al cuello hasta cubrirse nariz y boca. Era la segunda vez que respiraba aquella brisa corrompida. Quirino Calpurnio se inclinó en un ángulo imposible en su caballo para librarlo de la vomitona. No fue el único. Más de un jinete se contagió de las arcadas y echó el estómago por la boca.

Fidio mantenía la compostura ante la podredumbre, inmune a la pestilencia. Tal vez la armadura de rabia que lo rodeaba lo hiciera insensible a cualquier estímulo exterior, ya fuera bueno o malo.

El legado frenó su caballo en cuanto llegaron a la zona catastrófica anunciada por Consus. Los dieciocho jinetes permanecieron erguidos sobre sus monturas, la mayoría de ellos con los rostros decolorados por la náusea. Fidio se adelantó unos pasos, como si así pudiera contemplar mejor el espectáculo siniestro que se exhibía ante él.

Junto al río Váh se extendía un mar de muertos. Animales, sobre todo. Vacas, ovejas, cerdos, caballos... Fidio obligó a su montura a

avanzar hasta que estuvo a punto de pisar el cadáver de un niño. Los cuervos y las moscas se disputaban el festín de carroña. Algunas bestias llevaban días muertas, y el calor las había hinchado de gases putrefactos. La mirada del legado viajó hasta el puente y se detuvo en el único superviviente entre toda aquella debacle. Aquel desgraciado solitario arrastraba el cuerpo sin vida de una mujer hasta una pira formada por un montón informe de carne y huesos en llamas.

Fidio espoleó al caballo y se acercó hasta el hombre. Su escolta lo siguió, por precaución, respirando lo justo para seguir vivos. El hedor tenía la consistencia de ese pedazo de sebo que nunca puedes masticar del todo y acabas escupiendo en el plato. Cuando el desgraciado se percató de la presencia de Fidio, soltó a la mujer y se acercó con gesto implorante.

—*Domine*! —gritó en un latín con fuerte acento germano; llevaba la nariz y la boca cubierta con un trozo de tela mugriento—. Agua, agua, por piedad...

Uno de los auxiliares de caballería se desenganchó la cantimplora del cinturón para dar de beber al hombre, pero Quirino se lo prohibió con un gesto.

—Reserva hasta la última gota —le susurró.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Fidio al bárbaro.

Este señaló el río con los ojos desorbitados por el miedo.

—Agua, agua maldita... —respondió, agitando las manos al hablar —. Mi ganado... —Señaló la pira donde ardían hombres y bestias—. Mujer, hermano, hijos allí...

—¿Y tú? —repuso Fidio, inquisidor—. ¿Por qué sigues vivo?

—Yo de viaje, lejos. Vuelve y ve esto... Agua limpia, favor, *domine*.

Fidio volvió a mirar el mar de cadáveres y divisó un becerro, aún vivo, que se tambaleaba a menos de un estadio de donde se encontraba. No llegó a dar una decena de pasos cuando dobló las patas delanteras y ahocicó en el suelo a esperar la muerte. El viejo germano se echó a llorar, desconsolado. Al ver que aquel romano no iba a ayudarle, volvió a coger a la mujer por las axilas y la arrastró hasta la hoguera. Una vez allí la arrojó como pudo a las llamas, provocando una explosión silenciosa de chispas.

El tribuno Quirino acercó su caballo al del general, que seguía contemplando el desolador paisaje y las pocas bestias que, aún en pie, agonizaban.

—El agua está envenenada —dijo Quirino—. ¿Cómo es posible en un río tan caudaloso? Esto no puede ser obra de los hombres...

El legado le clavó una mirada de solemne determinación.

—Esto es cosa de los dioses —aseguró—. Los cuados han tenido que ofenderlos de forma muy grave para recibir un castigo así.

Quirino Calpurnio volvió a derramar la mirada por la ribera infestada de muerte. Su general debía de tener razón, no había otra explicación posible. Fidio llamó a gritos a Consus.

—¿Hay más fuentes de agua antes de llegar a nuestro destino? —preguntó el general.

—Dos pozos justo antes, *domine*. También podemos repostar agua en el Nitra, al norte... aunque el Nitra desemboca en el Váh —reflexionó en voz alta—, también podría estar contaminado.

—El Nitra, descartado —decidió Fidio, no fuera que los dioses hubieran maldecido los ríos—. Nos abasteceremos en los pozos.

Quirino estuvo a punto de preguntarle si veía prudente seguir. Existía la posibilidad de que los pozos también pudieran estar envenenados. Fidio se dirigió al tribuno antes de que pudiera formular cualquier pregunta.

—En cuanto nos reincorporemos a la columna de marcha, que corra la voz entre la tropa: que nadie beba del río ni llene sus cantimploras, ¿entendido?

El tribuno estuvo tentado de decir algo, pero solo le salió un «sí, *domine*».

—Marchémonos de aquí —decidió Fidio—. Crucemos ese maldito puente y dejemos esto atrás.

Dicho esto, espoleó su caballo hasta ponerlo al trote. Consus, Quirino y los dieciséis jinetes lo siguieron.

En cuanto los romanos desaparecieron de la vista, Vión sonrió bajo la tela que le cubría el rostro. Lo hizo con el alivio del que ha sobrevivido a la mirada mortal del general Fidio Nemesio Octavio. Durante un segundo, después de rogarle por un poco de agua, pensó

que la única piedad que conseguiría del legado sería una puñalada en la garganta para evitarle la agonía.

Vión rellenó dos pellejos con el agua del Váh y anduvo hasta el bosquecillo donde había escondido su caballo. Cruzó el puente mucho antes de que lo hiciera la Duodécima, alumbrados con antorchas que limitaban la visión horrenda que ofrecían los animales en descomposición.

Las arcadas reinaron en el carruaje imperial cuando llegaron a las inmediaciones del puente. El olor de la putrefacción se mezcló con el de los vómitos que llenaban los bacines.

—Solo una maldición divina puede causar este hedor —afirmó Arnufis, que había dado la razón a Fidio cuando este le dijo que todo aquello no podía ser más que un castigo divino—. Esta noche, en cuanto acampemos, oficiaré un sacrificio para que Shu purifique nuestros pulmones y nos conceda salud y bendiciones.

Las náuseas acompañaron a la Duodécima Legión hasta que dejaron atrás el Váh. También encontraron reses muertas al otro lado, pero no tantas como en la orilla occidental. Los hombres de Vión habían hecho un buen trabajo.

Y todavía les quedaban cosas por hacer.

La compañía de Jano decidió no dormir esa noche.

Avanzaron despacio, con prudencia, arriesgándose a cabalgar en campo abierto a través de una oscuridad casi total. Ya no tenían ningún rastro que seguir, y la luna gibosa los acompañaba con una luz que a veces, más que iluminarles, les confundía. Si el mensaje dejado por Ictis en la pared del barracón carecía de significado o era una trampa, acabarían llegando a la zona maldita que tanto asustaba a Azariôn y quedarían expuestos a lo que fuera que allí hubiera. Así acabaría todo, en una misión fracasada y puede que en una muerte cierta.

Los caballos estaban tan cansados como sus dueños. El grupo efectuaba una parada de veinte minutos cada dos horas para abrevar a los caballos y estirar las piernas. Al contrario que los romanos, los

sármatas eran capaces de echarse una cabezada en ese lapso y despertar renovados. Jano y Lares sentían cada vez más admiración por los yacigios: parecían hechos de hierro. Cornelio, por su parte, se retiraba a veces a rezar a su dios en privado. Nadie ponía reparos. Cualquier ayuda divina, proviniera del dios que proviniese, sería bienvenida.

El ansia por ganar terreno a Jaret relegó el cansancio a un segundo plano. Cabalgaron un buen trecho entre tinieblas, hasta que los primeros rayos del sol recortaron la silueta de la compañía sobre un telón naranja. Algunas de las barbillas de sus miembros reposaban sobre el pecho.

Dormitaban, a lomos de sus monturas al borde de la extenuación.

Marco Aurelio usaba el estoicismo como alimento para la sabiduría en su vida privada.

En su faceta política, como arma de razonamiento.

En la guerra —al menos en ocasiones—, como freno a la barbarie.

Ahora, después de días de incertidumbre y humillaciones, el estoicismo se había convertido en una herramienta de supervivencia.

El último miedo del emperador quedó colgado en el descenso de la pared casi vertical de la Tumba del Águila. Marco Aurelio nunca fue amigo de las alturas, y sentir que solo el brazo de Karaxtos lo separaba del abismo le produjo una sensación de impotencia difícil de digerir. Una vez en tierra firme, se rio para sus adentros del terror que había sentido en aquella bajada.

No debía temer a la muerte: era inevitable. Si se hubiera roto la cabeza al caer del caballo de Karaxtos, las ligaduras de las muñecas no le dolerían como le dolían ahora. Morir postrado en la cama por una enfermedad dolorosa sería más agónico que la inmediatez de una flecha en el corazón. Como mortal, estaba condenado a fallecer, tal vez aquel mismo día, tal vez al cabo de cincuenta años, pero el final de la canción era siempre el mismo.

Acamparon en una arboleda antes del atardecer. Según Ictis, la guarida del tal Cíclope estaba muy cerca. Aún había luz solar, pero

todos estuvieron de acuerdo en atacar a la mañana siguiente, temprano, para que la noche no les sorprendiera.

Ictis.

Aquel hombre estrafalario con un perro dentudo en la cabeza confundía al emperador. Si bien era el arquetipo del rufián, había algo en su forma de hablar que hacía que Marco Aurelio no lo considerara uno más entre aquellos bárbaros. Los sármatas tampoco trataban a Ictis como si fuera uno de ellos, y eso aumentaba la confianza del emperador en el hombre de la cabeza de perro.

Marco Aurelio no temía a la muerte, pero sí a la deshonra y al escarnio. Durante los días que llevaba de cautiverio, no había oído nada que pudiera darle una pista sobre el destino que le aguardaba. Solo su autocontrol impidió que su imaginación le traicionara con elucubraciones funestas. De lo único que estaba seguro era de que aquellos bandidos no pretendían matarle. Al menos, ellos no. Puede que Jaret quisiera usarlo para negociar algún acuerdo con Roma, para pedir un rescate o incluso para entregarlo a alguien que sí que le quitaría la vida. Pero su mayor temor era acabar siendo la versión romana de Bellomarius: un animal derrotado, expuesto para recibir las burlas del populacho. Cuando se detenía a pensar en ello, hasta se sentía mal por haber condenado al líder marcomano a algo peor que la muerte.

Y ahora, amarrado a un roble a unos quince pasos de sus secuestradores, tenía una oportunidad. Una oportunidad surgida de la nada en forma de punta de flecha. Quién sabe, quizá algún dios benévolo la había escondido entre la hojarasca para que él la encontrara.

Dandro lo había atado al árbol con las manos a la espalda después de llevarlo a hacer sus necesidades tras unos matorrales. El momento de aliviarse era el más humillante para el emperador: le rodeaban el cuello con un nudo corredizo y tiraban de él si se demoraba. Un día estuvo a punto de caer sobre sus propios excrementos. En esta ocasión fueron aguas menores, y fue en ese instante cuando vislumbró la punta de flecha asomando entre la broza. Era antigua y estaba oxidada, pero aquel trozo de metal abría un mundo de posibilidades

ante él. Fingiendo un tropiezo, la recogió del suelo y la ocultó entre los dedos.

Marco Aurelio se dejó maniatar disimulando una sonrisa de triunfo. El imbécil de Dandro no vio lo que escondía en la mano. Esa tarde aceptó la comida del enemigo por primera vez desde su cautiverio. También bebió en abundancia. A nadie le extrañó el cambio de actitud, menos a Ictis, que no paró de lanzarle miradas de soslayo.

Era demasiado listo para no darse cuenta de que el emperador estaba cogiendo fuerzas.

70

Un ruido en mitad de la noche alertó a Stornarja.

La joven alzó la espada por encima de la cabeza y se encaró a la arboleda de donde procedía. Se acercó y se detuvo para escuchar mejor.

Ramas que crujían y hojarasca pisada sin ningún cuidado. No había duda. Eran pasos de alguien que caminaba con premura.

Stornarja avanzó sin hacer ruido. Rodeó un zarzal y se internó en una zona de matorrales. Escudriñó las tinieblas hasta que le pareció ver algo moverse entre el follaje. Por la forma en la que lo hacía, descartó que fuera un animal.

Hasta que se irguió.

Se quedó paralizada. Había oído historias de hombres que se convertían en lobos y andaban a dos patas, y la cabeza que asomaba por encima de la maleza no era humana. Enfundó la espada con lentitud y cogió el arco que llevaba encajado en el torso. Apuntó a la cabeza del monstruo y disparó.

Stornarja esperó un estertor de muerte o un aullido de dolor, pero nunca una sarta de maldiciones proferidas a voz en grito en un idioma ininteligible. La joven se sobresaltó al ver salir a Ictis de detrás de los matorrales, tropezando con sus calzones y con la cabeza de perro en la mano, atravesada de lado a lado por la flecha.

—¿Estás loca? —Ictis gritaba como si quisiera que lo oyeran en la otra punta del Imperio—. ¡Mira mi cabeza!

—¿Qué hacías ahí detrás? —preguntó ella, con las pupilas centelleantes de furia.

Ictis se levantó la túnica para mostrar que llevaba los pantalones a la altura de los tobillos. Stornarja maldijo a la luna por mostrarle aquellas dos bolas peludas coronadas por una trompa de carne floja y gorda.

—¡Cagar, coño, cagar! ¡Por tu culpa, pasarán semanas antes de que

pueda hacerlo!

—¿Qué pasa ahí? —preguntó la voz medio dormida de Dadagos.

—Nada, abuelo, falsa alarma.

—¿Qué cojones son esos gritos? —exigió saber Karaxtos, que apareció entre los árboles con la espada desenfundada.

—¡Ahora tu amigo cara-de-mural con la espada al aire! —gritó Ictis, subiéndose los pantalones para alivio de Stornarja—. Vuestra pequeña criminal casi me asesina mientras intentaba aliviar mis tripas... ¡Mira mi piel de moloso!

—¿Qué? —Karaxtos se quedó mirando el pellejo atravesado por una flecha, sin entender nada.

—¡Callaos todos! —Esta vez fue la voz de Jaret la que ordenó silencio desde el campamento—. Lándigo, ve a ver qué pasa con Ictis.

El rastreador gritó a pleno pulmón.

—¡Una mierda, Jaret, tenemos que hablar de esto tú y yo! ¡Esta idiota casi me mata!

Una mano pequeña pero poderosa lo agarró por la pechera. Cuando se quiso dar cuenta, tenía los dientes apretados de Stornarja a un dedo de sus ojos. Con lo pequeña que era, tenía una fuerza sobrehumana.

—Vuelve a llamarme idiota y te cortaré esas pelotas forradas de pelusa que tienes...

Lándigo apareció junto a Karaxtos tocando las palmas, como si pretendiera disolver así el altercado.

—¡Basta! Todos a dormir, mañana nos espera un día movido.

—¡Mira! —gritó Ictis, señalando el puño de Stornarja que estrujaba su túnica—. Mira el monstruo que habéis creado. Acabará matándonos a todos. ¡Jaret!

—Mi hermano no quiere hablar contigo. Ve a dormir, o a cagar, o a lo que sea que estuvieras haciendo antes de montar este espectáculo.

Dandro apareció medio sonámbulo, restregándose los ojos. Se dirigió a Stornarja, que aún agarraba a Ictis, y le abrió los dedos uno a uno para que lo soltara; luego cogió al vándalo en brazos y lo separó de ella, como un padre que para una pelea entre hermanos. La situación no podía ser más absurda.

—Exijo hablar con Jaret —insistió Ictis—. Esta asesina ha querido matarme.

—Y da por hecho que te mataré —prometió Stornarja, que rubricó su amenaza con un salivazo en el suelo.

Ictis arrancó la flecha del pellejo de perro y la devolvió a su dueña.

—Toma, para que te diviertas con ella. Por el lado de la punta, mejor...

Stornarja estuvo a punto de abalanzarse sobre él, pero Karaxtos la agarró por detrás.

—¡Dejadlo ya! —gritó Dandro, desesperado.

Jaret apareció con la melena lacia despeinada y el humor de un mastín al que acaban de pisar el rabo.

—Os mataría a todos ahora mismo —silabeó.

Ictis correteó a su encuentro.

—Jaret, menos mal que has venido. Doy gracias a los dioses de estar liderados por alguien como tú, cuya sabiduría y temple es de todos reconocido. Esta pequeña cachorrita, por no llamarla de otra forma más ofensiva, me ha disparado mientras me disponía a evacuar...

—¡Basta! —gritó Jaret, que golpeó el pecho de Ictis con un índice de hierro—. Todos a dormir.

—Jaret, por favor, déjame que te explique...

Ictis consiguió alargar la discusión unos minutos más, en los que se llevó una patada de Stornarja y un pescozón de Lándigo. Dadagos pensó que era demasiado viejo para aguantar aquel follón y regresó al campamento. Jaret decidió terminar con aquel escándalo de una vez por todas.

—Se acabó —dijo, agarrando a Ictis por el cuello a la vez que sacaba el cuchillo—. Una palabra más y te rebano el pescuezo.

—Espera a mañana —protestó Dandro—. Primero, que nos lleve hasta el Cíclope.

Ictis pidió tranquilidad mostrando las palmas.

—De acuerdo... puede que la culpa haya sido mía por no avisar de que iba a alejarme para atender la llamada de la naturaleza. Tenéis razón: mañana será otro día, descansemos.

A excepción de Stornarja, que siguió de guardia, todos regresaron a las mantas sobre las que dormían. Dandro decidió echar un vistazo a Marco Aurelio, seguro de que los gritos le habrían despertado. Al no encontrarlo, pensó que se habría equivocado de roble. Buscó por los alrededores, pero no encontró a nadie en ningún árbol. Cada vez más nervioso, caminó de un lado a otro hasta pisar algo duro. Un montoncito de cuerda. La tanteó con los dedos hasta llegar a un extremo.

Estaba cortada. Palideció. Él había sido el encargado de atarlo.

—¡Jaret!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó este con hartazgo.

—¡El emperador! ¡No está!

El campamento se puso en pie a la vez. Ictis con ellos.

Incluso en la oscuridad, el vándalo sintió cómo todas las miradas convergían hacia él.

Marco Aurelio corría en la oscuridad.

Tropezaba a cada pocos pasos para levantarse de nuevo, ignorando los arañazos en los brazos y los raspones en las rodillas. Avanzaba a oscuras, sin rumbo fijo, jadeante, dispuesto a no rendirse.

Llevaba en la mano el hachuela que Ictis dejó caer con disimulo cerca del árbol donde lo mantenían atado. El vándalo se había acercado a él y le había hablado muy bajo y rápido, después de comprobar que nadie los oía.

—Tienes un plan, ¿verdad?

Marco Aurelio no dijo nada, pero Ictis supo leer en su mirada.

—¿Esta noche?

Esta vez el emperador hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Te oirán —vaticinó el vándalo—, a menos que yo les distraiga. Permanece atento. Cuando me oigas formar un alboroto, márchate sin hacer ruido y no te olvides de coger eso. —Señaló el hacha pequeña que había soltado a pocos pasos de él—. No es gran cosa, pero es mejor que nada.

Marco Aurelio estaba seguro de que Ictis le dijo algo más, pero

creyó ver acercarse a alguien en ese momento y no le prestó la atención que debiera haberle prestado. Mientras bajaba arrastrando las posaderas por torrentes secos, el emperador trató de hacer memoria, pero fue incapaz de recordar.

Decidió que daba igual.

Nada podía ser peor que estar prisionero de Jaret y su banda de locos.

Se equivocaba.

La compañía de Jano se paró en seco en mitad de la noche.

Aquello no eran sonidos propios del bosque. Eran gritos que articulaban palabras. Gritos a los que se unían nuevas voces hasta estallar en una discusión encendida.

—¿Son ellos? —preguntó Cornelio en un susurro.

Azariôn chistó para que se callara. Era imposible entender lo que decían las voces lejanas, pero todos pegaron un brinco en sus monturas cuando oyeron cómo alguien gritaba un nombre a pleno pulmón.

Jaret.

—Son ellos —aseguró Jano, que sintió el corazón acelerarse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Batori, a la espera de órdenes.

—Ahora mismo están despiertos —intervino Lares.

—Por los gritos, algo les pasa —dijo Tamura, que elevó la vista al cielo azul marino—. Amanecerá en un par de horas. Propongo atacar al amanecer desde el este, cuando el sol les ciegue. Tenemos tiempo para localizar a sus centinelas y eliminarlos.

Batori se dirigió a Jano y Lares.

—Olvidaos de las tácticas romanas, hoy no podréis pelear en formación.

—Yo fui gladiador —dijo Jano—, sabré cuidar de mí mismo.

—Sabe cuidar de sí mismo —corroboró Tamura con firmeza, cruzando una mirada cómplice con Jano.

—Mi escudo está a vuestro servicio —ofreció Lares—. Contad conmigo para atraer los disparos de los arqueros.

—¿Atacaremos a pie, Tamura? —preguntó Azariôn.

—Sí. Lo haremos de forma rápida y furtiva. No sabemos si más guerreros se han unido a Jaret por el camino. Mejor hacerlo sin que nos vean.

Azariôn señaló uno de los bosquecillos que rodeaban la pradera.

—¿Escondemos los caballos entre esos árboles?

—Me parece bien —convino Tamura—, pero antes quiero pediros algo.

Todos aguardaron a que volviera a hablar.

—Si tenéis a tiro a Stornarja, tratad de no matarla.

Jano frunció el ceño.

—Tamura, esa chica es demasiado peligrosa para andarnos con juegos.

—Dejádmela a mí, entonces.

Azariôn se opuso.

—Si la tengo a tiro, tiraré a matar —afirmó—. Jano tiene razón, no podemos arriesgarnos.

—Entonces, iré delante —decidió Tamura—. Con los demás haced lo que queráis.

—Escondamos los caballos —dijo Lares, al que los nervios comenzaban a pellizcarle las tripas—, y acabemos con esto cuanto antes.

Se dirigieron a la arboleda. A lo lejos, en el campamento de Jaret, comenzaron a encenderse antorchas.

Habían empezado a buscar al fugitivo.

Ictis había perdido la cuenta de cuántas veces había salvado el pellejo en el último momento.

Esa noche, fue una más.

Tuvo el filo de la espada de Karaxtos debajo del cuello más tiempo del que fue capaz de recordar. Todos lo culparon de la fuga de Marco Aurelio, y nadie estaba dispuesto a escuchar sus argumentos de defensa.

—Por los dioses, yo estaba detrás de los matorrales...

—Cortaste sus ligaduras antes —lo acusó Lándigo, que tenía una especial inquina al rastreador.

—Pero ¿has visto bien la cuerda que me has puesto delante de las narices? —protestó Ictis—. Si la hubiera cortado con mi daga, el corte sería limpio, y esa parece roída por un ratón. No olvidéis que Marco Aurelio es muy inteligente, un sabio, un hombre con recursos...

—Mirad esto —dijo Stornarja, que había revisado los alrededores del roble donde estuvo atado el emperador.

Sostenía entre sus dedos la punta de flecha oxidada. Dadagos acercó una antorcha a la cuerda y vio manchas rojizas en los extremos cortados. Luego cogió la punta de flecha y se la mostró a Jaret, para luego ponerla casi en la nariz de Ictis.

—¿Le diste tú esto?

El vándalo retiró un poco la cabeza para ver lo que le enseñaba Dadagos.

—¿Qué? Pero ¿qué es eso? Ni siquiera sé lo que es.

—Una punta de flecha. ¿Es tuya?

—Puede que Marco Aurelio la cogiera ayer —dijo Dandro, acaparando la atención de todos; Ictis soltó un resoplido de alivio—. Lo vi agacharse un momento cuando lo llevé a mear... fue un descuido, culpa mía, lo siento.

Stornarja lo fulminó con una mirada que describía sin palabras lo imbécil que le parecía el gigante. Jaret hizo un gesto para que soltaran a Ictis.

—No puede haber ido muy lejos —presumió Jaret—. Separémonos y busquémoslo. Lo necesito vivo y en buen estado de salud —aclaró—. Lándigo, tú y yo iremos a caballo. Los demás, esconded vuestras monturas detrás de esos matorrales, que no se vean, y peinad la zona. —Señaló a Ictis—. Dandro, llévalo contigo. Si hace alguna tontería, le cortas los huevos.

—Por supuesto —repuso Dandro—, no necesita cojones para guiarnos hasta el Cíclope. —El guerrero le arreó a Ictis una palmada tan fuerte en la cabeza que este acabó arrodillado en el suelo; el vándalo se recolocó la piel del moloso con ganas de llorar—. Ven conmigo a esconder los caballos, cabeza de perro.

Ictis cogió las riendas de su jamelgo y siguió a Dandro.

A cada segundo que pasaba, se extrañaba más de seguir vivo.

La compañía de Jano dejó los caballos junto a una rivera por la que corría el agua justa para que abrevaran. Cada cual recogió de su montura el equipo necesario para la batalla. El legado llevaba el *gladius* en la mano y el *pugio* en la funda; Lares era el que parecía más romano de todos: iba con el escudo y la espada, e incluso se había puesto la coraza de cuero y el casco. Cornelio se había colgado las jabalinas a la espalda y portaba una frámea bien afilada en la diestra, además de una espada en el cinturón. Azariôn llevaba el arco en la mano y deseaba no tener que usar la espada; nunca fue demasiado bueno en el combate cuerpo a cuerpo. Batori esgrimía una espada larga y un hacha en la izquierda. Tanto él, como Azariôn y Tamura, llevaban una cuerda alrededor del cuerpo.

—Mantengamos una distancia de cincuenta pasos entre nosotros —propuso Tamura, con el arco listo para ser tensado—. Empezad a andar cuando dejéis de verme, y no olvidéis que amanecerá muy pronto.

La formación se abrió en un abanico que avanzaba con cautela hacia donde se oían las voces. Mientras se desplazaba en la oscuridad previa al alba, Tamura fantaseaba con su encuentro con Valia.

¿Aceptaría su hija una tregua para parlamentar, o se limitarían a matarse entre ellas nada más verse?

Pronto lo descubriría.

El paisaje cambió, se hizo más escarpado e irregular.

Por suerte o por desgracia, los primeros rayos de sol comenzaron a despuntar. Confiado en la ventaja que les llevaba, Marco Aurelio decidió sentarse a descansar un minuto, mientras la claridad comenzaba a revelar con nitidez el paisaje que lo rodeaba.

Mejor que no lo hubiera hecho.

Aquella zona parecía la obra maestra de un artista loco. Un bosque

de árboles muertos, deshojados, que formaban garras gigantes entre setos espinosos. La hojarasca, seca y crujiente por el calor, cubría restos de fango cuarteado. Unos cuervos madrugadores vigilaban al emperador desde una rama desnuda, como si esperaran a que algo lo matara para participar del banquete de carroña.

Y también estaba el olor, un hedor a podredumbre añeja que lo infestaba todo.

Marco Aurelio se orientó con el amanecer. Tendría que ir al oeste para reencontrarse con sus legiones, pero no podría hacerlo a plena luz del día. Decidió buscar un lugar donde esconderse durante horas, uno lo bastante frondoso para que no lo vieran por muy cerca que pasaran de él. Estaba cansado y ellos tenían caballos. Si huía ahora, lo cazarían en campo abierto como a un venado herido. Tenía que esperar a que Jaret pasara de largo y le perdiera la pista. Esa misma noche, amparado por la oscuridad, comenzaría su viaje hacia el *limes*.

Avanzó un trecho entre los espinos hasta que creyó encontrar el escondrijo adecuado. Era un hueco en el suelo en el que cabría acostado. No sería la panacea de la comodidad, pero si se tumbaba dentro y se cubría con algo que pudiera mimetizarlo con el resto del paisaje, tendría muchas posibilidades de pasar desapercibido.

No sería por falta de zarzales y setos. Utilizó el hacha para cortar unas ramas que unió entre sí con hierbas hasta formar un entramado. Al cabo de un rato, había fabricado una especie de escudo grande y abultado hecho de vegetación. Lo puso encima del agujero y se dijo que podía pasar por un matorral bajo. Con un poco de suerte, nadie se daría cuenta del trampantojo.

Que los dioses decidieran. Empezaba a tener sed, pero aguantaría hasta la noche sin beber. Confió en que encontraría agua cerca. Embargado por el optimismo, se tumbó dentro del agujero y lo techó con su entramado de ramas. Aquel abrigo natural le infundió confianza. Después de días a caballo y de noches durmiendo sentado, le pareció el más cómodo de los lechos.

Marco Aurelio se sintió tan seguro bajo aquel refugio improvisado que, sin darse cuenta, se quedó dormido.

Tamura fue la primera en llegar al campamento de Jaret. Vacío.

El resto de la compañía llegó pocos minutos después. Batori localizó huellas de botas y cascos de caballo; olfateó el aire y avanzó unos pasos al sur hasta desaparecer detrás de unos matorrales. No tardó en reaparecer y hacerles una seña a sus compañeros para que fueran con él.

Escondidos tras la vegetación, atados a unos árboles, había cinco caballos. Tamura reconoció algunos de ellos de su enfrentamiento contra los sármatas en la granja de Tibês.

—Este es de Stornarja —aseguró, palmeándole el lomo.

—¿Estás segura? —preguntó Jano.

—Un sármata reconoce mejor un caballo que la cara de un hombre —apuntó Batori.

—¿Y esta ruina andante? —preguntó Lares, fijándose en el jamelgo de Ictis.

—Ni idea, pero da igual —dijo Jano, desenvainando el *gladius* y yendo directo hacia ellos.

Tamura lo agarró fuerte del brazo.

—¿Qué haces?

—¿Prefieres que busquemos a sus dueños y se los devolvamos? —preguntó Jano, irónico.

—Nosotros no matamos caballos —lo cortó Tamura, muy seria.

La sármata gritó algo a los animales en plena cara. Cuando se dieron la vuelta, asustados, les golpeó los cuartos traseros. Como si hubieran entendido el mensaje, los caballos se alejaron al galope, incluido el penco de Ictis. Batori pasó al lado de Tamura y se acuclilló para seguir rastreando.

—Por aquí, huellas de botas.

Tamura buscó unas específicas, hasta que las encontró. Eran las más pequeñas. Siguió la hierba aplastada hasta dar con el rastro.

—Vosotros id a por los demás, yo seguiré estas huellas. Si han dejado aquí los caballos tienen que estar cerca.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Jano, colocándose a su lado.

Ella lo miró unos segundos, lo agarró de la nuca y lo atrajo hacia

ella. Lo besó casi con violencia, como si fuera la última vez.

Podría ser la última vez.

—No, Puño del Emperador. Esta batalla tengo que librarla sola.

Volvió a tensar un poco el arco cargado y siguió el rastro. Stornarja no se había preocupado en borrar sus huellas y la pista eran tan clara que parecía refulgir sobre el terreno. Lares dio un toque en el hombro a Jano, que todavía no había reaccionado al beso sorpresa.

—Tú mandas, general. ¿Qué hacemos?

El legado lo tuvo claro.

—Batori, guíanos.

—Las huellas se separan más adelante —observó el sármata.

—¿Por qué habrán hecho eso? —se preguntó Lares—. Juntos son más fuertes.

—Están buscando a alguien —afirmó Batori.

Una vez a solas, Dandro agarró por el hombro a Ictis y lo sacudió en lo que él consideró un gesto amistoso.

—Eh, cabeza de perro, no te enfades conmigo por haberte tratado así delante de Jaret —se disculpó—. Tengo que mantener las apariencias.

Ictis le dedicó una mueca de fingida comprensión. Dandro continuó alumbrando el suelo delante de ellos con la antorcha. Ictis sintió un golpe en el pecho al tropezarse con las huellas de Marco Aurelio. No compartió el hallazgo con Dandro, pero le indicó que se desviara a la izquierda. Siguió el rastro con alegría oculta, hasta que el rumbo de las huellas empezó a preocuparle.

Marco Aurelio iba directo a la guarida del Cíclope.

—¿Ves algo? —preguntó Dandro por enésima vez.

—Por ahora nada —mintió Ictis, perplejo por las malas dotes de rastreador de Dandro.

Amanecía, y la cabeza del vándalo funcionaba a toda velocidad. Delante de él comenzaban a aparecer los árboles muertos que precedían a la hondonada donde se encontraba la cueva del monstruo. Marco Aurelio estaba perdido si se tropezaba con él. Ictis se mantuvo

atento. Atento a los ruidos del bosque. Atento a gritos de terror.

Atento a gritos de dolor.

Las huellas se adentraban más y más en el paisaje siniestro. Un crujido de ramas le hizo pegar un respingo.

—No te muevas —ordenó a Dandro sin hablar, solo moviendo los labios.

—¿Has...?

Ictis se llevó el índice a la boca, con los ojos desencajados. Era tal su expresión de miedo que Dandro palideció. El rastreador le hizo una seña para que se quedara quieto. Una vez comprobó que el sármata parecía bajo los efectos de la parálisis, Ictis avanzó hacia el crujido. Levantó un dedo húmedo para ver de dónde venía el viento; en cuanto notó el hedor que este arrastraba, se movió para ponerse en contra. Las piernas le temblaban. Espió entre los espinos hasta que vio moverse unos matorrales. El sol de la mañana arrancó un reflejo a algo metálico que se desplazaba entre la maleza.

La armadura del Cíclope.

A Ictis le llamó la atención una extraña formación de matorrales junto a unos árboles. Para su horror, la inmensa mole del Cíclope apareció justo detrás. El monstruo conservaba su armadura, a pesar de que algunas piezas tenían partes oxidadas. Hasta llevaba el casco con las púas en la frente. El vándalo miró hacia atrás y vio que Dandro seguía en el mismo sitio. Aún no había visto al monstruo.

Mientras el viento no cambiara ni el ojo sano del Cíclope se fijara en él, Ictis estaría a salvo. Desde su escondrijo, observó cómo este se acercaba a olisquear el montón de matorrales que antes había llamado la atención del rastreador. Lo hizo durante unos segundos, como si hubiera encontrado algo debajo. De repente, el Cíclope lo apartó de un golpe.

La sangre abandonó el rostro de Ictis.

Justo debajo de la bestia, dormido, estaba el emperador Marco Aurelio.

En ese momento, el Cíclope levantó la cabeza y clavó su único ojo en Ictis.

O mejor dicho, detrás de Ictis.

Cuando el vándalo giró la cabeza, vio a Dandro de pie, detrás de él.

Ictis masculló una maldición en su lengua natal. El Cíclope, que había estado curioseando la figura dormida de Marco Aurelio, se irguió en toda su altura y lanzó un rugido ensordecedor que se oyó a muchas millas a la redonda.

Superaba en dos cabezas la altura de Dandro.

71

El rugido destrozó el silencio de la mañana.

Un grito de terror siguió justo después.

Jaret y Lándigo encabritaron sus caballos y los espolearon para dirigirlos al origen del sonido. Karaxtos y Dadagos, más cerca del bosque muerto que ellos, corrieron hacia este armas en ristre.

Lares y Jano se agacharon al ver pasar a Karaxtos a unos cien pasos de donde estaban. Vieron a Dadagos detrás de él; demasiado mayor para seguirle el ritmo, caminaba lo más rápido que podía sin perderlo de vista. Los romanos intercambiaron una mirada de determinación y abandonaron su escondite para cazarlos por la espalda.

Batori y Azariôn, a unos setenta pasos de ellos, los vieron salir de la espesura y no dudaron en seguirlos. Azariôn palidecía conforme se acercaba a los árboles muertos. No sabía qué les esperaba allí, pero fuera lo que fuese, sabía que no era bueno.

Cornelio oyó el rugido cuando se encontraba justo en el linde de la arboleda siniestra. Había oído muchos a lo largo de su vida, pero ninguno tan potente como aquel. Se hizo la señal de la cruz en la frente, empuñó la frámea y se dejó caer por uno de los torrentes secos que descendían hacia la hondonada. Rezó una oración mientras lo hacía. Si tenía que morir ese día, que fuera en gloria de Dios.

El rugido hizo girar la cabeza a Tamura, pero esta se negó a perder el rastro de Valia. Cuando oyó el grito que siguió al bramido, deseó con todas sus fuerzas que procediera de la garganta de alguno de los hombres de Jaret, pero no se desvió. Se sentía mal por dejar solos a sus compañeros, pero nada la apartaría de la que ahora consideraba su misión principal.

Siguió las marcas de las botas hasta una grieta que dividía el terreno boscoso en dos, como si los dioses hubieran tratado de partir el mundo de un hachazo. Allí desaparecía el rastro. Tamura se asomó

con el arco preparado y descubrió un pequeño desfiladero que se abría entre dos paredes cubiertas de matorrales y maleza. Algunas raíces de árboles cercanos asomaban entre las barbas vegetales como los dedos de un coloso sepultado que intentara escapar de la tierra. Calculó la altura del borde al fondo; no supondría una caída mortal, pero tampoco era para saltar a la ligera.

Tamura no tuvo ocasión de planificar un descenso prudente. La cuerda dio tres vueltas a su muñeca derecha antes de que el garfio que tenía en la punta cerrara el nudo. Ni siquiera le dio tiempo a soltar una maldición. El tirón no solo hizo que se le disparara el arco y la flecha se perdiera, también la desequilibró y la hizo caer a la grieta. Consiguió girar el cuerpo en el aire y aterrizar de pie, flexionando las piernas y apoyándose en las manos para amortiguar el impacto. Por suerte, el terreno, aunque seco, era blando. Siguió con la vista la cuerda enredada en el brazo y vio que se perdía en unos matorrales de la pared. La agarró con las dos manos y esta vez fue ella la que dio un tirón.

Para su sorpresa, recuperó la cuerda sin problema. Nadie la sujetaba al otro lado. Desenganchó el garfio, abrió el nudo y tiró la soga al suelo. Oyó sonido de ramas en la pared. Alguien se descolgaba por la vegetación que la cubría; lo hacía despacio, con tranquilidad, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Stornarja apareció detrás de los matojos con la espada desenfundada, arrastrando la punta por el barro cuarteado que formaba el fondo. Le dedicó a Tamura una sonrisa siniestra que esta no reconoció en el rostro de aquella muchacha a la que había visto convertirse en una mujer.

—Si hubiera querido, ya estarías muerta —fue su saludo—. Lo sabes, ¿verdad, Tamura?

Esta tenía el arco a sus pies, pero ni siquiera hizo ademán de cogerlo. Al contrario, mostró las manos vacías a la joven en señal de paz.

—Ya he visto que te has convertido en una gran guerrera, Valia. Ahora escúchame...

—Valia ya no existe —la interrumpió Stornarja, con una voz que

destilaba un rencor rancio—. Valia te admiraba, quería ser como tú, pero Valia era estúpida: no se dio cuenta de que admiraba a una traidora a su pueblo...

—Eso no es cierto, te han llenado la cabeza de...

Stornarja volvió a interrumpirla.

—¿Sabes lo que le pasó a Valia? Valia vagó por el mundo de los cobolios, presenció y cometió horrores y atrocidades, y regresó como Stornarja, una nueva versión de sí misma, mucho más fuerte, despojada de todo lo que la hacía débil. Ahora soy mucho más fuerte que tú, y pienso demostrártelo.

La muchacha levantó la espada a modo de saludo. Tamura trató de razonar con ella.

—No tenemos por qué matarnos entre nosotras. Jaret y Dadagos te han utilizado, Stornarja, y seguirán haciéndolo hasta que te maten. Para ellos no eres más que un instrumento. Sobre todo para Dadagos...

—Mientes. El abuelo me quiere.

Tamura se mordió el labio. Se sentía impotente. Era increíble lo que habían hecho con aquella pobre niña. Le habían arrebatado hasta el último ápice de cordura y humanidad.

—Ven conmigo, marchémonos lejos y olvidémonos de todo esto. Dejemos atrás a Zántico, a Banadaspo, a Roma... empecemos de nuevo en otras tierras, lejos de aquí.

Stornarja sonrió de una forma horrible. Elevó el labio superior y mostró los colmillos, como un lobo. La risa que expelió sonó hueca, cascada, carente de emoción.

—Marcharme lejos contigo y dejar todo esto atrás —recitó, sin bajar la espada de su posición de saludo; la imagen de Tamura se veía doble a causa del filo de acero—. No entiendo para qué quieres que me marche contigo, no somos amigas. Ya no.

Tamura decidió jugársela. No sabía cuánto más podría durar la situación antes de que Stornarja desencadenara una tormenta de acero sobre ella.

—Hay una razón mucho más poderosa que la amistad para no querer perderte, Valia. —Por el brillo de sus ojos, Tamura supo que había conseguido captar su atención—. Fui madre cuando tenía más o

menos tu edad. Me arrebataron a mi hija cuando no era más que un bebé, y me hicieron creer que murió. —Stornarja la escuchaba con expresión hierática—. Pero me mintieron, esa niña no murió, simplemente la criaron lejos de mí para que yo no pudiera saber nada de ella ni ella de su madre. —Las lágrimas comenzaron a traicionar a Tamura, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrada. Hizo un esfuerzo sobrehumano por contenerlas—. ¿Sabes para qué, Valia? Para seguir utilizándome como un arma, igual que a ti.

El silencio que siguió a la última frase de Tamura tejió una pausa espesa en la quebrada. Hasta los pájaros enmudecieron. Una gota de sudor cayó por la nuca de Tamura, como si las lágrimas tuvieran que salir por algún lado. La sármata luchó para que su voz no temblara al volver a hablar.

—Valia, ¿qué sabes de tu madre?

—Mi madre está muerta —afirmó, rotunda—. Murió al nacer yo.

—Eso fue lo que te dijeron, Valia, pero te mintieron, igual que a mí. Esa niña de la que te he hablado... esa niña que me arrebataron...

La muchacha cerró los ojos. Estaba harta de mentiras. Harta de sentirse la marioneta de unos y otros. Era demasiado fuerte para dejarse manipular. Apretó aún más la empuñadura de la espada, hasta que los nudillos parecieron a punto de estallar. Respiró muy hondo, y el aire avivó el incendio que se propagaba por sus tripas y corría como un río de fuego hacia su alma. Solo necesitaba una chispa más para estallar, y esa chispa fue la voz de Tamura.

—Valia, esa niña eres tú: soy tu madre.

El ardor de la ira irrumpió por las venas de Stornarja como un torrente de lava. Sin mediar palabra, se lanzó a toda velocidad hacia Tamura, con la espada alzada por encima de la cabeza. No era su golpe más técnico, ni el más bello, pero era el perfecto para partir en dos el cráneo de aquella embustera. Deseaba ver los sesos de aquel fraude desparramados por el fango cuarteado del desfiladero.

Tamura desenfundó la espada cuando la hoja de Stornarja caía sobre ella con una fuerza brutal. Pudo haberla esquivado, pero prefirió detener el golpe. Su brazo vibró de la muñeca al hombro, pero logró parar la estocada mortal.

Las dos se miraron un segundo con las espadas trabadas. Nunca habían estado tan cerca la una de la otra como enemigas. Stornarja mostró los colmillos. El rostro de Tamura era el de una estatua. Lo único que lo hacía diferente de una escultura de piedra fue la lágrima que rodó por su mejilla.

Ambas se empujaron y quedaron separadas por unos pasos. Stornarja hijo girar la espada en su muñeca. Tamura la colocó junto a la cara, esperando el siguiente ataque.

Stornarja atacó.

Dicen que cuando vas a morir, tu vida pasa ante ti como una ráfaga de viento que arrastra imágenes en vez de hojas.

Eso sintió Ictis cuando el Cíclope rugió.

Se vio a sí mismo años atrás, cuando aún no usaba el nombre de Ictis y formaba parte del ejército silingo; mucho antes de que Roma y su imperio fueran una preocupación, cuando luchaban contra otras tribus por territorios en los que establecerse, muy al noreste del *limes*.

Recordó cada horda armada a la que se enfrentaron. Cuando ambas fuerzas trababan combate, las filas delanteras de su ejército se abrían y él ordenaba atacar al Cíclope. Protegido por un escudo de metal enorme, Ictis señalaba el objetivo y la bestia la destrozaba en segundos. Aquel dúo salvaje sembraba el terror entre las tropas enemigas. El adiestrador original del Cíclope hizo un gran trabajo convirtiendo a aquel monstruo en el mejor combatiente del ejército silingo.

Corrían leyendas de otros osos de guerra entre las filas de los vándalos, pero ninguno tan formidable como el Cíclope. De pie era mucho más alto que el más alto de los hombres, y su peso superaba el de seis guerreros fuertes. Era un gigante entre los osos más grandes, con colmillos terribles y garras implacables. El hueco del ojo izquierdo le daba un aspecto aún más fiero. La forma en que lo perdió siempre fue un misterio: unos decían que ya le faltaba cuando lo encontraron de cachorro, y otros afirmaban que fue durante una batalla. Nadie supo nunca la verdad.

Ictis sustituyó al domador original cuando este cayó en combate. El caudillo de su tribu puso a Ictis en su lugar porque le pareció alguien prescindible. No era buen guerrero, era pequeño, feo y débil. Tampoco tenía familia ni amigos; si el oso se lo comía, o si moría en la batalla, no se perdería gran cosa. Pero lo cierto es que entre hombre y bestia surgió un vínculo poderoso, porque ambos se dieron el afecto que el resto de la tribu les negaba.

Aparte de pelear, Ictis le enseñó algunos trucos al Cíclope, como bailar o girar en círculos de forma cómica. Si conseguía que la bestia hiciera gracia a los guerreros, puede que estos les devolvieran algo de cariño a cambio. A los dos, aunque fuera un poco.

Pero no hubo nada de eso para ellos. De hecho, la situación empeoró cuando al caudillo se le ocurrió una idea para convertir al Cíclope en algo aún más temible, encargándole al herrero de la tribu una armadura completa para él.

Estuvo lista en dos semanas. Tuvieron que drogar al animal para ponérsela, y cuando este despertó, no sabía qué hacer para deshacerse de la prisión ambulante en la que lo habían encerrado, peor que cualquier jaula.

El lomo, los costados y el pectoral quedaron cubiertos por una coraza gruesa, a prueba de flechas y lanzas. Las cuatro patas quedaron blindadas con placas rematadas por púas, al igual que la cabeza, encerrada dentro de un casco con una corona de tres dagas afiladas. Un collar de pinchos remataba la armadura.

Una armadura imposible de quitar. Una armadura difícil de soportar.

Los primeros combates fueron devastadores para el enemigo. Era imposible herir al Cíclope. El oso destrozaba soldado tras soldado mientras las flechas rebotaban sobre su lomo acorazado. Por cada zarpazo que daba, un hombre caía con el torso desgarrado o la cabeza colgando de un cuello hecho jirones. Cuando cargaba, ensartaba a los caballos con las púas del casco y los destripaba sin remedio.

Pero aquello duró poco. El Cíclope, siempre agobiado con la armadura, se volvió cada vez más irritable y difícil de manejar. Ictis era el único que podía calmarlo, y no siempre lo lograba. En su última

batalla, el oso fue imposible de dominar. Fue después de esta última actuación cuando el caudillo manifestó a sus oficiales su deseo de sacrificarlo.

Esa misma noche, Ictis desertó con el Cíclope. Huyeron hacia el sur y dejaron huellas claras, pero nadie se molestó en perseguirlos. Para los silingos, ni él y el oso ya no valían nada.

Vagabundearon durante semanas, pero la coexistencia con el Cíclope cada vez se hacía más complicada; la armadura lo estaba volviendo loco. Ictis trató de desmontarla, pero le fue imposible: el herrero había colocado aquellas piezas para que no se pudieran quitar nunca. Para colmo, aquel intento de aliviar a su compañero casi le cuesta la vida al vándalo.

Continuaron hacia el sur, alimentándose de frutos silvestres, bayas y carroña, hasta que dieron con aquella cueva vacía en la hondonada estéril. Ictis dejó en ella al Cíclope y suplicó asilo en una aldea de cuados cercana, donde trabajó de lo que pudo para comprar carne y alimentar al único amigo que tenía.

No pasaron ni cinco días cuando corrió la noticia de que un monstruo había atacado el carro de un conocido mercader sin dejar supervivientes. Según se afirmaba, el comerciante se dirigía a Sirmio escoltado por tres sicarios, llevando con él treinta mil sestercios destinados a cerrar un negocio. Ninguno de los cuerpos apareció. Al sospechar que el Cíclope pudiera tener algo que ver con aquello, Ictis decidió hacerle una visita; con esa fortuna se podría comprar mucha carne para los dos, y aún sobraría para jugar una partida de dados de vez en cuando.

Pero después de dos semanas, el Cíclope no era el mismo.

No solo había matado al mercader y a sus tres guardaespaldas. Ictis contó seis cadáveres. El Cíclope tenía el hocico manchado de sangre, la mirada de su único ojo perdida... y cuando la clavó en él, Ictis se dio cuenta de que no lo había reconocido.

El oso lo consideró un intruso, por lo que se puso a dos patas y emitió un rugido que era la antesala de un ataque inminente. Ictis no se arriesgó: contuvo la respiración, se hizo el muerto y dejó que el Cíclope se le acercara. Este lo olisqueó, lo meneó un par de veces con

la pata y acabó dando media vuelta para arrastrar los cadáveres uno por uno hasta el fondo de la cueva. En uno de los viajes de la bestia al interior de la gruta, Ictis huyó de allí como si lo persiguieran los demonios.

Aquello no acabó ese día, porque las desapariciones aumentaron hasta que los cuados establecidos en los alrededores recogieron sus pertenencias y se marcharon lejos de aquella arboleda donde algunos juraban haber visto vagar el espíritu de un viejo dios guerrero embutido en su coraza.

Y por lo que Ictis sabía, ese viejo dios acumulaba un tesoro creciente en su cubil. Desde entonces, con una mezcla de codicia y lástima, Ictis fue conduciendo incautos hasta el Cíclope. Incautos de monederos abultados y espadas afiladas. A veces conseguía bolsas interesantes, como la última vez, cuando recuperó las de Merilio y Ramix. Pero sabía que dentro de aquella gruta hedionda le esperaban los treinta mil sestercios del mercader, los que llevara Aes y los de muchas otras víctimas.

El equipo de Jaret era ideal para su doble intención: dar paz al Cíclope y recuperar el tesoro del fondo de aquella cueva maldita de una vez por todas. Con luchadores tan aguerridos como Karaxtos, Stornarja, Jaret, Lándigo y Dandro sería fácil.

Si atacaban todos a la vez.

Porque de momento parecía que iba a ser un uno contra uno entre Dandro y el Cíclope, y aquello no pintaba nada bien para el sármata.

Ictis esquivó las dagas del casco del Cíclope en el último segundo, cuando este cargó contra Dandro. El vándalo se lanzó sobre un matorral espinoso y rodó sobre él, esforzándose por ignorar el dolor que le producían las púas. Marco Aurelio seguía panza arriba en su agujero, blanco como la nieve, con los ojos abiertos clavados en el cielo. Ictis temió que hubiera muerto del susto. No reaccionaba.

Detrás de ellos, oyó el sonido de la maza de Dandro golpeando metal.

Ictis agarró al emperador por la túnica y lo sacudió, pero este siguió sin moverse. No lo pensó dos veces: le propinó una bofetada. Marco Aurelio gritó al ver la cabeza de perro justo delante de su cara.

El vándalo le tapó la boca con la mano hasta que leyó en sus ojos que lo había reconocido.

—César, tenemos que salir de aquí. ¿Entiendes lo que te digo?

Aun con la boca tapada, Marco Aurelio asintió.

—Otra cosa: si me ves tirarme al suelo, como fulminado, haz tú lo mismo. Ni respires; si te haces bien el muerto, te ignorará.

Detrás de ellos se oían gruñidos, resoplidos humanos, hojarasca pisoteada y golpes metálicos. Dandro seguía peleando.

—Larguémonos de aquí —sugirió Ictis, liberando la boca del emperador.

Justo cuando se reincorporaban, una figura corpulenta les cerró el paso, espada en mano.

—Os pillé —dijo Karaxtos, sonriendo.

Pero también justo en ese momento, los matorrales a la izquierda de Ictis se abrieron para vomitar una mole acorazada y a un hombre gigantesco agarrado a ella, sosteniendo a duras penas una maza enorme. Karaxtos se sobrepuso a la sorpresa y preparó su espada para ayudar a su compañero en su lucha contra aquella abominación.

Jaret y Lándigo coronaron el monte pedregoso que techaba la cueva del Cíclope. Los dos iban montados a caballo y con los arcos preparados. Abajo, entre los árboles pelados, Dadagos alcanzó a Karaxtos, justo cuando este se preparaba para entrar en combate. A su espalda, Jano y Lares se abrían paso por el sendero, sin ser conscientes de que iban directos al horror.

Un poco más lejos, Batori y Azariôn trataban de alcanzar a sus compañeros romanos, mientras Cornelio presenciaba, atónito, un combate cuerpo a cuerpo entre un gigante y una bestia acorazada que habría hecho las delicias del coliseo de Roma.

A una milla de allí, en el fondo de una quebrada, dos mujeres intercambiaban golpes de espada en una lucha a muerte.

La guerra, en todo su esplendor, había llegado a la Hondonada Maldita.

72

Dandro estaba vivo porque se había abrazado con tal fuerza al Cíclope que ni las zarpas ni los dientes podían alcanzarle. Aferrado a las uniones de la armadura, aguantaba como un titán las sacudidas y revolcones con las que la bestia intentaba quitárselo de encima. Conservaba la maza de milagro, aunque sabía que lo tendría difícil para herir con ella a aquel amasijo de metal furioso.

Karaxtos seguía el combate de cerca. La única posibilidad de ayudar a su compañero sería herir al oso a través de algún resquicio entre las placas metálicas. La hoja del sármata era gruesa y pesada, y el Cíclope y Dandro rodaban a tal velocidad que le resultaba imposible encontrar un hueco, así que se limitaba a golpear la coraza de la bestia en vanos intentos de que esta perdiera interés por Dandro. Mientras tanto, en mitad de la hondonada, Ictis y Marco Aurelio caminaban hacia atrás muy despacio, alejándose de la batalla.

Jaret y Lándigo descabalgaron y se apostaron entre unos arbustos en la cúspide del monte, justo encima de la entrada de la cueva. Enseguida se dieron cuenta de que aquella hondonada era el lugar donde se ocultaba el tesoro del que tanto hablaba Ictis.

—Así que eso es el Cíclope —dijo Lándigo, apuntándole—. Un puto oso enorme...

—No malgastes flechas —sugirió Jaret, bajando el arco—. Voy a ayudar a esos dos. Tú quédate aquí y mantén controlados a Marco Aurelio y a Ictis.

Lándigo cambió de objetivo y fijo el blanco en el vándalo, pero la alegría duró poco.

—Mierda, se han metido justo aquí debajo —gruñó Lándigo, que acababa de perder el ángulo de tiro; notó cómo su hermano le sacudía el hombro—. ¿Qué quieres?

—Mira allí —le alertó Jaret, señalando un punto lejano a su derecha.

Lándigo distinguió cuatro figuras que se acercaban a la hondonada detrás de Dadagos, que estaba a punto de llegar a ella. Entre los matorrales emergió el escudo de Lares.

—¡Romanos! —exclamó Lándigo.

—Van a pillar a Dadagos por detrás —dijo Jaret, tensando el arco.

Lares alzó la vista y divisó a los tiradores en la cúspide del altozano. Tiró del brazo de Jano y levantó el escudo frente a él, a la vez que alertaba a sus compañeros.

—¡Arqueros!

Una flecha pasó por encima de ellos y la otra se clavó en el escudo. Dadagos oyó el grito a su espalda y corrió a buscar refugio entre los árboles marchitos. Se ocultó detrás de uno grueso, sacó el arco y lo cargó. Azariôn y Batori dispararon a Jaret y Lándigo, más para distraerles que para acertarles. Los sármatas se agacharon detrás de Lares y Jano, buscando la protección del escudo.

—Al final lucharemos a la romana —bromeó Lares—, todos juntos.

—Oigo ruido de combate ahí delante —advirtió Jano—. ¿Será Cornelio?

Ni los romanos ni los sármatas habían visto aún la abominación a la que se enfrentaban Dandro y Karaxtos. Dandro consiguió separarse del oso rodando por encima de los huesos que alfombraban el claro. El guerrero del rostro tatuado provocó a la bestia, y esta embistió con las púas del casco por delante. Cornelio permanecía oculto en la espesura, buscando un punto débil por el que atacar a la bestia. Sin encontrar hueco por donde colar una jabalina, decidió seguir la lucha como un mero espectador. Cada golpe que se diera en esa lid iría en su propio beneficio.

Ictis empujó a Marco Aurelio dentro de la cueva justo cuando Lándigo acababa de fijar su flecha en él. El hedor añejo que reinaba dentro era asfixiante. Ictis sacó un encendedor de yesca y lo golpeó sobre unas ramitas secas que acababa de arrancar de un arbusto.

—¿Por qué nos metemos en esta trampa? —preguntó Marco Aurelio; aquella caverna le daba escalofríos, además de náuseas—.

¿No será mejor salir corriendo y despistarlos?

—No te preocupes por esos dos, no sobrevivirán —apostó Ictis, ajeno a que Jaret y Lándigo también andaban por la zona.

—Pero esa cosa acabará entrando aquí —vaticinó Marco Aurelio.

—Sí, pero lo hará cansado, y nosotros solo tendremos que hacernos el muerto.

Ictis levantó su palo en llamas y se internó un poco más en la cueva. Para su sorpresa, descubrió viejas antorchas encajadas en las paredes.

—¡Mira! —exclamó, acercando la rama ardiendo a la tea de la pared hasta que prendió—. Toma, emperador, para ti. —Encendió la siguiente y la sacó de su soporte—. Hay más... Esta cueva debió de usarse para algún culto, o algo parecido.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber el emperador, que aún no entendía por qué aceptaba órdenes de un vándalo con un perro en la cabeza.

—Entremos sin miedo, el Cíclope teme el fuego —afirmó, ufano—. Esa antorcha es mejor que la mejor de las espadas.

—Reconozco que posees cierto arte para animar al prójimo.

Ictis le dedicó la mejor de sus sonrisas bajo la luz anaranjada de la antorcha. Marco Aurelio meneó la cabeza y lo siguió. El vándalo se detuvo ante una pendiente que descendía a las profundidades de la cueva. Acercó la antorcha a otra de las adosadas a la pared y la encendió. Hizo eso con todas las que fue encontrando, iluminando el camino conforme bajaban. Cuanta más luz, mejor. Había muchos cadáveres que registrar y muchas bolsas de dinero que recoger antes de largarse de allí. Luego verían de quién tendrían que escapar, si del Cíclope o de los secuaces de Jaret.

Las espadas se movían tan rápido que apenas se veían.

Sin embargo, Tamura y Stornarja se anticipaban con maestría la una a los movimientos de la otra. Los filos pasaban muy cerca de ellas, las estocadas pinchaban el aire cuando medio segundo antes se habrían clavado en un órgano vital, y los golpes rasgaban vacío en vez

de cuellos. Cada vez que Tamura detenía un ataque, sentía la fuerza de Stornarja en su propio brazo. Era una potencia alimentada por el odio.

La sármata se agachó para que la hoja de Valia no le hendiera el cráneo. Si Tamura hubiera aprovechado ese momento para lanzar una estocada a fondo, habría herido a la joven de gravedad. Pero algo en su interior se lo impidió. Valia era su hija, y eso ponía a Tamura en desventaja. Aquella compasión no era recíproca: cada ataque de Stornarja iba a muerte. Tamura esquivó dos tajos, desvió un par de estocadas y retrocedió varios pasos. Stornarja no la persiguió. Aprovechó para tomarse un respiro y caminar de un lado a otro por delante de ella, estudiándola con la espada baja. Las dos jadeaban.

—¿No es suficiente? —preguntó Tamura—. ¿Tenemos que llegar hasta el final?

—Has podido acertarme un par de veces y no lo has hecho —reconoció Valia—. Eres débil, Tamura de los Cuarenta, menuda decepción.

—¿Te extraña que una madre sea incapaz de matar a su hija?

—Deja de decir que eres mi madre, no me lo creo. No te quedará más remedio que usar esa espada si quieres salir viva de aquí.

Tamura bajó la mirada y tardó unos instantes en volver a hablar.

—Está decidido, Valia, no la usaré.

Clavó la espada en el suelo cuarteado. Cuando la soltó, esta cimbreó unos instantes. Por un segundo, recordó el símbolo con el que rubricaba sus acciones contra Roma, el mismo que Stornarja usaba para firmar sus asesinatos. Tamura abrió los brazos y mostró su torso desprotegido.

—Aquí estoy —la invitó.

Stornarja levantó la espada y corrió hacia Tamura a toda velocidad. En lugar de intentar recuperar su arma, la sármata dio dos pasos rápidos a su derecha y elevó la rodilla, como si quisiera dar una patada al aire.

Delante de ella, junto a pedacitos de barro seco, vio algo que Stornarja reconoció en el acto.

Era su cuerda, la misma con la que había tirado a Tamura al

barranco.

El garfio de metal de la punta destelló con el sol de la mañana.

Karaxtos esquivó la embestida del Cíclope de milagro, con un regate digno de espectáculo circense. Dandro, que había logrado ponerse de pie, cogió la maza con ambas manos y se acercó a la bestia por detrás. El oso se había revuelto hacia Karaxtos, que no veía pelaje suficiente entre las placas por donde clavar su hoja. El casco protegía los ojos del Cíclope con un enrejado de metal, tanto el sano como el que perdió al principio de su trágica existencia.

El guerrero aprovechó que el monstruo se incorporó sobre sus patas traseras para lanzar una estocada entre las piezas que le protegían los brazos y el torso. La hoja entró por el hueco de la coraza, pero solo lo arañó y lo enfureció aún más. La mole se dejó caer sobre las patas delanteras, alcanzando el muslo de Karaxtos con unas uñas como dagas.

Solo un brutal mazazo de Dandro en la coraza que protegía el lomo de la bestia le hizo perder interés en Karaxtos, que retrocedía con los dientes apretados en un gesto de dolor. Mientras el oso trataba de cazar a Dandro, Karaxtos examinó la herida. Sangraba, pero no había tocado ninguna arteria. Dandro efectuó un recorte al Cíclope y le propinó un segundo mazazo a la coraza, abollándola. En ese momento, Karaxtos entendió el plan de Dandro. Para ciertas cosas, el grandullón no era tan tonto como parecía.

—¡Aquí! ¡Eh, aquí!

El Cíclope se volvió hacia Karaxtos, cayó en la trampa y le embistió.

Dandro corrió hacia él con la maza presta a asestar otro golpe.

Entretanto, algo más lejos de allí, el escudo de Lares ya tenía tres flechas clavadas, dos procedentes de lo alto del monte y otra de Dadagos, que seguía escondido entre el follaje. Sin saber bien de dónde venían los disparos, Jano, Azariôn y Batori avanzaban en cuclillas, detrás del parapeto.

—Voy a echar una mano a Dandro y Karaxtos —dijo Jaret a

Lándigo, pasándole su carcaj—. Ahorra flechas, dispara solo cuando tengas un blanco seguro.

—¿Y el emperador y cabeza de perro?

—Esos no me preocupan, estarán ahí abajo, muertos de miedo.

Jaret rodeó el monte para bajar a la hondonada. Localizó a los caballos a unos cincuenta pasos detrás del altozano; estaban entrenados para permanecer lejos de la batalla, pero siempre manteniendo una distancia prudencial de sus amos. Un silbido de Jaret o Lándigo y los animales acudirían a su llamada, prestos para que los montaran.

El claro semejaba el anfiteatro más tétrico del mundo durante el combate contra bestias más ominoso de la historia. Karaxtos lanzó un tajo que hirió al Cíclope en el belfo, encolerizándolo más de lo que estaba. Por detrás, Dandro volvió a golpear la coraza del oso con todas sus fuerzas. Sin saber a cuál de los dos atacar, el animal, enloquecido, lanzó zarpazos a diestro y siniestro.

Jaret descubrió la cueva nada más poner el pie en aquella laguna de tierra estéril y huesos. Adivinó que Ictis y Marco Aurelio se habrían escondido dentro. Luego entraría a buscarlos, ahora tenía una tarea más urgente. Sin pensarlo dos veces, Jaret desenvainó la espada y corrió hacia la monstruosidad blindada.

Dadagos avanzaba casi arrastrándose por entre los matorrales, seguro de que los cuatro hombres le habían perdido la pista. Mientras estuvieran pendientes de Lándigo, más oportunidades tendría él de obtener un buen ángulo de tiro y abatir a alguno de ellos sin que lo vieran.

Detrás de la maleza que separaba el bosque marchito del claro, los rugidos y los golpes de la batalla no cesaban ni un segundo. El grupo de Jano se aproximaba cada vez más al linde de la arboleda, protegidos tras el escudo de Lares.

—¿Qué soltará esos rugidos? —se preguntó el *evocatus*.

—Algo muy grande —apostó Jano.

Entonces Azariôn vislumbró, entre la maleza, la pelea entre Karaxtos, Dandro y un monstruo inmenso de metal con la cabeza rematada por tres púas largas como puñales. Jaret apareció al fondo,

espada en ristre.

—Mirad —exclamó Azariôn, señalando el claro con el rostro descompuesto por el miedo—, es el espíritu de la Hondonada Maldita. Los aldeanos tenían razón.

—Jaret y sus hombres están peleando contra él —informó Batori.

—Entonces, no los molestemos —decidió Jano, que estaba empeñado en ir a por Lándigo—. Me parece que hemos despistado al tirador del monte. Lares, a mi señal, levanta el escudo lo más alto que puedas, que él lo vea.

—A tus órdenes, general, lo distraeré.

Jano se alejó gateando, protegido por los matorrales, e hizo una seña a Lares cuando estuvo lo bastante lejos. El *evocatus* levantó el escudo por encima de la vegetación, esperando que una flecha se clavara en él.

Pero la flecha no voló desde el altozano.

El dolor hizo que Azariôn se arqueara hacia atrás. Batori giró la vista hacia él y vio la flecha clavada en su costado. Azariôn intentó hablar, pero no pudo. El disparo había afectado algún órgano importante. El rastreador acostó a su amigo en el suelo.

—Nos atacan por detrás —dijo Batori a Lares; este vio, alarmado, cómo Azariôn se agarraba a la manga de su compañero con un rictus crispado.

La vegetación se movió cerca de donde estaban. Batori no lo dudó, se lanzó corriendo hacia el matojo que se había movido con el arco preparado. Jano, ajeno a la herida de Azariôn, siguió avanzando en cuclillas hacia el monte, dispuesto a sorprender al tirador.

Dadagos huyó agachado entre los matorrales. No veía quién se acercaba, pero oía pasos detrás de él. Una flecha de Lándigo voló cerca de Batori, pero este ni se dio cuenta de que le habían disparado.

En el claro, Jaret se había unido a la batalla contra el Cíclope. El oso, acorralado, no sabía a quién atacar. Cornelio avanzó entre la maleza, esperando un buen momento para intervenir.

Todavía no sabía a quién le arrojaría la primera jabalina, si al Cíclope o a alguno de los yacigios.

La cámara principal de la guarida del Cíclope era mucho más grande de lo que se intuía desde el exterior. En las paredes aún podían verse pinturas dedicadas a una deidad que ni Marco Aurelio ni Ictis reconocieron. Había cera procedente de velas viejas, marcas rituales en el suelo y más antorchas adosadas a los muros que Ictis encendía conforme pasaba. A un lado de la cámara había una gigantesca pila de huesos, corazas oxidadas, correajes de cuero, botas...

Bolsas y morrales.

Al otro lado de la gruta, en un rincón, encontraron un tosco lecho fabricado con ramas y hierba. Ictis sintió una oleada de ternura al ver el lugar donde el oso hibernaba. Recordó con nostalgia la época en la que la bestia aún no se había convertido en un monstruo indomable y sintió ganas de llorar.

—Esto no tiene salida —apuntó Marco Aurelio, inspeccionando las paredes y el techo de la cueva; el emperador llevaba la antorcha en una mano y el hacha en la otra—. Estamos atrapados.

—Las antorchas bastarán para mantener al Cíclope alejado de nosotros mientras salimos caminando muy despacio —aseguró Ictis, al tiempo que vaciaba cada morral que encontraba para luego colgárselo.

—¿Y si es Jaret o cualquiera de los otros el que entra?

—No creo que sobrevivan... Y si alguno lo consigue, tú y yo sabemos negociar, césar.

Marco Aurelio alzó las cejas. En cierto modo admiraba el optimismo inquebrantable de Ictis. Lo observó rebuscar entre los cadáveres. El césar movió un cuerpo con los pies y descubrió una bolsa pequeña. Dejó la antorcha en el suelo, la abrió y vio que estaba llena de monedas. Llamó a Ictis y le lanzó la bolsa, que este atrapó al vuelo.

—¿Es esto es lo que buscas? —preguntó.

Ictis comprobó que el saquito tenía sestercios, algunos quinarios e incluso *semis* y *quadrans* sin apenas valor. Lo sopesó un segundo y lo guardó en uno de los morrales. El vándalo decidió ser sincero con Marco Aurelio.

—Busco una bolsa en especial. Esta que me has dado no está mal, no me malinterpretes, *domine*, pero dentro de esta cueva hay una que

contiene una fortuna.

Marco Aurelio no daba crédito.

—Sabes que soy el emperador de Roma, ¿verdad?

—Por supuesto, *domine*. ¿Qué pregunta es esa?

—¿Y no se te ha ocurrido que podría darte una recompensa superior si me sacas de aquí, ahora?

Ictis lo miró de reojo.

—¿De cuánto estamos hablando, *domine*? Aquí hay mucho dinero.

—Lo dudo. ¿Cuánto puede haber dentro de este osario?

—Según mis cálculos, más de cien mil sestercios.

—¿Cien mil sestercios en la cueva de un oso? —El emperador estaba perplejo—. Pero ¿cómo sabes que aquí dentro hay tanto?

El vándalo dibujó la sonrisa más inocente de su repertorio.

—No me preguntes cómo lo sé, te lo ruego... pero sí.

—De acuerdo —claudicó Marco Aurelio—, te pagaré ciento cincuenta mil sestercios si me llevas vivo hasta una de mis legiones.

Ictis pensó la oferta unos segundos.

—Te lo agradezco, césar —comenzó a decir—, pero mientras esos bastardos sigan peleándose con el Cíclope estaremos más seguros aquí dentro. Y mientras estemos aquí, no tengo otra cosa mejor que hacer que buscar esa bolsa. Además, no quiero ser pájaro de mal agüero... si tenemos mala suerte y nos vuelven a capturar, no cobraría tu recompensa.

Marco Aurelio puso los ojos en blanco y comenzó a rebuscar entre los muertos. A Ictis le extrañó ver al emperador meter las manos entre los esqueletos medio momificados.

—¿Qué haces, *domine*? —preguntó.

El emperador le lanzó una bolsa.

—Ayudarte. Estoy seguro de que en cuanto encontremos lo que buscas, dirás que es el momento perfecto para salir de esta cueva.

Si Tamura no se hubiera apartado, la estocada de Stornarja habría sido mortal. Fue tal el ímpetu del ataque que la joven acabó estrellándose contra el muro cubierto de barbas verdes. Se volvió

hacia Tamura, furiosa, y la vio caminar de espaldas al tiempo que daba vueltas al extremo de la cuerda, haciendo zumbar el aire a su alrededor. Stornarja se separó de la pared, hizo girar la espada en la mano varias veces y atacó de nuevo.

Tamura soltó la cuerda como un látigo, y el garfio de metal impactó en el brazo de Stornarja sin llegar a enredarse en él. El metal la mordió, produciéndole una herida que ignoró. La joven dobló las piernas, patinó en el barro seco aposta y lanzó un tajo que Tamura no fue capaz de evitar.

El filo penetró entre dos de las placas que protegían los órganos vitales de Tamura. Esta, ajena aún al daño recibido, dio un salto lateral y recuperó el extremo de la cuerda. Mientras la giraba con una mano, se tocó la herida con la otra. Tenía un corte a la derecha del ombligo. Stornarja también sangraba por el brazo izquierdo. Las gotas rojas de ambas mujeres daban de beber al fondo árido y sediento de la cañada. La joven no dio cuartel a Tamura. Hizo danzar la espada en un movimiento helicoidal delante de ella y avanzó con pasos rápidos.

En vez de retroceder, Tamura le lanzó la cuerda, y esta vez sí se enredó en el muslo derecho de Stornarja. Antes de que pudiera dar un tirón para desequilibrarla, la joven fue a su encuentro y le propinó un rodillazo que la guerrera consiguió parar con el brazo.

Fue un ardid. La hoja retrocedió para luego clavarse a fondo en el cuerpo de Tamura. El dolor que sintió por encima del seno derecho fue lacerante, pero lo aguantó como pudo. Stornarja empujó con fuerza, y la hoja penetró hasta chocar con una de las placas de metal cosidas a la espalda de la armadura de cuero.

A pesar del dolor, la sármata celebró que Stornarja no extrajera la espada para apuñalarla de nuevo. De un fuerte tirón, Tamura desenredó la cuerda que llevaba enrollada al cuerpo y rodeó con ella el cuello de su hija, mientras que con la mano izquierda agarraba la soga con la que le había atado las piernas. Con un rápido movimiento de manos, cruzó ambas cuerdas y tiró de ellas a la vez.

Stornarja se dio cuenta de que tenía los muslos atados, además de un nudo que la estrangulaba. Furiosa, removió la espada dentro de Tamura, arrancándole unos gritos estremecedores. Sin embargo, por

mucho que agitaba la empuñadura, no pudo evitar que las cuerdas dieran dos vueltas alrededor de las muñecas, inmovilizándole las manos.

Las dos cayeron al suelo, Tamura encima de Stornarja, como una araña gigante que enreda a la mosca en su tela; una maniobra que cada vez dejaba menos espacio de movimiento a la joven. Esta no cesaba de girar la hoja de acero dentro de la herida del pecho de su madre. Si seguía haciéndolo, Tamura acabaría perdiendo el conocimiento, así que esta hizo algo que puede que le doliera más a ella que a su hija: clavó el garfio de acero justo entre el pulgar y el índice de Stornarja hasta obligarla a soltar el arma. Aprovechando la dolorosa sorpresa, Tamura le clavó el codo izquierdo en la garganta y se arrancó la espada del hombro, tirándola lejos.

El dolor fue de paroxismo. La sangre chorreó encima de la cara de Stornarja, cuyos ojos lanzaban fulgores de muerte. Tamura, encima de su hija, no pudo evitar que esta sacara una de las pequeñas dagas que llevaba en los correajes. Sin sitio apenas para mover la mano sana, apuñaló varias veces a Tamura en el costado y en el brazo. Eran heridas superficiales, pero todas sangraban.

Y Tamura ya había perdido demasiada sangre.

Pero no se dio por vencida. Tiró de la cuerda, y el nudo del cuello de Stornarja empezó a cerrarse. Tamura siguió apretando las ataduras mientras Stornarja seguía apuñalándola. La mosca se resistía a la araña.

Y la visión de la araña comenzó a teñirse de rojo.

Batori localizó a Dadagos escondido detrás de un árbol: el rastro que dejaba el viejo espía era un festival de luminarias para el rastreador. Este caminó de lado, muy despacio, con el arco tenso y sin quitar la vista de su objetivo.

Y eso era, precisamente, lo que su objetivo quería.

El dolor en el pie sorprendió a Batori, que apartó la vista del árbol para descubrir el abrojo ensangrentado que asomaba por el empeine de la bota. Dadagos aprovechó ese breve instante para abandonar su

refugio y dispararle, pero Batori solo tuvo que levantar el arco. Ambas flechas se cruzaron en el aire. La de Dadagos se hundió en el vientre de Batori; la del rastreador atravesó el hombro del anciano hasta asomar un palmo por la espalda. Tuvo que tocar un nervio, porque el brazo derecho de Dadagos quedó encogido como la pata quebrada de una rapaz. Batori, tambaleante, trató de cargar otra flecha; el viejo decidió huir antes de que tuviera tiempo a hacerlo. Batori no malgastó el tiro. Se tomó un momento para examinar las heridas: la del pie le impedía andar bien, y la del vientre, si bien no era mortal, no le permitiría pelear de forma efectiva. Descubrió más abrojos a su alrededor, tendría que andar con cuidado.

Batori se maldijo por no haber previsto el ardid de Dadagos. A pesar del dolor, el rastreador volvió cojeando a la batalla, apoyando solo el tacón del pie herido al caminar.

Cada paso era una tortura.

Dandro golpeó una vez más la armadura del Cíclope, mientras Jaret hacía bailar al monstruo por toda la hondonada, esquivándolo y recortando cada una de sus embestidas.

Jaret no se prodigaba demasiado en peleas. Era muy raro verlo combatir, pero los pocos que habían tenido el privilegio de hacerlo coincidían en que su estilo de lucha, una especie de danza vertiginosa y precisa, era mortal. Su espada estaba fabricada a medida, y poseía una hoja fina, afilada, puntiaguda y algo curva. Un arma diseñada para colarse por cualquier intersticio. En uno de los mazazos de Dandro, Jaret aprovechó que el oso se revolvió contra el gigante para lanzar una estocada entre las piezas que protegían el torso y la pata delantera.

Aquel pinchazo le hizo daño de verdad al Cíclope, que emitió un quejido de dolor y lanzó un zarpazo que Jaret esquivó con una pirueta. Detrás de la bestia, Dandro asestó un golpe brutal con su arma a dos manos y consiguió lo que buscaba desde el principio: la placa que protegía el costado derecho del animal quedó colgando, dejando expuesto parte de su tórax.

Sin embargo, Dandro pagó caro ese último golpe.

Agotado, no fue lo suficientemente rápido para esquivar el contraataque del Cíclope, que, rabioso por la herida producida por la espada, giró sobre sí mismo y propinó al sármata un zarpazo en el pecho, arrojándolo al suelo. Jaret quiso rematarlo antes de que fuera demasiado tarde, pero una jabalina que se clavó justo a sus pies se lo impidió.

De la vegetación surgió un tipo fibroso y moreno, con una segunda jabalina presta para ser arrojada.

Jaret esquivó la segunda lanza de milagro, mientras las mandíbulas del Cíclope se cerraban sobre el rostro de Dandro, que abandonó este mundo sin haber visto su tesoro. El cráneo del guerrero crujió bajo los colmillos del oso.

Lándigo, desde su puesto, cambió el blanco invulnerable de Lares, que seguía avanzando con el escudo por delante, por el recién llegado de la jabalina.

No tuvo tiempo de apuntar bien. Un ruido a su espalda lo hizo volverse. Jano se maldijo por no haber sido lo bastante silencioso. Con un golpe de *gladius*, desvió el arco cargado, e hizo que la flecha se perdiera en el follaje cercano.

Lo que no pudo evitar el legado fue la patada de Lándigo en el pecho.

Una patada que casi lo envía rodando de vuelta monte abajo.

Lares irrumpió en el claro en cuanto vio entrar en él a Cornelio.

Karaxtos se volvió hacia él con la espada por delante, dándole la espalda al Cíclope, que acababa de aplastarle el cráneo a Dandro. El oso, enfurecido, lanzaba zarpazos tanto a Cornelio como a Jaret, en un caos que impedía cualquier tipo de estrategia. Aquello era un baile estrafalario de todos contra todos.

Lares mantuvo la mirada a Karaxtos, con el escudo por delante y el *gladius* en guardia. A pesar de estar herido, el sármata avanzó hacia él. Había combatido muchas veces contra legionarios parapetados. Contra él, un pedazo de madera forrado de metal no le serviría de nada.

Karaxtos avanzó. Lares adelantó el escudo y encogió el brazo derecho para preparar la estocada. El sármata hizo una finta, y cuando el romano trató de apuñalarlo con el *gladius*, la espada de Karaxtos, más larga y gruesa, lo desvió con violencia a la vez que cargaba con todas sus fuerzas contra el escudo hasta hacerle caer de espaldas sobre un espinar cercano. Lares quedó encajado entre los espinos, panza arriba. Se protegió el cuerpo con el escudo, pero Karaxtos no perdió el tiempo.

Fue a por sus pies.

Tres dedos volaron junto a un trozo de sandalia. Lares quiso patear a Karaxtos, pero solo consiguió que la hoja le cortara por debajo de las rodillas. Bajó el escudo, pero el sármata lo agarró por el borde, lo apartó y le dejó el pie colgando de un corte en el tobillo. Lares aulló de dolor. De un tirón, Karaxtos le arrebató el escudo y lo arrojó lejos. Con una sonrisa cruel, clavó la espada en la parte interior del muslo de Lares, seccionando la femoral. A pesar de su pericia en combate, el instructor nunca tuvo ninguna oportunidad contra uno de los mejores y más despiadados guerreros yacigios.

Seguro de que el romano no se levantaría del espinar con las piernas hechas jirones, Karaxtos ni se molestó en rematarlo. Sus compañeros le necesitaban; y ahora, con media armadura descolgada, el Cíclope era vulnerable.

Ese fue el gran error de Karaxtos.

El guerrero notó un golpe súbito en la espalda. Se volvió hacia Lares y lo vio riéndose, como si le divirtiera ver la fuente roja por la que se le escapaba la vida. Karaxtos se dio cuenta de que el *evocatus* no tenía el *gladius* en la mano. Se tocó la espalda y lo encontró clavado muy cerca de la paletilla.

Aquel cabrón había tenido puntería incluso antes de morir.

Jano casi rueda pendiente abajo por la patada de Lándigo. El legado clavó el talón en el terreno, recuperó el equilibrio y se plantó frente al sármata, presto a enfrentarse a él.

Lándigo, sin tiempo para cargar una flecha, usó el arco como

garrote, propinándole un golpe a Jano en el brazo que dolió como un latigazo. El general sacó el *pugio* de la funda y lo empuñó con la hoja apuntando al suelo. Paró el siguiente golpe del arco con el filo del puñal, lo que hizo que la madera se mellara.

Jano aguantó el siguiente zurriagazo con estoicismo. El arco se rompió, y Lándigo se lo lanzó a la cara furioso a la vez que desenfundaba la espada. El general lo dejó atacar primero.

El golpe descendente fue muy previsible. Jano lo detuvo con el *pugio*, dio dos pasos hacia delante e hizo un envite con el *gladius*. Lándigo trató de decapitarlo de un tajo salvaje. El legado se agachó y volvió a ganarle terreno.

El siguiente golpe de Lándigo se perdió en el aire, pero el *pugio* de Jano entró y salió a toda velocidad de su costado, casi a la vez que el *gladius* le atravesaba las mejillas de lado a lado. Lándigo gritó cuando Jano tiró del arma hacia sí, provocando que la piel del rostro del sármata cayera por su propio peso, descubriendo la mitad de la mandíbula inferior en una sonrisa cadavérica digna de la peor pesadilla.

Ciego de dolor, Lándigo trató de contraatacar, pero ya tenía el hígado tocado por el *pugio* y la vida se le iba a toda prisa. Su movimiento fue torpe, y Jano no lo hizo sufrir más. El *gladius* se enterró hasta la empuñadura en su corazón, matándolo en el acto.

Jano arrojó a Lándigo a la hondonada de una patada. Por el rabillo del ojo Jaret vio a su hermano estrellarse de bruces contra el suelo que se extendía frente a la entrada de la cueva. Maldijo en sármata y corrió hacia él, aprovechando que el Cíclope y Cornelio estaban enzarzados en una lucha encarnizada. El rostro cortado en dos, la herida en el pecho, el charco de sangre que crecía bajo él... Lándigo estaba muerto. Jaret ni siquiera pudo sentir rabia: había un sentimiento que se imponía a la ira y al dolor.

El pánico.

Por primera vez en mucho tiempo, Jaret sufrió un ataque de pánico. ¿Dónde estaba Stornarja? ¿Y Dadagos? ¿Quién había matado a Lándigo? De repente se imaginó rodeado de una legión entera. Ver a Karaxtos acercarse con un andar lento le hizo recuperar una pizca de

calma. Los tatuajes del rostro ocultaban su lividez.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Jaret.

—Tengo un *gladius* clavado en la espalda —gruñó Karaxtos, que señaló a Lándigo con la barbilla—. ¿Está muerto?

—Sí. —Volvió la vista hacia el otro lado del claro, donde Cornelio seguía bailando con el Cíclope; el espía aprovechó el respiro para examinar la espada clavada junto al omoplato de Karaxtos—. No es mortal, contaré hasta tres.

—¡No, no, espera! —exclamó el guerrero, que no pudo impedir que el puño de Jaret se cerrara sobre el mango del *gladius*.

—Uno, dos...

Jaret sacó la espada de un tirón, provocando que una línea de sangre resbalara por la espalda de Karaxtos. Este soltó un gruñido de dolor y le dedicó una mirada rencorosa a su jefe.

—Sobrevivirás —aseguró Jaret, entrando en la cueva—. Tengo un plan para salir vivos de aquí, sígueme.

Batori apareció en ese momento en la hondonada, caminando a trompicones y dejando un rastro carmesí detrás de él. El explorador vio cómo Cornelio mantenía la distancia con el Cíclope sosteniendo la frámea delante de él. Se dio cuenta de que aquel formidable animal, que Azariôn confundió con un espíritu furioso, arrastraba parte de su armadura por el suelo. El sármata descubrió a Lares a su derecha, tumbado encima del espinar, con las piernas destrozadas y desangrado. Batori estaba demasiado cansado y dolorido para sentir emoción alguna. Le quedaban pocas fuerzas, y las iba a usar para algo que no fuera lamentarse.

Cargó el arco y apuntó al Cíclope cuando este giró sobre sí mismo y reveló la zona desprotegida del costado. El rugido le demostró que la flecha le hizo daño. El monstruo giró la cabeza blindada hacia Batori y fue a por él.

Cornelio no pudo hacer nada para salvarlo.

El Cíclope cargó contra Batori, todo fauces y garras. El guerrero ni siquiera sufrió. El primer zarpazo le destrozó el cráneo, y ya estaba muerto cuando el mordisco del oso casi le separa la cabeza del cuerpo.

Y el Cíclope volvió a proferir un rugido de dolor.

Jano apareció en la hondonada demasiado tarde. La frámea de Cornelio estaba enterrada en el costado del oso, que, a pesar de haberse puesto de pie, se tambaleaba como si estuviera borracho. El gladiador sacó otra jabalina de la espalda y la arrojó con todas sus fuerzas, clavándola muy cerca de la frámea.

El Cíclope se puso a cuatro patas y miró al suelo con expresión triste. Cornelio le hizo un gesto a Jano para que no se acercara. A pesar de estar herido de muerte, aquel coloso seguía siendo peligroso.

En sus últimos momentos, el Cíclope daba lástima. Aquel animal privado de su libertad, prisionero desde hacía años dentro de una cárcel ambulante, mostraba, por fin, una expresión apaciguada en sus facciones. El oso dio algunos pasos más antes de tumbarse a esperar la muerte en mitad del claro. Ni siquiera hizo amago de atacar a Cornelio cuando lo vio acercarse con una jabalina preparada. El cristiano juraría después que la última mirada que le dedicó el Cíclope a través de las rejas del casco fue de agradecimiento. El gladiador le atravesó el corazón con el venablo, y el oso exhaló su último suspiro en la hondonada que había sido su hogar durante los últimos años.

—Ya está —dijo Cornelio, recuperando las lanzas del cuerpo del oso.

—¿Y los demás? —preguntó Jano.

—Que yo sepa, solo quedamos tú y yo. Un tipo de pelo largo y otro con la cara tatuada están ahí dentro —informó, señalando la cueva.

Jano miró a su alrededor, nervioso.

—¿Y Tamura? ¿Y el emperador?

—No he visto a ninguno de los dos. Tampoco a la chica menuda de la que a veces habláis.

Justo entonces, Jaret salió de la cueva usando a Marco Aurelio de escudo humano. El filo de la espada acariciaba el cuello del emperador. A su lado, Karaxtos se tambaleaba sin dejar de apuntar con su arma a Ictis, que mostraba las palmas en señal de rendición. El vándalo llevaba ocho morrales colgados.

—Quiero hacer un trato —gritó Jaret—. Está claro que habéis ganado. Ya veo que incluso habéis derrotado a ese monstruo, felicidades.

Marco Aurelio apenas pudo disimular su alegría al ver a Jano. A pesar de haber varios muertos en la hondonada, él parecía ileso. Ictis no podía apartar la vista del cadáver del Cíclope. Por un lado, sabía que su viejo amigo al fin descansaba. Por otro, sentía una pena inmensa al verle muerto. Jaret siguió hablando.

—No es mi intención hacer daño al emperador, siempre y cuando aceptéis mis condiciones, que son muy simples: mi amigo y yo nos llevaremos el cuerpo de mi hermano, recogeremos nuestros caballos y nos marcharemos. No nos perseguiréis ni enviaréis a nadie en nuestra busca.

—¿Cómo estás, césar? —preguntó Jano.

—Estoy bien.

Ictis levantó el dedo.

—Yo también quiero entrar en el trato —manifestó.

—Por supuesto —aceptó Karaxtos, que a pesar de estar derrengado y casi a punto del desmayo empezó a quitarle morrales a Ictis y a colgárselos él—. Así viajarás ligero de equipaje.

Ictis torció el gesto, pero se dejó hacer. Jaret quiso cerrar el trato.

—Bien, romano, ¿qué me dices? Sin persecuciones, sin rencores...

—Acepta el trato, Jano —ordenó Marco Aurelio.

—Tienes nuestra palabra —dijo el legado—. Nadie te perseguirá, pero si nos volvemos a encontrar...

—¿Has sido tú quien ha matado a mi hermano? —le interrumpió Jaret.

Jano no dudó en responder.

—Igual que te mataría a ti si no tuviéramos un trato.

Jaret habló con un ápice de emoción en la voz.

—La próxima vez que nos veamos seré yo quien acabe contigo —prometió—. Pero será un asunto entre tú y yo, no entre mi rey y Roma. —El yacigio apartó la espada del cuello del emperador y le habló en voz baja antes de liberarlo—. Dirigíos al noroeste: allí encontraréis a la Duodécima Legión acampada en un lugar llamado las Fauces del Titán.

Marco Aurelio lo miró, confuso.

—¿Por qué me cuentas eso?

—No tengo nada contra ti, emperador —contestó Jaret—. Yo solo cumplía una misión. Digamos que tengo buen perder, y sé que esa legión está allí. Será la manera más fácil de regresar a Carnuntum. Suerte, Marco Aurelio.

El césar e Ictis caminaron hasta donde estaban Jano y Cornelio. Dos caballos aparecieron atendiendo a un silbido de Jaret. Este recogió el cadáver de Lándigo y lo cargó en el suyo. A pesar de sus heridas y de ir cargado con los morrales de Ictis, Karaxtos logró montar. Cuando los sármatas se perdieron de vista, Ictis se echó a reír. Marco Aurelio lo miró, extrañado. El comportamiento de aquel individuo le parecía digno de estudio.

—¿Te ríes, después de que te lo han robado todo?

Ictis se levantó la túnica y se bajó un poco el calzón. El emperador descubrió una cuerda de la que colgaban las bolsas más abultadas.

—He metido aquí los áureos, quinarios y denarios —dijo—. Esos idiotas van a estar contando cobres hasta que se mueran de viejos.

Marco Aurelio le dedicó a Ictis una sonrisa de profunda admiración.

—Jano, este tipo es casi tan divertido como Arnufis.

—Lo sé. Ahora, tenemos que encontrar a Tamura.

—¿Quién es Tamura? —preguntó Marco Aurelio.

—Te lo contaré por el camino, césar. Vayamos a por los caballos.

—Deberíamos dar sepultura a los muertos —observó Cornelio.

—Lo haremos cuando la encontremos. Démonos prisa, podría estar en peligro.

Tamura se tambaleaba por la planicie que se extendía entre los bosques. Sangraba por varias heridas y tenía el rostro amoratado por los golpes. No había parte del cuerpo que no le doliera.

Y encima, tenía que cargar con el peso de su hija.

Todo aquel dolor se evaporó en cuanto divisó una figura trastabillante que avanzaba en sentido contrario al suyo usando un arco como bastón. La sármata entrecerró los ojos para verlo mejor y enseguida adivinó de quién se trataba. Dejó a Valia en el suelo y fue a

su encuentro caminando rápido.

Dadagos trató de echar a correr en cuanto la reconoció. Se encontraba débil y el hombro le dolía a rabiar, pero no podía dejar que lo alcanzara. Tamura ignoró el cansancio y empezó a perseguirlo. Ahora se sentía como debía de sentirse Valia, impulsada por el rencor, por el odio, por la ira. Cada vez que Dadagos miraba hacia atrás, la veía más cerca. Desesperado, tropezó y cayó de bruces. Incapaz de levantarse, supo que estaba acabado; lo único que le quedaba era morir con dignidad. Se dio la vuelta en el suelo para mirar a Tamura a los ojos. Esta se detuvo frente a él.

—Cuánto tiempo, Tamura. ¿Te gusta en lo que he convertido a tu hija?

—Así que lo sabías...

—Yo, Maiôsara, Banadaspo... este incluso quiso decírtelo en alguna ocasión, pero lo disuadí. Le hice ver que eso solo te traería dolor.

—Eres un hijo de puta. Lo que le has hecho a Valia es imperdonable.

—¿Imperdonable? Stornarja no es más que una versión mejorada de ti misma. Le hice un favor arrancándola de las faldas de Banadaspo. Ahora que te veo de cerca, estás hecha una mierda. ¿Ha sido ella la que te ha hecho eso? No la habrás matado, ¿verdad? No te creas que me importaría —dijo riendo.

—Está claro que la vista te falla. La llevaba conmigo, atada. He vencido a esa versión corrompida que has hecho de mí.

—Pues te ha dejado para el arrastre.

—Le habéis enseñado buenas técnicas, pero carece de algo que yo tengo y que haré que recupere: alma y corazón.

—¿Tú, alma y corazón? —Dadagos soltó una risotada—. Lo único que verás, cada vez que la mires, es tu verdadero rostro. Ese que veían tus enemigos antes de morir. No te engañes, Tamura, no eres mejor que ella, ni tampoco mejor que yo.

Una daga brilló en la mano de Tamura.

—Así que veré mi verdadero rostro... Bien, veamos el tuyo.

Tamura agarró la flecha que sobresalía del hombro de Dadagos y tiró de ella con fuerza. La arrancó de cuajo, haciendo saltar sangre y

piel rasgada. Dadagos gritó, hasta que el puño de Tamura se cerró sobre su garganta.

—Esto es por Maiôsara... y por lo que le has hecho a mi hija.

Clavó tres dedos de acero debajo de la oreja de Dadagos. Como si abriera una rebanada de pan, con movimientos de vaivén, Tamura cortó hacia abajo, pasando por el mentón hasta llegar a la otra oreja, para luego continuar por la frente hasta cerrar el círculo. A pesar de que los alaridos comenzaron en cuanto el acero entró en la piel, la expresión de Tamura no se alteró lo más mínimo.

Una vez terminó el trabajo de corte, agarró la cara de Dadagos por la frente y tiró con fuerza hacia abajo, como si le despojara de una máscara de cuero blando. La piel se separó de los músculos faciales manteniendo hilillos rojos que se rompían con pequeños chasquidos. El rostro de Dadagos se transformó en una calavera aullante en carne viva, con los globos oculares desorbitados y una sonrisa perenne sin labios. Dadagos se desmayó, pero Tamura no se dio cuenta.

Aquellos ojos ya no tenían párpados.

El viejo ya estaba muerto cuando la daga le atravesó el corazón. Fue en ese momento cuando a Tamura la aplastó el cansancio. Pensó que se moría. Como entre sueños, oyó cascos de caballo a lo lejos. Se volvió hacia el sonido y vio dos jinetes. Pensó que podría ser Jano. Sin saber quiénes eran, se incorporó un poco y trató de avanzar hacia ellos con la mano extendida.

No lo consiguió.

Los dos hombres se pararon donde había dejado el cuerpo inconsciente de su hija. Uno de ellos desmontó y lo cargó en la grupa del caballo, como si fuera un fardo. Cuando Tamura reconoció el cabello rubio y largo de Jaret, quiso gritar, pero no pudo.

El mundo se volvió negro y cayó en un pozo sin fondo. Le pareció una sensación agradable.

Puede que la muerte fuera así.

73

Tamura abrió los ojos y descubrió un cielo en movimiento acompañado del sonido de tierra arañada. Si estaba muerta, en el mundo de los espíritus hacía un calor tan desagradable como en el de los vivos, además de sentir un traqueteo incesante. Aquello era muy distinto a los cuentos de terror que Andira, una de sus maestras, les contaba cuando no eran más que niñas formándose para ser espías guerreras: «Si mueres sin honor, tu alma vagará para siempre entre las cuatro paredes de madera de tu *kurgan*, en las entrañas de la tierra, mientras los vivos te olvidan por encima de tu cabeza».

Miró alrededor y vio un par de caballos sin jinete, pero cargados de alforjas. Se incorporó un poco y se alegró al reconocer a Zambil. La punzada que sintió al moverse le dio a entender que aún seguía en la tierra de los mortales. Se echó un vistazo a sí misma. Al menos conservaba los calzones puestos. Alguien la había despojado de su atuendo de batalla y le había vendado las heridas. El emplaste que tenía justo encima del pecho olía peor que las cloacas de Carnuntum. Por la forma en la que estaba tumbada y se movían ella, los caballos, el cielo y el bosque, viajaba sobre una camilla tirada por una bestia.

De repente, oyó una voz en alguna parte.

—Jano, ha despertado.

Ella, los caballos, el cielo y el bosque se detuvieron de repente. No tardó en verse rodeada por cuatro rostros, entre los que reconoció a Jano, Cornelio e Ictis. El cuarto era un hombre maduro, delgado, con cabello y barba rizados. Por la posición en la que ambos estaban, lo veía al revés. Le pareció divertido pensar que tenía una boca invertida en la frente.

—Tamura, gracias a los dioses —suspiró Jano, agachándose junto a ella.

—¿Y Valia? —preguntó ella.

—¿Valia?

La sármata cayó en que nunca le había hablado al legado de ella. Por consiguiente, tampoco de la relación que existía entre ambas.

—Quería decir Stornarja —rectificó.

—No la hemos visto. ¿Cómo te encuentras?

Tamura trató de reincorporarse en la angarilla enganchada en Sagita. Le dolió hasta el pensamiento. Cornelio la detuvo con suavidad.

—Quieta, o se moverá el emplaste —le advirtió el gladiador.

—Cornelio te ha curado las heridas —la informó Jano—, y también construyó la parihuela.

—Cuando no eres un gladiador famoso, o aprendes a curar heridas o te mueres —explicó el Hispano.

Tamura consiguió mantenerse erguida sobre los codos. Sus ojos buscaron a Jano.

—Jaret se ha llevado a Stornarja, tenemos que detenerlo.

—No podemos perseguir a Jaret —repuso el hombre de cabellos rizados—, hemos hecho un trato con él.

Los ojos de Tamura se convirtieron en dos rendijas al estudiar el rostro de aquel hombre. Era la primera vez que lo veía, pero enseguida cayó en quién era.

—Eres el emperador de Roma... —dijo, y su mano se posó en la manga de la túnica de Marco Aurelio.

—Así es —respondió él, cogiéndole la mano en un gesto afectuoso que sorprendió a Jano.

—Tengo un mensaje para ti...

Marco Aurelio la interrumpió, sonriendo.

—Lo sé, Jano me ha hablado mucho de ti y de los tuyos. Pero ahora tienes que descansar.

Tamura le devolvió una mirada de agradecimiento. El emperador habló a Jano.

—Tenemos que seguir.

—Sí, césar —acató Jano, que se dirigió de nuevo a Tamura—. Esta noche te pondré al día de todo en el campamento. Tú también tendrás cosas que contarme —supuso.

«Ni te lo imaginas», pensó Tamura.

—Solo una pregunta más —dijo ella—. ¿Cuántos días llevo inconsciente?

—Tres días —respondió Jano.

Ella cerró los ojos con fuerza. Quería explicarle muchas cosas a Jano, cosas que le había ocultado. Tendría que buscar la oportunidad de hablar a solas con él. Ictis se le acercó antes de que sus compañeros volvieran a montar.

—Tienes que contarme quién te dio esa paliza. Te he visto repartir, y no es fácil hacerte eso.

Tamura pagó la sonrisa que le dedicó al vándalo con una punzada de dolor. No se había visto en un espejo, pero adivinó que no estaría en su mejor momento.

—¿Si te digo que me la dio una cría de quince años, me creerías?

Ictis sonrió de medio lado.

—Después de este viaje, hermosa, me lo creo todo.

Zántico y Ariogeso regresaron de inspeccionar las posiciones de su ejército junto con Tylon, Pyrrhos y Xarthanos. Todo estaba dispuesto para recibir a la Duodécima Atronadora.

Los reyes se mostraban optimistas. Según sus exploradores, la legión llegaría a las Fauces del Titán al día siguiente. Cada intento de búsqueda de agua por parte de los romanos fue abortado por los hombres de Tylon: todos los observadores de la Atronadora que se acercaron al río Nitra fueron interceptados y asesinados, y los pozos que había justo antes de llegar a las Fauces fueron envenenados de verdad con ganado muerto. De todos modos, a Zántico y a Ariogeso tampoco les preocupaba demasiado que Fidio Nemesio decidiera repostar agua a última hora en el Nitra. Con su ejército y las armas de Pyrrhos, la legión estaba vencida de antemano.

Justo entraban en la tienda donde Ariogeso y Zántico tenían el cuartel general de la alianza, cuando un jinete yacigio apareció para alegrarles la tarde con otra buena noticia.

—Viene Jaret.

Zántico abrió mucho la boca, arqueó la espalda y gritó al techo de

la tienda.

—Los dioses nos aman. Traedlo de inmediato.

Poco después, Jaret y Stornarja se presentaban en la tienda. Tylon y la joven cruzaron una mirada fugaz entre ellos. Era la primera vez que se veían. También era la primera vez que Ariogeso y Pyrrhos coincidían con Jaret, del que tanto habían oído hablar. Zántico lo agarró de los hombros para darle la bienvenida.

—Este es el hombre que hará que nuestra victoria sea recordada dentro de muchos siglos, el hombre que siempre tiene la idea justa en el momento preciso. —Zántico volvió la vista a Stornarja—. Y ella es nuestra principal arma detrás de las líneas enemigas. —El rey se fijó en el vendaje de la mano—. ¿Una herida de guerra, mi valiente?

—Sanará —respondió ella, que mantenía la vista en Xarthanos y no la apartaba ni un segundo—, y aún puedo blandir la espada con la otra mano.

El hechicero se dirigió a ella, componiendo una sonrisa forzada.

—La pequeña Stornarja —dijo—. En pocos meses te has convertido en alguien muy útil para los buenos yacigios. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Stornarja habló muy despacio.

—Claro que me acuerdo de ti: eres el hombre que me obligó a beber la sangre de los cobolios. Me hiciste sufrir mucho y te mataré por ello.

Los presentes intercambiaron miradas inquietas, preguntándose si la joven hablaba en broma o en serio. Tras unos segundos de silencio, todos rieron menos Xarthanos y Stornarja. Jaret se limitó a componer una mueca tensa: no daba ni medio sestercio por la vida del mago.

—¿Y Dadagos? —preguntó Zántico.

—Desaparecido —informó Jaret, que no llegó a ver a Tamura ni a Dadagos cuando se detuvo a recoger a Stornarja en la campiña—. Dandro y mi hermano han muerto; Karaxtos descansa en la enfermería.

—Lo lamento por Dandro y Lándigo —dijo Zántico—, eran buenos guerreros. Y bien, ¿por qué no me has traído a Marco Aurelio?

—Nos tropezamos con una unidad romana y tuvimos que

entregarlo, pero tranquilo: si todo sale como está previsto, el emperador estará aquí mañana o pasado.

La decepción se reflejó en el rostro de Zántico.

—¿Cómo es que el emperador estará aquí mañana o pasado? ¿Va a venir por su propia voluntad?

—Eso creo —dijo Jaret—. Las cosas no han ido exactamente como yo quería, pero al final lo arreglé mediante un pacto. Antes de liberarlo, le dije que la Duodécima estaba en las Fauces del Titán. He desplegado auxiliares romanos por la zona por la que pasarán. En cuanto los vean, se convencerán de que viajan a un lugar seguro. Esos mismos auxiliares lo escoltarán hasta nosotros. Nuestro plan inicial era obligar a Marco Aurelio a ver cómo destruimos su legión. Creo que será más divertido si la masacramos con él dentro.

Zántico le palmeó el hombro.

—Eres un maldito genio. A propósito, este es Ariogeso, rey de los cuados...

—Zántico me ha hablado mucho de ti. —El rey cuado dedicó una mirada de admiración a Stornarja—. También de ella. Espero que nos lo contéis todo con detalle.

Esa noche, junto a los principales caudillos de la alianza, Jaret narró el asalto al palacio imperial disfrazados de pretorianos. También cómo eligió a Fidio Nemesio, el general más pretencioso, vehemente e imbécil del Imperio —según palabras de Baldo Vinicio, el proveedor de armaduras—, como víctima idónea para atraerlo hasta la trampa de las Fauces del Titán. Rememoró a su vez la fuga de Carnuntum a bordo del carruaje blindado y cómo mantuvo a Marco Aurelio prisionero hasta que los romanos los acorralaron. Por supuesto, no contó a los reyes que el emperador se le había escapado delante de sus narices, en mitad de la madrugada, ni tampoco la batalla con el Cíclope.

Jaret recibió mil elogios de sus superiores. Lo cierto es que se los merecía. Cuando las cosas se torcían, sabía improvisar y solucionarlas. Ese era su mayor valor.

Y una vez más, Jaret había improvisado bien.

Esa noche, en el campamento, Tamura escuchó el relato del rescate de Marco Aurelio. Jano y Cornelio le explicaron el tremendo combate contra los sármatas y el Cíclope que costó la vida a Azariôn, Batori y Lares. También la informaron de la muerte de Dandro y Lándigo. Tamura sintió, sobre todo, la pérdida de Azariôn. Además de considerarlo un amigo, siempre había cuidado muy bien de ella y de Maiôsara. Marco Aurelio e Ictis narraron las diferentes etapas de su cautiverio, incluida la maniobra de distracción del vándalo y la fuga en plena noche del emperador.

Después de cenar, Jano y Tamura se separaron de los demás para disfrutar de unos momentos de intimidad y hablar sin tapujos. Una vez a solas, ella insistió en su misión.

—Ya le he adelantado mucha información al emperador —la tranquilizó Jano—. Le he explicado la diferencia entre los yacigios leales a Banadaspo y los fieles a Zántico. Y que Azariôn y Batori murieron durante su rescate enfrentándose a los hombres de Jaret. Y le he contado muchas cosas de ti —concluyó.

—¿Crees que aceptará nuestra oferta?

Jano sonrió.

—Creo que la ha entendido. Tu misión será un éxito.

Ella cerró los ojos, agradecida.

—Ahora solo me queda encontrar a Stornarja —suspiró.

—Hay una cosa que no entiendo: ¿por qué no la mataste cuando pudiste hacerlo?

Tamura se mordió el labio. El gesto le dolió más de la cuenta, también lo tenía partido.

—Hay algo que no sabes. ¿Te acuerdas que te conté que tuve una hija?

—Sí, recuerdo que me dijiste que murió.

—No murió. Es Valia. Stornarja, como se hace llamar ahora.

Jano se quedó boquiabierto.

—¿Y no me lo has dicho hasta ahora? —le reprochó.

—Me he enterado hace muy poco. Me lo dijo Azariôn. Maiôsara le contó la verdad antes de morir.

—¿Estás segura?

—Fui incapaz de matarla, Jano... y tuve ocasión de hacerlo.

—Si está con Jaret actuará contra Roma, tarde o temprano.

—Lo sé. Por eso quiero detenerla, antes de que la pierda por segunda vez.

Entre Jano y Tamura se instaló un silencio grave. Al cabo de unos minutos interminables, Jano le preguntó.

—¿Estás bien?

—Lo estaré cuando recupere a mi hija.

Jano miró al cielo.

—Debes descansar. Ictis afirma que llegaremos a las Fauces del Titán pasado mañana.

—Estoy convencida de que es una trampa.

—Se lo he dicho al emperador, pero él insiste en ir. A pesar de vivir en un mundo en guerra, tiene fe en el ser humano.

—Jaret no es el mejor ser humano.

—Ninguno de nosotros lo somos. Somos diferentes versiones del mismo mal, Tamura.

—Esta conversación se parece mucho a la última que mantuve con Dadagos.

—Me has contado que lo encontraste, pero no qué hiciste con él.

Tamura meneó la cabeza y expelió aire con fuerza por la nariz.

—Algo demasiado horrible incluso para mí misma. En ese momento no era yo...

—Pero lo mataste, ¿verdad?

—Dos veces.

Jano desvió la mirada hacia Cornelio y Marco Aurelio. No vio a Ictis.

—¿Volvemos junto al fuego?

—Sí. Deja —exclamó Tamura, rechazando la ayuda de Jano—. Me duele hasta respirar, pero iré sola.

Cuando llegaron a la hoguera, descubrieron que Cornelio hablaba a Marco Aurelio de su religión. A pesar de que el emperador se había negado de forma categórica a saber nada del cristianismo, mostraba interés por sus principios y por algunas anécdotas de la vida de Jesús que Cornelio le narraba, entusiasmado.

Los dos debatían, incluso a veces discutían... pero lo hacían en paz.

Un poco apartado del grupo, Ictis organizaba sus bolsas por diferentes monedas: en una ponía los áureos, en otras los quinarios, en otra los sestercios... Estos últimos dos días habían sido los más felices de su vida. Se preguntó cuántas noches de borrachera le duraría aquella fortuna. Decidió que le daba igual. Cerró uno de sus monederos, miró al cielo y se acordó del Cíclope.

Al final, su viejo amigo había sido un buen guardián del tesoro.

74

Las Fauces del Titán eran los restos de una vieja fortaleza que los antiguos habitantes de la región construyeron para controlar el acceso a un valle próximo al río Granus. Las leyendas afirmaban que aquel bastión había sido construido por una raza de gigantes extinguida hacía mucho mucho tiempo. Puede que en el pasado hubiera almenas y torreones, pero lo único que quedaba en pie de aquel baluarte, completamente invadido por la vegetación, era la muralla que cerraba el paso de pared a pared. El tiempo y los sucesivos derrumbes habían ampliado unos ochenta pies la anchura del vano original.

A ambos lados de esos muros se alzaban dos paredes verticales de una altura aproximada de tres hombres, coronadas por pinos y abetos. Conforme se cruzaban las puertas del antiguo bastión, esas paredes acababan fundiéndose con las colinas que rodeaban el valle.

La Duodécima Legión se detuvo justo en las puertas de las Fauces del Titán. A ambos lados de la columna de viaje se extendían bosques altos, frondosos y amenazadores. Los tribunos Hermo Belicio y Quirino Calpurnio se encontraban a varias decenas de pasos detrás de donde Fidio Nemesio y Consus Erelus comparaban los bocetos de Jaret con la entrada de la antigua fortaleza.

—Este es el lugar, sin duda —afirmó Consus, comprobando el parecido entre el dibujo y la muralla en ruinas.

—Entonces, solo nos queda cruzarlo y continuar hasta el pueblo donde han llevado al emperador —dijo Fidio.

—Según esto, será lo siguiente que encontremos —corroboró Consus.

El general sonrió, satisfecho.

—Hasta ahora, todas las indicaciones han sido correctas.

Detrás de ellos, los tribunos no apartaban la mirada de los bosques, con la sensación de que estos se la devolvían. Los oficiales intuían el peligro oculto en la arboleda; por el nerviosismo de los caballos,

parecía que estos también.

—Esto no tiene sentido —comentó Quirino a Hermo en voz baja—. Podríamos rodear esos oteros en lugar de meternos por ese paso estrecho. Es el lugar perfecto para una emboscada.

—Hemos pasado por varios sitios perfectos para una emboscada —le recordó Hermo, tratando de tranquilizarle—. Si hubieran querido atacarnos, ya lo habrían hecho. Si una caterva de jinetes surgiera ahora de esos bosques, las cohortes no tendrían tiempo de formar.

Quirino seguía con la mirada perdida en la espesura.

—Tengo el presentimiento de que esos bosques esconden una horda enemiga —afirmó, convencido.

—Entonces, ¿por qué no atacan ahora, cuando somos vulnerables? —insistió Hermo.

—No lo sé. Pero sí sé que esos papiros que el legado sigue con fe ciega nos llevan directos a una catástrofe. Aunque Fidio no admite ningún argumento distinto al suyo...

—Eso es cierto —reconoció el tribuno laticlavio—. Está obcecado con ir directo a ese bastión sármata.

Quirino palmeó a su caballo para tranquilizarlo.

—Anoche le recordé al legado que los exploradores que envió al Nitra no han regresado. En vez de pensar que ha podido sucederles algo, me respondió que eran unos malnacidos que habían desertado a la primera oportunidad. Hermo, no razona...

—No podemos hacer otra cosa que obedecer —se resignó el tribuno, oteando más allá de la muralla en ruinas—. ¿Qué crees que encontraremos después de cruzar eso?

—Seguro que enemigos —apostó Quirino—. Y espero que agua. Tenemos reservas justas para uno o dos días, y eso si la racionamos aún más de lo que ya lo hacemos. Este calor es abrasador, y para colmo, el legado no deja a la tropa que aligere su atuendo. Se están asando vivos.

—Calla —advirtió Hermo, que acababa de ver cómo Fidio daba por concluida su conversación con el decurión—, viene el general.

Fidio se acercó al paso con una sonrisa de autosuficiencia en los labios.

—Ya casi hemos llegado al final de nuestro viaje —les informó—. Al otro lado de esos muros está el poblado donde mantienen secuestrado al emperador.

—¿Cómo piensas afrontar el rescate, general? —preguntó Hermo.

Fidio lo miró arqueando una de aquellas cejas que bien podría rematar el casco de un centurión. Su clásica expresión de desprecio torció su rostro una vez más.

—¿Afrontar el rescate? De la única forma que Roma responde a las afrentas: demostrando a esos bárbaros quién manda. Les exigiré que nos lo entreguen. Si se resisten, los aplastaré. Bueno, los aplastaré de todas formas...

A pesar del miedo que le inspiraba su superior, Quirino no pudo resistirse a preguntar.

—¿No has pensado que, si vamos por la fuerza, podrían matarlo?

La mueca de desprecio del legado mutó a una peor, de repulsión. Quirino sintió que un escalofrío le recorría la espalda, de la rabadilla a la nuca.

—¿Crees que Marco Aurelio aprobaría que suplicáramos por su vida? —Fidio se respondió a sí mismo, antes de que alguien osara abrir el pico—. Jamás. Si lo asesinan a sangre fría, habrá muerto como un buen emperador, como un mártir de Roma, y será una razón poderosa para aplastar a todas las tribus a este lado del *limes*. Vamos, no hay tiempo que perder: que la columna se ponga en marcha.

Los tribunos cruzaron una mirada de preocupación entre ellos antes de separarse para transmitir la orden al *cornicen*.

Aquello cada vez pintaba peor.

Faustina hizo caso omiso a los ruegos de los centuriones para que permaneciera a bordo del carruaje blindado.

Era imposible aguantar el calor allí dentro. El sol del mediodía había convertido el habitáculo en un toro de Falaris sobre ruedas. La emperatriz, Arnufis y las esclavas caminaban detrás del carro, flanqueados por las columnas de legionarios ataviados con armadura completa. Todos llevaban al hombro una *furca* de la que colgaba la

sarcina, su equipamiento personal. A pesar de ser hombres aguerridos, acostumbrados a fatigas y penurias, semejaban perros sedientos.

—¿No conoces ningún ritual para que desaparezca este calor? —preguntó Faustina a Arnufis, resoplando.

—Por supuesto que sí —afirmó el mago, sin sonrojarse—, pero necesitaría tiempo, sitio e ingredientes para prepararlo, y Fidio no nos deja parar ni un segundo.

Faustina miró el desolador aspecto de la tropa. La emperatriz no entendía demasiado de guerras, ni de tácticas ni de nada de eso, pero no hacía falta ser muy listo para saber que si el enemigo atacaba en ese momento, encontrarían un oponente sediento, debilitado y desmoralizado. Un rumor viajó desde la vanguardia hasta la retaguardia de la columna de marcha. Faustina se dio cuenta de que unos legionarios que caminaban cerca del carro fortificado comentaban algo entre ellos, con vehemencia. La emperatriz se dirigió al más próximo, un veterano que tiraba de una mula cargada con suministros de su contubernio.

—¿Qué sucede, legionario?

El soldado se envaró al reconocerla.

—Al parecer llegamos a nuestro destino —informó—. Hablan de una vieja muralla, y dicen que más allá se alza el pueblo donde está prisionero el emperador, *domina*. Menos mal —añadió, con una sonrisa cansada.

Faustina se dijo que aquellos hombres estaban tan agotados que tenían ganas de que todo acabara, ya fuera bien o mal. Un centurión se detuvo delante de ella.

—*Domina*, te ruego que regreses al carruaje. Se espera presencia enemiga a partir de aquí.

—¿Me obligarás tú a entrar, centurión? —lo retó Faustina, sacando la peor versión de sí misma.

El suboficial estaba curtido en mil batallas peores que aquella.

—Por supuesto que no, *domina*, pero me veré obligado a informar al legado Fidio Nemesio de tu negativa.

Faustina puso los ojos en blanco y le hizo una seña a sus esclavas y a Arnufis para que la siguieran. El maldito centurión la había

derrotado en un segundo.

—Volvamos al horno. Prefiero morir asada a tener que aguantar a Fidio.

—Si no hay más remedio, *domina*... —se resignó el egipcio.

—Ve preparando tus oraciones, dicen que el enemigo está cerca.

—Con mi protección, nada te pasará, emperatriz.

A pesar de tener todos los ventanucos abiertos, el calor dentro del carruaje era sofocante. Por suerte para sus ocupantes, había abanicos y bebida en abundancia para ellos. En un rincón, Arnufis fingía prepararse para un ritual que trajera bendiciones y agua a las tropas.

Sobre todo necesitaban agua.

Cuando los últimos legionarios que formaban la cola de la columna de marcha cruzaron las Fauces del Titán, el bosque que cercaba el camino principal cobró vida, vomitando la horda que Quirino Calpurnio había adivinado. Seis mil yacigios a caballo, todos armados con lanza, espada y arco, descabalgaron justo detrás del hueco que los años habían abierto en la vieja muralla. En lugar de las armaduras de cota de malla que solían llevar en sus campañas militares, estos solo vestían túnicas cortas para aguantar mejor el calor reinante. Cada uno de ellos llevaba varias estacas largas y afiladas colgadas a la espalda, además de martillos. También llevaban odres cargados de agua en sus caballos.

Mucha agua.

La Duodécima se detuvo a dos millas de las Fauces del Titán.

Al contrario de lo que indicaba el último mapa, allí no había ninguna aldea, solo colinas pobladas por árboles que rodeaban la planicie que formaba la vaguada. Al fondo distinguieron algunas estructuras elevadas que no reconocieron por la distancia, además de perfiles triangulares que podrían ser tiendas de campaña.

Consus Erelus cabalgó hasta colocarse al lado del general.

—Esto es lo primero que no concuerda con los mapas —comentó, nervioso.

El legado no dijo nada. Mantuvo una expresión seria en el rostro,

se dirigió al *aquilifer*, el portador del águila de la legión, y le hizo una seña.

El águila se elevó, y el *cornicen*, a su lado, tocó su instrumento en una cadencia de notas que fue repetida por otras trompas y silbatos. Los contubernios se agruparon en centurias, y estas en cohortes que formaron un perímetro alrededor de una zona dentro de la cual quedaron tanto el carruaje blindado como los otros carros, las mulas y los encargados de la intendencia. Las *furcas* se clavaron en tierra y los pilos se elevaron. Los auxiliares arqueros se colocaron detrás de las cohortes con las armas prestas, y la caballería se preparó detrás de los tribunos, aguardando órdenes.

—Deberíamos cerrar los ventanucos —opinó Arnufis, que espiaba el exterior encaramado en uno de ellos—, la legión ha entrado en orden de combate defensivo.

La emperatriz se opuso.

—Prefiero que me mate una flecha a morir asfixiada.

Justo detrás de la primera cohorte, Fidio se dirigió a Consus Erelus.

—Quiero que eches un vistazo a lo que sea que hay ahí delante. Podría ser un campamento —presumió—. No corras riesgos, si ves algo extraño, regresa al galope.

Consus reunió a tres de sus mejores observadores y cabalgó hacia el fondo de la vaguada. Conforme se acercaban, vieron una estructura extraña, parecida a una muralla de metal. Después de recorrer un cuarto de milla más, descubrieron que aquella mole tenía ruedas. También distinguieron siluetas de jinetes junto a la estructura. El decurión frenó al caballo en seco. Sus exploradores lo imitaron.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Consus, sin esperar respuesta.

—Es gigantesca —apreció uno de los observadores—. Los hombres se ven minúsculos a su lado.

—¡Se acerca un jinete! —alertó otro de ellos.

Un hombre joven y rubio cabalgaba hacia ellos enarbolando una bandera blanca. Consus desenvainó la espada, y los tres auxiliares que lo acompañaban cargaron los arcos. El recién llegado no portaba armas visibles. Cuando llegó a su altura, descubrieron los ojos más azules que habían visto jamás.

—Traigo un mensaje de Ariogeso, rey de los cuados, para vuestro general, Fidio Nemesio Octavio —dijo Berigastio, sin bajar la bandera blanca. Consus, extrañado de que aquel bárbaro conociera el nombre completo del legado, observó que llevaba otra bandera, esta negra, encajada en los arreos de su montura—. Os entregaremos al emperador Marco Aurelio en un plazo de dos o tres días, sano y salvo. Mientras tanto, disfrutad de nuestra hospitalidad.

Consus casi se echa a reír en su cara.

—¿Me estás diciendo que lo entregaréis de forma voluntaria y pacífica?

—Así será —confirmó Berigastio—, siempre y cuando vuestro general no decida hacer alguna de las tonterías que acostumbra a hacer.

El jefe de exploradores estuvo a punto de darle la razón al emisario. Parecía que conocían bien al legado de la Duodécima. Aunque Consus no tenía forma de saberlo, fue a causa de ese carácter impulsivo de Fidio Nemesio por lo que Jaret lo eligió para entregarle sus mapas. Cualquier otro general, casi con total seguridad, no habría mordido el anzuelo; o no habría querido acaparar la gloria y en ese momento habría cinco legiones desplegadas en el valle, algo contra lo que la alianza cuado-sármata no podría luchar, ni con la ayuda del fuego griego de Pyrrhos.

—Recuérdale a tu general que las colinas tienen ojos —le aconsejó Berigastio—. Cualquier movimiento hostil tendrá consecuencias.

El decurión decidió tentar a la suerte.

—Ahí detrás hay una legión entera armada hasta los dientes —repuso, exhibiendo una sonrisa prepotente—. Me parece muy osado por tu parte tratar de imponer tus condiciones.

Berigastio le devolvió una sonrisa tímida.

—Yo solo soy un humilde mensajero. Pero si levanto esta bandera —dijo, a la vez que sacaba la de color negro que llevaba encajada en el arnés del caballo—, una tormenta de fuego caerá sobre vuestra legión. Así que será mejor que aceptéis nuestras condiciones, por muy extrañas que os parezcan.

Algo en el tono del cuado provocó que la sonrisa de Consus se

petrificara. De repente, pudo sentir los ojos de las colinas. Delante de él y detrás de Berigastio, ya veía un buen número de jinetes y hombres a pie, además de aquella especie de muralla rodante. Detrás de esta vislumbró otras estructuras medio ocultas por las copas de los pinos.

Máquinas de guerra. Aquellos hombres disponían de máquinas de guerra que dejaban en ridículo las de las legiones. Si la memoria no le fallaba, la Duodécima apenas había traído tres *scorpiones*, un par de onagros ligeros y cinco balistas. Fidio pensó que no necesitarían máquinas para doblegar a cuatro bárbaros, por mucho que hubieran tenido la pericia suficiente para secuestrar al emperador de Roma en su propia casa.

El gran defecto de Roma, subestimar a su enemigo.

«¿Por qué entregar al césar si estaban en superioridad numérica?»

Consus se dijo que no era cosa suya averiguarlo. Ordenó a sus jinetes dar media vuelta y regresar a la vanguardia de la formación. Pasó por el hueco entre las centurias hasta donde estaba el general con los tribunos. El decurión los puso al corriente de lo que había frente a ellos. Fidio se echó a reír.

—Máquinas de guerra —repitió, remedando el leve acento dacio que aún conservaba Consus—. Un muro de metal gigante. Las colinas tienen ojos. La lluvia de fuego. ¿No tembláis de miedo, tribunos?

Los oficiales no contestaron ni secundaron las carcajadas de Fidio.

—Vamos a avanzar —anunció el legado, mostrando los dientes en una expresión de ira—. Dad la orden.

El *cornicen* sopló su instrumento. Más cuernos y silbatos corearon la orden de avance.

No habían recorrido ni diez pasos cuando una lluvia de más de dos mil flechas cayó desde detrás de las colinas sobre las cohortes exteriores. Ni siquiera vieron a los arqueros. Muchos proyectiles rebotaron en los escudos, las lorigas segmentadas o los cascos, pero otros se clavaron en zonas desprotegidas y arrancaron gritos de dolor a los heridos.

Pero eso no fue lo peor.

Lo peor fueron dos bolas de fuego que trazaron un arco en el cielo y cayeron en medio de la formación, justo donde se encontraba el

carruaje acorazado y los carros de intendencia. La explosión fue devastadora. El fuego se propagó rápido, envolviendo en llamas a más de veinticinco hombres y a varias bestias de carga. Los ocho caballos que tiraban del vehículo imperial se encabritaron y se desbocaron, presas del terror, rompiendo la formación de la cuarta cohorte. Hizo falta una veintena de legionarios para intentar controlarlos.

—¡Soltadlos! —ordenó una voz.

Los legionarios cortaron las correas que los sujetaban a las varas, y las bestias corrieron, espantadas, atropellando a varios hombres en su carrera. Algunos soldados trataron de apagar el fuego, pero aquellas llamas parecían avivarse al contacto con el agua. Un centurión se dirigió a la parte trasera del carruaje ardiendo, temiéndose lo peor. Por suerte, la puerta se abrió de par en par, derramando líquido inflamado por los lados. Faustina, Arnufis y las esclavas salieron de él tosiendo, pero ilesos. Un grupo de legionarios formó un muro de escudos alrededor de la emperatriz y su séquito en cuanto abandonaron la zona dominada por las llamas, mientras las cohortes componían gigantescas formaciones de testudo.

La risa de Fidio quedó reducida a un sonrojo calenturiento cuando contempló cómo las cimas de las colinas se llenaban de jinetes y arqueros enemigos, muchos más de los que se podían contar con los dedos de mil manos.

Sin esperar una orden, Consus Erelus galopó de vuelta a las Fauces del Titán. A pesar de que las colinas que flanqueaban a la legión estaban ahora infestadas de bárbaros, nadie le disparó una sola flecha.

Sabían adónde se dirigía el explorador, y querían que viera lo que había ido a ver. Mucho antes de llegar a la puerta de la vieja fortaleza en ruinas, el decurión frenó su caballo.

El vano de la puerta ya no estaba diáfano.

Donde una vez hubo un hueco, había ahora una gigantesca muralla de estacas que apuntaban hacia él, imposibilitando la retirada. La Duodécima Legión estaba encerrada. Detrás de la empalizada, y por encima de las paredes verticales cubiertas de vegetación añeja había cientos, miles de arqueros. Consus se enfrentó a la mirada de aquel ejército.

Creyó ver que todos ellos exhibían una sonrisa burlona.

75

Dos mil guerreros a pie y quince mil a caballo. Esos eran los números finales del ejército de la alianza cuado-sármata.

Una superioridad numérica de tres a uno frente a la Duodécima Legión.

Zántico supervisaba el trabajo de los arqueros que rodeaban los flancos de la Atronadora. Siguiendo sus instrucciones, las cuatro catapultas cargadas con proyectiles de fuego griego apuntaban, esta vez, a una de las cohortes interiores. Según sus cálculos, una nueva salva abrasaría al menos a dos centurias. Si esos legionarios corrían envueltos en llamas, propagarían el incendio con solo chocarse con sus compañeros.

Aquella imagen le pareció muy divertida al rey yacigio, pero aún no había llegado la hora del fuego y la sangre. Había que esperar al protagonista de la función. Había que esperar a Marco Aurelio.

Entretanto, en la llanura, Ariogeso había ordenado que la Hidra y las ocho catapultas restantes avanzaran hasta detenerse a unos cuatrocientos pies de la Duodécima. Varios carros cargados de recipientes de la mezcla inflamable que producía el fuego griego viajaban muy cerca de las máquinas de guerra. Velantos, Fildan y otros caudillos cuados escoltaban a los ingenios de Pyrrhos. Miles de jinetes cabalgaban detrás de ellos con el torso desnudo y las túnicas enrolladas en la cabeza para protegerse del sol; en la explanada no había ni un mísero árbol que proyectara un mínimo de sombra, por lo que los cuados hacían turnos para refrescarse en el campamento, al amparo del bosque.

La legión parecía aletargada dentro de su formación de tortuga. El hedor a carne quemada acompañaba los lamentos de los heridos, que eran atendidos por sus compañeros cuando los médicos y enfermeros no daban abasto. Al menos una veintena de legionarios había muerto por el ataque sármata. Los heridos, sin embargo, se contaban por

decenas. En el centro de las formaciones, como una suerte de ídolo caído, el carruaje imperial ardía por dentro y por fuera.

Pero aquella pérdida no fue la más valiosa. Dos carros cargados con toneles de posca lista para beber fueron destruidos por las explosiones, lo que redujo aún más las escasas reservas de agua.

Fidio Nemesio ordenó descanso mientras consideraba todas las posibilidades a su alcance, que eran más bien nulas. Un ataque colina arriba sería un suicidio: los sármatas contaban con la ventaja de la altura, además del apoyo de aquel fuego maldito que ni el agua era capaz de sofocar. Enviar a la caballería era otra estupidez: trescientos efectivos no eran nada contra los miles de jinetes que los rodeaban. Y para colmo de males, tenía enfrente un artefacto enorme con unas toberas apuntándoles que no auguraban nada bueno.

Por mucho que le enfureciera, a Fidio no le quedaba más remedio que esperar a que la absurda promesa de Ariogeso fuera cierta. ¿Secuestrar al emperador para devolverlo a los pocos días? ¿Dónde residía el truco? Porque algo tendrían que ganar los cuados en aquel trueque. Hermo Belicio compartió una teoría esperanzadora con el legado y los demás comandantes de la Atronadora.

—Puede que los bárbaros solo quieran demostrar su poder ante una legión comandada por el propio emperador, para luego forzar una negociación.

—¿Una negociación? —preguntó Fidio—. Pero ¿qué tipo de negociación?

—No lo sé —admitió el tribuno—, es posible que tengan alguna petición que hacernos. Y ahora mismo están en una posición inmejorable para hacerla...

Quirino intervino, apoyando a su compañero.

—Hemos cometido un error subestimando a esta gente —dijo, sabiendo que al legado le iban a sentar sus palabras como un escupitajo en plena cara—. Han sido lo suficientemente inteligentes para secuestrar al emperador en su propia residencia; se la han ingeniado para traernos hasta aquí, cortarnos la retirada y rodearnos con un ejército enorme, dotado de unas armas incendiarias con las que nosotros ni siquiera hemos soñado. Por mucho que nos duela, no son

una horda salvaje, como creemos —concluyó.

Fidio lo fulminó con la mirada una vez más.

—¿Por qué no corres a unirte a ellos, si tanto los admiras? Venga —lo animó—, no te detendré. Si te portas bien, igual hasta te dejan usar uno de sus juguetes y nos ves arder.

Esta vez, Quirino no se amilanó.

—Estamos aquí por tu culpa, general, no lo olvides. Has desoído todos los consejos de tu plana mayor y has avanzado con anteojeras, como los burros, obsesionado con seguir esos mapas que han resultado ser una trampa. Has fallado en prever la falta de agua, y sin agua, no hay posca para la tropa. Este fracaso es el hijo malogrado de tu sed de triunfo.

Fidio no dio crédito a lo que acababa de oír. Echó atrás el brazo para abofetear a Quirino, pero una mano firme se lo impidió. Cuando Fidio se volvió, vio a Hermo Belicio agarrándole la muñeca. La mirada del tribuno era glacial.

—General, si quieres que sigamos respetándote, respétanos a nosotros.

El labio inferior de Fidio tembló, y sus temblores aumentaron cuando otro de sus tribunos le recordó al oído que era mortal.

—Ten cuidado, general, o acabarás como tu admirado Julio César.

Aturdido por la humillación, Fidio guardó silencio hasta que se quedó solo, a lomos de su caballo. Elevó la vista a las alturas y se encontró con el ejército que lo rodeaba. Se vio como un actor de teatro, delante de miles de espectadores que lo miraban inertes, con las lanzas en alto, en un alarde infinito de paciencia.

En el centro de la legión, cerca del carruaje calcinado, Arnufis dibujaba símbolos en el suelo para invocar a Min, el dios de la lluvia. Faustina lo observaba desde lejos, aburrida, a la sombra de unos lienzos desplegados entre cuatro pilos. Los comandantes habían desestimado montar tiendas de campaña: en caso de un nuevo disparo de catapulta, tener material inflamable desplegado empeoraría más las cosas. Faustina tenía sed, pero no se atrevió a beber delante de tantos hombres al borde de la deshidratación.

La emperatriz se dijo que, si tenía que morir, lo haría con la

garganta igual de seca que sus legionarios.

Pasaron las horas, pero el calor no.

Los sármatas, en las colinas, disfrutaban de la sombra que proyectaban los pinos y los abetos. En la llanura, los cuados seguían turnándose para hacer guardia a pleno sol, gozando de períodos de descanso al abrigo de la espesura.

El agua y la cerveza no faltaban en sus cantimploras.

Los romanos no solo se quedaban sin posca. También sufrían una sequía de moral. Fidio, sentado solo en una silla al lado de su caballo, no cesaba de darle vueltas a lo sucedido con sus oficiales. Se encontraba entre dos frentes: el enemigo y sus propios hombres. Por lo menos, aún conservaba el mando. Tal vez aquella advertencia de sus tribunos fuera solo una llamada de atención, fruto de los nervios. Por el momento, solo le quedaba esperar a que los bárbaros cumplieran su promesa y le entregaran al emperador con vida. Una vez lo hicieran, con gusto le cedería el mando de la Duodécima a Marco Aurelio.

Que él decidiera qué hacer frente a aquellos salvajes.

Esa noche, el aire ardía.

Dormir era imposible, así que la compañía de Jano decidió seguir viajando. Tamura se atrevió a cabalgar, aunque Jano y Cornelio tuvieron que ayudarla a subir a Zambil. Trotar era impensable, pero prefería ir al paso que botando a cada bache en la angarilla. Por su parte, Ictis estaba encantado con el caballo que había heredado de Azariôn, a pesar de que a veces se acordaba de su jamelgo piojoso con una nostalgia inexplicable. Puede que aquel animal le recordara un poco a él mismo. Marco Aurelio montaba a Felicitas, la yegua de Lares Volusio, a quien el emperador recordaba con cariño. El césar sintió mucho la muerte del *evocatus*, su favorito a la hora de entrenar a los legionarios más jóvenes.

Cómodo también lo echaría de menos.

Una pareja de jinetes se recortó en una ladera alrededor del

mediodía. Uno de ellos se alejó, mientras el otro se acercó al grupo al galope.

—Qué raro me parece esto... —comentó Jano, desconfiado.

El emperador colocó la mano en la empuñadura del *gladius* de Lares, que recogió del campo de batalla después de darle sepultura. Jano se volvió a los demás para advertirles sobre el jinete que se aproximaba.

—Cuidado con ese, no sabemos quién es.

Pronto descubrieron que el desconocido vestía uniforme de las tropas auxiliares. Se acercó a ellos levantando la mano en señal de paz, a la vez que estudiaba sus rostros con atención hasta detenerse en el del césar.

—¿Eres el emperador Marco Aurelio? —preguntó, de sopetón.

—Dirígete a mí —ordenó Jano—. Soy el legado Jano Convector.

—El Puño del Emperador —exclamó el recién llegado, que ya no tuvo la menor duda de quién era el hombre de la barba rizada—. Ave, césar. Pertenezco a la Duodécima Legión; el legado Fidio Nemesio ha desplegado patrullas para buscarte. Sígueme y te llevaré hasta el campamento.

—Entonces Jaret no mentía —susurró Cornelio a Tamura.

—No me preguntes por qué, pero veo algo turbio en esto —gruñó ella.

—¿Dónde ha ido el otro jinete? —quiso saber Jano, que también estaba escamado.

—Lo he enviado al campamento para informar de que os hemos encontrado.

Jano interrogó al emperador con una mirada de soslayo.

—¿Estamos lejos de la Duodécima? —preguntó Marco Aurelio—. Llevamos a una herida, no podemos ir rápido.

—Cabalgando al paso llegaremos esta noche —calculó el auxiliar —. Por cierto, *domine*, me llamo Penates.

—Ve delante, Penates —ordenó Marco Aurelio—, te seguiremos.

El auxiliar obligó a girar a su caballo y encabezó la marcha. Jano cabalgó al lado al emperador e indicó a los demás que se acercaran. Cuando estuvieron juntos, habló muy bajo para que Penates, delante

de ellos, no los oyera.

—Este individuo me da mala espina —confesó.

—Se lo acabo de decir a Cornelio —corroboró Tamura—, a mí también.

—Preparaos para cualquier cosa. Tamura, ¿podrás valerte por ti misma en caso de jaleo?

—Con la izquierda solo me puedo enfrentar a dos a la vez —bromeó, golpeando la empuñadura de la espada.

—¿César?

—Sabré defenderme —afirmó Marco Aurelio.

Cornelio se adelantó a la pregunta del legado.

—Puedes contar conmigo —aseguró Cornelio—. Ictis, ¿qué hay de ti?

El vándalo lo miró de reojo.

—No soy un guerrero —comenzó a decir—, y seré de poca utilidad en un combate. Por otra parte, creo que ya he cumplido con mi papel en esta función —dijo—. No os lo toméis a mal, sobre todo tú, *domine*... pero si la cosa se pone fea, me largaré al galope.

Para sorpresa de Ictis, Marco Aurelio le dedicó una sonrisa cálida.

—Me dará pena perderte de vista. —Su voz sonó sincera—. Tu compañía me agrada, Ictis, y sé que a tu manera eres un buen hombre... Tienes mi bendición en caso de que quieras irte y salvar tus dos pellejos, el que envuelve tus huesos y el del perro que siempre te acompaña.

Ictis no supo qué decir. Le pilló por sorpresa que el mismísimo emperador mostrase tal aprecio hacia él. De hecho, sintió cómo los ojos le escocían. Había llorado muchas veces a lo largo de su vida: de frustración, de impotencia, de hambre, de dolor...

Pero era la primera vez que sentía ganas de llorar de emoción.

El jinete de las tropas auxiliares llegó a las Fauces del Titán cuando faltaba una hora para el atardecer. Los centinelas sármatas sabían que trabajaba para la alianza, por lo que nadie se mostró hostil con él.

—Traigo noticias para Zántico —manifestó sin bajarse del caballo.

El rey apareció a caballo acompañado de Jaret. El mensajero les informó que habían encontrado al emperador y que estaba en camino.

—Buen trabajo —lo felicitó Zántico—. Con suerte, esta será la última vez que vistas el atuendo romano. Ve a que te den de cenar, te lo has ganado —dicho esto, llamó a unos oficiales cercanos mientras el auxiliar se alejaba hacia el campamento cuado—. Esta noche no quiero ver ni una luz en toda la zona, ¿entendido? No quiero espantarlos.

—Descuida, mi rey —dijo un oficial—, se hará como acordamos: les dejaremos pasar y, una vez dentro, les cerraremos el paso.

—Cuando estéis seguros de que no pueden salir, encended todas las antorchas que podáis —indicó Zántico, dedicándole un guiño al oficial—. Que esto sea una puta fiesta, pero que nadie toque ni un pelo al emperador, ¿de acuerdo? Quiero que se den cuenta de que han caído en nuestra trampa cuando ya sea demasiado tarde para escapar.

—Así será.

—Voy a contarle esto a Ariogeso —añadió Zántico, dirigiendo su caballo al campamento—. Es divertido, ¿verdad?

—Se me ha ocurrido otra idea —anunció Jaret, que había pasado el día y la tarde observando cómo la legión languidecía bajo el sol en la explanada—. Es cruel, pero nos ahorrará vidas y también fuego mágico.

—No me la cuentes ahora —exclamó Zántico—. Quiero oírla cuando se la cuentes a Ariogeso. Me encantan las sorpresas.

Dicho esto, cabalgaron rumbo a la Hidra, donde el rey cuado saboreaba su próxima victoria junto a Pyrrhos.

El observador sármata avisó a los jinetes de la colina en cuanto distinguió el punto de luz en la lejanía. En la distancia, semejaba una pequeña estrella solitaria arrastrándose por la campiña.

—Ahora —dijo.

El batallón de hombres a caballo se abrió, dejando un corredor amplio para el emperador. Otro centinela avisó al campamento cuado para que apagaran las pocas antorchas que tenían encendidas. En

cuanto el campamento se sumió en la oscuridad, las luces que rodeaban a la Hidra se extinguieron también.

En la negrura de la noche, el lugar donde se concentraba la Duodécima parecía una fiesta de luminarias. Los legionarios habían hecho una cena frugal y se habían bebido la poca posca que les quedaba, apenas un trago para cada uno. A pesar del calor y de estar rodeados por una miríada de enemigos, estaban tranquilos. Más que tranquilos, resignados.

Mientras tanto, los guerreros apostados en el campamento cuado contenían la respiración. Sabían que el emperador y su pequeña corte estaban a punto de llegar.

Penates fue el primero en aparecer por entre los árboles del cerro antorcha en mano, seguido por Marco Aurelio y sus cuatro acompañantes. La tea del auxiliar los deslumbraba. Cada vez que apartaban la vista de ella, veían ilusiones ígneas impresas en sus retinas. No podían distinguir nada fuera del halo luminoso que rodeaba a Penates. Solo notaron que habían bajado una colina para luego cabalgar por una planicie desde la que se divisaban luces lejanas.

—Ahí está la legión —anunció Penates, señalando los puntos de luz—. Cabalgad hacia ella.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó el emperador, extrañado.

—Que tengas suerte, *domine* —le deseó Penates, dando la vuelta al caballo para, a continuación, ponerlo al galope.

Jano soltó una imprecación. Hizo girar a Sagita y salió detrás de Penates. Cuál fue su sorpresa cuando empezaron a saltar chispas frente a él y a su izquierda. De repente, centenas de antorchas iluminaron la noche, descubriendo una muralla de jinetes armados con lanzas. Sagita se encabritó, casi tira a Jano al suelo. El legado vio a Penates desaparecer entre las líneas enemigas. Los sármatas comenzaron a descender la colina.

—¿Qué está pasando? —preguntó Marco Aurelio, aunque lo cierto era que conocía la respuesta.

—¡Corred! —gritó Tamura al ver a Jano perseguido por los jinetes.

Apretando los dientes por el dolor, Tamura espoleó a Zambil. Ictis

la imitó, aterrorizado. Marco Aurelio y Cornelio galoparon junto a Jano. A ambos lados, una cantidad incontable de jinetes lanzaban aullidos estridentes mientras los pastoreaban por la llanura.

Tamura reconoció los gritos a la primera, eran los que daban los yacigios cuando conducían manadas de caballos salvajes. Mirar a los lados era desolador y aterrador al mismo tiempo. Dos hileras formadas por más de un centenar de jinetes los conducían como ganado hacia donde se suponía que estaba la legión. La compañía de Jano iba tan rodeada de bestias, hombres y lanzas que ni siquiera se fijó en las máquinas de guerra desplegadas a su derecha. Jano se preguntaba por qué no les atacaban. Aquella horda, a pesar de estar armada, no quería matarlos.

Pero no podía decirse lo mismo de la legión.

Ya estaban casi encima de ellos cuando vieron, con horror, cómo los pilos y los escudos de la primera fila se alzaban para recibirlos.

76

Jano tiró de las riendas de Sagita justo antes de que se empalara en las lanzas de hierro. Detrás de él, con un gesto de dolor, Tamura casi se cae de Zambil al frenarlo en seco. Los caballos de Marco Aurelio, Cornelio e Ictis casi chocan entre ellos, pero al menos no acabaron ensartados en la barrera de pilos. Antes de que esto sucediera, los sármatas se abrieron a ambos lados y retrocedieron como una marea viviente de hombres y bestias, alejándose de la legión, que se había preparado para recibir una carga frontal. El estruendo de los cascos al galope, arrancando trozos de tierra y hierba, fue ensordecedor.

—¡Somos romanos! —gritó Jano frente a la primera cohorte, antes de que un chaparrón de lanzas o flechas cayera sobre ellos—. ¡Venimos con el emperador Marco Aurelio!

El centurión más cercano ordenó descanso con un toque de silbato.

—¡El emperador! —gritó.

La voz se propagó por todas las cohortes. Arriba, en las colinas, los sármatas reían y aplaudían, como si celebraran la llegada de Marco Aurelio en un festival de sarcasmo. Cada vez más antorchas iluminaban las lomas, además de las que alumbraban la Hidra y las demás máquinas de guerra, dibujando un halo infausto a su alrededor. Un jinete salió al encuentro del emperador cabalgando entre la primera y la segunda cohorte. En cuanto estuvo frente a los recién llegados, extendió el brazo derecho en un saludo militar.

—Ave, césar. Soy el tribuno laticlavio Hermo Belicio. Te ruego me acompañes al pretorio.

El grupo lo siguió hasta la explanada donde estaba el carruaje imperial calcinado. Alrededor del claro, miles de legionarios formados descansaban como podían en el suelo. Los oficiales habían dispuesto mesas y sillas en la explanada, a modo de pretorio donde reunirse para discutir las nulas opciones con las que contaban para salir airosos de la situación en la que se encontraban. El emperador y sus

acompañantes notaron temblor de piernas al desmontar. No solo llevaban horas cabalgando y sin dormir: el fin de fiesta al galope, rodeado de sármatas, los habían puesto al límite de sus fuerzas. Fidio Nemesio, Quirino Calpurnio y los demás tribunos saludaron al emperador, que los ignoró en cuanto reconoció a su esposa a la luz de las antorchas.

—¡Faustina! —exclamó caminando hacia ella con pasos rápidos; su cara mostró una mezcla de estupefacción y enfado—. ¿Qué haces aquí?

Ella se abrazó a él, como si el estricto protocolo al que siempre se veían sujetos hubiera ardido junto con sus pertenencias dentro del carro.

—No podía quedarme en Carnuntum, me habría vuelto loca. —Apartó la mirada de él un segundo para posarla en Jano y Tamura—. Te acompañan los mejores.

—Ellos me encontraron —corroboró el emperador—. Deberías haberte quedado en la ciudad, esto no pinta bien.

Faustina le dio dos palmadas cariñosas en el pecho y se acercó al grupo de rescate.

—Veo que conoces a Lidia, una formidable guerrera. ¿Habéis hablado?

—Tendremos tiempo de hacerlo si salimos de esta —dijo el emperador.

Tamura agachó la cabeza ante la emperatriz, en señal de respeto.

—¿Tú no eres el que peleó contra los tigres? —preguntó Faustina a Cornelio.

—Sí, *domina*, también me reclutaron para buscar al césar.

La emperatriz hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Y Jano Convector, el Puño, el que nunca falla —recitó Faustina, plantándose frente al legado—. Gracias y felicidades, no solo por encontrar a mi esposo. —Jano y Tamura adivinaron que la emperatriz se refería a su victoria sobre Término—. Veo que no os falta ni vuestro propio *cornicen* —bromeó, fijándose en la piel de perro de Ictis.

—Es un honor para este humilde siervo estar en presencia de la emperatriz —declaró Ictis, que se inclinó tanto que a punto estuvo de

tirar la cabeza de moloso en los pies de Faustina—. Ojalá fuera *cornicen*, pero no soy más que un pobre hombre que pasaba por el lugar adecuado en el momento preciso.

—Si estoy aquí es gracias a él —aclaró Marco Aurelio, que consideró que el tiempo de las salutaciones se extendía demasiado; el emperador se dirigió a Fidio—. General, quiero un informe de la situación actual.

—Ahora mismo estamos rodeados por una fuerza enemiga que nos supera en número y nos rodea por tres frentes —comenzó a decir—. Un muro de estacas nos impide la retirada por el sur. Además, estos bárbaros cuentan con catapultas que disparan proyectiles incendiarios cuyo fuego no se apaga ni con agua.

—Agua que tampoco tenemos, césar —intervino Hermo Belicio.

—Y hay una estructura rodante frente a nosotros que no sabemos para qué sirve —prosiguió Fidio, fingiendo que la interrupción de Hermo no le había molestado—. Tiene seis tubos grandes, suponemos que por ahí saldrá algo...

—Algo que no será bueno —adivinó Jano.

—¿Han hecho alguna petición? —preguntó el emperador.

—Ninguna —respondió Fidio—. Un emisario nos dijo que te entregarían a nosotros sano y salvo... y lo cierto es que aquí estás.

—Algo pedirán —vaticinó Jano—. O eso o nos atacarán al amanecer. No creo que nos dejen marchar ahora que nos tienen rodeados.

Marco Aurelio se encogió de hombros. Se sentía tan cansado que decidió no preocuparse de nada más hasta el día siguiente.

—Pues descansemos hasta que ellos quieran —dijo—. El viaje ha sido largo.

Jano y Tamura se acostaron sobre la hierba, el uno frente al otro. Se miraron unos momentos antes de caer rendidos. El legado se dio cuenta de que aquella podría ser la última noche de su vida y se durmió preguntándose si alguna vez volvería a hacer el amor con aquella mujer tan extraordinaria.

Sus sueños fueron un manto negro. No soñó con nada, ni con nadie.

Zántico se entretuvo contemplando las plataformas traseras de la Hidra, donde los artilleros instruidos por Pyrrhos comprobaban los mecanismos que impulsaban el fuego a través de los tubos. Jaret y Ariogeso lo acompañaban. Xarthanos estuvo un buen rato con ellos, hasta que el cansancio lo envió de vuelta al campamento. Desde que Stornarja lo amenazara, el viejo apenas se apartaba de Zántico. Para mayor inquietud del mago, no había vuelto a ver a la joven desde entonces. Según Jaret, Stornarja estaría descansando en el campamento con Karaxtos, pero aquello no tranquilizó demasiado a Xarthanos; no saber dónde estaba la asesina era igual que perder de vista a la araña que cuelga del techo.

Pyrrhos lanzaba miradas furtivas a Jaret, fascinado por la admiración que despertaba en los que le rodeaban. De una forma subrepticia y elegante al mismo tiempo, era capaz de manipular a cualquiera con su voz hipnótica y su mirada líquida. Pyrrhos le había lanzado señales furtivas que el espía recogió sin mostrar interés. Lástima. El ingeniero estaba seguro de que, de haber sido más joven y atractivo, Jaret habría recibido sus indirectas de otra forma.

El ruido de cascos de caballo anunció la llegada de una decena de auxiliares romanos encabezados por Kaelo Servio, Gayo Mamerco y Penates. Zántico los recibió con uno de sus efusivos saludos.

—He aquí mi cuadrilla favorita de traidores al Imperio —exclamó, riendo—. Sin ellos, habría sido mucho más difícil que Marco Aurelio corriera a nuestros brazos. Kaelo, ya puedes quemar esos uniformes, considérate uno de los nuestros.

—No tan deprisa, Zántico —lo frenó Kaelo—. Hemos hablado entre nosotros y hemos decidido no unirnos a vosotros. Nuestros superiores aún nos creen de patrulla por el *limes*, y estamos a tiempo de volver sin que sospechen. Páganos lo acordado y nos iremos.

Zántico arqueó los labios en un gesto sobreactuado de decepción.

—Pensé que desertaríais para formar parte de nuestro ejército.

Gayo Mamerco intervino.

—Ya nos hemos arriesgado mucho ayudándoos. Si nos dan por desertores enviarán patrullas a buscarnos, ¿y sabes cuáles son las penas por deserción en tiempo de guerra, Zántico? Si tienes suerte, te

amputan las manos después de torturarte durante días. Y si tienes mala suerte, te queman vivo...

El rey yacigio iba a decir algo, pero Jaret llamó su atención dándole dos toques en el hombro. Se apartaron unos pasos y el espía le habló muy despacio. Mientras lo hacía, la vista de Zántico viajó de los auxiliares a Jaret y viceversa. Una vez terminaron de hablar, el rey se plantó frente a Kaelo Servio.

—Kaelo, ¿es tu última palabra?

—Me temo que sí, Zántico. Ahora, si nos pagas, nos marcharemos.

El rey movió el índice delante de la nariz del decurión.

—¿Sabes? Creo que nos vais a prestar un último servicio.

Kaelo respiró hondo.

—Zántico, no va a ser posible. Ya hemos hecho mucho por vosotros.

Ariogeso, que había permanecido callado todo el tiempo, intervino, airado.

—También os hemos pagado bien por vuestros servicios.

Zántico lo calmó con un gesto amable y volvió a dirigirse al decurión.

—Kaelo, creo que no lo estás entendiendo. No te lo estoy pidiendo, nos vas a prestar un último servicio —afirmó.

El rey hizo un gesto con la mano y una decena de lazos rodeó a los auxiliares por los brazos. Los nudos se cerraron a la vez. Un segundo después, los caballos sármatas arrastraban a Kaelo y a sus hombres por la hierba. Sus gritos se perdieron en la noche. Zántico llamó a un jinete cercano y le dio unas instrucciones al oído. Luego fue junto a Pyrrhos.

—He decidido preparar una pequeña exhibición para el emperador. Date prisa, quiero que sea antes del amanecer. De noche será más... espectacular.

Jaret lanzó una mirada cruel a Pyrrhos, rubricada con una sonrisita burlona y un guiño cómplice. El ingeniero notó cómo le hervía la sangre, como si su propio fuego griego le corriera por las venas.

—¡Moved la Hidra! —ordenó—. Ciento cincuenta pies.

Los jinetes de Ariogeso y las máquinas de guerra avanzaron hacia

la legión. Poco después, el sonido de unos cuernos despertó a quienes dormían, entre otros a su objetivo principal.

Marco Aurelio.

El emperador, acompañado de Jano, Fidio y los tribunos, se abrió paso hasta la vanguardia de la legión. Allí los recibió Hermo Belicio, que los parapetó tras los escudos de la primera fila de la cohorte. La máquina gigante estaba más cerca, por lo que se apreciaban nuevos detalles de su construcción, como la barrera de lanzas que la protegía o los braseros que simulaban ojos ardientes de mirada malvada. Los seis tubos ominosos que apuntaban al frente no auguraban nada bueno.

—Un jinete portando bandera blanca ha solicitado tu presencia aquí —informó Hermo a Marco Aurelio—. Dice que van a hacer una demostración de esa máquina en tu honor. La llaman la Hidra. La van a usar para ajusticiar a unos traidores al Imperio romano.

—¿A unos traidores al Imperio? —repitió el emperador, incrédulo.

—Eso ha dicho —confirmó el tribuno—. El bárbaro hablaba un latín perfecto.

—Ya nadie habla latín perfecto —rezongó Marco Aurelio—. A ver qué nos han preparado.

No tuvieron que esperar mucho. Cuatro jinetes conducían a una decena de hombres atados entre ellos por cuellos, brazos y pies. Trastabillaban al andar, pero se mantenían en fila. Los caballos que sujetaban los extremos de la cadena humana se separaron, tensando las cuerdas y obligando a los prisioneros a formar una línea recta a lo ancho. Berigastio entró en escena y se acercó a pocos pasos de la primera cohorte.

—Conozco a ese hombre —exclamó Marco Aurelio—. Estuve a punto de degollarlo en el pretorio de la Segunda Itálica.

Berigastio se aclaró la garganta.

—Estos hombres son tres veces traidores —proclamó—. Traicionaron a su pueblo para unirse a Roma, traicionaron a Roma por dinero, y ahora nos traicionan a nosotros para engancharse de nuevo a

la teta de la loba romana.

—¡Perdón! —rogó Gayo Mamerco al borde del llanto—. ¡Detén esto, por piedad, nos uniremos a vuestro ejército!

—Compórtate, Gayo, y muere como un hombre —gritó Kaelo desde la otra punta de la fila, furioso y resignado a la vez.

Aparte de recordar el nombre de Gayo, Jano reconoció las voces como las de los auxiliares de Intercisa que trajeron pruebas falsas contra Tamura y Banadaspo.

—A esos dos los conozco —aseguró el legado, señalando a Kaelo Servio y a Gayo Mamerco—. Viajaron hasta Carnuntum para contarnos una sarta de mentiras a Rufo y a mí.

—Ese otro es el que nos trajo hasta aquí —dijo el emperador, señalando a Penates, que mantenía la mirada hundida en sus pies.

—Ahora, contemplad una pequeña muestra del poder de la Hidra —anunció Berigastio, quitándose de en medio.

Los jinetes se separaron todo lo que pudieron, sabedores de lo que estaba a punto de ocurrir. Las cuerdas se tensaron al máximo, manteniendo a los condenados en pie y al borde del ahogamiento.

Y la Hidra rugió.

No fue necesario usar todos los tubos de la máquina. De los centrales brotaron dos serpientes de fuego que se enroscaron alrededor de los auxiliares como si tuvieran vida propia. Marco Aurelio, Jano y los tribunos retrocedieron varios pasos, al igual que los cientos de hombres que formaban la vanguardia de la legión. Los alaridos de dolor duraron poco. Aquel fuego consumió la carne rápido, en un festín de grasa burbujeante, olor a parrilla y humo asfixiante. Las cuerdas se vaporizaron entre chispas, y los jinetes las soltaron para alejarse del calor que desprendía aquel infierno. Las llamas se elevaron entre la legión y la Hidra, formando un muro ardiente que no tenía aspecto de apagarse pronto.

Marco Aurelio intercambió una mirada de preocupación con Jano. Contra aquello no había defensa posible.

—¿Se te ocurre algo? —planteó al legado.

—Muchas cosas, pero ninguna eficaz —respondió este.

El emperador posó una mano en la espalda de Jano y caminó con

él de vuelta al claro del pretorio.

—Estamos a su merced —reconoció Marco Aurelio—. Nos arrasarán cuando se les antoje.

Jano habló con voz lúgubre.

—Hay algo aún peor, el hambre y la sed. Si se lo proponen, acabarán con nosotros sin sufrir una sola baja, solo con paciencia.

Una voz detrás de ellos llamó su atención.

—¡César, césar!

Marco Aurelio y Jano se volvieron para descubrir a Fidio, que se había adelantado a sus tribunos para hablar con ellos a solas. Su tez era tan pálida que brillaba en la oscuridad.

—¿Qué sucede, general? —preguntó Marco Aurelio.

Fidio lo miró unos segundos y rompió a llorar.

—Todo esto es culpa mía, césar —confesó—. En mi afán por dar contigo, fui imprudente y no tomé las debidas precauciones. No solo me dejé atrapar aquí, también traje a la legión mal aprovisionada de comida y agua.

—¿Cuánto podremos aguantar? —quiso saber el emperador.

—Con el calor que hace esta noche, los legionarios habrán tomado ya su último sorbo de posca.

—Entonces moriremos de sed antes de lo que yo pensaba —murmuró Jano.

—Solo nos queda rezar para que el enemigo nos pida algo que podamos cumplir manteniendo una pizca de honor —comentó Marco Aurelio.

—Si es que piden algo —repuso Jano—. Ahora tienen al alcance de la mano una victoria fácil para ellos y una derrota humillante para nosotros.

Fidio Nemesio se arrodilló delante del emperador, con la cabeza baja.

—Toma el mando de la Duodécima, césar —rogó, entre llantos e hipidos—. Yo no soy digno de comandarla.

Marco Aurelio sintió una mezcla de desprecio y compasión por Fidio. Sabía que su esposa lo apreciaba, y también que había conseguido victorias aplastantes en campañas anteriores. El

emperador se dijo que no merecía la pena hacer leña del árbol caído.

—En estos momentos aciagos ni yo mismo me atrevería a comandarla. Pero conozco a alguien que nunca se amilana ante el peligro, mi mejor general. —Marco Aurelio colocó la mano sobre el hombro de Jano—. General Convector, te nombro legado de la Duodécima Legión.

Jano guardó silencio unos segundos. Miró de reojo a Fidio Nemesio, hincado de rodillas ante del emperador, derrotado. Clavó su mirada en el césar y vio que también estaba derrotado. Le iba a preguntar a Marco Aurelio qué quería que hiciera con aquel regalo envenenado que acababa de recibir. Un juguete a merced de los caprichos de un enemigo cruel.

Pero lo que hizo fue erguirse y ejecutar un saludo militar.

Detrás de Fidio, Hermo Belicio y Quirino Calpurnio, que habían llegado justo a tiempo para oír el nombramiento, saludaron a su nuevo legado con energía.

—Síguenos, general, te presentaremos al resto de los oficiales —dijo el tribuno laticlavio, hablando con firmeza.

El nuevo mando de la Duodécima Legión desapareció rumbo al pretorio. Fidio se quedó llorando en el suelo, y Marco Aurelio caminó solo detrás de los tribunos. Cuando la noticia de que el Puño del Emperador había tomado el mando de la Duodécima llegó a los legionarios, estos se olvidaron por un instante de la sed. Esbozaron sonrisas de triunfo con unos labios que comenzaban a agrietarse.

Uno de ellos empezó a cantar una canción de guerra. Su compañero lo siguió. Luego otro más hasta que, de pronto, miles de voces entonaron el himno a la vez. Los sármatas apostados en las colinas entrecruzaron miradas de extrañeza, preguntándose el motivo de aquella súbita felicidad.

La Duodécima cantaba a la muerte.

Los legionarios sabían que morirían al día siguiente.

Pero morirían luchando.

77

Stornarja afilaba la espada sentada cerca de una hoguera. Sostenía el arma como podía con la mano vendada y pasaba la piedra por el filo con la sana. A su alrededor, los cuados bebían o dormían, seguros de su victoria y borrachos de vino, cerveza y fanfarronería. Alguno incluso se acercó a ella mostrando su lado más cariñoso, para tener que irse con el rabo entre las piernas y sin saber la suerte que tenía de conservarlo.

A Karaxtos lo despertaron los cuernos previos a la ejecución de los auxiliares. Se incorporó con una mueca de dolor y descubrió a la joven junto a la fogata. El guerrero había pasado el día anterior contando el dinero de Ictis y maldiciéndole por cada cobre que encontró. A veces, después de escarbar mucho en los morrales, aparecía un sestercio.

—Menuda mierda de tesoro —le había dicho a Jaret, que renunció a su parte en un vano intento de que el guerrero se sintiera mejor—. Con todo lo que hay aquí, apenas podría pagar unas putas... Y las putas se pasarían toda la noche contando monedas en lugar de follando. Maldito charlatán, si me lo vuelvo a echar a la cara le coseré la piel de perro al cuero cabelludo...

Karaxtos observó a Stornarja en la oscuridad. Hacía años que no sentía tanto aprecio por alguien como por aquella loca peligrosa a la que había enseñado hasta su último truco.

—¿En qué piensas? —le preguntó a Stornarja.

—En Tamura y en Dadagos —respondió ella, escueta.

—Dadagos aparecerá cuando menos te lo esperes —apostó el guerrero, ajeno a que las alimañas ya habían dado cuenta de más de la mitad de sus restos—. A pesar de su edad, es un tipo duro.

—El abuelo no se habría ido sin mí, así como así —afirmó ella, con tristeza—. Seguro que le pasó algo. Y Tamura... no entiendo por qué me dejó atada en mitad de la pradera.

—Puede que para condenarte a una muerte lenta —opinó Karaxtos.

—No. Pudo haberme matado y no lo hizo. —Stornarja paró de afilar y clavó la mirada en su instructor—. ¿Sabes qué me dijo? Que era mi madre.

Karaxtos se quedó perplejo un instante y luego se echó a reír.

—Buen truco para desestabilizarte.

Stornarja frunció la nariz, como si la respuesta no le convenciera.

—¿Y si fuera verdad?

—No, no puede serlo —negó él, rotundo.

—¿Por qué no?

Karaxtos no disponía de ningún argumento sólido para cuestionar el posible parentesco entre las dos, así que contestó con otra pregunta.

—¿Cambiaría algo si lo fuera?

Stornarja apartó la vista hacia los cuados que bailaban ebrios.

—Fue increíble cómo consiguió vencerme sin matarme —murmuró.

—Todavía te quedan cosas que aprender.

—La herí muchas veces... quizá se haya desangrado.

—Cabe esa posibilidad.

Un par de hombres comenzaron a discutir en una lengua ininteligible. Stornarja torció el gesto y les obsequió con una mirada de desprecio que ellos no pudieron ver.

—¿Esto es lo que nos espera si vencemos? —se planteó en voz alta —. ¿Formar parte de este rebaño de piojosos hasta la próxima batalla? ¿Y qué haremos cuando venzamos a los romanos, pelearnos entre nosotros?

Karaxtos esbozó una sonrisa en su rostro tatuado. La chica tenía razón: en el mejor de los casos, ese era el futuro.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó él.

—Ser libre —respondió ella, sin pensarlo—. Ganarme la vida vendiendo mi habilidad con la espada, ver el mundo, viajar... Y hacerlo sola o con un grupo pequeño, como el que teníamos hasta hace nada.

—No sería mala idea —reconoció Karaxtos—, pero tendríamos que saber qué opina Jaret.

—Jaret —escupió Stornarja—. Olvídate de Jaret, él aspira más

alto. Zántico no tiene ni idea del escorpión que ha adoptado de mascota. Cualquier día, Zántico aparecerá muerto y la historia hablará del rey Jaret.

Karaxtos que quedó sin palabras. Stornarja parecía vivir en su mundo, pero sabía oír los pensamientos de los demás y leer el futuro en ellos.

—¿Me estás proponiendo que tú y yo vayamos por libre?

Stornarja le devolvió la pregunta.

—¿Te gustaría?

La sonrisa de Karaxtos respondió por él. Todavía era pronto para tomar decisiones, aún podían pasar muchas cosas... pero la idea de cabalgar libre con Stornarja y una banda bien avenida le ilusionó. En ese momento se dio cuenta de que había algo que tenía en común con ella. A pesar de ser guerreros implacables, asesinos sin remordimientos, de corazón pétreo...

Ambos buscaban una familia.

Arnufis se levantó poco después del amanecer para proseguir con sus rituales a Min. Sentada en una silla, a la sombra del carruaje quemado, Faustina lo observaba en silencio. Su mirada era la de una madre que ve jugar a su hijo, consciente de que el pequeño vive una fantasía que terminará cuando le guarden sus juguetes. Escepticismo mezclado con ternura, eso sentía la emperatriz.

El egipcio elevaba las manos al cielo y llamaba a la deidad en su idioma. Ella miró a los jinetes que seguían clavados en la cima de la colina como si fueran de piedra, insensibles al calor, inmunes al pesar. Ellos sí que eran reales. Ellos sí que decidían sobre la vida y la muerte.

Algo apartado de Faustina, Cornelio asistía desde lejos a la ceremonia de Arnufis. Invocara a quien invocase, solo lo oiría el único y verdadero Dios, así que bendijo al pagano en silencio. Miró al cielo. Ese día haría aún más calor que los anteriores. El gladiador había compartido la poca agua que traía del viaje con algunos legionarios heridos que estaban en las últimas. Ya no le quedaba para él. Morir de sed era cuestión de tiempo.

Tamura se le acercó. Había dormido casi toda la noche de un tirón y se la veía mucho más repuesta que en los últimos dos días.

—¿Y Jano? —preguntó ella.

Cornelio señaló hacia un montón de cascos emplumados y capas rojas reunidos al otro lado del pretorio. Parecían atender al discurso de alguien.

—No sé si lo sabes, pero el emperador lo ha puesto al mando de la legión —la informó el Hispano.

—Así que le ha regalado un caballo con una pata rota...

—Como Dios no nos envíe dos legiones, no habrá nada que hacer —suspiró Cornelio.

—Veamos qué dicen —propuso ella.

Tamura y Cornelio se acercaron al grupo de oficiales. Localizaron a Marco Aurelio al lado de Jano, que hablaba con voz decidida. No solo había tribunos entre los mandos, también centuriones y decuriones de las tropas auxiliares. Para sorpresa de ambos, Ictis estaba presente, atento a lo que se decía; lo más probable es que le interesara conocer los planes de la legión para tener claro por dónde escabullirse en caso de problemas.

—El emperador valorará cualquier petición del enemigo —estaba diciendo Jano—, y nosotros acataremos lo que él decida hacer. Nuestro primer principio es la obediencia —les recordó—. Puede que nos ataquen, y si lo hacen, responderemos. Pero existe la posibilidad de que pretendan matarnos de sed en este llano. Y por ahí sí que no pasaremos, no moriremos como perros abandonados. Yo elijo morir luchando, ¿y vosotros?

Un murmullo de aprobación creció entre los oficiales. Hermo habló en nombre de todos.

—No nos asusta morir, general. ¿Cuáles son tus planes?

Jano agradeció las palabras del tribuno laticlavio.

—Nuestro objetivo serán las máquinas de guerra —dijo—. Será difícil destruirlas, muchos de nosotros moriremos... pero si lo logramos, no podrán asediar nuestras ciudades ni amenazar a las otras legiones.

Un tribuno desconocido para Jano pidió la palabra.

—Ya hemos visto lo que hacen esas máquinas, nos arrasarán.

—No, si somos lo bastante rápidos. Sus catapultas son iguales que las nuestras, solo que sus proyectiles incendiarios son más potentes que los de nuestro arsenal. Tenemos que avanzar con la suficiente rapidez para que no puedan fijar el blanco en nosotros. La fuerza de la legión reside en la formación, y usando la de testudo podremos abrirnos paso entre los jinetes y llegar hasta las máquinas. Por supuesto que dispararán las catapultas, y muchos de nosotros arderemos vivos... pero no podrán quemarnos a todos. Las cohortes laterales remontarán las colinas protegidas por los escudos y mantendrán a la caballería alejada con los pilos. Los sármatas podrán detener una cohorte, pero no a la siguiente... y si llegamos a las máquinas, las inutilizaremos.

—¿Y cómo nos acercaremos a esa máquina enorme? —preguntó Quirino, que aún tenía grabada en la retina la muerte de los traidores.

—Ahí tenemos que ser aún más rápidos —contestó Jano—. Yo mismo lideraré un ataque a caballo, al galope. Llevaremos escudos en la espalda, en ambos brazos, en las monturas... Tendremos que sobrevivir a las flechas hasta que podamos atacar a la máquina por detrás.

—¿Y cómo piensas destruirla, general? —quiso saber Hermo.

—Esas máquinas deben de tener depósitos de esa mezcla que usan... los incendiaremos con antorchas. Con que uno solo de nosotros lo consiga, habremos ganado.

—Pero eso matará al que lance la antorcha —apuntó uno de los centuriones.

Jano le dedicó una mirada triste.

—Al que la lance y a todos los que se encuentren a doscientos pasos a la redonda, puede que a más. Ninguno de nosotros sobrevivirá, centurión. Ni el emperador, ni la emperatriz, ni yo, ni ninguno de vosotros... Los legionarios que lleguen a las catapultas detrás de las colinas no podrán mantener la formación de tortuga para siempre y acabarán cayendo bajo las lanzas de los bárbaros. Los que ataquemos esa monstruosidad que nos contempla ahí fuera sufriremos el mismo destino que los traidores que ajusticiaron anoche. Solo os

pido una cosa: que antes de partir hacia el Eliseo, os llevéis con vosotros a todos los que podáis.

—Cuenta hasta con el último hombre de la Atronadora, general —dijo Hermo.

Un leve clamor apoyó las palabras del tribuno. Tampoco había fuerzas para mucho más.

—Transmitid mi mensaje a los legionarios —ordenó Jano, dando por concluida la arenga—, y que los dioses nos protejan.

Los comandantes regresaron a sus respectivas cohortes. Un momento después, allí solo quedaban los supervivientes de la compañía original formada por el emperador, Jano, Tamura, Cornelio e Ictis.

—Solo nos puede salvar un milagro —dijo Marco Aurelio—, porque si me exigen rendirme, me negaré. Prefiero morir luchando a que la historia me recuerde como un cobarde.

—El mago ese, Arnufis, anda haciendo sortilegios y brujerías —comentó Ictis—. Lo digo por lo del milagro...

Cornelio se acercó a Marco Aurelio.

—César, ¿podría hablar contigo?

—Claro. —Ambos se separaron unos pasos del grupo—. Dime.

—Esta noche estuve hablando con algunos legionarios... y sé que hay cristianos entre ellos, aunque no se atreven a manifestar que lo son por miedo.

—No pienso castigarlos —lo tranquilizó Marco Aurelio—, y menos después de haberte conocido y de aprender un poco más de vuestra religión. No es que ese absurdo de un solo dios me parezca coherente —aclaró—, pero bueno...

—Solo quería pedirte una cosa, algo que no hará daño a nadie.

—Adelante.

—Me gustaría que nos permitieras rezar juntos. No tendrían que abandonar sus puestos en las centurias —aclaró—, pero rezaríamos como si fuéramos uno solo. Dijo Jesús que cuando dos o más se reunieran en su nombre, allí estaría él.

Marco Aurelio soltó una risa, como si acabara de escuchar la gracia de un niño.

—¿Servirá para algo más que para consuelo? —preguntó.

—Si sirve para consuelo, césar, ya sirve.

—En eso tienes razón —aceptó—. Podéis rezar. Si algún oficial trata de impedíroslo, decidle que tenéis mi permiso.

—Gracias, emperador. Eres un hombre bueno.

—Llevo años intentándolo, aunque a veces me resulta difícil serlo.

—A todos nos resulta difícil. Nuestro peor enemigo reside en nosotros.

Cornelio fue a buscar a un centurión cristiano con el que había hablado la noche anterior. Ni siquiera los legionarios de su centuria sabían que lo era. La voz de que los cristianos se unirían en oración corrió por toda la legión, y si bien muchos torcieron el gesto porque consideraban aquella religión como una secta de farsantes, nadie puso impedimentos para que rezaran.

Cuando estás cara a cara con la muerte, cualquier ayuda es bien recibida.

Arnufis, mientras tanto, seguía invocando a Min para que trajera la lluvia.

Y el sol, en su lento ascenso, calentaba la Tierra aún más.

Si todos los hombres de la Duodécima iban a morir, Fidio Nemesio estaba ya muerto.

Al menos, por dentro.

Jano acariciaba el cuello de Sagita en la explanada del pretorio. El legado sentía un dolor inmenso al pensar en el destino funesto que le esperaba a su compañero equino. Se preguntó si aquello que contaban del Eliseo sería cierto, y si Sagita lo acompañaría en la otra vida para cabalgar con él por los prados más verdes. Pensar que todo aquello era verdad le consoló.

Fidio se acercó a Jano por detrás y carraspeó para llamar su atención. El general se volvió y le dedicó una mirada severa. Tamura le contó, la noche anterior, el bochornoso espectáculo que dio el legado en el palco del anfiteatro de Carnuntum. Ahora, Fidio Nemesio acunaba una coraza y un casco entre los brazos. Jano adivinó que eran

las suyas. Desprovisto del uniforme, parecía más que nunca un panadero deseoso de terminar su trabajo para ir a desahogarse al lupanar.

—Vengo a ofrecerte mi loriga y el casco —dijo Fidio con la cabeza gacha—. Un general debe llevar una para que sus hombres lo reconozcan.

—¿Has visto cómo va vestido Marco Aurelio? —le preguntó Jano.

Fidio titubeó antes de responder.

—Lleva una túnica... creo.

—Sucia, llena de barro, sudada —precisó Jano—. Tiene varios rotos y apesta. Es la ropa que llevaba cuando lo sacaron a la fuerza de sus aposentos. Es la misma que ha usado desde ese día. ¿No te has fijado cómo todos lo respetan? Todos saben que es el emperador, nadie duda de quién es.

—Sí, yo solo...

—He hablado con tus hombres, Fidio Nemesio Octavio —dijo Jano —. No te has quitado esa puta coraza ni ese casco desde que saliste de Carnuntum. ¿Y sabes por qué? —Fidio, cada vez más pálido, no se atrevió a contestar—. Porque sin ellos no eres nada. Sabes cómo te llaman, ¿verdad? El Flagrum, porque te gusta usar el látigo de cadenas, el que más duele, el que deja marcas más profundas...

La humildad inicial de Fidio comenzó a tornarse en rabia. Nunca lo habían humillado tanto. Sin darse cuenta, apretó los puños en un gesto de ira que no pasó desapercibido a Jano. Este se acercó a un palmo de su cara.

—Inténtalo —lo provocó—. Alza tu mano contra mí y te daré tal paliza delante de tus hombres que recordarás este día el resto de tu vida. Pero tranquilo, te daré la oportunidad de morir con honor. Prepara tu caballo: cabalgarás a mi lado cuando ataquemos la máquina escupidora de fuego.

La boca de Fidio se descolgó.

—¿Qué?

—Olvidé que no estuviste presente durante mi arenga —recordó Jano—. Que te lo expliquen los tribunos. Te espero con esa coraza y ese casco. Te harán falta para aguantar todas las flechas que

recibiremos antes de que volemos esa máquina por los aires.

Fidio hundió la mirada, dio media vuelta y se alejó del general. Jano decidió que ni siquiera le obligaría a acompañarlo en el ataque. No merecía la pena. Ese miserable iba a morir ese mismo día, solo los dioses sabían cómo.

El Puño del Emperador deseó que fuera de la manera más deshonrosa posible.

Tamura se acercó a Jano en cuanto Fidio se perdió de vista. Sonrió al ver al legado acariciar a Sagita con la frente pegada a la suya; ella también se había despedido de Zambil un rato antes. A la sármata le apenaba saber que su misión, a pesar de haber sido un éxito, se había convertido en un fracaso. Quién sabe, puede que el destino hubiera decidido por ellos qué era lo mejor para los yacigios. Al fin y al cabo, aquellas eran sus tierras y los romanos, el invasor. Pero ahora que conocía mejor a Roma desde dentro, tenía la certeza de que ambos pueblos se enriquecerían si fueran lo bastante inteligentes para darse una oportunidad el uno al otro.

Pero no se la darían, y así seguiría siendo en los siglos venideros.

Tamura se colocó detrás de Jano y lo miró directa a la nuca. Recordó lo que le decían de pequeña, cuando le enseñaban los principios de la infiltración: nunca mires fijamente a nadie por detrás, o acabará dándose la vuelta. La magia funcionó una vez más. Jano se volvió y le sonrió. Ella le acarició la mejilla.

—Qué cierto es eso de que hay que tener cuidado con lo que uno desea —dijo Jano—. Siempre soñé con morir en el campo de batalla, al mando de una legión.

—Pero más viejo, ¿verdad?

Jano elevó la vista a las alturas y asintió.

—Me imaginaba anciano. Mis tribunos me tenían que sujetar en el caballo...

—¿Y te meabas encima?

Jano se echó a reír. La besó en los labios.

—Eres única para imaginar detalles raros.

—Los dos hemos cumplido nuestros anhelos —afirmó ella—. Tú morirás liderando una legión y yo, infiltrada en un campamento romano.

—De alguna forma teníamos que morir.

—He venido a despedirme, Jano, antes de que sea imposible hacerlo.

El legado notó que se le hacía un nudo en la garganta. Tamura era hermosa hasta con el rostro deformado por los moretones. Los hematomas habían bajado, pero aún tenía el ojo hinchado y la costra negra en la nariz. Seguro que la tendría rota, pero al contrario de afearla, le daba personalidad al rostro. Le costaba creer que en unas horas podría no estar allí.

—Tamura —comenzó a decir Jano—, Zántico es yacigio, como tú. ¿Por qué no te marchas y le propones unirte a él? Seguro que le encantaría tenerte de su lado. Y tú vivirías.

Ella negó con la cabeza.

—Viviría sintiéndome mal conmigo misma. Mientras el emperador siga vivo, existe una pequeñísima posibilidad de cumplir mi misión, y a eso me aferraré. Estaré al lado de Marco Aurelio y le protegeré con mi vida.

—No sé qué decir —reconoció el legado.

—Yo sí. Suerte, Jano.

Tamura lo besó. Fue un beso largo, intenso, con un final lento y triste.

Jano la vio alejarse hasta donde estaban Marco Aurelio y Faustina. No quiso mirarla más. Tenía que centrarse en el combate inminente.

Con gesto decidido, se subió a lomos de Sagita.

Las órdenes de Jano fueron precisas.

—Permaneced junto a los caballos, no sobre ellos, para que el enemigo no sepa que nos preparamos para un asalto. A mi señal, cuando levante la espada, montad y a por ellos a galope tendido.

Jano terminó con un «que los dioses nos acompañen», a pesar de que su fe en los dioses era inexistente. Aunque no compartió su

intención con nadie, se dijo que atacaría cuando no aguantara más la sed.

Mientras tanto, Cornelio seguía rezando en silencio, de rodillas, con la frente apoyada sobre sus manos cruzadas. Los legionarios cristianos, que eran más de un centenar, lo acompañaban en la distancia.

Arnufis, agotado, seguía llamando a Min, al límite de sus fuerzas. El calor y la sed lo asfixiaban.

Las horas pasaron, y ni sármatas, ni cuados ni romanos se movieron.

En la explanada del pretorio, Tamura e Ictis permanecían cerca de Marco Aurelio y Faustina. Nadie hablaba. Solo esperaban su destino.

En una de las cohortes que formaba la retaguardia, Fidio Nemesio caminó como un muerto viviente entre sus legionarios; sin hablar, como quien vaga por el desierto. Alguien lo reconoció. El primer *pugio* anónimo surgió de la nada, y a este le siguió un segundo. Fidio recibió las puñaladas sin pestañear, agradecido. La quinta cumplió su deseo: no se enfrentaría al fuego, ni a las flechas, ni a la sed ni a la vergüenza. Murió como su admirado Julio César, acuchillado por los suyos. Al contrario que el dictador, de él no se acordó nadie pasados unos años.

El día avanzaba y a Jano le costaba cada vez más tragar saliva. Cruzó una mirada elocuente con Quirino y Hermo. Asintieron. Ya había pasado el mediodía, y la sed y el calor pronto convertirían a la legión en un rebaño de hombres agonizantes. Era ahora o nunca.

El legado elevó la vista al cielo cuando iba a montar en Sagita, y lo que vio lo dejó paralizado. Los tribunos siguieron su mirada, y poco a poco todos los soldados de la Duodécima la desviaron hacia donde el general miraba.

Incluso los sármatas que coronaban las colinas le imitaron. Los que estaban en el cerro, al otro lado de la planicie, también giraron sus monturas para enfrentarse al cielo.

Zántico, Ariogeso, Jaret, Pyrrhos, los caudillos.

Xarthanos, aterrorizado, empezó a correr como un pollo sin cabeza.

Stornarja siguió a los hombres que salían del bosque para elevar la vista a las alturas. Cuando descubrió lo que todos miraban, llamó a gritos a Karaxtos. Esa mañana, decenas de miles de ojos contemplaron algo que no olvidarían jamás. Al contrario de la muerte de Fidio Nemesio Octavio, de aquello sí que se hablaría dos mil años después.

Ese día, entre rugidos, el cielo se unió a la batalla.

78

Una nube inmensa ocultó el sol y convirtió el día en noche.

Más que una nube, parecía una legión de ellas intentando fundirse en una sola, revolviéndose en un torbellino rodante similar a la ola de un mar tempestuoso. Aquella masa gris y amenazadora se cernía sobre la tierra con intención de devorarla. Unas luces aterradoras recorrían su interior, como si Júpiter tratara de liberarse de su cautiverio golpeando los muros con sus rayos.

El viento sopló, y los caballos comenzaron a ponerse nerviosos. Presentían lo que se les venía encima.

Un destello cegador rompió las tinieblas, cegando a romanos y bárbaros por igual. El trueno que lo siguió los ensordeció. La tormenta cayó sobre el terreno como una descomunal ave de presa.

Los legionarios que se habían quitado sus armaduras para aguantar mejor el calor se las volvían a colocar a toda prisa. No serían una gran protección si el cielo acababa cayendo sobre sus cabezas, pero se sentían más seguros con el cráneo cubierto por los cascos y los hombros por las lorigas. A lomos de sus monturas inquietas, los sármatas, desnudos y aterrorizados, veían con horror cómo la gigantesca nube relampagueante gravitaba sobre ellos como un ser vivo.

El segundo trueno hizo estallar el cielo en mil pedazos.

Agua.

Agua a raudales.

Los legionarios abrieron la boca para recibir aquella bendición de los dioses. Al ver que no cesaba, dieron la vuelta a los cascos y giraron sus escudos para beber hasta hartarse.

—¡No olvidéis dar agua a los caballos! —ordenó Jano, al que apenas se le oía entre el estruendo de la tormenta y el aguacero. Él mismo cogió su casco y lo puso del revés para dar de beber a Sagita.

Arnufis comenzó a dar saltos de alegría en el pretorio, en una

suerte de danza que rayaba en lo ridículo. Desde su refugio en el carro blindado, Marco Aurelio, Faustina, Tamura e Ictis lo observaban sin dar crédito a la presunta hazaña del mago.

—¡Min ha llegado! —gritaba el egipcio, riéndose como un niño; las rayas pintadas de los ojos le dejaban surcos negros en las mejillas, mezcladas con la lluvia y con sus lágrimas de felicidad—. ¡Min ha llegado!

Marco Aurelio contempló el cielo negro y la lluvia torrencial. No quería creer que aquello fuera obra de Arnufis ni tampoco de los rezos de cristianos o no cristianos. Su mente analítica le dijo que era fruto de la casualidad, una casualidad que interpretó como un gran augurio. El emperador salió del carruaje y se dirigió a un rimero de armas y armaduras de legionarios caídos apiladas en un rincón del llano del pretorio.

—¿Adónde vas? —preguntó Faustina, al verlo salir.

—A donde tendría que haber estado desde el principio, con mis oficiales —gritó el emperador mientras se empapaba camino de la pila de equipo.

—Es lo que tiene que hacer —le dijo Tamura a Faustina—. Me quedaré contigo, *domina*. Aquí estarás segura.

El emperador eligió un casco y una loriga segmentada del montón. Le lanzó otro casco a Tamura para que recogiera agua. Se ajustó el *gladius* de Lares y fue en busca de Jano Convector.

Mientras se abría paso entre las centurias, oyó voces afirmando que aquella nube había sido un milagro del dios de los cristianos. Marco Aurelio sonrió para sus adentros. Al final, unos y otros se disputarían el mérito de aquel providencial fenómeno de la naturaleza.

La tormenta se extendió sobre el campo de batalla como una maldición rugiente. Zántico y Ariogeso soportaban el chaparrón a disgusto. Jaret, con la melena lacia pegada a los hombros, torcía la cabeza para no recibir el aguacero en plena cara.

—Mierda, mierda, mierda —gruñó Ariogeso—. Ahora tendrán agua

para beber.

—Esto no durará mucho —lo tranquilizó Zántico, aunque no tenía ni idea de cuánto duraría el chaparrón—. Solo es agua, no nos matará. —El rey yacigio elevó la vista hacia la colina que estaba al este, donde sus jinetes trataban de controlar a sus monturas, nerviosas por la tormenta—. Voy con mis hombres, no quiero que se desmoralicen por esta tontería.

Zántico cabalgó a través de la lluvia con los ojos entrecerrados. Fingía tranquilidad, pero le preocupaba que algún supersticioso comenzara a afirmar que aquello era un castigo de los dioses y que estos ayudaban a los romanos.

Conocía a su pueblo, y aquello podría provocar una estampida que dejaría las colinas desiertas.

—Es la primera vez que veo algo así —reconoció Karaxtos, agarrando las riendas de los caballos para que no escaparan al galope; raro era el jinete que no tenía problemas con su montura—. Tenemos que salir del bosque.

—¿Por qué? —preguntó Stornarja, que trataba de protegerse bajo las ramas de un árbol.

—Justo para no hacer lo que estás haciendo tú. Los rayos caen en cosas altas, como árboles. Y lo rompen y lo queman todo con la fuerza de los dioses.

Stornarja sonrió.

—Esto es una señal —dijo.

—¿Una señal? ¿Para qué?

—Para irnos y dejar todo esto atrás.

Karaxtos contempló el caos que se expandía a su alrededor. Los que habían permanecido refugiados en el bosque trotaban ahora bajo el chaparrón hacia la Hidra y las catapultas; otros lo hacían en dirección contraria. El miedo comenzaba a clavar sus espuelas en el lomo de los desertores. Karaxtos se dijo que su compañera tenía razón: aquel era un momento ideal para desaparecer sin dejar rastro. Cuando se volvió para aceptar su oferta, observó que tenía la vista fija en un

punto lejano frente a ella.

Conocía esa mirada. Era la de la muerte.

Miró en su misma dirección y lo entendió todo. Karaxtos fue incapaz de impedir que la joven corriera hacia la explanada a la velocidad de un ciervo.

Marco Aurelio localizó a Jano al frente de la columna de caballería. El legado no pudo evitar enfadarse al verlo. Hubiera preferido que se quedara en el carruaje blindado con Faustina y Tamura, como le pidió.

—¿Qué haces aquí, césar?

Marco Aurelio no quiso discutir con él.

—Cállate —rezongó, haciendo un gesto divertido con la mano—. He visto a los legionarios recogiendo agua. Esto nos proporcionará algo más de tiempo.

—Muy poco más —dijo Jano, agorero—. Los caballos están muy nerviosos, como si presintieran que se acerca algo aún peor.

—Si no vais a cargar de inmediato, ¿por qué no los lleváis al pretorio? Allí tendrán más espacio y se sentirán menos agobiados...

Un relámpago con un trueno simultáneo les hizo hundir la cabeza entre los hombros.

—Los nuestros no me preocupan —declaró Jano—. Me refiero a los de los sármatas.

Marco Aurelio no entendía nada.

—¿Y por qué tendríamos que preocuparnos por sus caballos?

—Porque muy pronto solo tendrán dos opciones para canalizar los nervios de esas bestias: huir de la tormenta o cargar contra nosotros... y conozco a los sármatas.

El rey yacigio encontró a sus jinetes ateridos de frío, empapados como si acabaran de salir de un río helado.

—Zántico, deberíamos bajar de las colinas —comentó uno de sus oficiales, haciendo malabares para mantenerse sobre el caballo—. Es

cuestión de tiempo que nos fulmine un rayo. Esa nube es diferente a cualquier cosa que hayamos visto antes.

Zántico contempló a los romanos desde su posición elevada. A pesar del aguacero, los vio recogiendo agua, bebiendo, abrevando a las bestias... Pero lo que más le irritó fue el murmullo alegre con el que lo hacían. La moral de los asediados subía a la vez que la de su ejército bajaba.

—¡Preparad los arcos! —ordenó Zántico, iracundo.

Los jinetes cargaron las armas y las elevaron al cielo. Era difícil apuntar con los caballos en continuo movimiento, chocando unos con otros. Así y todo, dispararon casi a la vez.

Fue una andanada poco precisa, pero las flechas llovieron sobre el flanco de la primera y segunda cohorte. Muchas rebotaron en escudos, cascos y armaduras, pero una, en especial, desencadenó una reacción inesperada; una que casi mata al laticlavio de la Duodécima, Hermo Belicio, y que acabó enterrada en plano rostro de Valerio Mumio, su *primus pilus*, su hombre de confianza durante toda su carrera en la Atronadora. Verle morir así, sin oportunidad de defenderse, hizo hervir la sangre del tribuno.

Hermo se dejó llevar por la furia y dio la orden de ataque al *cornicen* sin pensarlo dos veces. Jano, Marco Aurelio, Quirino Calpurnio y el resto de los oficiales giraron la cabeza al oír el cuerno. Para su sorpresa, vieron emerger un bosque de pilos del mar de escudos pintados de rojo. Un segundo después, ese mar se convirtió en una marea carmesí que remontaba la colina a contracorriente.

Lo último que habría esperado Zántico era ver cómo aquella ola de muerte ascendía colina arriba con las lanzas por delante. Justo en ese momento recibió un golpe en la cabeza. Luego otro, y otro más. Se tocó la frente y vio los dedos manchados de una mezcla rosácea de sangre y agua.

El cielo utilizaba ahora otra arma contra los mortales.

Faustina, Arnufis, Ictis y las esclavas se apelotonaban al fondo del carruaje quemado, aterrorizados por la forma en la que los dioses

aporreaban el techo. Hasta Tamura se sentía intimidada. Lo que veía en el pretorio era increíble.

Piedras blancas caían del cielo como si un ejército de honderos quisiera erradicar la vida de la faz de la tierra. La pila de armaduras de la que el emperador se aprovisionó se desmoronó ante la furia de la granizada. Tamura recogió una de las piedras heladas. Al hacerlo, recibió un golpe en la mano. Cuando se miró los nudillos, tenía pequeñas heridas producidas por las astillas de hielo. Comprobó el tamaño de la bola que acababa de coger del suelo.

Su puño apenas podía cerrarse alrededor de ella.

Stornarja corrió a través de la terrible granizada recibiendo golpes en la cabeza, hombros y brazos. Los caballos, a su alrededor, se encabritaban y arrojaban a sus jinetes al suelo.

Uno de los granizos le dio en la cabeza y la hizo caer sobre la hierba, atontada. Al igual que Zántico, vio sangre en sus dedos al tocarse. A la izquierda, un rayo impactó sobre un hombre a caballo, reduciéndolos a una masa inerte y humeante. Volvió la vista al campamento y vio árboles ardiendo. Ahora caía hielo en vez de agua. Si aquello no cambiaba, el fuego se propagaría por el bosque y lo devoraría sin remedio.

Otro rayo fulminó a un cuado que perseguía a su caballo. El fogonazo deslumbró a Stornarja. Cuando volvió a abrir los ojos lo vio todo a través de una mancha azul. Aun así, localizó al hombre que sujetaba un cayado y se acercaba haciendo eses, tratando de protegerse la cabeza con los brazos y esquivando con desesperación a quienes corrían en sentido contrario. Stornarja desenvainó la espada con la izquierda. No era demasiado buena con esa mano, pero su objetivo suponía para ella la misma amenaza que una oveja muerta en el mostrador del carnicero.

Xarthanos la vio demasiado tarde.

El corte no fue mortal, pero sí doloroso. El acero rajó el vientre del hechicero de lado a lado. Stornarja giró sobre sí misma con elegancia, se agachó y dio dos golpes formando una equis delante de ella. El

anciano cayó de bruces, con los tobillos casi separados de los pies. El trueno que sacudió la tierra apagó su aullido de dolor. Trató de reptar mientras soportaba la paliza de la granizada en la espalda y la cabeza. Stornarja tampoco se libraba del granizo, pero su odio relegó el dolor a un segundo plano. Agarró al hechicero por la túnica y lo obligó a darse la vuelta, quedando tumbado panza arriba.

Stornarja colocó la punta de la espada sobre el hombro de Xarthanos y volcó su peso en ella, atravesándolo y dejando al hechicero clavado a la tierra. El mago bramó de dolor, pero ella le hincó la rodilla entre el pecho y la garganta hasta reducir el grito a un gorjeo sordo. La chica rebuscó en uno de los morrales que formaba parte del atuendo habitual del hechicero. Había visto esa bolsa cada vez que Xarthanos la convencía para beber aquel brebaje demoníaco que la transportaba al mundo de los cobolios. La había hecho caminar tanto por los senderos del terror que había perdido el respeto al miedo.

Metió la mano en el zurrón y sacó un puñado de saquitos. Apretó las mejillas del anciano con la mano sana, obligándole a abrir la boca. Vertió en ella la primera bolsa. Parecían hierbas molidas. El viejo intentó escupirlas, pero Stornarja, sin inmutarse, le golpeó la nariz hasta cerciorarse de que le sería imposible respirar por ella.

El granizo seguía lacerándole la espalda y abriéndole heridas en la cabeza, paro la joven siguió vaciando sacos en la boca del mago. Algunos contenían trocitos de piedra, otros hierbas, polvos... luego abrió el bolsillo de los frascos. Se los hizo beber uno detrás de otro, mientras los rayos caían a su alrededor, levantando humaredas y matando aliados.

—¡Stornarja!

Ignoró a Karaxtos. Le quedaba el último frasco, el más grande. Quitó el tapón y lo introdujo en la boca de Xarthanos llevándose dos dientes podridos por delante. Las pupilas del mago se dilataron tanto que ocultaron el color del iris. Por la nariz ensangrentada comenzó a brotar una espuma burbujeante que también surgió de la boca cuando la joven tiró lejos la pequeña redoma.

—¡Stornarja! ¡Déjalo ya, está muerto!

La joven se incorporó, plantó el pie en el pecho de Xarthanos y recuperó la espada de un tirón. Karaxtos, montado en su caballo, traía el de Stornarja agarrado por las riendas. Cuando ella se hizo cargo del animal, el guerrero le lanzó un casco sármata, puntiagudo, y una cota de malla igual a la que él llevaba.

—Ponte eso y larguémonos de aquí —le dijo.

Ella se metió la cota por la cabeza y se puso el casco. Le quedaba enorme, pero era un alivio dejar de sentir los golpes del granizo. Stornarja se encaramó al caballo y le hizo un gesto con la cabeza a Karaxtos.

Estaba lista.

Ariogeso deambulaba de un lado a otro, aterrorizado.

Jaret, a su lado, veía que estaba a punto de desmoronarse. Pyrrhos se había arrastrado debajo de la Hidra para protegerse de los granizos. A la izquierda, los romanos ganaban terreno a los sármatas, colina arriba. Protegidos por las armaduras y los escudos sobre la cabeza, los legionarios eran inmunes a la lluvia de piedras que hacía que los caballos yacigios tiraran a sus jinetes. Los animales, asustados, obedecían mal las órdenes o no las obedecían en absoluto. Los pilos comenzaron a abatir bestias y soldados, mientras que los sármatas que caían sobre los escudos romanos apenas encontraban hueco para introducir sus armas.

Tylon, el primo de Ariogeso, decidió asistir a sus aliados con una carga por el flanco. El joven alzó la espada y se lanzó contra la cohorte encabezando a más de quinientos jinetes.

Y entonces la tormenta eléctrica creció en intensidad.

Un rayo incendió una de las catapultas de la colina oeste, la opuesta a la que la Duodécima Legión invadía en ese momento. El fuego alcanzó la pila de proyectiles junto a la máquina, haciéndolos estallar en una explosión que barrió árboles, caballos y hombres. Todas las miradas convergieron hacia aquel infierno. A esa explosión siguió otra, igual de devastadora, cuando parte de un pino ardiendo cayó sobre el arsenal de la segunda catapulta.

De aquel incendio surgió una estampida de caballos y hombres en llamas. La visión era estremecedora, sobre todo cuando las bestias galopaban incendiadas con su jinete aullante aún aferrado a las riendas. Los legionarios que encaraban esa colina iniciaron una retirada paso a paso, con las lanzas apuntando al frente para impedir que se acercara cualquier bestia flamígera que llegara a sus filas.

Ariogeso miraba embobado la colina oeste devorada por el incendio. Las víctimas sármatas se contaban por centenares. Mientras tanto, en la colina este, los jinetes de Tylon se habían trabado en un combate contra la infantería romana, que evitaba sus lanzazos en formación de testudo. El rey cuado no sabía qué hacer. Jaret también tenía la mirada perdida en el incendio que se propagaba entre las tropas sármatas. El miedo le recorrió la columna vertebral: aquella descomunal explosión la había causado la munición de las catapultas. El aire se le atragantó cuando cayó en que se encontraba a pocos pasos de la Hidra.

Jaret se volvió hacia el gigantesco ingenio de Pyrrhos. Vio a los artilleros, en cuclillas, protegiéndose del granizo encogidos sobre sí mismos en las plataformas. Detrás de ellos, los jinetes cuados trataban de controlar sus monturas, todos ensangrentados por el azote del granizo. Y junto a estos, las catapultas, rodeadas de pilas de recipientes de barro a rebosar de mezcla inflamable y de carros cargados hasta arriba de aquellos infames proyectiles.

—Ariogeso... —comenzó a decir Jaret.

—Los dioses están en nuestra contra —balbuceó el rey—. En nuestra contra...

—Ariogeso, tenemos que alejarnos de aquí. Saca a las tropas de la explanada, ordena retirada.

—Hagamos lo que hagamos, no tenemos escapatoria. Los dioses...

Jaret lo sacudió hasta que el rey cuado volvió en sí.

—Ariogeso, si un rayo cae en uno de esos montones de balas, la explosión nos matará a todos. A todos —repitió.

Los bigotes trenzados de Ariogeso temblaron. El rey buscó a Pyrrhos y lo encontró debajo de la Hidra. Se volvió un momento hacia Jaret.

—Los dioses nos castigan por nuestra cobardía —afirmó, culpando de alguna forma a Jaret por su idea—, por querer matar de sed a los romanos en lugar de luchar con honor. Pero voy a arreglar esto ahora mismo... ¡Pyrrhos! ¡Pyrrhos! ¡Que la Hidra avance!

El ingeniero no se atrevió a salir de debajo de la máquina y Ariogeso fue a por él como un perro de caza a por un conejo. Lo sacó de su madriguera arrastrando por la túnica y lo pateó cuando estaba a cuatro patas. Jaret no sabía cómo convencerlo para que se olvidara de Pyrrhos y se largaran de allí a toda prisa. Un rayo cercano fulminó a otro jinete. «Mientras caigan sobre hombres, bien», pensó Jaret, que se preguntó si los romanos estarían sufriendo el mismo castigo que ellos.

—¡Lanza esa máquina contra la legión! —vociferó Ariogeso sin dejar de patear al griego—. ¡Ya!

—Tardaré un poco en cebarla —lloriqueó Pyrrhos, que se protegía con los brazos tanto de los granizos como de las patadas del rey.

—¡Hazlo! ¡De inmediato!

Pyrrhos se encaramó a las escaleras metálicas que ascendían a las plataformas de los artilleros y comenzó a repartir órdenes a voz en grito. Ariogeso se volvió y se encontró con el rostro grave de Jaret. El sármata llevaba dos caballos agarrados por las riendas.

—Ariogeso, vámonos de aquí.

—He ordenado que la Hidra calcine a los romanos —explicó, con los ojos desorbitados—. Eso aplacará a los dioses.

—Me parece perfecto, pero lo veremos desde lejos.

—Tengo que estar con mis hombres, en primera línea —dijo, como si se le acabara de ocurrir.

Jaret tuvo claro que el rey estaba bajo una presión que le dificultaba el entendimiento. Ariogeso le sacaba una cabeza, pero a Jaret la altura, la envergadura, el peso... siempre le había dado igual. Tenía que llevarse de allí al rey cuado, sobre todo ahora que Zántico estaba enzarzado en la batalla contra la Duodécima. El primer puñetazo, justo en el diafragma, dobló a Ariogeso en dos. Los otros dos, a ambos lados de la cabeza, lo dejaron al borde de la inconsciencia.

El cuarto fue directo a la barbilla. La diferencia de altura le vino

bien al espía. Ariogeso cayó en redondo. Cuando intentaba levantarlo del suelo, Jaret se encontró rodeado de lanzas. Alzó las manos en signo de paz. Fildan, el viejo caudillo, se acercó a él con la espada desenvainada.

—Te desollaré por esto, traidor.

—Estoy salvando a vuestro rey —repuso con su voz modulada—. Si un rayo cae sobre esos proyectiles, esta llanura se convertirá en un mar de fuego.

Fildan sintió caer un rayo detrás de ellos, sobre unos árboles cercanos. Cada vez más cuados se alejaban al galope o corriendo, incapaces de controlar a sus caballos. El jefe decidió dar un voto de confianza a Jaret.

—Vienes con nosotros —dijo—. Carga al rey en mi caballo.

Dos hombres ayudaron a Jaret a colocar a Ariogeso en la cruz del corcel de Fildan. El espía subió al suyo sin que las lanzas cuadas dejaran de apuntarle. Otro rayo cayó cerca de una de las catapultas.

—Por lo que más queráis —rogó Jaret—, salgamos de aquí.

Justo cuando habían recorrido unos doscientos pies al galope, el peor temor de Jaret se hizo realidad.

La formación romana se abrió para que los trescientos jinetes de Jano atacaran por el flanco a los hombres de Tylon, que seguían enzarzados con la infantería. Se habían trabado de tal manera en el combate que los caballos apenas podían moverse, atrapados entre los escudos. Legionarios y cuados caían por igual, en un combate que no era más que un amasijo de hombres y bestias atacándose como podían, con lo que podían.

Jano rompió el flanco de la caballería del primo de Ariogeso, pero justo cuando su pilo atravesó el torso del primer soldado enemigo, una mano invisible y ardiente lo arrancó de Sagita y lo lanzó por los aires.

No fue el único que voló. Cuados, romanos, caballos...

Todos volaron.

Al igual que el resto de la legión, Marco Aurelio se agachó por instinto cuando el mundo delante de él se transformó en un resplandor ardiente y ensordecedor.

La ola de fuego lamió catorce filas de hombres, que aguantaron unos segundos una temperatura atroz protegidos detrás de sus escudos. Las llamas se colaron por cada rendija, quemando el vello de los brazos y el cabello de muchos de ellos y dejando en el aire un siniestro olor a parrilla.

Esa ola solo duró un instante. Sin embargo, la llanura frente a la Atronadora era un océano de fuego.

Siempre con los escudos por delante la legión retrocedió, como si temiera que aquella bestia ígnea pudiera avanzar hasta engullirlos.

El mundo giró para Jaret al salir despedido del caballo. La costalada que se dio al aterrizar crispó su rostro en una mueca de dolor. Su montura, que se había hincado de rodillas, se levantó dando resbalones en la hierba y casi lo pisotea en su huida. Fildan corrió peor suerte en la caída: se rompió el cuello. A su alrededor, la mayor parte de los jinetes cuados se incorporaban, aturdidos, y trataban de acercarse a sus monturas despavoridas. Jaret encontró a Ariogeso inerte, a pocos pasos de él.

Si hubieran tardado dos segundos más en huir, la explosión los habría matado. A menos de sesenta pies de donde se encontraba Jaret se alzaba una muralla de fuego tan alta que impedía ver las colinas. El calor quemaba la garganta al respirar. Hombres a pie y a caballo surgían de la nube ígnea envueltos en llamas. Los gritos ponían los vellos de punta. Jaret agarró a Ariogeso por las axilas y lo arrastró lejos de la barrera de fuego.

El rayo que lo inició todo cayó justo en uno de los carros cargados de vasijas de fuego griego. La deflagración, instantánea, alcanzó los carruajes cercanos y varios arsenales dispuestos alrededor de la Hidra y las catapultas. Todos los proyectiles estallaron a la vez, envolviendo a la mole en una bola de fuego que reventó los depósitos. La explosión fue tan violenta que lanzó trozos de cobre, madera y hierro

incandescente en todas direcciones, además de pedazos carbonizados de Pyrrhos y sus artilleros, que murieron en el acto.

Ariogeso despertó y empezó a patalear al sentirse arrastrado. Jaret lo soltó, mostrándole las palmas en son de paz.

—Me has pegado —le recriminó el rey, para luego quedarse estupefacto al comprobar la altura de las llamas que lo devoraban todo.

—Por eso estás vivo, Ariogeso —se defendió Jaret.

El rey se acarició el mentón dolorido y se puso de pie. A su alrededor, frente a la muralla de fuego, había cientos de cuerpos sin vida, tanto de caballos como de hombres. Ariogeso se dijo que dentro de la bola de fuego podría haber miles, quemándose.

Allí estaba su formidable ejército. O, mejor dicho, sus restos.

El granizo dio paso a la lluvia y las nubes comenzaron a abrirse, como si hubieran agotado su potencial destructor. Por la naturaleza del fuego griego, este, lejos de apagarse, humeaba y chisporroteaba con el agua. Alrededor de Ariogeso comenzaron a reunirse los supervivientes que no desertaron en los primeros compases de la catástrofe. Entre ellos estaba Velantos. Como los demás, estaba herido por el pedrisco. El viejo caudillo se dirigió a su rey.

—Ariogeso, ¿qué hacemos ahora?

—Hemos ofendido a los dioses —insistió este, contemplando el formidable incendio—. ¿Y el resto de las tropas?

—Solo quedamos nosotros, los más fieles —dijo Velantos—. Muchos han desertado, pero nosotros estaremos contigo hasta el final.

—Pues seguidme —ordenó Ariogeso, rechazando el caballo que uno de los jinetes le ofrecía—. No, lo que tengo que hacer, lo haré a pie.

Sacó su espada y comenzó a rodear el mar de fuego, rumbo a la Duodécima Legión.

Los demás le siguieron.

Zántico se dio cuenta de que había perdido cuando la explosión de la Hidra barrió a cuados y romanos. La mitad de la Duodécima Legión,

repuesta del susto y protegida por los escudos, estaba a punto de coronar la cima de la colina dejando atrás a muchos yacigios muertos. El rey se acordó de las dos catapultas que quedaban a su espalda, con sus proyectiles apilados a la espera de que un rayo los hiciera estallar y convirtieran esa colina en otro horno.

Había que irse de allí cuanto antes.

Los jinetes cuados que acudieron a auxiliar a los sármatas trataban de recomponerse después de que los alcanzara la explosión de la Hidra y los carros. Tylon trepaba por la colina a cuatro patas, aturdido. Sangraba por la frente. Abajo, los jinetes que no lograban escapar caían bajo las armas romanas. Zántico hizo una seña al primo de Ariogeso para que se acercara.

—Nos vamos, aquí todo está perdido.

—Mi primo...

—Si estaba al lado de la Hidra estará muerto. ¿Tienes un cuerno?

Tylon se palpó la cadera hasta encontrar el instrumento que llevaba colgado de un cordel grueso. Zántico lo cogió.

—Busca un caballo sano —le aconsejó el rey antes de tocar retirada.

Tylon despertó de su atontamiento. Agarró de las riendas el primer caballo que encontró, un ejemplar negro que agitaba la cabeza arriba y abajo, como si asintiera. El primo de Ariogeso consiguió tranquilizarlo a base de caricias y susurros. A su alrededor, yacigios y cuados iniciaban un éxodo al galope hacia el este. Se unió a ellos. Los únicos de la Alianza que quedaron en el campo de batalla, rodeando las llamas en dirección a la Duodécima Legión, fueron Ariogeso, Velantos y sus tropas.

Jaret no.

Jaret había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Tamura salió del carro blindado cuando el aguacero amainó.

Había sucedido algo inexplicable durante la tormenta. Estaba segura de que varios rayos habían impactado en el carruaje blindado. Es más, era como si aquella fortaleza los atrajera. El resplandor de

todos y cada uno de aquellos rayos había cegado a sus ocupantes, pero no les habían hecho daño alguno. Faustina se asomó al exterior y dejó que la lluvia suave le empapara el rostro. El llano del pretorio parecía ahora diez veces más grande: el ala de la Duodécima que lo ocupaba lo había abandonado para tomar la colina. Por sus exclamaciones de victoria, era evidente que lo habían conseguido.

Arnufis se plantó junto al altarcillo donde había oficiado sus rituales y gritó agradecimientos a los dioses en su idioma. Faustina se volvió a Tamura.

—¿Seguimos vivas?

—Eso creo.

—¿Qué ha pasado, exactamente?

—*Domina*, te juro que no lo sé.

Faustina señaló a Arnufis con la cabeza.

—¿Crees que...?

—No, ha sido casualidad —aseguró Tamura, negándose a creer que Arnufis hubiera tenido algo que ver con aquello.

Las dos guardaron un segundo de silencio y estallaron en carcajadas. Ictis sacó la mano del carro para comprobar que la lluvia ya no dolía, se miró el interior de los calzones para cerciorarse de que sus reservas de oro seguían allí y se acercó a las mujeres.

—¿Me podéis explicar, señoras, qué demonios ha pasado?

Ictis señaló la colina en llamas y luego el incendio que ardía en la llanura. Respirar aquel aire era como respirar el aire de un horno recién abierto. Ni Faustina ni Tamura supieron responderle.

—Quiero ir a buscar a mi esposo —dijo la emperatriz.

—Te acompaño —se ofreció la sármata—. Vamos.

Mientras se abrían paso a través de los legionarios, Tamura se preguntó si Jano habría sobrevivido.

Jano se levantó del suelo sin saber ni dónde estaba. Todo le daba vueltas y los oídos le pitaban. Buscó a Sagita, pero solo encontró muertos y heridos a su alrededor, ni rastro de su caballo. Se palpó la cabeza con la yema de los dedos y sintió una punzada. Estaba herido.

Ya no había yacigios en la colina. En su lugar, la mitad de la Atronadora insultaba a gritos a los enemigos del Imperio que huían en desbandada. Marco Aurelio. Tenía que comprobar que Marco Aurelio estaba bien. Pero ¿y Sagita?

No lo veía por ninguna parte. Marco Aurelio, Sagita. Tenía que encontrar a Marco Aurelio. ¿Y Tamura? Tampoco la veía.

Jano caminó entre los muertos hasta llegar a las filas legionarias. Las formaciones ya no eran estrictas y había huecos entre los soldados. El legado avanzó a través de ellos, como en sueños.

—General, estás herido —le dijo un centurión.

—General, ¿quieres que llame a un médico?

—General...

General, general, general...

—¡General!

Jano reaccionó al encontrarse cara a cara con Quirino. El tribuno lo había visto deambular entre la tropa, conmocionado, y había dejado su puesto junto a Marco Aurelio para ir a su encuentro.

—Marco Aurelio... —balbuceó Jano.

—El emperador está bien, general, ven conmigo.

Quirino lo condujo hasta el césar, y este lo agarró de los hombros.

—Jano, hijo mío... ¿Estás bien? Estás herido... —observó.

Jano, aún aturdido, asintió. Justo en ese momento aparecieron Faustina, Tamura, Ictis y Arnufis. La emperatriz abrazó a Marco Aurelio.

—Estás vivo, gracias a los dioses —dijo Faustina.

—Un poco chamuscado, pero estoy bien. ¿Y vosotros?

—Han caído varios rayos sobre el carruaje —explicó—, pero no nos han hecho daño.

—Gracias a mi protección —exclamó Arnufis, apuntándose el tanto.

—Ha sido gracias a los cristianos —objetó un centurión malcarado justo detrás de la oreja del egipcio—. Han rezado a su dios, y su dios los ha escuchado.

Arnufis enrojeció tanto que Ictis temió que estallara y terminara de calcinar al resto de la Duodécima Legión. Por fortuna, una voz

procedente de la vanguardia relegó su enfado a un segundo plano.

—¡Se acercan bárbaros! Pero ¡no parece que vengan con intención de atacar!

Los legionarios de las colinas descendieron corriendo ladera abajo, formando en unos segundos una barrera de escudos, pilos y espadas. Marco Aurelio se sintió orgulloso de ellos. Aquella máquina de guerra sí que era eficaz. Después de siglos de dominar el mundo, seguía funcionando. Los jinetes cuados cabalgaban detrás de dos hombres que Marco Aurelio reconoció en el acto: eran los bárbaros que recibió en el pretorio de la Segunda Legión y que le devolvieron unos prisioneros romanos enfermos y desnutridos. Así que Ariogeso se las había arreglado para colarse dentro de su tienda sin que él lo supiera...

Aquellos condenados bárbaros nunca dejaban de sorprenderle.

El emperador salió de las filas romanas acompañado por Quirino y varios legionarios que lo protegían con una barrera de escudos y espadas. Jano pareció despertar de su aturdimiento y corrió hasta ponerse a su lado. Echó mano a la empuñadura del *gladius* y cruzó una mirada de reojo con Marco Aurelio. Este sonrió.

El emperador y su Puño caminaban juntos, una vez más.

Berigastio y Ariogeso se plantaron frente a Marco Aurelio y su séquito. Ariogeso soltó una larga parrafada en su idioma que Berigastio tradujo de forma escueta.

—El rey Ariogeso se rinde ante el emperador Marco Aurelio.

Ariogeso se arrodilló y depositó su espada a los pies del césar.

—Arrojad las armas —ordenó Velantos a sus hombres, dando ejemplo.

Los supervivientes del ejército cuado descabalgaron e imitaron al caudillo. No llegaban a doscientos, la mayor parte había huido. Los legionarios los rodearon y estos no ofrecieron resistencia alguna. Marco Aurelio no se dignó a hablar: dio media vuelta y volvió a entrar en el perímetro de la legión rumbo al pretorio, seguido de Jano y los demás oficiales. Tamura no tuvo ocasión de hablar con el legado, pero le tranquilizó ver que se encontraba algo mejor.

Tamura dio un rodeo para llegar al pretorio sin cruzarse con los

oficiales. Una vez allí, dio un silbido tan estridente que media legión volvió la cabeza en su dirección. Zambil apareció al trote, mojado, pero en perfecto estado.

—Lo has pasado mal, ¿verdad? —le preguntó Tamura en sármata; cuando comprobó que estaba tranquilo, montó sobre él—. Vamos a dar un paseo, tenemos que encontrar a un amigo.

Zántico y Tylon volvieron la vista atrás para comprobar cuántos jinetes los seguían en su huida hacia el este, donde aguardaban las familias del ejército de la alianza cuado-sármata. No llegarían a los dos mil, y muchos de ellos los abandonarían en cuanto recogieran a sus mujeres y a sus hijos. La cara del primo de Ariogeso era una tragedia griega. El rey yacigio se echó a reír, como si nada hubiera pasado.

—Anima esa cara —exclamó—. Hoy la suerte ha sonreído a los romanos. Haremos crecer nuestro ejército, y la próxima vez el cielo no estará ahí para ayudarles.

El joven lo miró con ojos de funeral.

—Lo que tú digas.

Tylon espoleó el caballo y se adelantó a Zántico. Este lo siguió con la mirada, con una expresión burlona en el rostro. Al frente de su ejército de derrotados, el rey yacigio y el primo de Ariogeso desaparecieron en el horizonte.

En las Fauces del Titán, las llamas se extinguieron.

La paz reinó de nuevo.

Al menos, por un tiempo.

79

El terreno aún humeaba en muchas zonas. La colina oeste había quedado obliterada, y la llanura afectada por el fuego griego ahora era un secarral negro abonado con cadáveres. Por suerte, la lluvia extinguió el incendio en la arboleda donde los cuados levantaron su campamento.

Antes de abandonar las Fauces del Titán, los romanos incineraron a los caídos en la llanura que se extendía al otro lado de la colina este, fuera del campo de batalla, que consideraban un lugar impío. Los legionarios formaron varias piras con los cuerpos de sus compañeros. La caballería, encabezada por Jano, ejecutó a su alrededor el *decursio equitum*, una ceremonia fúnebre en la que los caballos danzaban en honor a los soldados muertos alzándose sobre sus patas traseras. Cornelio le prestó a Pravum, ya que Sagita seguía desaparecido. Al legado le atormentaba pensar que su adorado corcel se habría perdido o, peor aún, que estaría en manos de algún bárbaro.

Aquella segunda posibilidad le ponía enfermo.

Tampoco había vuelto a ver a Tamura desde que la vio unos instantes, después de la explosión, cuando aún estaba aturdido. Sabía que estaba ilesa, pero nada más. La buscó por los alrededores del pretorio en cuanto terminó de despachar con Marco Aurelio, cuando todavía notaba en las tripas la sensación de haber salido despedido por los aires como por arte de magia. Según el médico que lo examinó, la herida de la cabeza no era grave, pero el mareo le duraría un par de días. El legado no pudo seguir buscando a Tamura, ya que sus obligaciones como comandante de la legión lo mantuvieron ocupado unas horas en las que temió que ella se hubiera marchado para no volver.

Mientras rendía homenaje a los caídos a lomos de Pravum, el corazón de Jano se desmenuzaba como si estuviera hecho de arena. Lo único que le consolaba era haber derrotado a aquella alianza de

cuados y sármatas. Contra todo pronóstico, habían vencido, aunque no por sus méritos: la suerte los había acompañado, aunque algunos achacaran el triunfo a los dioses.

Marco Aurelio presidió la cremación de los cadáveres acompañado de Faustina, que se había ganado el aprecio y admiración de la Duodécima Legión. Fueron muchos quienes afirmaron que la presencia de la emperatriz había traído suerte a la batalla. Los restos calcinados de los caídos fueron enterrados en una fosa sobre la que colocaron las armas de los vencidos. Sobre el túmulo erigieron un maniquí ataviado con una armadura de la legión a modo de homenaje. Una vez se dio por concluida la ceremonia, regresaron al campamento.

Jano había ordenado desplegar observadores en las colinas previniendo un posible contraataque de Zántico. De todos modos, no se quedarían en las Fauces del Titán por mucho tiempo: tenían trabajo que hacer en Carnuntum. Quirino Calpurnio salió a recibir a Jano en cuanto lo vio entrar a caballo en el pretorio. Por su sonrisa, era portador de buenas nuevas.

—Hermo está consciente —anunció Quirino, ufano; el laticlavio estaba tan herido y maltrecho cuando lo encontraron que a punto estuvieron de apilarlo con los demás muertos—. Los médicos le han cosido y ha despertado hace un rato. Le quedarán algunas cicatrices feas y no creo que vuelva a combatir en mucho tiempo, pero sobrevivirá. Creo que ha llegado el momento de que vuelva a ocupar su puesto en el Senado, en Roma.

—Es un milagro que esté vivo —celebró Jano, descabalgando—. Una pregunta, Quirino, ¿has visto a Tamura? Es la mujer que nos ayudó a rescatar al emperador...

—¿No es esa que viene por ahí?

Jano se dio la vuelta y descubrió a Tamura a lomos de Zambil. No venía sola.

Traía a Sagita agarrado de las riendas.

El legado estuvo a punto de echarse a llorar. No solo por ver a su caballo, que lo daba por perdido; también por ver a Tamura, que le sonreía desde el lomo de su corcel gris azulado.

Dioses, qué imponente le parecía aquella mujer.

—Lo he encontrado a pocas millas del río Granus —dijo Tamura, pasándole las riendas a Jano; el legado comenzó a examinar a Sagita por todas partes—. Tranquilo, este campeón no tiene ni un rasguño —rio—. ¿Y tú, cómo estás?

Jano no respondió. Miró a su alrededor y localizó a Cornelio sentado junto a Ictis cerca del carruaje blindado. Unos carreteros sustituían las ruedas quemadas por otras nuevas. Después del buen servicio que había prestado, el emperador decidió que merecía la pena arreglarlo y volver a ponerlo en servicio. El legado llamó al gladiador. Este saludó a Tamura y se hizo cargo de Pravum.

—Has recuperado tu caballo —exclamó el cristiano.

—He recuperado la mitad de mí mismo —lo corrigió Jano, que desvió la mirada hacia Tamura—. Ahora voy a ver si recupero la otra mitad. —El legado montó a lomos de Sagita e inspiró hondo. Se sentía feliz—. Quirino, si pregunta el emperador por mí, dile que regresaré dentro de un par de horas.

—¿Necesitas escolta, general?

Jano Convector sonrió por primera vez ese día.

—Con ella no la necesito.

Jano y Tamura cabalgaron como lo hacían a orillas del Danubio, cuando ella era Lidia y los tiempos eran distintos. Puede que incluso más duros, pero distintos. Recorrieron a la luz de la tarde el mismo camino por el que Penates los condujo a las Fauces del Titán. Encontraron un lugar fresco y sombreado dentro de una arboleda y descabalgaron para sentarse sobre la hierba, al abrigo de unos troncos caídos.

—Después de tanto tiempo, por fin solos tú y yo —celebró Jano.

—Nada volvió a ser igual entre nosotros desde antes de los juegos.

El legado resopló al recordar por lo todo lo que habían pasado durante las últimas semanas.

—Es increíble que sigamos vivos —rezongó.

—Para seguir luchando —suspiró ella, con una sonrisa triste.

Jano la besó, y ella le devolvió el beso. Estuvieron besándose unos

minutos, pero cuando el legado quiso ir a más, ella lo detuvo con dulzura.

—¿Qué te pasa? —preguntó, confuso—. ¿Es por tus heridas?

—Puedo aguantar el dolor. Es por otra cosa...

El general tuvo un mal presentimiento. El corazón se le aceleró como antes de un combate a muerte.

—Mi misión concluirá en cuanto Marco Aurelio me entregue el documento de paz con Banadaspo...

—Eso lo sé —la interrumpió el legado—. Luego solo quedará entregársela al rey y ya está.

—No es tan sencillo —repuso ella—. Sirvo a Banadaspo, y hay muchas posibilidades de que estalle una guerra entre los propios yacigios. Me encontré con rezagados de las huestes de Ariogeso y Zántico mientras buscaba a Sagita. Me dijeron que Zántico está vivo. Si eso es así, tarde o temprano reunirá otro ejército, pero apuesto a que esta vez, antes de ir por Roma, irá a por Banadaspo.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo? Ya has cumplido con creces con tu pueblo, les has conseguido la paz con Roma. Es hora de que tomes las riendas de tu vida.

—Jano, ¿te vendrías conmigo al Bastión y abandonarías al emperador y a tu legión?

El general guardó silencio. Tamura siguió hablando.

—Y si te vinieras conmigo y un día tuviéramos que pelear contra una legión romana, ¿cabalgarías a mi lado contra tu pueblo?

—No es lo mismo —protestó él.

—Es exactamente lo mismo, Jano. Tengo que ir a Carnuntum para tratar la paz con Marco Aurelio. Nos quedan unos días de viaje por delante y algunos días más en la ciudad. Te propongo algo: disfrutemos este tiempo al máximo y tejamos un bonito tapiz de recuerdos para contemplarlo cuando no estemos juntos.

Jano tardó unos segundos en digerir aquellas palabras. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un nudo en la garganta.

—Entonces, lo nuestro está condenado a muerte, ¿no?

—Siempre lo estuvo, mi amor. Pero ten por seguro dos cosas: me iré sin haber dejado de amarte y nunca te olvidaré.

Jano perdió la mirada en la penumbra que reinaba entre los árboles del bosque. Tuvo ganas de llorar, pero se dijo que no lo haría delante de Tamura. A pesar de que había sido consciente de que aquello tendría que acabar como iba a acabar, en sus sueños se había construido una vida junto a ella que ahora le parecía ridícula de lo imposible que era. Una villa a las afueras de Roma rodeada de viñedos, con un establo repleto de caballos y Uteljarab moviendo el rabo por los alrededores, repartiendo alegría.

Y un sol que siempre brillaría para los dos.

Ese no era su destino.

Tamura era una espía guerrera yacigia. Un instrumento letal al servicio de un rey que en esos momentos quería la paz con Roma, pero más adelante podría ser destronado por otro o tal vez cambiar de opinión. Y él era el Puño del Emperador, mano derecha de Marco Aurelio y ahora legado de la Duodécima Legión. Y esta vez, según el césar, no iba a ser un nombramiento provisional.

Si el destino volvía a cruzar sus caminos, era muy posible que fuera como enemigos.

—Jano...

—Dime.

—Yo también tengo el corazón roto, pero somos guerreros. Lo superaremos.

Jano volvió la mirada hacia Tamura. Una leve sonrisa iluminó su rostro.

—Puede que algún día todo cambie y nos encontremos de nuevo —deseó Jano en voz alta.

—Eso nunca se sabe. ¿Quién me iba a decir que me enamoraría de un legado romano y que me haría amiga de la familia imperial?

Jano y Tamura se echaron a reír. Ella lo besó.

—Recuerdo que cuando te conocí, apenas te reías —apuntó Tamura.

—Es algo que aprendí a hacer contigo.

—Pues no lo olvides cuando no esté.

Tamura le besó. Ambos se acariciaron. Jano abrió poco a poco la blusa negra que llevaba la espía debajo de su atuendo de cuero. Esta

vez, ella se dejó hacer. Con mucho cuidado de no lastimarse el uno al otro, hicieron el amor al abrigo de los árboles.

Jano decidió hacer caso a Tamura.

Sus últimos días juntos serían los mejores de todos.

La Duodécima partió hacia Brigetio al amanecer del día siguiente.

Marco Aurelio decidió usar la flota fluvial para remontar el Danubio hasta Carnuntum. Así evitaría un eventual contraataque de Zántico, en el hipotético caso de que este fuera capaz de reunir una fuerza lo bastante numerosa para intentarlo. Aunque el emperador no tenía forma de saberlo, muchos caudillos abandonaron al rey yacigio a los pocos días de la batalla. A Zántico tampoco le quitó el sueño ese fracaso. Su optimismo le susurró al oído que encontraría nuevos aliados, y lo cierto es que su optimismo acertó en su previsión: no sería la última vez que Marco Aurelio y él se vieran las caras en el campo de batalla.

Los legionarios tardaron un par de horas en desmantelar la empalizada que bloqueaba el paso de las Fauces del Titán. Una vez despejado el camino, varios mensajeros partieron a caballo hacia Brigetio, Carnuntum, Vindobona y las diferentes legiones establecidas a lo largo del *limes*.

Los que fueron hacia Vindobona llevaron un mensaje personal de Marco Aurelio para su hija Lucila y su yerno, Tiberio Claudio Pompeyano. Esa fue la primera noticia que tuvieron del secuestro del emperador. Lucila casi se desmaya al enterarse que su madre estuvo presente en la batalla. La crisis del rapto se había resuelto tan rápido que la mala noticia no tuvo tiempo de propagarse a través de los distintos castros hasta que estuvo solventada.

Los que partieron hacia Brigetio llevaron la orden de movilizar la flota. Los que cabalgaron hacia Carnuntum portaban la buena nueva de la victoria del emperador, que había sido proclamado *imperator* por sus tropas, además de designar como Madre del Campamento a Faustina la Menor. Desde allí, las noticias viajaron raudas hasta el Senado de Roma.

El extraño fenómeno que la historia bautizó como el Milagro de la Lluvia eliminó la principal amenaza que se cernía sobre el Imperio en tierras germanas. Ya solo restaba golpear a los remanentes de aquella alianza en territorio cuado antes de que pudieran reorganizarse.

La Duodécima no volvió a tener problemas de abastecimiento de agua, ya que el camino que llevaba a Brigetio discurría por la ribera del Granus hasta su desembocadura en el Danubio. Berigastio relató a los romanos, con pelos y señales, el ardid del falso envenenamiento del río. El que fuera lugarteniente de Ariogeso hablaba con centuriones y tribunos cada vez que tenía ocasión, mostrándose en todo momento locuaz y cooperador, sin evitar ninguna pregunta. Con su jefe enjaulado en un carromato rumbo a Britania, necesitaba alguien a quien servir para mantener la cabeza sobre los hombros. No le fue mal: se ganó la confianza de Quirino Calpurnio antes de llegar a Carnuntum. Contar con Berigastio era como tener un manual sobre costumbres y tácticas cuadas. Si él hubiera llegado a saber cuántos compatriotas suyos cayeron por culpa de la información que facilitó a los romanos no habría vuelto a dormir por las noches.

Una de las órdenes más controvertidas de Marco Aurelio durante el viaje fue arrojar al Granus las dos catapultas de Pyrrhos que sobrevivieron a la batalla junto con su munición. Jano y los demás tribunos trataron de convencerle para que recapacitara y conservara algunas vasijas, por si algún ingeniero pudiera replicar la fórmula del fuego que no se apagaba. La respuesta de Marco Aurelio fue tajante.

—Algo tan atroz no debe estar en mano alguna, ni amiga, ni enemiga.

Así fue como el secreto de Pyrrhos se hundió en el fondo del río. Algún documento sobre aquel fuego tuvo que sobrevivir al paso de los años, porque aquella arma volvería a formar parte, cinco siglos después, del arsenal del Imperio bizantino.

Pero eso es otra historia.

Los barcos recogieron a Marco Aurelio y a la Duodécima Legión días después en Brigetio. El viaje hasta Carnuntum fue plácido, como si la guerra no existiera más allá del *limes*. Jano y Tamura lo disfrutaron como unas vacaciones, sin detenerse a pensar en que, poco

a poco, su tiempo llegaba a su fin.

80

Tamura mantuvo varias reuniones con Marco Aurelio antes de obtener el documento donde se especificaban las condiciones de paz con Banadaspo. En todas estuvo presente Faustina. En todas, el emperador se interesó por la cultura sármata.

La mañana de la firma del tratado, Marco Aurelio pronunció una frase que a la espía le pareció muy certera.

—Tamura, te agradezco todo lo que has hecho por Carnuntum, por mí y por Roma —dijo el emperador, sentado en su despacho—. Pero me has hablado de tu pueblo con tal sinceridad que sé que esta paz se acabará rompiendo.

La respuesta de Tamura arrancó una sonrisa a Marco Aurelio.

—César, eres tan sabio que jamás me atrevería a llevarte la contraria.

Faustina se levantó de su asiento y cogió a Tamura de las manos.

—Deberíamos aprender de vosotros que una mujer no es tan distinta a un hombre. Me has enseñado mucho en este tiempo, Tamura —reconoció la emperatriz—. Te echaré de menos.

—Yo también a ti, *domina*. A vosotros —añadió, dedicándole una mirada afectuosa a Marco Aurelio—. Hasta hace poco, veía un enemigo en cada romano que me cruzaba. Ahora os entiendo mejor, como vosotros me entendéis mejor a mí. Si a todos nos obligaran a convivir unos meses con nuestro enemigo, nuestro enemigo dejaría de serlo.

Marco Bassaeo Rufo, presente en la reunión, se contuvo para no ofender a nadie. Como hombre de principios básicos, no entendía aquellas muestras de respeto mutuo. Los bárbaros seguirían siendo el enemigo mientras no se sometieran por completo. Le dolía que el emperador se hubiera olvidado tan pronto de Macrinio Vindex, del asedio a Aquilea, de todos los romanos muertos...

—¿Te quedarás un poco más? —le preguntó Faustina.

—No, me marcharé hoy. Pero antes pasaré por casa de Ocellina a despedirme.

—Jano está en el castro de la Duodécima —comentó Marco Aurelio, aunque Tamura ya lo sabía; de hecho, iba a aprovechar su ausencia para no cruzarse con él—. ¿Sabes cómo llamamos a esa legión después de la batalla de las Fauces del Titán? —Ella negó con la cabeza—. La Fulminata.

—Es un nombre adecuado —aprobó Tamura, que se dijo que ya era hora de despedirse—. Emperador, muchas gracias por todo. —Levantó el pergamino donde Marco Aurelio había redactado las condiciones de paz—. Gracias por esto. Esperemos que dure.

—Ojalá. Vuelve cuando quieras, siempre que vengas en paz.

Rufo la acompañó a la salida. En cuanto estuvieron lejos de los centinelas que hacían guardia en la puerta del despacho de Marco Aurelio, el prefecto se plantó frente a ella con los brazos en jarras.

—Lidia, Lidia —canturreó—. Augur, amante del Puño del Emperador, justiciera de Carnuntum y asesina de romanos. Nunca conseguiste engañarme del todo, ¿sabes?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca fue mi intención engañarte, jamás te consideré un enemigo.

—La próxima vez que nos veamos, lo seremos.

—En eso tienes razón. De soldado a soldado, prefecto... esta paz no durará mucho, y no por culpa de Banadaspo.

—¿Por Zántico?

—O por cualquier otro. Cuando mi pueblo siente una bota sobre el cuello, prefiere rompérselo intentando levantarse que estar con la cara en el barro.

El prefecto acompañó su despedida con una risa prepotente.

—Buen viaje, Lidia.

Rufo le dio la espalda y regresó al despacho del emperador. Tamura bajó las escaleras del palacio por última vez. Al fondo del patio vio a Cómodo peleando con sus armas de madera contra un hombre uniformado; su padre le había conseguido otro instructor. Cómodo no era más que un niño, pero había algo en él que a la

sármata no le gustaba. Tratando de que el pequeño no la viera, Tamura recogió a Zambil del establo y abandonó el recinto.

Aún le quedaba algo por hacer antes de marcharse definitivamente de Carnuntum.

Uteljarab ladró como un loco cuando Tamura dejó a Zambil en el establo. El chucho tenía poco carácter, pero era perfecto como perro de guardia. A pesar de que la había visto el día anterior, Uteljarab la recibió en el vestíbulo de la residencia de Ocellina con saltos y coletazos. Ella lo acarició, jugueteó con él un rato y dejó que la siguiera al interior de la casa. Tamura saludó de pasada a los esclavos y entró en la habitación que había compartido con Jano.

Ni él ni Tamura pisaron juntos esa habitación desde su regreso a Carnuntum. A pesar de que aún guardaba muchas cosas en aquellos aposentos, el general pernoctaba en su tienda del pretorio de la Duodécima.

Tamura encontró la vieja coraza del legado sobre su triclinio. La cogió y acarició el agujero de la flecha de Baxagos. Parecía que hacía una década de aquello. Marco Aurelio le había regalado una armadura nueva a Jano con motivo de su nombramiento como legado de la Fulminata. Era una loriga *musculata*, con protecciones de metal, remaches de plata y un puño de oro agarrando un rayo en mitad del pecho. Cuando lo veía ataviado con ella, a Tamura le faltaba el aire.

—Me alegro de verte —dijo una voz detrás de Tamura—. Menos mal que no te has ido sin despedirte.

La sármata dejó la coraza sobre el triclinio. Como de costumbre, la presencia de la patricia era regia.

—He venido precisamente a eso, a despedirme de ti y de Uteljarab.

Ocellina levantó las cejas.

—¿No te lo llevas?

—Me gustaría, pero conmigo no duraría mucho vivo. Si no lo quieres en casa puedo llevárselo a Jano al castro. Allí tendrá una buena vida.

—Al contrario, me hace mucha compañía. Me encantaría que se

quedara.

—Entonces, no se hable más —zanjó Tamura, que se dirigió al perro—. Has tenido suerte, no encontrarás otro sitio mejor que este.

Tamura miró a Ocellina a los ojos y esta le mantuvo la mirada. Permanecieron unos segundos así, sin que ninguna de las dos se sintiera incómoda. La sármata rompió el silencio.

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí. Por nosotros —rectificó.

—Nada comparado con lo que has hecho tú por nosotros. La historia te recordará como una heroína.

—La historia ni siquiera me mencionará —afirmó Tamura—. Ocellina, me gustaría pedirte algo antes de irme.

—Claro que sí.

—Se trata de Jano.

—¿Jano?

—He visto cómo lo miras. —Ocellina quiso decir algo, pero Tamura se lo impidió; por primera vez, la majestuosidad de aquella noble cayó al suelo como una túnica a la que se le suelta el broche y deja desnuda y vulnerable a la mujer que la viste. A Tamura, aquella nueva versión de Ocellina le pareció aún más seductora—. Espera, déjame terminar. También he visto cómo te mira él a ti.

Ocellina la interrumpió, azorada.

—No sigas, por favor. Jano está contigo, yo jamás me entrometería.

—Yo soy un espejismo para él, lo mismo que él lo es para mí. Pienso irme ahora a hurtadillas, sin pasar por el castro a despedirme. Lo que ha habido entre los dos ha sido hermoso, pero imposible. Sin embargo, vuestra historia podría ser viable y preciosa. Él necesita una mujer valiente y decidida como tú, alguien que lo apoye y le dé el amor que necesita. Y tú necesitas a alguien como él. —Ocellina guardó silencio, sin atreverse a hablar—. No seáis estúpidos, y no perdáis el tiempo.

Tamura se agachó y abrazó a Uteljarab, que le obsequió con un lametón en plena cara. Se incorporó y sonrió unos instantes a Ocellina, que seguía callada, como si un ente invisible le hubiera

robado la voz. La sármata la besó en la mejilla.

—Gracias otra vez —dijo.

Tamura tardó un suspiro en meter sus pertenencias en los mismos sacos con los que llegó a Carnuntum. Se despidió de Ocellina con un gesto y se marchó. La patricia tardó un buen rato en recuperarse del desconcierto en el que la sármata la había sumido.

La espía estuvo tentada de acercarse a la *insula* de Maiôsara para decirle adiós a Ababa, pero decidió que sería mejor no hacerlo. Quería romper con Carnuntum de una vez por todas. Cuando salió de la ciudad, recordó su entrada como Lidia el año anterior, fingiendo miedo envuelta en un disfraz de falsa inocencia. Ahora todo era distinto. Atravesó el puente de barcas y cabalgó por la ribera del Danubio con el aire desordenando su cabellera. El maldito calor no había amainado. Pasó de largo la granja en ruinas de Tibês y el campamento abandonado donde la recibió Azariôn por primera vez.

Tamura llegó al Bastión días después. Los niños volvieron a perseguirla por las calles del asentamiento, con una algarabía de gritos y risas que la acompañó hasta su destino. Echó de menos a Valia en las inmediaciones de la cabaña de Banadaspo. Recordó la última vez que la vio, antes de que la convirtieran en Stornarja. Su humor, su dulzura, su risa...

¿Cómo pudieron arrancarle el alma en tan poco tiempo?

Tamura sacó el pergamino de las alforjas de Zambil. Lo agarró fuerte entre las manos, respiró hondo y abrió las puertas del salón de Banadaspo.

Había cumplido su misión.

Esa noche se celebró una gran fiesta, pero no todos bebieron a gusto. Muchos de los yacigios del Bastión tomaron aquella paz como un insulto. Tamura bebió con su rey, pero su mente estaba en otro lugar. En un lugar desconocido, donde Valia podría seguir viva.

Porque ella sabía que estaba viva, en alguna parte.

A la mañana siguiente, antes de que Banadaspo se despertara de la borrachera y le encomendara alguna tarea, Tamura abandonó el Bastión. Si la necesitaba, ya enviaría a alguien en su busca.

Lo más importante para Tamura, ahora, era encontrar a su hija.

O que su hija la encontrara a ella.

Ictis se sentía muy especial.

Junto con Faustina la Menor, era el único capaz de decirle que no al emperador de Roma. Y no una, sino tres veces. Marco Aurelio insistió para que permaneciera a su lado, ofreciéndole el cargo de oficial de exploradores de la Decimocuarta Legión. Cuando Ictis lo rechazó, lo tentó con un puesto de intendente, con un salario superior al de un centurión veterano. Después de la segunda negativa, le invitó a quedarse en palacio todo el tiempo que quisiera.

Pero no.

Ictis tenía las alforjas cargadas de oro y Carnuntum se le atragantaba cada vez más. No le apetecía encontrarse con Ludovico Corocotta ni tener nada que ver con sus conspiraciones y líos. Según le dijeron, a Ludovico le iban las cosas mejor que nunca. A Filemón Voulgaris sí que lo echaba de menos, pero sabía que acabaría tropezándose con su patrón si intentaba verlo. Cuando Marco Aurelio le preguntó adónde se dirigiría tras marcharse de Carnuntum, Ictis le respondió lo que respondía siempre.

—Iré donde me lleve el viento, césar.

—Entonces rezaré para que el viento cambie y nuestros caminos vuelvan a cruzarse —dijo el emperador—. Antes de que te vayas, quiero que aceptes este regalo. Kostas...

Kostas apareció con una hermosa piel de lobo de color gris claro entre las manos. La cabeza mostraba su dentadura completa, un hocico negro brillante, unos ojos artificiales que parecían reales y un pelaje inmaculado y suave al tacto. Iba cosida sobre un casco de cuero de excelente calidad, lo que hacía que llevarla puesta fuera un placer.

—La encargué para ti al mejor peletero de Panonia —reveló Marco Aurelio—. Pruébatela, por favor.

Ictis se la puso. Le encajaba a la perfección. Marco Aurelio se levantó de la silla y retrocedió unos pasos para admirarla.

—Ningún *cornicen* del Imperio tiene una igual de hermosa. Mucho mejor que esa cosa que llevas siempre en la cabeza.

—Es maravillosa, césar —corroboró Ictis, con un nudo en la garganta—. La luciré siempre con honor.

Aún conversaron un rato más antes de que Ictis decidiera marcharse. El vándalo pasó por la cuadra para recoger su caballo —el mismo en el que viajó desde que abandonaran la hondonada del Cíclope— y salió del palacio. Cuando se aseguró de que ningún guardia lo veía, guardó la piel de lobo en el morral y la sustituyó por su cabeza de perro. Justo cuando iba por el cardo máximo, rumbo a las puertas de la ciudad, vio cómo dos hombres vestidos con túnicas lujosas acababan en entrar en Carnuntum a bordo de un carro con un par de cocheros en el pescante. Viajaban acompañados de una pequeña escolta de hombres armados. Ictis olió el dinero y no pudo resistirse a acercarse a ellos. Uno de los viajeros, un hombre gordo, de unos cuarenta años, ordenó al conductor que parara. Los sicarios rodearon a Ictis, pero este no se inmutó. Lo que había vivido con Jaret y compañía lo había hecho inmune al miedo.

—Egregios señores, qué suerte que nuestros caminos se hayan cruzado —exclamó a modo de saludo—. Soy Ictis, y justo abandonaba esta ciudad sumido en la decepción, por no haber sido capaz de encontrar a nadie con dinero y gusto suficiente para valorar una reliquia única con la que fui agraciado por una herencia familiar.

—Precisamente hemos venido a esta ciudad para ver qué podía ofrecernos —manifestó el compañero del gordo, un hombre de barba espesa—. Te escuchamos.

Ictis sacó la piel de lobo que acababa de regalarle Marco Aurelio.

—Mirad y admirad, oh, nobles viajeros, lo que muy pocos han visto desde hace doscientos años. Os parecerá una piel de lobo normal y corriente, pero os equivocáis. Este tocado perteneció, nada más y nada menos, que al legendario caudillo galo Vercingétorix.

—¿Y cómo es que lo tienes en tu poder? —preguntó el gordo, desconfiado.

—Gracias a mi bisabuelo —respondió Ictis—. Es una larga historia, pero si tenéis tiempo la compartiré con vosotros con unas jarras de vino. Yo pago —aclaró—, consideradlo una bienvenida a Carnuntum. Por supuesto, no hay compromiso de compra. Vuestra sola compañía

será un placer.

—Nos dirigíamos a El Faro del Norte —explicó el barbudo—. Nos lo han recomendado varias veces a lo largo del camino.

Ictis maldijo para sus adentros. Así y todo, logró componer una gran sonrisa.

—Una magnífica taberna, desde luego, pero conozco una aquí cerca que es muy acogedora.

—Hemos venido a divertirnos —aceptó el gordo—. Guíanos.

Ictis abandonó Carnuntum cuatro horas más tarde, con su piel de perro en la cabeza y una sonrisa ladina en el rostro. Dejó a los griegos al borde del coma etílico, presumiendo a gritos delante de toda la taberna del buen negocio que habían hecho comprando el tocado de Vercingétorix por cuatro mil míseros sestercios. Al otro lado del Danubio, el vándalo se mojó el índice y lo levantó para comprobar la dirección del viento. Una leve brisa caliente soplaba hacia el noreste.

—Habrá que hacerle caso al viento —suspiró—. Vindobona, allá voy.

Cabalgando tranquilo, al paso, el vándalo siguió la vía que llevaba a Vindobona.

Algo le decía que allí le esperarían nuevas aventuras.

Había anochecido cuando Jano llegó a casa de Ocellina. El legado había esperado a Tamura toda la tarde en el pretorio de la Duodécima, pero esta no apareció. Decidió acercarse al palacio imperial para preguntar por ella. Uno de los centinelas afirmó haberla visto salir de allí hacía horas. El legado cayó en que Tamura podría haber pasado por la residencia de la viuda para recoger sus cosas. Esperanzado, se dirigió hacia allí a lomos de Sagita.

Jano dejó el caballo en el establo y entró en la casa con pasos nerviosos. Uteljarab lo recibió en el vestíbulo, feliz, como de costumbre. Al ver que estaba todavía allí, confió en que Tamura andaría cerca. Pero en lugar de ella, fue Ocellina la que apareció por el arco que daba al atrio.

—Lidia se ha marchado —anunció, en tono grave.

La confusión se dibujó en el rostro del legado.

—Pero ¿ha salido un momento o se ha ido para siempre? El perro...

—Se queda aquí. Aseguró que no podía llevarlo con ella.

Jano se quedó paralizado un instante. Caminó medio aturdido hasta uno de los bancos de piedra del atrio y se dejó caer en él.

—Sabía que acabaría yéndose —dijo—, pero pensé que antes se despediría de mí.

—Ha preferido hacerlo así para no haceros daño —explicó Ocellina —. Sé que no estás bien, Jano. Ella tampoco lo está.

El general perdió la vista en el suelo.

—Querrás estar solo —adivinó la viuda—, pero recuerda, si puedo hacer algo por ti... Si necesitas hablar, búscame. No lo dudes.

—Gracias, Ocellina... creo que recogeré mis cosas y me marcharé.

Jano hizo amago de ponerse de pie, pero ella lo detuvo.

—No tengas prisa. Respecto a Uteljarab, si quieres llevártelo, hazlo. Tienes más derecho que yo a quedártelo.

Jano miró al perro, que los contemplaba sentado sobre sus patas traseras.

—Contigo estará más seguro que conmigo, luchando con los cuados.

—De acuerdo, pero prométeme que vendrás a visitarlo a menudo.

Jano esbozó una sonrisa triste.

—Te lo prometo. ¿Te importa si me quedo esta noche? No me apetece regresar al campamento.

—Mi casa siempre será la tuya. Quédate el tiempo que necesites.

Ocellina besó al legado en la frente y regresó a sus habitaciones. Uteljarab la siguió, como si entendiera que ahora era su nueva ama. Jano perdió la vista en la puerta por la que desapareció la viuda. A su estilo, era tan maravillosa como Tamura. El legado decidió refugiarse en sus aposentos. Una vez allí, abrió el baúl donde su amada guardaba sus cosas.

Estaba vacío.

Jano se dejó caer boca abajo en el triclinio donde ella solía tumbarse. Todavía conservaba su olor. El general se abrazó a un cojín

y lloró en silencio, mientras imaginaba a Tamura cabalgando sola a lomos de Zambil.

Se preguntó si ella se sentiría igual que él.

Las heridas de amor son como las del cuerpo. El tiempo y la medicina adecuada las sanan.

Y Jano tenía ambas cosas.

El tiempo no se detuvo, la vida siguió su curso.

Pertinax regresó al *limes* para seguir combatiendo. Como solía decir, temía más al Senado que a los bárbaros. Tanto él como Tiberio Claudio Pompeyano, Jano Convector y el resto de los generales siguieron luchando contra los cuados. No volvieron a disputar una batalla tan grande como la de las Fauces del Titán, pero las escaramuzas de las *vexillationes* fueron muchas y sangrientas. El sistema de combate había cambiado, pero la ferocidad seguía siendo la misma o peor.

El emperador continuó escribiendo sus meditaciones, y Faustina no dejó de meterse con él, insistiéndole en que aquello no lo leería nadie, jamás.

El tiempo le quitó la razón a la emperatriz.

En palacio, Eudor de Atenas y Kostas seguían elaborando, cada tres o cuatro días, la triaca del emperador. Mientras que Eudor no paraba de alabar las propiedades del brebaje que Galeno le enseñó a elaborar, Kostas no entendía cómo el emperador había sobrevivido semanas sin tomarla durante su secuestro y en las semanas posteriores. Aunque nunca le comentó nada a Eudor, Kostas pensaba que aquella pócima no era más que un placebo. De hecho, no libraría al emperador de una grave enfermedad, años después.

En las afueras de Carnuntum, en una tienda de la Decimocuarta Legión, Arnufis cobraba una entrada de tres sestercios para contar a su audiencia cómo invocó al dios Min para destruir con sus rayos a los bárbaros. Cada día adornaba la batalla de las Fauces del Titán con más y mejores hazañas. Había legionarios que pagaban dos y tres veces por oírsela contar.

La fortuna del mago creció, al igual que su prestigio. Aunque alguno que otro se riera de él a sus espaldas, como el propio Marco Aurelio.

Y más allá del *limes*, la guerra continuaba.

Sesenta cuados menos.

Jano se paseó a lomos de Sagita por el bosque oscuro y cargado de vegetación donde tuvo lugar la batalla, esquivando cadáveres de soldados semienterrados en el fango que las lluvias dejaron a su paso. Por cada romano muerto, yacían cuatro bárbaros destripados.

Cornelio lo acompañaba montado en Pravum. Al final, después de mucho pensarlo, el Hispano aceptó unirse a la legión como explorador de las tropas auxiliares de reconocimiento. Tanto él como Jano tenían las espadas teñidas de rojo. Un salpicón de sangre enemiga cruzaba el puño de oro que agarraba el rayo en la coraza del legado. La escaramuza había durado menos de diez minutos, pero así era la guerra ahora: sin formaciones, ocultos en la espesura, saltando sobre el objetivo antes de que este se percatara de su presencia.

Rápida. Letal.

Un silbato reunió a la *vexillatio* alrededor de Jano. Recuento de supervivientes. Doscientos veintisiete. Trece muertos. Asumible. Los legionarios recogieron los cadáveres de los caídos, los cargaron sobre sus monturas y dejaron los de los enemigos como pasto de las alimañas después de saquearlos hasta dejarlos desnudos.

Ahora, la guerra era así.

—Aquí hemos terminado —dijo Jano.

—Hasta la siguiente —comentó Cornelio, acomodándose las jabalinas en la espalda.

—Siempre hay una siguiente.

Jano y su *vexillatio* abandonaron el bosque por el mismo camino por el que llegaron a él. Cornelio, él, y tres exploradores a caballo precedían a la infantería. No habían recorrido ni dos millas cuando tres jinetes aparecieron en la lejanía. Jano los reconoció enseguida.

—Informa, Consus —pidió Jano al decurión cuando llegó a su

altura.

—Cuados, general —informó el observador—. Hemos contado treinta y dos, pero podría haber alguno más. Están acampados cerca de una ciénaga, al norte de aquí.

El Puño del Emperador se volvió a sus hombres.

—Retiro lo dicho, no hemos terminado. ¿Estáis preparados?

La respuesta fue unánime.

Sí, general.

Treinta y seis cuados menos.

Epílogo

Tamura divisó la cabaña a través de la nube de su propio aliento helado.

El invierno asesinó al verano con una espada de hielo. La sármata viajaba envuelta en una gruesa capa de piel de oso con capucha que apenas dejaba ver un pedazo de su rostro. La crin de Zambil estaba perlada de copos de nieve. El tejado de la choza se hallaba cubierto de un manto blanco, igual que las copas de los árboles a su alrededor.

Pero un detalle hizo sonreír a Tamura: salía humo de la chimenea.

Había alguien en casa.

La pista de Valia la llevó hasta Dacia. Al principio, cuando partió del Bastión, no tuvo más remedio que dejarse llevar por la intuición, que es la única guía cuando no hay por dónde empezar. La buscó por territorio yacigio, burio y lacringio. Cabalgó por aldeas asoladas por la peste. Desesperada, recorrió las ciudades colindantes al *limes*, y fue justo en una posada de Sirmio donde oyó la primera y única pista fiable sobre su hija de labios de un comerciante tracio, que narraba el asalto a la carreta de un mercader conocido suyo a unos amigos con los que compartía unas raciones de cordero asado y un ánfora de vino.

—Nueve bandidos lo asaltaron —afirmó—, y Farond acababa de vender una partida de telas. Viajaba de vuelta, con el carro vacío y los bolsillos llenos. Seguro que los ladrones lo espiaron mientras remataba el negocio —apostó el narrador—. Pues bien, Farond solo había contratado a dos escoltas, un tipo fuerte, con la cara tatuada, y su hija, por la que no daba un sestercio de lo pequeñaja que era.

Tamura afinó las orejas como Uteljarab cuando oía ruido en la despensa.

—Aquellos dos mataron a seis de los nueve —siguió contando el tracio—, los otros tres lograron huir. Pero ¿sabéis lo mejor? —Sus tres compañeros de mesa negaron con la cabeza—. De los seis muertos, cuatro los mató la cría.

Tamura dejó la copa en el mostrador y se plantó donde los tracios.

—¿Dónde pasó eso? —preguntó, apoyándose en la mesa, a punto de tirar las jarras al suelo.

Uno de los comensales dio un golpe airado en la madera.

—Eh, eh, mujer... ¿qué modales son esos? —protestó.

Sin mirarlo siquiera, Tamura lo dejó inconsciente de un codazo. El mercader enterró la cara en su plato de cordero. En la posada reinó el silencio.

—¿Dónde pasó eso? —repitió.

—En el norte de Dacia —balbuceó el tracio—, en algún lugar de la vía que va de Porolissum a Apulum.

Tamura dejó unas monedas en el mostrador y partió de inmediato a Vinimacium, para tomar desde allí la vía hacia el norte. Estaba segura de que se trataba de Valia y Karaxtos. Si se ganaban la vida como mercenarios, ¿no estaban ya con Jaret?

Recorrió esa carretera en un sentido y en otro durante dos meses, sin éxito. Preguntó por ellos en cada aldea, ciudad, campamento o fuerte por el que pasó. Nadie los había visto. Sin embargo, el destino hizo que se topara con algo inesperado.

Su arco, después de muchos años, se rompió justo cuando iba a dispararle al conejo que pretendía asar para comer. Después de soltar una buena sarta de maldiciones, preguntó por los alrededores dónde podría conseguir un arco compuesto de calidad. Todo el mundo coincidió en que encontraría los mejores en el campamento romano de Micia. Allí se había establecido un artesano escita que fabricaba unos arcos únicos. Tendría que desviarse un buen trecho al oeste por el río Marisus, pero los lugareños le aseguraron que el viaje merecería la pena.

Los halagos se quedaron cortos. Tamura jamás tuvo un arco como la maravilla que le vendió el escita. El artesano lo eligió midiendo la longitud de su brazo, comprobando su fuerza y su forma de disparar. Como no había problema de dinero, el mercader escogió los mejores materiales, los más robustos y flexibles a la vez. Y fue mientras hablaba con él que Tamura se dio de bruces con una serendipia.

Una serendipia que la llevó a una cabaña aislada cerca del

nacimiento del río Tibiscus.

Era un edificio de piedra y madera, de una sola planta, con un tejado a dos aguas y una chimenea. Al lado había dos construcciones pequeñas: un granero y un establo. En un lateral de la choza principal había pieles extendidas, como si estuvieran expuestas para la venta.

El único habitante de la cabaña cortaba leña sobre un tocón, justo fuera de la casa. Lo hacía con hachazos fuertes y precisos. Llevaba un abrigo peludo que duplicaba el volumen de su cuerpo. Cuando divisó al jinete envuelto en pieles que se aproximaba a su casa, hizo girar dos veces el hacha a modo de demostración de destreza.

Se reconocieron en cuanto estuvieron lo bastante cerca.

—Que me metan una serpiente por el culo y me lo cosan... ¿cómo me has encontrado?

—El escita que me vendió el arco se dio cuenta de que era sármata en cuanto me vio —contestó Tamura—. Me comentó que le había vendido uno muy parecido a una compatriota, una bruja malhablada con pelo largo y blanco que le pegó una patada en los huevos a un desgraciado que se le quería colar. Me dijo dónde podría encontrarte.

—Me describió bien, ese cabrón. ¿Has venido a matarme?

—No —respondió Tamura, a la vez que desmontaba—. Ya estás muerta, ¿no?

—Le pedí a Azariôn que te contara eso... ¿se fue de la lengua?

—No, se llevó el secreto con él. Murió. Si no llega a ser por el escita, seguirías muerta para mí.

Maiôsara enterró la mirada en la nieve. Frunció la nariz en gesto de desagrado.

—Mierda, me caía bien Azariôn.

—¿Por qué quisiste que creyera que habías muerto?

Maiôsara tardó unos segundos en responder. Se la veía avergonzada.

—No me sentía capaz de ocultarte más tiempo lo de Valia, y no sabía cómo te lo tomarías... Cuando las mentiras se suceden, se comen unas a otras y se convierten en un monstruo imparable. Al final no supe cómo afrontarlas. Y después vino el cautiverio y las torturas de Jaret. Me harté, quería apartarme de todo, desaparecer para siempre.

Fui cobarde —resumió—. Entiendo que me odies...

Tamura le dedicó una mirada seria que fue enterneciéndose por momentos.

—No te odio, imbécil. Ven aquí...

Las dos se fundieron en un abrazo. Hacía meses que Tamura no era tan feliz. Entendía las razones de Maiôsara, su dolor por lo que pasó con sus hijos, su hermana y su sobrina, por el sentimiento de culpa que la atormentó siempre...

Dadagos.

Tamura se separó de ella y le mantuvo la mirada.

—Maiôsara, maté a Dadagos.

Esta asintió sin mover un músculo de la cara y se encogió de hombros.

—Me alegro. Yo no me sentía capaz de hacerlo, pero se lo merecía. —Maiôsara quiso cambiar de tema, como siempre que se mencionaba a Dadagos—. Cuéntame, ¿conseguiste entrevistarte con el emperador?

—Tengo tantas cosas que contarte que no sé por dónde empezar.

—Hay vino dentro y tenemos tiempo. Porque no tendrás nada mejor que hacer, si has venido hasta aquí para verme, ¿verdad?

—Llevo meses buscando a Valia. Está con Karaxtos, vendiendo sus servicios como escolta de mercaderes... La vieron al norte de Apulum, pero le he perdido la pista.

Maiôsara le puso la mano en el pecho, como si la detuviera.

—Una cosa, antes de que entremos y empecemos a beber y a decir estupideces... ¿pretendes seguir buscándola?

La respuesta de Tamura fue rotunda.

—No pararé hasta que la encuentre.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Claro, ¿cuál?

—Déjame ir contigo. Me aburro horrores aquí sola... Esta vida de ermitaña es una mierda.

Tamura se la quedó mirando con la boca abierta, sorprendida. Maiôsara hizo varias filigranas con el hacha, haciéndola bailar en la mano.

—¡Eh, no me mires con esa cara! —exclamó—. He practicado

mucho con el arco y con la espada; también con el hacha, nunca estuve más en forma en quince años, y eso que el hijo de puta de Jaret a punto estuvo de matarme a golpes.

La sonrisa de Tamura casi escapa de su rostro.

—Nada me haría más feliz que me acompañaras en esta búsqueda.

Maiôsara la agarró de los hombros y le dedicó una sonrisa.

—Pues entonces, menea ese culo de folladora de romanos y terminemos las reservas de vino antes de marcharnos. Hablando de romanos, ¿y Jano?

—También te tengo que contar de él... Me enteré hace dos meses en Sirmio que está prometido con Ocellina, la viuda de Cato Merino.

Maiôsara abrió la puerta de la cabaña y la miró, incrédula.

—¡Qué cabrón! Qué pronto olvidan los hombres...

—Tuve algo que ver con eso... —confesó Tamura, con una sonrisa triste.

—Venga, entra de una puta vez y cuéntamelo todo, de principio a fin.

La puerta se cerró, y las historias pasadas se recordaron dentro.

Las historias futuras... esas esperaban fuera.

Después de la derrota, Zántico se asentó en lo más recóndito de los bosques del territorio yacigio, lejos del Bastión de Banadaspo. Desde que la alianza se disolvió, cada vez fueron más las tribus que se apartaron de él. Entre ellas las cuadas, encabezadas por Tylon. Todos los caudillos se despedían de él con la misma promesa: «Nos uniremos a ti cuando reúnas otro ejército como el que conseguiste con Ariogeso».

Con esas promesas en el aire, jamás tendría un ejército. Lo difícil era dar el primer paso, y su ejército actual, compuesto por sus hombres más leales, apenas alcanzaba el millar.

Muchos sármatas aceptaron lo que llamaron la Paz Romana de Banadaspo, más por comodidad que por convicción. Cada vez que había vino de por medio, todo eran críticas al rey y gritos de guerra, que menguaban hasta desaparecer con la resaca al día siguiente. Lo

cierto es que se vivía muy bien arando, pastoreando y comerciando con los campamentos romanos.

De todas formas, Zántico no se daba por vencido. Ya vendrían tiempos mejores.

Y un día de diciembre, la esperanza llegó a caballo. Zántico apenas dio crédito cuando lo vio descabalgar. El rey abrió los brazos, miró al cielo y gritó.

—¡Jaret! ¡Jaret, por los huevos de mi abuelo! ¡Bienvenido a mi pocilga!

—Me alegra verte tan contento... como siempre, Zántico.

Se abrazaron.

—¿Qué te trae por aquí?

Jaret echó hacia atrás su melena rubia y sonrió al rey yacigio.

—He tenido una idea —dijo, con esa voz que parecía acariciar los sentidos—, y me gustaría contártela...

Los ojos de Zántico brillaron como los de un zorro.

Esa noche de diciembre, algo nació a la luz del fuego y al calor del vino. Los romanos no lo supieron hasta mucho más tarde, pero también comenzó algo nuevo para ellos.

Porque la guerra en Germania no había hecho más que empezar.

Madrid, 24 de junio de 2020

Glosario

Bestiario: gladiadores especializados en lucha contra animales salvajes.

Cardo máximo: vía principal de la ciudad romana, con orientación norte-sur. Se cruza perpendicularmente con el decumano máximo, que va de este a oeste.

Centuria: unidad formada por ochenta legionarios, comandada por un centurión.

Cobol/cobolios: espíritus sármatas que habitan en los bosques.

Cohorte: décima parte de una legión, compuesta por tres manípulos, formado cada uno de ellos por dos centurias. A diferencia de las cohortes normales, la primera cohorte de cada legión estaba compuesta por cinco centurias dobles.

Comitium: espacio en el foro para reunir asambleas de carácter político o religioso.

Compluvio: abertura en el atrio de una casa romana que servía para iluminar el interior y recoger agua de la lluvia.

Contubernio: unidad formada por ocho legionarios.

Cornicen: suboficial músico que transmitía órdenes de combate en las legiones mediante un instrumento de viento.

Decumano máximo: vía principal de la ciudad romana, con orientación este-oeste. Se cruza perpendicularmente con el decumano máximo, que va de norte a sur.

Doctore: entrenador de gladiadores.

Dolabra: herramienta de los legionarios, híbrida entre pico y hacha.

Domine/a: señor/a.

Duunviro: cada uno de los dos presidentes de los decuriones en las colonias o municipios romanos.

Evocatus: soldado romano ya licenciado que se alistaba de nuevo en el ejército por invitación de un cónsul u otro alto cargo.

Flagrum: látigo compuesto por un mango y cadenas finas de hierro con

contrapesos.

Furca: palo del que colgaba la *sarcina*, el equipo de viaje del legionario romano.

Gladius/gladii: espada corta romana, de doble filo. Arma principal de la legión.

Hipogeo: galería subterránea del anfiteatro.

Insula: edificio de varios pisos y mala calidad donde se ofrecían viviendas de alquiler. Solían vivir allí los más pobres.

Kurgan: tumba de los escitas, y también de los sármatas. Consistía en una cámara excavada en el suelo, con paredes de madera, sobre la cual colocaban un montículo de tierra y una espada clavada en él.

Lavatrina: estancia para aseo personal y necesidades fisiológicas.

Limes germano: frontera que separaba los territorios controlados por el Imperio romano de los de los bárbaros. En muchos tramos estaba señalada solo por unos troncos cortados, por lo que el cruce sin obstáculos de por medio era posible. En el *limes*, los romanos desplegaron puestos de observación, campamentos y fuertes.

Ludus: escuela y residencia de gladiadores.

Magister: en el caso de Atico Acilio Pudente, jefe del gremio de bataneros.

Manica: pieza de armadura que protegía parte o la totalidad del brazo. Solían usarla los gladiadores.

Manípulo: unidad militar compuesta de dos centurias.

Murmillo: clase de gladiador que usaba escudo romano y *gladius*, a veces vestido con armadura pesada. La cresta de su casco solía tener un pez esculpido.

Optio/optiones: suboficial lugarteniente del centurión.

Optio custodiarum: suboficial a cargo de la guardia.

Paragnatide: protección metálica lateral del rostro, a ambos lados del casco romano.

Parma: escudo redondo u oval de menor tamaño que el *scutum* (el escudo típico de las legiones romanas).

Pilo(pilum): lanza romana con astil de madera y punta fina de hierro dulce. Contaba con un contrapeso para ser lanzada. Arma de la legión.

Posca: mezcla de agua y vinagre que empleaban los legionarios para hidratarse.

Pugio: puñal romano.

Sagitarii: unidades romanas auxiliares de arqueros.

Sarcina: equipaje del legionario romano que incluía herramientas, cacerolas, mantas y demás objetos personales.

Scorpion: máquina de guerra en forma de ballesta pesada.

Signifer/signiferi: portaestandarte de cada centuria.

Spatha: espada romana, más larga que el *gladius*, usada principalmente por la caballería.

Spira: dulce de miel en forma de trenza.

Triclinio: especie de diván donde se descansaba, se comía y bebía. También se denominaba así a los comedores de las casas romanas.

Vanga: cantimplora de los legionarios romanos.

Velario: cobertura desplegable de tela que servía para dar sombra al público en los anfiteatros romanos.

Vexillatio: destacamento formado por una o más cohortes pertenecientes a una legión.

Vigil/vigiles: unidad urbana que hacía las veces de cuerpo de bomberos y policía, dentro de las ciudades romanas.

Agradecimientos

Queridos lectores:

Confío en que hayáis disfrutado leyendo esta aventura tanto como yo creándola. Para mí, ha sido un maravilloso viaje de conocimiento a través del tiempo, un viaje que por suerte no hice solo. Así que toca dar las gracias a mis compañeros de periplo.

El primer gracias, uno gigante, es para Juan Gómez-Jurado, por retarme con un «no hay huevos» y sujetarme el cubata. No solo te has convertido en uno de mis mejores amigos, Juanito, encima tengo el privilegio de aprender del mejor. Te quiero un montón, aunque eso ya lo sabes.

A Carmen Romero, directora literaria de Ediciones B. Primero, por confiar en mí, y segundo, por darme libertad para dar rienda suelta a mi creatividad. Creo que Carmen no tenía ni idea de con quién se jugaba los cuartos cuando me propuso una novela sobre el emperador Marco Aurelio. Cuando le presenté el proyecto del libro que acabáis de leer, no lo dudó ni un momento. Estoy convencido de que no era lo que esperaba, pero también de que es más de lo que esperaba.

A Clara Rasero, mi editora, la voz dulce que me anima y que no pone impedimentos a nada de lo que escribo, y eso que a veces es para pegarme en las manos... Espero que sigamos trabajando juntos muchos años más. Es un lujo contar con una editora como tú.

A Bárbara Montes, por su cariño, por las charlas entre copas, por las risas y por lo bien que escribe, la *joía*. Ten por seguro que de ti también aprendo, aunque me robes *palabros* y los pongas en tus libros. Sabes que te los regalo con gusto, y que seguiré haciéndolo.

A César Pita, Isabel de Torre y Susana López, que esperaban un capítulo a diario y me regañaban cuando no se lo enviaba. Gracias a ellos logré un ritmo creativo como nunca había conseguido. Ellos afirman que les amenicé la parte más dura del confinamiento de 2020; yo os aseguro que ellos fueron una pieza fundamental de este

proyecto.

A Luis Ortega, dueño del restaurante Faro Norte, en San Sebastián de los Reyes. Una tarde, entre copas, me pidió que lo incluyera en la novela. Así nació Ludovico Corocotta. Convertí tu establecimiento en un prostíbulo, Luis, te jodes, cosas de enredar con un servidor. Si queréis comer de fábula, visitadlo. No hay tubos de cobre para espiar las mesas, pero podréis saludar a Ludovico.

Este gracias no sé ni por qué lo doy. Es para María, mi hija. A pesar de ser una gran lectora, no ha tenido la vergüenza de leerse ni uno solo de mis libros. Deshonra sobre su vaca... Pero como a la hora de escribir estas líneas llevo más de un año sin verla a causa del COVID, aprovecho para decirle que la quiero más que a nada en este mundo. Te adoro, preciosa. Espero que cuando leas esto hayamos podido *hacernos martirios* en persona.

El agradecimiento más especial es para mi compañera, mi amiga, mi todo. Para una mujer maravillosa —que, además, escribe como los ángeles— que decidió un día cogerme de la mano y mirar conmigo hacia el futuro. Mi crítica literaria más severa y mi sonrisa eterna, Marta. Hasta que ella no bendice el manuscrito, no duermo tranquilo. Ojalá pueda dedicarte treinta libros más.

Por último, un enorme gracias a vosotros, mis lectores, mis amigos. Espero que lo hayáis pasado en grande. Si es así, os invito a valorar esta, o cualquiera de mis otras obras, en Goodreads, Amazon, o en la plataforma que prefiráis. También podéis contactar conmigo a través de redes sociales. Os prometo que haré lo posible por contestaros personalmente.

Facebook: https://www.facebook.com/amartinezcaliani
Twitter: https://twitter.com/AlbertoMCaliani
YouTube: https://www.youtube.com/channel/UCWh2dNtPR9Kni4PF7f1_SoA
Instagram: https://www.instagram.com/alberto_m._caliani/?hl=es

¡Hasta la próxima!

ALBERTO CALIANI

Una historia épica de asesinatos, espionaje y grandes batallas en la época del emperador Marco Aurelio.

Corren tiempos de venganza en la frontera germana del Danubio.

Año 171 d.C. Al mando de diez legiones, el emperador Marco Aurelio se dirige al norte dispuesto a derrotar a los bárbaros. Para él solo hay dos opciones: paz romana o muerte

Pero el horror no solo habita en el frente.

En su ausencia, el emperador encarga la protección de Carnuntum al general Jano Convector, su mano derecha. Sin embargo, lo que parecía ser una misión pacífica se convierte en un infierno cuando Jano tenga que hacer frente a una serie de crímenes y a una red de espionaje que parece estar cerrando un círculo de muerte alrededor de Marco Aurelio.

En esta historia, cada minuto vivido puede ser el último.

Pero alguien más se mueve en las sombras de la noche. Encomendada

por su rey, Tamura, una guerrera sármata, llega a la ciudad con la intención de firmar la paz para su pueblo. Pronto quedará envuelta en las intrigas de la ciudad y se verá obligada a entablar peligrosas amistades. A veces, el peor de los enemigos puede ser el mejor de los aliados.

Alberto Caliani nació en Ceuta, en los años de la televisión en blanco y negro. En 2013 publicó *El secreto de Boca Verde*, un *thriller* de aventuras con el que consiguió el primer puesto entre los más vendidos de Amazon. En 2015 le siguió *La conspiración del rey muerto*, una novela histórica basada en la leyenda del rey Sebastián de Portugal, y en 2017 *La iglesia*, un *thriller* sobrenatural. En *El puño del emperador* se adentra de nuevo en el género histórico, pero aunando las herramientas aprendidas del *thriller* y la novela de aventura para crear una lectura frenética. Además de escribir novelas, ha recopilado más de treinta relatos cortos en dos volúmenes propios y ha participado en antologías junto a otros escritores españoles y de habla inglesa.

Autor activo en redes sociales, siempre agradece y responde a cualquier comentario en sus cuentas de Facebook y Twitter. Actualmente, reside en Madrid.

Edición en formato digital: junio de 2021

© 2021, Alberto Caliani
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: Irene Cano Rodríguez (Araire)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6938-2

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinhistorica
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El puño del emperador

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Alberto Caliani

Créditos